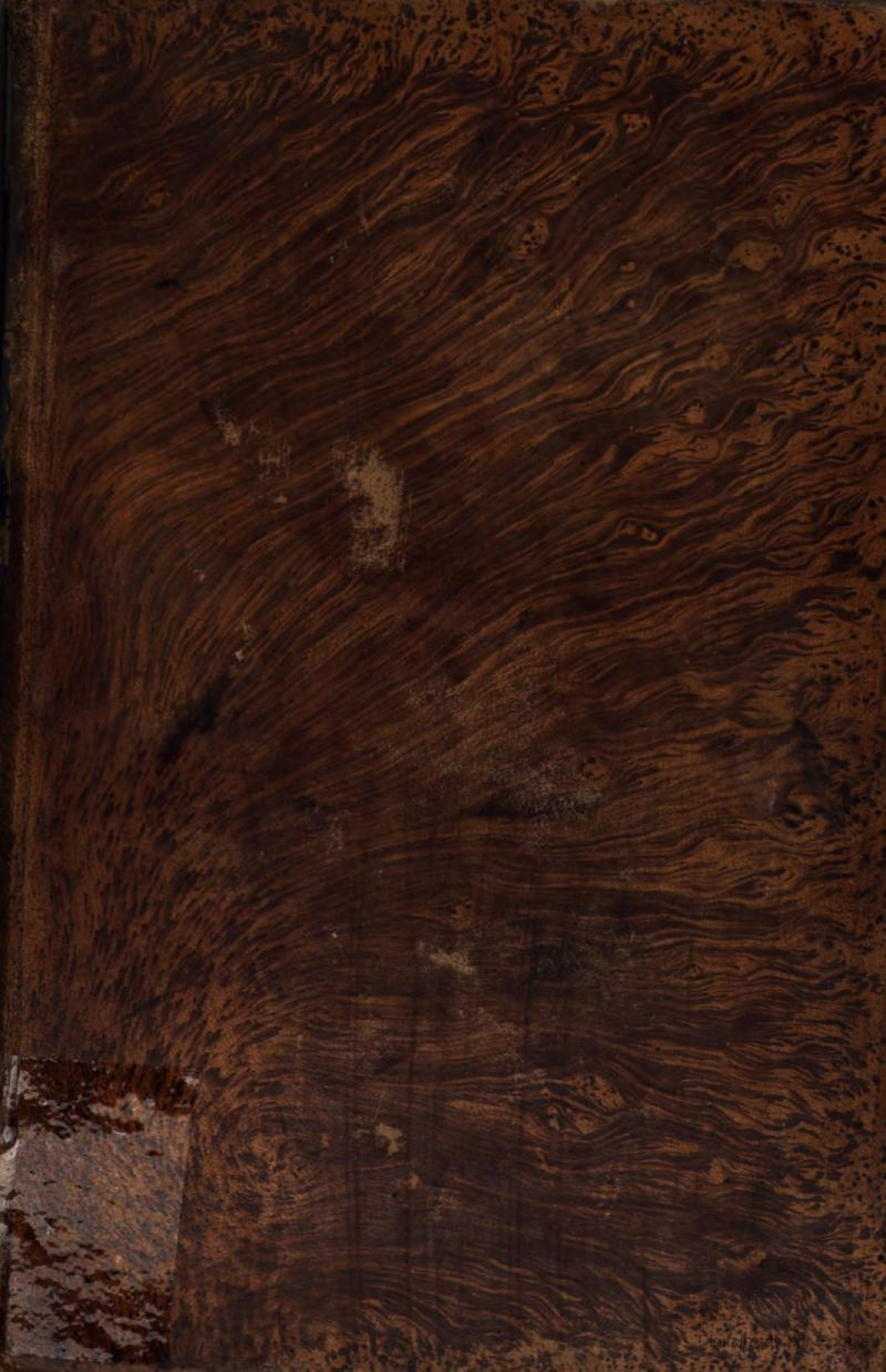






6-5-16

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XVI.

Stat sua cuique dies.

VIRG.





HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1845.





Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOCUARTO.

CONCLUSION DEL CAPITULO IV.

GUERRA CONTRA CABADES, REY DE PERSIA, Y BATALLA DE DARA. —(529) El emperador, que meditaba ya la conquista del occidente, hubiera querido para reunir los miembros separados del imperio romano, librarse del temor de los persas, haciendo una paz sólida; y así envió para ello un embajador á Cabádes: el altivo persa recibió sus regalos; pero desechó sus proposiciones. En sus cartas á Justiniano no le daba mas título que el de hijo de la luna, y tomaba para sí el de hijo del Sol, segun el estilo oriental. «Tú me has negado, le decia, el socorro con»tra los hunos: me has quitado »aliados y tributarios, y has a»lentado á mis enemigos. *Si e»res cristiano, no olvides que tu »ley te proibe acumular tantos te»soros y derramar tanta sangre.* »Si no satisfaces mis reclama»ciones, no te doy mas treguas »que hasta la primavera.»

AZAÑAS DE BELISARIO. —Rota la negociacion, Belisario, jeneral de las tropas griegas, se acampó á las puertas de Dara. Desde su juventud pudo anunciarse su gloria por la abilidad y esfuerzo que mostraba: inspiraba confianza á sus inferiores y respeto á sus iguales. En una corte corrompida sus talentos ubieran quedado olvidados, á

no ser por la debilidad vergonzosa que le hizo casarse con la hija de un cochero. Su mujer Antonina era amiga de Teodora, y el favor de la emperatriz, dictando la eleccion de Justiniano, dió un grande hombre al imperio.

Antonina, desarreglada en su conducta, infiel al amor, constante á la amistad, hábil en intrigas, mancilló el onor de su marido, se mostró ardiente por su gloria, y acompañándole en las escuadras, campamentos y combates, participó de sus trabajos, fatigas y peligros.

Peroso marchó con cuarenta mil persas contra los griegos. Las fuerzas de Belisario consistian en veinticinco mil hombres mal disciplinados y desalentados por el recuerdo de sus derrotas. No podia contar sino con el valor de los hunos y érulos ausiliares; pero su fidelidad era mas dudosa que su valor. Temiendo Belisario comprometerse con estas tropas, se habia atrincherado: los enemigos vinieron á insultarle asta su valladar. Un jinete persa, presentándose con fiereza al frente del campo, desafió en alta voz á los mas valientes á singular batalla: ninguno se atrevió á salir, asta que uno llamado Andrés, de profesion bañero, indignado del desaliento jeneral, se arma, baja á la lid, pelea con el persa, le corta la cabeza, y derriba tambien á otro oficial que quiso vengar al vencido.

Este triunfo, que pareció un feliz presajio, inspira valor y confianza á las tropas de Belisario. Sin embargo, este jeneral, antes de probar la suerte de las armas, acudió á las negociaciones. El orgullo del enemigo izo inútiles todas las conferencias: Belisario las rompió, confiando al Dios de los cristianos la decision de la querella: Peroso dijo que el Sol, su divinidad, sería testigo de su victoria, y lo introduciria en Dara; y mandó al gobernador de la plaza disponer una fiesta digna de su triunfo.

Preparáronse unos y otros al combate. Belisario dijo á los suyos: «Compañeros: disipad »vuestros temores; el enemigo »no es tan temible como creeis: »un oscuro criado acaba de pos»trar á vuestra vista dos per»sas de los mas valientes. No os »falta fuerza ni valor, sino dis»ciplina: aprended á obedecer, »y la victoria es vuestra. Acer»caos osadamente al enemigo, »y no lo conteis: en sus líneas no »hay verdaderos soldados, sino »aldeanos mal armados, mas pro»pios para el saqueo que para el

»combate. Huyen de los valien»tes, y no saben mas que despo»jar á los muertos. Marchad: a»cordaos de vuestros mayores, »pelead como romanos, y abati»reis el orgullo de los persas.»

Dada la señal, comenzó la batalla: mientras no se izo mas que disparar flechas, los persas llevaron lo mejor, como mas diestros en este ejercicio; pero cuando, vacías las aljabas, los dos ejércitos se encontraron espada en mano, la pelea fué mas igual. Mucho tiempo duró y fué reñidísima. Pero los hunos y érulos rodearon al enemigo por órden de Belisario, y desordenaron sus filas. Entonces Peroso hizo entrar en línea á los inmortales, que eran la flor de su ejército: Súnica ataca esta reserva al frente de los hunos, la desbarata, derriba á su jefe, y se apodera del estandarte. Los persas uyen por todas partes, y se hace en ellos gran matanza. Al mismo tiempo Cabádes sufrió otra derrota en Armenia. Ofreciósele de nuevo la paz, y respondió que obligado á mantener, con gran perjuicio de sus pueblos, dos ejércitos, unocontra los bárbaros del Norte y otro contra los romanos, no quería tratar de paz, si el imperio no se unia á él contra los primeros para defender las puertas Caspias. Justiniano consintió en ello, y aun se obligó á demoler las fortificaciones de Dara.

Así se restableció la paz por algun tiempo en el Oriente. Pero el imperio tenia siempre otros enemigos: los bárbaros, como las cabezas de la idra, renacian de su misma sangre. Los búlgaros invadieron la Tracia y los esclavones la Iliria: fueron rechazados por Mondon, uno de sus compatriotas, ábil capitan que habia entrado al servicio de Justiniano. Despues de el, Quilbudio, encargado de la defensa del Danubio, contuvo dos años á los bárbaros; pero al tercero, pasó el rio con ardor imprudente, se empeñó en un pais montuoso, engañado por la finjida fuga de los esclavones, fué rodeado por ellos, y pereció con todo su ejército.

ORIJEN DE LOS ESCLAVONES. — Los historiadores no estan de acuerdo sobre el orijen de los esclavones, pueblo famoso, que estendió sus armas é idioma desde el Elba asta el mar Caspio, y desde el mar Glacial asta el Danubio: lo que parece mas probable es que salieron de los bosques de Escandinavia, y habitaron primero los paises situados entre la Finlandia y el rio Oby.

Los vénetos, godos y esclavones eran un mismo pueblo con nombres diferentes: en su idioma, *slava* significa gloria; y esta nacion belicosa debió probablemente el nombre de slavos á sus azañas. Muchas veces se les equivoca con los búlgaros y ábaros. Reconocian un Dios dueño del universo, y veneraban tambien deidades de las montañas, rios y bosques. Eran en jeneral bien proporcionados, de elevada estatura y fuerza prodijiosa: su cabello era rojo: valientes y sóbrios, despreciaban la agricultura y las artes, peleaban medio desnudos, y se servian de flechas envenenadas. Sus costumbres eran ospitalarias: su gobierno democrático; y no reconocian mas derecho para el mando que la edad, la esperiencia y el valor.

Nueva guerra con los persas, y batalla de Calinica. — (531) El emperador no pudo reunir todas sus fuerzas contra ellos, porque el rey de Persia, eterno enemigo de los romanos, habia cambiado de consejo y de jeneral, y vuelto á comenzar la guerra. Fueron sucesores de Peroso destituido, Azaretes, hombre de jenio atrevido, y Alamondar, príncipe de los sarracenos: este devastó muchas provincias romanos, y se retiró á los desiertos cargado de botin, desde que vió marchar contra él las tropas regulares del imperio.

Habia aconsejado á Cabádes que hiciese una guerra de invasion y acometiese en derechura á Antioquía. Cabádes adoptó este proyecto, y Azaretes atravesó con su ejército el Eufrates. Belisario marchó contra él y le encontró cerca de Cálcis. Súnica, que mandaba los ausiliares, atacó al enemigo sin órden, pero logró alguna ventaja. Belisario, que fundaba sus esperanzas de gloria en el restablecimiento de la disciplina, quiso destituirle; mas no obtuvo la aprobacion de la corte.

Los persas, aterrados por este revés, se retiraban perseguidos del jeneral romano que solicitaba echarlos de la provincia sin comprometerse. La impaciencia de los soldados indisciplinados prorumpió en murmuraciones: llamaban timidez á su prudencia, y pedian á gritos el combate. «Amigos, les dijo: permitidme aorrar vuestra sangre. Los enemigos uyen; ¿quereis mas? Una batalla podria hacer dudoso el triunfo que aora es cierto. Estais fatigados por una larga marcha y crueles privaciones. Temed que los

»persas se detengan en su reti»rada y no les deis el valor de la »desesperacion.» Mas iba á decir; pero le interrumpieron con injurias. Viendo, pues, que ya no estaban en situacion de oir la voz de la prudencia, y queriendo dirijir por lo menos las pasiones que no podia contener, manda dar la señal deseada. «Mi intencion, dijo, no a sido o»tra sino probar vuestro ánimo: »estoi satisfecho de él: vosotros »lo estareis del mio, con tal que »yo vea tanto fuego en vuestras »acciones como he visto en vues»tras palabras.»

La batalla se dió cerca de Canica. Se peleó de una y otra parte con encarnizamiento, y la lid fué larga y terrible. La noche dejó indecisa la victoria; pero al dia siguiente cargaron impetuosamente los inmortales sobre el ala derecha de los romanos, y el rey de los árabes omeritas, aliado de Justiniano, uyó desamparando las líneas. Los isauros y licaonios siguen su ejemplo, y hallaron la muerte que querian evitar, aogándose en el Eufrates. La caballería romana, envuelta por los persas, uye ó pereze. Solamente Belisario y su lugarteniente Pedro manifestaron en este desastre un valor invencible.

El jeneral romano, al frente de un cuerpo de infantería, débil por el número, pero fuerte por la intrepidez, se retira en buen órden, aciendo cara y peleando por todas sus frentes asta la orilla del Eufrates: apoyado en ella como una fortaleza, resiste á todo el ejército enemigo, que veinte veces le acomete y veinte es rechazado. El campo de batalla estaba cubierto de cadáveres: el jeneral de la caballería persiana abia sido hecho prisionero por Sánica: el cansancio y la noche separaron á los conbatientes. Al rayar el dia, los persas, ya sin esperanza de vencer á los romanos, se vuelven á su campamento. Belisario los persigue y mata un gran número de ellos. Todos convinieron en que el ejército imperial quedó vencido; pero que Belisario habia salido vencedor. Azaretes, ecsajerando su triunfo esperaba ser premiado; pero el disfavor de su rey fué su recompensa.

Segun el uso antiguo de Persia, á la abertura de la campaña desfilaba el ejército á la vista del monarca, cada soldado llevaba dos dardos y dejaba uno á los pies del trono, y estos se guardaban y contaban cuidadosamente. Despues de la guerra volvian á desfilar los soldados en presen-

cia del rei, y arrojaban ante él el dardo que les abia quedado. Así era como calculaban el número de ombres muertos ó prisioneros en la guerra. Cabádes preguntó desdeñosamente al jeneral victorioso, qué ciudades ó provincias abia conquistado. Azaretes respondió: «Mas »he hecho que conquistar, pues »he vencido á Belisario.» El rei mostrándole los dardos, le dijo: «Has comprado una victoria du»dosa á costa de la mitad de mi »ejército.»

Paz con la persia.—(533) En vano Cabádes, aciendo nuevos esfuerzos, proibió á sus jenerales volver á Persia sin aberse apoderado de la plaza de Martirópolis: no pudo lograr esta empresa, y los jenerales de Belisario le quitaron muchos castillos. Aquel rei, cuya soberbia abia llegado á lo sumo, murió del pesar que le causaban los malos sucesos de sus ejércitos. Los grandes reunidos elijieron por rei á Cebises, su ijo mayor; pero abiendo presentado Mebódes, favorito del difunto rei, una memoria de este en que designaba á Cosroes por su sucesor, el ábito del miedo izo respetar aun la autoridad de la sombra real, y Cosroes fué proclamado unánimemente.

Este príncipe célebre fué llamado el Alejandro de Oriente: los persas le dieron por sobrenonbre Anusquirvan, que quiere decir *alma jenerosa*; y entusiasmados por él, le ensalzaban como muy superior á Ciro. Pero al mismo tiempo que admiraban su jenio, le aborrecian, y le acusaron de todos los vicios, que suelen atribuirse á los tiranos mas odiosos. Decíase que el nuevo rey protejia las letras; hizo traducir al persa las obras de Platon y Aristóteles. Con esta noticia los filósofos jentiles perseguidos por Justiniano buscaron asilo en su corte; pero desengañados muy pronto por el despotismo oriental, y echando menos las formas no tan duras de la administracion romana, volvieron á Grecia y fueron protejidos en ella por la influencia de Cosroes; porque este príncipe recomendaba á los demás las virtudes que no tenia. Justiniano le envió embajadores para tratar la paz: el rei de Persia ecsijió al principio condiciones muy duras, once mil libras de oro y la cesion de muchas ciudades. En fin, el tratado se concluyó, y de una y otra parte se devolvieron las plazas y los prisioneros.

Querellas del circo. — Las querellas sangrientas del circo

continuaban turbando la tranquilidad de Constantinopla; y la corte, tomando parte en ellas, echaba leña en el incendio. Teodora favorecia la faccion verde, y el emperador la azul. El pueblo, oprimido por el esceso de los tributos, aborrecia violentamente á todos los ministros del emperador, y sobre todos á Juan de Capadocia, su valido, que vendia la justicia, y era igualmente despreciable por su sed de oro y por su liviandad. Descontento el pueblo, solo esperaba un pretesto para la rebelion. Se abia tratado con severidad á algunos partidarios de la faccion verde: toda la plebe se subleva y toma las armas en su favor: destroza la guardia imperial que se opone á sus escesos; y durante tres dias las casas son entregadas á las llamas y al saqueo, las calles se inundan de sangre, y la capital semeja á una plaza tomada por asalto.

Los sediciosos piden la cabeza del favorito: algunos proclaman augusto á un soldado llamado Probo: ponen cerco al palacio. Belisario, al frente de una tropa de valerosos, defiende las puertas, derriba á los mas atrevidos, y haciendo prodijios de valor, espanta y aleja á los sitiadores. Pero su número aumentaba: el débil Justiniano queria uir, é iba á perder su onor y su trono: la firmeza de una mujer le conservó el cetro y la vida. Teodora le dijo: «Comunmente se »censura con injusticia la osa»día de las mujeres que inter»vienen en los negocios públi»cos. Aora lo conozco mejor que »nunca por tu perplejidad. En »vano se objeta, que nada debe »decidirse con lijereza en las cir»cunstancias críticas. Cuando el »peligro es estremo, la temeri»dad es prudencia. El temor a»conseja la fuga, y esta dará no »salvacion, sino ignominia. La »muerte es solo un accidente á »que nace espuesto todo hom»bre; pero el destierro es una »afrenta insoportable al que ha »ocupado un trono. Jamás me »resolveré á dejar la púrpura, »ni á vivir un solo dia sin los tí»tulos de augusta y emperatriz »con que me as onrado.

»Si de nada azes caso sino de »la vida, puedes salvarla: el mar »baña las paredes de tu palacio; »tus navíos te esperan, puedes »salvar en ellos tus tesoros, y la »Propóntide te ofrece un asilo. »Pero teme que la vida infame»mente conservada, en vez de »descanso y placeres, solo te o»frezca una muerte tan cruel »como vergonzosa. Para mí la

»única regla es esta mácsima de »los antiguos: *Es onroso morir, »con tal que la posteridad lea con »respeto el título de emperador, »grabado en el sepulcro.»*

Justiniano, cediendo á la autoridad de su mujer, resolvió quedarse en el palacio, mas por debilidad que por valor.

Hipacio y Pompeyo, jóvenes príncipes, sobrinos de Justino como él, le inspiraban recelo. Apartólos, pues, de junto á sí. El pueblo los rodea, los lleva al circo y proclama emperador á Hipacio. Habíase esparcido la noticia de la fuga de Justiniano. El senado une temeroso sus votos á los de la multitud. El emperador sale al frente de sus guardias, y se presenta mas bien como suplicante que como príncipe. Teniendo en sus manos el Evanjelio, dice á la plebe sorprendida: « Ciudadanos, volved »á la debida sumision. Juro sobre »este santo libro perdonaros: »la justicia me lo manda, porque »yo soy el único y verdadero de»lincuente: mis pecados corrom»pieron mi alma, y me estorba»ron dar oido á vuestras quejas.»

A estas palabras estallan violentas murmuraciones, orijinadas de la indignacion y menosprecio con que fué recibida aquella mezcla de miedo y de relijion. Hipacio, no menos tímido, procuraba persuadir al emperador, que coronado á pesar suyo, solo habia reunido el pueblo en el circo para entregárselo. La fermentacion de los ánimos interrumpió este certámen de cobardía.

Justiniano se retiró vergonzosamente á su palacio, y se creyó de nuevo que habia uido. Este error alentó á los partidarios de Hipacio, que se apoderaron del arsenal y lo saquearon. Mientras que perdian en estos desórdenes un tiempo precioso, el camarero Narsés ganó á fuerza de oro una parte del pueblo: empezó el combate á los gritos de *vivan Justiniano y Teodora* por una parte, y por otra *vivan Hipacio y Pompeyo.* Belisario, Mondon y Narsés reunen soldados fieles, se aprovechan hábilmente de la confusion, atacan con impetuosidad al pueblo, y lo arrojan al circo, cuyas puertas estrechas se oponen á la fuga de la multitud atemorizada: treinta mil hombres perecieron en aquella funesta arena. Hipacio y Pompeyo, presos y cargados de cadenas, hicieron vanos esfuerzos para justificarse: esta vileza los desonró y no salvo su vida: fueron llevados á la carcel, donde se les aoreó. Así, la firmeza

de Teodora, y la intrepidez de Belisario salvaron al emperador.

Justiniano recobró su orgullo apenas desapareció el peligro: hizo publicar en todo el imperio relaciones pomposas de esta triste victoria, que se atribuyó esclusivamente. El pueblo fue castigado con dos edictos: el uno restableciendo los favoritos desterrados, y el otro suspendiendo los juegos públicos. La puerta por donde salieron los cadáveres amontonados en el circo, tomó el nombre de *Puerta de los muertos.*

Justiniano, apenas libre del terror que casi le habia impelido á bajar del trono, volviendo á sus proyectos ambiciosos, reresolvió la conquista del Occidente. Los príncipes débiles tiemblan al menor peligro que amenace á su persona, pero no temen á los que se esponen sus jenerales y ejércitos: su vanidad es belicosa, con tal de oir desde lejos el ruido de las armas.

Conquista de Africa por Belisario.—(534) Los vándalos ocupaban entonces toda el Africa, desde el estrecho de Cádiz hasta Cirene: se habian hecho dueños de Córcega y Cerdeña; pero desde el reinado de Jenserico se habian mudado sus costumbres. Afeminados por una larga paz, vencidos por el calor del clima y las bellezas de las africanas, corrompidos por el lujo, que destruye los estados mas pronto que el orin al hierro, el esplendor del oro les hizo olvidar el de las armas: habian dejado los combates por los espectáculos, los trabajos por los placeres, los campamentos por los palacios; y á la aspereza de estos fieros hijos del Norte habia sucedido la afeminacion italiana, sin conservar de su antiguo carácter mas que la crueldad.

Hunnerico, hijo de Jenserico, para asegurar su reposo mató á sus hermanos y sobrinos, y no conoció otro medio para mantener en sus estados la tranquilidad relijiosa, que perseguir implacablemente á los que no profesaban su creencia, que era el arrianismo.

Cansados los moros de su tiranía, y despreciando su debilidad, se sublevaron contra él en Numidia, y se hicieron independientes. Hunnerico murió sin haber podido someterlos. Sucedióle el príncipe Gundamon, que se habia libertado de la matanza de toda su familia, é hizo vanos esfuerzos para reconquistar la Numidia. Este tuvo por sucesor á Hilderico, hijo de Hunne-

rico. Este monarca, bondadoso, pero débil, fué vencido por los moros, y solicitó la amistad de Justiniano. Descontento de la conduta de su espesa Amalfrida, hija de Teodorico el grande, mandó encerrarla. Su alianza con el emperador de Oriente escitó las murmuraciones de los vándalos: sus reveses le hicieron despreciable, y sus rigores contra Amalfrida le privaron del socorro de los godos.

Usurpacion de Jelimer. — Jelimer, príncipe de su sangre, ambicioso, astuto y atrevido, se aprovechó de sus faltas, irritó los ánimos de los vándalos, los rebeló, destronó al rey, y ocupó atrevidamente su lugar (531). Ninguno se declaró en favor del infeliz Hilderico. El diestro Jelimer habia persuadido á los grandes y el pueblo, que este príncipe era quien por su incapacidad tenia la culpa de la victoria de los moros, y que además queria someter infamemente el Africa á Justiniano. Informado este de la revolucion, fué el único que defendió la causa del monarca destronado: sus embajadores echaron en cara a Jelimer la rebelion contra su rei lejítimo; y le hicieron presente que llamado por su nacimiento al trono, le tocaba defender sus derechos, y no violarlos: en fin, le pidieron que ya que no restituyese el cetro, tratase con humanidad á Hilderico, y le dejase el título y onores debidos á su dignidad.

Jelimer se desdeñó de responderles: estrechó la prision de Hilderico y de su hermano Evájes, y les hizo sacar los ojos. El emperador le escribió en estos términos: «Pues que á pesar »de nuestros consejos persistes »en ocupar un trono usurpado, »permítenos á lo menos que o»frezcamos en nuestra corte asi»lo y consuelo al desgraciado »príncipe que has privado de la »libertad y de la vista. Si no lo »consientes, te obligaremos á »ello; y vengando su injuria, no »romperemos los tratados he»chos con tus predecesores; an»tes bien llenaremos fielmen»te los deberes que nos impo»nen.»

«No he usurpado el trono, le »respondió Jelimer: los vánda»los echaron á Hilderico, cre»yéndole indigno de reinar, y yo »le he sucedido por el derecho »de nacimiento. Un príncipe »prudente se limita á gobernar »sus estados, y respeta la inde»pendencia de los demás. Rei»nas sobre el imperio mayor del »mundo, que precisamente ha

»de darte muchos cuidados: no »intervengas en los mios. Si quie»res guerra, estoy dispuesto á »recibirla, y te hago responsable »ante Dios del quebrantamiento »de un tratado que jurásteis tú »y tus predecesores.»

El emperador, antes de emprender la conquista del Africa, consultó á los patricios, grandes y senadores: la mayor parte, poseidos del temor, se opusieron á una empresa cuyo écsito parecia dudoso: unos recordaban la vergonzosa derrota de Basilisco, y la ruina sangrienta del ejército de Leon: otros temian los gastos enormes de la espedicion: los jenerales ecsajeraban los riesgos de una navegacion tan larga, y la insalubridad del clima.

Juan de Capadocia, ministro el mas querido del emperador, apoyó con calor á los que se oponian, y suplicó al príncipe que no enviase á una muerte segura, contra los mas feroces de los bárbaros, la flor de las lejiones. Decia que era arriesgar el imperio embarcar á sus mas firmes defensores para enviarlos á paises tan lejanos, que pasarian seis meses sin tener noticias de ellos. «En fin, añadia, aun cuando la »fortuna favoreciese nuestras »armas, no podriamos conser»var el Africa despues de haber»la conquistado; pues no somos »dueños de Italia ni de Sicilia, »donde reinan los godos, nues»tros enemigos.»

Vacilaba Justiniano conmovido por este discurso, cuando un obispo tomó la palabra y dijo: «Dios se me ha aparecido: os »manda por mi voz armaros pa»ra libertar á los católicos. Os »anuncio la victoria en su nom»bre; y el Africa será provincia »del imperio.»

Entonces cesa toda oposicion, y se determina hacer la guerra. Justiniano concentra sus tropas, arma bajeles, junta municiones, y encarga á Belisario la direccion y el onor de tan grande empresa.

Jelimer era ábil y valiente; pero su violencia fué inútil á sus enemigos. Pudencio, natural de Africa, subleva los católicos perseguidos, y con el socorro de algunas tropas que le llegaron de Italia, se apodera de Trípoli, y se defiende con felicidad contra los vándalos. Al mismo tiempo Godas escita una rebelion en Cerdeña, reusa el tributo á Jelimer, implora el ausilio del emperador, y recibe de él un socorro de mil quinientos hombres. Esta diversion debilitó á Jelimer, obligándole á enviar á aquella isla cinco mil vándalos manda-

dos por su hermano. El ejército de Belisario se componia de diez mil hombres de á pie, cinco mil caballos, algunos cuerpos ausiliares, quinientos navíos y veinte mil marineros.

Cuando la escuadra imperial estuvo para dar la vela, Epifanio bendijo solemnemente al ejército; y para santificar la capitana, hizo entrar en ella un soldado que acababa de recibir el bautismo.

Marcha de belisario.—Belisario, cuyo nombre era presajio de la victoria, salió con un viento favorable entre las aclamaciones de todo el pueblo de la capital. Este jeneral ábil, antes de triunfar de los enemigos, procuró vencer el carácter indisciplinado de la tropa. Habiendo arribado al puerto de Abido, hizo aorcará dos masajetas que habian cometido un omicidio: sus soldados, acostumbrados desde mucho tiempo á la licencia, se indignan de este rigor, murmuran, se amotinan. Belisario se lanza enmedio de los sediciosos, y los amedrenta con el ardor de su ademan y de sus miradas.

A su vista el silencio anuncia ya el temor. «Si yo ablára, les »dijo, á soldados bisoños que no »conociesen la guerra, quizá me »seria preciso citarles una mul»titud de ejemplos para conven»cerlos de que la suerte de los »combates depende mas del va»lor que de la osadía, y del órden »mas que del valor. Pero vos»otros, que abeis vencido á om»bres valientes, y que á pesar »de vuestro esfuerzo abeis sido »algunas veces derrotados, de»beis saber que el destino de los »ejércitos está en la mano de »Dios. Si le ofendeis con vues»tros escesos, si le ultrajais con »omicidios, perdereis todo dere»cho á su proteccion. Abste»neos, pues de todo vicio, de »todo desórden. Por mas valien»te que sea un soldado, yo le »despreciaré si va al combate »con la conciencia y las manos »manchadas. No estimo el valor »sino cuando se acompaña con »la onradez.»

Su firmeza consolidó la disciplina: su vijilancia proveyó la armada de alimentos saludables, y puso fin á las enfermedades orijinadas de los víveres averiados que Juan de Capadocia, administrador codicioso, habia dado á los bajeles.

Invencion de las señales, atribuida a belisario. — A Belisario se atribuye la invencion de las señales en el mar; y así en una tan larga espedicion no perdió, como sucedia frecuen-

temente, ninguno de los buques que las tempestades nocturnas separaban de la escuadra. Llega á Sicilia. El historiador Procopio, enviado á Siracusa por Belisario, vuelve con felices noticias. Amalasunta habia preparado víveres para su escuadra, la flor del ejército vándalo estaba ocupada en someter la Cerdeña, y las tropas de Jelimer, aun no reunidas, se allaban á cuatro jornadas de la costa.

Belisario da la señal de zarpar. Casi todos los jenerales proponian ir en derechura á Cartago. Belisario, que no queria fiar el suceso de su empresa al arbitrio de los elementos, ni á la suerte dudosa de un combate naval, desembarca en la costa mas cercana y menos defendida, convierte su campamento en una fortaleza atrincherándose muy bien, y se separa intrépidamente de su armada. En estos reales, formados á la casualidad, podia temer la falta de agua; pero encontró una fuente enmedio de arenas abrasadas, lo que se creyó por los católicos cierta señal de la proteccion divina. Procopio, cuya instructiva istoria está llena de lunares de la credulidad de su siglo, participaba de la opinión supersticiosa de los

Este escritor, comparable bajo otros aspectos á los istoriadores de la antigüedad, cuenta con sobrada candidez que el hermitaño Jacobo encantaba ó echizaba á los soldados que querian lanzar sus flechas contra él, y los dejaba sin movimiento.

En aquella época, la venda de la supersticion cubria los ojos de los onbres de estado y los del vulgo; disputábase sobre las verdades de las diversas relijiones, y se respetaban sus mentiras.

No menos prodijiosa era, en un siglo de corrupcion, la conducta de Belisario: el Africa volvió á ver en él la vijilancia, el denuedo y la severidad de los Scipiones. Algunos soldados robaron un campo; hizo castigarlos públicamente, temiendo con razon que estos desórdenes moviesen á los abitantes á olvidar sus antiguas injurias y amistarse con los vándalos.

Apoderóse de Silecta, ciudad vecina: la disciplina que mantuvo en su ejército, aseguró á los ciudadanos: los pueblos no temieron su llegada, y todos creyeron que venia, no contra el Africa, sino contra el tirano. Entró sin resistencia en Leptis, Adrumeto y Grasa: marchó rápidamente contra Cartago. El

conducia en persona la retaguardia, persuadido que Jelimer no tardaria en seguirle para darle batalla y salvar la capital.

El rey de los vándalos, que llegaba en afecto á marchas dobles con la esperanza de alcanzarle, escribió á su ermano Ammatas, gobernador de Cartago, mandándole que degollase á Hilderico y á los príncipes, y que despues saliese con su guarnicion á detener á los romanos en el desfiladero de Décimo, situado á setenta estadios de Cartago. Al mismo tiempo dió órden á su sobrino Jibamundo que avanzase en la direccion de la costa: de este modo Belisario iba á ser atacado por su frente, espalda y flanco. La precipitacion de Ammatas inutilizó este plan sábiamente concebido. Sin esperar el resto de sus tropas, pasó el desfiladero con su vanguardia: el jeneral romano Juan, comandante de un cuerpo escojido, le venció y mató; suceso que desordenó los varios destacamentos que llegaban sucesivamente de Cartago. Juan no les dió tienpo para reunirse: izo en ellos gran matanza, y los persiguió asta las puertas de la ciudad.

Al mismo tiempo los masajetas, que eran parte de la caballería ausiliar de los romanos, encontraron la tropa de Jibamundo en un sitio llamado *Campo de la sal*, y despues de un combate ostinado, la derrotaron completamente. Belisario llegó al desfiladero de Décimo, se atrincheró en él y obligó á los soldados, acostumbrados bajo su mando á las fatigas, á que fortificasen su campamento segun el uso antiguo. «Compañe»ros, les dijo: ya llegó la ora de »pelear: los vándalos se acercan: »ningun partido os proteje en A»frica: la escuadra se ha alejado: »no hay plazas fuertes que nos »sirvan de asilo. Toda nuestra »esperanza está en nuestros a»zeros; si somos valientes, ven»cerémos: si cobardes, no solo »seremos vencidos, sino tanbien »pereceremos ignominiosamen»te. La justicia de nuestra causa »nos promete la victoria. No en»prendemos una conquista in»justa, pues el Africa nos perte»necia. Recobraremos nuestra »erencia, y el príncipe contra »quien peleamos es un tirano, »mas aborrecido aun de sus va»sallos, que de sus enemigos. »Muchas veces acometísteis con »valor á los persas y á los scitas, »los mas intrépidos de los on»bres. Vais á pelear con los ván»dalos, que asta aora solo an »vencido á los moros, misera-

»bles bárbaros y medio desnu»dos, sin arte ni disciplina. Los »vándalos han perdido muchos »años ha el uso de la guerra. »Ruego al Dios omnipotente que »preside á nuestros destinos, e»nardezca vuestro valor, os ins»pire el justo desprecio que me»recen los enemigos, y os aga »dignos por vuestras azañas del »onor inmortal que os espera en »nuestra patria.»

Dicho esto, deja en los reales la infantería y á su esposa Antonina, su conpañera constante en los peligros, y marcha al frente de la caballería á recibir al enemigo.

Los masajetas, que abian vencido al sobrino de Jelimer, volvian sin desconfianza: el ejército vándalo los encuentra, los auyenta y los arroja sobre la vanguardia de Belisario, en la cual esparcen el terror. A aprovecharse el rei de este primer triunfo, podria haber mudado la suerte de los conbates; pero marchó con lentitud, celebró los funerales de su ermano, y dió tiempo al jeneral romano para reunir los fujitivos y disipar el espanto que abian difundido esta en sus reales.

Belisario, sacando partido de este yerro, acomete á su vez de inproviso el ejército vándalo, aun no formado en batalla, y le desordena: las lejiones acuden y completan la victoria. El ejército de Jelimer, despues de una matanza orrible, uye á los desiertos. Belisario sin perder un momento marcha contra Cartago, precedido de la fama de su victoria. La guarnicion, que queria defenderse, es desarmada por los ciudadanos. La capital del Africa abre sus puertas al vencedor: fuegos de regocijo alunbran á los romanos en su marcha, toda la ciudad se ilumina y Belisario entra en ella triunfante. Por una feliz casualidad la escuadra se acercaba al mismo tienpo á la rada, y vió sorprendida á Cartago en poder de los romanos. Belisario es conducido entre las aclamaciones del pueblo al palacio de los reyes, y se sienta en el trono de Jelimer.

Procopio, conparando este triunfo al de Scipion, cree á Belisario mas grande y feliz porque conquistó la antigua rival de Roma sin destruirla, y no manchó sus laureles con la sangre de los vencidos: reflecsion que prueba solamente el entusiasmo del istoriador por su éroe; pues ni los tienpos, ni los pueblos, ni las circunstancias eran las mismas. Scipion destruyó la inplacable enemiga de Roma. Be-

lisario libertaba del yugo de los bárbaros una ciudad romana.

Una antigua prediccion, tanto mas acreditada cuanto era mas necia y pueril, habia anunciado al pueblo de Cartago su libertad y la victoria de Belisario. El oráculo era este: la J arrojará á B, y luego la B á la J. En efecto, Jenserico venció á Bonifacio, y Belisario á Jelimer. Así la fortuna pareció confirmar este ensueño de una supersticion popular.

Dueños los romanos de Cartago, los católicos volvieron á ocupar la iglesia de san Cipriano, y los arrianos se sustrajeron por la fuga á la venganza de los que habian perseguido por tantos años.

Belisario, como todos los grandes capitanes verdaderamente dignos de su gloria, desconfiaba de la fortuna, y no se dejaba adormecer por sus favores. Mientras el enemigo vencido y aterrado uia, previendo su vuelta reparó con prontitud las fortificaciones de Cartago. Este grande onbre debió todos sus triunfos no á la suerte, sino á la prudencia y al jenio: conocia sobradamente su siglo para entregar sin desconfianza su gloria á la inconstancia de los hunos y masajetas que servian de ausiliares en su ejército, y al valor incierto de las lejiones asiáticas, ávidas de botin, poco seguras en el peligro, y sediciosas al menor revés; y así abia escojido en todas las provincias del imperio los onbres mas valientes y probados, y formado de ellos una guardia tan numerosa como leal. Este cuerpo escojido, esta tropa de éroes, digna de su jefe, le seguia á todas partes, incitaba á los débiles con su ejenplo, contenia á los rebeldes, desconcertaba á los traidores, reprimia la licencia, y con sus azañas maravillosas resucitaba la antigua Roma enmedio del imperio arruinado.

Diójenes, uno de estos valientes, escudero de Belisario, fué enviado un dia con veintidos jinetes para ocupar una aldea. Apodéranse de ella, y enmedio de la noche es cercada la casa de su alojamiento por todo el ejército de los vándalos. Diójenes y sus veintidos valerosos ensillan en silencio sus caballos, montan, y abren intrépidamente las puertas: cubiertos con sus escudos y las lanzas en ristre, se arrojan sobre los vándalos, penetran por medio de ellos, atraviesan sus numerosos batallones, y cubiertos de eridas, pero sin aber perdido mas que

dos onbres, entran victoriosos en Cartago.

La fama de Belisario infundia respeto á todos los bárbaros de Africa: los príncipes de Mauritania se le sometieron, y pidieron la investidura del enperador, cuyos sínbolos eran entonces un cetro, una diadema de que pendian muchas laminillas de plata, un manto blanco, una túnica corta, bordada de diversos colores, y borceguíes dorados.

Entretanto el jeneral romano interceptó cartas dirijidas á Jelimer por su ermano Trazon, en que le decia que la Cerdeña estaba sometida, que habia matado á Gódas y esterminado sus tropas. Estas noticias anunciaban nuevos conbates: Trazon no tardó en desenbarcar en Africa: Jelimer reunió su ejército, y juntaron sus fuerzas, su dolor y su sed de venganza.

Los ajentes del rei de los vándalos procuraban sublevar en todas partes á los arrianos, y escortar á los hunos á la defeccion. Estos se dejaron seducir: Belisario descubrió la trama, é intimidó á los rebeldes aziendo unos ejemplares. Reunió con prontitud el ejército, y escitó su valor diciéndoles: «Una victoria terminará vuestras fatigas »y la guerra: una derrota os qui»tará cuanto habeis conquistado »y hará renacer todos los peli»gros.»

El rei de los vándalos se acampó en Tricamara, á cuarenta estadios de Cartago. «Un fenó»meno singular, dice Procopio, »aumentó la confianza de los ro»manos: vieron por la noche u»nas llamas que jiraban alrede»dor de las puntas de sus lan»zas.» Jelimer no quiso que se atrincherase el canpamento que encerraba sus ijos, tesoros y mujeres, y las de sus oficiales y soldados: creia que cada guerrero, temeroso por su familia, la defenderia con furor. Recordando á los suyos la prontitud con que los vándalos arrojaron en otro tienpo de Africa á los romanos, atribuyó su primer derrota al capricho de la fortuna, y Trazon les mostraba con orgullo los trofeos que acababa de adquirir en Cerdeña.

Un arroyo separaba los dos canpamentos. Martin, Valeriano, Cipriano y Marcelo, caudillos famosos, mandaban el ala izquierda conpuesta de la caballería romana; Pappo y Barbato, al frente de los masajetas, mandaban la derecha: Belisario estaba en el zentro: Juan era comandante de la guardia, y lleva-

conducia en persona la retaguardia, persuadido que Jelimer no tardaria en seguirle para darle batalla y salvar la capital.

El rey de los vándalos, que llegaba en afecto á marchas dobles con la esperanza de alcanzarle, escribió á su ermano Ammatas, gobernador de Cartago, mandándole que degollase á Hilderico y á los príncipes, y que despues saliese con su guarnicion á detener á los romanos en el desfiladero de Décimo, situado á setenta estadios de Cartago. Al mismo tienpo dió órden á su sobrino Jibamundo que avanzase en la direccion de la costa: de este modo Belisario iba á ser atacado por su frente, espalda y flanco. La precipitacion de Ammatas inutilizó este plan sábiamente concebido. Sin esperar el resto de sus tropas, pasó el desfiladero con su vanguardia: el jeneral romano Juan, comandante de un cuerpo escojido, le venció y mató; suceso que desordenó los varios destacamentos que llegaban sucesivamente de Cartago. Juan no les dió tienpo para reunirse: izo en ellos gran matanza, y los persiguió asta las puertas de la ciudad.

Al mismo tiempo los masajetas, que eran parte de la caballería ausiliar de los romanos, encontraron la tropa de Jibamundo en un sitio llamado *Campo de la sal*, y despues de un combate ostinado, la derrotaron completamente. Belisario llegó al desfiladero de Décimo, se atrincheró en él y obligó á los soldados, acostumbrados bajo su mando á las fatigas, á que fortificasen su campamento segun el uso antiguo. «Compañe»ros, les dijo: ya llegó la ora de »pelear: los vándalos se acercan: »ningun partido os proteje en A»frica: la escuadra se ha alejado: »no hay plazas fuertes que nos »sirvan de asilo. Toda nuestra »esperanza está en nuestros a»zeros; si somos valientes, ven»cerémos: si cobardes, no solo »seremos vencidos, sino tanbien »pereceremos ignominiosamen»te. La justicia de nuestra causa »nos promete la victoria. No en»prendemos una conquista in»justa, pues el Africa nos perte»necia. Recobraremos nuestra »erencia, y el príncipe contra »quien peleamos es un tirano, »mas aborrecido aun de sus va»sallos, que de sus enemigos. »Muchas veces acometísteis con »valor á los persas y á los scitas, »los mas intrépidos de los on»bres. Vais á pelear con los ván»dalos, que asta aora solo an »vencido á los moros, misera-

»bles bárbaros y medio desnu»dos, sin arte ni disciplina. Los »vándalos han perdido muchos »años ha el uso de la guerra. »Ruego al Dios omnipotente que »preside á nuestros destinos, e»nardezca vuestro valor, os ins»pire el justo desprecio que me»recen los enemigos, y os aga »dignos por vuestras azañas del »onor inmortal que os espera en »nuestra patria.»

Dicho esto, deja en los reales la infantería y á su esposa Antonina, su conpañera constante en los peligros, y marcha al frente de la caballería á recibir al enemigo.

Los masajetas, que abian vencido al sobrino de Jelimer, volvian sin desconfianza: el ejército vándalo los encuentra, los auyenta y los arroja sobre la vanguardia de Belisario, en la cual esparcen el terror. A aprovecharse el rei de este primer triunfo, podria haber mudado la suerte de los conbates; pero marchó con lentitud, celebró los funerales de su ermano, y dió tiempo al jeneral romano para reunir los fujitivos y disipar el espanto que abian difundido esta en sus reales.

Belisario, sacando partido de este yerro, acomete á su vez de inproviso el ejército vándalo, aun no formado en batalla, y le desordena: las lejiones acuden y completan la victoria. El ejército de Jelimer, despues de una matanza orrible, uye á los desiertos. Belisario sin perder un momento marcha contra Cartago, precedido de la fama de su victoria. La guarnicion, que queria defenderse, es desarmada por los ciudadanos. La capital del Africa abre sus puertas al vencedor: fuegos de regocijo alunbran á los romanos en su marcha, toda la ciudad se ilumina y Belisario entra en ella triunfante. Por una feliz casualidad la escuadra se acercaba al mismo tienpo á la rada, y vió sorprendida á Cartago en poder de los romanos. Belisario es conducido entre las aclamaciones del pueblo al palacio de los reyes, y se sienta en el trono de Jelimer.

Procopio, conparando este triunfo al de Scipion, cree á Belisario mas grande y feliz porque conquistó la antigua rival de Roma sin destruirla, y no manchó sus laureles con la sangre de los vencidos: reflecsion que prueba solamente el entusiasmo del istoriador por su éroe; pues ni los tienpos, ni los pueblos, ni las circunstancias eran las mismas. Scipion destruyó la inplacable enemiga de Roma. Be-

lisario libertaba del yugo de los bárbaros una ciudad romana.

Una antigua prediccion, tanto mas acreditada cuanto era mas necia y pueril, habia anunciado al pueblo de Cartago su libertad y la victoria de Belisario. El oráculo era este: la J arrojará á B, y luego la B á la J. En efecto, Jenserico venció á Bonifacio, y Belisario á Jelimer. Así la fortuna pareció confirmar este ensueño de una supersticion popular.

Dueños los romanos de Cartago, los católicos volvieron á ocupar la iglesia de san Cipriano, y los arrianos se sustrajeron por la fuga á la venganza de los que habian perseguido por tantos años.

Belisario, como todos los grandes capitanes verdaderamente dignos de su gloria, desconfiaba de la fortuna, y no se dejaba adormecer por sus favores. Mientras el enemigo vencido y aterrado uia, previendo su vuelta reparó con prontitud las fortificaciones de Cartago. Este grande onbre debió todos sus triunfos no á la suerte, sino á la prudencia y al jenio: conocia sobradamente su siglo para entregar sin desconfianza su gloria á la inconstancia de los hunos y masajetas que servian de ausiliares en su ejército, y al valor incierto de las lejiones asiáticas, ávidas de botin, poco seguras en el peligro, y sediciosas al menor revés; y así abia escojido en todas las provincias del imperio los onbres mas valientes y probados, y formado de ellos una guardia tan numerosa como leal. Este cuerpo escojido, esta tropa de éroes, digna de su jefe, le seguia á todas partes, incitaba á los débiles con su ejenplo, contenia á los rebeldes, desconcertaba á los traidores, reprimia la licencia, y con sus azañas maravillosas resucitaba la antigua Roma enmedio del imperio arruinado.

Diójenes, uno de estos valientes, escudero de Belisario, fué enviado un dia con veintidos jinetes para ocupar una aldea. Apodéranse de ella, y enmedio de la noche es cercada la casa de su alojamiento por todo el ejército de los vándalos. Diójenes y sus veintidos valerosos ensillan en silencio sus caballos, montan, y abren intrépidamente las puertas: cubiertos con sus escudos y las lanzas en ristre, se arrojan sobre los vándalos, penetran por medio de ellos, atraviesan sus numerosos batallones, y cubiertos de eridas, pero sin aber perdido mas que

dos onbres, entran victoriosos en Cartago.

La fama de Belisario infundia respeto á todos los bárbaros de Africa: los príncipes de Mauritania se le sometieron, y pidieron la investidura del enperador, cuyos sínbolos eran entonces un cetro, una diadema de que pendian muchas laminillas de plata, un manto blanco, una túnica corta, bordada de diversos colores, y borceguíes dorados.

Entretanto el jeneral romano interceptó cartas dirijidas á Jelimer por su ermano Trazon, en que le decia que la Cerdeña estaba sometida, que habia matado á Gódas y esterminado sus tropas. Estas noticias anunciaban nuevos conbates: Trazon no tardó en desenbarcar en Africa: Jelimer reunió su ejército, y juntaron sus fuerzas, su dolor y su sed de venganza.

Los ajentes del rei de los vándalos procuraban sublevar en todas partes á los arrianos, y ecsortar á los hunos á la defeccion. Estos se dejaron seducir: Belisario descubrió la trama, é intimidó á los rebeldes aziendo unos ejemplares. Reunió con prontitud el ejército, y escitó su valor diciéndoles: «Una victoria terminará vuestras fatigas »y la guerra: una derrota os quitará cuanto habeis conquistado »y hará renacer todos los peligros.»

El rei de los vándalos se acampó en Tricamara, á cuarenta estadios de Cartago. «Un fenómeno singular, dice Procopio, »aumentó la confianza de los romanos: vieron por la noche unas llamas que jiraban alrededor de las puntas de sus lanzas.» Jelimer no quiso que se atrincherase el canpamento que encerraba sus ijos, tesoros y mujeres, y las de sus oficiales y soldados: creia que cada guerrero, temeroso por su familia, la defenderia con furor. Recordando á los suyos la prontitud con que los vándalos arrojaron en otro tienpo de Africa á los romanos, atribuyó su primer derrota al capricho de la fortuna, y Trazon les mostraba con orgullo los trofeos que acababa de adquirir en Cerdeña.

Un arroyo separaba los dos canpamentos. Martin, Valeriano, Cipriano y Marcelo, caudillos famosos, mandaban el ala izquierda conpuesta de la caballería romana; Pappo y Barbato, al frente de los masajetas, mandaban la derecha: Belisario estaba en el zentro: Juan era comandante de la guardia, y lleva-

ba su bandera. Los hunos se habian colocado fuera de la línea, y las lejiones en reserva. Dada la señal, la guardia de Belisario atravesó el torrente y acometió á los vándalos: dos veces fué rechazada; se reunió, volvió al combate, y penetró en las filas enemigas. Trazon, despues de aber echo una vigorosa resistencia, fué muerto; los bárbaros se retiraron: las lejiones llegaron entonces y canbiaron la retirada en derrota. En fin, los hunos y masajetas, que acaso abrian caido sobre los romanos siendo vencidos, atacaron á los vándalos en su fuga, é icieron en ellos una orrible carnicería.

Jelimer, turbado por el miedo y la desesperacion, no dió ya ninguna órden, y se escapó seguido de algunos criados. El ejército vándalo, consternado por su ausencia, se dispersa y deja el canpamento sin defensa alguna. Belisario se apodera de él, y encuentra las inmensas riquezas acumuladas en Africa durante un siglo, por el saqueo de Roma y la devastacion de Italia.

Despues de esta victoria no fué posible ya al jeneral romano reprimir la codizia de sus soldados. La vista de aquellos prodijiosos tesoros los enbriaga: se entregan con furor al saqueo y á la crápula; y en este momento algunos escuadrones vándalos ubieran bastado para esterminar á los vencedores; asta que Belisario, mezclando ábilmente la suavidad y la firmeza, llegó á restablecer el órden en el ejército.

Muerte de Juan por la torpeza de un soldado.—Entretanto Juan, con una parte de la guardia, perseguia incesantemente á Jelimer, y quizá le ubiera alcanzado; pero uno de sus lanzeros que estaba enbriagado, queriendo matar un ave de rapiña que volaba por cima de él, atravesó con la flecha la cabeza del jeneral. Todo el inperio lloró la pérdida de su valor, sus talentos y sus virtudes. Su tropa consternada se detuvo, dejó á Jelimer escaparse á Medena, y condujo tristemente el cadáver de su comandante á la vista de Belisario. Este le bañó con sus lágrimas y le erijió un sepulcro. Despues sitió y tomó á Hipona, donde alló riquezas considerables, y encargó á Fáras, jeneral érulo, que rodease la montaña escarpada de Medena, donde se abia refujiado Jelimer.

Como ya no ecsistian ejércitos vándalos, Belisario envió á Lilibea una parte de sus tropas; pero los godos les inpidieron la en-

trada. Amalasunta (1) escribió al jeneral romano, que Sicilia le pertenecia por derecho de conquista, y Lilibea por alianza con los vándalos; pero que esta altercazion debia decidirse por negociaciones y no por las armas; y en fin, que ella elejia al mismo enperador por árbitro de sus pretensiones.

Fáras quiso al principio tomar por asalto á Medena: los vándalos, mas enmuellecidos aún que los romanos por el lujo de Cartago, le ubieran opuesto poca resistencia; pero una tropa de moros que llegó en socorro del rei, rechazó el ataque; y despues se limitaron los romanos á bloquear estrechamente la montaña. Cuando supo que el enemigo estaba ya sin víveres, escribió en estos términos á Jelimer: «Te ostinas en una de»fensa inútil. ¿Es por temor de »la servidunbre? Pero aora es»tás en poder de los moros. Pues »as de perder la independencia, »¿por qué no elijes la esclavitud »mas suave? Justiniano te colo»cará en el senado, te nonbra»rá patricio, te dará muchas »tierras, y Belisario será fiador »de esta promesa mia. No te »ciegue la desgracia asta el pun»to de errar la única senda de »salvacion que te queda abierta.»

Jelimer respondió: «No me es »posible renunciar á la esperan»za de vengar mis injurias. Be»lisario a venido sin motivo »desde la estremidad del Orien»te á prezipitarme del trono en »un abismo de miserias. Soy »onbre y príncipe; que tema »la venganza del uno, y la des»esperacion del otro. Apenas me »permite escribir el enojo. A»dios, mi amado Fáras, y en»víame una lira, un pan y una »esponja.»

Fáras quiso saber el motivo de una peticion tan singular: el enviado del rei le respondió que este príncipe no abia comido pan desde muchos meses antes: que la esponja le era necesaria para linpiar sus ojos cansados de llorar; y la lira para acompañar con este instrumento una elejia en que cantaba sus desgracias, esperando allar algun consuelo en esta armonía lamentable.

El lugarteniente de Belisario, movido á piedad de un monarca poco antes tan rico y poderoso, le envió lo que pedia; pero sin abandonar su deber ni el bloqueo rigoroso. Despues de tres meses de sufrimientos y resisten-

(1) Muller, en su Istoria universal, la llama Amalasuinda.

cia, los vándalos, estenuados de anbre, obligaron á su rei á capitular. Jelimer aceptó las condiciones inpuestas por Fáras, se rindió prisionero, y fué conducido á Belisario. Sorprendido este de verle reir en un momento tan doloroso, le dijo el rei: «E esperimentado todos los ma»les de la fortuna: e llevado »el cetro, y aora las cadenas; y »reconozco que todas las cosas »de este mundo son mas dignas »de risa y desprezio que de aflic»zion y pesar.»

Belisario dió parte al enperador de que el Africa estaba vencida, Cartago conquistada, y el rei de los vándalos en su poder. La gloria de este jeneral despertó la envidia: algunos infames oficiales escribieron á Justiniano que Belisario aspiraba al poder supremo, y queria azerse independiente en Africa. El emperador no creyó ó finjió no creer esta calumnia. Envió á Salomon á Cartago para que diese al jeneral la opcion de quedarse en la provincia y enviar los cautivos á Oriente, ó conducirlos él mismo á Constantinopla. Belisario, habiendo interceptado la correspondencia de los traidores que le acusaban, juzgó que su vuelta á la capital seria el mejor medio de refutar la calumnia: dejó el mando de la provincia á Salomon, se enbarcó y entró en Constantinopla entre las aclamaciones del pueblo: se le concedió el triunfo, y recibió todos los onores que desde la abolicion del gobierno republicano no habian pertenecido sino á los enperadores. Sin embargo, no subió en carro, sino marchó á pie desde el Hipódromo asta el palacio inperial, precedido de una multitud de prisioneros y carros de guerra, muchos tronos de oro, gran cantidad de muebles preciosos, y todos los tesoros de los reyes de Africa. El mas ilustre ornamento de su triunfo era Jelimer: iba cubierto de un manto de púrpura y rodeado de los príncipes de su familia y grandes de su corte. Cuando llegó al pie del trono del enperador, que estaba rodeado de un pueblo inmenso, ni prorrunpió en quejas, ni vertió lágrimas, ni dijo mas palabras que estas de la Escritura: «Vanidad »de vanidades y todo vanidad.»

Quitósele el manto real, y el vencedor y el vencido se postraron á los pies de Justiniano. El rei de los vándalos recibió del enperador para él y su familia vastas posesiones en Galacia: mas no le icieron senador ni patricio, porque no quiso renunciar

al arrianismo. Segun la antigua costumbre, al dia siguiente Belisario, como cónsul, paseó en triunfo la ciudad: su silla curul era llevada por los cautivos vándales y distribuyó al pueblo una parte de los despojos conquistados en Africa.

Redaccion de los códigos por Treboniano. — Despues de tan brillante espedicion, Justiniano, ambicioso de todos los jéneros de gloria, formó dos designios vastísimos: dar al imperio una lejislacion estable, y recobrar la Italia y las demás provincias conquistadas por los bárbaros. Treboniano reunió por su órden en un código y en compendio el inmenso número de leyes publicadas durante trece siglos por los diferentes gobiernos de Roma. La ley de las doce tablas no satisfizo por mucho tiempo las necesidades del pueblo rey. A medida que sus riquezas aumentaron y sus posesiones se estendieron, se complicó su lejislacion: cada cónsul, cada pretor hizo reglamentos de circunstancias: los intereses opuestos de las facciones, la política del senado, la ambicion de los tribunos, el despotismo de los emperadores, los caprichos de sus favoritos, dictaron una multitud de edictos, plebíscitos, leyes, decretos y órdenes interpretativas que formaban un dédalo en el cual se perdia contínuamente la justicia siguiendo los pasos de una jurisprudencia incierta. Nada era mas necesario ni mas difícil que introducir luz y órden en este caos. Treboniano tuvo la gloria de conseguirlo; y su trabajo, justamente célebre, hubiera sido mas perfecto á haberse unido en su autor la virtud á la ciencia; pero patricio vicioso, cortesano lisonjero, ministro avaro, este jurisconsulto sacrificó muchas veces su conciencia al poder, y la justicia á la fortuna; truncó muchas leyes, alteró otras, y corrompió en algunos puntos el espíritu y casi siempre el estilo de ellas. En 529 habia reducido ya á un volúmen los códigos de Gregorio, Hermójenes y Teodosio, suprimiendo los preámbulos, repeticiones y antilojias.

El código contiene las leyes imperiales desde el principio de Adriano. Sobre unas doscientas instituciones nuevas del emperador, además de los defectos notados en la primera compilacion, hicieron publicar en 534 una segunda edicion del código tal como hoy la tenemos.

El dijesto ó las pandectas.— Otra obra mas importante y esten-

sa, emprendida por su actividad infatigable y publicada poco despues, fué la coleccion completa de los monumentos de la antigua lejislacion: llamóla *Dijesto*, porque estaba distribuida por órden de materias, y Pandectas, porque encerraba toda la antigua jurisprudencia. Dos mil volúmenes, de que se componia esta masa informe de órdenes, decisiones y decretos de todas épocas, fueron reducidos por Treboniano á su vijésima parte. Justiniano envió el Dijesto (en 533) al senado y á todas las autoridades del imperio, al fin de su tercer consulado, ilustre ya por la paz de Persia y la espedicion de Africa.

El emperador, dándole fuerza de ley, proibió todo comentario. En caso de duda, debian dirijirse al príncipe, único que tenia derecho de suplir é interpretar las leyes. Mandó á los jueces se conformasen con las del Dijesto, abrogando todas las demás, y con proibicion de citarlas. Habiendo tenido Treboniano y los otros redactores la entera libertad de destrozar, estender y compendiar los testos ya en el Dijesto, ya en el código, no puede dudarse de la alteracion de muchas leyes ó decisiones antiguas, presentadas bajo el nombre de antiguos príncipes ó de antiguos jurisconsultos.

Las institutas de Justiniano. — Treboniano y dos comisarios que le eran adjuntos, encargados de otro trabajo, habian estraido antes de todas las antiguas leyes los primeros elementos de la jurisprudencia, con los cuales formaron cuatro libros, llamados *las Institutas* de Justiniano. Sirvieron despues de introduccion á los estudios, y esta parte del inmenso trabajo de Treboniano se consideró siempre como la mas perfecta de todo el cuerpo del derecho.

Sin embargo, como los gobernantes gustan siempre hacer leyes y multiplicar los remedios en lugar de disminuir los males, el emperador, despues de publicado el Código y el Dijesto, se reservó el derecho, como hemos dicho, de interpretar las leyes. Muchos decretos que dió este príncipe, se comprendieron en una segunda edicion del Código, hecha en 534, y que tuvo el nombre de *Novelas*. Entonces se acusó á Treboniano de haber estendido, limitado ó destruido arbitrariamente muchas disposiciones del Código por complacencia servil á los caprichos de Teodora.

El uso de la lengua de los romanos se perdia poco á poco como su gloria: se olvidaba en Oriente el idioma de Ciceron. Cuarenta años despues de la muerte de Justiniano se tradujo al griego su Código: las leyes de este príncipe reinaron en Italia tan corto tiempo como sus armas, y las de los lombardos las remplazaron tan completamente, que Carlomagno en el siglo IX no pudo encontrar un solo ejemplar del Código de Justiniano, y solo se descubrió uno en Amalfi en el siglo XII.

Este gran cuerpo de derecho solo subsistió en Oriente hasta el siglo IX: el emperador Basilio le sustituyó las *Basílicas*. El verdadero triunfo de la lejislacion de Justiniano ha sido en los pueblos modernos, que por desgracia le conocieron demasiado pronto y demasiado tarde, dice Millot; demasiado tarde porque ella hubiera disipado muchos errores nacidos de la barbárie y de la ignorancia; y demasiado pronto, porque careciendo de luces, se ha tomado de ella indiferentemente lo bueno y lo malo. Este emperador ofreció él mismo una prueba bien poderosa contra sus leyes, puesto que el desórden reinó bajo su reinado. Sin embargo necesario es confesar que enmedio de las turbulencias y de los peligros, las leyes eran impotentes.

¿No seria ya tiempo de que la jurisprudencia, tan necesaria ya y tan molesta por falta de una buena lejislacion, no se perdiese mas en un caos de tinieblas ó incertidumbres? ¿que desterrase de sus escuelas la metafísica quisquillosa y el vano aparato de erudicion, que una despreciable rutina ha introducido en ella por desgracia? ¿que en vez de fundarse sobre rancias minuciosidades del derecho antiguo, ilustrase y esclareciese mas el derecho moderno? ¿que su teoría, en fin, se refiriese siempre á la práctica, como su uso debe necesariamente referirse á ella?

Concluyamos aquí con algunas observaciones de Montesquieu, porque enseñan á razonar sobre tan esenciales materias. «Justiniano dispuso que un marido »pudiese ser repudiado, sin que »su mujer perdiese su dote, si »durante dos años, no habia podido consumar el casamiento. »Despues varió la ley y puso tres »años. Pero en semejante caso »lo mismo suponen dos años »que tres (1). Véase aquí un e-

(1) Esprit des Lois, liv. 29, c. 16.

»jemplo sensible de las estrava»gancias de aquella lejislacion. »La ley de Justiniano que pone »entre las causas del divorcio »el consentimiento del marido »y de la mujer de entrar en un »monasterio, se apartaba ente»ramente del principio de las »leyes civiles. Es natural que »las causas de divorcio tomen »su orijen de ciertos impedi»mentos, que no se podian pre»ver antes del casamiento; pero »este deseo de guardar castidad »sí puede ser previsto porque »puede estar en nosotros. Se»mejante ley favorece la incons»tancia en un estado que es »perpétuo por su naturaleza; »choca al principio fundamen»tal del divorcio, que no sufre »la disolucion de un matrimo»nio sino en la esperanza de o»tro; en fin, á seguir las mismas »ideas relijiosas, la ley mencio»nada no hacia mas que dar víc»timas á Dios, sin sacrificio (1).» Las ideas relijiosas, por mas que diga el autor, pueden presentar un sacrificio verdadero. Su razonamiento no es menos justo respecto al principio de las leyes civiles sobre el divorcio.

«Los emperadores romanos »manifestaban como nuestros »príncipes, sus voluntades por »medio de decretos y edictos; »pero, lo que nuestros príncipes »no hacen, fué permitir que los »jueces ó los particulares, en sus »diferencias, los interrogasen »por cartas; y sus respuestas se »llamaban rescriptos. Ya se de»ja conocer que esta era mala »especie de lejislacion.» Los que así piden leyes son malos guias para el lejislador: los hechos están siempre mal espuestos..... Macrino habia resuelto abolir todos estos rescriptos: pues no podia sufrir que se mirasen como leyes las respuestas de Commodo, de Caracalla, y de tantos otros príncipes llenos de impericia. Justiniano pensó de otro modo, y de ellas llenó su compilacion (2). Los rescriptos contenian muchas veces escelentes principios dignos de servir de leyes; pero ¿cuánto no importaba hacer de ellos una buena eleccion?

Una ley que Montesquieu debiera haber criticado es: «que la »condicion de tener hijos, im»puesta á un legado ó á cual»quiera otra donacion, se repu»taba cumplida con la entrada en »el estado clerical ó en un mo»nasterio.» Los antiguos lejis-

(1) Ibid. liv. 26, c. 9.

(2) Esprit des Lois, liv. 29, c. 17.

tadores habian conocido mejor la necesidad de protejer y favorecer el matrimonio: y el bien verdadero de la iglesia no pedia una novedad tan estraña.

Rejencia de Amalasunta.—(535). Los sucesos que ocurrian entonces en Italia eran favorables á la ambicion de Justiniano, y debian, inflamando sus deseos de conquista, engrandecer sus esperanzas. Amalasunta ó Amalasuinda, reina de los godos, reinando en nombre de su hijo Atalarico, contuvo por muchos años el carácter indócil de los bárbaros, reformó sus costumbres, castigó los crímenes, hizo florecer la justicia, protejió las letras, y mostró por sus grandes cualidades que era digna de llevar el cetro de su padre el grande Teodorico. Aunque arriana, como él, fué tolerante, trató bien á los católicos, y respetó á los pontífices, obligándoles al mismo tiempo á contenerse en los límites de su autoridad espiritual.

Ourando la gloria pasada de Roma, dió algun lustre á las familias antiguas que aun se conservaban, y nombró cónsul á Paulino, descendiente de la ilustre casa de los Decios. Sin embargo, una pena cruel la devoraba y le impedia gozar de la felicidad que daba á sus pueblos.

Su hijo Atalarico, que era ya jóven, despreciaba sus consejos, y se abandonaba á los escesos de la desonestidad: los jefes de los godos que le rodearon y corrompieron, inutilizaron todos los esfuerzos de la reina para detener al príncipe en el camino resbaladizo de la perversidad. Aquellos feroces guerreros, enemigos del sosiego, de las leyes, del órden y de la civilizacion, sufriendo impacientemente el yugo que Teodorico les habia impuesto, echaban menos sus bosques, sus costumbres groseras, sus orjias desenfrenadas, su vida errante y belicosa. Oponian á los sábios consejos de la reina insolentes murmuraciones: «Las letras y la filosofía, »gritaban, no sirven sino para »afeminar al príncipe de los go»dos: en lugar de rodearle de »pedantes que entorpezcan su »ánimo, deben ponérsele escu»deros que le enseñen á domar »caballos, y maestros de lucha, »pujilato y esgrima.»

Estos facciosos, animados con el favor de Atalarico, formaron una conspiracion contra la reina. Amalasunta, incierta del écsito de las providencias que debia tomar, se aseguró un asilo en

la corte de Justiniano, y con tanto vigor como prudencia desplegó su autoridad contra los rebeldes, descubrió sus proyectos, prendió á los jefes y los envió al suplicio. Otro peligro la amenazaba. Teodato, su sobrino, príncipe cobarde, avaro, ambicioso y pérfido, la habia engañado algun tiempo, afectando grande amor á las letras y á la filosofía de Platon. La reina le dió el gobierno de Toscana, donde se enriqueció con infames concusiones y negoció secretamente con el emperador para venderle y entregarle aquella provincia. Amalasunta lo descubrió, le depuso y le encerró en una cárcel. Poco tiempo despues Atalarico murió de sus escesos, habiendo ocupado el trono ocho meses bajo la tutela de su madre.

Elevacion y crimenes de Teodato. —El error de las almas jenerosas es creer en el reconocimiento. Amalasunta pensó que conservaria su autoridad perdonando á Teodato, y disponiendo de la corona en su favor: le adquirió, pues, los votos de los grandes, y le elevó al trono. Este príncipe perverso disimuló sus atroces designios· juróle gobernarse por sus consejos, y se mostró al principio como un hijo tierno y obediente; pero al mismo tiempo llamaba junto á sí á todas las almas bajas, dispuestas siempre á favorecer las maldades del poder.

Seguro de sus cómplices, dió de puñaladas entre las sombras de la noche á los mas fieles sirvientes de la reina, y á ella mandó encerrarla en un castillo. Poco tiempo antes hubo alguna desavenencia entre Amalasunta y Audefleda, su madre, ermana de Clodoveo y viuda del gran de Teodorico. Audefleda habia muerto despues de recibir en la iglesia una ostia envenenada, y Teodato acusó á la desgraciada Amalasunta del crímen que él mismo habia cometido. Dicen algunos historiadores que la emperatriz Teodora, envidiosa de la gloria de Amalasunta, habia escitado contra ella el furor de Teodato. El vulgo, dispuesto siempre á dar oidos á la calumnia y á derribar sus ídolos, creyó culpable á la reina, y oprimió con imprecaciones á aquella ilustre princesa, cuyo valor y virtud habia tanto tiempo admirado y bendecido.

Muerte de Amalasunta. — Justiniano, aprovechándose de este momento favorable para debilitar á los godos dividiéndolos, defendió la causa de Ama-

lasunta, y envió un embajador para reclamar su libertad; pero ya no era tiempo: los viles favoritos de Teodato la habian aogado mientras se bañaba.

Casiodoro, jefe de su consejo y antiguo ministro de su padre, debió defender su memoria: hasta entonces este majistrado filósofo se habia mostrado en su larga carrera tan virtuoso como hábil; pero al fin se desonró, como Séneca, publicando la apolojía del asesino de su bienechora. Justiniano declaró la guerra á Teodato, é invitó los reyes francos á unir sus armas á las suyas contra los godos. Estos príncipes le prometieron vengar á Amalasunta, obligados á ello por la justicia y los vínculos de la sangre; pero Teodato los desarmó, cediéndoles las tierras que aun poseia en la Galia, y pagándoles un tributo de dos mil libras de oro.

Conquista de Sicilia por Belisario. — Justiniano envió á Mondon á Dalmacia con un ejército, y Belisario tuvo órden de conducir otro á Sicilia: sus tropas eran pocas, pero valientes. Ningun jeneral ha hecho mayores cosas con menos recursos: no queria combatir sino al frente de hombres esperimentados, y fundó siempre la esperanza del triunfo, no en el número, sino en la eleccion de los soldados.

Este guerrero, tan temible para los reyes, se mostraba umano con los pueblos vencidos: perdonaba las ciudades, y protejia las aldeas: las naciones creían, no que las conquistaba, sino que las hacia libres, y su ejemplo obligaba á sus oficiales á hacerse respetables por su justicia y moderacion, tanto como por su intrepidez. Se admiraban igualmente el órden, la templanza, la actividad infatigable, la regularidad severa que reinaban en su ejército; y bajo sus tiendas parecia hallarse el campamento de la gloria y el templo de la virtud: solo le mancillaba la presencia de la voluptuosa Antonina y de su amante Teodoro; lamentando todos la ceguedad del esposo ofendido, única flaqueza de aquel grande hombre.

Los godos hicieron inútiles esfuerzos para impedir ó retardar por lo menos su marcha. Los votos de los sicilianos favorecieron sus armas. Apoderóse de Catania, Siracusa le abrió las puertas, y en pocos dias se le sometió toda la isla. La noticia de una rebelion en Africa le hizo volver á este pais. Despues de su partida de Cartago, los mo-

ros tomaron las armas, y degollaron muchas guarniciones romanas. Salomon y sus lugartenientes Aigan y Rufino vencieron al principio á los bárbaros; pero habiéndose adormecido despues de la victoria en una funesta seguridad, fueron sorprendidos por los moros, y sus tropas derrotadas: Aigan pereció en el campo de batalla; y Rufino, hecho prisionero, fué llevado ante el jeneral enemigo que le mandó cortar la cabeza. Salomon amenazó á los moros con su terrible venganza. «Llevaré, les dijo, el hierro y el »fuego al seno de vuestras fa»milias: escusad á vuestros hi»jos las desgracias que vuestra »ostinacion va á causarles.» La respuesta de los moros fué singular. «Los romanos, dijeron, »pueden temblar por sus hijos, »porque tienen pocos, no pu»diendo por su ley casarse con »mas de una mujer. Nosotros, »que podemos tener cincuenta, »no careceremos nunca de pos»teridad.»

Salomon, reunidas todos sus fuerzas, marchó contra ellos, y los encontró en órden de batalla, defendidos por doce filas de camellos, cuyos bramidos y olor espantaron á los caballos romanos: el jeneral mandó á su caballería echar pie á tierra, acometió á los bárbaros, los desbarató, y se apoderó de su campamento, donde encontró á sus mujeres é hijos, y un inmenso botin.

En una segunda batalla los derrotó aun mas completamente, y como un destacamento romano les habia cortado la retirada, perecieron cincuenta mil moros en este combate. Cada soldado ganó tantos cautivos, que vendian una mujer y un niño por un cordero. La supersticion aumentó el desaliento de aquellos salvajes africanos, porque, segun una prediccion antigua y acreditada entre ellos, habian de ser destruidos por un hombre sin barba; y se creyeron perdidos sin recurso, viéndose derrotados por Salomon, que era eunuco.

Cuando no hubo enemigos que vencer, nacieron las disensiones intestinas, y dividieron á los romanos. Habian repartido las tierras de los vándalos, y casado con sus hijas: muchos de ellos profesaban el arrianismo que Salomon perseguia: conspiraron contra él y quisieron asesinarle mientras oía misa. La trama fué descubierta, y no pudo lograrse; pero la rebelion se propagó en las ciudades y campamentos, y

Salomon, no pudiendo apaciguarla, se embarcó con Procopio, y fué á Siracusa á implorar el ausilio de Belisario. Su fuga alentó á los rebeldes: elijieron por jeneral á Stózas, soldado valiente, que con ocho mil hombres amenazó á Cartago. Teodoro, que se habia quedado en esta ciudad, procuró en vano defenderla: la guarnicion le obligó á capitular.

Al dia siguiente la plaza debia abrir sus puertas, y los rebeldes creian seguro su triunfo: repentinamente observan que el intrépido Belisario habia entrado en el puerto con solo su bajel y cien soldados: preséntase en Cartago: el terror de su nombre produce sobre ellos el mismo efecto que un ejército, y levantan precipitadamente el sitio. Belisario los persigue con sus valientes compañeros, y con la guarnicion que no llegaba á dos mil hombres, y los alcanza cerca del rio Bagradas: ataca una altura donde Stózas por su parte recordaba á sus soldados que solo tenian que elejir entre la victoria y el suplicio. Se traba una batalla encarnizada: un viento furioso se levanta súbitamente, y rodea á los rebeldes de una nube de arena: quieren mudar de posicion: este movimiento desarregla las filas: Belisario se aprovecha del accidente, los desbarata, da muerte á un gran número de ellos, y auyenta á los demás. Despues de esta victoria vuelve con prontitud á Sicilia, donde su ausencia habia producido otra rebelion. Despues de su partida Narcete y Cirilo persiguieron á los rebeldes en su retirada, y los alcanzaron cerca de Constantina. Los arcos estaban ya estendidos y los aceros desenvainados, cuando Stózas arrojándose osadamente entre los dos ejércitos, habló así á las tropas que le atacaban: «¿Por qué »venís á pelear con vuestros »conciudadanos y camaradas »que solicitan libraros de una »pesada tiranía, para que recobreis la parte de botin que os »han quitado, y los sueldos que »se os deben? Yo me entrego á »vosotros: si me teneis por culpable, dadme mil muertes, y »perdonad á vuestros compatriotas; pero si mi causa es justa, unid vuestras armas á las »mias.»

La mayor parte de las tropas imperiales, conmovida por estas palabras audaces, pasó á los estandartes del rebelde: los demás huyeron con los jenerales: Stózas los persiguió y esterminó.

Justiniano, informado de esta insurreccion, envió á Africa al patricio Jermano, su sobrino, con dos senadores Simmaco y Dominico. Hallaron pocos soldados fieles; pero Jermano era hábil y poseía el grande arte de gobernar á los hombres: arte cuyo secreto consiste enteramente en la mezcla acertada de moderacion y severidad.

Daba sin ceder, perdonaba sin finjir, castigaba sin humillar. De este modo ganó á muchos, y produjo una gran desercion en el partido de Stózas. Sin embargo, este creyó que marchando rápidamente á Cartago, triunfaria con facilidad del ejército del emperador apenas organizado. La esperanza le salió falsa: una parte de sus soldados desertó, y se vió obligado á retirarse. Jermano le persiguió, le atacó con ímpetu, mandó á Teodoro rodearle, le derrotó completamente, y se apoderó de su campamento. Stózas, seguido únicamente de algunos vándalos, se escapó á Mauritania, donde casó con la hija de un príncipe de aquel pais.

Jermano vencedor volvió á Constantinopla, y Salomon á Africa, y la gobernó con prudencia durante cuatro años. Con su administracion empezaba á renacer la prosperidad: los moros hicieron vanas tentativas para turbarla; pero se le agregaron Serjio y Ciro, y sus yerros reprodujeron los alborotos en aquella provincia turbulenta. Despues de haber rechazado á los moros que atacaban á Léptis, no sostuvieron en sus tropas la disciplina de Belisario, y fueron sorprendidas y derrotadas por los bárbaros mientras se ocupaban en el saqueo. Salomon acudió en su socorro, dió la batalla, fué vencido, huyó y fué muerto por los moros que le perseguian.

Serjio que le remplazó, se mostró incapaz de reparar los males que habia causado. Las tropas estaban desalentadas; las guarniciones no osaban salir de las plazas, y todos pedian á Justiniano otro jeneral. El emperador no respondió, y Stózas, aprovechándose de su inaccion, se puso al frente de los moros, y se apoderó de una provincia. En fin, temiendo perder el Africa, Justiniano envió á Areobindo á esta provincia. Apenas llegó, dió batalla y fué vencido, aunque Juan, su lugarteniente, dió á Stózas una erida mortal.

Los rebeldes y bárbaros, animados por esta victoria, acometieron á Cartago: las disensiones civiles se añadieron á los peli-

gros de la guerra. Gontaris, jefe de las tropas ausiliares, hace traicion á Areobindo, conspira contra su vida, y solicita ser reconocido por rey de Africa. Areobindo se refujia á una iglesia: Gontaris le jura sobre el evanjelio perdonarle la vida si se rinde: el desgraciado se entrega á su fé: Gontaris le recibe con onor, le convida á comer en su palacio, le hace cortar la cabeza, y reina algunos dias como tirano. Sus cómplices le fueron tan infieles como al emperador. Artabano forma una conspiracion contra él, le quita la vida, obtiene el gobierno de Africa, y liberta á Cartago de los moros. Juan, ermano de Pappo, su sucesor, despues de muchos triunfos conseguidos de los moros, les dió una batalla decisiva, hizo gran mortandad en ellos, y aseguró con esta victoria la paz de Africa.

Conducta de Teodato. — Mientras que la autoridad del emperador era sucesivamente atacada y restablecida en esta provincia, Belisario la afirmaba en Sicilia; y Mondon, adelantándose en Dalmacia, arrojaba á los godos de esta provincia, y se apoderaba de Salona. Teodato era tan cobarde como cruel: al saber los progresos de Belisario y Mondon, abatió su orgullo á los pies del embajador de Justiniano, pidió la paz, y mas deseoso de vivir que de reinar, cedió la Sicilia y aun prometió abandonar la Italia con tal que se le diese una renta de mil doscientas libras de oro. El senado de Roma, á instancias suyas, escribió al emperador apoyando su solicitud, y el papa Agapito fué enviado á Constantinopla á recabar de Justiniano que firmase el tratado, ó por mejor decir, capitulacion ignominiosa.

En estas circunstancias Mondon, siguiendo con demasiado ardor sus triunfos, se dejó envolver por los godos, que le mataron, como tambien á su hijo, y recobraron la Dalmacia. Teodato, cobarde al primer revés, insolente con la primer victoria, se negó á ratificar la paz, que con tanta umildad habia pedido. Constantino, al frente de un nuevo ejército, reconquistó aquella provincia, y Belisario, que volvia entonces de Africa, recibió órden de pasar á Italia.

Conquista de la Italia meridional por Belisario. — (536) Dispuesto á obedecer, hace sus preparativos, deja bien guarnecida la Sicilia, se embarca, atraviesa el estrecho de Mesina y llega á Rejio. Teodato goberna-

ba sin plan: las ciudades estaban indefensas, y los pueblos, deseando ver á su libertador, salian á recibir á Belisario. El mismo yerno de Teodato se pasó á sus banderas, y obtuvo la dignidad de patricio, olvidando que los títulos envilecen y no condecoran á los traidores.

Belisario marchó rápidamente á Nápoles: los abitantes quisieron al principio obligar á la guarnicion á que se rindiese; pero les hicieron temer el saqueo, y aquella plebe inconstante varió de parecer. La ciudad era fuerte, sus defensores valerosos: despues de muchos é inútiles esfuerzos, el jeneral romano se disponia á levantar el cerco, cuando un soldado isauro descubrió un antiguo canal subterráneo por el cual se podia penetrar en la plaza. Belisario, cierto del buen suceso, intima inútilmente á los napolitanos sustraerse por una capitulacion onrosa á la suerte funesta que les aguarda, y no dar á los godos, sus enemigos comunes, el agradable espectáculo de la sangre romana derramada por los romanos. El destino los ciega, responden con injurias; y mientras la guarnicion vuela á las murallas para defenderlas, Belisario, al frente de sus mas valerosos guerreros se adelanta por el conducto subterráneo, se presenta enmedio de la ciudad, y sus soldados furiosos la corren con el hierro y el fuego en la mano.

Al mismo tiempo los romanos, aprovechándose del terror de los godos, salvan las murallas. Los vencedores son inaccesibles á la piedad: no hubo asilo para el pudor; las lágrimas de la infancia y de la vejez son defensas inútiles. En vano Belisario se opone á sus escesos, y grita: «Degollais á vuestros compatriotas, »á los súbditos del emperador. »Mostrad á los vencidos que érais dignos de vencerlos: no »desonreis con la crueldad un »triunfo tan glorioso.» ¡Inútiles esfuerzos! no habia umanidad sino en el corazon de un hombre: pocos le escucharon, ninguno le obedeció, y la matanza fué orrible y espantosa.

Teodato, al saber la pérdida de Nápoles, creyó ver á Roma en poder ya de los enemigos: envió tropas para defenderla, pero se les negó la entrada. Este príncipe, uyendo de los combates, buscó un asilo en su corte, y dió órden á Vitijes, comandante de su ejército, que marchase á Cápua. Vitijes habia debido su elevacion á su valor intrépido. Entonces estaba acampado á cator-

ce leguas de Roma: sus soldados avergonzados de servir á un príncipe, que solo era valiente para cometer maldades, y atrevido para oprimir al pueblo, se rebelan contra él, y declaran que renuncian al mando de un jefe, hábil solamente para uir. Vitijes procuraba en vano restablecer el órden: lo obligan con ruegos y amenazas á aceptar la corona. Teodato abandonado uye: un godo, llamado Octáris, le persigue, le derriba de una lanzada, y lleva su cabeza á Vitijes. Este indigno sucesor de Teodorico el grande y de Amalasunta habia reinado dos años. Su hijo murió envenenado.

Vitijes, proclamado rey, entró en Roma, y recibió el juramento del papa Silverio, del senado y del pueblo. (539) Dejó en la capital cuatro mil hombres de guarnicion, y fué á Ravena para incorporar en su ejército las tropas que allí habia. Para hacer mas respetable un cetro usurpado, repudió á su mujer y casó con Matasuinda, hija de Amalasunta; y para asegurar, si no la alianza, á lo menos la neutralidad de los franceses, hizo consentir á los jefes de su nacion en ceder los territorios que aun tenian de la provincia romana en las Galias.

Mientras que procuraba por estos medios consolidar su trono vacilante, Belisario, que conocia el valor del tiempo y del atrevimiento, marchó con rapidez ácia Roma: el papa persuadió al pueblo que le abriese las puertas, y los cuatro mil godos que Vitijes habia dejado de guarnicion, tuvieron que abandonar la ciudad. Así restituyó Belisario, al imperio, sin combate, la antigua capital del mundo, que sesenta años antes habia conquistado Odoacro, y Roma creyó ver en él solo todos sus antiguos éroes.

Vitijes pidió la paz, y Justiniano la reusó. Los jenerales del emperador conservaron la Dalmacia á pesar de los esfuerzos de los bárbaros. Constantino, lugarteniente de Belisario, encontró una division enemiga y la destruyó casi enteramente. Entretanto desplegaba Vitijes en sus preparativos tanta actividad como inercia habia manifestado Teodato. Llamó á las armas, y reunió todos los godos capaces de combatir, y marchó derecho á Roma al frente de ciento cincuenta mil guerreros.

Todos sus jinetes llevaban corazas, y los jaeces de los caballos eran de hierro, y como no podia creer que un hombre solo

resistiese á tantas fuerzas, y se mantuviese con cinco mil soldados enmedio de ellas, preguntó arrogantemente á los viajeros que encontraba en el camino y que volvian de la capital, si Belisario no se habia escapado todavía: «Señor, le respondió un »fraile, de todos los movimien»tos militares, el único que Be»lisario no ha aprendido hasta »aora es la fuga.»

El ejército godo se acampó á dos leguas de Roma: la traicion puso en sus manos una torre fortificada que defendia el puente del Teberon. Ignorante Belisario de esta perfidia, se adelanta con poca fuerza á visitar este puesto que creia ocupado por los suyos: de pronto se ve asaltado y cercado por toda la vanguardia enemiga. En este peligro estremo mostró aquel gran capitan el valor de un soldado. Todos los tiros se dirijian contra él y su caballo bayo, el cual inmortalizó la gloria de su dueño: sus guardias, olvidándose á sí mismos por conservar á su jeneral, le sirvieron á porfia de escudo, y cada uno pareció á los bárbaros otro Belisario. Este puñado de éroes desbarató al primer choque la vanguardia enemiga, y la obligó á retirarse hasta el valladar de su campamento; pero oprimido despues Belisario por todo el ejército de los godos, fué perseguido hasta la puerta de Roma que se llamaba entonces Salaria, y que tomó el nombre de este ilustre jeneral desde aquella jornada memorable. Los romanos temblando no se atrevian á abrir las puertas, y la cobardía negaba un asilo á la gloria: la desesperacion le salvó. Aunque oprimido del cansancio y de las heridas, su grande alma da nuevas fuerzas á su cuerpo: escita, anima, enardece al corto número de guerreros que aun le acompañaban: obedécenle y siguen su ejemplo; acometen con gran vocería á los godos, y con prodijios de valor los sorprenden y atemorizan de manera, que echan á uir creyéndose perseguidos por un Dios. Roma recibió en triunfo al éroe que habia vencido él solo un ejército.

Sitio y batalla de Roma. — (537) Belisario consiguió de allí á poco una victoria mas dificil. Tuvo que desplegar todos los recursos de su carácter activo, diestro y firme para reprimir el espíritu sedicioso de un pueblo acostumbrado á la licencia, al ocio y á la abundancia. Desde que la ciudad fué cercada, empezaron las mur-

muraciones de aquella multitud cobarde, que preferia la servidumbre á las privaciones, y la ignominia al peligro: pedia á gritos que se abriesen las puertas á los bárbaros. Una distribucion de víveres hecha con prudencia, una constaute vijilancia y algunos ejemplares, comprimieron á los facciosos. Poco á poco se acostumbró el pueblo á oir el idioma del valor romano, que mucho tiempo antes no resonaba en la tribuna: deseó imitar lo que admiraba: gran número de ciudadanos tomaron la armas y se agregaron á los compañeros de Belisario: el jeneral, aunque no confiaba mucho en ellos, los animaba sin embargo.

Vitijes le escribió ecsortándole á evitar la efusion de sangre romana, y dejándole la opcion de salir libremente de Roma con sus tropas y bagajes, ó fijar dia para pelear en la llanura. Belisario respondió: «Roma es del emperador, y no la perderá hasta que yo pierda la vida. En cuanto á la batalla, la daré cuando me paresca sin consultar á Vitijes.»

Los godos estrechaban mas y mas la ciudad. El rey, habiendo hecho construir grandes torres de madera que llenó de flecheros, y muchas máquinas de guerra sobre ruedas, les unció bueyes y lás aprocsimó á las murallas, batidas sin cesar por el ariete.

A este espectáculo se apodera el terror de todos los ciudadanos que creen prócsima é inevitable su ruina. Belisario se empleaba dia y noche en inspirar confianza al pueblo y en sostener el denuedo de los suyos, escitándolos con su ejemplo á defender los muros contra la multitud, que siempre crecia, de los enemigos. Al fin, tomando un arco, derriba de un flechazo al mas atrevido de los jenerales godos; y los romanos, siempre supersticiosos, miraron este primer triunfo como un presajio feliz. Pero los dardos que lanzaban las torres, aterraban siempre la ciudad: Belisario da órden á sus flecheros de dirijir sus tiros contra los bueyes que conducian las máquinas: estos animales caen, y aquel aparato, antes tan amenazador, llegó á ser un fantasma ridículo. Los romanos salen de la ciudad, rechazan á los godos, los desalojan del mauseolo de Adriano que habian ocupado, derriban las torres, queman las máquinas y dan muerte á treinta mil bárbaros. El pueblo que en este tiempo creia mas en los

santos que en los éroes, atribuyó su libertad, no al jenio de Belisario, sino á la proteccion de San Pedro. La casualidad hizo que los godos descuidasen atacar una parte de muralla que se habia arruinado, y estaba cerca de la iglesia de este apóstol, y la multitud quedó tan persuadida de este milagro, que despues no permitió que se volviese á redificar.

Belisario se aprovechó de esta credulidad, que propagándose podia fortificar la confianza de todos y debilitar la del enemigo. Dando cuenta á Justiniano de su victoria, le escribió: «Cinco mil romanos han vencido ciento cincuenta mil godos; »pero el cerco dura todavia. »¡Qué ignominia para el imperio, si Roma se pierde por falta de socorro! Te he consagrado mi vida, y moriré antes »que rendirme: decide la suerte »de Belisario; y si quieres, me »sepultaré entre las ruinas de la »plaza.»

Estas palabras sacan al emperador de su letargo, levanta tropas, arma naves, y manda á Valeriano y á Martin que las conduzcan á Italia. En este tiempo Roma, bloqueada, veia casi agotados sus víveres; y Belisario tenia que contener á los abitantes de la ciudad y á los enemigos. Su gran carácter triunfó de todos los ostáculos: mandó salir de la plaza todas los bocas inútiles; se le obedeció aunque jimiendo. Una multitud de niños, mujeres y ancianos cubren la via Apia y se retiran á Campania, escoltados por mozos intrépidos y ájiles que atraviesan las líneas enemigas y matan á los godos que se hallan dispersos confiadamente en el camino. Belisario arma á los cortesanos, echa de Roma algunos senadores sospechosos de traicion, y entre ellos á Mácsimo, descendiente del emperador de este nombre. Martin y Valeriano le traen un refuerzo de mil seiscientos caballos, que entran en la ciudad á favor de una salida en la cual perecieron cuatro mil godos.

Preparábase á dar á los bárbaros golpes mas sensibles; mas solo confiaba en su caballería; porque la infantería romana habia perdido desde mucho antes su disciplina, valor y celebridad. En esta incertidumbre cometió el yerro de ceder á los deseos é instancias de Principio, Pisidio y Tarmur el isauro, oficiales de su ejército, que le alababan el celo, ardor y consagramiento de las nuevas lejiones de ciudadanos alistados, formadas

en Roma: le suplicaban que emplease esta infantería, por lo menos en retaguardia: no es razon irritarla, decian, despreciándola injustamente, y la confianza inflamará su valor.

En efecto, aquellas lejiones pedian á gritos la batalla. Belisario, movido de su ardor, se resolvió á darla. Desde el alba hasta mediodia no hubo mas que escaramuzas y guerra de flecheros: el jeneral esperaba algun movimiento falso de los godos para aprovecharse de él y atacarlos. Pero las lejiones impacientes no escuchan sus órdenes, acometen con ímpetu, desbaratan al principio á los godos, y entregándose con ardor al saqueo, son atacadas por los bárbaros; una parte perece y los demás uyen.

Belisario con sus valientes resistió mucho tiempo; pero al fin tuvo que retirarse. Bien pronto hubo grande escasez en Roma. El ejército pedia la batalla, prefiriendo la muerte en el campo de la gloria, á una consuncion lenta y dolorosa; pero Belisario, escarmentado en el yerro que le habia hecho perder la batalla de Roma, fué inflecsible, resolvió aguardar socorro, y mandó que callasen y sufriesen. Tal era su autoridad que padecian y morian sin quejarse.

En fin, el refuerzo esperado desembarcó: Zenon, Paulo, Conon y Juan trajeron tres mil isauros y dos mil caballos. La intrépida Antonina salió atrevidamente de Roma, para apresurar la marcha de estas tropas. Cuando se aprocsimaron á la plaza, Belisario hizo una falsa salida contra los sitiadores, al mismo tiempo que otra division salió por una puerta tapiada antes y que se abrió por la noche: esta division rodeó á los godos, que atacados á un mismo tiempo por el frente y el flanco, pelearon en desórden y aterrados: uyen por todas partes, y los vencedores hacen en ellos espantosa carnicería.

Despues de esta derrota, Vitijes, cuyo ejército estaba arruinado por el hierro, el ambre y el contajio, pidió la paz, y propuso ceder la Sicilia, con tal que los romanos evacuasen la Italia. Belisario respondió irónicamente á esta peticion ilusoria, ofreciendo al rey de los godos las islas británicas. Sin embargo, se ajustó un armisticio, y llegó á Roma un gran convoy con víveres en abundancia y tropas nuevamente desembarcadas: en fin, se concluyeron treguas por un mes. Lo que mas raramente ofrece el cielo á la admiracion de

la tierra, es una gloria pura y una felicidad sin mancha. Constantino, valiente guerrero y jeneral ábil, pero codicioso, habia quitado á Presidio, uno de sus colégas, su parte del botin cojido en el campo de los godos. Antonina aborrecia de muerte á Constantino, porque habia descubierto sus intrigas amorosas, é inspirado á Belisario sospechas arto justas, é irritó á su esposo contra el que procuraba desengañarle. Belisario, olvidado de su moderacion ordinaria, despues de haber reprendido ágriamente á Constantino, mandó arrestarlo: el guerrero enfurecido saca la espada contra su jefe, que apenas tuvo tiempo de evitar el golpe. Entonces debió juzgar y castigar á Constantino; pero la justicia pareció demasiado lenta al enojo de una mujer ofendida. Antonina escitó los guardias á la venganza, y degollaron á Constantino. Este asesinato, permitido por Belisario, mancilló sus laureles.

Los godos cometian, á pesar de las treguas, muchos actos de violencia: volvieron las ostilidades: Belisario sale de Roma, da batalla, derrota á los enemigos, los persigue y mata un gran número de ellos. Consecuencias de esta victoria fueron la toma de Rímini, y el levantamiento del sitio de Roma. Este cerco famoso habia durado un año.

La Italia se hubiera conquistado con prontitud, si Justiniano no se hubiese tardado en remitir los socorros que Belisario pedia; pero entonces estaba llamada toda su atencion á edificar conventos y á turbar la iglesia cuyas querellas queria terminar. Despues de haber publicado leyes sábias contra la simonía, separó impolíticamente á los sacerdotes de la jurisdicion de los tribunales; y como queria que sus decretos fuesen respetados en materia de dogma, como en otra cualquiera cosa, se estravió en sutilezas y cayó en la erejía que habia combatido por largo tiempo.

Teodora, acostumbrada á derribar todo lo que se le oponia, quiso que se depusiese al papa Silverio: el emperador, menos violento, le envió á Roma, y encargó á Belisario el ecsámen de su conducta, mandándole que le dejase en su silla si estaba inocente, y lo pasase á otra si era culpable. Acusábasele con algun fundamento de intelijencia con Vitijes.

Belisario, vencedor de Africa é Italia, se dejaba subyugar por Antonina, y esta mujer sin pu-

dor favorecia fielmente las pasiones rencorosas de la emperatriz: alcanzó de la debilidad de su esposo que desterrase al pontífice á una isla desierta, adonde ella envió asesinos que le mataron.

Vijilio, que le sucedió, engañó á Teodora y á Antonina con una falsa sumision; se mostró zeloso defensor de la ortodocsia apenas ocupó la cátedra de san Pedro. Mientras el emperador gastaba sus tesoros en llenar de conventos el imperio, cuando eran tan necesarios los soldados y las fortalezas, los búlgaros invadieron la Mesia. El ejército de Iliria los rechazó al principio, pero al volver triunfante, otro cuerpo de búlgaros lo atacó de improviso y lo destruyó.

Estos guerreros feroces espantaban á los romanos con una arma singular, y eran redes que llevaban en las puntas de las lanzas, y que arrojaban á los enemigos. Godilas, jeneral romano, cojido en uno de estos lazos, cortó las cuerdas con su sable y debió á su presencia de ánimo la vida y la libertad.

Belisario continuaba en Italia sus conquistas: Milan y Ancona fueron evacuadas por los godos. Narsés, que despues adquirió tanta gloria, desembarcó cerca de Ravena con cinco mil hombres. Justino, comandante de la milicia de Iliria, llegó al mismo punto con dos mil hérulos. Los godos, sorprendidos cerca de Rímini por un cuerpo que mandaban Matin, Juan é Ilderico, poseidos de un terror pánico, uyeron abandonando su campamento; y si la guarnicion de Rímini los hubiese atacado entonces, habria quedado destruido su ejército.

Belisario llega en el momento de la derrota del enemigo, y felicita á las tropas del triunfo debido á la abilidad de Ildijero. «No se debe á él, respondió »osadamente Juan, sino al jenio »de Narsés.» Así comenzó la fatal desavenencia de Narsés y Belisario: los envidiosos la irritaron, y todos aquellos á quienes importunaba la gloria del conquistador de Africa y libertador de Roma, no cesaron de escitar la envidia naciente del favorito de la fortuna contra el de la victoria. Repetian contínuamente á este eunuco ambicioso, que pues mandaba un cuerpo tan numeroso de tropas, no debia abatirse á servir de sombra á Belisario. Desde entonces comenzó su enemistad.

Belisario convocó los jefes del ejército, y les dijo: «No os de-

»jeis engañar por vuestras primeras victorias. Haceis mal »en despreciar al enemigo, que »aun es temible. Solo la pru»dencia consolida los triunfos: »la presuncion estravía ó ador»mece. Los godos inundan la I»talia hasta las puertas de Ro»ma: Vitijes ocupa á Ravena: »Brayas, dueño de la Liguria, »sitia á Milan. Aucsimo está de»fendido por una fuerte guar»nicion, y estamos rodeados por »todas partes. Sé que un nume»roso ejército de francos se pre»para para aumentar cerca de »Jénova las fuerzas del ene»migo: nuestra ruina es cierta »si perdemos un tiempo precio»so: solamente la celeridad pue»de dividir á los bárbaros, es»pantarlos y rendirlos. La mitad »de nuestras tropas debe liber»tar á Milan, y la otra mitad to»mar á Aucsimo: despues mar»charemos contra los francos y »contra Vitijes.»

Narsés fué de contrario dictámen, y propuso reunir los dos ejércitos para atacar antes á Ravena. Estas dos opiniones dividian los votos. Belisario, sabiendo que la discordia intestina pierde los ejércitos y los imperios, cortó la dificultad leyendo una órden secreta del emperador, en que declaraba á Narsés intendente, y no jeneral del ejército. Oido esto, no quedaba mas partido que obedecer; sin embargo, el ambicioso Narsés reusaba someterse. Belisario manda marchar á las tropas; pero al llegar cerca de Urbino, las lejiones del partido de Narsés lo abandonan, esperando que con las pocas fuerzas que le quedaban, el primer revés lo arruinaria.

En este momento la fortuna favoreció á Belisario: la sola fuente que proveia de agua á los abitantes de Urbino habiéndose secado enteramente, obligó á capitular á la guarnicion, y esta plaza fuerte se sometió. Valido de esta ventaja, sorprendió á Orvietto, y se acercó á Milan: los rebeldes, mandados por Juan y Justino, aunque reusaron algun tiempo ejecutar sus órdenes y reunírsele, le obedecieron al fin, pero ya tarde. Esta lentitud tuvo consecuencias funestas: Milan fué tomada y saqueada por los bárbaros: la relacion, sin duda ecsajerada, de Procopio hace subir á treinta mil el número de víctimas inmoladas en aquella ciudad por el acero godo. Belisario, al entrar en ella, solo halló cadáveres y ruinas. El emperador, informado de este desastre,

mandó llamar á Narsés: los hérulos, mas ostinados en su rebelion, le siguieron. Belisario, deseoso de concluir la conquista de Italia, sitió á Aucsimo. Vitijes temeroso pidió socorro á Vacon rey de los lombardos, á Cosroes, rey de Persia, y á Teodoberto, rey de los franceses. El primero observó neutralidad: Cosroes ecsijió del emperador un tributo con el pretesto de que debia á su inaccion la conquista de Africa; y como Justiniano se lo negase, le declaró la guerra. Teodoberto, al frente de cien mil hombres atravesó los Alpes con el intento, no de socorrer á los godos, sino de conquistar la Italia.

Traia poca caballería: sus numerosos infantes estaban armados de espada y escudo, y una pesada hacha, llamada *francisca*, con la cual rompian el escudo del enemigo antes de erirle con la espada. Los godos mirando al rey de los franceses como aliado, le dejaron libre el paso del Pó, y le esperaron junto á Pavía: su error no duró mucho, porque los franceses se arrojaron sobre ellos y los mataron: una division romana que Belisario tenia en aquel pais, sorprendida por los bárbaros, se escapó á Toscana.

Teodoberto era valiente, mas no sabia aprovecharse de la victoria: en lugar de seguir su marcha con rapidez, se detuvo á saquear la Liguria: la ambre sucedió á la devastacion, y la peste á la intemperancia: el rey se retiró, y desapareció con él en un momento aquel torrente que amenazaba estender los estragos hasta la misma Roma: Belisario le escribió quejándose de la injusticia de su agresion y de los escesos vergonzosos que habian mancillado su fama. Todo cedia á las armas del jeneral romano: despues de tomar á Aucsimo, reunió todas sus tropas y cercó á Vitijes en Ravena.

SITIO DE RAVENA POR BELISARIO. —Los reyes de Francia ofrecian socorro al rey de los godos, á condicion de repartir con ellos la Italia. Belisario, sabedor de esta negociacion, logró romperla; pero cuando ya tocaba casi al fin de su gloriosa empresa, y restituia la Italia al imperio, la debilidad de Justiniano le espuso á perder el fruto de su valor. El emperador, cansado de la guerra, le autorizó para hacer la paz, cediendo á Vitijes todos los paises que estan al Norte del Pó.

Belisario no hizo ningun uso de esta órden, y estrechó el sitio. Los godos, como los demás

guerreros del setentrion, despreciaban á los reyes vencidos, y no respetaban la diadema sino ceñida de laureles. Llenos de admiracion á Belisario, le ofrecieron la corona, y el mismo Vitijes hubo de suscribir á esta resolucion unánime.

Belisario ni queria hacer traicion al emperador, ni concluir la paz vergonzosa que este príncipe le encargaba firmar. Decidido á resistir igualmente á la flaqueza y á la ambicion, reune sus oficiales, y les declara que ha hallado medios para tomar á Ravena sin combate, cojer prisionero á Vitijes, y hacer al emperador dueño de Italia. Disimulando sus designios aseguró á los godos que ninguno de ellos perderia sus dignidades ni bienes y que no haria distincion entre los de su nacion y los romanos. Con esta respuesta creyeron los bárbaros que aceptaba la corona: Ravena abrió sus puertas, y entró en ella triunfante como un rey en su capital.

Segun Procopio, las mujeres de los godos, que creían á los romanos tan grandes como sus azañas, sorprendidas de la pequeñez de su estatura, reprendieron á sus esposos haber sido tan cobardes que se hubiesen dejado vencer por aquellos hombres.

Belisario entra en el palacio del rey de los godos, como dueño de su cetro y de sus tesoros, hace prisionero á Vitijes, y declara que renuncia al trono ofrecido. Sin embargo, como hay pocos hombres bastante puros para creer tanto desinterés, no faltó quien escribiese al emperador que Belisario solo finjia reusar el poder supremo con la esperanza de que le obligasen á aceptarlo. Los godos, que acampaban en Pavia, nombraron rey á Idivado, el cual ofreció tambien á Belisario su diadema: «¿Por qué, le decia, te humillas »á los pies de un príncipe ingra»to y afeminado? No conviene »que sea esclavo de Justiniano »el que merece el primer puesto »del orbe. Todos los godos te »declaran por mi voz que solo es »digno de gobernarlos el éroe »que los ha vencido. Yo mismo »pongo mi corona á tus pies.»

Belisario respondió: «Debo á »Justiniano cuanto soy: le he »jurado fidelidad, y jamás fal»taré á ella.»

Despues de esta declaracion solemne, se embarcó para Constantinopla, donde entró segunda vez triunfando de los enemigos del imperio y de los suyos. Este triunfo, uno de los mas gloriosos de los romanos, hubiera sido

sin mancha, si el jeneral no hubiera llevado en su comitiva á Vitijes, á quien habia preso por engaño; y ni la abilidad política, ni la gloria pudieron justificar su perfidia.

Antonina se mostró en la capital tan activa para las intrigas como en la guerra. Teodora, que la protejia, deseaba arruinar al ministro Juan de Capadocia; lo que era dificil, porque poseía la confianza del emperador, para el cual pesaban mas su saber y abilidad que sus vicios y concusiones. Antonina se encargó de hacerle caer en sus lazos, y lo consiguió. Finjiéndose descontenta de la corte, y esajerando los servicios de su esposo y la ingratitud de Justiniano, cuya gloria brillaba con esplendor ajeno, á sus jenerales y ministros, lisonjeó pérfidamente la vanidad del privado, y le indicó la posibilidad de ascender al poder supremo con el ausilio de Belisario y del ejército, que le era adicto. Así le empeñó en una conspiracion finjida, é informó de ello á la emperatriz.

Teodora envia guardias á casa de Antonina, y se ocultan en ella con sus jefes Narsés y Marcelo. El imprudente ministro llega una noche á la cita dada por aquella infernal mujer: habla con veemencia de la incapacidad é ingratitud de Justiniano, y esplica su plan para derribarle del trono. Entonces se presenta la guardia: Juan resiste, pelea, uye y toma asilo en una iglesia, donde fué preso: el emperador le destituyó, confiscó sus bienes, y le envió á un destierro.

Este patricio, consular, prefecto de la capital, primer ministro, y casi dueño del emperador y del imperio, arrojado en una cárcel y despojado de sus riquezas despues de haber sufrido mil tormentos, recorrió el Oriente y el Ejipto: todos le habian abandonado escepto la ambicion y la esperanza, y aunque tan mísero, siempre soñaba en el trono, y se lisonjeaba de ascender á él. Diez años despues logró sublevar el populacho de Dara, hizo que le coronase, y gobernó en la ciudad como tirano. Pero de allí á poco algunos ciudadanos, animados por el patricio Anastasio, forzaron las puertas de su casa, degollaron su guardia, y le mataron.

Entretanto Cosroes se valia de la ausencia de las mejores tropas del imperio y de los yerros de Justiniano: el rey de los godos

le habia escitado á la guerra, haciéndole temer que la Persia tendria la misma suerte que Africa é Italia. El emperador, engañado por el delator Acacio, habia hecho asesinar á Amaáspes, gobernador de Armenia, sospechoso de trato con los persas: el acusador recibió en premio el puesto, bienes y gobierno de su víctima; pero oprimió la provincia de modo, que el pueblo, sublevándose por desesperacion, le dió la muerte.

Sittas, enviado para reprimir y castigar á los rebeldes, pereció en un combate. Búces le sucedió; y los armenios, temiendo su severidad, invocaron el ausilio de los persas. Cosroes, á cuyos proyectos era útil esta rebelion, convoca los magnates de su reino, y les propone declarar la guerra á los romanos. Ninguna ocasion podia ser mas favorable para satisfacer su antigua animosidad contra el imperio: Belisario peleaba entonces con Vitijes: la Armenia solicitaba un libertador, y los hunos, habiendo pasado el Danubio, asolaban la Grecia: no tardaron en presentarse á las puertas de Constantinopla, y no se retiraron hasta haber hecho un botin inmenso y ciento veinte mil prisioneros.

El emperador hallaba reclutas con dificultad en el imperio ecsausto: deseando ganar tiempo para juntar algunos recursos contra la tempestad que le amenazaba, envió á Anastasio de embajador á Cosroes. Sus cartas y las respuestas del persa solo contenian, segun la costumbre de aquel tiempo, mácsimas de moral, desmentidas por la conducta de ambos soberanos. Hablaban mucho de los deberes de los príncipes, de la fé del juramento, de las desgracias de la guerra, de la facilidad con que se rompe la union, y de la dificultad de restablecerla; porque los emperadores de aquellos tiempos argumentaban como griegos, obraban como bárbaros, y no sabian pelear como romanos.

Cosroes entró en el imperio con un fuerte ejército: ocupó á Palestina y Siria, y atacó á Ejipto: tomó algunas plazas por asalto: las mas le abrieron las puertas. Al principio devastaba el pais como un torrente; pero despues el amor que le inspiró una cautiva romana, llamada Eufemia, le hizo menos cruel con los vencidos.

Búzes, enviado contra él, salió de Hierápolis con un corto número de tropas, se adelantó

imprudentemente, fué rodeado, y no volvió á parecer. Jermano, sobrino del emperador, pasó á Antioquía, pero sin tropas; levantó sus fortificaciones, y se esforzó inútilmente en reanimar el valor de los abitantes con la esperanza de un pronto socorro. Cosroes marchaba con rapidez, precedido del terror. Berea, que emprendió resistirle, fué saqueada.

Sin embargo, al acercarse los persas, se despierta el valor en la juventud de Antioquía, y quiere defender la antigua capital del Oriente: los ancianos, los grandes y el obispo la aconsejan inútilmente alejar al enemigo por medio de un tributo, y rescatar con el oro la libertad que el hierro no podia defender. El ejército persa llega al Oróntes: los romanos, poseidos de un terror pánico, dejan el paso libre, y uyen. Cosroes, que esperaba un largo cerco, se aprocsima á la ciudad con precaucion: la soledad de las murallas le parece un lazo, y cree que la cobardía es una estratajema. Sin embargo, asegurado por el largo silencio entra: algunos jóvenes, prefiriendo la muerte á la ignominia, atacan á los persas enmedio de las calles, y son degollados. Muchas mujeres distinguidas, abandonadas por sus cobardes esposos, se sustraen á las injurias del vencedor arrojándose al Oróntes.

Cosroes afectando una clemencia ipócrita, permite á los abitantes retirarse con sus riquezas. Temia su desesperacion cuando estaban reunidos: separados, los degolló sin peligro. Los embajadores de Justiniano vinieron entonces á pedir la paz. Cosroes consintió en ella, á condicion de un tributo anual, con el cual los persas se encargarian de defender las puertas Caspias contra los hunos y los turcos. Los embajadores respondieron que la dignidad del imperio no podia someterse á esa umillacion. «Los romanos, replicó el »rey, pueden conceder un sub»sidio á un monarca vencedor; »pues há tanto tiempo que pagan »tributo á veinte pueblos bár»baros.»

Los embajadores prometieron cincuenta mil escudos de oro; pero Justiniano no ratificó el tratado. Cosroes escitó la indignacion de los cristianos, restableciendo en Seleucia el culto del Sol. Despues volvió á sacrificar á las ninfas en el bosque de Dafne, cercano á Antioquía; pero sabedor de una irrupcion de los hunos en la Lácica, que los romanos dejaban indefensa, pasó

con la flor de su ejército á las playas del mar Caspio.

Tal era la situacion brillante del rey de Persia y la deplorable del imperio, cuando Belisario volvió á Constantinopla triunfante de Vitijes y de Italia. El emperador le nombra jeneral de Oriente: su nombre solo crea un ejército, lo reune y disciplina, y lejos de limitarse á la defensiva que siempre aumenta el miedo, se decide á la acometida que despierta el valor.

Habiendo encargado á su lugarteniente Pedro contener con algunas tropas al jeneral persa, Nabádes, á quien Cosroes habia dejado con un ejército cerca de Nisibe, se adelanta á la frontera de Persia. Pedro tenia órden de no pelear: desobedece, ataca á los persas, y es vencido. Belisario vuela á su socorro, derrota completamente al enemigo, entra en Persia, se apodera de la ciudad de Sisarauno, y da órden á Arétes, rey de los árabes, para penetrar en Asiria. Cosroes sabe con sorpresa que ha perdido sus conquistas, que sus estados son invadidos, y que un solo hombre ha mudado su suerte. Vuelve á Persia con todas sus tropas.

Sin embargo, Belisario luchaba en vano contra la fortuna. Arétes, codicioso de botin, y queriendo guardar las riquezas robadas por su tribu en Asiria, se separa del ejército romano en lugar de cubrirlo como debia, y lo deja sin socorro y sin comunicaciones. Esta defeccion, y la envidia, siempre enemiga de la gloria, escitan una sedicion en el ejército, el cual acusa al que lo habia salvado, y pide á gritos volver á la frontera del imperio.

Belisario, vencedor de la intrepidez de los enemigos, cede á la cobardía de los suyos: á su pesar manda la retirada; la calumnia le acusó por ello, y un disfavor público es la recompensa que da Justiniano á sus gloriosos servicios. Cosroes no halló enemigos con que pelear: marcha á Palestina con el objeto de saquear á Jerusalen; el miedo entra en el palacio de Justiniano, y con él la justicia, aunque tardía. Belisario es enviado otra vez al Oriente; mas no halla en él ni tesoros ni soldados: las tropas estaban desmandadas, el dinero dilapidado, y los jenerales fujitivos. El vencedor de Italia llegó á Hierápolis, defendida aun por una corta guarnicion: reúnela; pero en vez de las aclamaciones acostumbradas, solo escucha jemi-

dos: los mas tímidos aconsejan la uida, los mas valientes la retirada. «Compañeros, les dijo: »cuando el enemigo ataca, no »las fronteras, sino el corazon »del imperio, la prudencia es »fuera de sazon: mejor es la »muerte que el oprobio: no os »oculteis ya al abrigo de las mu»rallas. Salid intrépidamente de »la plaza. Seguidme, y daremos »á los persas mas miedo y ocu»pacion que lo que ellos creen.» Desde que aparecieron en las llanuras de Siria el estandarte y la tienda de Belisario, la fama que todo lo aumenta, le atribuyó un ejército. Cosroes, engañado por su grande nombre, le envia un embajador para quejarse de la mala fé de Justiniano, que no habia querido confirmar el tratado de Antioquía. El ábil jeneral habia dispersado en una vasta estension de terreno desigual las pocas tiendas de la mezquina guarnicion que le seguia; pero de modo que à la primer mirada, atendida la distancia y la multiplicidad de los fuegos, parecia un ejército compuesto de numerosas divisiones. El embajador halló á Belisario en una cabaña, con soldados sin armas y vestidos de lino, unos con látigo y otros con arcos; y á tan corta distancia del inmenso ejército de los persas, ellos y el jeneral, con gran sosiego y seguridad profunda, se entretenian en los ejercicios de la caza mas que en los de la guerra.

Belisario recibió al enviado del rey con altanería desdeñosa, y no le respondió sino que para conseguir la paz, debia hacer proposiciones mas justas, ó esponerse á combates sangrientos antes de penetrar hasta los reales romanos.

Este artificio produjo buen efecto. Cosroes viendo á Belisario sin temor, creyó que tenia grandes fuerzas, hizo la paz, y supo despues con tanto pesar como admiracion, que habria tenido solamente que combatir con un jeneral que habia llegado en posta de la corte, y cuyo ejército se reducia á una pequeña escolta. Este tratado fué mas feliz para el emperador, porque otros jenerales romanos acababan de ser vencidos en las fronteras de Persia. La paz se restableció entre ambos imperios; y solo continuó la guerra entre Arétes y Alamondar, príncipes sarracenos, aliado el primero de los romanos y el segundo de los persas.

Conociendo Justiniano, aunque tarde, las desgracias que su

funesta imprevision habia causado al imperio, reedificó las ciudades destruidas por los hunos, construyó fortificaciones en la ribera del Danubio, y en el paso de las Termópilas, mejor defendido en otro tiempo por el valor que por el arte. Estos trabajos útiles, pero costosos, no le obligaron á cesar en la construccion de monumentos magníficos. La iglesia de santa Sofía, enriquecida de oro, y embellecida con un gran número de columnas del mármol mas precioso, se concluyó entonces. Se decia que era superior en riqueza al templo de Jerusalen, y Justiniano esclamaba, contemplando su obra: «En fin, Salo»mon, te he vencido.»

Guerra de Belisario contra Tottila. —(546) La prudencia, la gloria y la fortuna habian salido de Italia con Belisario. Sus lugartenientes permitieron la relajacion de la disciplina; su mala fé irritó á los godos; su codicia oprimió los pueblos. El *logoteta*, ó intendente de hacienda, fué igualmente odioso á bárbaros y á romanos por sus rapiñas: la avaricia de este hombre que se llamaba Alejandro, le aconsejó recortar las monedas, por lo que recibió del pueblo de apodo de *cortador*.

No siendo, pues, los romanos respetables ni por la justicia ni por la fuerza, comenzaron las rebeliones contra ellos. Ildivado reune una corta division de godos, ataca cerca de Trevise á los romanos mandados por Vital, y los auyenta (540): mas no gozó mucho tiempo de su triunfo; porque su mujer, zelosa de la de Brayas, otro jefe godo, la asesinó. Al asesinato se siguió la venganza, é Ildivado fué muerto en un banquete. Para remplazarle se nombró á Erarico, rujio de nacion, que reinó pocos dias. Los godos ofrecieron la corona á Baduela, por sobrenombre Tottila, que quiere decir *inmortal*, título que adquirió por sus azañas. Habia recibido de la naturaleza las prendas de un éroe. La nacion goda estaba tan disminuida por las victorias de Belisario, que habiendo puesto sobre las armas en tiempo de Vitijes doscientos mil hombres, Tottila solo pudo reunir cinco mil cuando emprendió la reconquista de Italia. Verona fué tomada por los romanos y recobrada por los godos. Artabazo, lugarteniente del emperador, les dió batalla junto á Faenza: peleó como valiente soldado, y mató por su mano á un godo cuya estatura jigantesca era el

espanto de los romanos; pero no teniendo las cualidades propias de un jeneral, se dejó rodear por los enemigos, fué derrotado, y perdió todos sus estandartes.

Bleda, Roderico y Uliacsis, lugartenientes de Tottila, eran tan temibles por su valor como por su union. Martin, Béssas, Cipriano y Juan el sanguinario, jenerales romanos, envidiosos unos de otros, no podian convenirse. Su division los arruinó: perdieron una segunda batalla con gran mortandad, y los romanos que escaparon de ella se encerraron en las ciudades. Tottila las sitió una despues de otra, y en poco tiempo conquistó casi toda la Italia. Estos sucesos pasaron en el consulado de Basilio, último cónsul nombrado por Justiniano en 541. En los años siguientes se fechó *año* 1.°, 2.°, etc. despues de este consulado, hasta el de 587, en que se tomaron por épocas el nacimiento del Jesucristo y el principio del reinado de cada príncipe.

Justiniano, asustado por los progresos de los godos, envió tropas á Italia al mando de Macsimino. Demetrio recibió órden de formar otro ejército en la misma Italia; pero ningun abitante de este pais quiso alistarse. Una tempestad dispersó la armada de Macsimino. Los godos se apoderaron de los buques y degollaron las tripulaciones.

Demetrio cayó en una emboscada, fué prisionero y enviado con un dogal al cuello á Nápoles, prometiéndole la vida si persuadia á los abitantes de esta ciudad á que se rindiesen: su cobardía y la de los ciudadanos le salvaron. Tottila, mas ábil y quizá mas virtuoso que sus enemigos, no permitió á sus tropas el saqueo, y aun condenó á muerte á uno de sus guerreros que habia ultrajado á la hija de un soldado romano.

En este tiempo Justiniano cayó enfermo de un contajio que causaba muchos estragos en Oriente. La ambicion y la intriga se movian ya para darle un sucesor; pero habiendo convalecido, castigó por conspiradores á todos los que creyó que habian aspirado al trono; y como la opinion pública habia designado á Belisario, resolvió perderle. La emperatriz le salvó. Este ilustre y desgraciado jeneral conocia entonces los desórdenes de su mujer, desengañado despues de su larga ilusion. Teodora ecsijió, que para obtener su gracia, se reconciliase con su indigna esposa. Belisario, conquistador de Africa é Italia; Belisario, que

ningun peligro temia en el campo de batalla, pareció cobarde en el aire contajioso de la corte: se postró á los pies de Antonina, recobró la benevolencia de su señor, y manchó el esplendor de su ilustre vida. La suerte le reservaba aun algunos dias de gloria para resarcir un momento de oprobio. Todos uian de Tottila, la Italia estaba perdida, Roma amenazada: creyóse que Belisario era el único ostáculo que podia oponerse al torrente. Recibió órden de partir, se embarcó y entró en Ravena con solos cuatro mil hombres. Atrevióse sin embargo á salir al campo con tan pocas tropas: con sus ábiles movimientos socorre á Aucsimo y sale vencedor de muchos combates, en que la gloria de su nombre inclina á favor de las armas romanas la balanza de la fortuna.

Tottila, cuyas fuerzas se habian aumentado con sus anteriores triunfos, las dividió: opuso á Belisario una parte de ellas, y con las demás se apodera de Espoleto y sitia á Roma, defendida solo por tres mil hombres á las órdenes de Béssas. Valentino y Focas se acercan para socorrerle; pero los godos los rodean y degüellan sus tropas. La escuadra romana, que habia salido de Sicilia, fué cojida y destruida por los bárbaros.

Roma sufria todos los orrores del ambre: Belisario se liberta de los ostáculos que le detenian: arroja á los godos de Otranto, y marcha al socorro de la capital. Pero la traicion, mas rápida que su marcha, se le anticipa: ciudadanos indignos abren la puerta Asinaria al enemigo: apenas tiene tiempo la guarnicion para salir por la parte opuesta. Tottila, dueño de Roma, impide la matanza y permite el saqueo. Los senadores, á quienes dió reprensiones severas, estaban la mayor parte reducidos á pedir limosna. Sin embargo, Tottila, vencedor, temia la fortuna y el talento de Belisario: mas deseoso de afirmar su autoridad que de estenderla, pidió la paz á Justiniano. «Trata con Belisario, le res»pondió el emperador: le he da»do todos mis poderes para la »paz ó la guerra.» Belisario, digno de esta confianza, habria preferido la muerte á un tratado ignominioso: sus movimientos fueron tan sabios, que encerró á Tottila en la capital. El rey de los godos, no pudiendo conservarse mucho tiempo sin víveres en una ciudad tan populosa, resolvió arruinarla antes que rendirla. Belisario, sabedor de

este funesto designio, le escribió así: «Los fundadores de las ciu»dades se inmortalizan, los des»tructores se desonran: aque»llos son los bienechores, estos »los azotes de la umanidad. To»do el orbe admira y respeta la »majestad de la reina del mun»do, ilustre por una larga série »de reyes, cónsules y emperado»res: una multitud de soberbios »edificios consagran la memoria »de su poder, de su gloria y de »sus triunfos. Dícenme que quie»res destruir el onor de los si»glos pasados y el grande espec»táculo de los venideros. Si sa»les victorioso de nuestra lid, »¡cuánto dolor tendrás por ha»ber arruinado el mas bello mo»numento de tus conquistas! Si »eres vencido, ¡qué derecho tan »funesto nos darás para abrasar »tus mismas ciudades! El mun»do entero te está mirando, y »espera tu determinacion para »saber qué título debe onrar ó »envilecer eternamente el nom»bre de Tottila.»

Belisario recobra a Roma. —(547) El rey de los godos, conmovido con esta carta, le respondió: «Conozco cuán pru»dentes son tus consejos, y me »aprovecharé de ellos.» Hizo salir de Roma á todos los abitantes, los dispersó en la Campania, salió de la capital con su ejército, y dejó á la señora del mundo entera, pero solitaria, aislada y semejante á una sombra majestuosa sobre un sepulcro. Belisario, activo é infatigable, sigue los movimientos del enemigo, le costea, se aprovecha de sus menores yerros, bate su retaguardia, y entra en Roma, que durante algunos dias solo tuvo por abitantes á este éroe y á sus soldados. Se reparan las fortificaciones, y vuelven á ella los ciudadanos y la abundancia. Tottila, reforzado con numerosas tribus de bárbaros, se acampa otra vez en las orillas del Tíber: Belisario y él tuvieron combates frecuentes y sangrientos. El jeneral romano veia disminuir diariamente el corto número de sus guerreros: unos sucumbieron á la fatiga, otros al hierro enemigo; y el emperador, entregado á las desavenencias de la corte, le dejaba sin socorro.

Indignado de este abandono, escribió á Justiniano: «He ve»nido á este pais sin armas, »hombres, ni dinero: las pocas »tropas que hallé en él, ni tienen »valor ni disciplina: acostum»bradas á las derrotas, uyen »del enemigo y resisten á sus »jefes. Si no has querido mas

»que enviar á Italia á Belisario, »Belisario está en Italia: si quie»res que arroje de ella á los »bárbaros, dale las fuerzas ne»cesarias para vencerlos.» El emperador continuó en la misma inaccion y en el mismo silencio.

El único apoyo de este gran capitan contra la corte y la envidia, era Teodora; pero esta emperatriz murió despues de haber gobernado por mucho tiempo al emperador y al imperio como dueña absoluta. Adulada por los cortesanos, aborrecida de los buenos, y temida de todos, arruinó el estado y las costumbres. Esta prostituta coronada prodigó los empleos y riquezas á los antiguos cómplices de sus liviandades, y su favor era un escudo inviolable para las mujeres de mala conducta. Castigaba como crímenes las quejas de los esposos ofendidos, y ninguna dignidad era reparo contra sus venganzas. El patricio Basso y Calíuico, gobernador de Cilicia, fueron degollados por órden suya. Aumentó los males de la Iglesia, interviniendo apasionadamente en las disputas de palabras: los erejes la aplaudieron, los católicos mancillaron su memoria. Por su orgullo, sus vicios y su denuedo, reunió esta emperatriz los dos caractéres de Agripina y Mesalina; y cuando murió, no hubo en todo el imperio quien la llorase sino Justiniano.

Voluntario retiro de Belisario. — Este príncipe débil mostraba cada dia mas indiferencia por la suerte de Italia. Belisario, despues de esponer inútilmente su vida y libertad, yendo á Sicilia á buscar refuerzos que no encontró, y fatigado del espíritu sedicioso de los abitantes de Roma que querian entregarse á Tottila, creyó, acaso con razon, que no se le dejaba en Italia sin fuerzas ni tesoros, sino para marchitar sus primeros laureles, y obligarle á vagar como fujitivo, en el antiguo teatro de su gloria. Pidió, pues, y obtuvo su dimision; salió de Roma vertiendo lágrimas, y volvió á Constantinopla, no triunfante como otras veces, sino como una ilustre víctima, objeto de compasion para el imperio, y de triunfo para la envidia.

El emperador por su ingratitud y sus zelos escitaba el odio de los que mejor le habian servido: no todos semejaban al gran Belisario, que olvidando las injurias del príncipe, solo se acordaba de sus beneficios. Artabano, célebre por sus aza-

ñas en Africa, y por la muerte del tirano Gontaris, aspiraba á casarse con una sobrina del emperador: desechada su solicitud con menosprecio, se juntó á los descontentos y conspiró. Descubierta la trama, el senado le condenó á muerte; pero Justiniano se contentó con privarle de sus dignidades y empleos. Entonces los franceses parecian dispuestos á guerrear con los godos. Tottila habia pedido por esposa la hija de Teodoberto, el cual le respondió que la princesa estaba destinada á un rey, y que no podia mirar á Tottila como rey de Italia; pues habiendo tomado á Roma, no supo conservarla: Justiniano, deseando aprovecharse de esta desavenencia, lisonjeó la vanidad del rey de Francia, mandando que sus monedas tuviesen curso en el imperio; pero su propio orgullo le hizo perder el fruto de esta condescendencia. En un edicto en que recordaba fastuosamente todas sus conquistas, ó mas bien las de Belisario, tomó con necedad el título de vencedor de los franceses: Teodoberto irritado hizo alianza con los godos, y resolvió llevar sus armas hasta Constantinopla. Su muerte y la debilidad de su hijo libertaron de este peligro al imperio, que probablemente en el estado de decadencia en que se hallaba, no hubiera podido resistir á enemigos tan denodados y numerosos. El emperador, en vez de hacer esfuerzos para defender lo que aun poseia en Italia, se limitó á dar algunos socorros á los jépidos y lombardos contra los godos, cuando era mejor dejarlos destruirse unos á otros.

CONQUISTA DE ROMA POR TOTTILA. — (549) El activo Tottila, aprovechándose de esta indolencia, sitió á Roma y se apoderó de ella. Diójenes, comandante de su pequeña guarnicion, le opuso una larga resistencia. Paulo, capitan de la guardia de Belisario, se hallaba entonces en la plaza. Este guerrero intrépido, digno de su jeneral, no quiso rendirse ni aun despues de perdida Roma; encerróse en el mausoleo de Adriano con cuatrocientos valientes, acostumbrados por Belisario á despreciar todos los peligros. Sin víveres ni ausilios, sitiados por un ejército, peleó como si esperase vencer, atacó muchas veces á los sitiadores, llevó la muerte á sus filas, y obligó al rey á ofrecerle una capitulacion onrosa. Tottila pobló de nuevo á Roma, hizo volver á los senadores, y consoló á los roma-

nos de su ruina y umillacion restableciendo los juegos del circo. Despues llevó sus armas á Sicilia, cuyo saqueo enriqueció á sus soldados.

A la noticia de estos desastres, Justiniano que despertaba siempre muy tarde, confió una escuadra al valiente Artabano, el cual echó los godos de Sicilia. Jermano, esperanza entonces del emperador y del imperio, recibió órden de marchar con su ejército contra Tottila; pero una muerte repentina le arrebató y consternó al pueblo, porque todos esperaban que sucederia á su tio, y que seria un emperador digno de ocupar el trono de Constantino, Juliano y Teodosio. Los hunos y esclavones renovaron sus correrías: los persas pelearon contra los romanos en la Lácica; mas fueron rechazados por los jenerales de Justiniano. Espantosos terremotos desolaron el Asia.

El rey de los godos continuaba sin ostáculo la conquista de Italia. En lugar de enviar contra él á Belisario, cuya gloria celebraban el Oriente y el Occidente cuando su nombre parecia olvidado en la corte de Justiniano, nombró jeneral del ejército de Italia á su camarero Narsés, eleccion que admiró á todo el imperio. Este eunuco, criado en las intrigas del palacio, no era conocido sino por haberse presentado momentáneamente en el ejército trece años antes, y por su envidia contra Belisario.

Estranjero, cautivo, esclavo, maltratado por la naturaleza, que le dió semblante innoble y corta estatura, mutilado por los hombres, nada anunciaba su elevacion. Debió su fortuna á un capricho del príncipe, y su gloria á su jenio. Las circunstancias desenvolvieron su gran carácter: cuando la suerte, sacando á Narsés de entre la gavilla de domésticos y cortesanos, lo presentó en la escena del mundo, se admiró en él un talento vastísimo, una actividad prudente, y un profundo conocimiento de los hombres. Este jeneral se mostró á un mismo tiempo dispuesto para vencer, ábil para aprovecharse de la victoria, severo y jeneroso, económico y liberal, elocuente y justo, y aun virtuoso cuando no lo impedia su ambicion: jefe instruido, organizó sábiamente su ejército: valido feliz, supo tener en abundancia las fuerzas y medios de que se habia dejado carecer á Belisario.

El deseo de reconquistar á I-

talia y la imminencia de los peligros que entonces amenazaban al imperio, obligaron al príncipe á dejar sus ocupaciones mas agradables, que eran la jurisprudencia y la teolojía, para negociar y combatir. Cedió una parte de la Liguria á Teodoberto, rey de Francia, bajo promesa de neutralidad entre godos y romanos.

Una escuadra imperial venció á la de Tottila, mas no pudo impedir á sus tropas apoderarse de Cerdeña y Corcega. El emperador separó á los jépidos de la alianza de los esclavones y lombardos: envió contra estos á los jenerales Juan y Valeriano, que los vencieron al principio; pero empeñados despues en una posicion desventajosa, fueron completamente derrotados por los lombardos, con muerte de cuarenta mil romanos y cuatro jenerales.

Espedicion de Narses a Italia: batallas de Urbino y del Vesubio.—(552) Al mismo tiempo desembarcó Narsés en Italia al frente del ejército mas poderoso que el imperio habia formado desde un siglo antes: marchó por la orilla del mar, entró en Ravena, llegó hasta Rímini, y derrotó un cuerpo de godos con muerte del jeneral que lo mandaba. Los romanos querian que se sitiasen las plazas, unos para tener puntos defensibles en caso de revés, otros con la esperanza del saqueo. Narsés determinó marchar contra Tottila y dar una batalla decisiva, diciendo que las grandes victorias derriban las murallas de las fortalezas. Acampóse cerca de Pajina, entre Urbino y Fossombrone, á cuatro leguas del ejército de Tottila. En esta llanura se veian algunas grandes prominencias, sepulcros de los galos vencidos por Camilo, segun algunas tradiciones populares; y segun otras, de los cartajineses esterminados en la batalla del Metauro. Aquel campo parecia destinado por el cielo á producir laureles para los romanos, y cipreses para sus enemigos. Narsés, antes de combatir, hizo algunas proposiciones de paz á Tottila. El rey de los godos respondió que la querella no podia decidirse sino por una batalla, y que la daria dentro de una semana. Narsés colijió de esta respuesta que Tottila queria sorprenderle atacándole al dia siguiente, y se preparó á rechazarlo. En efecto, al rayar el alba, los godos avanzaron para tomar una altura que separaba los dos campos: despues de un com-

bate muy vivo, los romanos rechazaron al enemigo, y la tomaron.

Narsés colocó los romanos en las dos alas, y los ausiliares hérulos, hunos y lombardos en el centro; y como temiese la defeccion de estos, les mandó dejar sus caballos en el campamento y pelear á pie. Apenas habia dispuesto sus tropas en batalla, cuando Tottila, al frente de toda su caballería vino á atacarle con impetuosidad: rechazado, volvió á la carga muchas veces, dando á sus tropas el ejemplo del valor y de la ostinacion; pero al fin, despues de azañas inútiles, toda esta caballería, acometida en su flanco por los romanos, uye espantada y desordena la infantería. Las lejiones atacan, y la derrota fué pronta y completa: seis mil godos perecieron en la batalla. Tottila uyó acompañado de cinco jinetes: el jépido Asbado que le perseguia, le atravesó el costado de un bote de lanza. El rey de los godos continuó su camino hasta Cápras, donde murió onrado con el llanto de los suyos y el aprecio de sus enemigos. Su nombre era tan terrible á los romanos, que cuando una mujer les mostró su sepulcro le desenterraron para asegurarse de la verdad, y le hicieron las ecsequias con la pompa correspondiente á su dignidad y á su gloria.

Narsés envió á Constantinopla la corona de Tottila, enriquecida de pedrerías, y su peto teñido aun con la sangre del rey, onrosamente vertida. El emperador recibió enmedio del senado estos despojos de un príncipe abandonado por la fortuna, pero mas digno del trono que él por su valor. Narsés realzó su victoria por la modestia de su narracion: premió con jenerosidad á las tropas lombardas, y las despidió prudentemente: la indisciplina y codicia de semejantes aliados le parecia mas peligrosa, que útil su valor.

Teya, rey de los godos.— Los godos dieron la corona de Tottila á Teya, guerrero tan activo como intrépido. Aunque los franceses habian prometido la neutralidad, impidieron que Narsés se apoderase de Verona. Querian favorecer sucesivamente á los romanos y á los godos, con la esperanza de que destruyéndose unos á otros, la Italia caeria con facilidad en poder de los franceses. Todas las ciudades que Narsés halló en su camino le abrieron las puertas despues de su triunfo, como habia previsto. No tardó en llegar á

las murallas de Roma. Como sus tropas eran poco numerosas para cercar aquella gran ciudad, resolvió tomarla por asalto. Mientras la atacaba por tres puntos diferentes, Dajisteo, al frente de un destacamento, escaló de órden suya una parte de las murallas que estaba indefensa. El terror se esparció en la plaza, los godos uyeron, y Narsés entró vencedor en Roma. Esta fué la quinta vez que mudó de dueño en el reinado de Justiniano. Aquel dia fué de luto para las personas mas ilustres de la capital, porque los bárbaros, al uir dieron muerte en Campania á los patricios y á la mayor parte de los senadores que Tottila habia desterrado á dicha provincia.

Teya, tan valiente como su predecesor, pero mas bárbaro, hizo degollar en Pavía á trescientos prisioneros. El furor de los dos partidos producia orribles escesos: unos y otros no pensaban en vencer sino en destruirse. Narsés sitió á Cumas: Teya se acercó para socorrerla, y los dos ejércitos se dieron batalla cerca del Vesubio. Este combate iba á decidir la suerte de Italia, y todos estaban resueltos á vencer ó morir. En uno y otro ejército los jenerales, oficiales y jinetes despidieron sus caballos para destruir toda esperanza de fuga. Los godos acometieron con vigor, y sorprendieron á los romanos, que aun no se habian puesto en formacion: Narsés restableció el órden, y reunió con prontitud los suyos. Teya, llevando el valor hasta la temeridad, peleaba mas bien como soldado, que como jefe: no dando oidos sino á su imprudente ardor, se lanza como furioso leon enmedio de las filas enemigas: cercado por los romanos, no le quedó mas esperanza que la de vender cara su vida. Peleó cuatro oras con una multitud de guerreros, y mudó muchas veces de escudo: el último estaba ya erizado de flechas, y al tomar otro descubre el pecho, es traspasado por un dardo, y cae muerto sobre el monton de cadáveres que él mismo habia inmolado.

Los romanos, creyendo decidida la victoria con su muerte, le cortan la cabeza, la ponen en la punta de una lanza, y la muestran en triunfo á entrambos ejércitos. Este espectáculo inumano, en vez de consternar á los godos, los anima á la venganza, y les da el valor de la desesperacion. El combate continua con mas furor hasta la

noche; y los dos ejércitos duermen en el campo de batalla. Al rayar el alba vuelven á la pelea con el mismo furor: ni se dan ni se reciben órdenes: no es posible combinar ni arreglar los movimientos, y la batalla no es mas que una sangrienta confusion. Pelean cuerpo á cuerpo: las fuerzas, debilitadas por la pérdida de la sangre, renacen con la rabia: el erido se ase del cuerpo de su vencedor, y le destroza al morir. Esta espantosa carnicería duró hasta que la noche separó de nuevo los combatientes sin decidirse la victoria. Al nacer el tercero dia los godos consternados por la pérdida de sus mas valientes guerreros, propusieron rendir sus armas, y reconocer las leyes del emperador, á condicion de que los tratase, no como esclavos, sino como aliados, y que les permitiese, al salir de Italia, llevar consigo todas sus riquezas. Narsés consintió en ello, y concluyó el tratado.

Entrambas partes le firmaron y se juró la paz; pero las pasiones rencorosas respetaron poco el juramento. Los godos, sabiendo que un ejército estranjero venia en su socorro, rompieron la convencion. Los reyes de Francia les habian negado su ausilio; pero Lotario y Bucelino, príncipes alemanes, vasallos de Teodobaldo, levantaron á su costa un ejército de setenta y cinco mil alemanes y franceses, y pasaron los Alpes para pelear contra los romanos. Los godos cobraron ánimo con este refuerzo, y volvieron á tomar las armas.

Capitulacion de Cumas. — (533) Narsés hizo vanos esfuerzos para apoderarse de Cumas, defendida ostinadamente por Alijerno, hermano de Teya, que era superior á todos los guerreros del Norte en fuerza y denuedo. Las flechas que lanzaba su arco se conocian en el silbido y la violencia, á la cual nada resistia. Un romano, llamado Palades, cubierto de armas de hierro, se acercó para pelear con él: el dardo del príncipe godo atravesó su escudo, su peto y su cuerpo. Narsés dejando un cuerpo de tropas para bloquear á Cumas, se hizo dueño de Luca. Cumas, concluidos los víveres, abrió sus puertas en virtud de una capitulacion onrosa. Alijerno, mancillando su gloria con una baja ambicion entró al servicio del príncipe que habia vencido á su pueblo, y destronado y muerto á su hermano.

Batalla de Capua. —(555) Los

alemanes habian derrotado junto á Parma un destacamento romano. Narsés, siempre rápido y siempre feliz, no tardó en vengar este revés. En otros combates venció á los enemigos con la osadía: en este debió el triunfo á su astucia. Finje uir al frente de un corto número de tropas: atrae á los alemanes á una emboscada cerca de Rímini, los rodea y los derrota. Continuando su marcha victoriosa, alcanzó cerca de Capua á Lotario y á Bucelino, cuyas fuerzas estaban reunidas, y les dió batalla, en la cual consiguió una victoria completa. Los alemanes y franceses perdieron treinta mil hombres en esta accion, los demás pasaron los Alpes: los godos se sometieron: su imperio quedó destruido, y toda Italia volvió á someterse á las leyes romanas. Narsés la gobernó trece años. Lonjino, que le sucedió en 567, fué el primero que tuvo el nombre de esarca.

Muerte del papa Vijilio.— Mientras un eunuco parecia resucitar en Occidente la gloria de los antiguos éroes de Roma, Justiniano escribia obras refutando las doctrinas de Arrio, Nestorio y Eutiques; pero él mismo cayó sin conocerlo en una de estas erejías, y un edicto suyo, contrario á la doctrina del concilio de Càlcedònia, fué condenado por el papa Vijilio. Irritado el emperador convocó un sínodo en Constantinopla, al cual no quiso asistir el papa. Concurrieron á él ciento sesenta y cinco obispos y tres patriarcas: fueron anatematizados los partidarios de Oríjenes, y confirmadas todas las decisiones del concilio de Càlcedonia. Justiniano habia dado órden á Narsés para prender al papa en Roma. Vijilio busca un asilo en la iglesia de San Pedro: los soldados quieren sacarle de ella: el pontífice se ase á las columnas de madera del altar, que se rompen. El pueblo enfurecido se subleva á favor de su pastor, y auyenta á los pretores y á los soldados. Sin embargo, Vijilio se somete y es enviado á un destierro donde murió. Tuvo por sucesor á Pelajio. Justiniano, temeroso de la autoridad de los pontífices romanos que debian su elevacion á los votos del clero, de los grandes de Roma, del pueblo y de los soldados, se reservó el derecho de confirmar su nombramiento.

Los triunfos de Belisario y de Narsés dieron esperanza á Justiniano de restituir al imperio su antiguo esplendor, y de añadir la

conquista de España á la de Africa é Italia. Los visigodos se debilitaban en aquel pais por sus disensiones. Ajila, su rey, traia guerra con Atanajildo, príncipe de su sangre que se habia rebelado contra él. El emperador envió una escuadra y un ejército en socorro de los rebeldes, y Ajila fué vencido y muerto. Apenas Atanajildo se vió en el trono, fué ingrato y quiso arrojar de España á los aliados que le habian puesto la corona en la cabeza; pero los romanos le rechazaron, y durante sesenta años fueron señores de una parte de la costa, á pesar de los esfuerzos de los visigodos (554).

La fortuna no favorecia las armas del imperio sino donde hombres como Narsés y Belisario dirijian y dominaban sus caprichos. Justiniano, atacado de nuevo por los persas, no logró ninguna victoria de consideracion: sus jenerales Martin, Béssas, Búzes y Justino tenian mas valor que abilidad. Envidiosos y divididos entre sí, dejaron sorprender un ejército de cincuenta mil hombres que mandaban, por treinta mil persas que los derrotaron, y se apoderaron de sus reales: Justiniano reparó en parte esta pérdida con un triunfo que consiguió sobre el ejército persa en la orilla del Fásis. A este triunfo sucedió un armisticio entre ambos imperios.

Los judios, siempre dispuestos á la rebelion, porque estaban perseguidos, se sublevaron; mas fueron reprimidos con numerosos suplicios (555).

Aparicion de los turcos. — En esta época se presentó en Oriente una nueva tribu de bárbaros, harto célebre despues por la caida del imperio griego. Estos pueblos, hunos de orjien, se llamaban turcos, y se creian descendientes de Turk, hijo mayor de Jafet: otros dicen que tomaron su nombre de la montaña que abitaban, y que tenia la figura de un yelmo, llamado *Turk* en su idioma. El primero de sus príncipes, de que habla la historia, se llamaba Toumain: tomó el título de *Kan*, y se hizo famoso por sus empresas militares. Mokaa, saliendo con su numerosa y guerrera tribu de los bosques del monte Altay cercanos á las fuentes del Irtisch, atacó y esterminó la nacion de los ábaros, y arrojó los ogres ú ogores de las vegas del rio Tula. Los pueblos vencidos uyeron, y se establecieron entre el Volga y el Tanais. Los alanos y hunos, equivocándolos con los

ábaros, les dieron ospitalidad. Estos nuevos ábaros llegaron á las orillas del Danubio, conquistaron las tierras poseidas por los *antes* y los sabiros, y pidieron á Justiniano sueldo y concesiones, prometiéndole defender aquella frontera del imperio. Justiniano, con acuerdo del senado, queria acceder á su peticion; pero el Kan de los turcos, mas temible que ellos, rompió la negociacion, y movió con sus amenazas al emperador á negarles todo asilo.

Como la flaqueza es madre de la perfidia, los ábaros, cuyos diputados fueron bien recibidos en Constantinopla y colmados de presentes, se ven atacados de improviso por un cuerpo romano á las órdenes de Justino, que los auyentó y saqueó sus reales. Reuniéronse poco despues, y su venganza fué pronta: vencieron las cortas guarniciones que defendian la frontera, y se apoderaron de una parte de Pannonia y Mesia.

Tal era entonces el estado deplorable del imperio. Justiniano, cuyo nombre yaceria en el olvido, si no hubiesen ilustrado su época Belisario, Narsés y Treboniano, disipaba su erario en fundaciones de iglesias y gastos frívolos: dejaba perecer el ejército por enriquecer al clero, y en lugar de vencer á los bárbaros, los dividia. Sus predecesores mantenian seiscientos cuarenta y cinco mil hombres; pero él solo conservó ciento cincuenta mil dipersados en Italia, Africa, España, Grecia, Armenia, Mesopotamia y Ejipto. La caja militar era el tesoro de los ministros y la presa de los favoritos. En fin, mientras la vanidad del emperador se satisfacia con efímeras conquistas, debidas al talento de dos éroes, el centro del imperio estaba indefenso, y la Tracia misma, provincia de la capital, yacia entregada sin amparo á las irrupciones de los bárbaros.

Zabergan, rey de los hunos, envidioso de los favores que concedia el emperador á otros príncipes bárbaros, pasó el Danubio sobre el yelo, no halló tropas que se opusiesen á su marcha, atravesó la Mesia sin ostáculo, penetró en Tracia, envió una de sus divisiones á saquear la Grecia, y otra al Quersoneso, y él en persona con siete mil caballos entró á fuego y sangre en las cercanías de Constantinopla. El espanto es jeneral: Justiniano tiembla en su palacio: envia al otro lado del Bósforo el tesoro público, y muy

particularmente el de las iglesias: los ciudadanos corren á guardar sus riquezas en sus posesiones asiáticas. La guardia imperial y las milicias de la ciudad salen finalmente para combatir; pero estos soldados que en los diez años anteriores no se habian acostumbrado á los ejercicios y fatigas militares, no eran mas que tropa de simulacro, y vana y fastuosa decoracion del teatro y de los triunfos.

Armamento de Belisario. -- (558) Belisario vivia desde diez años antes retirado y olvidado en la capital: rara vez se presentaba entre la multitud frívola de los cortesanos, que ningun caso hacian de él. El peligro público hizo que se acordasen de su gloria. Justiniano, asustado, hizo memoria de que tenia en su corte un éroe, é imploró su socorro. Belisario estaba ya rendido al peso de las desgracias y de los años; pero á vista del riesgo, al llamamiento de la patria, su alma eróica da nuevo vigor á su ancianidad: al sonido de la trompeta se rejuvenece: descuelga la espada victoriosa; el yelmo rodeado de laureles, cubre sus canas. Preséntase amenazador en la ciudad vencida del miedo: al verle se disipa el terror, y la esperanza renace.

Al estruendo de su nombre acuden á alistarse bajo su estandarte un gran número de soldados y paisanos. Pero entre toda esta multitud, envejecida en el ocio, halló trescientos hombres solamente que hubiesen manejado las armas y dormido bajo las tiendas: al frente de este corto número sale con denuedo fuera de la ciudad, fortifica sus reales, observa los movimientos del enemigo, y manda encender fuegos á gran distancia para hacer creer que le sigue un numeroso ejército. Los bárbaros, engañados por este ardid, pierden tiempo, y se mantienen algunos dias á la defensiva; pero en fin, asegurados viendo que nadie los atacaba, avanzan impetuosamente con mas ardor que prudencia. Belisario habia colocado en una selva doscientos flecheros en emboscada: al frente de sus trescientos jinetes ataca al enemigo con el valor y la temeridad de un jóven; se arroja enmedio de los bárbaros y mata cuatrocientos: al mismo tiempo los flecheros salen de la emboscada y acometen el flanco de los hunos. Por otra parte los aldeanos que seguian sus banderas dan por órden suya gritos terribles, arrastran por la tierra grandes árboles y levantan una polvare-

da tan grande, que los hunos creyeron ver sobre sí un ejército inumerable. Apoderóse de los bárbaros el espanto: uyen, y en el desórden Belisario hace en ellos gran carnicería. Así fué como el jenio de un solo hombre venció todo un ejército y salvó el imperio. Los soldados que defendian la muralla del Quersoneso, animados con esta victoria, rechazaron otra division de hunos. Zabergan vencido pidió la paz: el emperador, harto feliz en concederla, le pagó un subsidio, y el bárbaro pasó el Danubio.

Triunfo y desgracia de Belisario.—(560) El amor que manifestó el pueblo á Belisario cuando entró en la ciudad triunfante con sus trescientos soldados, sirvió de pretesto á los cobardes cortesanos para acusarle de aspirar al imperio, y su gloria fué un crímen á los ojos de la envidia. El agradecimiento de Justiniano desapareció al mismo tiempo que el peligro; así son todos los reyes: y una nueva desgracia fué la recompensa del salvador del imperio.

El emperador volvió á recurrir á la intriga, su arma favorita: sembró la division entre los hunos, y pelearon unos contra otros. Compró la paz de Persia en mil piezas de oro. Obtuvo la provincia de Lácica, y que el cristianismo fuese tolerado en aquel reino. La firmeza de Narsés conservó la tranquilidad de Italia (560). La de Constantinopla fué turbada por las facciones del circo: la guardia tuvo que atacar á los sediciosos y matar gran número de ellos. Muchos paganos que daban en secreto todavia culto á los dioses, escitaron el enojo del emperador: unos fueron degollados, otros mutilados, y se quemaron sus libros.

Descubrimiento de los gusanos de seda.—(563) La industria romana hizo entonces una conquista muy importante, debida á dos judios que trajeron del Asia á Europa los gusanos de seda.

Prision de Belisario. — En Constantinopla se comenzaban á fastidiar de un reinado largo y sin fuerza, que completaba la ruina del imperio, agotando su vigor para decorarle con un falso brillo. Algunos grandes y el banquero Marcelo resolvieron asesinar al emperador. Eusebio, comandante de los godos ausiliares, descubre la trama: son presos los conjurados en el mismo instante de entrar en palacio: Marcelo se da de puñaladas.

Los cobardes enemigos de Belisario prometen el perdon á Serjio, uno de los cómplices, si denuncia como partícipes de la conjuracion á Paulo, Juan y Vito, amigos íntimos de Belisario. El emperador nombra una comision para juzgar y castigar los delincuentes. Los acusados declaran todos contra Belisario: este gran hombre solo opone á sus calumnias un noble silencio; su gloria y toda su vida respondian por él. Los jueces no se atrevieron á condenarle, mas fué arrestado en su casa, custodiado con rigor, y privado de sus dignidades; pero la de su carácter le ennoblecia mas que los vanos títulos de que le despojaban.

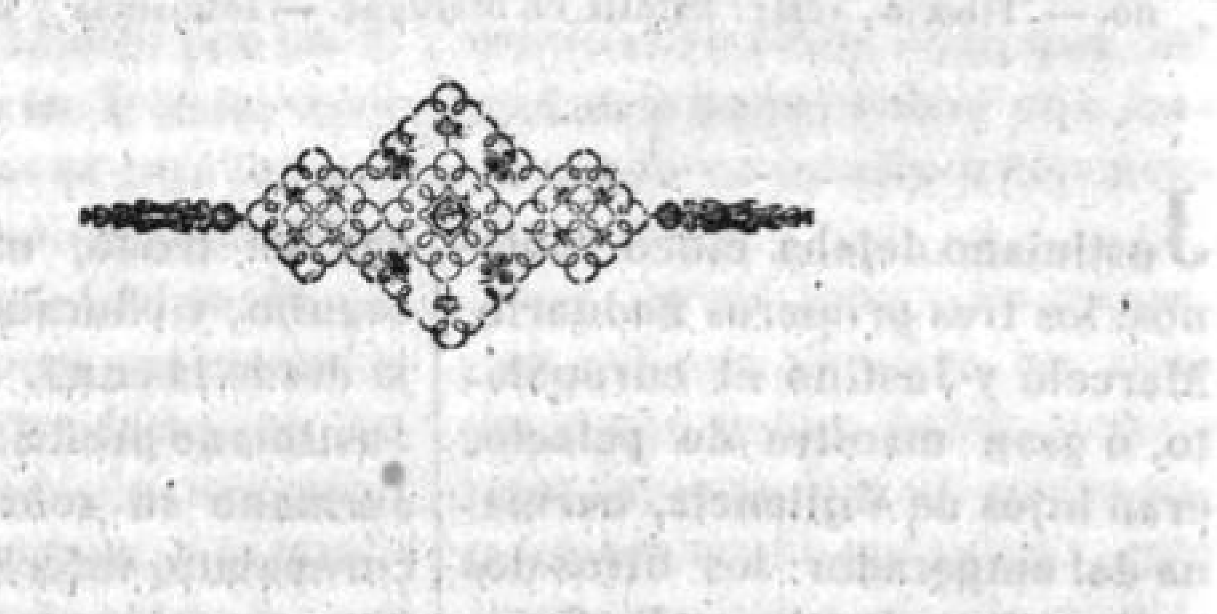
Grande en la adversidad como en los triunfos, incapaz igualmente de traicion y de flaqueza, estuvo muchos meses preso sin quejarse de la ingratitud, sin doblar la rodilla ante el poder; hasta que el emperador, informado de la perfidia de sus enemigos, le restituyó los empleos y su benevolencia.

La mendicidad y ceguera de Belisario son una mentira. — La tradicion que representa á Belisario mendigo, errante y ciego, es una mentira inventada siglos despues por Baronio, hoy escarnecida y silbada por los hombres de talento, aunque creida por el vulgo aficionado siempre de lo estraordinario mas que de la verdad; que se complace en todo lo que es dramático, en la narracion de las grandes caidas é infortunios, y para quien los mismos suplicios son espectáculos. Pero nada de estraño tiene el que el vulgo crea que la ingratitud de un rey llegase hasta el caso de mandar privar de la vista al éroe de su imperio, cuando hombres como Marmontel se apoderan de la fábula para escribir sobre ella, y las artes reproducen al guerrero con el lema de *date obolum Belisario*. Esta y otras mentiras que la historia encierra corren admitidas, porque nunca ha habido quien se atreva á combatirlas con las armas de la razon, y con toda la independencia necesaria.

Muerte de Belisario. — Belisario murió poco tiempo despues, y su muerte precedió algunos dias á la de Justiniano. La posteridad no le reprende sino su amor á una esposa indigna de él, como hija de un cochero. Su gloria fué grande y sin mancha: los pueblos le amaban como á protector, los soldados como á padre: los bárbaros mismos que venció, quisieron darle

las coronas que merecia y desdeñaba. Fué activo como César, prudente como Fabio, casto como Scipion, sumiso á las leyes como Epaminondas: sus azañas y riquezas, su guardia numerosa y el amor del ejército y del pueblo, le permitian aspirar á todo: solo su virtud puso límites á su fortuna.

MUERTE DE JUSTINIANO. — Los últimos dias de Justiniano carecieron de gloria. Estraviado por la erejía de Eutiques, que sostenia la impasibilidad de Jesucristo, persiguió á los católicos, y fué condenado por la Iglesia. Murió el 14 de noviembre de 565, á los ochenta y tres años de edad y treinta y ocho de su reinado, que hace época en la historia por sus leyes y sus conquistas.



CAPITULO V.

JUSTINO II.

(Año 565.)

Justino II es electo por el senado. — Restablecimiento del consulado. — Muerte de Narsés. — Invasion de los lombardos en Italia — Invasion de Alboino. — Fundacion del reino de Lombardía. — Entrada de Alboino en Milan, donde lo proclaman rey de Italia. — Alianza de Justino con los turcos. — Ferocidad y muerte de Alboino. — República feudal de los lombardos. — Victorias del papa Benedicto I contra los lombardos. — Demencia de Justino. — Tiberio, césar: batalla de Melitene. — Demencia y muerte de Justino.

Justiniano dejaba cinco sobrinos: los tres primeros Baduario, Marcelo y Justino el curopalato, ó gran maestre de palacio, eran hijos de Vijilancia, hermana del emperador: los otros dos se llamaban Justino y Justiniano, y eran hijos de Jermano, jeneral estimado; y la educacion que habian tenido daba esperanzas de que serian semejantes á su padre.

Baduario y Marcelo tenian la mediocridad de espíritu y la nulidad de carácter, comun en los príncipes nacidos en las gradas del trono, mecidos por el orgullo, y educados por la lisonja desde la cuna. El emperador Justiniano prefirió á los hijos de Jermano su sobrino Justino el curopalato, inferior en mérito, pero superior en artificio. Siendo aun jóven, supo ganar el afecto de Teodora, y casó con su sobrina Sofía, princesa respetada por su virtud, pero mal vista por su carácter imperioso.

Cuando murió el emperador, Calínico, comandante de la guardia, en ejecucion de las órdenes secretas que habia recibido de

Justiniano, convocó el senado enmedio de la noche, é introdujo en él á Justino.

Los senadores se postraron á sus pies y le proclamaron augusto, segun mandaba el testamento de Justiniano que se leyó. El nuevo emperador, despues de celebrar con pompa las ecsequias de su tio, fué coronado, como tambien su esposa, por el patriarca Juan Escolástico. Pasó despues al Hipódromo, arengó al pueblo, le hizo, segun la costumbre, magníficas promesas, libertó un gran número de cautivos, pagó las deudas de su predecesor, llamó á los desterrados y restableció por un edicto la paz de la Iglesia. Todo cambio de señor es para los pueblos, en los primeros momentos, un reposo y una fuente de esperanzas; es como un interválo entre dos enfermedades: se goza de la cesacion de los males que antes aquejaban, y la imajinacion se engaña sobre los que han de venir.

La alegría de una ambicion satisfecha, da á los príncipes que suben al trono la apariencia de la bondad: á su ascenso hacen participar á los súbditos el placer que prueba su alma, y sus primeros actos son los desaogos de un corazon contento. Justino fué al principio clemente, liberal y ortodocso; pero esta primer vislumbre de un reinado feliz duró poco: el velo de la ilusion cayó, y Justino se mostró cual era, débil, irascible, avaro, desonesto, orgulloso y cobarde.

Envió embajadores á Persia, y no supo ganar ni la amistad de Cosroes con la prudencia, ni su estimacion con las armas: usó contra las tribus de los sarracenos altanería y flaqueza. Los príncipes de los ábaros le ofrecieron sus servicios, y pidieron una recompensa: Justino despidió á sus embajadores con esta respuesta insolente: «Yo haré »en vuestro favor mas que mi »padre, porque os daré una lec»cion que os enseñe á conocer»me bien.»

Los ábaros toman las armas, y el cobarde príncipe les cede por temor lo que habia negado á sus súplicas. Dió un edicto para restabler el consulado, que Justiniano habia abolido en 541, y tomó el título de cónsul; pero un emperador semejante pudo renovar esta dignidad, mas no devolverle su antiguo esplendor.

A los yerros de Justino, á la avaricia y orgullo de su esposa, á la imperícia de su política, y á la debilidad de sus armas debieron su fortuna y su poder los

lombardos, pueblo que aparecia entonces en la escena del mundo. El eroismo de Narsés era la única barrera de Italia, y una intriga palaciega, que deseaba arruinarle, abrió los Alpes á los bárbaros. Roma perdió segunda vez el cetro de Occidente, y los lombardos fundaron en Italia un trono que solo pudo derribar dos siglos despues el jenio de Carlomagno.

Los lombardos habian salido de la Escandinavia, semillero fecundo de tribus guerreras y de príncipes conquistadores. Strabon y Tácito les atribuyen el mismo orijen que á los suevos. Sus tiendas cubrieron por muchos años las llanuras de la Jermania setentrional. Despues de haber llevado sus armas desde las orillas del Elba y del Weser hasta las del Rin, inundaron la Moravia con sus huestes. La política de los romanos, mas astuta entonces que belicosa, sabia dividir á los bárbaros mas bien que vencerlos. Justiniano cedió á los lombardos la Hungria y una parte de Austria y Baviera, para oponerlos á los jépidos, los mas ostinados de sus enemigos.

Dícese que el nombre de lombardos ó longobardos provino del uso que tenian estos pueblos de llevar una larga barba y un venablo tambien largo, que en su idioma se llamaba *bardo*.

Ajilemonte fué su primer rey. Vacon, su octavo sucesor, hizo célebre su nombre con grandes azañas. Voltaris eredó su cetro bajo la tutela de Alduino que le destronó. El usurpador afirmó su poder con numerosos triunfos, persuadido á que para los pueblos guerreros no hay mas derecho que la gloria. Devastó á Iliria, se apoderó de Dalmacia, y venció á los jépidos. El famoso Alboino, su hijo, le sucedió en 561: al principio se finjió amigo de los romanos, cuyo poder habia de quebrantar, y socorrió á Narsés contra Tottila; pero la riqueza y fertilidad de Italia inspiraron á él y á los suyos un deseo veemente de dominarla.

Habia hecho alianza con los franceses, tomando por esposa á Clotuinda, hija del rey Clotario. Esta princesa, siguiendo los consejos de San Niceto, obispo de Tours, se valió de su ascendiente sobre el ánimo de su esposo para que abjurase el arrianismo.

El rey lombardo, antes de ejecutar sus grandes designios en Italia, debia asegurar su dominacion en sus propios estados. Compró la alianza de los ábaros prometiéndoles repartir con e-

llos las tierras de sus enemigos: fortalecido con este ausilio, marchó contra los jépidos, penetró hasta el centro de su pais, los venció en una batalla decisiva, dió muerte á todos sus soldados, y redujo lo que quedó de este pueblo á la esclavitud. En aquel combate sangriento, Alboino mató en desafio singular á Cunimundo, rey de los jépidos; y segun el uso bárbaro de los feroces guerreros del Norte, mandó hacer del cráneo de su víctima una copa, de la cual se servia en sus largos y solemnes banquetes, en que los escandinavos parecian embriagarse á un mismo tiempo con la sangre y el vino.

Alboino, vencedor de los jépidos, encontró en ellos su castigo. Rosamunda, hija de Cunimundo, le inspiró una pasion violenta: repudió á la hija de Clotario, y obligó á la del rey de los jépidos á recibir su mano, umeante todavía con la sangre del padre. En aquellos tiempos bárbaros ningun crímen imprimia mancilla en una frente cubierta de laureles. Alboino fué el éroe de los pueblos del Norte. Jermania entera celebró sus azañas, y todos los bardos cantaron su gloria.

Narsés, que conservaba á los noventa y cinco años de edad todo el vigor de cuerpo y ánimo, era entonces la única barrera que podia impedir á Alboino llegar hasta Roma. La emperatriz Sofía allanó esta dificultad. Dando oidos á las calumnias de los enemigos de Narsés, y seducida con la esperanza de apropiarse los bienes del vencedor de los godos, francos y alemanes, persuadió al emperador que destituyese á este jeneral, y le mandase traer á Bizancio el tesoro de Roma.

Narsés respondió, que «sacar »aquel dinero de Italia seria pri»varla de todo medio de defen»sa, y que estaba pronto á dar »una cuenta esacta del empleo »que habia hecho de él.»

Los cortesanos, enemigos siempre del mérito que los ofende, y de la superioridad que los umilla, escitaron el enojo de la emperatriz, y le persuadieron que Narsés queria hacerse independiente en Italia. Sofía, mas mujer que reina, veia en aquel grande hombre solo un eunuco; y animada contra él por el aborrecimiento y el desprecio, le envió una rueca y un huso con una carta que decia así: «Vente sin detencion: te doy »la superintendencia de las labo»res de mis criadas. Para gober-

»nar ejércitos y provincias es »menester ser hombre.»

Narsés, enfurecido, dijo al correo que le traia esta carta insolente: «Dí á tu señora, que le »estoy ilando un huso que ja»más podrá devanar.» En sus miradas de fuego se podia conocer que el salvador del imperio se habia convertido en enemigo. Olvidado de sus obligaciones, arrastrado por el enojo, sale súbitamente de Roma, se retira á Nápoles, escribe al rey de los lombardos convidándole á venir á Italia, y asegurándole que no hallará ostáculo en su marcha. El triunfo de su cólera contra su gloria no duró mucho. El onor volvió, aunque tarde, á aquella grande alma, que sufrió un combate cruel entre el deber y la pasion, entre la venganza y los remordimientos.

En fin, el deseo de mirar castigados el orgullo de Sofía y la ingratitud del emperador, cedió al pesar de ver su patria entregada al estranjero, y á la vergüenza de terminar una vida eróica con una traicion. Resuelve embarcarse para Constantinopla, presentarse al senado, confundir á sus delatores, y justificarse antes de morir.

El papa Juan III le disuadió de este designio. «Quédate, le »dijo, en el país que has liber»tado, y que nadie sino tú pue»de defender. Yo iré por tí y »defenderé tu causa. El pueblo »romano te quiere, y detesta á »tus enemigos; permanece en»medio de él: Roma, que fué tu »trofeo, sea aora tu asilo.»

Narsés sigue este consejo y vuelve á Roma: el pueblo sale á recibirlo, se arroja á sus pies y le suplica que conjure la tempestad que amenaza. Narsés escribe al rey lombardo, abjura sus criminales juramentos, retracta sus funestas promesas, é insta á Alboino para que renuncie á una agresion injusta, contra la cual se opondrá con todo su poder. Pero todo estaba preparado para el ataque, y nada para la defensa. Alboino mandaba un numeroso ejército, orgulloso por sus triunfos, ávido de carnicería y de botin; y así no escuchó los ruegos tardíos de un enemigo debilitado por la edad y el infortunio. Las noticias que recibió del desaliento de Italia, aumentaron sus esperanzas y doblaron su ardor. Marcha, pues, precedido del terror; y Narsés, oprimido de remordimientos, muere lamentando tantos años de gloria mancillados por el estravío de un instante.

M. Lebeau, historiador moder-

no, refiriendo el deplorable fin de una vida tan bella, dice con tanta fuerza como razon, que el mayor crímen de la envidia no es perseguir la virtud, sino estinguirla algunas veces, y obligarla á desmentirse y á degradarse, esponiéndola á trances tan arriesgados.

INVASION DE LOS LOMBARDOS EN ITALIA. —(567) Justino envió á Italia á Lonjino para mandar con el título de *esarca*, dignidad que duró en Ravena cerca de dos siglos. Los esarcas ejercieron un poder casi soberano, y tan ilimitado como el de los sátrapas en Persia. Los emperadores de Oriente no cuidaron de que estos visires no abusasen de su poder, y así los pueblos fueron cada dia mas enemigos de la dominacion imperial.

Lonjino estableció su residencia en Ravena, y guarneció esta plaza y la de Venecia con algunos cuerpos de veteranos y muchos de nuevo alistamiento. Mudó las denominaciones de la antigua Roma, y llamó duques á los comandantes de las grandes ciudades de Italia, en lugar de confiarlos á personajes consulares. Este esarca no debia su elevacion sino al favor; y el emperador, gobernado por su mujer, oponia al mas valiente de los guerreros del Norte un cortesano que nunca habia combatido.

La gloria de Alboino y los ricos despojos que ofrecia á la ambicion de los valientes, reunieron á sus banderas un gran número de suevos, bávaros, búlgaros y sármatas. Aumentóse su ejército con veinte mil sajones y sus familias. Despues de haber cedido la Pannonia á los ábaros, á condicion de restituirla si salia mal en su empresa, da la señal, y una nacion entera se levanta y le sigue: las mujeres y viejos abandonan sin pesar sus ogares; y todos, seguros de la victoria, no reconocen mas patria que el pais que van á conquistar. Nada los detiene: atraviesan los Alpes Julios; se apoderan sin combate del Friul, cuyos abitantes asustados uyen creyendo ver la sombra terrible de Attila.

FUNDACION DEL REINO DE LOMBARDIA.—(568) Verona, Aquileya, Treviso, Vicenza, Trento, Brescia y Bérgamo abren sus puertas: solo Mántua, Pádua y Cremona mostraron denuedo romano: la primera no se entregó hasta el año siguiente: las otras resistieron con ostinacion y conservaron treinta años su independencia. Alboino dió á su sobrino Grasulfo, su escudero ma-

yor, el ducado de Friul: cuando sus conquistas se estendieron creó otros dos señoríos: en estos establecimientos tuvieron su orijen los feudos ereditarios.

El écsito de esta guerra no podia ser dudoso: militaban por una parte el valor y la audácia, por otra la inepcia y la cobardía; y mientras el torrente devastador descendia de los Alpes é inundaba con furor á Italia, el imbécil Justino, en lugar de oponerle firmes ostáculos, confiaba á manos inábiles su corto é indisciplinado ejército, se distraia de las desgracias del imperio con los partidos del circo, y solo pensaba, cuando se arruinaba su poder en Occidente, en elevar á mucha costa iglesias suntuosas en Grecia, Tracia y Asia menor.

Entrada de Alboino en Milan.—(570) Muchas veces en los dramas crueles de las revoluciones de Roma, el ánimo, fatigado de tantas escenas sangrientas, descansaba contemplando caractéres nobles, pechos invencibles, y virtudes ya elevadas, ya suaves; pero en la época que recorremos ninguna belleza moral consuela del orrible espectáculo que presenta una larga série de crímenes, matanzas y ruinas. Es la barbárie en su juventud la que derriba con ferocidad á la corrupcion decrépita.

Alboino forzó á Lodi y á Como á abrir sus puertas: entró en Milán y se proclamó rey de Italia. Toda la Liguria se rinde al vencedor, escepto Jénova y Pavía, cuya resistencia, que duró tres años contados desde la invasion, demostró á las demás ciudades con qué facilidad habrian defendido su independencia, á tener en sus muros pechos romanos.

Tortona, Plasencia, Parma, Réjio y Módena no costaron un solo combate al vencedor: los abitantes de Toscana y de Umbría salieron á recibir su yugo. Alboino erijió en ducado el territorio de Espoleto. Zoton, lugarteniente de Narsés, encargado de la defensa de Benevento, se dejó corromper por el rey lombardo, y recibió el desonor con la dignidad de duque, sacrificando á este título vergonzoso su fama y sus obligaciones. Roma, atacada muchas veces, no fué tomada nunca: porque á falta de hierro la defendió el oro. Abandonada por la cobardía de los emperadores, fué defendida por la prudencia de los papas.

Siempre que los lombardos se aprocsimaban á sus muros, los romanos los alejaban á fuerza de dinero. Aun habia Brennos;

pero se habian acabado los Camilos. Así se mantuvieron Roma y Ravena bajo la dependencia del imperio de Oriente. La Calabria se defendió por su posicion y por el valor de sus abitantes. Benevento y Nápoles tomaron el nombre de segunda Lombardía.

Justino se mostraba indiferente á tan grandes pérdidas: apenas estos sucesos lejanos llegaban al círculo estrecho de sus afectos: la avaricia le poseía mas que la ambicion: negarle dinero le irritaba mas que perder una provincia. Echó de Antioquía al patriarca Anastasio, que no queriendo venderle su conciencia, le recordaba las leyes contra la simonía.

Alianza de Justino con los turcos. — (571) En este estado de decadencia del imperio, se iban reuniendo alrededor de él los elementos de las potencias que habian de elevarse algun dia sobre sus ruinas. Los turcos invadieron el Turkestan, la gran Bucaria y la Sogdiana. Los de esta provincia imploraron la proteccion del rey de Persia: el kan de los turcos le envió embajadores, pero Cosroes los hizo envenenar. El kan, deseoso de vengarse, buscó la alianza de Justino.

Zemarco, conde de Oriente, enviado por el emperador al campo de los turcos, dió á conocer, en la relacion que hizo de su viaje, la mezcla singular de barbárie y magnificencia que reinaba entonces en las costumbres de estos guerreros orgullosos y selváticos. Cuando llegó el embajador se le echó incienso antes de presentarle al príncipe, no para onrarlo, sino para purificarlo. El kan Isabulo recibió al jeneral romano bajo una tienda vastísima de seda, sentado en un trono de oro, que estaba como un carro sobre dos ruedas, con un soberbio caballo uncido á él: trono conveniente á una nacion errante y á un príncipe conquistador. Zemarco recibió por regalo una ermosa circasiana: Isabulo peleó contra los hunos, los venció, y marchó á Samarcanda; pero Cosroes le salió al encuentro con su ejército, le propuso la paz, la consiguió, y casó con una de sus hijas. Los turcos se retiraron á la pequeña Bucaria.

El emperador, abandonado por Isabulo, tuvo que sostener solo la guerra contra Persia. La Armenia pedia socorro á los romanos. Justino, siempre arrogante cuando declaraba la guerra, siempre tímido cuando era

menester sostenerla, se jactó de que humillaria el orgullo de Cosroes, y libertaria el Asia de un tirano; pero el efecto no correspondió á sus amenazas. Marciano, pariente suyo, tomó el mando del ejército; y sus azañas se limitaron á algunas incursiones en las fronteras de Persia.

Ferocidad y muerte de Alboino.—(573) Mientras que hacia un uso tan mezquino de las fuerzas de Oriente, Alboino afirmaba en Italia su dominacion, y reparaba por la dulzura de su gobierno los males que la conquista habia causado á los pueblos. Su política se mostraba clemente y sabia; pero sus costumbres eran bárbaras, y no se venció á sí mismo tan facilmente como á sus enemigos. El conquistador de Italia pereció víctima de una venganza infame, pero provocada por su ferocidad. Enmedio de un gran convite que dió en Verona, mandó traer la copa funesta que era el cráneo del rey de los jépidos, adornado de oro, el cual daba al vino que se le echaba la apariencia de sangre vertida mucho tiempo antes. Turbada su razon con la embriaguez, manda á Rosamunda que beba en aquel vaso orrible: esto era mandarle un parricidio. Ella, cediendo al terror, obedece; mas juró en su corazon vengar á su padre inmolando á su esposo. Elmijio, su escudero, gozaba de su favor y confianza; consúltale sobre el medio de cumplir su bárbaro designio. Elmijio le aconseja que se valga, para dar el golpe, de Perideo, el mas fuerte y valiente de los guerreros lombardos. Este se negó á cometer el crímen; pero el artificio recabó de él lo que no alcanzaron las súplicas. Amaba á una criada de la reina; Rosamunda persuadió á esta que diese una cita nocturna á su amante, y al favor de las tinieblas ocupó su lugar; y cuando Perideo, engañado por la oscuridad, hubo ultrajado involuntariamente el onor de su rey, la atrevida reina se declaró por quien era, y le dijo: «Elije aora entre el cetro y el dogal: ya es fuerza que mueras ó mates á Alboino.» Perideo prometió satisfacerla. Al dia siguiente, cuando el rey fatigado del calor, se echó sobre su lecho, Rosamunda se acerca á él, ata la espada á la vaina, aleja los criados que hubieran podido defenderle, é introduce en el aposento á Perideo, el cual hunde su acero en el pecho de Alboino. Este toma su espada, hace vanos esfuerzos para sacarla, coje

un banquillo, se defiende intrépidamente contra su asesino, y al fin cae bañado en su sangre á los pies de su implacable esposa. Habia reinado en Italia cerca de cuatro años. Los vencedores ensalzaron su gloria con sus cantos, y los vencidos con sus lágrimas.

Elmijio y Perideo creian que el poder supremo seria la recompensa de su delito; pero todos los lombardos pidieron su castigo con gritos de indignacion. Perseguidos por el odio público, se libraron de la muerte con una pronta uida, y se escaparon á Ravena con Rosamunda y su hija Alsuinda, llevando consigo los tesoros del rey. Perideo no habia sacado otro fruto de su maldad que el oprobio y los ruines placeres de una noche de error. Rosamunda casó con Elmijio, el cual á su vez fué tambien víctima de esta mujer atroz; pero á lo menos supo castigarla y precipitarla en el abismo abierto por ella. El esarca Lonjino, seducido por la ermosura de la reina, y aun mas quizá por sus inmensas riquezas, le habia prometido casarse con ella si rompia los lazos de su segundo matrimonio. La infame Rosamunda, abituada al crímen, presenta á Elmijio una copa emponzoñada: apenas bebió un poco, el violento dolor que destroza sus entrañas no le deja duda del crímen ni de su autor: enfurecido saca la espada y obliga á la reina á agotar la copa funesta; y poco despues mueren entrambos espiando la muerte de Alboino. Los tesoros de Rosamunda consolaron á Lonjino de su pérdida. El esarca hizo que pasasen á Constantinopla Alsuinda y Perideo. Este, creyendo ganar el aprecio de la corte de Constantinopla mostrando sus grandes fuerzas, peleó en presencia del emperador con un leon enorme: salió victorioso de esta lid, y mató á la fiera. Justino admiró su fuerza, pero castigó al rejicida mandándole sacar los ojos. Perideo juró vengarse. Apenas estuvo sana la erida, va á palacio con el pretesto de revelar al príncipe secretos importantes, llevando ocultos bajo su ropa dos puñales. Justino, sospechando su perfidia, mandó que le introdujesen dos patricios encargados de ecsaminar sus acciones: esta precaucion quitó á Perideo todos los medios de lograr su venganza. Entregado á su furia, da de puñaladas á los dos patricios, y cae con ellos muerto por la guardia que los seguia.

Republica feudal de los lombardos. — Despues de la muerte de Alboino, los lombardos elevaron al trono un guerrero valiente, llamado Clefis. Era pagano, avaro y sanguinario. Conquistó á Rímini y edificó á Imola. Despues de dieziocho meses de reinado, le asesinó uno de sus sirvientes. Clefis hizo odioso á sus súbditos no solo el rey, sino el trono. Los lombardos escojieron para gobernarlos treinta y seis duques, soberano cada uno en su estado. Estos confiaron á condes el gobierno de las grandes ciudades, y á alcaides el de las villas. Se puede juzgar por el ejemplo de esta singular república, de la suerte que hubieran tenido los demás pueblos, si no hubiesen hallado en el trono un asilo contra esta tiranía de muchas cabezas, contra esta oligarquia feudal tan cruel como anárquica.

Alboino habia reprimido á los vencedores y protejido á los vencidos: la oligarquia se entregó desenfrenadamente á la mas destructora rapacidad: despojó á los ricos, esclavizó á los pobres: ciudades, fortalezas, monasterios, villas, aldeas; todo fué víctima de esta idra; todo fué arruinado y despoblado. «La Italia, dice San Gregorio, *parecia entonces una guarida de fieras.*»

Victorias del papa Benedicto I contra los lombardos. — (575) Este gobierno anárquico duro diez años. Los duques despues de haberse destrozado unos á otros, reunieron sus armas para engrandecerse á costa de los estados vecinos. Invadieron la Saboya, el Delfinado y la Borgoña, y derrotaron un ejército francés mandado por Ameo, á quien el emperador de Oriente habia dado el título de patricio. Mas no pudieron fijar la fortuna de que abusaron. Entregándose á la crápula y á la licencia, se retiraban cargados de un inmenso botin, cuando Mummol, jeneral del rey Gontran, los sorprendió y destrozó cerca de Embrun. En esta batalla Salon y Sajitario, obispos, el uno de Embrum y el otro de Gap, mas dignos de llevar la espada que la cruz, pelearon en las primeras filas de los franceses, y se hicieron célebres con azañas mas onoríficas para su valor que para su relijion.

Despues de esta derrota los lombardos, debilitados por la partida de los sajones sus aliados, volvieron á pasar los Alpes. Cramne, príncipe francés, los persiguió y devastó la Lombardía. En este tiempo los duques

de Espoleto y Benevento estendian su dominacion á costa del territorio romano. El papa Benedicto, no limitándose, como sus predecesores, á protejer á Roma con preces y negociaciones, obró como príncipe cuando los emperadores habian renunciado á serlo. Peleó contra los lombardos, los venció, pero sobrevivió poco á sus victorias. Tuvo por sucesor á Pelajio II.

Los vicios y la debilidad del carácter de Justino conducian el imperio á su perdicion: felizmente el esceso del mal produjo el remedio. Ya Cosroes, habiendo pasado el Tigris, corria la Siria como vencedor. Acacio y Magno, jenerales sin talento, nombrados por validos, se habian presentado en los campos de batalla solo para uir. Abandonando las ciudades de Dara y Apamea á las armas de los persas, se habian refujiado á Antioquía. Por otra parte, los ábaros invadian la Grecia. Tiberio, única esperanza entonces de los ejércitos romanos, se vió obligado á retirarse por la cobardía de sus tropas, y á pedir la paz á los bárbaros.

El emperador compró de los persas en cuarenta y cinco mil monedas de oro una tregua corta y vergonzosa. Tal era la situacion del imperio, cuando se salvó por el accidente mas imprevisto.

Demencia de Justino. — Justino, atormentado por la gota, se vuelve loco, llena las cárceles de inocentes, jura que no perdonará á ningun acusado, manda azotar á su hermano Baduario, y no sale del estado de demencia, sino para caer en el de temor y abatimiento.

Tiberio, cesar: batalla de Melitene.—(576) La emperatriz Sofía, aprovechándose de un intervalo de razon, persuadió á su esposo á dar el título de césar á Tiberio. Este jeneral, tracio de orijen, era universalmente respetado, á un mismo tiempo valeroso y prudente, suave y firme, justo y liberal, piadoso y tolerante. Mandaba la guardia, y su mérito bastaba para granjearle, los votos del pueblo y del ejército; pero prendas mas frívolas le ganaron la eleccion de Sofía. Echizada de su belleza, esperaba, muerto el emperador, dividir el trono con Tiberio. Justino obedeció á su esposa, convocó el senado y el clero, revistió en su presencia á Tiberio de la púrpura, añadió á su nombre el de Constantino, y le dijo así: «No me debes la corona »á mí, sino á Dios: onra á la

»emperatriz: si hasta aquí fué »tu soberana, ya es tu madre. »Aorra la sangre de tus súbdi»tos: me aborrecen, no me »imites; pues he sido débil, y »sufro mi pena. Jesucristo dará »mayor castigo á los consejeros »que me han engañado. Cuida »de los soldados: cierra tu oido »á los delatores: desconfia de los »cortesanos: deja á los ricos que »gocen de sus bienes, y socorre »con los tuyos á los pobres.»

Casi siempre las palabras de los malos reyes moribundos contienen escelentes lecciones á sus sucesores: un arrepentimiento tardío les muestra y dicta la verdad.

Desde este momento reinó Tiberio con el nombre de Justino, y el imperio, que caia, se levantó apoyado en su fuerte mano. La economía llenó el tesoro: el ejército recobró su fuerza por medio de la disciplina. Tiberio logró con sus negociaciones una paz momentánea con los persas, y se aprovechó de ella para enviar socorros á Roma contra los lombardos.

Tres años despues los persas volvieron á las armas, pero el nuevo césar se habia preparado ya para la guerra. Justiniano, jeneral esperimentado, marchó al frente de ciento cincuenta mil hombres contra el rey de Persia, y le dió batalla cerca de Melitene. Cosroes rompió al principio el ala derecha de los romanos; pero Justiniano, habiendo penetrado al mismo tiempo el centro de los persas, y vencido su caballería, llegó hasta los reales enemigos, y se apoderó de la tienda del rey. Cosroes, que se habia creido victorioso, viendo este desastre, se desanima y uye: una parte de su ejército pereció al hierro de los romanos: otra se aogó en el Eufrates. El rey, desesperado, inmortalizó su oprobio y la victoria de Justiniano por medio de un edicto que proibia á los reyes de Persia marchar al frente de sus ejércitos cuando hiciesen guerra á los romanos. La capital, condenada antes á pagar tributo á los persas, turcos y ábaros, se convirtió repentinamente en un teatro de triunfo. Tiberio, renovando las antiguas solemnidades, mostró á los ojos del pueblo veinticuatro elefantes cojidos en Melitene, y los numerosos trofeos del campamento de los persas.

El nuevo césar unia la moderacion al vigor: apenas Justiniano victorioso pasó el Eufrates y el Tigris, satisfecho con haber vuelto á presentar con felicidad

las águilas romanas en el territorio de Persia, concedió la paz á Cosroes. Se devolvieron recíprocamente los paises conquistados y los prisioneros; pero la mala fé de Cosroes rompió con prontitud el tratado. Uno de sus jenerales, valiéndose de un descuido de Justiniano, sorprendió un cuerpo imperial en Armenia: esta corta ventaja dió esperanza al rey de Persia de reparar su última derrota. Justiniano fué destituido, y Mauricio le sucedió. Este jeneral, natural de Capadocia, era de familia romana: distinguíase por la presencia de ánimo, la esactitud de su juicio, la firmeza de su carácter, y la austeridad de sus costumbres. Partidario zeloso de la antigua disciplina, la restableció en el ejército, le debió grandes triunfos, venció en muchos combates á los persas, y pobló con diez mil prisioneros que les hizo, la isla de Chipre, casi desierta.

Enmedio de las tempestades de la guerra, el imperio de Oriente comenzaba á gozar de sosiego y prosperidad, desde mucho tiempo no conocidas. No se temian ya, ni la invasion de los estrajeros, ni las rapiñas de los gobernadores, ni la veracidad del fisco. Tiberio gobernaba el pueblo como un padre de familia, derramando en todas partes beneficios, consuelos y socorros. Sofía censuraba su liberalidad; pero el órden y economía llenaban tan pronto el vacío aparente, formado en el erario por la jenerosidad del príncipe, que se le atribuyó jeneralmente haberse hallado un tesoro.

Muerte de Justino. — (578) Justino acababa entonces su triste carrera. Sintiéndose cercano á su fin, proclamó á Tiberio emperador en presencia del senado y del clero, é hizo que le coronase el patriarca Eutiquio. Poco despues murió, habiendo reinado trece años. No hizo ninguna accion loable, sino haber adoptado á Tiberio.



CAPITULO VI.

TIBERIO II, LLAMADO CONSTANTINO.

(Año 578.)

Matrimonio de Tiberio II y de Anastasia. —Conspiracion de Sofía contra Tiberio. — Magnanimidad de Tiberio con los conjurados. — Paz en la Iglesia. — Muerte de Cosroes. — Reinado de Hormisdas. — Victorias sobre los persas. — Mauricio, jeneral, es nombrado césar. —Discurso de Tiberio. — Mauricio coronado. —Muerte de Tiberio II.

La muerte de Justino hizo renacer la esperanza en el imperio, y llenó principalmente de contento á la ambiciosa Sofía, su viuda, porque se creia segura de conservar el trono y dividirlo con el príncipe que le debia su elevacion; pero Tiberio no habia finjido condescender á sus votos sino para llegar al poder supremo; y engañó sin escrúpulo á esta mujer pérfida y altanera, causa de los yerros de Justino, de la caida de Narsés y de la pérdida de Italia.

El nuevo emperador se presenta en el circo: el pueblo le saluda con grandes aclamaciones, y pide á gritos que le muestre la emperatriz. Ya Sofía se presentaba llena de orgullo para recibir á un mismo tiempo la corona del imperio y la del himeneo, cuando ve acercarse una griega jóven y bella, seguida de dos hijos, fruto de un matrimonio secreto; su nombre era Anastasia. Tiberio la abraza y la corona: arroja dinero á la plebe, que prorrumpe en vivas de júbilo. Sofía se retira enfurecida y consternada: en vano Tiberio, para suavizarla y hacerle olvidar el desaire, le conserva la dignidad imperial, le da un magnífico palacio y le prodiga los mas grandes onores; el amor y la ambicion engañados se o-

fenden del respeto, y miran la gratitud como un ultraje. Sofía jura su ruina, y seduce al jeneral Justiniano, prometiéndole su favor para elevarle al trono.

Tiberio se aleja algunos dias de Constantinopla. Justiniano, Sofía y sus cómplices procuran corromper la guardia: el emperador descubre la conspiracion, vuelve á la capital, manda prender á Sofía, la encierra, se apodera de sus tesoros, y deja á los conjurados tiempo para que uyan; porque tan umano como valiente, aborrecia la efusion de sangre, aunque fuese de sus mas peligrosos enemigos. Justiniano, sorprendido de su grandeza de alma y movido por el arrepentimiento, se presenta al emperador, le confiesa el delito y espera la sentencia. Tiberio limita su venganza á una reprension, y luego le dijo: «Mas bien quiero »conservar á la patria un ábil »jeneral, que arruinar á un ene»migo. Te devuelvo tus empleos »y bienes; y solo pido por re»compensa tu amistad.»

Todo se esperó de un reinado que empezaba por acciones tan eróicas. Tiberio sin duda se hubiera igualado á los mejores príncipes, á no estar el pueblo depravado, el imperio tan decaido y el ejército tan débil. Su abilidad suplió en cuanto era posible á la fuerza que le faltaba. No pudiendo enviar muchas tropas á Italia, opuso los franceses á los lombardos: Chilperico solicitó su alianza, y le envió embajadores con magníficos presentes, entre los cuales se distinguia un plato de oro de cincuenta libras.

Los patriarcas de Constantinopla causaban division en la Iglesia, solicitando que su silla fuese superior á la de Roma, y la nueva capital del imperio metrópoli de la relijion. Tiberio terminó por entonces estas pretensiones, y se declaró á favor del papa contra el patriarca. Durante su reinado hubo paz en la Iglesia.

Muerte de Cosroes. — (579) Como todas las fuerzas romanas estaban empleadas contra los persas, los esclavones invadieron la Tracia: Tiberio se valió del influjo que tenia sobre el ánimo de Bogan, rey de los ábaros, para alejar de las fronteras aquellos feroces guerreros.

Cosroes no podia consolarse de su derrota, y murió del sentimiento de haber sido vencido en Melitene: revés que eclipsaba el esplendor de un reinado de cuarenta y ocho años. Hormisdas le sucedió : el orgullo y

la pereza de este jóven monarca le hicieron cometer muchos errores, y le granjearon un grande número de enemigos. Cuéntase que habiéndole reprendido varias veces su ayo por su indolencia, el príncipe pagó unos hombres que le asaltaron al rayar el dia, y le robaron en el camino de palacio. El rey le dijo cuando llegó: «Mira de lo que »sirve la actividad: no hubieras »tenido ese mal encuentro si hu»bieses tardado mas en levan»tarte.» «Te engañas, respondió »Busurjes: no hubiera encontra»do esos ladrones si me hubiese »levantado antes que ellos.» Hormisdas, soberbio é incapaz, reusó la paz que le ofrecia Tiberio, y juró no restituir á los romanos las ciudades de Nisibis y Dara.

Mauricio, tan ábil como valiente, marchó contra él, devastó la Media, consiguió una completa victoria cerca de Calínico, y se apoderó de la Mesopotamia. Jennadio, esarca de Africa, peleó con los moros y los derrotó. Los triunfos y prosperidades del reinado de Tiberio solo fueron turbados por una invasion de los turcos, que se apoderaron del Quersoneso Táurico, y por una sublevacion de los ábaros, que tomaron á Sirmio. El vigor del emperador no podia rejuvenecer un estado acometido en todas sus fronteras por los bárbaros, y con pocas tropas para la defensa; ni le era fácil rejenerar una nacion corrompida, mas interesada en las facciones del circo que en los trofeos militares. El espíritu tolerante de Tiberio no podia traer á la razon el fanatismo de los pueblos; y bajo el mas piadoso de los príncipes, los abitantes de Antioquía dieron tormento y quemaron vivo á uno de sus majistrados, á quien acusaban de profesar en secreto el paganismo.

Los persas (581), reunidas todas sus fuerzas, presentaron la batalla á los romanos junto á los muros de Constantina. La victoria del ejército romano fué grande y completa. Tamcosroes, jeneral del ejército persiano, no queriendo sobrevivir á su derrota, se arrojó entre las filas de las lejiones é ilustró su muerte con gloriosas azañas.

El emperador y el senado decretaron á Mauricio los onores del triunfo.

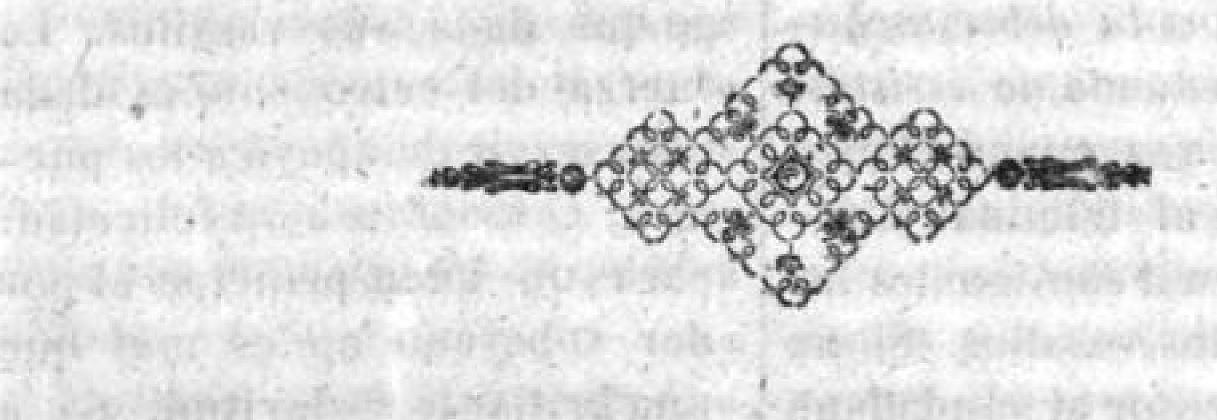
Mauricio, cesar. —(582) Parecia que el cielo, indignado contra los romanos, no queria dejar en el trono de Oriente á un príncipe capaz de restaurarlo. La salud de Tiberio se debi-

litaba de dia en dia: una lenta tisis consumia sus fuerzas; no tenia hijos, y temiendo las turbulencias que habria en el estado despues de su muerte, nombró césar á Mauricio y le casó con su hija mayor. La segunda, llamada Carito, fué esposa del patricio Jermano, el mas distinguido de los senadores.

Las últimas palabras de Tiberio correspondieron á la prudencia de sus acciones. Habiendo reunido el senado y el clero, les habló así: «Me parece oir al pueblo »romano que me dice: *has cui»dado de mi prosperidad mien»tras reinaste: es tu deber asegu»rarla para cuando no ecsistas.* »Obedezco su voz cuando voy á »presentarme al tribunal divi»no, ante el cual son iguales los »monarcas y los vasallos. Si no »elijó por sucesor al ciudadano »mas virtuoso, yo seré respon»sable de sus acciones, y los crí»menes de mi eredero me serán »imputados. Prefiero el imperio »á mi familia, y así no elejiré »el príncipe entre los individuos »de ella. He buscado entre vos»otros un hombre de mérito »superior al mio. La sabiduría »divina me le ha mostrado: está »enmedio de vosotros: es el ven»cedor de vuestros enemigos, el »que ha ensalzado la gloria ro»mana y umillado la altivez »de los persas: es á un mismo »tiempo la espada y el escudo »del imperio. Reina, Mauricio, »y no engañes mi esperanza: á»branse tus oidos á la verdad, »niéguense á la lisonja. Coloca »á la justicia en el trono cerca »de tí. Piensa que la púrpura »pierde su esplendor cuando no »cubre mas que vicios: tiene en »su color mismo cierta vislum»bre de tristeza y austeridad, »sin duda para advertir que los »placeres uyen del trono; y »que un príncipe asaltado de pe»sares no puede gozar del sosie»go que da á sus vasallos. La »fuerza del cetro solo es dada »para servir de apoyo á los pue»blos; conságrate á su felicidad: »para un buen príncipe el po»der soberano no es mas que »una brillante esclavitud. Sé á »un mismo tiempo ríjido y man»so, confiado y circunspecto: no »tengas mas medida en los cas»tigos que la utilidad pública, y »en los premios que el mérito. »Te hablo como un padre á su »hijo. No serás responsable á »mí de tu gobierno, sino á un »juez incorruptible, ante el cual »se disipa el brilo de todas las »grandezas. Sube al trono, Mau»ricio: sean tus trofeos orna»mento de mi sepulcro, y tus

»virtudes mi elojio fúnebre.»

Estas palabras enternecieron á todos los circunstantes: apenas el emperador pudo reunir bastantes fuerzas para concluir el último acto de su poder, y poner la corona en las sienes de su eredero. Al dia siguiente murió: este reinado cortísimo dejó un largo pesar. Desde Teodosio el Grande ningun príncipe fué onrado con tantas lágrimas, ni acompañado á la tumba con un duelo mas jeneral ni mas sincero.



CAPITULO VII.

MAURICIO, FOCAS, EMPERADORES.

(Año 582.—602.)

Retrato de Mauricio. — Su gobierno. — Guerra con la Persia. — Revolucion en Oriente. — Clefis II, rey de los lombardos. — Austaris, rey de los lombardos. — Paz entre lombardos y franceses. — Focas, electo jeneral. — Muerte de Mauricio y de sus hijos. — Focas, emperador. — Su retrato. — Acontecimientos de Oriente. — Muerte de Narsés por la perfidia de Domenciolo, hermano de Focas. — Conspiracion contra Focas. — Muerte del papa San Gregorio el Grande. — Sedicion de Crispo. — Muerte de Domenciolo. — Caida, mutilacion y muerte de Focas. — Heráclio es emperador.

MAURICIO EMPERADOR. — Mauricio, al subir al trono, añadió por agradecimiento el nombre de Tiberio al suyo. Este príncipe parecia nacido para mandar: era valiente con prudencia, sabio sin vanidad, grave sin altanería, justo y clemente, sóbrio y laborioso. Escribió un tratado sobre el arte militar, que ha llegado hasta nuestro tiempo. Su economía mantuvo el órden en la hacienda; pero esta virtud, como todas, cuando se lleva al esceso se convierte en vicio. El emperador pasó de económico á avaro, y este defecto mancilló su gloria y fué causa de su ruina.

La justicia, la sabiduría y la clemencia le acompañaron en el trono en los primeros actos de su administracion, y libertó á los pueblos de algunos tributos. Paulo, su padre, era un hombre virtuoso, pero sin capacidad: le hizo venir á palacio, le trató con respeto, mas no le dió parte en el gobierno. Alamundar, jeneral ambicioso, habia hecho traicion á Mauricio en la batalla de Calínico, con la esperanza de arruinarle y sucederle: espera-

ba temblando su sentencia, y recibió su perdon. Pedro, hermano del emperador, tenia talento, y se hallaba elevado á la dignidad de curopalato. Mauricio le nombró maestre de la milicia y duque de Tracia, concediendo estas dignidades mas bien á su mérito que á su nacimiento.

Guerra con la persia. — El imperio estaba en guerra permanente contra la Persia. Mistacon, jeneral del ejército romano, dió batalla al enemigo y lo desbarató al primer choque; pero una traicion le robó la victoria. Curso, oficial griego, que mandaba el ala derecha, no ejecutó las órdenes del jefe: los persas, favorecidos por su inaccion, vencieron. Filipico, enviado por Mauricio para restaurar esta derrota, reanimó el valor de los romanos. Favorecido por Heráclio, jeneral ábil, y padre del que subió despues al trono de Oriente, encontró á los persas cerca de Solacon, los derrotó completamente, y esterminó la mitad del ejército enemigo. Este éroe reunia las virtudes cristianas á las militares. Dícese que llevaba la imájen del Salvador en la punta de su lanza, y que antes de vencer en Solacon, lloró contemplando cuánta sangre se iba á derramar.

En esta batalla decidió la victoria la infantería, poco apreciada en aquellos siglos, y la caballería sirvió solamente para completar la ruina del enemigo. Nada hay tan vario como el corazon humano: frecuentemente se le ve con una inconstancia y lijereza inconcebibles. El mismo Filipico, cuyo intrépido valor acababa de aniquilar á los persas, poco tiempo despues, aterrado á la vista de un cuerpo numeroso de paisanos armados, uye y deja sus reales abiertos al saqueo del enemigo; pero no tardó en reparar esta vergüenza, tomando la ofensiva, y entrando en Persia á sangre y fuego. Sin embargo, Mauricio no le restituyó su confianza, y envió por sucesor á Prisco, el cual justificó su nombramiento con algunos triunfos, y pasó despues á pelear contra los ábaros. Su sucesor Commenciolo venció á los persas cerca de Nisibis, y debió en parte esta victoria al valor de Jermano y á la abilidad de su lugarteniente Heraclio.

Los romanos y turcos atacaban á un mismo tiempo la Persia; y el rey Hormisdas era aborrecido de sus vasallos, y despreciado de sus enemigos. Perdió el trono por el mismo yerro

que costó la Italia á Justino. Los hombres perdonan la opresion mas bien que una injuria. Sofía, insultando á Narsés, habia fundado el poder de los lombardos. Hormisdas, envidioso de Varánes, el mejor de sus jenerales, que acababa de conseguir grandes victorias de los turcos, se valió de un pequeño revés para destituirle, le escribió una carta injuriosa, y le envió un vestido de mujer. Varánes ecsala su ira en amenazas: el rey encarga á un oficial que le prenda; pero Varánes manda encadenar al oficial y echarlo á los elefantes para que lo pisoteen. Su ejército se subleva en su favor: el que peleaba contra los romanos abraza su partido: la sedicion se estiende. El rey, odioso ya por sus crueldades, reconoce la flaqueza de un poder, fundado solo en el temor, y no halla defensores: los rebeldes se acercan á la capital. Bindoes, príncipe de la sangre real, jemia en un calabozo: el pueblo rompe sus cadenas, y entra en palacio al frente de la guardia. El tirano Hormisdas, sin amigos, vasallos ni soldados, cree reinar todavia, porque estaba sentado en el trono, rodeado de algunos cortesanos: mándales prender al rebelde; pero todos se pasan sin vergüenza á Bindoes, insultado por ellos el dia antes: se arrojan sobre el monarca, le derriban del trono, y lo encierran en una oscura prision.

Cosroes, hijo del rey, quiere uir. Bindoes lo detiene, lo anima, y le da el cetro. Entretanto Hormisdas, onrando su infortunio con la osadía, convoca á su calabozo á los grandes del imperio: sorprendidos de esta órden le obedecen: el rey les habla con elocuencia, no para recobrar su poder, sino para transmitirlo al menor de sus hijos, cuyas virtudes ensalza. «Mi suerte está ya »decidida, les dijo: solo me in»teresa la vuestra. He enjen»drado un mónstruo, que es el »que los sediciosos coronaron. Si »reina en Persia, todos sereis »sus víctimas.» Este discurso conmueve á una parte de los concurrentes: ya iba ganando los votos; pero Bindoes le replica con fuego, despierta los resentimientos, resucita el odio, é inflama el furor, y fue degollado á los pies del padre el jóven príncipe que designaba por sucesor. Este orrible espectáculo fué el último que vió aquel desgraciado monarca; porque los rebeldes le sacaron los ojos.

Cosroes, justificando la prediccion de Hormisdas, comenzó su

reinado con un parricidio. Añadiendo la hipocresía á la crueldad, mandó primero tratar á su padre como rey, y servirle en vajilla de oro, y despues le entregó á los verdugos, que le asesinaron. Varánes no quiso someterse al nuevo rey, y recibió con desprecio sus cartas: en vez de usar los títulos debidos á la majestad real, se servia de estas palabras insolentes: *tu imbecilidad, tu impudencia.* Cosroes marcha contra él: es vencido y uye: abandonado de todos sus soldados, se escapó al territorio romano, é imploró el socorro de Mauricio. La justicia y la umanidad hubieran desechado sus ruegos, y entregado este mónstruo á sus enemigos; pero la política, separada casi siempre de la moral, sacrificó los intereses permanentes de la virtud á un cálculo de circunstancias. El emperador dió tropas á Cosroes, el cual pasó con ellas el Eufrates, y volvió á presentarse en Persia: Bindoes y la mayor parte de los grandes vinieron á reunírsele. No tardó en dar vista al ejército enemigo: sus tropas eran sesenta mil hombres, y las de Varánes cuarenta mil. La batalla se dió cerca de Balarath: el impetuoso Varánes derrotó al principio las tropas del rey de Persia; pero Narsés, que mandaba á los romanos ausiliares, restableció el combate, derrotó á los persas, y se apoderó de su campamento. Varánes desapareció, y no se volvió á hablar de él despues de su derrota. Narsés restableció á Cosroes en el trono, y le aconsejó al dejarle, que no olvidase que debia á los romanos la vida y el imperio. Cosroes prometió abrazar la relijion cristiana; mas no quiso ó no osó abandonar la de los magos: sin embargo, á despecho de sus leyes, casó con una romana llamada Sira.

Esta revolucion del Oriente proporcionó al imperio un largo reposo; y los romanos, vencidos tantas veces por los persas, volviendo á ganar entonces todas las provincias que habian perdido, recobraron la antigua frontera, y fueron árbitros, protectores y casi los dueños de esta potencia enemiga, objeto contínuo de su envidia y de su temor.

CLEFIS II, REY DE LOS LOMBARDOS. — (583) Casi en el mismo tiempo estalló otra revolucion en Italia. Los lombardos, fatigados de la anarquía republicana, elijieron por rey á Cléfis II: revestido del poder supremo, dejó á sus duques sus gobiernos

y una grande autoridad sobre sus vasallos. En sus leyes debe buscarse el orijen de la jurisdiccion feudal, tan amable á los poderosos, tan temible á los príncipes, y opresiva para los pueblos: este sistema prolongó la tiranía constituyéndola, y regularizó el caos. Todo Occidente adoptó esta lejislacion bárbara, cuyos vestijios se conservan todavia despues de quince siglos.

AUTARIS, REY DE LOS LOMBARDOS. — (585) Autáris, sucesor de Cléfis, mantuvo con bastante firmeza durante su reinado, que fué de seis años, el imperio de la justicia, restableció la seguridad pública, y suavizó la ferocidad de los lombardos, mas no impidió los progresos de la ignorancia, que continuaba esparciendo en Europa sus densas tinieblas.

El imperio de Oriente era mas opulento que belicoso. Mauricio, no teniendo ejércitos con que defender las posesiones que le quedaban en Italia, compró la alianza de los franceses en cincuenta mil monedas de oro, que incitaron á Childeberto á pasar los Alpes. Autáris le dió despues treinta mil para que se volviese, y venció las tropas del esarca de Ravena.

PAZ ENTRE LOS LOMBARDOS Y FRANCESES. — (590) Habiendo muerto el papa Pelajio, Roma, destinada por la suerte á ser la capital del orbe cristiano, despues de haberlo sido del pueblo rey, colocó en la silla pontifical á un grande hombre: Gregorio, que habia de ilustrarla tanto, luchando al principio contra su elevacion, resistió al clero, se opuso á los votos del pueblo, suplicó á Mauricio que no confirmase su eleccion, y buscó en el centro de las cavernas un asilo contra las grandezas que le perseguian.

Cuanto mas temia el poder, tanto mas digno pareció de obtenerlo: el emperador, los grandes, el clero y el pueblo persistieron en su eleccion: se le trajo á Roma á su pesar, se venció su resistencia, y fué instalado en la silla del príncipe de los apóstoles.

La actividad, la prevision y la firmeza caracterizaron su administracion. Mantuvo la fé, ecsaltó el zelo, socorrió á los pobres, preservó al pueblo del ambre, y fué muy respetado de los bárbaros; pero impugnó á los cismáticos con tan grande ardor, que Mauricio creyó conveniente ecsortarle á la moderacion: el papa por su parte re-

ba temblando su sentencia, y recibió su perdon. Pedro, hermano del emperador, tenia talento, y se hallaba elevado á la dignidad de curopalato. Mauricio le nombró maestre de la milicia y duque de Tracia, concediendo estas dignidades mas bien á su mérito que á su nacimiento.

Guerra con la persia. — El imperio estaba en guerra permanente contra la Persia. Mistacon, jeneral del ejército romano, dió batalla al enemigo y lo desbarató al primer choque; pero una traicion le robó la victoria. Curso, oficial griego, que mandaba el ala derecha, no ejecutó las órdenes del jefe: los persas, favorecidos por su inaccion, vencieron. Filipico, enviado por Mauricio para restaurar esta derrota, reanimó el valor de los romanos. Favorecido por Heráclio, jeneral ábil, y padre del que subió despues al trono de Oriente, encontró á los persas cerca de Solacon, los derrotó completamente, y esterminó la mitad del ejército enemigo. Este éroe reunia las virtudes cristianas á las militares. Dícese que llevaba la imájen del Salvador en la punta de su lanza, y que antes de vencer en Solacon, lloró contemplando cuánta sangre se iba á derramar.

En esta batalla decidió la victoria la infantería, poco apreciada en aquellos siglos, y la caballería sirvió solamente para completar la ruina del enemigo. Nada hay tan vario como el corazon humano: frecuentemente se le ve con una inconstancia y lijereza inconcebibles. El mismo Filipico, cuyo intrépido valor acababa de aniquilar á los persas, poco tiempo despues, aterrado á la vista de un cuerpo numeroso de paisanos armados, uye y deja sus reales abiertos al saqueo del enemigo; pero no tardó en reparar esta vergüenza, tomando la ofensiva, y entrando en Persia á sangre y fuego. Sin embargo, Mauricio no le restituyó su confianza, y envió por sucesor á Prisco, el cual justificó su nombramiento con algunos triunfos, y pasó despues á pelear contra los ábaros. Su sucesor Commenciolo venció á los persas cerca de Nisibis, y debió en parte esta victoria al valor de Jermano y á la abilidad de su lugarteniente Heraclio.

Los romanos y turcos atacaban á un mismo tiempo la Persia; y el rey Hormisdas era aborrecido de sus vasallos, y despreciado de sus enemigos. Perdió el trono por el mismo yerro

que costó la Italia á Justino. Los hombres perdonan la opresion mas bien que una injuria. Sofía, insultando á Narsés, habia fundado el poder de los lombardos. Hormisdas, envidioso de Varánes, el mejor de sus jenerales, que acababa de conseguir grandes victorias de los turcos, se valió de un pequeño revés para destituirle, le escribió una carta injuriosa, y le envió un vestido de mujer. Varánes ecsala su ira en amenazas: el rey encarga á un oficial que le prenda; pero Varánes manda encadenar el oficial y echarlo á los elefantes para que lo pisoteen. Su ejército se subleva en su favor: el que peleaba contra los romanos abraza su partido: la sedicion se estiende. El rey, odioso ya por sus crueldades, reconoce la flaqueza de un poder, fundado solo en el temor, y no halla defensores: los rebeldes se acercan á la capital. Bindoes, príncipe de la sangre real, jemia en un calabozo: el pueblo rompe sus cadenas, y entra en palacio al frente de la guardia. El tirano Hormisdas, sin amigos, vasallos ni soldados, cree reinar todavia, porque estaba sentado en el trono, rodeado de algunos cortesanos: mándales prender al rebelde; pero todos se pasan sin vergüenza á Bindoes, insultado por ellos el dia antes: se arrojan sobre el monarca, le derriban del trono, y lo encierran en una oscura prision.

Cosroes, hijo del rey, quiere uir. Bindoes lo detiene, lo anima, y le da el cetro. Entretanto Hormisdas, onrando su infortunio con la osadía, convoca á su calabozo á los grandes del imperio: sorprendidos de esta órden le obedecen: el rey les habla con elocuencia, no para recobrar su poder, sino para transmitirlo al menor de sus hijos, cuyas virtudes ensalza. «Mi suerte está ya »decidida, les dijo: solo me in»teresa la vuestra. He enjen»drado un mónstruo, que es el »que los sediciosos coronaron. Si »reina en Persia , todos sereis »sus víctimas.» Este discurso conmueve á una parte de los concurrentes: ya iba ganando los votos; pero Bindoes le replica con fuego, despierta los resentimientos, resucita el odio, é inflama el furor, y fue degollado á los pies del padre el jóven príncipe que designaba por sucesor. Este orrible espectáculo fué el último que vió aquel desgraciado monarca; porque los rebeldes le sacaron los ojos.

Cosroes, justificando la prediccion de Hormisdas, comenzó su

reinado con un parricidio. Añadiendo la ipocresía á la crueldad, mandó primero tratar á su padre como rey, y servirle en vajilla de oro, y despues le entregó á los verdugos, que le asesinaron. Varánes no quiso someterse al nuevo rey, y recibió con desprecio sus cartas: en vez de usar los títulos debidos á la majestad real, se servia de estas palabras insolentes: *tu imbecilidad, tu impudencia.* Cosroes marcha contra él: es vencido y uye: abandonado de todos sus soldados, se escapó al territorio romano, é imploró el socorro de Mauricio. La justicia y la umanidad hubieran desechado sus ruegos, y entregado este mónstruo á sus enemigos; pero la política, separada casi siempre de la moral, sacrificó los intereses permanentes de la virtud á un cálculo de circunstancias. El emperador dió tropas á Cosroes, el cual pasó con ellas el Eufrates, y volvió á presentarse en Persia: Bindoes y la mayor parte de los grandes vinieron á reunírsele. No tardó en dar vista al ejército enemigo: sus tropas eran sesenta mil hombres, y las de Varánes cuarenta mil. La batalla se dió cerca de Balarath: el impetuoso Varánes derrotó al principio las tropas del rey de Persia; pero Narsés, que mandaba á los romanos ausiliares, restableció el combate, derrotó á los persas, y se apoderó de su campamento. Varánes desapareció, y no se volvió á hablar de él despues de su derrota. Narsés restableció á Cosroes en el trono, y le aconsejó al dejarle, que no olvidase que debia á los romanos la vida y el imperio. Cosroes prometió abrazar la relijion cristiana; mas no quiso ó no osó abandonar la de los magos: sin embargo, á despecho de sus leyes, casó con una romana llamada Sira.

Esta revolucion del Oriente proporcionó al imperio un largo reposo; y los romanos, vencidos tantas veces por los persas, volviendo á ganar entonces todas las provincias que habian perdido, recobraron la antigua frontera, y fueron árbitros, protectores y casi los dueños de esta potencia enemiga, objeto contínuo de su envidia y de su temor.

Clefis II, rey de los lombardos. — (583) Casi en el mismo tiempo estalló otra revolucion en Italia. Los lombardos, fatigados de la anarquía republicana, elijieron por rey á Cléfis II: revestido del poder supremo, dejó á sus duques sus gobiernos

y una grande autoridad sobre sus vasallos. En sus leyes debe buscarse el orijen de la jurisdiccion feudal, tan amable á los poderosos, tan temible á los príncipes, y opresiva para los pueblos: este sistema prolongó la tiranía constituyéndola, y regularizó el caos. Todo Occidente adoptó esta lejislacion bárbara, cuyos vestijios se conservan todavia despues de quince siglos.

AUTARIS, REY DE LOS LOMBARDOS. — (585) Autáris, sucesor de Cléfis, mantuvo con bastante firmeza durante su reinado, que fué de seis años, el imperio de la justicia, restableció la seguridad pública, y suavizó la ferocidad de los lombardos, mas no impidió los progresos de la ignorancia, que continuaba esparciendo en Europa sus densas tinieblas.

El imperio de Oriente era mas opulento que belicoso. Mauricio, no teniendo ejércitos con que defender las posesiones que le quedaban en Italia, compró la alianza de los franceses en cincuenta mil monedas de oro, que incitaron á Childeberto á pasar los Alpes. Autáris le dió despues treinta mil para que se volviese, y venció las tropas del esarca de Ravena.

PAZ ENTRE LOS LOMBARDOS Y FRANCESES. — (590) Habiendo muerto el papa Pelajio, Roma, destinada por la suerte á ser la capital del orbe cristiano, despues de haberlo sido del pueblo rey, colocó en la silla pontifical á un grande hombre: Gregorio, que habia de ilustrarla tanto, luchando al principio contra su elevacion, resistió al clero, se opuso á los votos del pueblo, suplicó á Mauricio que no confirmase su eleccion, y buscó en el centro de las cavernas un asilo contra las grandezas que le perseguian.

Cuanto mas temia el poder, tanto mas digno pareció de obtenerlo: el emperador, los grandes, el clero y el pueblo persistieron en su eleccion: se le trajo á Roma á su pesar, se venció su resistencia, y fué instalado en la silla del príncipe de los apóstoles.

La actividad, la prevision y la firmeza caracterizaron su administracion. Mantuvo la fé, ecsaltó el zelo, socorrió á los pobres, preservó al pueblo del ambre, y fué muy respetado de los bárbaros; pero impugnó á los cismáticos con tan grande ardor, que Mauricio creyó conveniente ecsortarle á la moderacion: el papa por su parte re-

prendia á Mauricio porque no reprimia con la debida severidad las rapiñas de los esarcas de Italia y Africa. Decíase entonces que Mauricio mostraba la suavidad de un pontífice, y Gregorio la entereza de un emperador.

Los franceses, reunidos de nuevo á los romanos, atacaron con buen suceso á los lombardos. Rejio, Parma, Plasencia y el duque de Friul se sometieron momentáneamente al emperador. Pero la política de los sucesores de Clodoveo no era establecer el órden en Italia, sino prolongar la guerra, atizar la discordia y aprovecharse de ella. Childeberto, por la mediacion de Gontran, hizo paces con Autáris, y por su defeccion perdieron los romanos cuanto habian adquirido.

El rey de los lombardos murió y le sucedió Ajilulfo, que continuó la guerra con buen écsito. En vano Gregorio aconsejaba al esarca Calínico que hiciese paz con un enemigo poderoso al cual no podia vencer: solo consiguió una corta tregua, despues de la cual se volvió á las armas. Pádua fué arruinada por los lombardos, y sus abitantes aumentaron la poblacion de Venecia. Esta república, fuerte por su posicion, acrecentaba su poder por una ábil política. Las desgracias de sus vecinos le daban contínuamente mas fuerzas, y las ruinas de Roma sirvieron para levantar y consolidar este noble edificio. A escepcion del Oriente, no conservaba el imperio provincias, sino reliquias. Los romanos poseían aun una parte de las costas meridionales de España, donde se mantenian á favor de las disensiones de los godos. Defendieron á Hermenejildo contra su padre; pero despues le entregaron por treinta mil monedas de oro. Muy diversos de sus antepasados, temian el hierro y se dejaban corromper por el dinero. Ingundis, esposa del príncipe vencido y ermana de Childeberto, murió yendo á Constantinopla con su hijo Atanajildo á buscar un asilo en aquella corte.

No contento el rey de los lombardos con sus victorias contra el esarca, hizo alianza con los ábaros para saquear la Istria. Mauricio declaró entonces que iba á ponerse al frente de su ejército, y ya porque la fortuna hubiese debilitado su valor, ó la edad agotado sus fuerzas, no se vió en él aquella firmeza de carácter con que en otro tiempo habia restablecido la disciplina,

ni aquel denuedo que le guió en su juventud á la victoria y al trono.

Supersticioso y débil, antes de salir pasó una noche en la iglesia de Santa Sofía con la esperanza de lograr una revelacion; parte lleno de miedo y se desanima á la vista de algunos pronósticos infaustos: un eclipse le turba, una tropa de mendigos le detiene, una tempestad le amedrenta, pierde el tiempo en escuchar la relacion de tres viajeros de estatura jigantesca, que llevaban arpas de oro, y que venian, segun se dijo, de un pais setentrional, donde la música era el único estudio y ocupacion de los abitantes.

Algunos cobardes senadores le ecsortan á volver á la capital, y cede á sus instancias. Conservando su orgullo aun cuando mostraba tanta flaqueza, reusa la proposicion de Gontran que le ofrecia tropas á condicion de un tributo. Pedro, hermano del emperador, y los jenerales Prisco y Commenciolo mandan los ejércitos: al principio triunfan en las riberas del Danubio, y despues se dejan sorprender y son derrotados.

Mauricio, induljente con los jefes y rigoroso con los soldados, se granjea el odio del ejército; el ambre se añade á las calamidades de la guerra, é incita el pueblo á la sedicion. El emperador cree aplacar al cielo, ofreciendo á la Iglesia una corona de oro que habia recibido de las emperatrices Sofía y Constantina. Este uso relijioso del oro que hubiera sido mejor empleado en la compra de granos, irrita á las princesas y descontenta al pueblo.

En la fiesta de Natividad se subleva la plebe, insulta á Mauricio en el templo y le persigue á pedradas.

Entretanto continuaba la guerra con vario suceso. Prisco habia destruido un gran número de enemigos en cinco batallas gloriosas. La avaricia del emperador le fué mas dañosa que el valor de los bárbaros.

Los soldados piden un aumento de sueldo, y Mauricio lo niega: el ejército que mandaba Pedro se subleva, no hace caso de las órdenes de su jeneral, marcha á Constantinopla y envia á palacio una diputacion encargada de decir sus peticiones, ó mas bien sus amenazas. El mas atrevido de los diputados era Fócas, oficial de poca graduacion, hijo de una familia oscura de Capadocia, escudero anteriormente de Prisco, y entonces centurion.

Su fuerza, brutalidad y pasion á la crápula, le habian ganado el amor de la soldadesca.

Un adivino habia dicho á Mauricio que desconfiese de la espada de aquel cuyo nombre comenzase por la letra F. El crédulo príncipe, turbado por esta prediccion, pensó al principio que hablaba de Filipico, y llamó á este jeneral que disipó sus sospechas, y le dijo que si merecia alguna fe el pronóstico del adivino, debia guardarse de Focas. «Ya le conoces, añadió, »es un soldado sedicioso, y tan »insolente como cobarde.» Mauricio replicó: «Si es cobarde se»rá sanguinario.»

Entretanto la sedicion crecia: los soldados elijen á Focas por jeneral. El emperador, hablando de esta sublevacion al pueblo reunido en el circo, manifestó despreciarla. La faccion azul le aplaudió, y la verde observó silencio: los rebeldes se acercaron á la capital y ofrecieron la corona á Jermano, suegro de Teodosio, hijo mayor del príncipe. Mauricio mandó matarle, pero Teodosio favoreció su fuga.

Al mismo tiempo estalla la revolucion en la ciudad, y la guardia se niega á marchar contra los rebeldes. Mauricio se escapa disfrazado con su mujer y sus hijos, y envia el mayor de ellos á Cosroes, pidiéndole el mismo favor que recibió de él en otro tiempo. Jermano no tardó en desengañarse del error á que le habian inducido las proposiciones artificiosas de los sublevados. Sabiendo que la faccion verde se oponia á su elevacion, siguió cobardemente el carro de la fortuna, y se pasó á los reales de Focas.

Este convoca al pueblo y al senado, y finje todavia ofrecer la corona á Jermano, que se la devuelve: el rebelde es proclamado emperador por la muchedumbre y coronado por el patriarca. Entra en la capital, la atraviesa en un carro tirado de cuatro caballos blancos, va al circo, arroja al pueblo grande cantidad de oro y plata, hace celebrar con juegos su coronacion, divide el trono con Leontina, su mujer, consuma tranquilamente el triunfo del crimen, y este dia deplorable pareció festivo.

Los soldados de Focas persiguen al emperador destronado, y le alcanzan en Calcedonia, adonde habia vuelto su hijo mayor. El desgraciado monarca vió cortar la cabeza á sus cinco hijos, cuya sangre saltó sobre él. Débil príncipe y cristiano resig-

nado, se sometió al juicio celestial, y bendijo, segun dicen, el nombre de Dios á cada achazo que recibian sus hijos. Despues presentó intrépidamente su cabeza al verdugo, y sufrió sin temor la muerte. Hubiérala evitado á tener en el trono los mismos brios que en el campo de batalla.

Mandó los ejércitos con abilidad, comenzó su reinado con sabiduría, le concluyó con debilidad y murió como mártir. Fué llevada su cabeza al tirano: degollaron á Pedro, y Teodosio buscó en vano un asilo en la iglesia: le sacaron de ella y le mataron: Mauricio perdió la vida y el trono el 27 de noviembre de 602, á los sesenta y tres años de edad y veinte de reinado. Los cadáveres de las víctimas fueron arrojados al mar, y se espusieron sus cabezas en escarpias á la vista del pueblo y al ludibrio de los soldados.

FOCAS, EMPERADOR (602).

Retrato de focas. — La corona cubria los vicios groseros de un soldado feroz: el ejército habia entregado el imperio á un mónstruo, cuyo rostro bastaba mirar para conocer la atrocidad de su alma: era de mediana estatura, sus ojos eran sombríos, su cabello rojo, sus cejas espesas y juntas. La cara estaba acribillada de cicatrices que se ponian negras cuando la cólera las inflamaba. Era dado al vino y á las mujeres, atroz é inecsorable: de su mujer se dice que no era mejor que él. Esta es la pintura que de estos consortes hacen los griegos; pero San Gregorio el Grande, que por vivir en Roma los conocia solo por sus cartas atentas y por sus presentes, hace por el contrario un elojio particular. Aunque no hubiera habido mas que la muerte de Mauricio y la de sus hijos, seria lo suficiente para mirar á Focas como un mónstruo de crueldad. Su elevacion fué para el Oriente la señal de las mayores desgracias: los persas asolaron las fronteras del imperio: el ambre y la peste las cubrieron de mortandad; pero el sanguinario Focas fué para los pueblos aun mas fatal que estas calamidades. La imájen del tirano y la de su esposa Leontina fueron enviadas á Roma, segun la costumbre; y así como en otro tiempo se adoraban con igual fervor los dioses del cielo y del infierno, así aora se recibieron con las mismas aclamaciones que las imájenes de un príncipe justo, las de un bárbaro usurpador.

El papa San Gregorio las depositó respetuosamente en el capitolio, OBEDECIENDO A LA LEY DEL EVANJELIO, QUE MANDA RESPETAR SIEMPRE LA AUTORIDAD TEMPORAL ESTABLECIDA, CUALQUIERA QUE SEA SU ORIJEN. Sin embargo, el mundo sintió que este gran pontífice no se hubiese aprovechado del orror que inspiraba la tiranía de Focas, para hacerse dueño de Roma y de Italia. Pero San Gregorio solo se empleaba en las cosas del cielo, y dejaba á los hombres disponer de las de la tierra. Tocaba á la ambicion desmedida de sus sucesores, mezclarse despues é intervenir en los negócios temporales de los pueblos, olvidando los preceptos sublimes del evanjelio. No obstante, cuando todo el mundo temblaba bajo el acero de un soldado con diadema, Gregorio dirijia al tirano lecciones atrevidas acerca de sus deberes. «Lo »que distingue á nuestros empe»radores, le decia, de los monar»cas estranjeros, es que estos »tratan á sus vasallos como es»clavos, y nuestros príncipes, »sin perder nada de su po»der, dejan la libertad al pue»blo.» Focas premió la sumision de la iglesia romana, protejiéndola contra los erejes.

Parecia que el cielo enojado condenaba entonces todo el Oriente á jemir bajo el mas cruel despotismo. Cosroes era en Persia tan cruel como Focas: este rey parricida pidió al emperador la restitucion del jeneral Narsés, que le habia restablecido en el trono. La guerra continuó entre los dos imperios: Jermano mandaba las tropas de Focas: un soldado, furioso de ver que militaba bajo aquel jeneral pérfido que vendió á Mauricio, le insulta y hiere. Jermano sana de la erida, da una batalla á los persas y es derrotado.

Al mismo tiempo corrió la voz en Siria de que Teodosio, hijo de Mauricio, vivia aun, y que habian engañado al tirano, entregándole otra víctima. Fácilmente se creyó lo que se deseaba, el descontento acreditó la mentira: Narsés finje estar persuadido de la ecsistencia de Teodosio, subleva sus soldados y se apodera de Edesa. El obispo de esta ciudad, que se oponia á la sedicion, fué apedreado atrozmente por el pueblo. En todas partes se fomentaban sublevaciones contra el usurpador; y en todas sus vijilantes satélites castigaban la rebelion con numerosos suplicios. Toda virtud, todo mérito eran sospechosos á Focas. Desechando á los hombres de ta-

lento, dió el mando del ejército á Leoncio, jefe de sus eunucos. Cosroes le venció en una sangrienta batalla, y degolló todos los prisioneros que hizo.

Muerte de Narses. — El Asia semejaba un mar de sangre en que se bañaban á porfia Cosroes y Focas. Domenciolo, hermano del emperador, no pudiendo vencer á Narsés, le engañó convidándole á una entrevista: el jeneral, sobradamente confiado, creyó en la fe de su juramento, y fué preso y quemado vivo.

A pesar del espanto que inspiraba la tiranía, la indignacion pública multiplicó las conjuraciones. El tirano habia perdonado á Constantina, viuda de Mauricio, y á sus hijas, contentándose con recluirlas en una prision perpétua. Jermano, que aspiraba en secreto al trono, quiso valerse del nombre de estas princesas y del respeto que se les tenia: dió órden al eunuco Escolástico para sacarlas de la prision y llevarlas á Santa Sofía: el pueblo se subleva en su favor y prende fuego al pretorio. Se creyó que la faccion verde auxiliaria este movimiento; y á haber sido así, la revolucion se habria logrado.

Juan de la Cruz, jefe de dicha faccion, no quiso seguir á los conjurados, y fué muerto por ellos: violencia que irritó á sus numerosos partidarios; arrójanse sobre los rebeldes y los matan. Focas queria esterminar á los que se libertaron; pero hallaron asilo en la iglesia, y el patriarca de Constantinopla no los dejó salir hasta que el emperador juró sobre los Evanjelios perdonarles la vida. Solo Escolástico pereció: las princesas fueron encerradas en un monasterio: á Jermano se le obligó á recibir las órdenes sacras, y á Filipico á entrar fraile.

Muerte del papa san Gregorio el Grande. — (604) Italia continuaba siendo teatro de una guerra cruel entre el esarca y los lombardos. En 604 la muerte arrebató á los romanos su amado pontífice. Su sucesor Sabiniano no le eredó en las virtudes. Avaro y duro para el pueblo, decia en una ocasion en que la ambre aflijia la capital, «que »no compraria, como su prede»cesor, con pan y socorros muy »costosos, los elojios de la in»constante muchedumbre.»

Focas habia casado su hija con Crispo, su confidente y cómplice; pero envidioso del poder que él mismo le habia dado, vió con disgusto la imájen de su yerno colocada por el pueblo

junto á la suya. El favor de un tirano es siempre un gran peligro; obtenerlo, es colocarse sobre el borde de un precipicio. Crispo, desfavorecido y muchas veces amenazado con la muerte, escitó los grandes á conspirar contra Focas: el patricio Teodosio, prefecto de Oriente, se unió á él. Constantina los favorecia desde el retiro de su monasterio: su mensajera Petronia, á la cual habia dado una carta para Jermano, descubrió el secreto. El patricio, vencido por el tormento, nombró la mayor parte de sus cómplices, y fueron mutilados antes de recibir la muerte. Jermano, la emperatriz Constantina y sus tres hijas, sufrieron el último suplicio. Entretanto los persas estendian sus devastaciones hasta la Fenicia y Palestina: los ábaros hasta la Iliria y la Tracia. Focas, insensible á las calamidades del imperio, solo pensaba en perseguir y esterminar á los partidarios de Mauricio. Crispo, que en la última conjuracion tuvo la abilidad de sustraerse á las sospechas del tirano, buscaba y reunia en Africa las armas que debian librar el mundo de un mónstruo.

El valiente Heraclio, esarca de aquella provincia, teniendo por lugarteniente al patricio Gregorio, su hermano, juró con él la ruina de Focas. Su primer paso fué no enviar trigo á las provincias de Oriente; y por medio de la carestía prepararon á la rebelion los pueblos de Grecia y de Asia. Crispo les instaba á que apresurasen la ejecucion de su designio; pero mas prudentes que él, aseguraron el écsito con la lentitud. Cada dia aumentaba la demencia de Focas el odio y el desprecio universal. Para escitar el valor de las tropas contra los persas, que amenazaban entonces el Asia menor, mandó por un edicto insensato poner en el número de los mártires á todos los que pereciesen en los combates. El patriarca de Constantinopla se opuso á semejante estravagancia. Los persas vencieron á Domenciolo, y llegaron hasta Calcedonia. El pueblo de la capital, fatigado de un yugo tan despreciable, insultó á Focas en el circo: el tirano enfurecido hizo matar á muchos, encerrar sus cabezas en sacos, y echarlas al mar. La rabia de la plebe se aumentó con esta crueldad. El senado pareció valiente por desesperacion, é imploró en secreto el ausilio de Heraclio y de Gregorio. Sus preparativos es-

taban concluidos; pero demasiado viejos para combatir por sí mismos, encargaron al hijo del primero la venganza pública.

El jóven Heraclio se embarcó en el puerto de Cartago con muchas lejiones, y dió á la vela para Grecia. Nicetas, hijo de Gregorio, que debia remplazar á Heraclio, si este sucumbia, tomó el camino de Ejipto con un gran número de jinetes.

La impaciencia de Crispo le espuso á los mayores riesgos: habia formado con Elpidio, director del arsenal, y Anastasio, ministro de hacienda, el proyecto de asesinar á Focas, y proclamar emperador á Teodosio. Anastasio vendió á sus cómplices; pero su infamia no le salvó: su cabeza y la de los conjurados fueron derribadas á los pies del tirano. Crispo solo halló medios para justificarse. Los vientos favorables no tardaron en conducir á Heraclio á la vista de Constantinopla.

Este ilustre conjurado tenia por cómplice á todo el imperio; pero el emperador tenia en su poder reenes sagrados, como era su madre Epifania, y Fabia, su prometida esposa. El patriotismo triunfó del amor y de la naturaleza. Continua animosamente su marcha: gran número de senadores se le reunen en Abido: el obispo de Cicico le da una corona de oro: acéptala, atraviesa la Propóntide, llega á Heráclea de Tracia, y su escuadra echa el ancla en la punta de Constantinopla al pie del castillo, que tenia ya el nombre de las Siete torres.

Domenciolo, que mandaba los bajeles de Focas, se acerca; y el mar ajitado es el teatro sangriento, en el cual la fortuna va á decidir la suerte de la tierra. Unos y otros pelearon con encarnizamiento: Domenciolo por no caer en manos del pueblo que le aborrecia: Heraclio por libertar á su madre, á su esposa y al imperio.

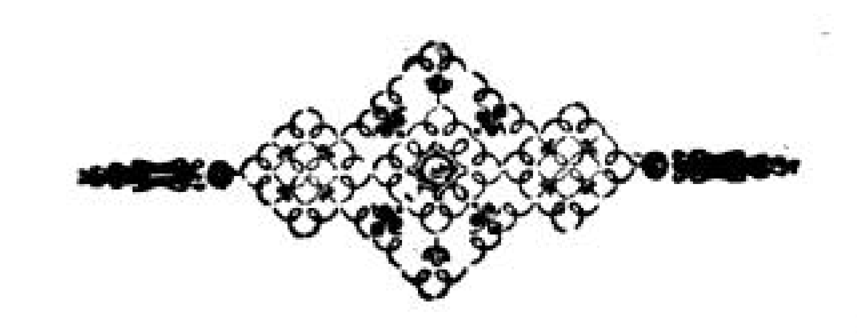
La victoria del ejército de África fué completa. Domenciolo murió: Crispo, prefecto de la ciudad, levantó el estandarte de la rebelion, y al frente de un gran número de ciudadanos vino á ponerse bajo las banderas del vencedor. Al mismo tiempo un senador llamado Focio, cuya mujer habia ultrajado el tirano, se pone con el patricio Probo al frente de la faccion verde: marchan contra la guardia imperial, auyéntanla; y Focas, abandonado al pie de su sangriento trono, empieza á sentir el terror que tantas veces habia inspirado. Focio coje al mónstruo, le a-

rranca la púrpura que mancillaba, le manda poner una casaca negra, y le conduce á la playa, á vista de la armada, á los pies de Heraclio. Este le dijo: «Malvado, ¿es así como debiste gobernar el imperio?» «Gobiérnalo tú mejor,» respondió Focas.

A estas palabras olvida Heraclio su dignidad, cede al furor, derriba al tirano, le pisotea, le hace cortar las manos y los pies, y mutilar vergonzosamente; y en fin, cortar la cabeza sobre el puente de uno de los bajeles. Su cadáver, hecho pedazos, fué puesto en las puntas de las lanzas, y entregado á los ultrajes del pueblo, con una atrocidad, que todos los crímenes de este mónstruo no justifican. Habia asolado el imperio ocho años.

Entra Heraclio en Constantinopla, aplaudiendo su triunfo las aclamaciones mas vivas y sinceras. Ofrece el cetro á Crispo, y este lo reusa diciendo: «He peleado contra mi suegro no por reinar, sino por vengar á Mauricio y á su familia.»

Heraclio, cediendo á los votos del pueblo y del senado, fué coronado al dia siguiente por el patriarca Serjio. Nada faltaba á su felicidad: los objetos de su cariño se habian libertado del furor del tirano. Heraclio vió á su madre en sus brazos, y al subir al trono lo dividió con Fabia y le dió el nombre de Eudosia.



CAPITULO VIII.

HERACLIO, EMPERADOR.

(Año 610.)

Victoria de Heraclio en Armenia. — Batalla de Ganza. — Batalla de Zab. — Muerte de Cosroes. — Reinado vergonzoso de Heraclio. — Descricion de la Arabia y su division antigua y moderna — Descricion de las dos celebérrimas ciudades Meca y Medina. — Particularidades notables. — Mahomá. — El Corán, la creencia moslemitica ó la iglesia somnita. — Retrato sublime que Mahoma hace de Dios. — Juicio final segun el Corán. — El Paraiso. — El infierno. — Usos relijiosos de los árabes. — Apuntes sueltos y estractos del Corán. — Sueño de Mahoma sobre el monte Zara. — Primeras predicaciones de Mahoma. — Huida de Mahoma — La Ejira. — Mahoma rey y sumo pontífice. — Sus azañas. — Su entrada en la Meca. — Muerte de Mahoma. — Abubeker electo califa. — Muerte de Abubeker. — Elevacion de Omar. — Desgracia de Kaleb. — Pusilanimidad de Heraclio. — Batalla de Yarmuza. — Valor de los sarracenos — Derrota de los romanos. — Capitulacion de Jerusalen. — Entrada de Omar en Jerusalen. — Toma de Antioquía por Omar. — Peste en Siria. — Muerte de veinticinco mil musulmanes y de Kaleb. — Invasion de Omar en Ejipto. — Muerte de Heraclio.

Libre el imperio de la mas odiosa tiranía, pareció salir de un letargo y recobrar su antiguo amor á la gloria y á la independencia. Heraclio, semejante á los éroes de Roma, debia ilustrar el trono que acababa de conquistar: sin embargo, ya porque quisiese afirmar su poder antes de estenderlo, ya porque era necesario para desplegar sus fuerzas, tomar disposiciones, y curar abusos, se mantuvo mucho tiempo en un sosiego que la historia le reprende, y dejó el Oriente bajo el yugo de Cosroes. Al fin reunió las tropas de Africa, Grecia y Asia, con el designio de vengarse de los persas, cuyos ejércitos habian llegado

poco antes hasta Calcedonia, y que durante setecientos años fueron los enemigos mas formidables de los romanos.

El emperador, por deferencia á Crispo, yerno de Focas, le confió el mando del ejército; y este jeneral, ó traidor ó cobarde, dejó al enemigo saquear á Cesárea, y talar la Capadocia; pero si huia ante los persas, tenia la vanidad de insultar á Heraclio, diciendo que le debia la corona.

El príncipe, con la esperanza de reducirle, pasó á Cesárea. El altivo jeneral ni aun se levantó para recibirle, le habló como un superior, y se burló de sus proyectos de conquista. Heraclio disimula su resentimiento, vuelve á Constantinopla, y convida á Crispo á venir á la capital para ser padrino de un niño que la emperatriz habia dado á luz. Apenas llega, convoca el emperador el senado, y le pregunta si una ofensa hecha á la majestad imperial merecia mayor castigo que la de un particular. No era dificil prever la respuesta. «¿Y cúal es tu opinion, Crispo?» le dijo Heraclio. Crispo, arto vano para sospechar que se tratase de él, respondió que semejante crímen no era digno de perdon.

Entonces el príncipe, refiriendo sus detracciones é insolencias, y descubriendo sus actos de traicion, probados con testimonios auténticos, dijo: «Yo soy »el delincuente; pues creí que »un yerno pérfido pudiera ser a»migo leal.» Despues de estas palabras condenó á Crispo á cortarse el cabello y á entrar en un claustro donde acabó sus dias. Sus soldados murmuraron: un príncipe débil habria aumentado el descontento con las medidas de rigor que siempre dicta el miedo: Heraclio, ábil y animoso, los llamó á su lado, les confió la guardia de su persona, y de este modo aseguró su fidelidad. Filipico salió del monasterio donde Focas le habia confinado, y obtuvo el gobierno de Capadocia juntamente con Teodoro, curopalato, y hermano del emperador.

Victoria de Heraclio en Armenia. — (613) Heraclio, antes de salir para la espedicion de Persia, compró en tres millones la alianza del kan de los ábaros, suplicándole que sirviese de tutor á su hijo mayor Heraclio Constantino, al cual dejó la rejencia del imperio, aunque solo tenia diez años. Recomendó tambien al príncipe bárbaro su hijo menor Heracleonas. Al salir de Constantinopla se postró ante el altar de Santa Sofía, y

dijo al patriarca que ponia la capital bajo la proteccion de la Vírjen y la suya.

El ejército de Heraclio, aunque numeroso, no era mas que una mezcla estravagante de africanos, griegos, romanos y bárbaros de todos los paises de Europa. Unos estaban abatidos por los reveses anteriores: otros no inspiraban confianza. El emperador gastó un año entero en ordenar, conocer, ejercitar y disciplinar esta masa informe. Su severidad produjo el arreglo, y su ejemplo resucitó el onor. Las tropas lijeras consiguieron al principio algunas ventajas, y renació la confianza perdida tanto tiempo habia. Sin embargo Heraclio, aun no bien seguro del ejército, tomó una posicion fuerte en el Ponto y se atrincheró en ella.

Sárbar, jeneral de los persas, invadió la Cilicia para obligarle á salir de sus fortificaciones. El emperador, sin hacer caso de esta diversion, atravesó la Armenia para entrar en Persia: Sárbar le siguió y le presentó la batalla. Heraclio, habiendo ordenado su ejército como ábil jeneral, acometió al enemigo como soldado valeroso. Su victoria fué completa, y terminada gloriosamente la campaña, tomó en Armenia sus cuarteles de invierno.

Batalla de Ganza. — (614) Antes de comenzar á pelear en la primavera siguiente envió embajadores á Cosroes, y este bárbaro los asesinó. «Ya lo veis, »dijo Heraclio á sus soldados: »peleamos no con hombres sino »con fieras. Atravesando la fér»til Asia, talada por estos bár»baros, solo habeis hallado las »cenizas de vuestros pueblos y »los huesos de vuestros padres. »Estos bandidos no respetan ni »á los hombres ni á Dios. Ar»mémonos, pues, en defensa de »la relijion y de la humanidad: »venguemos á un mismo tiempo »nuestro culto y nuestra patria. »Sea la Persia á su vez el sepul»cro de sus abitantes. Pero al »entrar en sus vastas provincias »os vereis rodeados de una »multitud inumerable de ene»migos, y no tendreis mas cami»no de salvacion que la victoria. »Marchad, persuadidos á que »la fuga no puede terminarse »sino en la muerte.»

Una aclamacion universal respondió á estas palabras. El ejército llegó en pocos dias á Ganza, hoy llamada Tauris, donde estaba el tesoro del rey. Cosroes cubria la plaza con su numeroso ejército. Heraclio lo atacó im-

petuosamente y lo puso en uida, se apoderó de la ciudad y pasó el invierno en Albania. Pero mientras estendia sus conquistas en Oriente, Suintila, rey de los visigodos, le quitó las ciudades que aun poseian los romanos en España.

La Persia era un semillero de guerreros, que semejantes á los antiguos partos, se mostraban mas formidables despues de sus derrotas, y parecian renacer de sus cenizas. Sárbar y Sais, reuniendo las reliquias de sus ejércitos, acometieron de nuevo á los romanos. Heraclio, debilitado por la defeccion de los lacios, que habian abandonado sus banderas, evitó muchos dias la batalla, y retirándose, inspiró á los enemigos una confianza imprudente. Los dos jenerales se separan: el emperador se aprovecha de este yerro, marcha rápidamente por la noche y sorprende á Sárbar en sus reales. Gran parte de la nobleza persiana pereció en este combate.

Despues de esta tercer campaña, Heraclio tuvo por conveniente traer al Asia menor su ejército, fatigado por tantas marchas y combates. Atravesó el monte Tauro, el Tigris, la ciudad de Martirópolis, y se detuvo algunos dias en Amida. Allí encontró á Sárbar, que se habia adelantado para disputarle el paso del Eufrates. Heraclio le engañó con un falso ataque, pasó el rio por un vado y entró en Cilicia: Sárbar le sigue, y le alcanza en las orillas del Saco: allí se dan los dos ejércitos un sangriento combate. Distinguíase entre los persas un guerrero de estatura colosal, que llevaba á las lejiones el terror, el desórden y la muerte. Derribando á todos los que se le oponian, acomete al emperador. El intrépido Heraclio recibe el choque sin conmoverse, atraviesa al jigante de una lanzada, le mata, pasa el rio, desordena el ejército persa, y lo derrota completamente. Sárbar, que uia sin mas escolta que un desertor romano, dice á este: «¿Ves aquel terrible guerrero, cuyas botas son de color de púrpura, y cuyo brazo aniquila tantos persas? Ese es Heraclio, tu príncipe: él solo es quien derrota nuestro ejército, y me arrebata la victoria.» Sárbar no se detuvo, ni se creyó en seguridad hasta haber pasado el Eufrates.

Los triunfos del emperador no inspiraban al pueblo de Constantinopla ni gratitud ni docilidad; y se rebeló, porque un edicto habia disminuido las distribu-

ciones de víveres, muy prodigadas por el cobarde Focas. Esta sedicion se disipó por la firmeza de la guardia. Cosroes, desesperado, queria vengarse ó morir: arma todo su pueblo: hace marchar sus mejores tropas, y entre otras cincuenta mil hombres que componian *los batallones de oro*, llamados así porque las puntas de sus dardos eran de este metal. Sárbar, al frente de otro ejército, marchó ácia Constantinopla, amenazada á la sazon por los búlgaros y esclavones; y Razates con otra division quedó encargado de defender la frontera.

El emperador, cuya prudencia no se desmentia nunca, opuso tres ejércitos á los del enemigo. Teodoro, uno de sus jenerales, dió batalla á Sais: una granizada violenta y repentina, que daba de cara á los persas, favoreció el ataque de los romanos. Teodoro consiguió la victoria, y los romanos la atribuyeron al favor de la Vírjen. Sais, derrotado, murió de pesar.

El cobarde y cruel Cosroes hizo desenterrar el cuerpo de este desgraciado jeneral y lo espuso sobre un patíbulo á los insultos del populacho.

En esta época halló el emperador entre los bárbaros nuevos socorros y nuevos peligros: los kósares, que se decian hijos de Jafet, acababan de presentarse en la escena del mundo, y se hacian temibles por su valor. Bajando de las montañas del Cáucaso, invadieron la Circasia y Crimea. Llamábanse tambien *turcos orientales*, *tauro-scitas* y *cabardianos*. Todavía ecsisten con este último nombre cerca del mar Caspio.

Heraclio hizo alianza con ellos, y prometió en casamiento su hija á Ziebel, príncipe de aquella nacion. Sus tribus guerreras marcharon en favor de los romanos, y entraron en Persia por los desfiladeros de Derbent. Pero al mismo tiempo los ábaros, inconstantes como todos los pueblos selváticos, cediendo al oro de Cosroes, se unieron á los persas, y vinieron con ejército numeroso contra Constantinopla.

El kan que los mandaba, se creia tan seguro de entrar triunfando en la capital, que respondió con desprecio á los senadores encargados de tratar la paz con él: «Rendíos á discrecion, »ó vuestra ruina es cierta; por»que no os escapareis, si no os »convertís en pájaros ó en pe»ces.» El valor de Heraclio parecia haberse comunicado á todos sus súbditos: el senado respondió á las amenazas del bár-

baro con la antigua altivez romana: todos los abitantes tomaron las armas: cada dia se daban combates sangrientos por tierra y mar; hasta que al fin, viendo los ábaros que todos sus ataques eran infructuosos, y que sus mas valientes guerreros perecian por las máquinas de guerra ó en las salidas contínuas de los sitiados, desistieron de su empresa. Los romanos mataron á muchos en la retirada, y sus buques lijeros fueron dispersados ó destruidos por la armada imperial.

Batalla de zab. — (628) Mientras la capital de Oriente se libraba de tan grande peligro, Heraclio penetraba en Asiria y se apoderaba de muchas ciudades; pero cuando mas seguro estaba de continuar sin ostáculos sus conquistas, los kósares, que formaban una parte considerable de su ejército, le abandonaron repentinamente. Los demás soldados, viendo las fuerzas tan disminuidas enmedio de un pais enemigo, desmayaron algo. «No »temais, les dijo Heraclio: Dios »ha querido alejar á nuestros »pérfidos aliados, para que de»bamos la victoria solamente á »él y á nuestro valor.» Continúa atrevidamente su marcha, y llega á la llanura de Zab, cercana á las ruinas de Nínive, donde encontró al ejército de los persas. La batalla fué larga, la resistencia ostinada, la mortandad terrible: de ambas partes se empeñaron todas las fuerzas en una jornada que iba á decidir la suerte de los dos imperios. Las flechas oscurecian el aire, y densos torbellinos de polvo ocultaban entre su sombra los estragos de la muerte. Los odios acumulados en siete siglos parecian ecsalar en aquella fatal llanura sus últimos furores. Heraclio, cansado de ver incierta la fortuna durante tantas oras, resuelve fijarla. Animando sus tropas con el ademan y la voz, se precipita como un leon en las filas persianas: derriba con la lanza dos sátrapas valerosos: ve á Razátes, jefe del ejército, le acomete, y halla un adversario digno de su valor. El persa hiere con su formidable cimitarra el yelmo del emperador; la sangre corre: y de otro tajo le hace en la pierna una erida profunda. Heraclio termina esta lucha con un golpe mas decisivo, y sepulta su espada en el pecho de Razátes.

La caida de este guerrero es la señal de la derrota de los persas: la mitad de su ejército perece, y los demás uyen, abando-

nando los reales. Toda Asiria se somete al vencedor. Heraclio marcha á Ctesifonte, reduce á cenizas el palacio del rey, y llega á Dáscara, llamada hoy Dijala, residencia entonces de los reyes de Persia. Cosroes sorprendido solo debió su salvacion á la rapidez de su caballo. El palacio de Dáscara contenia tantas riquezas, frutos de las conquistas de muchos siglos, que segun dicen los historiadores del tiempo, indudablemente con ecsajeracion, el botin que hizo Heraclio ascendió á cinco mil millones.

El rey de Persia, errante, llega á una cabaña: habia perdido el trono, mas no la crueldad: enfurecido por su derrota, sin fuerzas para restaurar lo perdido, se entrega á la desesperacion, y no pudiendo vengarse de sus enemigos, descarga el enojo sobre sus vasallos. Despacha muchos correos con órdenes para dar muerte á Sárbar y á otros oficiales: estos, indignados de semejante injusticia, se rebelan y pasan á las banderas del emperador.

Heraclio, tan moderado en la prosperidad, como el rey de Persia cruel en el infortunio, le escribió: «Aunque te he »vencido y te persigo, no es para »destruirte, sinó para obligarte »á hacer la paz. En otro tiempo »la pedí: aora la ofrezco.» Cosroes la rensó con orgullo: vencido, detestado, despreciado, conociendo que el pesar le aprocsimaba á las puertas del sepulcro, declaró que queria ceder las ruinas de su trono á su hijo segundo Medárses. Pero Siroes, el mayor de todos, que estaba preso en Seleucia de órden de su padre, rompe sus cadenas, arma sus partidarios, reune los restos del ejército, degüella á veinticuatro de sus hermanos, y prende y encadena á su padre.

Muerte de Cosroes. — En lugar de alimento, solo se le servian en la mesa barras de oro, y le condena á morir de ambre, diciéndole estas palabras dignas de un parricida: «Aliméntate de »ese oro, por el cual has asolado »tanto tiempo la Persia y el »mundo.» Este mónstruo, elevado al trono por un crímen tan atroz, hizo la paz con los romanos. Diéronse á ambos imperios sus antiguos límites, y dicen se restituyó á Heraclio la verdadera cruz en que murió el Salvador, robada por Sárbar del templo de Jerusalen. Siroes murió de allí á poco, arrebatado por la peste, azote quizá menos terrible que un rey tan perverso.

El reinado de Cosroes y el suyo habian destruido el prestijio del respeto que se tributaba en Oriente á los soberanos. La Persia fué víctima de la anarquía: en cuatro años hubo ocho reyes efímeros. Uno de ellos fué Sárbar. Ildisjerdes, uno de sus hijos, subió al trono y terminó las divisiones intestinas; pero en su reinado cayó la Persia bajo el poder de los musulmanes. Heraclio volvió á su capital á gozar del triunfo mas glorioso que habian visto en muchos siglos Roma y Constantinopla. Entró en un carro tirado por cuatro elefantes: los tesoros de Persia, espuestos á la vista del pueblo, escitaban su entusiasmo, y la cruz su veneracion. Despues animado de un zelo mas relijioso que político pasó á Jerusalen, arrojó de ella á los pobres judios, y llevó sobre sus espaldas la cruz hasta el Calvario. En esta ciudad tuvo la noticia del nacimiento de su hijo tercero, y dió audiencia á los embajadores de Dagoberto, rey de Francia, que le felicitaron por sus victorias.

Reinado vergonzoso de Heraclio. — Esta época brillante debiera haber terminado la vida de Heraclio. Por desgracia sobrevivió á su gloria; y siguiéndole en la segunda mitad de su carrera, solo tendremos que pintar flaqueza, molicie, y un reinado vergonzoso y funesto. Antes ascendimos con él hasta los tiempos gloriosos de Roma: aora volveremos á descender á las miserias de Bizancio.

Fatigado de combates y harto de gloria, dejó los campamentos y se retiró á palacio: olvidó los soldados y se entregó á las cortesanas, eunucos y frailes; y apartando su vista de los peligros que amenazaban al imperio, se dedicó esclusivamente á resolver cuestiones teolójicas, y de éroe descendió vergonzosamente al rango de sectario.

Los antiguos señores del mundo, amenazados de los bárbaros por todas partes, jugaban como niños estúpidos en la pendiente rápida que conducia al abismo. Sordos al estruendo de las armas, solo oian los gritos del circo, las declamaciones acaloradas de los predicadores, las voces discordantes de los sínodos y concilios, las arengas facciosas de los jefes de las sectas, y miraban con tranquilidad que los visigodos los arrojasen de España, y los lombardos de Italia.

Los francos, tributarios en otro tiempo, estendian en el Oc-

cidente sus conquistas y afirmaban su poder: los ábaros, esclavones y tauro-scitas insultaban y amenazaban á la capital del Oriente. Los persas, aunque vencidos, volvian á tomar su actitud formidable: una gran tempestad se formaba en los desiertos de Arabia; y enmedio de todos estos peligros, el emperador solo trataba de conciliar las opiniones de Apolinar, que confundia las dos naturalezas en Jesucristo: de Nestorio, que admitia dos personas: de Eutiques, que solo reconocia una naturaleza en Dios; y de los monotelitas, que creyendo dos naturalezas, les daban una sola voluntad. Por un contraste notable y chocante, mientras que el belicoso Heraclio daba tan grande importancia á estas pueriles sutilezas, el jefe de la Iglesia, el papa Honorio, los trataba con desprecio, llamándolos con verdad *disputadores de palabras*.

El emperador aumentó la animosidad de estas sectas, queriendo terminar sus disputas con el famoso edicto que publicó en 639 á favor de los monotelitas, y que fué llamado la *Ectesis ó Esposicion*. En él imponia silencio sobre la cuestion de las dos voluntades, y aunque erejía, estaba encubierta con bastante miramiento; echábase de ver no obstante, pues espresaba la opinion de los monotelitas titulándola creencia católica.

Roma y Africa no le recibieron: la Iglesia se quejó de la usurpacion del trono: las disputas continuaron, y el vencedor de los persas, vencido por los sacerdotes, hubo de abrogar su edicto. El furor anárquico de los bárbaros del Norte destruia y dispersaba las últimas ruinas del imperio romano: el Oriente, degradado por la servidumbre y enervado por la molicie, aceleraba su decadencia, sometiéndose á la codicia de los cortesanos, á los caprichos de los eunucos, á las locuras del circo, y á las demencias teolójicas. En esta época de desórden y debilidad, nacieron y crecieron con rapidez en las arenas del Mediodia bajo un cielo abrasador, y enmedio de tribus feroces, selváticas y belicosas, una nueva relijion y un nuevo poder, que mudaron la faz de una gran parte del mundo, y que amenazaron subyugarlo todo entero.

Los tronos de la tierra ó cayeron ó se conmovieron peligrosamente á la aparicion de un árabe, á la voz de un hombre que se decia profeta, á la espada de Mahoma y al grito de sus fanáticos su-

cesores. Cuando la tiranía recorre la tierra y hace jemir en la esclavitud las comarcas mas fértiles del globo, la libertad busca un asilo en los bosques, en las montañas, en los desiertos. La Arabia habia sido independiente desde tiempo inmemorial. Muchas veces invadida y nunca subyugada, resistió á todos los conquistadores y devastadores del mundo. Contra sus rocas se habian embotado las espadas de persas, griegos y romanos: en sus arenas se habian sepultado los ejércitos invasores; y á pesar de los vanos esfuerzos de Sesostris, Ciro, Alejandro, Pompeyo y Trajano, los árabes, monumento único de los tiempos primitivos, conservaban como un depósito sagrado su libertad y sus costumbres, su valor indomable y sus habitudes pastorales.

Mientras alrededor de ellos las repúblicas, los reyes, las naciones y los imperios se levantaban, peleaban, se corrompian, mudaban de costumbres, de leyes y aun de territorio, y caian sucesivamente con célebres ruinas, se veian en las llanuras de Arabia la sencillez patriarcal, los rebaños de Jacob, los camellos de su hermano Esaú y la tienda de Abraham. La historia habla muchas veces de los árabes en los largos periodos que hemos recorrido; pero casi nunca los describe: todas las revoluciones que refiere parecen detenerse al llegar á esta linde *antigua*; pero su tiempo de felicidad y de ignorancia ha concluido: su inmovilidad cesa: ábreseles el camino de las tempestades, de la gloria y de la dominacion: el fanatismo derriba la antigua muralla que defendia su libertad. Los árabes van á ser sometidos y conquistadores: la suerte les ha dado un señor: enmedio de ellos ha aparecido el gran Mahoma.

Dirijamos aora nuestras miradas sobre la Arabia, puesto que la historia de esta vasta comarca va á ligarse inseparablemente por el espacio de muchos siglos con la de los otros pueblos, de que por tanto tiempo ha estado separada. Hablemos de esa rejion inmensa con alguna mas detencion que lo hacen los historiadores, y narremos con franqueza y sin prevencion de secta, los sucesos que en ella se verificaron y que el odio relijioso ha desvirtuado, falsificado ó escarnecido.

Descricion de la Arabia. — La tierra es un vasto teatro sobre el cual pasa de siglo en siglo alguna gran trajedia, bajo la direccion de un poder superior

que distribuye á cada pueblo bienes ó males, castigos y recompensas, segun su voluntad ó su justicia Pero si en el número de estos diversos espectáculos hay muchos que pueden llamarse particulares, porque se representan sin ruido y en lugares oscuros, ó que solo afectan ciudades, pueblos ó reinos separados; los hay tambien tamaños y jenerales que interesan á todos los hombres, y casi á la naturaleza entera.

Tal ha sido la asombrosa escena que los árabes han ofrecido al mundo al principio del siglo VII de Jesucristo, destruyendo el cristianismo del Oriente, los imperios mas antiguos y sólidamente fundados, asolando inumerables ciudades ilustres, destruyendo cuantos conocimientos habian adquirido los hombres que les antecedieron, así en artes como en ciencias; arruinando monumentos, quemando bibliotecas, y haciendo profesion declarada de abolir todo lo pasado y su memoria, para que solo ecsistiese el edificio que iban á levantar sobre tan inmensas ruinas.

Los bárbaros, aquellas ordas salvajes descolgadas del Norte, con su sed inagotable de riquezas, no habian causado tanta desolacion, esterminio y tinieblas. Habian venido á aprovecharse de la situacion favorable de los parajes adonde los condujera la fortuna. Al abandonar los yelos de su patria, inculta y estéril, encontraron una naturaleza que les sonreia y riquezas que no habian visto sus ojos; pero llevados del deseo de adquirirlas, y mucho mas de adquirir conocimientos, adoptaron la relijion y las costumbres de las naciones que habian subyugado; de tal manera que si hubiesen tenido tiempo de ilustrarse en los lugares que ocupaban, acaso se hubiera echado menos de ver su invasion. Pero la llegada de otros bárbaros que arrojaban á los que estaban antes, hizo que durante tres siglos el Occidente estuviese sujeto solo á transitorios conquistadores que se veian forzados á hacer mal al pais que dejaban, cuanto su inclinacion les impedia causarlo al que llegaban. Los árabes, al contrario, vivos, jenerosos, desinteresados, valientes, prudentes, y esentos de aquellas pasiones indomables que produce la desigualdad de las estaciones en los temperamentos de los hombres del Norte, causaron mas desgracias al mundo y derramaron sobre él mas pereza é ignorancia,

que pudo disipar la capacidad de los griegos y romanos durante quince ó veinte siglos. Un fanatismo de relijion fué quien los impulsó á una conducta tan cruel: fanatismo sostenido por el aprecio del libro en que está contenida su relijion, que dicen «ser la obra mas sublime de la sabiduría de Dios, porque contiene verdades eternas que ha querido enseñar á los hombres; no tales como puede concebirlas ó espresarlas la imajinacion de las mas escelentes criaturas, sino como ellas eesisten realmente, y que esta sabiduría suprema ha querido anunciarlas para la conviccion de todo ser intelijente.» Tal es la opinion de donde ha salido ese desprecio que han hecho y hacen de las ciencias que no conocen.

Recorramos la escena donde tamaños sucesos acontecieron. Es la Arabia una especie de península del Asia, comprendida entre los 12 grados y 34 minutos de latitud N., los 36 grados y 17 minutos, y los 63 grados, 32 minutos de lonjitud E. Tiene por límites al N. la Siria, al N.-E. el Eufrates, que la separa del Diarbekir, al E. el golfo Pérsico y el Ormus, al S. el mar de las Indias, y al O. el mar Rojo, que la separa del Africa. Estiéndese por el espacio de 540 leguas desde el estremo N.-E. del Eufrates hasta el cabo de Babelmandeb; 430 desde la costa meridional del mar Rojo hasta el golfo Pérsico, y de 325 desde Basora hasta Suez. El espacio de tierra, ó llámese istmo, que une la Arabia al continente, es un pais orrendo por sus vastos desiertos, inabitado é inabitable á causa de sus inmensos arenales, y de la falta de agua que hay en todo él. Razon por la cual los árabes han sido tan poco conocidos de los griegos y de los romanos. Los antiguos dividian este pais en Arabia Desierta, en Arabia Feliz, y en Arabia Petrea; pero su circunscricion actual es en seis provincias, á saber: el Hedjas, el Yemen, el Hadramaut, el Oman, el Lahsa y el Nedjed.

Los abitantes que se encuentran en este pais, llamados por sus vecinos ya árabes (occidentales) ya sarracenos (orientales), se daban ellos mismos el nombre de hijos del desierto, y se vanagloriaban de este título. Dos golfos profundos forman la península de la Arabia, cuya superficie se calcula en cincuenta y cinco mil leguas cuadradas.

A la entrada del desierto se hallan las ciudades de Koufa y

de Bassora, célebres por sus escuelas y comercio. Los nombres de muchas tribus árabes recuerdan los nombres de Moisés y de Job. El único azote temible para estas comarcas, es el *Simoun*, que llaman ellos el anjel de la muerte; viento abrasador, acompañado de ecsalaciones sulfurosas que sofocan á los hombres y animales, y que se hace sentir en toda la Arabia, en Africa y hasta en España.

La Arabia Feliz ó el Yemen está abitada por un pueblo dotado de un carácter franco, vivo y jeneroso, que vive independiente y altivo enmedio de sus rebaños y de sus jardines. El pais produce en abundancia incienso, bálsamo, canela, casia y café. Buenos y grandes caminos mantienen la comunicacion entre las ciudades principales: el terreno que las rodea está cultivado hasta la cima de las montaños. Un arbusto parecido al enebro, ofrece el incienso (*lebo nah*) que se quema en los templos de la India y de Europa. Otro arbusto que se cree haya sido trasplantado del Habesch (La Abisinia) al Yemen, da la haba con que se prepara el *kahwah* ó café. Próspero Alpini, médico italiano, fué quien dió á conocer esta bebida á los europeos ácia el año 1583 y quien la recomendó como un escelente estomático. Su uso se esparció, en pocas jeneraciones, desde el serrallo del gran señor hasta las cabañas de los Alpes; hoy ha llegado á ser un alimento casi indispensable, y el orijen de una multitud de bienes y de males.

La costa del Yemen se estiende á lo largo del golfo arábigo hasta el estrecho de Babelmandeb, ó Mandab. Cerca de este está situada la ciudad de Okad, en donde en otro tiempo los poetas árabes se disputaban la palma poética, y la de Moka, rodeada de jardines y cafetales, centro del comercio del Yemen. Acia el estremo de la península está Aden, situada sobre una lengua de tierra, al pie de rocas elevadas. Esta ciudad es importante por su posicion y su puerto: los griegos y los romanos se dirijian á ella con frecuencia cuando iban á buscar especias á la costa de Hadramaut, y aloes á la isla de Socotora; — Mara y Oman eran menos conocidas.

Por el interior de la Arabia no se viajaba. Saba era la residencia de los Tobbah ó reyes de la Arabia feliz. Encerrados en sus palacios, segun el uso oriental, y rodeados de eunucos, es-

tos príncipes, que reinaban sobre guerreros intrépidos cuyas leyes y libertad respetaban, administraban justicia con imparcialidad; su pais estaba por su posicion suficientemente defendido. Las tradiciones han conservado el nombre de Balkis, reina de Sabá, que fué á Jerusalen para admirar al gran rey Salomon, y que tuvo de este príncipe un hijo, tronco de los soberanos de la Abisinia.

Un depósito inmenso de agua, situado en un valle elevado, abastecia á los abitantes de Sabá así para beber como para regar sus jardines. En el reinado de Tiberio las murallas de este depósito reventaron, como en otro tiempo nuestro pantano en Lorca, y las aguas cayendo sobre la ciudad, la destruyeron en una sola noche. Enormes ruinas son todo lo que ha quedado de su antigua magnificencia.

Alejandro el Grande no pudo conseguir apoderarse de la Arabia. Despues de él intentaron los romanos subyugarla, pero en vano. En tiempo de Anastasio I, emperador de Constantinopla, Naowasch, rey del Yemen, judio de creencia, persiguió á sus vasallos cristianos; fué atacado y vencido por el Negusch ó Negús de Abisinia. Naowasch no queriendo sobrevivir á su derrota, se arrojó al mar; el vencedor hizo gobernar el Yemen por sus lugartenientes.

Los abisinios no fueron dueños de la Arabia mucho tiempo, pero las consecuencias de sus conquistas aun se hacen sentir en nuestros dias. Los africanos comunicaron á los árabes el veneno de las viruelas, y las relaciones comerciales lo esparcieron rápidamente á todos los paises civilizados; las epidemias fueron muy raras al principio, pero muy mortíferas. En menos de un siglo esta enfermedad pasó á Italia y se estendió hasta Alemania.

El suelo de la mayor parte de este pais, es árido, abrasado por un sol ardiente, asolado por vientos impetuosos que llenan de terror al viajero, le arrebatan el aliento y le sumerjen en tempestades de arena. Las costas del mar, mas afortunadas, gozan de un aire mas fresco, y presentan un aspecto mas risueño: en ellas se ven numerosos rebaños, fértiles viñedos, y esas hermosas palmeras que á la vez ofrecen al árabe fatigado, sombra, reposo y alimento sano. Acaso este contraste de aridez y de abundancia hizo que diesen á la Arabia la division que hemos

indicado; division desigual pues la Petrea es mayor que las otras dos, y al mismo tiempo produce la estraña union de costumbres ospitalarias y feroces, del espíritu mercantil y guerrero que se observa en sus abitantes. Los usos se han conservado en la misma inmovilidad que las estaciones; y si los hijos de Jacob pudiesen volver á Arabia, reconocerian aun bajo las tiendas de los beduinos los ábitos, caractéres y fisonomías de los sirvientes y pastores de Abrahan.

La naturaleza está muerta en los desiertos de la Arabia; el cielo es de bronce; nada templa el ardor de los rayos del sol; desde lo alto de las colinas que los vientos han despojado de toda vejetacion, se descubren vastas llanuras en donde vanamente el fatigado viajero busca una sombra que lo refresque, ni un objeto sobre que fijar la vista. Un espacio inmenso lo separa de todo ser viviente: de muy en tiempo en tiempo al pie de algunos bosquecillos aislados de palmeras, se ve correr un arroyuelo que va á perderse en las arenas; y estos parajes que los naturales llaman oasis, son como unas pequeñas islas enmedio de un océano desconsolador. El árabe conoce únicamente estos sitios de descanso; él solo los abita: acostumbrado á una vida sencilla y frugal, encuentra allí abundantemente con que satisfacer sus necesidades. A estos parajes conduce los esclavos y los tesoros robados á las caravanas sobrado imprudentes para reusar el pago de los derechos de escolta á los guerreros del grande emir del desierto.

En sus largas correrías por el desierto, fatigados del cansancio y de la sed, se acuerdan aun de los padecimientos de Agar; y sus irrupciones contínuas en los paises vecinos, y su ardor constante para robar á los demás pueblos, parecen una venganza de Ismael deseredado. Como la actividad del hombre triunfa en todas partes de los climas y de los elementos, el árabe, condenado á la pobreza, supo encontrar tesoros en su árido pais.

El camello, nacido para llevar pesos, organizado para sufrir por mucho tiempo la ambre y la sed, fué, por decirlo así, el navío del desierto. Es el único que puede mantener la comunicacion entre aquellas islas de tierra, situadas enmedio de un mar de arena. Desde su nacimiento se acostumbra como sus dueños, á sufrir la sed, la am-

bre y el insomnio: puede hacer un camino de tres á cuatrocientas leguas en ocho ó diez dias, sin beber mas que una vez: puede estar veinticuatro oras sin comer otra cosa que cardos, raices de ajenjos y ortigas. Lleva hasta trece quintales de peso, y permanece cargado durante semanas enteras. Con la fuerza doble de un mulo, es mas fácil de alimentar que el asno; da tanta leche como la mejor vaca; su carne es buena de comer, su pelo es tan apreciable como la lana de las ovejas, su estiercol sirve de combustible, y de sus orines se saca sal amoniaco. Es el compañero fiel del árabe cuya riqueza constituye; una seña basta para dirijirle, y el canto de su amo reanima sus fuerzas.

El caballo, mas ardiente y vigoroso en estos paises que en el resto del mundo, parece que tiene alas para conducir al hijo de Ismael á la victoria, ó para libertarle cuando le persiguen sus enemigos. La Arabia es la patria de los bellos caballos; menores que los de Africa, sus corceles igualan al avestruz en lijereza y sirven principalmente para la caza. Los que son de raza pura tienen jenealojías que remontan á muy antiguo. Viven en sociedad con sus dueños y siempre se los tiene muy limpios. Comen por la noche, y durante el dia se mantienen ensillados y con las bridas puestas. Los caballos padres del Oriente y del Africa se reclutan en la Arabia.

Un gran número de cisternas, formadas enmedio de los arenales, reunen las aguas del cielo, y hacen el oficio de fuentes y rios que la naturaleza negó á este abrasado clima.

En fin, el incienso y el café, buscados tan ansiosamente por el lujo de las naciones civilizadas, trajeron á Arabia mucha parte del oro de los pueblos ricos; y mientras sus desiertos se cubrian de campamentos numerosos, sus costas se llenaban de ciudades opulentas por el comercio. El puerto de Gidda servia de comunicacion con la Abisinia, y de la roca de Katis salian para comerciar en el golfo pérsico y en las orillas del Eufrates. La famosa ciudad de Mecca, de que vamos á hablar, está situada enmedio del camino que va del Yemen á la Siria, y los camellos de Arabia concurrian en gran número á las ferias de Bostra y de Damasco.

Las tribus que abitaban en las fronteras de Persia y del imperio, intervenian en las desavenencias de estos dos estados, y au-

mentaban por medio de guerras estranjeras, su influencia, sus bienes y su gloria. Perseguian y robaban sin piedad á los vencidos, y no temian á los vencedores, porque el desierto les servia de asilo; les bastaba desaguar las cisternas para oponer una barrera invencible á la persecucion de los enemigos.

Los romanos y griegos llamaron á los árabes *sarracenos*, que quiere decir orientales: solo la ignorancia ha podido atribuir á Sara el orijen de este nombre: orijen que ciertamente no conviene á los descendientes de Agar.

Las mujeres, esclavas hoy en este pais, no lo fueron en otro tiempo: al contrario, tenian grande influencia en el ánimo de este pueblo altivo, ardiente y voluptuoso, y aun subieron tal vez al poder supremo. Zenobia, viuda de un príncipe sarraceno, fué reina, emperatriz y conquistadora; dividió el cetro del mundo con Galieno, y disputó valerosamente al célebre Aureliano el imperio y la victoria. Mávia, otra reina sarracena, venció á los romanos, y obligó al emperador de Oriente á pedirle la paz.

El nombre de rey, que dan los historiadores á los príncipes árabes, puede inducir en error acerca de la forma de su gobierno. La division de estos pueblos en tribus, fué causa de que siempre conservasen su independencia. El despotismo no se establece facilmente sino en vastas comarcas, en donde una poblacion numerosa está reunida bajo una misma ley; la libertad quiere límites estrechos y un territorio limitado.

En Arabia cada ciudad y tribu tenia sus jefes, llamados *emires* ó *jeques*. Su poder era poco estenso: nada importante decidian sin consultar la junta de los padres de familia; y si por un uso antiguo el mando permanecia en una sola casa, era electivo, y se daba al mas digno.

A orillas del Eufrates, y en medio de hermosos verjeles, está situada la antigua Anah, burgo principal del desierto. Allí reside el grande emir de los beduinos (*abitantes del desierto*) á quien se dirijen en épocas fijas, para terminar las diferencias que se suscitan entre los cheiks ó jeques que le miran como su árbitro supremo. Su campamento es una ciudad movible y regular cuyas calles todas van á terminar á su tienda. Los viajeros compran de él la seguridad del tránsito.

Los fieros árabes, siempre ar-

mados, tenian príncipes, mas no señores. Ni aun presentaban á su decision las querellas particulares: estas se resolvian con la espada, y en ningun pueblo se ha mostrado la venganza tan feroz y durable, pues pasaba de una á otras jeneraciones. Solo las guerras estranjeras, y algunos dias consagrados á fiestas solemnes, suspendian con breves treguas sus eternas ostilidades.

Los árabes profesaron primero la relijion natural, que eredaron de Abrahan; y aun dicen que el templo famoso de la Meca, llamado *la Caaba*, fué edificado por aquel patriarca en el mismo sitio donde se resignó á sacrificar á Isaac. En este templo, por una supersticion ciega, sacrificaron despues víctimas umanas. Cerca de él muestran el pozo de Agar. Pasados algunos siglos, el sabeismo, es decir, el culto de los astros, de la naturaleza divinizada, y aun de los animales, esparció sus errores en esta antigua cuna de los patriarcas. Siria, Grecia y Ejipto poblaron despues con sus dioses la Caaba.

Cuando los judios fueron vencidos por Tito, y dispersados últimamente por Adriano, inundaron la Arabia; y de allí á poco los abisinios, conquistando algunas provincias árabes, introdujeron en ellas la luz del Evanjelio.

Desde el reinado de Constantino, las sectas perseguidas, como los arrianos, gnósticos, nestorianos, maniqueos y monotelitas, se refujiaron á Arabia. La imajinacion ardiente de sus abitantes, apasionados á la elocuencia, á la poesía, á la fábula y á las armas, acojia favorablemente á todos los que hablaban con entusiasmo, contaban prodijios y sufrian con firmeza grandes infortunios. Así llegó á ser Arabia en el VI siglo el centro, el refujio, y por decirlo así, el museo de todos los dioses, de todos los cultos, y de todo el entusiasmo del universo. No era posible que durase esta anarquía de tantas opiniones, que se combatian mútuamente. Mahoma nació y la terminó. Suspendamos por un momento el hablar de este hombre estraordinario, para dar una idea del teatro de sus principales azañas.

Descricion de la Mecca y Medina. — El Hedjas contiene las dos ciudades Mecca y Medina, y es mirado como cuna de la relijion y asiento del imperio de los primeros musulmanes. Su estension está llena de rocas ó llanuras áridas: todas las aguas es-

tán saturadas de la sal mineral de que se encuentra cubierta la tierra; y si se ven palmeras, es á causa del cultivo y del esmero que se emplea, siendo en aquel paraje mas numerosa la poblacion que en el resto de la Arabia. Pero si se indaga la causa que lleva allí mayor número de abitantes, no hay otra que la persuasion en que están de que la Mecca ha sido la morada principal del profeta Ismael durante su vida, y que es el lugar de su reposo despues de su muerte: que el templo que se ve en esta ciudad está reverenciado desde la creacion del mundo, como un sitio de bendicion escojido en la eternidad, y consagrado muy particularmente por Abrahan, que fué quien construyó la santa casa (*Beitallah*) ácia la cual se dirijen los votos de todos los fieles desde las estrémidades de la tierra: que el pozo (llamado *Zemzem*) que se ve en el atrio de este edificio, es la misma fuente que el ánjel descubrió á Agar, madre de Ismael, para salvar la vida de su hijo. Creen en fin que esta es una comarca preferida por Dios á las demás para que el último y el mas escelente de todos los profetas naciese en ella é hiciese conocer á los hombres el camino cierto de la salvacion (1).

Títulos son estos demasiado recomendables en la opinion de aquellos pueblos; y nada de estraño tiene el que los árabes mas afamados hayan querido ir á morir allí. Parece que Moisés ha hecho tambien mencion particular de él en la descricion dada de la Arabia; porque es cierto que habla de una ciudad de *Mesh* ó *Mesha*, cuya situcion se refiere mucho mejor á la de la Mecca que al puerto de Maka que se halla á la estremidad del mar Rojo, y respecto al cual las montañas de Sefara están mas bien al N.-E. que al Oriente. Además el Hedjas ha sido el teatro particular de la mayor parte de las acciones de Mahoma y de sus primeros sucesores; motivo muy considerable para atraer allí á las personas cuya piedad se detiene mas bien en lo que hay de carnal y sensible en la relijion, que en las ideas puramente espirituales.

La Mecca, situada á los 21 grados y 28 minutos latitud N., y 43 grados 56 minutos lonjitud E., capital de la provincia del Hedjas, está situada en un

(1) La vie de Mahomed par M. LE COMTE DE BOULAINVILLIERS.—Amsterdam 1731.—Seconde edit.

terreno árido y cascajoso, con calles hermosas, tiradas á cordel y cubiertas de arena. Las casas son de una arquitectura elegante, construidas con solidez, de tres ó cuatro pisos, con fachadas adornadas de molduras y y de dos filas de ventanas y balcones cerrados con celosías. Por el lado del Norte es mas elevada que por el Mediodia. Esta ciudad es abierta, y no tiene otra defensa que una especie de ciudadela bastante fuerte para el pais; sus abitantes viven de lo que les dejan los peregrinos, cuyo número disminuye sensiblemente todos los años. La aridez del terreno que la rodea es tal, que no se ven sino arena y piedras, y no se siembra en él ninguna especie de grano; la arina que se consume viene del alto Ejipto, y las legumbres de la India. La poblacion, que antes era de cien mil abitantes, no pasa en el dia de dieziseis á dieziocho mil, y cerca de dos tercios de casas se hallan vacías. El célebre bálsamo de la Mecca que conocemos, no proviene de esta ciudad sino del territorio de Medina, y el árbol que le produce se llama *Gilead* (1).

(1) MALTE-BRUN, diccionario jeográfico.

Tal es la situacion y aspecto de esta ciudad; pero en cuanto al célebre monumento que encierra hay bastante diverjencia en los escritores y viajeros. Nosotros seguiremos la descricion que hacen de él el ya citado conde de Boulainvilliers, y D'Herbelot en su *Biblioteca oriental*. En la parte meridional de la ciudad y casi al pie de la montaña, hay una estension considerable encerrada por pórticos que desde afuera parecen simples murallas sin adorno alguno y de una elevacion de quince á veinte pies solamente. Esta muralla es de mármol blanco, cuyas piedras son todas cuadradas y de dos codos de estension. Dos de ellas forman el muro, y de consiguiente tiene este cuatro codos de espesor. El mármol está pulimentado por la parte interior de los pórticos, y parece en bruto al esterior, tanto en la estructura entera de la muralla como en el entablamento, que no es mas que la cuarta parte de un redondo de casi un codo y medio de espesor, sobre el cual hay cúpulas doradas que sobresalen á la muralla, y que cubren toda la estension de los pórticos por la parte interior. El espacio que contiene esta muralla es un cuadrado perfecto de unas o-

chenta toesas cada lado. En cada ángulo esterno hay un cuerpo elevado en forma de minarete, cuyo nombre lleva, con tres balcones en pisos diferentes. El uso de estos minaretes es para llamar el pueblo á la oracion en las oras del dia y de la noche destinadas á este objeto.

Los turcos detestan el sonido de la campana: la voz umana los llama con estas palabras: *Allah hu!* palabras proferidas por el *muezzin* desde la galería mas alta de los minaretes de las mezquitas. Cuando la noche está en calma y el *muezzin* tiene una voz sonora, como acontece frecuentemente, el efecto de esta invitacion solemne es mucho mas bello que el de todas las campanas de la cristiandad. Es menester haberlo oido para juzgar de su efecto.

Cada minarete tiene una aguja de doscientos pies de altura, dorada en la punta y sobre esta una media luna, que casi hace el efecto de nuestras veletas. Sus balcones están iluminados durante la noche, con el piadoso objeto de atraer á los peregrinos para que no se estravien. Entre cada uno de estos minaretes y por la parte esterna de la muralla, hay un estanque de mármol, cuadrado y lleno de agua para las purificaciones legales, necesarias antes de las diversas preces de los musulmanes. Esta agua es conducida desde muy lejos por un acueducto, obra del califa Moktadir, décimoctavo emperador de la raza de los Abassidas; agua que proviene de un depósito practicado en la montaña de Gassuan y del deshielo de las nieves de sus montañas vecinas.

Cada costado de la muralla tiene tres puertas, construidas en arco abocinado, que dan entrada al pórtico. Uno hay precisamente enmedio, y los otros á los estremos y cerca de cada minarete. Sus puertas son de cobre, de un peso inmenso, y sin otro adorno que follajes de diversas formas, que han servido para darlas nombres diferentes. Se abren y cierran en oras determinadas; pero siempre se cuida de dejar cuatro abiertas, una á cada parte del mundo, á fin de que no se diga jamás que ningun pecador de cualquier pais que fuese, encontró las puertas cerradas de este asilo universal, ó como ellos dicen, del seno de la misericordia. Al entrar en los pórticos se distingue un espacio aondado de mil doscientas toesas de superficie, al cual se baja por dieziseis

grandes gradas de mármol. Los escalones son pequeños y de fácil y cómoda bajada para evitar los accidentes que pudieran causar la distraccion ó el entusiasmo de las personas devotas.

Enmedio de este espacio se descubre un edificio de una estructura particular, pero cuadrado, llamado *Caaba* y *Caabah*. Los árabes musulmanes llaman en su lengua *Mesged* al templo en que adoran á Dios segun las ceremonias establecidas en su relijion. De esta palabra árabe han dicho primero *Mesgida*, y despues *Mesquita*. Al presentarse delante de la Caaba no se ve mas que una tela negra que cubre enteramente las paredes, escepto la plataforma que es dorada y recibe las aguas del cielo, muy raras en aquel pais.

Oigamos como discurren sobre la Caaba varios escritores musulmanes: «En tiempo de A»dan no habia en el paraje que »hoy está construido este tem»plo, sino una tienda enviada »por el cielo para que sirviese »á los hombres de lugar pro»pio para tributar el culto que »deben á Dios. Adan visitaba á »menudo este lugar santo: su hi»jo Set siguió durante su vida el »ejemplo de su padre, hasta que »juzgó conveniente edificar en »el mismo sitio un templo de »piedra, que pudiese servir á la »posteridad. Destruido este pri»mer templo por el diluvio, fué »reconstruido por Abrahan y »por su hijo Ismael.»

«Este célebre edificio, dice »otro, preferido á todos los que »han levantado los hombres; la »umilde casa de Abrahan el ami»go de Dios, construida en tiem»po de sus persecuciones, cuan»do yendo errante y peregrino »por la tierra le reveló Dios que »desde abeterno habia preferi»do este lugar para darle su ben»dicion y recibir en él las súpli»cas de los mortales; es el mis»mo que Ismael recibió en eren»cia de su padre, en el que a»bitó hasta su muerte, y cerca del »cual reposa hasta la resurrec»cion de los seres, como lo ma»nifiesta su sepulcro, que toda»via ecsiste sin alteracion nin»guna despues de tantos siglos. »Esta es la santa casa conocida »con el nombre de Caaba ó *casa* »*cuadrada*, ácia la cual los árabes »dirijen no solamente sus votos »mas ardientes, sino todas las »naciones del mundo, que re»conocen la verdad y unidad de »Dios, vuelven su rostro cuan»do oran, y dirijen su mente en »consecuencia de la eleccion e-

»terna que de ella ha hecho la »Divinidad.»

La Caaba está construida de piedras del pais y esactamente colocada con relacion á los puntos cardinales del globo. Su altura es de veinticuatro codos sin contar una base sobre que está colocada. Su lonjitud de Norte á Sud es tambien de veinticuatro codos; pero desde Este á Oeste es de veintitres. El codo corresponde á media vara castellana. El terrado de este edificio está cubierto de láminas de oro, y su declive va á parar á un canelon de este mismo metal que arroja el agua llovediza al Norte y precisamente sobre la piedra que cubre el sepulcro de Ismael. Alrededor de este terrado hay una barandilla de oro de tres codos de altura. El costado oriental de este edificio es una abertura en forma de puerta, único paraje por donde recibe la claridad esterior. Esta abertura, practicada precisamente á tres codos de distancia del ángulo del Sud-este, no está al nivel del suelo, sino á la altura de cinco codos; pero no por eso al entrar en el edificio hay que descender, pues solo es efecto de la construccion ideada con el objeto de hacer mas sana la abitacion. Esta abertura está cerrada por una puerta de dos ojas de plata sobredorada, fijas en jambas del mismo metal; pero el dintel es de una sola piedra natural, sobre la cual inclinan la frente los peregrinos y la besan con gran respeto. Los monarcas de Oriente no estaban esentos de esta veneracion y desempeñaban con celo todos los demás deberes de los peregrinos ordinarios, antes de haber tomado la costumbre de cumplir la peregrinacion por medio de comisionados que fuesen á hacerla en su nombre. Haron el Justo, que vivia en tiempo de Carlomagno, es el último Califa que la haya hecho en persona; añadiéndose que la hizo ocho veces durante su vida.

La puerta de la Caaba se abre rara vez porque en el interior no hay nada que pueda aumentar la devocion de los peregrinos. El techo y las paredes están cubiertos de oro enteramente. En otro tiempo los árabes habian depositado allí los ídolos; pero desde que Mahoma los proscribió, por profanaciones que las guerras y las discordias civiles hayan hecho al templo de la Mecca, no se ha vuelto á hacer la que conceptuarian como un ultraje, el meter figura alguna.

El edificio está igualmente oculto á las miradas del pueblo, como hemos dicho por medio de una colgadura de seda negra, pero esta cae desde la parte inferior de la balaustrada de oro de la azotea, de modo que puedan contemplarla los espectadores. Esta colgadura se renueva todos los años en la fiesta del *Bairám* ó pascua de los musulmanes; y los príncipes mas poderosos se encargan á su vez de costearla. Seis pies mas abajo de la balaustrada se pone en la colgadura una franja de oro por todo el edificio, que le da un realce majestuoso. Conviene decir aquí que de un velo de color negro le ocurrió á Mahoma hacer sus estandartes, que antes eran blancos, cuando puso sitio á la ciudad; y por una imitacion de este mismo velo de la santa casa, los califas sucesores de Mahoma, acostumbraron á cubrir la entrada de su palacio con tela negra.

Acia el angulo del Sud-este, cerca del muro meridional y fuera del enlosado que rodea al edificio, hay una gran piedra de mármol negro sin pulimentar, que le dan el nombre de PIEDRA SANTA, en árabe *Bratchtan*, palabra que significa *relucir, brillar*, ó *ser blanco*; porque se supone que ha perdido su brillo por los pecados de los hombres. Hay fundamento para creer que sea resto de algun antiguo simulacro, conservado por la supersticion de los primeros árabes, tanto mas, cuanto que por la Escritura y autoridades profanas está probado que estas especies de ídolos eran informes y no representaban figura alguna. Sea lo que quiera, Mahoma al destruir los ídolos que profanaban aquel lugar santo para ellos, no se atrevió á tocar á la piedra por temor del pueblo. Contentóse con suponerle un orijen relijioso, persuadiendo á sus discípulos que los pecados de los hombres habian privado á la piedra de su blancura; la cual no la recobraria hasta despues del juicio final que debe purificar á toda la naturaleza.

En el mismo lado oriental, casi en el medio, pero á tres codos de distancia se ve otro edificio cuadrado, cuyos lados tienen diez codos y casi tanta elevacion. Sobre cuatro columnas colocadas en los cuatro ángulos se levanta el edificio compuesto de tres cuerpos: sobre el último hay una pequeña cúpula terminada por una media luna de plata sobredorada, dada por un califa para cubrir una famosa piedra que allí se reverencia. Dí-

cese que esta piedra de que hablaremos luego, conserva las huellas milagrosas de los pies de Abrahan, pues se ablandó para recibirlos, y cuya impresion se nota todavia. Los intérpretes del Coran cuentan á esta piedra como una de las señales evidentes que Dios ha dado á los fieles para manifestar la eleccion que hizo del templo.

Acia la parte del Norte de este edificio, se ve otro, al cual se entra por una puerta bastante elevada. Hállase á la entrada una escalera de diezioclio escalones que conducen á una especie de tribuna cubierta y con una pirámide encima. Desde esta tribuna, los imanes ó sacerdotes del templo predican al pueblo y á los peregrinos; funcion en que han sucedido á los primeros eraldos de su relijion y á Mahoma mismo, que en aquel mismo sitio anunció al pueblo la mayor parte de su Coran.

A corta distancia de esta tribuna y tirando ácia el Norte, se ve el fin de la hermosa columnata que forma el recinto interior de la Caaba, de la cual vamos á hablar. En este mismo sitio comienza un basamento de mármol como todo lo demás, formando un ancho cuadro al esterior de la línea de la columnata, el cual contiene la tribuna de que hemos hablado, el monumento de Abrahan y una escalera de madera conducida sobre ruedas, que sirve para entrar en la Caaba cuando se abre para satisfaccion de algunos celosos peregrinos que desean contemplar su interior.

Enmedio de este cuadrado, y delante de la parte oriental de la Caaba se eleva una puerta antigua, apoyada en dos jambas muy gruesas, de casi quince codos de altura, y terminadas por una bóveda, construida en arco abocinado, tan delgado por enmendio que apenas tiene media cuarta de espesor. Esta puerta, que se llama la vieja, era antiguamente la única entrada para llegar á la casa santa. En ella fijaba Mahoma sus mandatos civiles y relijiosos; sus llaves hacia muchos siglos que se confiaban á la tribu de los Koreisitas (1). En lo anti-

(1) Estos mismos Koreisitas, de cuya tribu descendia Mahoma, convertidos en enemigos suyos y de su doctrina, le obligaron á abandonar la ciudad de la Mecca, acusandole de seduccion y de innovacion en el culto público; pero triunfando despues Mahoma de ellos, les devolvió jenerosa-

guo eran de bronce la ojas de la puerta, pero el califa Moktadir, las quitó para hacer de ellas su ataud, y dió en cambio otra cubierta de plata sobredorada.

A la izquierda de esta puerta y á distancia de quince varas continuando la línea, se halla un gran edificio cuadrado con dos puertas y dos ventanas en cada costado, imitando la arquitectura de los griegos. Tiene de notable el techo ó tejado que es dorado, encima cuatro cuerpos, y una cúpula que termina por una media luna. Este edificio cubre la abertura principal de un pozo llamado *zemzem*, que la tradicion y la doctrina de los musulmanes suponen ser el mismo que el ánjel descubrió á Agar, madre de Ismael, cuando fueron arrojados al desierto. Mas abajo hay tambien dos edificios de la misma forma y en la misma línea, que tienen entradas al referido pozo; son de mármol blanco. Por la parte del Norte se ve un muro de mármol de tres varas de alto, trazado en semicírculo, de modo que cada una de sus estremidades sobresale una vara y media de ancho de la Caaba. En el recinto de este muro está el sepulcro de Ismael, que no es otra cosa que una tumba de mármol puesta en la tierra y sin inscricion, la cual es regada por las aguas que caen de la plataforma de la Caaba. Esto es todo lo que se ve por la parte de N. y E. de aquella que llaman santa casa. Los puntos de O. y E. están enteramente vacios.

Pero lo que mas atrae la sorpresa y atencion de los espectadores, es la magnífica columnata circular que rodea la Caaba. Son cincuenta y dos las columnas, de mármol blanco, de diez varas de alto, y sin otros capiteles que una especie de turbante que las termina. No tienen bases y están unidas por una balaustrada sobre la cual hay dos mil lámparas de plata que se encienden por la noche; por la parte superior están unidas con gruesas barras de plata, y en cada una de ellas penden de cadenas de oro, lámparas que se encienden igualmente, y formen una iluminacion muy considerable, sin hablar de la que se ve alrededor del monumento de Abrahan, y de otros edificios de aquel santuario.

mente las mismas llaves, que habia reusado á su yerno, diciéndole que la justicia y la verdad debian constituir el sosten de su familia y no la violencia y la fuerza.

Fuera de la columnata hay otros tres edificios cuadrados y abiertos, sostenidos con columnas y cubiertos con tejados ó techos de diferentes formas. Estos sirven de mezquitas á las tres principales sectas ortodocsas del islamismo, que acuden allí á sus devociones. Delante de una de estas mezquitas hay un espacio enlosado que sirve para colocarse los que van á orar. Los esclavos llevan alfombras para que sus amos lo hagan con comodidad: éntrase allí descalzo y sin adornos esteriores: guárdase un silencio tan grande y una limpieza tal, que aunque los mulsumanes sean siempre relijiosos en sus templos, se nota que distinguen este sobre todos los demás, y que hacen de ello el principal objeto de su fé.

Al salir del templo se vuelve á pasar por los mismos pórticos, y allí se admira mas la magnífica estructura del edificio. Nótanse las soberbias gradas que hay para bajar y subir. Sobre ellas se ven los arcos sostenidos por cincuenta y cinco columnas en cada costado, distantes entre sí unos diezicho pies, y de igual altura hasta el arranque de cada arco. El ancho de las galerías es tambien de diezicho pies. Pero la bóveda y los arcos son demasiado abocinados, segun la idea que tenemos en nuestra arquitectura; lo cual haria parecer bajo á este edificio, si no fuese por sus cúpulas. Estas que son de plomo dorado, componen veintisiete por cada costado, y cada una contiene precisamente dos bóvedas hechas en arco. Todas terminan por una media luna de tres pies, la cual con la elevacion propia de cada cúpula forman la altura de veintidos pies sobre el entablamento; de manera que la altura total de estos pórticos, tomada desde el escalon mas bajo y del pavimento del templo, será de unas doce toesas, ó sean veintiocho varas castellanas. Este punto de vista es mucho mas admirable y bello porque los arcos están atravesados de barras de metal dorado, de las cuales cuelgan lámparas de lo mismo y de muchos mecheros que no solo alumbran toda la galería durante la noche, sino que corresponden á la iluminacion que se ve alrededor de la Caaba. Todas estas lámparas se encienden á la aparicion de la primera estrella, y no se apagan hasta entrado el dia. Las columnas que forman los arcos ascienden á doscientas veinte; las cúpulas son ciento ocho sin comprender las cuatro

grandes agujas ó minaretes; y los arcos ascienden á doscientos dieziseis. Tal es la relacion que los viajeros han recojido de aquel lugar.

Varios han sido los califas que le han enriquecido: Omar regaló las barras de plata; Almamoum puso las lámparas de oro en lugar de las antiguas de metal; pero como haya disminuido la devocion principalmente desde que los príncipes no hacen la peregrinacion, las cosas permanecen en el mismo estado mas de mil años hace. Lo admirable repecto á las riquezas prodijiosas de este templo, es que fueron conservadas á pesar de la revolucion casi jeneral que aconteció en Arabia el siglo IV de la Ejira, ó sea el X de nuestra época. Durante aquella terrible guerra, los karmatas ó ismaelitas que se oponian al culto musulman, se apoderaron del templo de la Mecca matando á mas de treinta mil hombres que lo defendian. A pesar de cometer toda clase de escesos, nada hicieron en este edificio, sino cegar con cadáveres el pozo *zemzem* y trasladar la *Piedra negra* hasta el Rafah, con el fin de dejarla en algun paraje del desierto para que no pudiese ser hallada. Dejaron intactas las riquezas; y aun veinte y dos años despues, volvieron á traer la Piedra negra y la colgaron de una de las columnas que forman el recinto interior; por lo cual se la dió el nombre de *columna de la misericordia.* D'Herbelot, refiere que Giorham, obligado á ceder el templo á los karmatas, arrojó al zemzem la piedra negra y dos gacelas de oro, de donde fueron sacadas algunos años despues. La Piedra negra era reverenciada con un culto particular: las dos gacelas de oro eran un regalo hecho al templo de la Mecca, venerado de muy antiguo entre los pueblos vecinos, por un rey de Persia, mucho antes del nacimiento de Mahoma.

Desde entonces no ha habido cambio notable ni en el templo, ni en el culto que allí se practica. Este consiste en sermones, distribuidos en ciertas oras del dia y de la noche. No se ven allí ni maceraciones, ni ayunos, ni disciplinas; todo se hace con el respeto mas umilde y profundo, y con una decencia que no ecsiste en las iglesias católicas.

La montaña de Arafath, situada al Sudeste de la ciudad, á una distancia de cinco leguas, es el paraje en que la tradicion

refiere que Adan y Eva, se juntaron despues que el ánjel los arrojó del paraiso terrenal, y que hubieron cumplido su penitencia que duró mas de doscientos años. Afirman que la Providencia los condujo á esta montaña, movidos como estaban ambos del designio de buscar el paraje que al crear el mundo destinó Dios para la reconciliacion de los que hubiesen quebrantado sus preceptos. En memoria de esto van los peregrinos á ofrecer un verdadero sacrificio sobre esta montaña, renovando de este modo la práctica de los primeros tiempos.

El camino que va desde la Mecca á esta montaña es notable por las diferentes direcciones que la ley obliga á dar á los peregrinos. La primera es el valle de Mina á tres leguas de la ciudad. Conduciendo ellos mismos sus víctimas, tienen obligacion de purificarse allí haciéndose afeitar la cabeza: despues arrojan siete piedras cojidas en el camino, para manifestar su desprendimiento interior de las cosas de la tierra y de sus pasiones mas gratas. De Mina atraviesan el valle de Bathmohaser, para llegar á un espacio grande encerrado por murallas, dentro del cual se eleva un alto minarete de tres cuerpos. Este paraje se llama el muro de Ibnomar: los peregrinos hacen oracion en él y se dirijen en seguida á la mezquita llamada *Moch-de-la-fach*, que es donde se reunen y continuan sus preces. A esta mezquita solo se debe subir por un lado, y los carruajeros y conductores de víveres tienen que tomar un camino apartado para no distraer á los peregrinos en sus prácticas espirituales.

El Coran ensalza á menudo las ventajas de este templo, y especialmente en los capítulos llamados *Braktam* y *Aram*. En el primero introduce á Dios hablando á los hombres y les declara que ha establecido una casa que debe servirles de medio para adquirir grandes méritos; y en el segundo dice él de sí mismo y hablando en su nombre, que el primer templo construido por los hombres en onor del verdadero Dios, es el templo de la Mecca: que es un lugar de bendicion que debe servir para dirijir á todos los fieles, y que ha tenido á bien poner en él señales notables y evidentes para convencer de ello á los incrédulos. Los signos evidentes, dicen, para persuadir á los incrédulos con la simple vista, son

la *Piedra* que recibió las huellas de los pies de Abrahan hasta los tobillos, huellas tan verdaderas que no las puede imitar el cincel, y tales que los que las consideran no pueden menos de creer sino que la *Piedra* se ha ablandado por la voluntad de Dios bajo los pies del patriarca, y que despues ha conservado sus formas. Añaden que es prueba convincente el que habiendo pasado mas de cinco mil años se conserve esta piedra sin la menor lesion ni disminucion. El segundo, dicen, es la *Piedra negra*, testimonio positivo de la depravacion de los hombres, pues Dios ha permitido que perdiese su blancura y su brillo luminoso, para representar la pérdida de la primera inocencia, y la corrupcion presente de la voluntad de los hombres. El tercer signo es el pozo milagroso abierto por el ánjel enmedio del desierto para sostener la vida de un niño inocente abandonado por su padre, aunque justo.

Este templo tiene el derecho de asilo para los criminales. Todo el mundo sabe que la relijion musulmana obliga á sus sectarios á oraciones frecuentes que ecsijen muchas minuciosidades para hacerlas con regularidad; pero que la principal es observar la situacion del templo de la Mecca, ácia el cual debe dirijir su rostro el que ora, porque suponen que debe escucharlos mas bien el Todopoderoso.

El mismo Mahoma señaló las oras destinadas á las cinco oraciones (*namaz*) indispensables para todo musulman. Las oras están divididas del modo siguiente: la oracion de la mañana, *salat-subh*, y en el idioma turco *sabat-namazi*, comprende desde la aurora hasta que sale el sol; la del mediodia *salat zuhur*, y en turco *cuili-namazi*, cuenta desde la caida del sol hasta la ora del *namaz* despues del mediodia; la posterior al mediodia, *salat-ars*, en turco *ikindy namazi*, empieza desde el momento que el cuadrante solar presenta la sombra del doble de lo largo de su aguja, y concluye al ponerse el sol; la oracion de la tarde, *salat-maghrib*, en turco *ahchans-namazi*, desde que se pone el sol hasta que se empieza la oracion de la noche; la oracion nocturna, *salat-icha*, en turco *yatci-namazi*, se cuenta desde que oscurece hasta la aurora, en cuyo momento empieza ya la oracion de la mañana.

El modo de prosternarse para

orar, vueltos siempre ácia la Caaba, se llama *Keble*. Hay en todas las mezquitas un sitio practicado en la pared, dirijido ácia aquella ciudad santa para los árabes, en que está escrita en gruesos caractéres, la profesion de fé.

Los turcos de aora (1) tienen una pequeña brújula portátil, llamada *Keble-numa*, que sirve para hacer conocer la direccion que debe tomar el creyente para hacer su oracion, es decir, el punto del orizonte donde se encuentra la Mecca y al que debe hacer cara. Este punto se llama tambien *Keble*.

Medina.—Despues de la Mecca, Medina es considerada como la ciudad mas importante de la Arabia. Medina significa jeneralmente *ciudad*, pero en particular es la de Jatreb en Arabia, provincia del Hedjas, adonde se retiró Mahoma cuando se vió obligado con los suyos á abandonar la Mecca, su pais natal. Fué llamada la ciudad por escelencia, á causa de haber establecido en ella Mahoma la silla del imperio de los musulmanes, y haber muerto allí. Además de esto tiene la particularidad de conservar los sepulcros de Mahoma y de los primeros califas; por lo cual se le da el título de *ciudad del profeta*, Medinat-al-Nabi. Está situada en el segundo clima y pertenece á la provincia del Hedjas. El terreno es árido y sin muchas aguas. Habiéndose apoderado de ella los wehabitas en estos últimos tiempos, destruyeron todos los adornos de la famosa mezquita que encierra los sepulcros del profeta, de Abubeker y de Omar, y arrebataron todos los tesoros que al cabo de tantos siglos se habian acumulado allí. Está cercada de murallas, tiene unas mil doscientas familias de poblacion, y por puerto á Yambó sobre el mar Rojo. Su latitud N. es de 25 grados y 20 minutos: su lonjitud E. 43 grados y 4 minutos.

Lo mas notable de esta ciudad es el sepulcro de Mahoma, que los peregrinos visitan jeneralmente al volver de la Mecca. Este sepulcro se llama por escelencia *Raouzat* ó *Raoudhat*, es decir, *la pradera ó el jardin*. Cuéntanse muchas cosas absurdas sobre la forma de este monumento. Háse dicho que Mahoma ó sus sucesores habian dispuesto que sus huesos se encerrasen en un ataud de acero, y

(1) Historia de la Turquía por M. J. Jouanin.

que las paredes de la capilla donde debia colocarse, revestidas de varias piedras de iman, harian que el ataud permaneciese en el espacio vacio de la capilla, por la atraccion respectiva de todas las piedras. Pero semejante ficcion no tiene apariencia de realidad, y se refiere sensiblemente á nuestras ideas respecto á los santos y sus milagros. Además tal suposicion manifiesta una profunda ignorancia de los fundamentos de la relijion musulmana y de su economía; y es imposible no atribuir esta invencion á los frailes ignorantes y fanáticos que vivian en la Palestina en tiempo de las cruzadas; tiempo en que las reliquias y los milagros particulares se creian los puntos esenciales, ó mejor dicho, la esencia del cristianismo. Pero recurrir á tales medios es desconocer lo augusto de nuestra relijion.

Usos relijiosos de los arabes. — Ocupémonos aora de los usos comunes á los árabes, sobre los cuales parece que ha establecido Mahoma la práctica esterior de su relijion; usos que la costumbre ha podido naturalmente hacerles preferir á los de otros pueblos. Tal es la circuncision, cuya práctica parece que los libros santos atribuyen tambien á Abrahan, como un mandato de Dios, hecho en una vision particular; pero es de presumir que no ha sido particular á este patriarca ni á su línea, puesto que la han tenido todos los orientales, y mucho antes los ejipcios; práctica mirada como un medio hijiénico y necesario en los paises cálidos, para evitar ciertas dolencias, incomodidad ó suciedad. Filon el judio, tan celoso por su relijion y por la gloria de la nacion judáica, no da de ella otra razon. Es cierto que los griegos, despues de la conquista del Asia por Alejandro, viendo que estas naciones habian hecho un precepto de relijion de una mera práctica de hijiene, la trataron de puerilidad y supersticion, de lo cual resultó, que siendo ellos los dueños, su fallo fué una especie de vergüenza para la circuncision y mucho mas con el odio universal que tomaron á los pobres judios, como á una nacion incomunicable y llena de lo que llaman preocupaciones otros que las tienen mayores. Los romanos sucedieron á los griegos y obraron segun el mismo principio. Sin embargo los pueblos del Asia y particularmente los árabes, no han abandonado este uso, establecido en-

tre ellos, ó como un precepto relijioso, ó como simplemente útil á la conservacion de la salud. Además, salido Mahoma directamente de la filiacion de Abrahan, no podia dejar de abrazar una costumbre á la cual se habia sujetado el patriarca en una edad avanzada, sin atender al dolor que pudiera causarle la operacion. Esta consideracion solo hubiera bastado al nuevo profeta para mirar la circuncision como un acto relijioso aun cuando no se hubiese practicado por la nacion árabe toda entera.

La proibicion de comer carnes inmundas no deja de ser un artículo tan profundo como la circuncision. Concíbese fácilmente que los cerdos no pueden estar bien nutridos en un pais en que las recolecciones de granos son muy escasas, y que apenas bastan para la manutencion de los abitantes. Además, los bosques son muy raros en Arabia, y pastos para el ganado de cerda no se encuentran en aquellas comarcas. De todo lo cual se deduce que dicho ganado debe estar muy mal mantenido, y que su carne por consiguiente lejos de ser provechosa es dañosa á la salud; razon mas que suficiente para autorizar una costumbre, supersticiosa en cuanto al modo de concebirla, pero natural y justa en su práctica, pues que está fundada en la conservacion de la salud de un pueblo. A lo dicho se añade el que siendo salobres la mayor parte de las aguas de aqual territorio, están los cerdos sujetos á la lepra, que la comunican á los abitantes. Estas razones creemos son bastante poderosas para responder á los que suponen que dicha proibicion fué un capricho del entendido lejislador. Algunas otras carnes se proibieron tambien, tales como la de la liebre, los reptiles, los caracoles, etc.; pero ya fuese este principio el resultado de la esperiencia, ya una imitacion de los judios sus vecinos, que proiben lo mismo, ello es cierto que Mahoma lo halló bien practicado cuando se creyó llamado al establecimiento de una relijion nueva.

Las purificaciones y lociones han estado siempre en uso en todos los paises cálidos y particularmente en Arabia. Siendo el calor estremado, hay necesidad del baño para facilitar la traspiracion cutánea que se entorpece con el contínuo polvo que levantan los vientos, además de restablecer las fuerzas y calmar

el ardor de la sangre. Mahoma supo aprovecharse de esta circunstancia para preceptuar las lociones tan convenientes á la salud pública. Al morir Mahoma, consultado por sus discípulos sobre lo mas esencial que les dejaba en sus mandatos, recomendó la paz; y entre los medios de conservarla, era una práctica constante de la limpieza y la precaucion de encerrar y separar á sus mujeres. Medios estraños, dicen los comentadores; pero que manifiestan demasiado la superioridad de jenio del que así hablaba. En efecto, ¿qué tienen de comun al parecer los zelos de los hombres respecto á sus mujeres, y la limpieza y aseo con la paz y el reposo? La separacion de las mujeres, tal como se practica en todo el Oriente, es un medio seguro para escluirlas de las intrigas del gobierno, y evitar las muchas sublevaciones de que han sido causa tantas veces en el mundo; y la limpieza en aquellos climas, es un medio seguro de estar sano y de mantener el espíritu tranquilo.

Otro de los usos que han llegado tambien á convertirse en precepto relijioso, es el cuidado con la multiplicacion y conservacion de la especie. Por esto han mantenido la pluralidad de mujeres, sin esclusion de las concubinas, estimándose una casa mas feliz á proporcion de los partos que en ella suceden al cabo del año. Mahoma conoció, sin embargo, que el número escesivo de mujeres propias podria alterar el órden en las familias, y hacer que vacilase el poder del marido, y por esto redujo el número á cuatro lo mas, pero sin obligar á tenerlo completo. Las concubinas podian ser muchas. *No hagais con precipitacion la obra de Dios* (fornicar), dice el Coran.

Varios publicistas han abordado la cuestion de si es ó no conveniente para un pais la poligamia; nosotros, sin que nos guie el precepto de nuestra relijion que la reprueba, convenimos en que la muchedumbre de mujeres es una fuente perene de zelos y rencillas, y que además está en pugna con la vida y actual ecsistencia de las naciones civilizadas.

MAHOMA (1).

Hablemos ahora de Mahoma.

(1) Esta palabra se escribe en árabe *Mohamed* y se pronuncia Mojámed. Un autor árabe ha llevado tan léjos su

Los miserables enemigos de este hombre célebre, obligados á ceder á la fuerza de su espada y al ascendiente de su jenio, han empleado siempre para saciar su odio el arma de los débiles, que es la calumnia, y le atribuyen un orijen ruin, sin considerar que con esto añaden nuevo esplendor á su nombre, pues que le señalan un camino mas largo y difícil, y aumentan su gloria diciendo que desde el seno de la mas profunda oscuridad se habia elevado á tan alto poder.

La verdad es que Mahoma, de la tribu de los coreishitas, ó koreisitas, nació de la familia de los acemitas, casa ilustre, cuyos jefes desde muchos siglos habian tenido el onor de mandar los pueblos valientes de la Meca, y llevado el título respetable entre los árabes, de *custodios de la Caaba*. Su abuelo Abdo'l-Motalleb se hizo célebre por su valor y jenerosidad: poseedor de una grande fortuna usó de ella noblemente, y la empleó en alimentar á los abitantes de la Meca en tiempo de una ambre orrorosa. Los árabes del Yemen estaban sometidos entonces á pagar un tributo al rey de Abisinia. Los coreishitas, despreciando su cobardía, los insultaron, entraron en su pais y los entregaron al saqueo. Los abisinios vinieron á socorrer á sus vasallos, cercaron la Meca, y pidieron con arrogancia que se les diesen por tributo muchos rebaños, y se les confiase la custodia del templo. «Estos rebaños son nuestros, »respondió Motalleb, y sabre»mos defenderlos: la Caaba es »de los dioses que sabrán cas»tigar á los sacrílegos.» Su valor sostuvo y justificó la entereza de esta respuesta. La victoria se declaró por él: los abisinios uyeron, y los supersticiosos abitantes de la Meca creyeron que ciertos pájaros habian arrojado sobre el enemigo una lluvia de piedras; porque lo eróico no basta á la fantasía de todos los orientales si no se le añade lo maravilloso (1). Aquellos paises

estravagancia, que ha compuesto una obra para probar que los que lleven el nombre de Mohamed están esentos de los castigos de Dios en la otra vida. Tampoco falta autor cristiano que se haya ocupado en probar la escelencia de ciertos nombres de santos, recomendándolos, y casi asegurando á los que los llevan la proteccion celestial.

(1) Copiemos aqui el testo del mas acreditado de los historiadores musulmanes «.....Dum autem res ita se haberent, immisit Deus in illos aves dictas *Ababil* similes *Mordellis* seu *Orsada-*

fueron siempre cuna de las supersticiones y patria de los prodijios. Motaleb, digno descendiente de los patriarcas, vivió ciento veinte años. Abdo'llah, uno de sus hijos, insigne por su hermosura, casó con la bella Amena, de la familia de los zaritas, y se cuenta que este matrimonio hizo morir de zelos á doscientas doncellas árabes, enamoradas de Abdo'llah. Mahoma fué el fruto de esta union: nació en la Mecca el año de 570, cuatro despues de la muerte de Justiniano, y cuando sus compatriotas celebraban su última victoria contra los abisinios. Tal es la fecha en que colocan el nacimiento de este grande hombre muchos historiadores, pero segun ABU'L-FEDA, cuya opinion á nuestro parecer, pesa sobre las de todos, fué el 578 de la era vulgar, 53 antes de la Ejira, despues del pecado de Adan el 6163. Los fanáticos sectarios del islamismo, entre otros muchos prodijios cuentan los siguientes acaecidos al nacimiento de Mahoma. «Una luz brillante iluminó todas las inmediaciones del lugar de su cuna; el palacio de Cosroes, rey de Persia, se desplomó; el fuego de Zoroastro, encendido despues de mil años, se apagó; varios lagos se secaron, y el recien nacido apenas vió la luz, se escapó de entre las manos de la partera, se arrodilló y pronunció con un tono varonil y claro estas palabras: *Dios es grande, no hay mas Dios que un Dios, y yo soy su profeta.*» Los asistentes absortos tomaron al niño, le esaminaron y encontraron que habia nacido circuncidado. Esta y otras maravillas causaron tal satisfaccion á la familia, que le pusieron por nombre Mohámed, *el alabado, el glorioso.*

Abdo'llah su padre, murió dos meses despues, dejando en herencia á Mohámed ó como nosotros decimos, Mahoma, solo cinco camellos y una esclava etiope. Su madre, Amena, con el objeto de sacarle del mal clima de la Mecca, le envió á criar al campo, bajo el cuidado de

cius, (quod es genus insecti oblongi quaternis alis volantis) quarum singulæ ternos gestabant *lapillos*, rostro unum, et pedibus duos, quibuscum illos impetebant; erantque magnitudine instar ciceris, aut lenticulæ; neque ullum attingebant, quin subito periret.....»

(ISMAEL ABU'LFEDA, *de vita, et rebus gestis Mohammedis, moslemicæ religionis auctoris, et imperii saraceni fundatoris*. OXONIÆ, *A. D. MDCCXXIII.*)

Halima. Cuentan que un dia que se paseaba con su hermano de leche Masruh, dos hombres vestidos de blanco se apoderaron del profeta, le echaron en tierra, le abrieron el pecho, y uno ellos, que era el ánjel Gabriel, tomó el corazon de Mahoma, lo purificó, lo llenó de ciencia y de fé, se lo volvió á colocar en su lugar, y los dos ánjeles desaparecieron. Halima, al saber por su hijo el milagro le causó tal terror, que inmediatamente llevó el niño á su madre.

Siendo ya Mahoma de seis años, murió Amena su madre, y fué á parar bajo la tutela de su abuelo Abdo'l-Motalleb. Este murió cuando el niño tenia ya ocho años, por lo cual le tomó bajo su proteccion Abu-Taleb, hijo de Abdo'l-Motalleb. A los trece años su razon era tan madura como si tuviera una edad avanzada. Yendo Abu-Taleb á Bosra, antigua ciudad de la Siria damascena (1), con el objeto de vender mercaderías, llevó consigo á Mahoma, y ospedándose en un monasterio ó convento llamado *Abdo'l-Kaisi*, halló en él á un monje nestoriano llamado Bohaïra, hombre de suma erudicion en aquellos tiempos. Este monje, que otros llaman Serjio, y otros Féliz, notando que donde quiera que se sentaba el profeta esparcia una nube de sombra, que sus palabras revelaban un profundo injenio, y que tenia en sus espaldas el sello de profecia, vaticinó el brillante destino que le estaba reservado, y dijo á Abu-Taleb que cuanto antes se le llevase de allí y lo guardase de los judios (2).

De vuelta á la Mecca se captó la benevolencia y estimacion de cuantos le trataron, por su entendimiento despejado, la hermosura de su persona, su sinceridad y sobre todo por su orror al vicio. Estas cualidades le adquirieron el renombre de *Al-Amin*, es decir, *el fiel*.

A los catorce años tomó parte en la espedicion de los coreishitas contra los *kenanitas* y *hawazanitas*, salteadores que impedian en sus viajes á los peregrinos que se dirijian á la

(1) De la cual se hace mencion en Josué, cap. XXI, v. 27.

(2) Is Abu-Tálebo dixit: *Reverte re cum puero isto, et caveto illi à Judeis; futurus est enim, ut huic fratris tui filio magna rerum momenta contingant.* (Abu'l-feda, de vita Mohammedis, cap. IV.)

Mecca á adorar la piedra negra, depositada entonces en la gran torre de Saba.

Llegando á los oidos de Cadija, viuda noble y opulenta, que vivia del comercio, la fama é intregidad de Mahoma, le propuso mantenerle con toda comodidad, si queria ir á Siria con un hijo suyo llamado Maisara, conduciendo mercaderías. Aceptó la propuesta, y despues que volvieron á la Mecca, refirió Maisara á su madre lo que habia visto por sus propios ojos. Contóla que yendo de camino y sofocados por un calor abrasador, vió ponerse sobre sus cabezas dos ánjeles hermosos que con sus alas estendidas les cubrian y les hacian una sombra grata y apacible. Cadija escuchó entusiasmada el caso y se sintió inclinada al jóven profeta. Propúsole su mano y Mahoma la aceptó: ella tenia entonces cuarenta años y él veinticinco. Amóla Mahoma constantemente, y mientras vivió no usó de otra mujer, á pesar de la libertad que en esta parte daban las leyes del pais. Refiérese que Cadija fué la primera de todos que creyó en su mision. La naturaleza parece que se habia complacido en dotar al hombre, que papel tan importante debia ejecutar en el mundo. Dióle un temperamento vigoroso, estatura mediana, cabeza fuerte y hermosa, frente ancha, ojos negros, nariz aguileña, tez encendida, ademan majestuoso, sonrisa agradable, mirar suave pero varonil, fisonomia despejada y bien parecida. Hablaba á sus superiores sin temor, á sus inferiores sin orgullo: tenia grandísimo talento, fantasía fogosa, valor intrépido, espíritu astuto y una voluntad de bronce. Fijo siempre en el objeto de su política, jamás se le vió separarse de él ni en palabras, ni en acciones, ni en los negocios, ni en los placeres. Vivamente afectado de la decadencia en que veia caer á su nacion, deseaba hallar el modo de llevar á sus compatriotas á sus antiguas costumbres. Conocia sobradamente la doctrina de Moisés y la de los cristianos; sabia que los judios esperaban ver aparecer en fin al salvador de Israel, y que Jesucristo habia prometido á sus discípulos enviarles el espíritu de verdad *que habia de enseñarles la verdad* (1): su imajinacion ecsal-

(1) *Cum autem venerit ille spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem: non enim loquetur a semetipso: sed quæcumque audiet loquetur, et quæ ventura sunt annuntiabit vobis.* (JOAN., cap. XVI, 12.)

tada le persuadió que estaba destinado á satisfacer las esperanzas de los judios y de los cristianos.

Durante los quince primeros años de su matrimonio vivió en la soledad meditando en sus vastos proyectos. Sus discursos, instituciones y combates se dirijieron siempre á formar de todas las tribus árabes un solo pueblo, reuniéndolas bajo un solo jefe y un solo culto: juntar en sus manos el cetro, el incensario y la espada: mandar sobre la intelijencia de los hombres como sobre sus cuerpos; y en fin, dominar á los sabios por el dogma de la unidad de Dios; á los supersticiosos por revelaciones milagrosas, y al vulgo por la esperanza de los deleites corporales en la otra vida. Mostraba la verdad á los filósofos; prometia la gloria á los grandes y á los valientes, el saqueo á los pobres, y delicias eternas á los hombres sensuales. En fin hacia arrostrar á sus numerosos discípulos las austeridades, peligros y privaciones en este mundo, por la perspectiva de los tesoros y placeres de un serrallo celeste.

En el año 614, á los cuarenta de su edad, consideró que habia llegado el momento de anunciar su doctrina. Para esto se retiró á una gruta del monte Nava; allí se le presentó el ánjel Gabriel por la noche (1) y le dijo:

—Lee.

—No se leer, respondió Mahoma.

—Lee, replicó el ánjel.

Entonces, presentándole el Coran, recitó el versículo 96: en seguida subió á la montaña y oyó de una boca celestial estas palabras: *Mahoma: tú eres profeta de Dios y yo soy Gabriel.* Apenas desapareció el ánjel, volvió el profeta á su casa y dijo á su mujer: *Dios me ha enviado para restablecer el culto antiguo en toda su pureza. Abrahan é Ismael, de quienes descendemos, no eran judios ni cristianos, sino verdaderos creyentes: solo adoraban al verdadero Dios, y no cometieron la impiedad sacrílega de asociarle otras divinidades.* La mujer, llena de gozo, fué á participar la noticia de la vision á su pariente Waraca, el cual se convirtió al islamismo.

La profesion de fe del nuevo profeta era sencilla, como todas las ideas cuyos resultados son grandes, y se reducia á estas pocas palabras: *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su enviado.*

(1) Los musulmanes llaman á la noche en que Mahoma tuvo esta vision, *la noche de los decretos de Dios.*

Las prácticas á que despues sometió los musulmanes eran supersticiosas, y como tales inventadas para el vulgo. Pero el dogma de la unidad de Dios hacia respetable su doctrina á los hombres de juicio. En fin, su paraiso sensual y la idea del fatalismo, que grabó profundamente en los ánimos de sus discípulos, los convirtieron en entusiastas invencibles.

Mientras que Asia y Africa solo presentaban á las miradas del mundo disputas teolójicas, príncipes afeminados, magnates corrompidos, soldados sin vigor, pueblos cargados de tributos y entregados casi sin defensa á las tribus bárbaras y anárquicas del Norte, Mahoma establecia y armaba contra ellos un pueblo fuerte, enardecido y belicoso, cuyo valor se fortificaba con toda la aspereza de un clima abrasador, con todo el vigor que inspira el menosprecio del reposo, de las riquezas y de la muerte; y en fin, con toda la violencia del fanatismo.

Jamás hubo circunstancias que favoreciesen tanto una grande revolucion. La idolatría era despreciada en todas partes, y la multiplicidad de los dioses de la Caaba habia hecho ridículo su culto. Las discordias de los concilios, la confusion de las sectas dividian y fatigaban el Asia y el Africa: los persas y los romanos solo entendian en destruirse mútuamente, y en rechazar á los bárbaros del Norte. El entendimiento penetrante de Mahoma midió su siglo y vió que era llegado el tiempo de los árabes, y que á su vez podian brillar entre los grandes imperios que sucesivamente se habian elevado y destruido.

Dado el primer paso de comunicar á su mujer la misteriosa vision del ánjel Gabriel, y habiendo ganado cierto número de prosélitos, la mayor parte entre sus parientes, los reunió un dia para anunciarles una revelacion nueva del mismo ánjel: en seguida les dirijió el siguiente razonamiento: *Yo os ofrezco el contento en este mundo y la felicidad en el cielo. ¿Quién de vosotros quiere ser mi visir ó consejero? ¿quién desea ser mi teniente y mi califa?* Todos guardaron silencio; pero Alí se levantó y en tono imponente dijo: *yo, gran profeta: yo participaré de tus trabajos y esterminaré tus enemigos.* Mahoma le abrazó, y volviéndose á los demás les dijo: *Ved á mi hermano, á mi teniente, á mi califa: escuchadle y obedecedle.*

Este ensayo no produjo buen

efecto: el pueblo se conmovió, y los coreishitas que gozaban en la Mecca las mismas prerogativas que los levitas en Jerusalen, se reunieron para esterminar á los impíos que trataban de arruinar sus altares. El anciano Abu-Taleb, tio de Mahoma, se encargó de persuadirle que abandonase la empresa. Mas el profeta le contestó: «Mas bien elejiria la muerte que prometeros lo que me pedís: no depende de mí, no puedo faltar á Dios, que es quien me ha elejido para su ministro.» Despues de algunas contestaciones se retiró Mahoma, pero lo volvió á llamar Abu-Taleb, y le prometió que á pesar de los esfuerzos de sus enemigos, sabria siempre defenderlo de sus ataques.

Juntóse la tribu para ecsaminar su doctrina, pidieron informes sobre ella á las demás tribus judaicas y convinieron en que era un hombre que iba á alterar los fundamentos de la creencia antigua. Mahoma tuvo que retirarse á un castillo situado sobre el monte Safa. Viendo sus enemigos que la persecucion no detenia los progresos del islamismo, pues que aun habia conseguido atraerse á su partido y á su doctrina al feroz Omar, hombre de gran consideracion entre el pueblo y que hasta quiso una vez dar de puñaladas á Mahoma, y que fué uno de los mas celosos partidarios, se proscribió á todos los creyentes, y salieron de la Mecca. Acompañado Mahoma en este destierro de cuarenta de sus discípulos, pasó los años 6.°, 7.°, 8.° y 9.°, de su mision. El 10.° los habitantes de la Mecca revocaron el decreto que habian dado antes, y el motivo que para ello tuvieron fué el siguiente. Conversando un dia Mahoma con su tio Abu-Taleb, le dijo entre otras cosas, que el decreto injurioso que los coreishitas habian dado contra la tribu de Aschem no subsistia; y que por voluntad milagrosa de Dios, un gusano lo habia roido, dejando intacto precisamente el paraje en que estaba escrito el nombre de Dios. En vista de esto, Abu-Taleb fué á ver los coreishitas, y les dijo que si el decreto escrito en pergamino estaba roido efectivamente, debian reconocer la distinguida proteccion que Dios concedia á su sobrino, y mandar que cesasen los efectos de su odio contra él. Los habitantes de la Mecca fueron á la Caaba, y buscando el decreto lo hallaron todo roido y como se habia dicho, y despues de alguna deliberacion lo anularon.

Por este tiempo los supersticiosos partidarios de Mahoma refieren que verificó uno de los mas portentosos milagros. Nosotros desechamos esta y otras invenciones, conociendo que tan grande hombre no necesitaba ni ha necesitado apelar á ficciones para establecer su relijion, cuando, como hemos anunciado, habia tantos elementos predispuestos para abrazarla. Cuéntase que los jefes de los coreishitas obligaron á Mahoma á comparecer ante un anciano muy sabio que tenia conocimiento de todas las relijiones. Preparóse un trono enmedio del campo, donde el juez, rodeado de todos los príncipes árabes, debia hacer sus cuestiones. Mahoma, dicen, se presentó con toda la confianza de un inspirado. El anciano le dijo que para probar que era enviado de Dios, cubriese el cielo de tinieblas y descendiese la luna sobre la Caaba. A la voz del profeta desapareció la luz del dia; la luna bajó, descansó sobre la Caaba, le dió siete vueltas, se dirijió á una montaña vecina, desde la cual hizo el elojio del profeta: en seguida entró por la manga derecha de su vestido, salió por la izquierda, se dividió en dos, de las cuales una tomó la direccion del Oriente, la otra del Occidente, para reunirse en el cielo.

Habiendo perdido á su tio Abu-Taleb y á su mujer Cadija, los coreishitas volvieron á perseguirle á pesar de su supuesto viaje nocturno al cielo, verificado la noche del sábado, la décimasétima del Ramadan del año 13.º; viaje en el cual el mismo Dios, dicen, le dictó los preceptos del Coran, encargándole que ecsortase á los fieles á sostener esta ley con las armas y la sangre. Los doctores musulmanes no están acordes sobre este viaje, porque unos dicen que fué en cuerpo, otros que fué un sueño, y otros una vision nocturna; — este es el parecer de la mayoría.

Refiramos las circunstacias de este viaje, segun aparece de ciertos escritores musulmanes, y sobre todo de Abu'lfeda en el capítulo XIX de la vida de este profeta y de Abu-Horaïra, *in historiam ascensionis*. Cuéntase que estando recostado en una piedra, se le apareció el ánjel Gabriel, le abrió el corazon como otra vez cuando era niño, sacó de él una gota negra, principio del pecado, y lo llenó de fe y de ciencia.

Despues le trajo á *Al-borak*, animal misterioso y cabalgadu-

ra de los profetas: era una mezcla de asno y mulo, con rostro humano, quijada de caballo y alas de águila. Sus ojos como dos jacintos relucientes por los rayos del sol. Está dotado como los hombres de alma racional: oye, entiende, pero no puede hablar. Se baja para recibirle en su espalda, y le lleva al templo de Jerusalen, donde le reciben Abrahan y Jesus, y halla una escala de luz, por la cual sube al cielo, pasa entre las estrellas, que son unos globos inmensos colgados del firmamento con cadenas de oro, encuentra á Adan y á los ánjeles, y ve al grande gallo azul, cuya cabeza está tan lejos de la cola, que se necesitan quinientos años para correr la distancia. Los gallos de la tierra repiten sus cantos. Atraviesa despues siete cielos de diamantes, esmeraldas, topacios, záfiros, bronce, oro y jacintos: las lejiones de los ánjeles, los coros de los profetas hacen cortesía á Mahoma y le presentan tres copas, una de leche, otra de vino y la última de miel: él toma la de leche, y una voz altísima le dijo: «A haber escojido »el vino, no hubieras logrado tu »grande empresa.» Llega en fin al trono del Altísimo y lee en él esta inscricion: «No hay mas »Dios que Dios, y Mahoma es »su profeta.» El Ser supremo le toca con su potente mano; le infundió al principio un frio muy agudo: despues le llenó de una fuerza invencible, y le enseñó todo lo que debia predicar á los hombres. Este largo viaje se acabó en una sola noche. Estas son las fábulas que en oprobio de la razon humana creyeron las tres cuartas partes del mundo, y que reverencian todavia muchas naciones.

Los progresos del islamismo eran hasta entonces muy medianos; pero hubieran sido considerables si el pretendido profeta hubiese podido satisfacer al pueblo sobre el artículo de los milagros que no cesaban de pedirle como pruebas de su mision. Por mas que alegaba sus conversaciones familiares con el ánjel Gabriel, y decía que el Coran era un libro superior á cuanto ecsistia, y á cuanto podian componer los hombres mas ábiles, deducian que solo podía haberlo conseguido por una revelacion inmediata del Criador; por lo tanto pedian milagros, y los ecsijian públicos y verdaderos.

Estrechado, en fin, por todas partes, y no sabiendo qué responder, suponen que imajinó un pretendido viaje de la Mecca á

Jerusalen, y de esta ciudad al cielo, que es del que acabamos de hablar; pero por impostor que sea Mahoma, no hay apariencia alguna de que haya querido inventar una fábula tan grosera, que contiene absurdos y contradicciones palpables; mucho mas cuando no se encuentra en el Coran circunstancia alguna de las que á este viaje atribuyen los intérpetes. El capítulo intitulado *El viaje nocturno*, comienza ciertamente por estas palabras: *En el nombre de Dios clemente y misericordioso: loado sea el que ha hecho ir de noche á su profeta desde el templo de la Mecca á Jerusalen*. El resto no contiene sino dogmas sobre la unidad del ser supremo. Pero como entre los mulsumanes se respeta la tradicion, lo que se refiere de este pretendido viaje es creido por el pueblo y mirado aun hoy como el mejor título que haya tenido Mahoma para fundar su relijion.

Sin embargo la mayor parte de los doctores musulmanes dicen que hay que entender esta historia en un sentido místico. Mahoma recibió la dignidad de jefe que le dieron solemnemente los ansarienos ó ansarios. Juráronle fé y obediencia como apóstol de Dios, y se obligaron á tomar las armas para sostener sus intereses siempre que fuese necesario. Despues de esto le dió el profeta uno de sus discípulos, Mosaab, hijo de Omar, para que los instruyese en su doctrina. Llegado que hubo este á Medina, fué sospechoso al príncipe del pais y mirado como espía; mas justificándose de esta acusacion y leyéndole algunos versículos del Coran, adquirió un ilustre prosélito, cuyo ejemplo atrajo gran número de abitantes al partido de Mahoma. Hasta entonces este se habia contentado con predicar una doctrina que, buena ó mala, no influia sobre el gobierno del estado; pero el año 13.° de su mision cambió de lenguaje, y se vió á este profeta que se decia nada mas que enviado del cielo para conducir á los hombres al culto del verdadero Dios, y que declaraba no tener nada que oponer á las persecuciones de sus enemigos sino una gran paciencia; se le vió, decimos, tomar medidas para hacer la guerra á su patria, y suponer órdenes positivas de parte de Dios para esterminar á cuantos no creyesen en él, ó no se sometiesen á su obediencia. Entonces quiso asegurarse nuevamente de la fidelidad de sus discípulos; obligólos con nuevo

juramento y él por su parte prometió no abandonarlos nunca, y que en caso de llegar á perder la vida por amor de él, el paraiso seria la recompensa de su valor y de su fé.

Dado este paso con los ansarienos, no parece que estuviese muy seguro en la Mecca; por lo tanto formó el designio de salir al punto de ella instado además por las solicitudes de sus amigos y particularmente por su tio Al-Abbas. Este, que inutilmente habia intentado disuadir á su sobrino para que abandonase la empresa, fué á verse con los ansarienos y les hizo presente que si amaban al nuevo doctor debian proveer á su seguridad, llevándolo consigo y dándole asilo en su ciudad. Los ansarienos encontrándose muy onrados con la residencia de aquel hombre estraordinario en su poblacion, le invitaron á que fuese, y en semejante ocasion renovaron sus juramentos de defenderle. Pero antes de abandonar á la Mecca, imitó Mahoma lo que habia hecho Cristo en la vocacion de los Apóstoles, y escojió entre los ansarienos doce personas á quienes revistió de la autoridad necesaria para gobernar é instruir sus sectarios y los nuevos neófitos.

Despues de esta ceremonia les mandó marchar con todos sus discípulos para la ciudad de Jatreb ó Yatreb, que despues fué Medina. En cuanto á él aun permaneció algun tiempo en la Mecca con Abu-Becre y Alí, y no se marchó hasta manifestar que lo hacia por una revelacion espresa de Dios.

La ejira. — Los coreisbitas, empero, que no querian que Mahoma se les escapase, resolvieron tomar un hombre de cada tribu y matarlo; de modo que cada uno de ellos le diese un golpe á fin de que, decian, su sangre cayese igualmente sobre todas las tribus y no pudiesen vengarse sino atacándolas á todas. Comunicada esta resolucion al profeta, dispuso que Alí se metiese en su cama y se cubriese con su ropa verde para que lo tuviesen por él, é hizo decir en la puerta que estaba enfermo, y descansaba en aquel momento. Este ardid salió como se esperaba, y Mahoma se marchó ínterin lo esperaban sus enemigos para matarle. Cayeron en el lazo tanto mejor cuanto que habiendo mirado por las endiduras de la puerta y visto su ropa, se persuadieron que era el mismo. Presentándose en seguida ante los que atentaban á su vida, cojió un puñado de polvo, lo ar-

rojó al aire y los cegó de modo que no le vieron salir. Luego que Alí juzgó estaba el profeta en seguridad, se levantó y los coreishitas, que conocieron el engaño, se alejaron sin hacerle mal alguno. Abu-Becre suplicó á Mahoma le permitiese acompañarle, y ambos partieron guiados por un árabe idólatra que los condujo á la montaña de Thur, en donde permanecieron ocultos tres dias. Alí tuvo órden de permanecer algunos dias en la Meca para entregar los depósitos que habian sido confiados á Mahoma.

Apenas pudo el profeta escapar á las pesquisas de los habitantes de la Mecca, cuando estos despacharon jentes en su seguimiento; uno de ellos los alcanzó y Abu-Becre se creyó perdido; pero Mahoma sin turbarse, llamó por su nombre al que los perseguia y al momento se postró su caballo. Espantado de este accidente el coreishita recurrió á suplicar al profeta, el cual mandó al caballo se levantase. Mas apenas se vió fuera de peligro volvió á perseguir á Mahoma, quien de nuevo hizo que se postrase el caballo, y lo volvió á levantar cómo la vez primera. Viendo por último que se cansaba inutilmente, volvió pies atrás y dijo á los suyos se encaminasen otra vez á la Mecca (1). De esta uida de Mahoma que tuvo lugar en 622 de nuestra era, comienza la Ejira ó Era de los mahometanos (2). Fué establecida por Omar III á causa de una disputa ocasionada entre dos perso-

(1) Hablando Segur de esta fuga dice lo siguiente: «Sus contrarios resolvieron matarle. Advertido de sus designios, segun los historiadores mahometanos, por un ánjel, uyó con sus amigos Abu-Becre y Alí. Le persiguen, le alcanzan: la lanza de un árabe iba á mudar la historia del mundo; pero al son del oro se aleja el hierro: Mahoma le soborna y desarma, y se refujia á Medina ».

No sabemos dónde ha tomado Segur estos datos, pues entre los infinitos materiales que tenemos á la vista sobre la vida de aquel hombre, que llamaremos grande y estraordinario, no hallamos cosa en que pueda apoyarse. Anquetil, respecto á Mahoma (como á otros muchos puntos y personajes históricos) no dice mas que palabrerías.

(2) La palabra Ejira ó Hejira significa *uida*. Esta uida la hizo Mahoma de la Mecca estando la luna en el último cuarto menguante; y en memoria de la persecucion que en dicha menguante tuvo que sufrir, se ponen medias lunas sobre las mezquitas, sobre las armas, sobre los adornos, sobre las banderas y sobre la mayor parte de los edificios.

nas con motivo de una letra de cambio, en cuya fecha no podian avenirse.

Antes, pues, de continuar la narracion de estos sucesos, demos una idea del Coran y de los fundamentos de la relijion de los musulmanes.

EL CORAN.

Varios son los nombres con que se denomina la relijion de los musulmanes: llámase mahometismo, de su fundador Mahoma; islamismo, de la palabra árabe *eslam* ó *islam*, que significa una entera sumision y resignacion del cuerpo y del alma á Dios y á lo que Mahoma ha revelado de su parte, en lo cual consiste toda la doctrina; y creencia moslemítica, de la palabra *Moslemin*; musulmanes.

El libro en que está contenida la doctrina y preceptos del islamismo se llama *Coran*. Esta palabra Coran ó Koran, derivada del verbo *Kaara*, leer, significa propiamente *la lectura*, ó *lo que debe ser leido* (1).

Los que pretenden rebajar el mérito de Mahoma, suponen que el monje Bohaïra, ó Serjio como le llaman otros, y de quien ya tenemos hablado, le ayudó á componer el Coran, y para esto se apoyan en que en el discurso de la obra se halla una mezcla de doctrinas judías y cristianas. No faltan autores tan pobres que supongan en el monje Bohaïra ó Serjio la mas infame conducta (2), añadiendo que su perversa y mala vida, y sus opiniones

(1) La palabra Alcoran, de que hay así en idioma árabe, consta del artículo *al* y del nombre *Coran*; por esto es mas acertado decir en español *el Coran*, que no *el Alcoran*.

(2) Auxit autem hominis temeritatem Sergij monachi flagitiosissimi perfidia, ut brevi apud Arabas omnes in tantam veniret existimationem, cum nunc se Hebræum nunc Christianum simularet, cum tamen nihil omnino sani saperet. Ut maximus Dei nuncius, maximusque Propheta passim vocaretur et crederetur. Is autem Sergius monachus Nestorianus Hæresiarca, qui Acephalorum hæresim instauravit, è Constantinopoli electus, in Arabiam profugit, domumque Abdemonaplis Ismahelitæ dum viveret, frequentabit. Demum in Mahometis familiaritatem perveniens, malus magister et moderator, turpissimo et nefandissimo discipulo facile coniungebatur: Malum enim malo additum symbolum facit. Erat hic dicax, multiloquus, audax, temerarius, insolens, versutus: In omnibus plané cum Mahomete convenerat. (JOAN. CUSPINIANUS. *De Turcorum origine*. *Antuerpiæ*. 1541.)

nestorianas le indujeron á ponerse de parte del falso profeta. Hemos dicho en otro lugar que Mahoma no era un ente tan despreciable como lo han supuesto sus contrarios, puesto que tenia sobrado conocimiento de los cultos, y pudo sin ninguna ayuda formar su libro. A esta razon se agrega la de que el Coran fué confeccionado en el espacio de muchos años y segun las necesidades que iba observando el nuevo profeta; y además, que el monje Serjio no estaba en su compañía.

Mahoma finjió que recibia sucesivamente en una caverna las ojas del Coran, y que estas descendian del cielo. Encerrólas en una rica cartera de seda. Despues de su muerte, Abubeker ó Abu-Becre, primer califa y sucesor de Mahoma, formó un volumen de aquellas ojas y le llamó *Moshaf*, es decir, *el libro* ó *el código por escelencia*; lo que tambien significa *Ketab*. Llámasele tambien *Alforcan*, palabra que significa *la distincion de lo verdadero y de lo falso*. *Tanzil* es igualmente uno de sus nombres, y significa *cosa bajada de lo alto*, y propiamente *del cielo*. Es tal el respeto que tienen los musulmanes al libro de su dogma, que no se atreverian á tocarlo sin haberse lavado de antemano ó purificado legalmente. Por temor de que esto no les suceda inadvertidamente, graban ó escriben en letras de oro sobre la cubierta de los coranes las siguientes palabras: *Nadie toque este libro sino los que están limpios, porque es un presente bajado del cielo y enviado por el rey de los siglos*. Léenlo con mucho cuidado y respeto, no teniéndole nunca mas bajo que la cintura: juran por él, lo consultan en ocasiones importantes; lo llevan consigo á la guerra; escriben sus sentencias sobre sus banderas; le enriquecen con oro, plata y piedras preciosas, y no sufren que caiga en manos de personas de distinta relijion que la suya. En vez de mirar los mahometanos como una profanacion traducir el Coran, como algunos han supuesto, tienen cuidado por el contrario de que se traduzca no solo en persa, sino en otras muchas lenguas, y particularmente en la javana y malaya. Pero por un respeto al orijinal árabe, estas versiones se escriben ordinariamente, por no decir siempre, entre las líneas del testo orijinal;—son traducciones interlineales.

Cuando los autores musulmanes citan en sus obras algun pa-

saje de este libro, lo hacen escribiendo únicamente en gruesos caractéres ó en letras encarnadas: *Dios dice*, *Coulho taala*, sin marcar nunca el capítulo ni el versículo en que se encuentra el pasaje.

Cuéntanse siete ediciones principales del Coran, citadas por los comentadores. Dos están hechas en Medina, una en la Mecca, otra en Coufa, otra en Bassora, una en Siria, y otra que se llama comun ó *Vulgata*. La primera de estas ediciones contiene seis mil versículos, las otras tienen de doscientos á doscientos treinta y seis mas; pero todas son iguales en cuanto al número de palabras y de letras, porque en todos los ejemplares de este libro se encuentran 77,693 palabras, y 323,015 letras. Los capítulos, llamados *suras*, ascienden á ciento catorce; division muy posterior de que hacen poco caso los mahometanos; pero como se sirven del Coran como de libro de oraciones, lo han dividido en sesenta secciones, formando cada una una especie de oficio que recitan en diversas ocasiones, y hay en las mezquitas individuos pagados para recitarlas.

Como hemos dicho, Abu-Becre fué el primero que compiló el Coran; puso este ejemplar en poder de Hafessha, hija de Omar y viuda de Mahoma, á fin de poder recurrir á él en caso de duda, como sucedió posteriormente. Lo que Abu-Becre habia previsto aconteció; pues en tiempo del Califa Othman ú Osman, hubo que confrontar algunas copias, suprimiéndose las que no estaban conformes.

Todos los suras ó capítulos escepto el 9.° están precedidos de la siguiente fórmula: *Bismillah, alrajmani alrajimi. En el nombre de Dios piadoso, misericordioso.* Esta fórmula la ponen á la cabeza de todos los escritos en jeneral, en las cartas, inscriciones y monedas como una marca particular, ó como un carácter distintivo de su relijion, mirándose como una impiedad el omitirla. La misma usan en todas sus acciones y preces. Equivale á la señal de la cruz que tienen algunos cristianos piadosos. Cuenta Ebn-Abbas, compañero del profeta, haberle oido decir que luego que un maestro hiciese pronunciar á un niño *en el nombre del Señor piadoso, misericordioso*, no tan solo lo declarará Dios por libre del infierno, sino tambien al maestro y á sus padres. Todos los capítulos principian por ciertas letras del al-

fabeto, y algunos por muchos; y los mahometanos creen que tales letras son señales particulares del Coran, que ocultan profundos misterios, que no se han comunicado á nadie mas que á su profeta.

El estilo del Coran es en jeneral bello y corriente, sobre todo en los pasajes en que imita el lenguaje profético y las frases de la Escritura santa. Es conciso y á veces oscuro, adornado de figuras atrevidas al gusto de los orientales. Este estilo está animado por espresiones floridas y sentenciosas; y en muchos parajes, particularmente cuando se trata de describir la majestad y atributos de Dios, es relijioso, magnífico y sublime. Oigamos el retrato que hace de la Divinidad (1).

«A do quiera que se dirijan nuestras miradas encontramos los beneficios del Eterno. Este llena el universo con su poder, su ciencia y su inmensidad. Su trono abraza los cielos y la tierra: todo lo que ecsiste es obra suya: lo que la noche encubre y alumbra el sol está bajo su dominio. Conoce todo lo que ecsistia antes del mundo, y lo que habrá despues. En sus manos están las llaves del porvenir. El que habla en secreto, como el que habla en público, el que se oculta en las tinieblas de la noche y el que se presenta á luz del dia, les son igualmente conocidos. Todos los secretos, están descubiertos á sus ojos. No hay abrigo contra su poder; une la fuerza á la sabiduría; es infinito, liberal y rico de misericordia. Como rey supremo perdona y castiga á su voluntad, y á su voluntad concede y arrebata las coronas, eleva y abate á los humanos. Con una sola palabra saca á los seres de la nada, y los conserva sin esfuerzo. A su voz, se levantan las montañas, crecen los árboles: el mar, sujeto á nuestro dominio, ofrece pescados que se convierten en nuestro alimento, y adornos que embellecen nuestros vestidos: el bajel hiende las aguas: corren presurosos los rios y fertilizan nuestros campos: la luna y el sol nos dispensan su luz, y todos los cuerpos celestes se mueven en el señalado camino. El separó la aurora de las tinieblas, estableció el dia para el trabajo, y la noche para el descanso de los umanos. El es quien hace brillar el rayo para inspirar el temor ó la esperanza; él es quien des-

(1) Coran, *traduction nouvelle par* Savary, in 8.º Paris.—1783.

encadena los vientos, ajita las nubes, las estiende, las mece en los aires y hace bajar de su seno esa lluvia saludable con la cual se fecundan los jérmenes y se reanima el verdor. Esos granos reunidos en la espiga, esas ricas palmeras y esos frutos suspendidos en racimos de oro, á él se los debemos. Debémosle esas mieses enrojecidas por el calor, la sombra de nuestros jardines, la lana de nuestros ganados, y la casa que nos sirve de asilo. Su beneficencia se muestra en los objetos menos importantes, y el mas vil de los reptiles está nutrido por sus manos. El sueño no le embarga, y la iniquidad se aleja de él. Los hombres no conocen de su majestad suprema sino lo que él tiene á bien enseñarles. Es el término adonde todo debe reunirse. Aunque su alabanza esté en sí mismo, nada hay en la naturaleza que no se apresure á tributarle omenaje. Las aves le cantan en los bosques; la sombra de la noche y de la mañana le adoran: los siete cielos le onran con sus cánticos; el trueno mismo celebra su poder; los ánjeles tiemblan en presencia suya, y el dia y la noche publican sus grandezas.» (CORÁN, *Sura* 4.)

Aunque el Coran está escrito en prosa, las sentencias se terminan por rimas redobladas, y el sentido se interrumpe frecuentemente en favor de estas rimas. Los árabes se encantan mucho con ellas y las emplean en sus composiciones mejor trabajadas, que embellecen con frecuentes pasajes del Coran. Es probable que la armonía que encuentran los árabes en las espresiones de este libro, pueda contribuir mucho á hacer gustar la doctrina que en él se enseña, dando una grande fuerza á ciertos argumentos que no parecerian tan convincentes si se hubiesen espuesto sencillamente y sin estos adornos oratorios. Sobrado conocido es el poder de la oratoria y sus efectos sobre el alma; y Mahoma parece que no ignoraba esta operacion entusiasta de la retórica sobre los espíritus, cuando empleó el arte en sus pretendidas revelaciones, conservando una sublimidad de estilo digna de la majestad del Ser que quiere hacer mirar como su autor, imitando el tono de los profetas del antiguo testamento.

El objeto jeneral del Coran parece haber sido reunir en una sola relijion todos los pueblos de la Arabia, cuyo mayor número era idólatra, el resto judios ó

cristianos, la mayor parte eterodocsos. Los que profesaban estas diferentes relijiones estaban sin regla, y se estraviaban faltos de guia. Esta relijion consiste en conocer y adorar un solo Dios, eterno, invisible; por cuyo poder se han hecho todas las cosas, pudiendo dar la ecsistencia á las que no la tienen: gobernador supremo, juez y señor absoluto de la creacion, domina en todo. Esta relijion contenia la sancion de ciertas leyes, y el establecimiento de signos esteriores de ciertas ceremonias, en parte de antigua institucion, en parte nuevas, haciéndola mas sublime con poner delante de la vista penas y recompensas temporales y eternas. El otro objeto del Coran ha sido llevar á todos estos pueblos á obedecer á Mahoma como al profeta y embajador de Dios, quien despues de frecuentes advertencias, amenazas y promesas de los tiempos precedentes, debia en fin establecer y estender la relijion de Dios sobre la tierra con la fuerza de las armas, y ser reconocido como soberano pontífice en lo espiritual, y como príncipe supremo en lo temporal.

Así pues, la gran doctrina del Coran es la unidad de Dios.

Todos los sectarios del islamismo pretenden que su relijion es en el fondo la misma que la de todos los profetas desde Adan. Bajo pretesto que esta relijion estaba corrompida en su tiempo y que ninguna secta la profesaba en su pureza, pretendió Mahoma ser un profeta enviado por Dios para correjir los abusos que se habian introducido en ella, y llevarla á su primitiva sencillez. Sin embargo introdujo algunas leyes y ceremonias particulares, de las cuales unas estaban en uso en los tiempos anteriores, y otras que el instituia por su autoridad. Redujo toda la sustancia de su doctrina á dos proposiciones ó artículos de fe:

LA ILAKE ILL' ALLAH; WE MUHAMMEDEN RECOULALLAH,

esto es: «No hay mas divinidad que Dios, y Mahoma es el enviado de Dios;» y en consecuencia de este segundo artículo era preciso recibir todas la instituciones y preceptos que le plugo establecer, como obligatorios y de una autoridad divina.

Segun este libro, *solo hay seis grandes profetas, y son: Adan, Noé, Abrahan, Moisés, Jesus y Mahoma*. El último se llama á sí mismo el mayor de todos. El

lejislador de los mulsumanes por miramiento á los cristianos, á quienes esperaba seducir, mostró mucho respeto á Issa ben Miriam, Jesus, hijo de María; y aunque no le reconoció como Dios, declaró que ninguno estaba mas cercano que él á la divinidad. En su libro dice, que los judios, creyendo darle muerte, solo hirieron á un fantasma, y que su cuerpo subió á los cielos.

El islamismo se divide en dos partes; el Iman, esto es, la fé ó la teoría, y el Din, la relijion ó la práctica: está establecida sobre cinco puntos fundamentales, uno de los cuales pertenece á la fe, y los otros cuatro á la práctica.

El primer punto es la confesion de fe que llevamos referida de que *no hay mas Dios que el verdadero, y que Mahoma es su apóstol*. Bajo este punto se contienen seis subdivisiones.

1.ª Creer en Dios.

2.ª Creer en sus ánjeles.

3.ª Creer en sus escrituras.

4.ª Creer en sus profetas.

5.ª Creer en la resurreccion y el dia del juicio.

6.ª Creer en los decretos absolutos de Dios, y que ha determinado de antemano el bien y el mal.

Los cuatro puntos que se refieren á la práctica son:

1.° La oracion, que comprende las abluciones ó purificaciones, que son preparaciones necesarias antes de orar.

2.° Las limosnas.

3.° Los ayunos.

4.° La peregrinacion á la Mecca.

Los musulmanes creen que cada persona está acompañada de dos ánjeles de guarda, que observan y escriben sus acciones, y que estos ánjeles se remudan diariamente. Hay varias clases de ánjeles: el de la muerte, que separa los cuerpos de las almas, se llama *Azrael*; y el que tiene el oficio contrario *Gabriel*. Al diablo le llaman *Eblis*, y tienen *jenios* y *destino*.

Respecto á los libros sagrados, el Coran enseña á los mahometanos que en diferentes épocas ha revelado Dios por escrito su voluntad á sus profetas, y que es necesario para ser buen musulman creer todo lo contenido en estos libros. Estos se reducen, segun los mahometanos, á ciento cuatro.

Diez se dieron á Adan; cincuenta á Seth; treinta á Esdris, que es el mismo que Enoch; diez á Abrahan y los otros cuatro, á saber, el Pentateuco, los

Salmos, el Evanjelio y el Coran, han sido dados sucesivamente á Moisés, á David, á Jesus y á Mahoma; y que siendo este último el sello de todos los profetas, no se debia esperar mas, puesto que estaban cerradas todas las revelaciones.

En cuanto á los profetas creen en todos hasta el último que suponen ser Mahoma.

Del juicio final y de la resurreccion de los muertos, oigamos lo que dice el Coran:

«Un dia vendrá en que el que conoce los secretos del cielo y de la tierra, llamando á los muertos del seno de la tumba, los resucitará con su omnipotencia. Resucitados al sonido de la trompeta divina (la tocará un ánjel llamado Asrafil) se presentarán confundidos y prosternados en la asamblea universal de los seres. Allí se establecerá un tribunal terrible, y la mas rigorosa equidad presidirá á las decisiones del árbitro supremo. En sus manos estará la balanza; aquellos para quienes se incline, gozarán de la felicidad, y para quienes sea lijera, serán declarados culpables. Nada podrá salvarlos. Vanamente esperarán una compensacion saludable, la autoridad de un señor, el socorro de un sirviente, la intercesion de un amigo. Allí no habrá mas refujio que en Dios; un abrir y cerrar de ojos es menos pronto que lo será el juicio del universo.»

«En este dia cuyo cumplimiento no se puede revocar ni diferir, se cambiará la faz del mundo. Luego que los hombres atentos y dóciles á los gritos del eraldo celeste, salidos de las tumbas, como insectos esparcidos y dispersos, se hayan reunido para oir la suerte que les espera, estallarán muchos prodijios. La tierra abrirá su seno, y temblarán hasta sus fundamentos: los cielos trastornados se chocarán; las montañas arrancadas marcharán, ó reducidas á polvo serán el juguete de los vientos; la madre espantada abandonará su hijo de pecho; la esposa embarazada abortará, y los hombres, tocados por el brazo de Dios, estarán como en la embriaguez. Los pueblos de rodillas, reunidos con sus jefes, verán en un libro abierto, en el libro de la evidencia, el destino que hayan merecido. Los sabeos, los magos, los judios y los cristianos leerán en él como los musulmanes; las acciones mas pequeñas estarán escritas en él; el Eterno pedirá cuenta de ellas, en presencia de los

testigos y de los profetas; y como nada está oculto á sus ojos, ni el átomo mismo se escapa á su penetracion, ya se manifieste uno á él, ya se tenga la audácia de ocultarle el corazon, él ofrecerá á cada uno el espectáculo de las obras que haya hecho, y cada uno recibirá el premio. El malvado deseará que un intervalo inmenso le separe del mal á que se haya entregado. Cargado de cadenas, llevará un peso mil veces mayor que el de sus crímenes, y los de los mortales á quienes haya estraviado. El blasfemo y el infiel, cercados de tinieblas, pedirán se les vuelva la luz que les será arrebatada, y Dios no se ablandará á un arrepentimiento tardío; responderá que un olvido eterno va á castigarlos por haber abandonado sus órdenes y sus lecciones. El incrédulo, que cuando el ánjel de la muerte velaba sobre él, se sonreia de compasion á la idea de que despues de ser reducido á polvo, volveria á la vida, ese incrédulo será cubierto de vergüenza y oprobio, y sus ojos verán el error en que estaba. ¡Insensato!: aseguraba que la ora fatal no llegaria, y temblará por no haberla creido, y por no poderla retardar. Ved aquí vuestra suerte, se dirá á los idólatras, ved aquí tambien á vuestras divinidades; mirad si entre ellas hay una que pueda formar una criatura y presentarla ante sí.»

Tal es la idea que Mahoma nos da en muchos pasajes de la resurreccion y del juicio final.—Dios jura en ellos por el mar, por las montañas, por las nubes que llevan la lluvia, por el soplo del viento impetuoso, por el templo santo, por el libro sagrado, que sus promesas son infalibles y que nada suspenderá su justa venganza. El jénero umano será dividido en tres partes: unos colocados á su derecha, tendrán una dicha inalterable; otros, colocados á su izquierda, serán desgraciados eternamente. Estas dos clases serán precedidas por los verdaderos elejidos que estarán mas cerca del Eterno.

El paraiso.—Los musulmanes creen que hay ocho paraisos y siete infiernos, es decir, ocho grados de bienaventuranza para los justos, y siete de penas para los condenados. Por este número desigual, quieren dar á entender que la misericordia de Dios supera á su justicia. El paraiso se llama *Gennah*, y comunmente *Casa de paz*. Segun el Coran hay en el paraiso entre otras cosas:

«árboles cuyas ramas cargadas de frutos se bajarán ante los bienaventurados para que puedan cojerlos: allí se ven arroyos de vino, de miel pura, y rios de leche cuyo gusto ó sabor nunca se altera. El amor del placer deslumbra á los mortales; las mujeres, las riquezas, los caballos soberbios, los campos, los ganados, son los objetos de sus ardientes deseos. ¡Cuán distantes están estos goces de los preparados á los moradores de la bienaventuranza! Colmados serán todos sus deseos. Allí saborearán un supremo deleite, y eternas delicias gozarán. Trajes tejidos de seda y oro, collares y brazaletes del mas rico metal, adornados de perlas y de pedrería, forman su vestido y su adorno. Bajo siempre verdes y sombríos ramajes, en jardines regados por rios cristalinos, y que adornan magníficos palacios, reposan sobre un lecho tan dulce como el lecho nupcial. Cerca de ellos hay jóvenes bellezas con su seno de alabastro, sus hermosos ojos negros, y con miradas modestas. Ningun hombre, ningun jenio profanó jamás sus encantos y su pudor. Las perlas no igualan al brillo y blancura de estas vírjenes encantadoras. El amor y los deseos que inspiran los sentirán ellas tambien; y los dos amantes tendrán una fuerza y una juventud perdurables. Cerca de este lugar encantado se abren dos nuevos jardines coronados por un eterno verdor. Dos manantiales en forma de saltadores hacen su adorno. Los dátiles, las granadas, las frutas de todas clases están allí reunidas; y huríes (1) hermosas están allí colocadas bajo soberbios pabellones.»

Estas huríes, dicen los musulmanes, no son creadas del lodo como las demás mujeres mortales, sino de musgo puro. Esentas de impureza y de todos los achaques de su secso, espresa el Coran, son de la mas perfecta modestia, y están ocultas bajo pabellones de perlas auecadas y tan grandes que una sola cubriría sesenta millas en cuadro.

Es un error vulgar creer que Mahoma ha escluido á todas las mujeres de su paraiso. El Coran concede una tercera parte al menos de la morada de los bienaventurados á las mujeres que se han conducido bien. Soiouthi, escritor árabe, llevado de dicho error vulgar, compuso

(1) Esta belleza del paraiso musulman se llama *Hur-al-oyum*; nosotros decimos *hurí*.

un libro titulado *Asbab al kessa fi hal al Nessa,* sobre que las mujeres no entrarian en el paraiso. Fúndase esta tradicion fabulosa en una chanza que tuvo Mahoma con una vieja, quejándose á él de su suerte con motivo de no entrar en el paraiso. Díjola este un dia que no entraria en la celestial morada ninguna vieja; pero viéndola inconsolable, la tranquilizó al punto y la regocijó asegurándola que todas las viejas se rejuvenecerian antes de entrar.

Sea cualquiera el paraiso de los mahometanos, es lo cierto que se ha formado sobre el de Cerinto. Este antiguo heresiarca, que vivia en tiempo del apóstol San Juan, sostenia que se comeria, se beberia y se desempeñarian las funciones del matrimonio en el paraiso. Muchos ha habido tambien de nuestros contemplativos que han creido que el cuerpo, habiendo tenido parte en los sufrimientos de esta vida, tendria su parte de venturanza, y que al menos los sentidos de la vista, del oido y otros gozarian de los placeres que les son propios.

Los mahometanos creen que despues del ecsámen que seguirá á la resurreccion universal, todos los cuerpos irán á pasar el puente llamado *Poul-Serrho* que está echado sobre el fuego eterno; puente que dicen se puede llamar el tercero y último ecsámen y el verdadero juicio final, porque allí se hará la separacion de los buenos y de los malos. Los persas, segun el escritor Chardin, están muy infatuados sobre este punto, porque cuando alguno sufre una injuria que no puede vengar, y manifiesta tener razon, su último consuelo es decir: *Bien ¡ vive Dios que me has de pagar doble en el dia del juicio; no pasarás el Poul-Serrho sin que antes me satisfagas !*

El infierno.—Sobre el infierno dice Mahoma: «Los perversos, los malvados, los que han preferido la vida de este mundo á la vida futura, todos los culpables son precipitados en un abismo de fuego donde estarán entregados á los tormentos. Nunca saldrán de esta morada de orror y desesperacion, ni aun conservarán la esperanza de ver mitigada su pena. Cargados con la maldicion de Dios, en vano se quejarán y suspirarán; vanamente ofrecerian para rescatarse todos los tesoros que la tierra contiene. A pesar de sus gritos penetrantes, espiarán sus crímenes,

mientras subsistan los cielos y la tierra, en ogueras que arrojarán torrentes de llama y de umo. Si piden se les mitigue la sed, se les dará agua que semejante al bronce derretido abrasará su boca. Tendidos en el lecho de dolor, beberán tan orrorosa bebida. Sobre su cabeza se derramará agua irviendo, y devorará su piel y sus entrañas; y apenas consumidas estas partes se renovarán para volvér á sufrir nuevos tormentos. Son castigados con palos armados de hierros. Siempre que el dolor les haga salir de las llamas devoradoras que crujen á su alrededor, volverán á sumerjirse en ellas, y se les dirá: sufrid el suplicio que tratábais de fábula, ó que parecia arrostrar vuestra conducta. Saciaos de sufrimientos: alimentaos de las producciones de ese árbol plantado por los impíos; árbol que se levanta desde el fondo del infierno, y cuyo fruto se parece á serpientes orribles. Despues se undirán cargados de cadenas en estrechos calabozos, donde invocarán la muerte sin poder nunca ablandar á sus verdugos, ni obtener la destruccion que desean.»

El purgatorio. — El *Araf* ó purgatorio es un lugar que hay entre el infierno y el paraiso de los mahometanos. Unos dicen que es una separacion parecida á un velo, otros que es una gruesa muralla. Hay en el Coran un capítulo titulado *Surat-al-araf*, en el cual se leen estas palabras: *Entre los bienaventurados y los condenados hay un velo ó separacion*; *y en el Araf hay hombres ó ánjeles en forma de hombres, que conocen á cada uno de los que están en este lugar por las señales que tienen*. En otro capítulo ya se denomina á aquel velo *una fuerte muralla*.

Los musulmanes no están acordes sobre la cualidad de los que allí se encuentran. Unos dicen que son los patriarcas, otros que los mártires y los mas eminentes en santidad entre los fieles. Hay sin embargo muchos doctores que no opinan sea este lugar una especie de limbo, sino un purgatorio en donde están aquellos cuyas buenas acciones igualan con las malas, de modo que no han hecho bastantes méritos para entrar en el paraiso, ni tantos males para merecer el infierno. Desde aquel lugar ven la gloria de los bienaventurados y los felicitan por su dicha; pero el deseo veemente que tienen de unirse á ellos, les sirve de una pena grande. Añaden, en fin, que en el

dia del juicio universal, cuando todos los hombres antes de ser juzgados, sean citados para tributar omenaje á su Criador, los que están en el Araf, se prosternarán ante el Señor, y por este acto de relijion que les será meritorio, el número de sus buenas obras superará al de las malas, y entrarán en la gloria.

El islamismo priva al hombre de casi toda su libertad, pues los musulmanes deben creer que cuanto mal ó bien al hombre sucede, está determinado de antemano de una manera irrevocable. Esta es la doctrina que se llama fatalismo. Con él tienen una seguridad que mitiga el deseo y el temor, una resignacion perfecta contra el bien y el mal, una apatía que destruye pesares y no se ocupa en prever. Si el musulman sufre una gran pérdida, si es despojado, arruinado, dice tranquilamente: *estaba escrito*: y con esta palabra sacramental, pasa sin pronunciar una queja de la opulencia á la miseria. Si está en el lecho de la muerte, nada altera su seguridad: hace su ablucion, ora, confia en Dios y en el profeta; dice con calma apacible á su hijo: *vuelve mi rostro ácia la Meca*, y muere tranquilo.

Las oraciones, de que ya hemos hablado en la pájina 132 de este tomo, pueden efectuarse en casa ó en cualqier otro paraje. Sola la oracion solemne del viernes debe hacerse en la mezquita y en comun. El viernes, como entre los judios el sábado, y el domingo entre los cristianos, es entre los musulmanes el dia de la semana consagrado á Dios; por esto se llama *geniaat*, de una palabra árabe que significa *asamblea*. En este dia todos los fieles están obligados á ir á la mezquita á la ora de los oficios; pero lo demás del tiempo queda á su voluntad emplearle trabajando ó descansando de sus trabajos. Los musulmanes no tienen mas que dos fiestas que ecsijan un reposo absoluto: la una es al fin del ayuno del *ramazan*, y la otra en la época en que tienen costumbre de ofrecer un sacrificio á Dios.

Como la relijion musulmana es tomada en mucha parte de la judáica, prescribe muchas de sus ceremonias esteriores: reconoce tres especies de abluciones: la una tiene lugar por inmersion, la otra que no se estiende mas que á los pies y á las manos, y la tercera en que se emplea la arena ó la tierra á falta de agua. Los persas no se sujetan á estas abluciones, y no es este el solo

punto de doctrina que les diferencia de los musulmanes.

La peregrinacion á la Mecca para todo musulman libre y sano fué muy recomendada por Mahoma; pero los persas cumplen rara vez con este precepto desde que Abbas, uno de sus reyes, edificó una magnífica mezquita en el sepulcro de *Riza*, hijo de Alí. El musulman que hace el viaje á la Mecca usa luego turbante verde.

La circuncision mandada por la ley musulmana, no se conceptúa como indispensable por los doctores. Es necesaria solamente á los cristianos que abjuran su relijion para profesar el islamismo.

La limosna legal, que diferenciándose de la caridad jeneral consiste en dar todos los años á los pobres la cuarta parte de los bienes moviliarios, está muy terminante en sus leyes. Hassan, hijo de Alí, dividió tres veces su caudal con los pobres, y otras se lo dió todo. Los musulmanes observan diversos ayunos muy rigorosos: el *ramazan* equivale á la cuaresma de los cristianos; dura toda la luna del noveno mes del año: este mes está consagrado á las buenas obras, á la oracion y al recojimiento.

A esta cuaresma sigue el *Beirám*, especie de pascua, que es la mas solemne de sus fiestas y dura tres dias. El beirám se anuncia por el cañon al anochecer. Durante la noche la iluminacion de las mezquitas, y la esplosion de todas las armas de fuego, proclaman la festividad. Los fieles manifiestan su devocion reuniéndose en las mezquitas, y prolongan sus oraciones mas que de ordinario. Cada familia mata un carnero que llaman *cordero pascual*, en memoria del sacrificio de Abrahan. Es un tiempo de fiesta pública; los grandes, los jefes militares del imperio ofrecen en esta ocasion al gran señor sus votos y presentes, y el jefe del estado no deja nunca en estos dias de hacer beneficios al pueblo.

El *meulud* es otra fiesta notable, instituida en onra del nacimiento de Mahoma. En esta ocasion el sultan da ejemplo del mas profundo recojimiento. Por la mañana va á la mezquita del sultan Selim, vestido muy sencillamente de blanco, acompañado solamente de algunos pajes. Lo prolongado de las oraciones, la piedad silenciosa de los fieles, el panejírico del profeta que pronuncia con pompa uno de los ministros del culto, todo recuerda que colocan este

dia en el número de los mas solemnes de su iglesia.

El pequeño *Beirám* es otra fiesta que se celebra sesenta dias despues del grande. Esta solemnidad y las otras que acabamos de mencionar son con corta diferencia las únicas que los musulmanes celebran con pompa.

Aunque el *cheik* que reside en la Mecca sea considerado como el pontífice de esta relijion, su autoridad no es ni con mucho tan grande como la del *mufti*, que tanto los persas como los turcos consideran como el verdadero representante del profeta. Así es que la autoridad del *cheik* no se estiende mas allá de la Arabia.

La autoridad del mufti es temible, pues no tan solo ejerce la autoridad relijiosa, sino que es tambien el jefe supremo de la autoridad judiciaria, porque se suponen las leyes musulmanas emanadas del Coran. No tiene rentas fijas, esceptuando una pension pequeña que le concede el sultan, algunas plazas de que puede disponer en ciertas mezquitas, y sobre todo los fieles no dejan de contribuir con los gastos necesarios para sostener su alta dignidad. El sultan que tiene derecho de nombrar todas las plazas del imperio, acostumbra despues de haber elejido al mufti, hacerle un regalo de un rico vestido de marta cebellina, y de mil escudos de oro al tiempo de su instalacion.

El mufti descarga una parte de sus importantes funciones sobre los *Kadileskers*, que son como dos patriarcas: el uno tiene bajo su jurisdiccion la Turquía europea, y el otro la asiática.

Estos dos ministros tienen á sus órdenes diferentes pontífices, denominados *mollahs*, que se pueden comparar á nuestros metropolitanos. Despues de los mollahs vienen los *cadíes*, cuya dignidad equivale á la de los obispos: ejercen la autoridad por sí mismos ó por los *imanes*. Estos son unos sacerdotes anejos á las mezquitas, y sus funciones son equivalentes á las de nuestros curas. Se distinguen del pueblo por una pequeña variacion en el turbante. Todos ellos pueden casarse ó cambiar de profesion. Muchas veces sucede que un sacerdote sea á la vez cura, militar y majistrado.

Además de dichos sacerdotes están los *emires*, que descienden de Mahoma por su hija Fátima, y forman en algun modo parte del clero. Por mucho tiempo no ejercieron mas que las funciones relijiosas; pero hoy

parece haber estendido su ambicion á ocupar todos los empleos del imperio. El *emir-bachi* es el jefe que tiene sobre los demás poder de vida y muerte.

Igualmente hay entre los musulmanes algunos vagos que hacen profesion de vivir retirados del mundo y entregados á ejercicios piadosos. Esta especie de frailes se distinguen por un nombre que hace alusion á su desprendimiento de los bienes mundanos; toman el nombre de denominacion, que en árabe se espresa por *fakir*, y en persa por *derviche*. Los que ostentan una vida puramente contemplativa se llaman *sofíes*. Los frailes mahometanos componen muchas órdenes diferentes, algunas de las cuales hacen subir su orijen hasta los primeros califas. La mayor parte se someten á un noviciado severo, y no se les admite hasta despues de muchas pruebas. Unos viven en comunidad en una especie de conventos, y otros en ermitas. Unos se fijan en un pais, y otros se entregan á la briba. Todos pueden cambiar de estado, y escojer la carrera que les parezca mejor. Entre los frailes musulmanes, los que abrazan la vida contemplativa se entregan á la espiritualidad mas estremada, y el número de libros que contienen sus meditaciones es sumamente considerable. Los que por el contrario aman el mundo, llevan por lo comun una vida desarreglada, y no hay jénero de esceso á que no se abandonen. Algunos de ellos no se avergüenzan de pasar dias enteros en los caminos concurridos, ó en las esquinas de las calles de las ciudades, donde rezan algunas oraciones cuyo sentido no comprenden, y de este modo alcanzan la limosna sin pedirla á los que pasan. ¡Por todas partes se encuentran truanes que engañan y necios que se dejan engañar!

El matrimonio entre los turcos se celebra ante el cadí, como un contrato público civil, aunque se mire como un acto relijioso. La víspera de la celebracion envian los parientes á los novios regalos proporcionados á sus medios. La novia no lleva nada consigo mas que sus vestidos colocados delante de sí en un caballo ó camello. En seguida se celebra la boda; pero los dos secsos no se mezclan: los hombres se divierten en una habitacion separada de las mujeres. A la muerte del marido la mujer tiene derecho á tomar su dote y nada mas, y cuando la

mujer muere primero, los hijos pueden ecsijir de su padre el valor de los objetos que la madre poseia. Los musulmanes tienen la facultad de repudiar á sus mujeres; pero deben antes prevenirlo al cadí. Tienen tambien la facultad de tomar mujeres por cierto tiempo; basta para ello que despues de convenir en el precio se hagan inscribir en casa del cadí. Los hijos de estos enlaces son lejítimos y tienen derecho á la erencia.

A estas mujeres pueden añadirse las esclavas, cuyos hijos gozan de derechos iguales á los hijos de las mujeres lejítimas, con tal que el padre tenga cuidado de declararlos libres en el testamento, sin cuyo requisito quedan á disposicion del hijo mayor de la mujer lejítima, y son tratados como esclavos.

Inmediatamente que muere un musulman, se pone el cuerpo enmedio del cuarto, y el iman dice algunas oraciones que repiten los asistentes. Se sirven de agua caliente y de jabon para lavar el cuerpo, y se quema incienso para auyentar los espíritus infernales.

Las ceremonias que se practican hoy son muy sencillas. Estienden el cuerpo en un féretro cubierto de un paño análogo á su profesion; esparcen despues flores alrededor del ataud y le conducen al cementerio, donde le acompañan mujeres lloronas, que cumplen su oficio con gritos y jemidos. Los imanes pronuncian algunas oraciones antes de enterrar el cadáver, y concluido este acto los padres y amigos del difunto se retiran en silencio.

Antes de hablar de las diferentes sectas en que se ha dividido el islamismo, punto que creemos conducente tratar en este lugar aunque tengamos que mencionar hechos que despues acaso habremos de repetir; vamos á copiar algunos lijeros preceptos del Coran, código á la vez relijioso, civil y militar, y poco conocido de los que escarnecen toda su doctrina, cuando entre ella hay preceptos de la moral mas pura.

«Habeis recibido la hospitalidad de vuestro uesped, morado bajo su techo, tomado de su mano el pan y la sal, vuestra persona es sagrada para él, aun cuando descubriese que érais su enemigo.»

La caridad y la umanidad son los primeros deberes prescritos á los musulmanes por su profeta, y hay que hacer justicia diciendo que sus discípu-

los lo cumplen relijiosamente.

«Los que devoran la erencia del huérfano, se nutren de un fuego que consumirá sus entrañas.»

«El avaro emplea todo su cuidado y pone en accion sus facultades para llenar sus cofres de oro y plata: mas esta codicia mortífera aleja de su alma la gracia divina, que debe formar su única felicidad, y le hace pobre enmedio de sus riquezas.»

«La envidia es un fuego cubierto que turba la tranquilidad y el reposo del que se entrega á ella, le quita la paz del alma de quien es contínuo verdugo.»

«La cólera escita en el espíritu umano las mismas tempestades que los vientos furiosos levantan en el mar; hace naufragar á la razon, abre la puerta á la calumnia, á las injurias, al asesinato, y precipita al hombre en el olvido de sí mismo y de la divinidad.»

«Los que se dejan llevar de la vanidad del siglo, y no dan gracias al que da y quita las riquezas, se hacen semejantes al ánjel proscrito.»

«Dios es el ser misericordioso é inefable que ha criado los cielos y la tierra: á él pertenece el universo. Hombre, quien quiera que seas, él sabe tus pensamientos, conoce todo lo que pasa en lo mas escondido de tu alma, y nada ignora de cuanto sucede en la tierra.»

«Los fieles, los judios, los sabeos y los cristianos que crean en Dios y en el dia del juicio, y que hayan practicado la virtud, estarán esentos del temor y de los tormentos.»

«Los cristianos serán juzgados por el Evanjelio; los que otra cosa creyeren serán prevaricadores: si el Señor hubiera querido, una misma creencia habria unido á todos los mortales.» (CORAN.)

El islamismo proibe el vino y toda bebida embriagadora. Estando escrito el Coran en lengua arábiga, el árabe es la lengua sagrada de los turcos, de los persas y de todas las naciones musulmanas. Por la oscuridad que reina en algunos pasajes del Coran, se ha dividido el islamismo en un gran número de sectas, y estos cismas han ocasionado terribles guerras. Algunos doctores musulmanes, para dar una idea de la poca union que reina en el mahometismo, han dicho que la relijion de los magos se habia dividido en setenta sectas, que el judaismo cuenta setenta y una, el cristianismo setenta y dos: y el

islamismo debe comprender setenta y tres, de las cuales solo una conduce á la salvacion

La division empezó inmediatamente despues de la muerte de Mahoma. Cuando murió el profeta no dejó mas que una hija, casada con su primo Alí, pero se olvidó hacer reconocer á Alí por sucesor suyo. Los compañeros del profeta elevaron sucesivamente al poder á Abu-Becre, Omar y Osman (ú Othman); y desde esta época hubo musulmanes que se quejaron de injusticia y se negaron á reconocer otro soberano lejítimo que Alí. Posteriormente, cuando Alí fué nombrado califa, muchos musulmanes del partido contrario se sublevaron contra él, y la guerra civil tiñó de sangre los paises sometidos á la nueva relijion. Tal es el orijen de las dos principales sectas que dividen aun los musulmanes y que se llaman *sonnitas schiitas.*

Los *sonnitas* admiten la sucesion de los califas tal como se ha verificado, y tienen por igualmente santos á todos los compañeros del profeta que se mantuvieron fieles á las leyes del islamismo. Los *schiitas* partiendo del principio de que solo á Alí y á sus descendientes directos perteneció la autoridad, maldicen á Abu Becre, Omar y Osman, y detestan á todo el que no se reunió bajo el estandarte de su príncipe favorito.

Esta division, puramente política en un principio, no tardó mucho en estender su influencia á la parte relijiosa. Como el islamismo no se desarrolló de pronto sino siguiendo el transcurso del tiempo, fué menester recurrir en muchos casos á las decisiones de los principales compañeros del profeta; y Abu-Becre, Omar y Osman debieron ejercer naturalmente un grande influjo. Los sonnitas admitieron indiferentemente las esplicaciones teolójicas de todos estos diversos personajes: por esto se les ha dado el nombre de sonnitas, de las palabras árabes *sonnah sunnah* ó *suniah* que significa *tradicion*. Pero los schiitas, por consecuencia de su escesiva adesion á Alí repudiaron estas esplicaciones, considerándolas bajo la luz de otras tantas herejías, y han seguido principios diferentes. De aquí nace que sus adversarios les diesen el nombre de schiitas, que en árabe quiere decir *sectarios*, de la palabra *schiat*. Ellos se llaman *adelitas*, ó partidarios de la justicia.

Los sonnitas y los schiitas se

han subdividido entre sí, dominando ya en un pais, ya en otro. Los primeros ocupan en la actualidad todo el imperio otomano, el Ejipto y otros paises del Africa, la Arabia, las islas del mar de las Indias, y cuentan muchos partidarios entre las tribus de raza turca, establecidas en Rusia y en Persia. Este partido se subdivide en cuatro ritos, llamados *hanbalitas*, *schafeitas*, *malekitas* y *hanifitas*, del nombre de sus fundadores Ahmed-Ebn-Hanbal, Schafèi, Abu-Abdalla Malek y Abu-Hanifah. Pero como estos cuatro ritos no difieren mas que en algunas cuestiones poco importantes, son admitidos por todos los sonnitas, como igualmente ortodocsos, y se tolera que cada uno siga el que mejor le parezca. Sin embargo, la doctrina de Abu-Hanifah es la que jeneralmente se sigue en Turquía, la de Schafèi en Ejipto, la de Malek en los estados Berberiscos, y la de Hanbal en la Arabia.

En cuanto á las ramificaciones de los *schiitas* que ocupan el resto de los paises musulmanes, presentan diferencias muy importantes. Ya hemos dicho que orijinariamente se dió el nombre de *schiitas* á los partidarios esclusivos de Alí y sus descendientes. Pero Alí no tuvo el tiempo necesario para afirmar su autoridad, y dejó muchos hijos: otro tanto sucedió á la mayor parte de sus descendientes. ¿A quién debia pasar la autoridad? La mayoría convino en reconocer por soberanos lejítimos á Hassan y Hussen, hijos de Alí, y á los descendientes directos de Hussen, y así se hizo hasta que habiendo desaparecido el último de ellos á la edad de once años, se dice que se ocultó en algun sitio desconocido, del cual saldrá á su tiempo para hacer triunfar la buena causa sobre la tierra. Estos personajes son en número de doce y se llamaron *imanes*, es decir, jefes por escelencia; al último se le apellidó tambien *mahdí* ó *dirijido*. Hasta que este mahdí vuelva á aparecer, los reyes no tienen autoridad lejítima sobre la tierra, y no son mas que lugartenientes del iman. Esta creencia dió orijen á que los príncipes persas de la poderosa dinastía de los Sofíes, que suponen descender por línea colateral de los imanes, tomasen el título de *esclavos del rey del pais* y que tuviesen en Ispahan un gran número de caballos destinados al servicio del iman, cuando reaparezca. Esta creencia singular domina aun

en Persia, y hace progresos en la India, donde los emperadores mogoleses protejian antiguamente el rito sonnita; pero desde la ocupacion inglesa los musulmanes, casi todos de orijen persa, gozan de una absoluta libertad de conciencia.

Sin embargo, los schiitas desde un principio negaron la sucesion de los imanes y dirijieron á otros sus plegarias. Algunos de ellos creen que solo á Alí pertenecia, despues de Mahoma, el gobierno del mundo, y que si sucumbió un momento bajo la perversidad del siglo, no tardará en reaparecer con majestad, y que entonces se hará justicia y quedarán vengados los crímenes, que por tanto tiempo han manchado la naturaleza umana. La mayor parte de estos sectarios creian tambien que Alí habia estado revestido de un carácter divino, y no titubeaban en adorarle como dios. Tal es el caso de los nosarios y de los motualistas, que aun en el dia ocupan una parte de las alturas del Líbano.

Otros schiitas solo reconocieron los seis primeros imanes, diciendo que habia habido un error con respecto al sétimo, y que en lugar de Mussa deberia proclamarse á uno de sus hermanos, llamado Ismael. Este es el orijen de haber tomado el nombre de *ismaelianos*. Los ismaelianos creen que despues de Ismael, el carácter de iman habia pasado á personas desconocidas, que se manifestarian con el tiempo. La calidad de madhdí fué sucesivamente atribuida por ellos á los califas fatímitas de la raza de Ismael, que, durante los siglos X, XI y XII dominaron una parte del Africa, del Ejipto y de la Siria. A esta secta pertenecian los ismaelianos establecidos en Persia, no lejos de Casbin, y los ismaelianos que, dueños de las montañas prócsimas al Líbano, se hicieron tan famosos en la edad media bajo el nombre de ASESINOS. Estas dos ramas de la secta de los ismaelianos subsisten aun en los mismos paises, bien que no con el mismo poder y los mismos recursos. A esta misma secta es á la que deben unirse los *drusos* establecidos igualmente á las inmediaciones del Líbano, y que forman una poblacion bastante numerosa. Los drusos fechan del principio del siglo XI de nuestra era, bajo el reinado del califa fatimita Hakem. Suponian contra la opinion de los demás ismaelianos, que Hakem habia sido la última encarnacion de la

divinidad: y mientras se efectua su regreso, le adoran como su dios bajo la figura de una vaca. El nombre de *drusos* le tomaron de uno de los primeros apóstoles de Hakem, que se llamaba *Durzí*.

Las diversas sectas *schiitas* y sus ramificaciones han variado de doctrina segun los tiempos y lugares, y seria cansado referir sus dogmas. Basta decir que la mayor parte de estos sectarios, ya arrastrados por el fanatismo, ya por el desenfreno de una licencia sin límites, han creido que todas las verdades relijiosas y morales, noson mas que *verdades aparentes*, y que debe buscarse en el fondo de ellas *un sentido interior*, que es el único capaz de autorizarlas. De este sentido interior han hecho el dominio esclusivo de algunos adeptos, creyendo que con el ausilio de este conocimiento se ponian á cubierto de todos los deberes de la relijion y la moral. Por consecuencia de este principio, los ASESINOS, los DRUSOS y otros sectarios ismaelianos se entregan sin remordimiento á la perpetracion de los crímenes mas atroces.

No debemos omitir que la creencia de un ser cualquiera, que tarde ó temprano ha de aparecer sobre la tierra para hacer reinar en ella la verdad y la justicia, es comun á los sonnitas y á los schiitas: circunstancia que ha dado lugar á que hayan aparecido impostores entre los schiitas, arrogándose el título de mahdí. En Ejipto se presentó uno de estos durante la ocupacion de este pais por los franceses: otros muchos se han presentado tambien en estos últimos años en el Senegal y en las cercanías de las posesiones francesas ácia esta parte del Africa.

Además de las dos sectas de orijen sonnita y schiita hay otras dos que, por el papel que hacen todavía, no podemos pasar en silencio. Son las de los *yezíditas* y los *vahebitas*.

Los *yezíditas* ocupan las montañas inmediatas á la ciudad de Singar, en la Mesopotamia, y parece son un resto de las sectas de los magos, maniqueos y sabenos que tantas turbulencias ocasionaron durante mucho tiempo en el Oriente: posteriormente se mezclaron con los cristianos y musulmanes, y en la actualidad es muy difícil reconocer su verdadero orijen y carácter. Admiten dos principios, uno bueno y otro malo; y como, si se les ha de creer, el malo es el único que hay que temer, este es el solo que procuran tener propicio. Le

llaman *al-scheik al-moazzem* ó el gran Scheik. Antes perderian la vida que renegar de él: además de esto adoran tambien la salida del Sol, y profesan la mayor veneracion á los sacerdotes cristianos.

En cuanto á los *vahebitas*, se dice que tuvieron orijen en la Arabia, ácia mediados del siglo XVIII. Se llamaron vahebitas del nombre del padre de su jefe Vaheb. Su doctrina es la del islamismo, reducida á mayor sencillez. Segun ellos el Coran encierra una doctrina verdaderamente divina; pero á Mahoma no le reconocen mas que como un hombre cualquiera, y por lo mismo creen que su nombre no debe figurar en las prácticas relijiosas. Todo olocausto tributado á Mahoma ó á cualquiera de sus discípulos, se gradúa por ellos de un acto de idolatría, y debe castigarse como tal. De consiguiente los vahebitas se limitan á reconocer un solo Dios. Tienen por impiedad el invocar el nombre de todo ser mortal, y cuando encuentran alguna capilla ó mausoleo elevado en onor de un iman ó de un santo, le derriban. Los vahebitas concibieron la idea de arrojar de la Arabia á los turcos y demás pueblos estranjeros á la península, y en esta empresa se les unieron cuasi todos sus compatriotas; de modo que ocuparon, aunque por poco tiempo, una parte de la Mesopotamia; pero despues de los descalabros que les ocasionó el bajá de Ejipto, Mehemet-Alí, se vieron precisados á volverse á sus desiertos.

Si del ecsámen de las doctrinas musulmanas pasamos á la jerarquía civil y relijiosa, hallaremos igualmente grandes diferencias. Los primeros califas estuvieron revestidos del poder espiritual y temporal, y se les llamaba *califas* de una palabra árabe que significa *vicario*. Se creia que remplazaban á Mahoma, en el concepto de profetas inmediatos, y por esto se les apellidó tambien *emir-elmounianin* ó comandantes de los creyentes. Como con el tiempo se elevaron diversos califas á la vez, su influencia disminuyó. En la actualidad no hay ninguno que sea verdadero califa. El sultan de Constantinopla solo tiene la autoridad temporal, y el muftí es el que, de acuerdo con los *ulemas* ó doctores, juzga las cuestiones de doctrina. El schah de Persia se halla en el mismo caso, y ni aun está revestido de la plenitud de la soberanía, pues que, segun hemos dicho, solo se le

considera ejerciendo una autoridad temporal, ínterin se verifica la venida ó regreso del último de los imanes. Solo el emperador de Marruecos es el que pretende reunir los dos poderes y toma algunas veces el título de califa. Pero la influencia política de este emperador está muy abatida.

Acaso nos hayamos estendido demasiado al hablar de la doctrina del profeta de la Arabia, pero lo hemos creido conducente, porque no de otro modo sabríamos apreciar ciertos hechos. El arma de Jesucristo para someter los ánimos fué la dulzura; Mahoma se valió de la fuerza. Sin embargo, este impostor era demasiado astuto para emplear al principio medios violentos: mostróse tolerante mientras fué débil, así como un arroyo pequeño alaga los muros, y los derriba despues cuando crece. El falso profeta, en sus primeros sermones, decia que solo era enviado para persuadir: cuando sus discípulos formaron un ejército, habló como dueño de las conciencias. Su ley era severa, pero política: segun ella, todo infiel, todo idólatra, participa de los onores, dignidades y privilejios de los árabes, si abraza el culto mahometano: debe morir si quiere defender á un mismo tiempo su relijion y su independencia; pero si quiere conservar su fe, sometiéndose al poder temporal de Mahoma, conserva su vida y sus bienes, ejerce libremente su relijion, y solo está obligado á pagar un lijero tributo. A la habilidad de este sistema debió el islamismo sus rápidas y fáciles conquistas: el deseo de participar del poder y fortuna de los árabes victoriosos, produjo inumerables conversiones. Los pueblos oprimidos con impuestos por sus soberanos, se sometieron sin pesar á un corto tributo que les aseguraba la paz, la libertad de conciencia, que es la primera de todas las libertades, y además un protector poderoso. En cuanto á la servidumbre, no hacian mas que mudar de dueño: así, donde quiera que reinaba el despotismo oriental, hubo pocos hombres valientes y ostinados que se opusiesen al cetro y á la espada de Mahoma. «Los tributos escesivos, dice con este motivo el presidente Montesquieu, dieron lugar á la estraña facilidad que hallaron los mahometanos en sus conquistas. Los pueblos, en lugar de la série continua de vejaciones que habia imajinado la avaricia sutil

de los emperadores, se vieron sometidos á un tributo sencillo, pagado y percibido fácilmente, y mas felices en obedecer á una nacion bárbara que á un gobierno corrompido, bajo el cual sufrian todos los inconvenientes de una libertad que no tenian, con todos los orrores de una esclavitud presente.»

Enmedio de una multitud de estravagancias que chocan en el Coran á la fria razon de los europeos, y que agradan á la viva imajinacion de los orientales, se encuentran todos los preceptos de moral, de justicia y de caridad en que concuerdan todas las relijiones; porque en vano se pretenderia establecer ninguna sin que abrazase estos principios.

Lo que mas debe admirarse en este hombre estraordinario, es la profunda abilidad con que grabó sus leyes, no solo en los entendimientos, sino tambien en los corazones: este es el sello del jenio. Moisés, Confucio, Licurgo, Zoroastro, Numa, Jesucristo y Mahoma han sido los únicos lejisladores humanos, cuyas instituciones se hayan convertido en costumbres. El musulman, como el judio, el chino, el espartano, el romano y el cristiano, perece antes que renunciar á sus leyes. Por desgracia para el Oriente, este nuevo culto, que inspiraba tanto fanatismo, y al cual estaban reservadas tantas conquistas, tenia un carácter funesto á los progresos de la civilizacion. La antorcha de los otros cultos ilustra y fecunda; el mahometismo abrasa y seca: incita al valor para merecer el cielo, no atiende á la tierra sino para asolarla, y desprecia las letras y las artes; porque adoptado el dogma del fatalismo, ¿de qué sirve aprender y prever, pues nada se ha de evitar?

Mahoma decia, que «el Coran era increado, eterno, dictado por el mismo Dios; y desafiaba á los ánjeles á que imitasen una sola de sus espresiones.» Al principio de su carrera profética, cuando se anunció como apóstol de Dios, se le dijo que probase su mision con prodijios. «*Una relijion sin misterio*, respondió sabiamente, *no necesita de prodijios: la verdad constituye su fuerza*; pero yo os probaré no obstante que la espada de Mahoma no tiene menos poder que la vara de Moises.»

Tomemos otra vez el hilo de los acontecimientos, y volvamos á la uida de Mahoma á Medina, uida llamada en árabe,

HEGRAH O HEJIRAH, y ejira entre nosotros. Como de este suceso data la era cronolójica de los mahometanos, conviene que lo espliquemos. La ejira ó era mahometana comienza en 16 de julio del año 622 de Jesucristo. Sus años son lunares de 354 dias, 8 oras y 48 minutos. Se los reduce por aprocsimacion al cálculo de los nuestros. Si por cada treinta y tres de los suyos se quita uno, la diferencia entonces es solo de seis dias que se toman de mas (1). Los meses del año son los siguientes:

1 Muharram.. (tiene 30 dias.)
2 Safar.......... 29
3 Rabié I........ 30
4 Rabié II....... 29
5 Giumadi I...... 30
6 Giumadi II..... 29
7 Redjeb........ 30
8 Schaban....... 29
9 Ramadan....... 30
10 Schawal....... 29
11 Dhucaada...... 30
12 Dhul-Hejiat.... 29 (ó) 30.

Luego que Mahoma hubo llegado á Medina, durmió por primera vez con Aischa, mujer suya tres años habia, pero á la cual no habia tocado por demasiado niña. Hízose edificar una casa para gozar de la libertad que necesitaba en la meditacion de sus vastos proyectos. Hizo tambien construir una mezquita cerca de Medina, la primera en que se celebró el culto musulman, y para mejor unir á su partido, estableció una fraternidad entre sus discípulos, por la cual cada uno debia elejirse un amigo, y llamarle su hermano.

Algo mas tranquilo de lo que estaba en la Mecca, comenzó á establecer algunas ceremonias en su relijion, ordenó que sus discípulos volviesen el rostro al lugar de la Caaba cuando orasen, como lugar distinguido de los demás por la presencia del Todopoderoso: instituyó el ayuno del *ramazan* ó *ramadhan*, á imitacion del grande ayuno de la *Espiacion*, establecido entre los judios, y el modo de llamar los fieles á la oracion desde lo alto de una torre de la mezquita, por estas palabras que dice le fueron enviadas del cielo: *Dios es grande, Dios es grande; no hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su apóstol.*

Mientras que el seudoprofeta aparentaba no tener otras miras que la instruccion de los pueblos, rodaban en su espíritu los vastos designios que su ambi-

(1) Consúltense las tablas de los años y meses árabes reducidos á los años comunes, en la *España árabe* de MASDEU.

cion habia formado. Para ponerlos en ejecucion, creyó que era tiempo de sustituir la fuerza y la violencia á los discursos y razonamientos; por lo tanto ordenó á sus discípulos se preparasen á hacer la guerra, y á pasar á cuchillo á cuantos árabes nó quisiesen abrazar su doctrina, á menos que no se sometiesen á pagar un tributo anual para rescatar sus vidas. Lejos de hallar oposicion órden tan bárbara por parte de los árabes, y luego que Mahoma les hizo entrever el botin inmenso que les esperaba, fueron á porfia á ver quien era el primero que se presentaba para semejante guerra, que despues hicieron bajo sus órdenes todo el tiempo que vivió. La primera captura fué una caravana que pertenecia á mercaderes de la Mecca, de la cual se apoderaron nueve ansarienos, ó ansarios. Esta primera presa fué conducida á Medina con dos prisioneros.

Aquí comienzan las guerras de Mahoma, ya con los coreishitas, ya con las tribus de los judios dispersos en la Arabia, cuya mayor parte son poco considerables y parecen mas bien escaramuzas de ladrones que espediciones militares, conducidas con arte y fundadas en justicia. La primera de estas guerras se llamó *Bedr* de un pozo que se hallaba en el paraje de la refriega. Advertido el profeta que Abu-Sofian volvia de la Siria con una caravana y treinta hombres, apostó sus tropas en un paraje para atacarlos; pero sabedor de esto el coreishita, envió á decir á los de su tribu el peligro que corria, y le ausiliaron con novecientos hombres y cien jinetes. Las fuerzas de Mahoma eran muy inferiores, pues reunidas solo ascendian á ciento trece combatientes; esta desproporcion, sin embargo, animó su valor. Púsose en marcha con aquel puñado de hombres, lleno de confianza, y confiando en que eran valientes: estos le siguieron preocupados en que el Todopoderoso ayudaria con ejércitos invisibles á su profeta Dióse la batalla y la ganaron las tropas de Mahoma; tan confiados y resueltos acometian. Esta victoria, aunque poco considerable en la apariencia, fué indudablemente el fundamento de las demás, á causa del terror que esparció entre los coreishitas, y la intrepidez que inspiró á los soldados de Mahoma, que creyeron no tener nada que temer, pues que Dios se declara-

ba visiblemente su defensor.

Pero aunque Mahoma aparentase no esperar la victoria sino del cielo, no descuidaba las reglas que la prudencia y el arte militar saben poner en práctica. Luego que supo se acercaba Abu-Sofian, fué á apoderarse de un paraje cerca del cual habia agua, y mandando levantar allí su tienda, esperó á pie firme al enemigo. Los dos pequeños ejércitos se avistaron: tres coreishitas salieron de su campamento y desafiaron á igual número de musulmanes á un combate singular. Mahoma nombró á tres de los suyos de una destreza y valor conocido y mataron á los tres idólatras. Despues de este combate, los dos ejércitos vinieron á las manos: peleaban desesperados. La victoria al principio se declaraba por Abu-Sofian, pero al fin fué en favor de Mahoma. Este se habia quedado en su tienda orando por el triunfo de aquella jornada, que en cierto modo debia decidir de su suerte, y del establecimiento de su relijion. Pero al ver que los suyos se replegaban, corrió á ellos, se puso á su cabeza, sacó el sable, y con aire de confianza pronunció estas palabras: *Turbados y confundidos sean sus ojos*; y cargando sobre el enemigo lo puso en derrota, mató setenta hombres y cojió otros tantos prisioneros, no teniendo por su parte sino catorce hombres de menos. En el número de los coreishitas muertos, se encontraron veinticuatro jefes de la Mecca, todos distinguidos por su nacimiento y valor, y la mayor parte parientes del profeta ó de su mujer Cadija.

La noticia de esta derrota consternó á los abitantes de la Mecca, que se habian prometido acabar de un golpe con Mahoma. Abu-lahab, enemigo tan grande del profeta, puesto que hay en el Coran un capítulo lleno de maldiciones contra él, murió de pesar. La historia refiere que Mahoma encontró entre los prisioneros á uno llamado Al-Nadr, que se habia burlado de él y de su doctrina algunos años antes; y por un resentimiento poco digno de un alma grande, le hizo cortar la cabeza, siendo su principal crímen el haber dicho que el Coran estaba lleno de cuentos de viejas. Okba, hijo de Abu-Moa, tuvo la misma suerte.

Cuando se fué á repartir el botin, se suscitaron vivas disputas entre la jente del profeta. Como su pequeño ejército es-

taba compuesto de abitantes de la Mecca que le habian seguido, y de otros de Medina, llamados ansarienos ó ansarios, y cada uno se creia con derecho á tomar la parte mas considerable, fué necesario para aquietarlos toda la autoridad de su jefe, quien finjió le habia bajado del cielo un capítulo espresamente, por el cual le ordenaba Dios tomase la quinta parte del botin y dividiese el resto á partes iguales.

Establecida la calma en su campamento, hizo marchar sus tropas contra algunos judios de la tribu de Kainokan, quienes segun Mahoma, habian violado un tratado concedido algun tiempo antes. El profeta los tuvo sitiados durante algunos dias y los obligó á rendirse á discrecion. Sus bienes fueron confiscados en provecho de los vencedores, y hubieran pagado con sus cabezas la infidelidad de que les acusaba, si un prisionero idólatra no hubiese obtenido del profeta á fuerza de ruegos el perdon.

Resuelto Abu-Sofian á vengarse de la rota de Bedr, se puso en campaña con doscientos caballos; pero no encontró á propósito esperar á Mahoma que se habia puesto en marcha para combatirle.

Al principio del año 3.° de la ejira hubo dos espediciones, una contra los salaimitas y *gaftanitas*, y otra contra los persas. Los primeros uyeron al saber que Mahoma iba á atacarlos; y los otros fueron derrotados despues de una reñida contienda. Mahoma tenia una hija llamada Fatima, de cuya milagrosa concepcion han inventado los árabes mil patrañas. Por este tiempo se casó con Alí, uno de los jefes del corto ejército de los mulsumanes, y fiel amigo de su profeta.

En este año aconteció la famosa batalla de Ohud. Los coreishitas habian reunido un ejército de tres mil hombres de á pie, de los cuales setecientos tenian corazas, y de doscientos caballos. Abu-Sofian fué nombrado el jefe, y para animar á los soldados llevó consigo á su madre y á otras muchas mujeres que tocaban tambores á la manera de los árabes. Ellas cantando se acompañaban con estos instrumentos militares, en memoria de los que habian muerto en la batalla de Bedr. Por mucho tiempo dudó el profeta si haria frente á aquel ejército, numeroso respecto al suyo, ó si se

mantendria encerrado en Medina. Decidióse al fin por lo primero, y se adelantó con novecientos hombres de á pie á un paraje situado entre la Mecca y la montaña de Ohud, en donde apostó su jente lo mas ventajosamente que pudo; tomó cincuenta arqueros para sostenerle y dió la batalla. Hamza, tio del profeta, se señaló en la pelea; mató al porta-estandarte de los idólatras, pero á su vez fué muerto por un esclavo abisinio, mientras despojaba al que acababa de matar.

Los arqueros entretanto, sedientos del botin, abandonaron sus puestos, lo cual dió lugar á que el ala derecha de los contrarios, compuesta de caballería, cayese sobre los musulmanes. Enmedio del desórden y de la confusion se esparció la noticia de que habia muerto el profeta; y esto desconcertó de tal manera á los soldados, que el enemigo se abrió paso por todas partes. Mahoma salió erido de dos pedradas, rompiéndole una algunos dientes, y haciéndole la otra en la cara un arañazo. Setenta hombres muertos se contaban en la tropa musulmana, y veinte en la de Abu-Sofian; y sin embargo, este que pudo aprovecharse del desconcierto y de la superioridad de sus fuerzas, pidió á Mahoma una tregua por todo el año siguiente.

El primer cuidado del jefe de los musulmanes despues de la retirada del enemigo, fué buscar y recojer los cadáveres de los suyos; y en tal operacion manifestó una ternura y una compasion mas propias y dignas de un padre, que de un jeneral. El mismo fué ejecutando la operacion y recitando preces por el descanso de sus almas. Pero se indignó por la manera bárbara con que la madre de Abu-Sofian y algunas otras mujeres habian mutilado á aquellos pobres cuerpos muertos, y en particular al de su tio Hamza. Sin embargo se consoló despues de una revelacion que le aseguraba tomaria igual venganza en treinta coreishitas.

La pérdida de la batalla de Ohud dió lugar á muchas murmuraciones. Preguntaban á Mahoma cómo habia permitido Dios que los defensores de la verdad y de su culto hubiesen sido sacrificados por el enemigo. Otros sentian la pérdida de sus padres, parientes, ó amigos, y se manifestaban arrepentidos de haberse empeñado por el profeta tan lijeramente. Mahoma contestó muy pronto á unos y á otros.

Dijo á los primeros, que habia que atribuir aquella desgracia á los pecados de algunos de los que le seguian, que de este modo separaba Dios los buenos de los malos, para que únicamente quedasen los verdaderos fieles; y para aquietar á los segundos, les opuso la doctrina del *Destino*, con la cual les hacia presente que sus amigos hubieran igualmente muerto, aun cuando no se hubiesen encontrado en la batalla, puesto que sus dias, como los de todos los hombres, estaban tan contados, que en vano se tomaba precaucion ninguna para dilatarlos. A la creencia de esta doctrina, y á la seguridad de que morian como mártires, se puede atribuir la intrepidéz con que aun hoy dia arrostran los musulmanes el peligro; y esta misma persuasion fué la que despues facilitó á Mahoma y á sus sucesores tan rápidas conquistas. El resto de este año 3.° de la Ejira no aconteció cosa que de narrar sea; únicamente se refiere que los abitantes de las ciudades de Edhlo y Alcára, aparentando querer instruirse en el islamismo, enviaron diputados al profeta pidiéndole alguno de sus discípulos para que los instruyese; y que concediéndoles Mahoma seis, degollaron á tres y los otros los fueron á vender á la Mecca.

Al principio del año 4.° de la Ejira, perdió Mahoma setenta ansarienos que á su pesar enviaba al príncipe de Najed para invitarle á él y á sus vasallos á que abrazasen el islamismo. Este príncipe, muy lejos de aceptar la proposicion, mandó degollar al que se la hizo, y en seguida cargó sobre sus compañeros y los pasó á cuchillo, escepto á Caab, que despues de haber pasado por muerto, fué á llevar la noticia á Medina.

Mahoma salió mejor librado con los judios de Nadhir, porque despues de sitiarlos por muchos dias los obligó á capitular y á retirarse, sin permitirles llevar mas efectos que los que pudiese cargar un camello. El resto del botin se lo reservó en virtud de un capítulo que espresamente dijo le bajó del cielo. Los historiadores refieren la proibicion del uso del vino y de los juegos de azar á este mismo año, pero no convienen en el motivo: unos lo atribuyen á una disputa violenta que su esceso ocasionó entre los soldados de Mahoma; y otros á las reflecsiones que hizo sobre los terribles efectos de esta bebida, habiendo estado en una casa en

donde reinaba la alegría y luego todo se volvió confusion por causa de la embriaguez. Pero no hay necesidad de recurrir á ninguno de estos casos para encontrar la razon. El profeta árabe conocia demasiado lo naturalmente inclinados que eran sus paisanos á la bebida, y no ignoraba las funestas consecuencias del vino, particularmente en los paises cálidos y en un ejército que estaba siempre en movimiento.

La derrota de los setenta ansarienos en la provincia de Najed, estaba muy reciente para que Mahoma la hubiese olvidado. Resuelto á vengarse, se puso en campaña; pero solo encontró á unos cuantos gaftanitas que echaron á uir al saber se aprocsimaba.

Al año siguiente Abu-Sofian preparó un grande ejército contra los musulmanes, compuesto de muchas tribus de judios, de kenanitas, de gaftanitas y de koraitas, y que todos ascendian á diez mil y mas hombres. Esta noticia llenó de terror á los musulmanes, y el mismo profeta se alarmó de tal manera, que juzgó conveniente atrincherarse. Un persa, llamado Salman, fué el primero que estableció este recurso militar entre los árabes. La construccion del foso, dice Abu'l-Feda, produjo cuatro grandes milagros. El primero fué que el profeta ablandó con un poco de agua una piedra gruesa y de una dureza estraordinaria, que impedia á los obreros continuar la escavacion: el segundo, que con algunos dátiles secos acabados de cojer por una jóven, satisfizo la necesidad de todos los trabajadores: el tercero, dice, que con un pedazo de pan de cebada y una oveja flaca, preparada por Mahoma, dió de comer á dichos trabajadores; y el cuarto, fué que se le anunció á Mahoma la conquista del Yemen, de la Siria, del Asia oriental y del Africa, por medio de tres relámpagos que salieron de un martillo con que pegaba en tierra.

Pero volviendo á la espedicion de Abu-Sofian, que despues se llamó la guerra del foso, los idólatras tuvieron á Mahoma y á los suyos entretenidos en pequeñas escaramuzas por espacio de veinte dias, durante las cuales solo perdieron seis hombres. Amru, que pasaba por el mejor jinete de su tiempo, quiso dar á los árabes muestras de su destreza y valor. Dirijióse á rienda suelta ácia el sitio donde estaban atrincherados los musul-

manes y desafió al mas valiente á un combate singular. Ali, aunque sobrino suyo, lo aceptó. Antes de pelear juraron que no tendrian respeto alguno al parentesco y que no se perdonarian. En efecto, pelearon con tanta fuerza que el polvo que levantaban les ocultaba á la vista de ambos ejércitos: el presuntuoso idólatra sucumbió á la destreza y fuerza del musulman, y el yerno del profeta alcanzó el lauro del combate.

La muerte de Amru fué precursora de la entera derrota del ejército de Abu-Sofian; victoria tanto mas notable, segun los musulmanes, cuanto que el mismo Dios fué quien para aorrar la sangre de los fieles soldados de Mahoma, se la proporcionó con un viento impetuoso que derribó las tiendas y los trabajos de los coreishitas, obligando á estos y á sus aliados á retirarse confusamente á sus respectivos paises. Mahoma atribuyó á Dios toda la gloria de este triunfo, á quien hace decir en su Coran: *O vosotros los que habeis creido, acordaos de la gracia que Dios os concedió, cuando al venir lejiones para combatiros, hice levantar contra ellas un viento impetuoso y armé á lejiones de ánjeles, que no veíais.*

Si el jefe de los coreishitas no supo aprovecharse de la ventaja que le daba la superioridad de su ejército, Mahoma, por el contrario, lo hizo de la derrota. Segun su costumbre, supuso una órden positiva del cielo, que mandaba atacar á la tribu de los coraitas. En seguida tomó con su yerno las medidas convenientes para atacarlos en sus trincheras, sitiándolos por espacio de veinticinco dias, y estrechándolos tan vivamente que hubieron al fin de rendirse á discrecion del vencedor. Estos desgraciados, en número de setecientos, esperaban que el profeta se apiadaria de ellos, dándoles libertad y quedándose únicamente con sus bienes. Pero se engañaron, porque Mahoma, afectando no querer decidir por sí, dió el encargo á Saab, uno de sus comandantes, que sabia estaba animado contra ellos; el cual mandó cortar la cabeza á todos los hombres de aquella tribu, se apoderó de sus bienes, y las mujeres y los niños quedaron cautivos. Mahoma aprobó esta bárbara sentencia, y aun supuso que el mismo Dios se la habia inspirado al cruel Saab. Hallóse entre las esclavas una jóven muy ermosa llamada Richana, que Mahoma puso en el

número de sus concubinas, y que por deferencia á él abrazó al punto el islamismo.

Nada de particular pasó en el año 6.° de la Ejira. El profeta marchó contra las tribus de Lahian y de Mostalek. Los primeros se refujiaron á las montañas, y estos fueron batidos. Mahoma encontró entre estos últimos con que satisfacer su pasion amorosa, en la persona de *Giowaira*, hija de uno de los principales mostalekitas, con la cual se casó; y por cuyo amor dió libertad á cien padres de familia, parientes suyos, que habian estado en el combate.

Al volver de esta espedicion, se dijo que Aischa, la mujer mas jóven de Mahoma, recibia obsequios de un jóven, llamado Saffuan, que la seguia á todas partes. Este atentado pareció tan criminal á los amigos del profeta, que le aconsejaron repudiase á la adúltera. Pero despues de meditado en ello, triunfó su amor por aquella mujer, y para tapar la boca á sus acusadores supuso una revelacion del cielo, por la cual Aischa estaba plenamente justificada y su onór completamente vindicado. En seguida hizo pegar ochenta palos á cada uno de los que le habian aconsejado, escepto á Abdalla, á quien su mucho crédito en el ejército evitó la vergüenza de este castigo.

Como los soldados de Mahoma no hallaban siempre agua para satisfacer á la obligacion de lavarse y purificarse, el profeta les permitió usar de la arena, ó de cierto polvo en su defecto. Esta ley, de que ya hemos hablado, la instituyó por este tiempo.

Todas las empresas del profeta tenian el mas feliz resultado: luego que se presentaba delante de sus enemigos los ponia en derrota. Aprovechándose de estas ventajas y de la confianza que las tropas tenian en él, marchó con mil cuatrocientos hombres ácia la Mecca, y una jornada antes de llegar á ella encontró á algunos diputados coreishitas, los cuales le hicieron presente que los abitantes estaban resueltos á impedirle la entrada. Othman, de órden del profeta, fué á decir á Abu-Sofian que el viaje solo se habia emprendido para hacer algunas devociones en la Caaba y ofrecer sacrificios; pero Abu-Sofian desatendió este falso y especioso pretesto, y lejos de contestar mandó prender al diputado musulman. Mahoma esperaba impaciente la vuelta de Othman y llegó á creer que lo habian muerto los

coreishitas. Con tal sospecha, juró vengarse de esta perfidia, y para hacerlo con mas ostentacion se revistió de la autoridad soberana, en cuya cualidad le prestaron juramento todos los suyos.

Sin embargo de no tener Mahoma mas que un puñado de jente, los coreishitas le temian por lo tanto le propusieron una tregua de diez años con la condicion de que cualquiera que de un bando se quisiese pasar á otro no se le molestaria; que los musulmanes que quisiesen retirarse á la Mecca lo podian hacer libremente, y los que no, podian entrar por tres dias y sin armas. Unicamente los soldados de Mahoma no se contentaron con semejante convenio, pues veian frustrada la esperanza del saqueo.

Mas no tardó mucho en presentársele ocasion en que desquitarse con la espedicion que su infatigable jefe les preparaba contra los judios de Chaibar. Apenas llegó á Medina marchó á sitiar á aquella ciudad, y se apoderó de ella y de todas sus fortificaciones. Abu-Becre, onrado con el estandarte del profeta, combatió osadamente para tomar uno de los fuertes, pero no lo consiguió; Omar, tampoco. Este onor estaba reservado al yerno del profeta, aunque á la sazon estaba enfermo de la vista. Mahoma le puso los ojos buenos, le confió su estandarte y le mandó atacase aquella fortaleza. Antes de rendirla sostuvo un combate singular con el judio Marhab, á quien endió la cabeza de un sablazo. Alí se hizo dueño de Chaibar y de sus fuertes despues de diez dias de sitio. Refiérese que en aquella ocasion Alí, como otro Sanson, arrancó con sus manos una de las puertas de la ciudad, tan pesada que ocho hombres apenas la podian levantar del suelo, y que la manejaba con la misma facilidad que un escudo ordinario para resguardar al profeta de las flechas que le arrojaban. En la ciudad encontraron víveres bastantes los sitiadores, y Mahoma adquirió una nueva mujer en la persona de Sofia, prometida entonces á un príncipe de aquel canton, la cual no titubeó en romper sus empeños con este último para unirse al nuevo conquistador de la Arabia.

Fadac, otra ciudad de judios, tuvo la misma suerte que Chaibar. Wadilbora fué tambien sitiada y tomada por los musulmanes; y sus abitantes, así como los de las otras ciudades, tu-

vieron el permiso de permanecer tranquilos en ellas, como lo hicieron asta el califato de Omar, que los arrojó porque no los pudo convertir al islamismo.

Despues de esta espedicion, tomó Mahoma el camino de Medina, donde encontró á aquellos discípulos suyos, que al principio de su mision se habian refujiado en Etiopia con su jefe Jiafar. Al verlos tuvo una alegría grande, y en reconocimiento del zelo que habian manifestado por sus intereses, les dió parte en el botin de Chaibar.

Cuéntase que en aquel mismo año, una judia llamada Zainah; queriendo probar si Mahoma tenia efectivamente el don de penetrar lo futuro, envenenó un pedazo de carnero destinado para comer el profeta; y que la carne no dejó de advertirle el peligro, aunque tarde, pues que ya habia metido en la boca un poco, cuyo veneno se introdujo en la sangre de repente, de modo que desde entonces estuvo siempre enfermo.

La fortuna y el entusiasmo aumentaban todos los dias sus fuerzas: solo la Mecca le resistia con ostinacion. Fiando mas para reducirla, del artificio que de la violencia, propone una tregua, y consigue el permiso de entrar como peregrino para adorar la divinidad en el templo de la Caaba. Su finjida umildad, su elocuencia suave y su ardiente devocion edifican al pueblo: una parte de la muchedumbre se declara en su favor. Kaleb y Amru abandonan la idolatría: sale con ellos y vuelve al pie de las murallas con mil soldados: todos los votos le llaman, escepto un pequeño número de incrédulos, que proponen en vano la resistencia y el combate; y Abu-Sofian, gobernador de la plaza, se ve obligado á presentar las llaves al vencedor. Despues de tan largos odios se esperaban crueles venganzas: Mahoma probó que sabia reinar, y perdonó: solo cuarenta víctimas fueron inmoladas. Derribó trescientos sesenta ídolos de la Caaba, y la Mecca abrazó el islamismo. No permitió á sus guerreros afeminarse en el reposo, y concluyó la conquista de Arabia. Las reliquias de sus enemigos se reunieron y le tendieron un lazo: cayó en la emboscada, y se vió rodeado de espadas amenazadoras. Sus tropas desaminadas iban á desbandarse: el intrépido Mahoma hace prodijios de valor, alienta su zelo, se escapa de un peligro tan cierto, restablece el combate, recobra la victoria, y vuelve

triunfante á su capital con seis mil cautivos y un botin de veinticuatro mil camellos, cuarenta mil cabezas de ganado lanar y cuatro mil onzas de plata.

La conquista de Arabia, la reunion de todas las tribus en un solo pueblo, y la dominacion pacífica de los desiertos, no bastaban á la ambicion de Mahoma. Meditando la conquista del mundo, escribió á todos los príncipes de Oriente, invitándoles á reconocer su mision, su culto y su ley. Cosroes despidió con desprecio á su embajador. El profeta le escribió una carta amenazadora, en la cual le anunció la prócsima ruina del imperio; y las victorias de Heraclio parecieron el cumplimiento de esta prediccion.

Mahoma, habiendo recibido aviso secreto de la muerte del rey de Persia, la anunció á su pueblo, diciendo que un ánjel se la habia revelado; y cuando el suceso confirmó la prediccion, ningun incrédulo se atrevió ya á dudar de sus revelaciones. El emperador de Oriente recibió con onor al embajador de Mahoma; y los árabes añaden que Heraclio creyó en la mision del profeta é hizo alianza con él. Pero esta buena armonía duró poco: el gobernador de Bosra, lugar-teniente del emperador, hizo asesinar á un enviado de Mahoma: este declaró la guerra á los romanos, y fueron vencidos en una batalla cerca de Muta.

Se puede juzgar por el principio de esta lid, que duró ocho siglos, del fanatismo eróico que Mahoma sabia inspirar. Enmedio de la batalla, Janfar pierde la mano derecha en que llevaba el estandarte sagrado: cójelo con la izquierda: la pierde tambien, y entonces lo estrecha entre sus brazos hasta que perdió toda su sangre por cincuenta heridas. El ardiente Kaleb levanta del suelo el estandarte, derriba á los que se oponen á sus golpes, desbarata á los romanos, los persigue, hace en ellos gran matanza, y los árabes vencedores le proclaman unánimemente por su jeneral.

Muerte de Mahoma. — (632) Mahoma, soberano absoluto de todos los paises que se estienden desde el Eufrates al mar Rojo, conservó hasta la edad de sesenta y tres años y algunos meses, á pesar de los frecuentes ataques de epilepsia y los efectos del veneno que le habian dado, la fuerza de su cuerpo y el vigor de su jenio. Una fiebre que duró quince dias, terminó

su vida el 7 de junio de 632, un sábado, segundo dia de la semana de los musulmanes, en el mes de Rabié primero.

Pocas horas antes de morir se presentó en la tribuna, que era á un mismo tiempo su cátedra y su trono: «*Si he castigado injustamente á alguno*, esclamó, *me ofrezco á ser azotado por represalias: si he manchado el onor de un musulman, declare mi pecado: si le he robado, cobre de lo mio capital é intereses.*» Uno solo de los presentes se quejó y fué satisfecho.

Dió libertad á sus esclavos, dispuso sus ecsequias y señaló por sucesor, segun unos á Alí, y segun otros á Abu-Becre. Recomendó tres cosas principales á sus discípulos: «*Orar, echar de Arabia á todos los idólatras, y conceder los privilejios de verdaderos creyentes á todos los hombres de cualquier pais que fuesen, que abrazasen el islamismo.*»

En fin, declaró que el ánjel Gabriel habia venido á despedirse de él, y dió el último suspiro en el seno de Aischa, la mas querida de sus mujeres.

Sus últimas palabras fueron estas: *¡O Dios! perdona mis pecados: voy á reunirme con mis conciudadanos que estan en el cielo.* Alí y Al-Abbas lavaron su cuerpo, le pusieron tres vestidos y le enterraron dos dias despues en Medina, en el cuarto de su mujer Aischa, en donde habia querido morir.

Su muerte llenó de consternacion y espanto á la mayor parte de sus sectarios; y no querian creer que estuviese muerto ni permitian se le enterrase. Omar, que era de este parecer, llegó hasta sacar el sable diciendo que quitaria la vida al primero que se atreviese á decir que Mahoma estaba muerto. Pero Abu-Becre no quiso que Omar y el pueblo estuviesen por mas tiempo en el error. Salió del sitio en que estaba el cadáver y les dijo: *¿Adorais á Mahoma, ó al Dios de Mahoma? Si adorais al Dios de Mahoma, es inmortal y vivirá eternamente; pero en cuanto á Mahoma os aseguro que está muerto.*

Asi terminó su carrera este hombre estraordinario, que con sable en mano al frente de un corto número de árabes, obligando á los hombres á obedecer á un solo Dios, á un solo dueño y á un solo profeta, recomendando la limosna, profesando la pobreza, tratando como hermanos á los que adoptaban sus dogmas, y como tributarios á los que se

negaban á creerlos, fundó en pocos años, al resplandor de las antorchas del fanatismo, el mas grande y formidable imperio del mundo.

El poder de sus sucesores hizo progresos, cada vez mayores, mientras reunieron en sus manos los poderes espiritual y temporal: conservaron esta doble májia hasta mediados del siglo X: pero en esta época, habiendo usurpado el cetro algunos guerreros audaces, los califas, vicarios de Mahoma, no poseyeron mas que la autoridad pontifical, reducida á decidir las cuestiones relativas al dogma, y al estéril onor de ser nombrados los primeros en las preces públicas. En fin, á mediados del siglo XIII, cuando los tártaros tomaron á Bagdad, abolieron el soberano califado. El muftí, que se puso en su lugar, no fué mas que un ministro del culto; y se puede considerar esta época como la decadencia del islamismo, pues entonces se separó del principio que le habia dado fuerza y poder.

ABU-BECRE ELECTO CALIFA. — El profeta no dejaba hijos varones. Alí, su pariente y yerno, el mas entusiasta de sus discípulos, el mas fogoso de sus guerreros, parecia digno de sucederle; pero Abu Becre, suegro de Mahoma, y su primer discípulo, logró por su ancianidad los votos de Omar y de Osman, los mas poderosos de los árabes, y que esperaban reinar despues de él, y fué elejido califa.

Esta primer disputa acerca del trono, fué despues la causa de un gran cisma y de guerras sangrientas entre persas y turcos. Aquellos sostienen todavia que Alí, marido de Fátima, hija de Mahoma, era el soberano lejítimo, y que los tres primeros califas y los príncipes de la dinastía de los Omniades han reinado contra la ley divina y los derechos de los fatimitas (1).

(1) Muchos de los secuaces de Alí, á pesar de que su sepulcro es muy conocido cerca de Cufa, creen que no ha muerto, y que al fin del mundo vendrá con Elías sobre las nubes del cielo y llenará la tierra de piedad y de justicia. Alí fué asesinado en la Mezquita el 19, 20 ó 21 de Ramadan, año 40 de la Ejira, y 660 de Cristo. De él quedan varias obras; entre otras, cien mácsimas ó sentencias, que se han traducido del árabe en lengua turca y persa: una coleccion de versos, que se conserva en la biblioteca real de Paris; y en la de Oxford se encuentra un tomo grueso de sus sentencias, muchas de las cuales ha traducido en inglés

Abu-Becre justificó la eleccion que en él se hizo, por su actividad, su zelo fanático y la rapidez de sus victorias.

Reuniéronse bajo su bandera ciento veinticuatro mil musulmanes. Despues de haber hecho que se reconociese su autoridad en toda la Arabia, queriendo aprovecharse de las turbulencias que ajitaban la Persia despues de la muerte de Siroes, penetró en el Irak, que es la antigua Caldea. Algunos príncipes árabes habian fundado allí un pequeño reino, feudatario de Persia. Arzunidoc, hija de Cosroes, reinaba entonces; y envió un poderoso ejército contra los mahometanos, mandado por Maran. Este jeneral dió la batalla, y fué vencido y muerto: los persas, atribuyendo su desgracia á la reina, la depusieron. Tres príncipes que le sucedieron probaron la misma suerte; en fin, Isdijerdes, hijo del célebre Sarbar, fué elevado al trono por los votos unánimes de los grandes y del pueblo; reinó veinte años; pero aunque peleó con valor constantemente, fué vencido por Kaleb y los mahometanos.

El califa envió á Siria otro ejército á las órdenes de Obeida. Heraclio encargó á Serjio, uno de sus lugar-tenientes, la defensa del pais; pero sus esfuerzos fueron vanos, y la táctica de sus tropas no resistió al valor invencible de los árabes. Aischa, viuda de Mahoma, tenia mucho ascendiente sobre el ánimo de su padre, é hizo que se diese el mando de Siria al famoso Amru, el cual se hizo dueño de Gaza. Káleb tomó á Bosra y marchó contra Damasco. El jenio de Heraclio se eclipsó ante el de Mahoma.

Este príncipe tan belicoso en otro tiempo, en lugar de defender sus estados, dió el ejemplo de la cobardía, y se retiró de Damasco á Antioquía. Su hermano Teodoro, reuniendo todas sus tropas, dió batalla á Káleb cerca de Gabata, y el estandarte del profeta auyentó las águilas romanas.

Mr. Ockley, y puéstolas á continuacion de su *historia de los sarracenos*. Además de estas obras hay en los autores orientales muchas sentencias y apotegmas con el nombre de Alí, siendo una de las mas instructivas esta: *El que quiera ser rico sin hacienda, poderoso sin vasallos, y súbdito sin señor, deje el pecado y sirva á Dios, y halla á estas tres cosas.* Sus dichos y ocurrencias fueron prontas y agudas, y seria necesario mucho espacio para haber de referir aun las mas principales.

Batalla de Ainadin: Omar, califa.—(634) Heraclio envió otro ejército para oponerse á la marcha de los vencedores. La guarnicion de Damasco, alentada con este socorro, hizo una salida, destrozó un cuerpo enemigo, robó en sus reales un gran número de mujeres sarracenas, y volvió á la ciudad con estos trofeos. El jeneral romano Pedro, que mandaba esta tropa, quiso violar á Kaula, su prisionera y mujer de un jefe árabe; pero no tardó en conocer que las musulmanas eran tan fieras y valientes como sus maridos. La intrépida eroina se defiende, coje una cimitarra, las demás mujeres siguen su ejemplo, toman lanzas, se estrechan espalda con espalda, y resisten valerosamente á las espadas de los romanos que las cercan. Esta resistencia ostinada hizo tan duradero el combate, que Kaleb llega á tiempo de socorrerlas, desbarata á los romanos, y da la muerte á su jeneral Pedro.

Poco tiempo despues Teodoro dió á los sarracenos, junto á Ainadin, una batalla que duró dos dias: al fin del primero, estando indecisa la victoria, propuso Teodoro una tregua, durante la cual tendió asechanzas á Kaleb para asesinarle. Descubrióse la perfidia, y los sarracenos enfurecidos penetran en el ejército romano, lo obligan á la retirada, lo persiguen y hacen en él orrible destrozo.

Teodoro, reuniendo sus reliquias, quiere probar otra vez la suerte del combate cerca de Emesa; pero los soldados romanos desprecian sus órdenes, se niegan á servir bajo su mando, se sublevan y proclaman emperador á un oficial llamado Baánes: algunas tropas fieles, que acompañaron á Teodoro en su retirada, hicieron falta en el ejército romano. Los sarracenos se aprovechan de la victoria, atacan impetuosamente á Baánes y lo derrotan. Este emperador efímero huyó á ocultar su oprobio al desierto de Sinaí, donde se hizo fraile.

El sitio de Damasco continuaba: Tomás, yerno de Heraclio, defendia la ciudad con valor; pero la traicion de un sacerdote llamado Josias, abrió de noche las puertas á Kaleb. El jeneral árabe echó de la ciudad á todos los que se negaron á abrazar el mahometismo y á pagar tributo. Implacable en su triunfo, persiguió y dió muerte á todos los fujitivos, incluso al gobernador Tomás. Cuando el débil Heraclio supo la pérdida de Damasco

esclamó: «La Siria es perdida;» y no sabiendo ni reinar como emperador, ni morir como soldado, salió de Antioquía para Constantinopla.

MUERTE DE ABÚ-BECRE. —(634) El dia mismo en que la toma de Damasco añadia tanto esplendor á la potencia árabe, murió Abu-Becre. Fanatizado antes que todos por Mahoma, fué sincero apóstol del islamismo. Los musulmanes le lloraron: admiraban su piedad, justicia y umilde sencillez, tanto como su intrépido valor. Los sarracenos conquistaron en su reinado cuatro provincias opulentas, y solo dejó en su tesoro cuarenta escudos.

Los árabes respetaban entonces la pobreza, á imitacion de los antiguos romanos, como el orijen de la áspera ferocidad que triunfa de los pueblos afeminados. El oro de Asia fué presa del hierro de Roma; y la púrpura romana se umilló ante las pieles con que se cubrian los selváticos habitantes del norte.

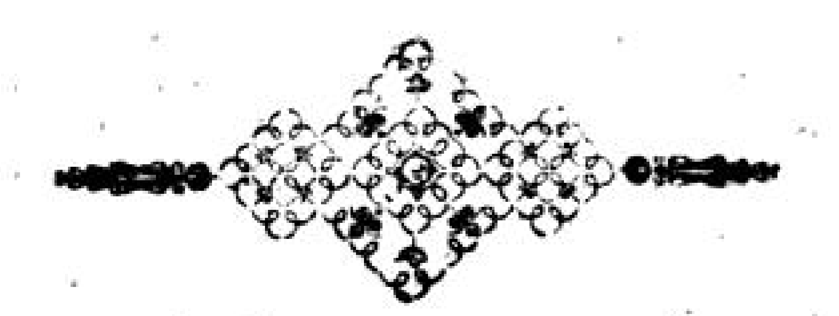
FIN DEL TOMO DÉCIMOSESTO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOCUARTO.



HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XVII.

Stat sua cuique dies.

VIRG.

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

DE UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS,

NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:

1843.

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOCUARTO.

CONCLUSION DEL CAPITULO VII.

ELEVACION DE OMAR. — Abu-Becre, en sus últimos momentos, designó por sucesor á Omar. Este rehusaba el mando, diciendo: «*Me basta la gloria, y no necesito del cetro.*» — «*Así será*, replicó el califa; *pero el cetro tiene necesidad de tí.*» Omar obedeció; y subiendo al trono del jefe de los creyentes, tomó el título de príncipe de los fieles, ó *Emir Almumenin*, que los cristianos han desfigurado llamándole *Miramamolin*.

Kaleb, émulo mucho tiempo de Omar, previó su desgracia, y se resignó á ella. Quitósele el mando; y este feroz guerrero, á quien se daba el nombre de Atila musulman, demasiado relijioso para resistir á las órdenes del pontífice rey, descendió sin murmurar desde la dignidad de jefe á los empleos mas subalternos; bien que estaba seguro de onrarlos por su terrible cimitarra y su valor entusiasta.

PUSILANIMIDAD DE HERACLIO. — Entretanto Heraclio atribuia sus reveses no á su verdadera causa, cual era su debilidad, sino á las divisiones intestinas de los cristianos pues se odiaban de muerte los partidos. Previendo la prócsima caida de Jerusalen, y no habiéndose debilitado su zelo relijioso como su valor, que tal sucede siempre á los cobardes, fué á dicha ciudad, cojió la cruz de Cristo y la mandó llevar

á Constantinopla, para libertarla de los ultrajes de los sarracenos, lo cual era anunciar al pueblo nuevas y ciertas derrotas.

El recuerdo de su antigua gloria le hacia mas amarga su presente ignominia. Al llegar cerca de la capital, se detuvo mucho tiempo en una casa de placer, no atreviéndose á presentarse vencido en el teatro de sus triunfos. Allí recibió aviso de una conjuracion tramada contra su vida. Desde que fué débil, no tardó en ser cruel: creyendo delincuentes por solo sospechas á su sobrino y á su hermano, los condenó á la mutilacion y al destierro. A instancias del senado para que volviese á la capital, mandó hacer un puente de barcas en el Bósforo, atravesó furtivamente la ciudad, y entró en su palacio como un fujitivo enmedio de las tinieblas de la noche.

Su fama, muerta en el Oriente, vivia aun en el Norte. Cuprato, rey de los búlgaros, hizo con él un tratado de alianza. Venció á los ábaros que infestaban la frontera del imperio. Pero nada contenia los progresos de los sarracenos, que devastaban la Siria y la Francia; y como el saqueo podia afeminar sus costumbres que eran su principal fuerza, Omar afirmó su fé, disciplina y valor por medio de la severidad, y castigó rigorosamente á algunos musulmanes que habian bebido vino en Damasco. Abu-Obeida, lugarteniente del califa, habia concedido treguas á los romanos, mediante un tributo: Omar le reprendió públicamente esta vergonzosa debilidad.

Batalla de Yarmuza. -- (635) Muchas ciudades de Siria, entre ellas Balbek y Emesa, cayeron en poder de los árabes. Este torrente devastador amenazaba al imperio su prócsima ruina. Heraclio, despertado por la inminencia del peligro, junta todas sus tropas de Asia y Europa, y da el mando de ellas á Manuel, jeneral estimado. Omar, sabiendo que ciento veinte mil romanos marchan contra los musulmanes, sube á la cátedra, convoca á las armas todos sus fieles, y envia á Siria numerosos refuerzos. Bien pronto se encontraron los ejércitos: Manuel, antes de confiar el destino del imperio al trance de una lid, quiso entablar negociaciones. En la conferencia que hubo entre los jenerales, Manuel se admiró de ver á los musulmanes sentados en el suelo, sin querer aceptar las sillas que se les daban. «¿ De

qué te admiras? le dijo Kaleb: este césped esmaltado de flores es el asiento que Dios nos ha dado, y los tronos mas soberbios de los cristianos no le son comparables en riqueza.»

Los sarracenos querian conquistar, mandar y convertir: los romanos ni podian ni querian someterse: la conferencia fué inutil, y de ambas partes tomaron las armas para decidir con el hierro en la llanura de Yarmuza esta grande querella.

Los sarracenos eran entonces una nacion heróica, y el interés privado desapareció ante el público. Abu-Obeida, jeneral de los musulmanes, sabia que Kaleb le era superior en talento: sacrificando su amor propio al de la patria, le entregó el mando del ejército, y se puso al frente de la reserva con el estandarte amarillo de Mahoma, y allí rodeado de las mujeres sarracenas, se empleó en escitar los ánimos de los valientes, y en impedir la fuga de los cobardes.

La batalla fué larga y espantosa: el deseo de sostener su gloria antigua alentaba á los romanos: á los árabes, el furor del fanatismo. La victoria estuvo incierta durante dos dias, aunque la abilidad de los flecheros romanos daba á estos alguna ventaja: sus saetas habian muerto á setecientos de los musulmanes mas valientes. Los árabes desanimados comenzaban á cejar, cuando repentinamente se arrojan las mujeres sarracenas bajo las órdenes de Kaula, enmedio de los peligros, se ponen al frente de los musulmanes, les echan en cara su cobardía, y les dan valor con su ejemplo.

La intrépida Kaula cae herida: Oseira, otra de las mujeres, la libra de la muerte cortando la cabeza al romano que iba á matarla. El combate vuelve á comenzar en todos los puntos con encarnizamiento. Cuando el écsito era todavía dudoso, un soldado romano, cuya mujer habia ofendido un oficial, se entiende con los sarracenos, engaña á Manuel con una falsa noticia, y le indica un vado, «por el cual, decia, puedes rodear al enemigo.» El jeneral cae en el lazo, es atacado de improviso: los mas valientes de sus guerreros se aogan en el rio: este revés decide la victoria: los romanos, desbaratados en toda la línea, uyen dejando cien mil hombres en el campo de batalla: la pérdida de los musulmanes fué de cinco mil. Manuel fué hecho prisionero, condu-

cido á Damasco y degollado.

TOMA DE JERUSALEN Y ANTIOQUIA POR LOS ARABES. — (638) Los vencedores marcharon á Jerusalen y la cercaron, gritando llenos de fanatismo: «Entremos en la tierra santa que Dios nos ha destinado.» En vano el patriarca Sofronio procuró apartarlos de su intento, diciéndoles que no debian acometer á la santa ciudad. «Por lo mismo que es santa, dijo Kaleb, y sepulcro de los profetas, somos mas dignos que vosotros de poseerla.» Sofronio consintió en capitular; pero solamente con el califa. Omar vino al ejército: este altivo conquistador del Asia aumentaba su gloria cubriéndola con la sencillez de un umilde peregrino. Viajaba montado en un camello cargado de dos sacos en que habia cebada, arroz y fruta, con un odre lleno de agua delante y un gran plato detras. Seguíanle dos ó tres criados, con los cuales comia frugalmente. Encontró en el camino algunos sarracenos vestidos con ropas de seda, y los mandó arrastrar por el lodo. Su tienda estaba cubierta con solo pieles de camello como las de un árabe vulgar, sin mas asientos que el suelo.

El califa prometió á los abitantes de Jerusalen la vida, la libertad de relijion, y la conservacion de sus iglesias; pero les proibió todas las señales esteriores del cristianismo, como cruces y campanas, y hacer conversiones: les obligó á distinguirse por el traje, y les vedó hablar árabe y llevar armas; les impuso un tributo é hizo que reconociesen su autoridad soberana.

Omar entró en Jerusalen el mes de mayo de 638, acompañado del patriarca, y despues de este triunfo se apoderó de Alepo y sitió á Antioquía. Nestorio, jeneral romano, defendió valerosamente la capital de Siria; pero habiendo sido derrotado en una salida, cayó la ciudad en poder de los árabes.

Al mismo tiempo acometió Amru á Cesárea: el jóven príncipe Constantino, despues de haber pedido inútilmente la paz, dió una batalla y la perdió. Los árabes se hicieron dueños de Cesárea, Tiro y Trípoli, y asi cayó en su poder toda la Siria. La sumision de esta estendida provincia no trajo á ella el sosiego que se esperaba: el azote de la peste sucedió al de la guerra, y causó espantosos estragos: murieron veinticinco mil musulmanes, á los cuales sobrevivió poco

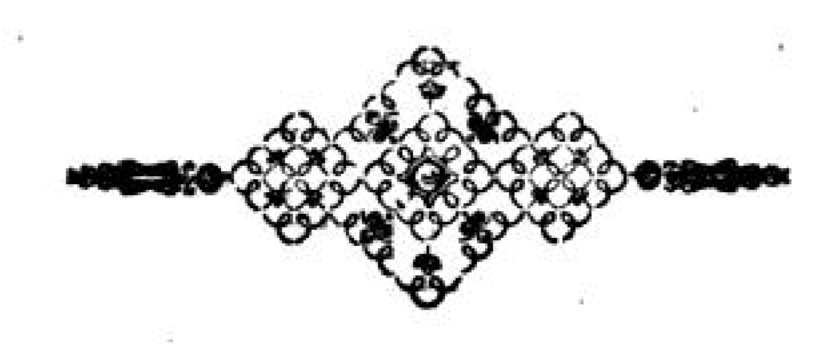
el famoso Kaleb. Los sarracenos conquistaron despues la Mesopotamia; el aumento de su poder acrecentaba sus fuerzas, y con ellas su ambicion: el proselitismo reclutaba sin cesar sus ejércitos. Su relijion se propagó rápidamente por la espada y las victorias.

Omar buscaba un pretesto para llevar á Ejipto el Coran y sus armas. El miedo, que es el peor de los consejeros, movió al patriarca Ciro á presentarle la ocasion que deseaba: con la esperanza de evitar la invasion, prometió al califa una gran suma de dinero que no pudo juntar. Amrú, para vengarse de este quebrantamiento de la promesa, entró en Ejipto; y aunque solo tenia cuatro mil árabes, auyentó dos ejércitos romanos. Ciro, delirando con el miedo, comprometió la dignidad imperial, ofreciendo por mujer al califa una hija del emperador: Omar la reusó con altanería, y no le dejó mas fruto de su ridícula proposicion que la ignominia. Pelusio y otras muchas ciudades se rinden: Alejandría sufre un sitio: el patriarca amenaza á Amrú con el enojo del cielo y la venganza de los romanos. El orgulloso árabe, estendiendo su mano ácia la columna de Pompeyo, le responde: «Hasta que te la hayas tragado no saldremos de Ejipto.» El cerco de Alejandría duró catorce meses.

Heraclio veia con desesperacion que un pueblo nómade, en otro tiempo oscuro y casi ignorado, destruia su gloria y poder, y destrozaba el imperio. No era mas feliz en Occidente: la juventud de Aladoaldo, rey de los lombardos, le daba alguna esperanza de acometerle con buen écsito; pero Teodolinda, su madre, sostuvo con firmeza su autoridad. Cuando murió, su hijo, depuesto por los grandes, se refujió á la corte del esarca: Arialdo se apoderó del trono. El esarca, en lugar de aprovecharse de estas discordias, dejó sin ausilio al rey destronado; y corrompido además por el dinero de Arialdo, hizo asesinar al duque de Friul, que se habia armado contra el usurpador.

Muerte de Heraclio. — Viendo Heraclio la España perdida para siempre, casi toda la Italia bajo el poder de los lombardos, la Siria, la Palestina y la Fenicia conquistadas por los musulmanes, y Alejandría prócsima á caer en sus manos, murió oprimido de remordimientos y pesares. Habia reinado treinta años:

sus primeras azañas resucitaron la gloria del imperio; pero sus brillantes cualidades fueron inútiles por la debilidad de su carácter. Heraclio brilló mientras le favoreció la fortuna; mas no supo luchar contra el infortunio; y este conquistador, cuyo cetro pareció al principio tan poderoso como temible su espada, abatido por la desgracia, cayó sin gloria, dejando un nombre mancillado y un trono vacilante. Su primer hijo Heraclio Constantino, hijo de Eudosia, tenia á la sazon veintiocho años; y Heracleónas, hijo de Martina, solo diezinueve. El emperador, antes de morir, mandó que reinasen entrambos bajo la tutela de Martina.



CAPITULO VIII.

CONSTANTINO III, HERACLEONAS, CONSTANTE II.

(Año 641.)

Rejencia de la emperatriz Martina.—Muerte de Constantino despues de tres meses de reinado.—Conquista del Ejipto por el califa Omar.—Incendio de la biblioteca de Alejandría.—Conquista de la Liguria por los lombardos.—Código de Rotaris.—Muerte de Omar.—Othman, califa.—Batallas de Cadesia y Nahavend.—Muerte de Ildisjerdes y ruina de la segunda monarquia de los persas.—Persecucion y muerte del papa Martino.—Califado de Alí, muerte de Othman.—Guerra civil entre Moavia y Alí.—Califado de Moavia, fundador de la dinastía de los omniades.—Sectas de Alí y Moavia.—Conquista de la Esclavonia por Constante.—Muerte de Gundeberto.—Espedicion de Constante á Italia.—Derrotas de Constante en Italia.—Esacciones y muerte de Constante.

Los límites del imperio se estrechaban contínuamente en la misma proporcion que se aumentaba la autoridad del príncipe. Para dar el cetro, no se consultaba ya ni al senado ni al ejército: bastaba para la formalidad reunir la plebe, hacerle algunas promesas, leerle el testamento del emperador difunto y mostrarle su nuevo señor.

Pero el despotismo destruye su base al elevarse; muy luego no tiene por apoyo sino la movible rueda de la fortuna, y desde que vacila cae sin ausilio porque ecsiste sin apoyo.

Rejencia de la emperatriz Martina.—Despues de la muerte de Heraclio, la emperatriz Martina convocó el pueblo, mandó leer el testamento de su esposo, y declaró que en virtud de este acto los dos príncipes reinaban bajo su proteccion. Esperaba aclamaciones, y solo oyó quejas: gritaron de todas partes que para resistir á los terribles

árabes, era menester algo mas que una emperatriz y un niño, si se habian de evitar las desgracias de Persia, donde una reina débil no habia podido oponerse á la invasion de los musulmanes; y que los romanos, acostumbrados á saludar con el nombre de emperador á un jeneral victorioso, se envilecerian dejándose gobernar por una mujer. Tal es el pueblo, servil en tiempos de prosperidad, sedicioso en la época de los reveses. Martina, que al principio pensó reinar sola, segun dicen algunos historiadores, se vió obligada á llamar á los príncipes: deseaba á lo menos que se elijiese por emperador á su hijo Heracleónas, al cual estaba segura de gobernar; pero el pueblo prefirió y proclamó al hijo de Eudosia, que habia mostrado mucho valor al frente de los ejércitos.

Las fatigas de la guerra habian debilitado la salud y el carácter de este príncipe: entregó su confianza á Filagro, tesorero del imperio, hombre codicioso que le estravió con funestos consejos. Mandó desenterrar á su padre Heraclio para tomar una corona de oro que se habia puesto en su sepulcro: obligó al patriarca Pirro á entregar una gran suma de dinero, confiada á sus manos para la subsistencia de la emperatriz. Estos primeros actos de su reinado le hicieron temible y despreciable.

Tenia dos hijos, Constante y Teodosio. Filagro le aconsejó recomendarlos á la benevolencia del ejército; y se encargó esta comision á Valentino, escudero de Filagro. En todos estos pasos se descubria la flaqueza, que es precursora de la tiranía y presajio casi cierto de grandes infortunios para los pueblos. Pero Constantino no tuvo tiempo ni para justificar estos temores ni para reparar sus yerros, porque murió despues de tres meses de reinado, segun se creyó, de yerbas que le dieron Pirro y Martina.

HERACLEONAS Y CONSTANTE II, EMPERADORES.—Heracleónas, dirijido por su madre, se apodera del trono, gana con liberalidades á la guardia, despide á Alejandría al patriarca Ciro, depuesto por Heraclio á causa de su mala conducta con los árabes, y destierra á Filagro á Ceuta, ciudad de la última Mauritania.

Entretanto, Valentino recordaba á las tropas los derechos de los hijos de Constantino. Subleváronse, pues, á favor de ellos, el pueblo se les unió y pidió á gritos que se diese el cetro á Cons-

tante. Su guardia resiste en vano: la multitud armada se esparce por las calles, corre enfurecida la ciudad, amenaza el palacio, y saquea la basílica. La emperatriz tiembla; consiente en coronar á Constante, y el patriarca Pirro uye al Africa. Valentino llega al frente de las tropas, se quita la máscara y manifiesta su ambicioso proyecto. Pareció al principio que solo habia tomado las armas para coronar á Constante: aora ecsije el título de césar y el mando de la guardia: Martina y su hijo hubieron de consentir en ello.

Esta debilidad hizo su ruina mas pronta y segura. Valentino (porque Constante, de once años á la sazon, solo tenia el título de emperador), mandó prender á Martina y á Heracleónas, y los acusó de envenenamiento. Madre é hijo fueron orriblemente mutilados, y terminaron sus dias en el destierro y en la oscuridad. La rejencia de Valentino fué para el imperio una época de oprobio y de infortunios. No gozó por mucho tiempo el título de césar: aspirando al de emperador, escitó tres años despues una conmocion popular, y fué degollado por la guardia de Constante.

Conquista del Ejipto por el califa Omar.—Un gran desastre hizo célebre el primer año del reinado de este emperador. Amrú, lugarteniente del califa Omar, se apoderó de Alejandría y conquistó todo el Ejipto. En aquella ciudad halló tesoros inmensos, cuatro mil palacios, otros tantos baños públicos, cuatrocientos circos y doce mil jardines. En su numerosa poblacion se contaban cuarenta mil judíos que enriquecian el fisco con tributos cuantiosos: los árabes, por conservar la vida, los bienes y la libertad de su culto, les impusieron una contribucion de dos ducados por cabeza. Estas inmensas riquezas hicieron mas rápidas las conquistas de los musulmanes, que solo empleaban el dinero en aumentar sus ejércitos y adornar sus mezquitas. Su relijion los obligaba á la pobreza, y no conocian mas lujo que el público: todo lo prodigaban por su creencia, su gloria y su patria, y nada quedaba para los individuos.

Incendio de la biblioteca de Alejandria. — (642) Amrú queria protejer las letras y salvar la biblioteca de Alejandría, compuesta de setecientos mil volúmenes. Consultado el califa, recibió esta órden feroz: «Si los libros no contienen mas que lo

que se halla en el Coran, son inútiles: si contienen cosas que le son contrarias, son peligrosos. Quémalos, pues.» Amrú obedeció á su pesar: este tesoro de las ciencias antiguas sirvió durante muchos meses para calentar los baños de Alejandría; y asi fué como el fanatismo de un árabe sepultó las luces del antiguo mundo (1).

Amrú hizo limpiar el canal de Adriano, y lo puso en estado de poderse navegar. La pérdida de Ejipto, Siria y Palestina causó en el imperio la mayor consternacion. Constante imploró en vano los consejos de los senadores. Cuando Marco Aurelio, coronado por la victoria, restituyó al senado la libertad de las discusiones, inspiraba un respeto merecido; pero un débil príncipe, despojado, pidiendo consejos tardíos, inspiró solamente una compasion muy semejante al desprecio.

Conquista de la Liguria por los lombardos: codigo de Rotaris. —(643) Por otra parte, los lombardos que hacian contínuos progresos, se apoderaron de Jénova, vencieron al esarca Platon, tomaron á Savena y se hicieron dueños de la Italia setentrional hasta los Alpes. Rotáris, su rey, famoso por sus azañas, lo fué mucho mas por la abolicion del derecho romano y el establecimiento del código lombardo. Esta lejislacion se estendió por el Occidente, y los normandos la adoptaron despues. En nuestros dias han estado vijentes muchas de sus disposiciones en el reino de Nápoles.

Hasta Rotaris los lombardos se habian rejido solo por costumbres y tradiciones: este rey publicó su código en 643, imitando á Dagoberto que habia reunido para Francia las leyes de los alemanes, francos y bávaros. El derecho feudal europeo tuvo su orijen en el derecho lombardo. Los nobles, majistrados y sacerdotes discutian las leyes propuestas por el rey; y segun algunos autores, los diputados del pueblo eran admitidos entonces á esta deliberacion.

Despues de la muerte de Ayon, duque de Benevento, su sucesor Rodoaldo estendió las posesiones de los lombardos. Poco despues

(1) Ya en la pájina 16 del tomo I de esta obra, hablando de la biblioteca de Alejandria, dijimos que no ecsistian pruebas positivas de su incendio, ordenado por Omar. En este lugar repetimos lo mismo: no es nuestro ánimo negarlo ni asegurarlo, aunque es creible por parte de sectarios tan enemigos de toda ilustracion.

le sucedió su hermano Grimoaldo: este se apoderó del cetro de Milan, despojando de él á Pertarito.

MUERTE DE OMAR. — (644) El célebre Omar, éroe de los musulmanes, el conquistador de Siria, Ejipto, Mesopotamia y parte de la Persia, murió en 644, asesinado por un esclavo. Conquistó, segun Cantemir, treinta y seis mil ciudades ó castillos, destruyó cuatro mil templos entre cristianos y jentílicos, y fundó ó reedificó mil cuatrocientas mezquitas. El baston de Omar fué mas terrible que la espada de sus sucesores. No quiso dejar el trono á sus hijos, diciendo: «Es demasiado que uno de mi familia tenga que dar á Dios una cuenta tan larga.»

REINADO DEL CALIFA OTHMAN. — Seis comisarios con poderes suyos elijieron por califa á Othman, guerrero célebre, y que Mahoma alejó del trono porque preferia los intereses de su familia á los del estado. En su reinado concluyeron los musulmanes la conquista de Persia.

BATALLAS DE CADESIA Y NAHAVEND. —(646) Saab, éroe sarraceno, ganó á veinte leguas de Babilonia la famosa batalla de Cadesia contra Rustan, jeneral de Ildisjérdes, que le disputó tres dias la victoria. Vencido el rey de Persia, se retiró al pais de Korassan: los árabes cojieron en Modin sus tesoros. Saab persiguió al desgraciado Ildisjérdes, y le obligó á refujiarse al Turkestan.

Sin embargo, el valiente Rustan, haciendo ilustre su desgracia, convoca á las armas á todos los persas, y al frente de un ejército inumerable, pero que no tuvo tiempo de disciplinar, hace el último esfuerzo para salvar la monarquía. Los dos ejércitos se encontraron cerca de Nahavend. Los árabes llamaron á esta batalla *la victoria de las victorias*: en el primer choque fueron desbaratados los sarracenos y muerto su jeneral Nooman; pero Godaifa, su lugarteniente, restableció el combate, y despues de una larga resistencia quedaron los persas destrozados.

MUERTE DE ILDISJERDES Y RUINA DE LA SEGUNDA MONARQUIA DE LOS PERSAS. — (651) Ildisjérdes estuvo oculto cinco años en un desierto: un príncipe turco, llamado Turkan, que mandaba seis mil hombres, le prometió restituirle al trono. Ildisjérdes, cuya soberbia habia sobrevivido á su autoridad, recibió con despreció las ofertas del jefe de una tribu bárbara. Turkan irri-

tado se liga con los enemigos del persa, abraza el islamismo, y manda cortar la cabeza al rey: con ella cayó el antiguo imperio de los persas que en lo sucesivo fué una provincia de los califas. Peroso, hijo de Ildisjérdes, se refujió á la China: el emperador le recibió con bondad y le prometió tropas para restablecerle en el trono; pero ó no pudo ó no se atrevió á cumplir su promesa. En Peroso y su hijo se estinguió la familia de los reyes de Persia.

Othman justificó por sus yerros las reprensiones de Mahoma. Cuando los jenerales árabes conseguian victorias, daba sus gobiernos á Abdalá, hermano suyo, que de este modo recojia el onor y la utilidad de todos los triunfos. Despues de la uida de Ildisjérdes, Abdalá mandó en Persia; poco despues le envió á Ejipto el califa, y no tardó en arrepentirse. Manuel, jeneral romano, engañando su vijilancia, se apoderó por sorpresa de Alejandría. El invencible Amrú reparó esta desgracia, y recobró aquella capital; pero el injusto Othman dejó á Abdalá el gobierno de la provincia, y por esto se hizo odioso á los sarracenos.

Poco despues se supo que el patricio Gregorio, despreciando la debilidad del emperador de Oriente, se habia hecho soberano del Africa. Esta defeccion dió al califa esperanza de recobrar á Cartago, y envió contra ella á Abdalá al frente de cuarenta mil árabes. Gregorio, que tenia ciento veinte mil romanos, le dió batalla cerca de Yacubea: el combate duró todo un dia sin resultado decisivo. La hija de Gregorio, mostrando el mismo valor que antiguamente Clelia, peleaba en la primer fila de las lejiones. El cobarde Abdalá se habia quedado en su tienda lejos del estruendo militar, porque se le habia dicho que Gregorio prometia millon y medio y la mano de su hija al que le llevase la cabeza del jeneral enemigo. Al fin tomó el partido de poner en precio la de Gregorio. La batalla se renovó con furor muchos dias; pero en el último choque fué muerto Gregorio de un bote de lanza: los africanos desanimados cedieron la victoria y uyeron; y la belicosa hija del patricio quedó cautiva de Zofeir, lugarteniente de Abdalá (648). Este mismo año, el sarraceno Moavia hizo un desembarque en la isla de Chipre, robó á los abitantes, y los redujo á la esclavitud.

El emperador Constante, en lugar de despertar con estos reveses y con la pérdida del Africa, solo pensaba en protejer la erejía de los monotelitas, en cuyo favor publicó un edicto que se llamó el *tipo de Constante*. El patriarca Pirro fué á Roma á abjurar la erejía; pero el esarca de Ravena le obligó á retractarse. El papa Teodoro escomulgó al patriarca: su sucesor Martino reunió en Roma un concilio de ciento cinco obispos, que condenaron la erejía y el edicto del emperador.

Entretanto los sarracenos, que aun no disputaban sobre los puntos de su creencia, continuaban propagándola con la espada. Abdalá se hizo dueño de toda la Nubia: otro ejército sarraceno desembarcó en Sicilia: el patricio de Armenia hizo alianza con el califa, y el terrible Moavia se apoderó de Rodas. Dícese que el coloso que cerraba el puerto, escitó el respeto y admiracion de aquel coloso musulman.

Persecucion y muerte del papa Martino. — (655) El emperador Constante, mas irritado por la resistencia del papa Martino que por las victorias de los árabes, encargó al esarca Olimpio que le asesinase; y en castigo de no haber podido ejecutar la maldad, le quitó su destino y le envió á Sicilia á pelear contra los sarracenos.

Olimpio fué vencido, y murió del pesar que le causaron sus desgracias y su derrota. Caliópas su sucesor, fué á Roma, arrostró el furor del pueblo y las amenazas del clero, sacó violentamente al papa de la iglesia en que se habia refujiado, y lo envió á Constantinopla, donde fué juzgado y condenado por sus enemigos. Se le arrastró por las calles, escoltado por dos verdugos, con una argolla á la garganta, y se le echó en un calabozo. El emperador queria que muriese allí de ambre: el carcelero, mas umano, le dió sustento. El patriarca Paulo, aunque enemigo del papa, consiguió que se le perdonase la vida, y Martino fué desterrado á la playa estéril de Querson, donde acabó sus dias.

El clero de Roma le dió por sucesor, primero á Eujenio, y despues á san Mácsimo, que merecieron tambien la persecucion peleando contra la erejía. Nada podia impedir la caida de un imperio atacado por un príncipe estravagante, que no oponia ostáculos á los califas, y solo peleaba contra los papas.

El ejército sarraceno atraviesa la Siria y se acerca á Constantinopla. El emperador se ve en fin obligado á defender su corona, su creencia y libertad: se embarca en la armada, y deja en la capital á su hijo Constantino, su colége en el imperio: las dos escuadras se encuentran en las costas de Licia y se dan batalla: al primer choque se declara la victoria por los mahometanos: sus buques rodean el navio imperial, y lo toman al abordaje. Un soldado napolitano, cuya eróica accion debió haber inmortalizado su nombre, se cubre con los vestidos y ornamentos imperiales, y es cojido y muerto por los árabes, al mismo tiempo que el emperador, disfrazado en traje umilde, se arroja al mar y se escapa en una chalupa.

Califado de Alí. — (656) Parecia que el imperio de los mahometanos iba á elevarse sin rivales sobre las ruinas de Grecia, Roma y Persia. Hasta entonces la reunion de los sarracenos bajo un solo jefe y una ley sola, les habia dado una fuerza invencible: su discordia salvó la tierra.

Othman justificó por su egoismo las prediciones de Mahoma, y prefirió su famalia al estado. Los principales emires, que se hallaban á la sazon en Medina, indignados de ver á Abdalá, hermano del califa, acumular tesoros, onores y mandos, y gozar solo él el fruto de las azañas de todos, se sublevaron, pidieron su destitucion, y que se diese el mando de los ejércitos al valiente Mahomet, hijo de Abubecre. Para sosegarlos, promete el califa condescender con sus deseos; pero se interceptó una de sus cartas, de la cual constaba que habia enviado un emisario para asesinar á Mahomet. Entonces no conoció freno su furor: reunen sus partidarios y vuelan á las armas: los del califa se defienden un mes con valor; pero al fin los emires escalan las murallas de la Mecca. Mahomet, al frente de ellos, entra en el palacio de Othman y le atraviesa con la cimitarra. En este momento el califa, de edad de ochenta y dos años, leia con devocion el Coran; y ni el tumulto del asalto, ni el rumor de las armas, ni la cercanía del peligro pudieron separar su vista del libro sagrado: solo la muerte puso fin á su lectura.

Los omicidas elevaron al califado á Alí, yerno del profeta; pero la célebre Aischa, viuda de Mahoma, siempre ambiciosa

y siempre dominante, se declaró á favor de Moavia, y le sostuvo con su numeroso partido.

Guerra civil entre Moavia y Alí. — (658) Las dos facciones se dieron un sangriento combate. Aischa estaba en las primeras filas sobre un camello. En esta batalla perecieron diezisiete mil árabes: la victoria quedó por Alí. Aischa fué prisionera; pero el respeto de los musulmanes á la esposa preferida del profeta, no se desmintió: acabó sus dias en Medina, tan venerada que aunque prisionera, parecia señora de los vencedores.

Resuelto Moavia á sostener sus derechos y á vengar la muerte de Othman, volvió con quince mil guerreros á pelear con Alí, que tenia veinticinco mil bajo sus banderas. Estos dos ejércitos estaban animados con el doble furor de la ambicion y del fanatismo. Hombres tan intrépidos hubieran conquistado la Europa: felizmente se destrozaron entre sí. Dase por seguro que en el espacio de tres meses se dieron noventa batallas. El último combate, dado entre las tinieblas de la noche, terminó la querella: de entrambas partes era igual el encarnizamiento: peleaban cuerpo á cuerpo y en un silencio profundo que aumentaba el orror de la mortandad: daban ó recibian la muerte sin proferir un grito ó un jemido. En fin, cuando los primeros rayos del sol iluminaron aquel campo espantoso, donde solo se pensaba en esterminar ó en vencer, Moavia manda levantar el Coran sobre cuatro picas, y clama en alta voz: «Sea juez de nuestra disputa este libro sagrado.»

A estas palabras el furor se estingue, renace la piedad, las cimitarras se detienen y cesa el combate. Los dos partidos nombran árbitros, y buscan en el Coran el juicio de Dios. La influencia de Amrú decide la interpretacion: los árbitros sentencian en favor de Moavia. El soberbio Alí no reconoce la sentencia, apela á su espada, y desafia á Moavia á una batalla singular. «El brazo de Alí, respondió Moavia, es mas fuerte que el mio, y nunca ha dejado vivo al enemigo con quien ha peleado; pero la cabeza mas fuerte es la que ha de reinar. Soy califa por un juicio irrevocable.»

Califado de Moavia, fundador de la dinastia de los Omniades. —(661) La guerra vol-

vió. Moavia se apoderó de Medina y de la Mecca: esta discordia civil dejaba respirar á los enemigos del islamismo, y esterminaba sus mas valerosos defensores. Tres musulmanes, indignados de aquellas desavenencias que destruian el estado, se resuelven á ponerles fin con la muerte de los tres jefes principales cuya ostinacion era causa de las desgracias públicas: el yerro de uno de los omicidas salvó de la muerte al intrépido Amrú: Moavia recibió una herida, de la cual quedó eunuco: solamente Alí cayó bajo el puñal de los conjurados, muerto en la mezquita de Cufa (1).

La Arabia reconoció por califa á su hijo Hassan; pero este, menos ambicioso que su padre, cedió el trono á Moavia, que le prometió grandes onores, vastas posesiones, y una gran suma de dinero. Firmado el convenio, Moavia, siguiendo la infame moral de muchos reyes, dijo: «Aora que soy dueño absoluto, revoco las condiciones del tratado: concluido el edificio, se echan abajo los andamios.» Hassan murió envenenado. Moavia, pacífico poseedor del cetro y del incensario; estableció la silla del imperio en Damasco, y fué jefe de la dinastía de los Omniades, que duró cerca de un siglo, hasta que le sucedieron los Abasidas.

Sectas de Alí y Moavia.—Mahoma se habia jactado de reunir todos los ánimos bajo la creencia de un dogma sencillo, y de evitar las disputas contrarias al espíritu de conquista; pero se engañó. Despues de la muerte de Othman, las versiones é interpretaciones del Coran eran tan numerosas, que segun dicen los musulmanes, podian cargar doscientos camellos. Un sínodo, convocado por Moavia, las redujo á seis libros, y mandó echar al rio los demás; pero estos seis libros dieron orijen á las disputas ostinadas de setenta y dos sectas, de las cuales han llegado dos hasta nuestros dias, anatematizándose mútuamente (2).

El emperador Constante se aprovechó del descanso que le permitian las discordias de sus enemigos. Las derrotas pasadas le hicieron mas dócil á la voz de la razon. Se reconcilió con el papa Vitaliano, se puso al frente

(1) Véase la nota sobre Alí, puesta en la pajina 187 del tomo XVI.

(2) Téngase presente sobre este punto lo dicho en las pájinas 151 y 167 del tomo XVI.

de un ejército, conquistó la que hoy se llama Esclavonia, nombró césares á sus hijos Heraclio y Tiberio, construyó una nueva armada para pelear contra los sarracenos, y reunió en Oriente fuerzas tan considerables, que pusieron en cuidado á Moavia. Este califa, cuyas fuerzas estaban agotadas por la guerra civil, hizo paces con el emperador; y aun los historiadores griegos aseguran que se sometió á pagarle cada dia un esclavo, un caballo y mil monedas de oro; pero los árabes dicen y con razon, que esta es una fábula forjada por la vanidad griega.

Constante, siempre adicto á su erejía, hizo matar á su hermano Teodoro, que era sacerdote y católico. El remordimiento se siguió al crímen, y envenenó el resto de la vida del emperador.

Usurpacion de Grimoaldo.— En este tiempo usurpó Grimoaldo, duque de Benevento, la corona de Lombardía. Estaba dividida entre Pertárito y Gundeberto, hijos del rey Ariperto: el uno residia en Milan y el otro en Pavía. Gundeberto queria reinar solo: la ambicion le instigó á cometer una de aquellas faltas que arruinan los estados, y solicitó el ausilio de un estranjero, como era Grimoaldo. Este, dejando en Benevento á su hijo Romualdo, marcha á Milan con el pretesto de socorrer á su aliado; pero en la realidad, para destronar á ambos hermanos. Un traidor, apostado por él, inspira sospechas á Gundeberto, y le aconseja que se asegure, y que cuando salga á recibir á Grimoaldo, lleve bajo el vestido una coraza y un puñal.

Muerte de Gundeberto.—El pérfido duque lo abraza; y conociendo al estrecharle que está armado, afecta creer que se le tiende un lazo, saca la espada y la hunde en la garganta del príncipe. El matador credó á su víctima: el terror se apoderó de todos los ánimos. Pertárito consternado uyó de Milan, y dejó allí á su esposa Rodelinda y á su hijo Cuniberto, que fueron encerrados en Benevento.

El usurpador casó con la hermana de los dos príncipes despojados por él: elevado al trono por un crímen, sorprendió á sus vasallos cuando le vieron gobernar con tanta dulzura que granjeó el afecto público. El mismo Pertárito, que se habia refujiado en la corte del kan de los ábaros, engañado por las promesas de Grimoaldo, deja su asilo, vuelve á Italia, es recibido con onor, y llega á Pavía.

Al verle se manifiesta el amor que le profesaban los abitantes con gritos de júbilo. El artificioso Grimoaldo le abraza y le trata como á un hermano; pero en secreto jura su perdicion, y resuelve prenderle á la noche entre las alegrías de un banquete. Pertárito, sin recelar nada, convidó á todos sus amigos á cenar con él en su palacio. Un criado leal le avisa la trama urdida contra él. Finje estar oprimido del vino y del sueño, deja sus convidados en la mesa, y se entrega á la fidelidad de Hunulfo, uno de sus antiguos cortesanos. Este le disfraza de esclavo, le pone sobre el hombro algunos colchones, le manda ir delante, le regaña, le amenaza, le pega, y le descuelga de los muros de la ciudad con una soga. Al pie de la muralla encuentra un caballo lijero, uye de su enemigo, y vuela á Francia á buscar asilo en la corte de Clotario III.

Entretanto el convite cesa ya muy entrada la noche, los comensales duermen, y el silencio reina en el palacio. La guardia de Grimoaldo llega, y solo encuentra un criado que los retarda, pidiéndoles que no perturben el sueño de su amo. Entran en fin, y enfurecidos de ver que se les habia escapado su víctima, quieren matar al sirviente animoso; pero Grimoaldo los detuvo, y aun recompensó su fidelidad y la de Hunulfo, al cual obligó á aceptar un grande empleo de palacio. Hablando algun tiempo despues con este nuevo favorito, le dijo: «¿No sois mas feliz conmigo que con un miserable fujitivo?»—«Príncipe, replicó Hunulfo, yo os agradezco vuestros beneficios; pero si he de responder con franqueza, mas bien querria participar de las desgracias de Pertárito, que de vuestra fortuna.» Grimoaldo, conmovido de aquella lealtad, que le hacia envidiar al príncipe destronado, envió á Pertárito este amigo fiel, y le permitió llevar consigo todas sus riquezas.

Un ejército francés entró en Italia para restablecer en el trono al príncipe lejítimo. Grimoaldo, que debió todas sus victorias á la astucia, finjió miedo, y uyó abandonando sus reales, y dejándolos llenos de vino y provisiones. Los franceses se apoderan de ellos, se entregan á la crápula, y se sumerjen en la embriaguez. Grimoaldo aparece de improviso, cae sobre ellos y los destroza tan completamente, que solo volvieron á Francia algunas reliquias.

ESPEDICION DE CONSTANTE Á ITALIA.—(662) En este tiempo el emperador Constante, atormentado por sus remordimientos, creia ver á todas oras la sombra de su hermano Teodoro, que le presentaba una copa llena de sangre, y le decia: «Bebe, pérfido hermano, ese licor de que tan sediento estabas!» Esperando que las ajitaciones de la guerra restituirian la paz á su corazon, quiere, alejándose, u ir del remordimiento y del fantasma: arma sus navios, anuncia su partida, declara que va á reconquistar la Italia y á devolver á Roma la silla del imperio. «Bizancio, añadia, debe su orijen á Roma, justo es respetar á la madre mas que á la hija, y restituirle su antiguo esplendor.»

La idea de Constante era grandiosa; mas para ejecutar semejantes designios era menester otro hombre. Constantino, vencedor y cubierto de gloria, pudo trasladar la silla del imperio: un príncipe débil y vencido, emprendiendo una igual revolucion, solo podia inspirar el odio y el desprecio. Al ir á embarcarse, el pueblo de Constantinopla se subleva, le amenaza, y retiene prisioneros á sus tres hijos y á su mujer. La guardia salva al emperador de los furores de la plebe; embárcase, y al partir prodiga á la ciudad donde habia nacido, los denuestos y las imprecaciones.

DERROTAS DE CONSTANTE EN ITALIA. —(663) Pasó el invierno en Atenas, y desembarcó en Italia en los primeros dias de la primavera siguiente. Desde muchos tiempos no se habia visto en aquel pais un emperador al frente de su ejército, y así su llegada causó grande terror. Tomó por asalto á Luceria, y asentó sus reales á la vista de Benevento. Romualdo, que mandaba en esta ciudad, avisó á Grimoaldo, su padre, del peligro que le amenazaba; y mientras llegan los socorros que pide, se defiende con tanto valor, y hace tan dichosas salidas, que Constante se ve obligado á levantar el sitio. El emperador marcha á Nápoles: un cuerpo de su ejército es derrotado por el conde de Cápua. Otra division romana de veinte mil hombres, mandada por Saburso, tuvo órden de observar á Romualdo; pero el príncipe lombardo le presentó la batalla, y lo derrotó completamente. Desde esta derrota perdió Constante toda esperanza de vencer á los lombardos. Entró en Roma, y no pudiendo

presentarse en triunfo, afectó una umildad relijiosa. Sin embargo, como la conquista de Italia era imposible, satisfizo su vanidad con frívolas apariencias en la antigua capital del mundo, se apoderó del tesoro de todas las iglesias, se embarcó en Rejio con este vergonzoso botin, pasó á Sicilia, y fijó su residencia en Siracusa.

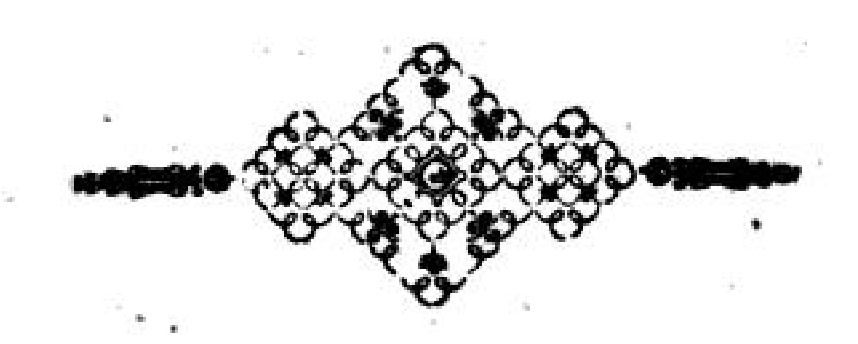
Ya no podia volver á ninguna de sus dos capitales, siendo despreciado en la una, y aborrecido en la otra. Así esta empresa mal concebida, cuyo objeto fué restablecer el imperio, aceleró su decadencia. Su debilidad afirmó el poder de los lombardos. Romualdo se apoderó de Tarento y Brindis, y conquistó la Calabria: solo quedaron en el mediodia al emperador las plazas de Gaeta y Nápoles, y algunas ciudades de la costa. Durante esta breve guerra se habia sublevado el duque de Friul: Grimoaldo le venció, le obligó á someterse, abrazó el catolicismo, é hizo alianza con una tribu de búlgaros, cuyas irrupciones se estendieron hasta las mismas puertas de Constantinopla. La gloria y fortuna de Grimoaldo obligaron á Childerico II, rey de Francia, á hacer un tratado con él. Pertárito, consternado, temió que le entregasen á su enemigo, y pensaba en refujiarse á Inglaterra, cuando supo la muerte de Grimoaldo. Este dichoso usurpador dejó la Lombardía á Garibaldo, su hijo lejítimo, y el ducado de Benevento á Romualdo, su hijo natural.

ESACCIONES Y MUERTE DE CONSTANTE. — Entretanto el emperador Constante, que nunca supo servirse del cetro ni de la espada, sino para aumentar las desgracias de sus pueblos y la gloria de sus enemigos, entregaba la Sicilia al saqueo, y hacia jemir el Africa con el peso de sus esacciones. Cartago, á la cual amenazaba con su visita, le temia mas que á los sarracenos. Habajio, gobernador de la provincia, se sublevó con una parte de sus tropas, y se pasó al partido de los mahometanos. Moavia, jeneral árabe, y pariente del califa, se aprovechó de una circunstancia tan favorable, entró en Africa, y derrotó á treinta mil hombres que Constante habia enviado contra él. Pero el ejército sarraceno, siendo muy poco numeroso, no llevó por entonces mas adelante sus conquistas.

Las disputas eclesiásticas y las discordias civiles continuaban destrozando el imperio, ataca-

do al mismo tiempo por tantos enemigos esteriores: el peligro comun no podia producir la union bajo un príncipe incapaz de gobernar ni de combatir. Sapor, oficial persa, escitó una sublevacion en Armenia: el jóven césar Constantino encargó al patricio Nicéforo que marchase contra él, y atacase á Andrinópoli, declarada en su favor. Una caida del caballo terminó la vida y la rebelion del persa.

El emperador Constante vivió seis años en Siracusa como un tirano, desonrando el trono y arruinando el imperio. El odio que inspiraba era ya universal. Un dia que se bañaba, el oficial que estaba solo con él, le rompió la cabeza con una cuba de bronce, y uyó: poco despues entraron los criados, y le allaron aogado en el agua y en su sangre. Así murió á los treinta y ocho años de edad y veintisiete de un reinado infeliz que recordó los vicios y no los talentos de los Dionisios y Agatocles.



CAPITULO IX.

CONSTANTINO IV POGONATO, EMPERADOR.

(Año 668.)

Conquista de Siracusa por los sarracenos. — Conquista del Africa por los sarracenos. — Batalla del campo de Oucba. — Sitio de Constantinopla por Moavia. — Invencion del fuego griego ó greguisco. — Derrota de los árabes y paz con Moavia. — Invasion de los maronitas. — Invasion de los búlgaros. — Disputas relijiosas. — Muerte de Moavia. — Yesid, califa. — Incendio de la mesquita. — Moavia II, califa. — Muerte de Constantino.

Luego que se supo en Siracusa la muerte de Constante, los principales jefes del ejército, temerosos de que su hijo vengase en ellos el omicidio, dieron la púrpura á un armenio llamado Miris; y lo que es dificil de creer, en un negocio de esta importancia obraron como escultores mas bien que como conjurados, pues los únicos títulos que reunieron los votos en favor de Miris, fueron su ademan majestuoso, la regularidad de sus formas y la ermosura de su rostro.

Constantino, hijo del emperador asesinado, supo en Constantinopla esta eleccion. Era digno del trono, y no perdió el ánimo: asociado por su padre al imperio, tomó con osadía las riendas del gobierno. La mayor parte de las fuerzas romanas se hallaban entonces en Sicilia, en Africa, y bajo las banderas del usurpador. Constantino, con aquella rapidez que crea los recursos y asegura el buen écsito, levanta tropas en Asia, Grecia, Italia, Cerdeña, y hasta en la misma Africa, equipa una armada, se embarca, llega á Siracusa, aterra á los rebeldes, hace que le entreguen á Miris y á los

principales conjurados, y envia sus cabezas á Constantinopla. Solo entre ellos fué llorado el patricio Justiniano: este guerrero, estimado por su valor y sus virtudes se adirió á los rebeldes, no por ambicion, sino por el odio que le inspiraban los vicios de Constante. Jermano, su hijo, quiso vengarle: su trama fué descubierta, y el emperador lo mandó mutilar. Despues fué patriarca de Constantinopla, y se hizo célebre por su resistencia al emperador Leon, cuando este quiso destruir el culto de las imájenes.

Conquista de Siracusa por los sarracenos.—(669) Despues de sometidos los rebeldes, y afirmado su trono, Constantino volvió al Oriente, satisfecho con razon del papa Vitaliano, que le habia favorecido mucho en su brillante espedicion. Cuando llegó á Constantinopla, tributó á su padre los últimos deberes.

En cualesquiera otras circunstancias hubieran bastado su valor y actividad para asegurar su reposo; mas el imperio se hallaba entonces en la pendiente del precipicio, y era imposible levantarlo. Todo lo que se podia hacer era retardar su caida. Apenas la armada del emperador dejó los mares de Sicilia, se presentaron los sarracenos, llamados por algunos traidores, y desembarcaron en la isla. Opúsoseles poca resistencia: estos bárbaros asolaron el pais, tomaron á Siracusa, y se llevaron á sus mezquitas todos los modelos de las artes con que tantos siglos y triunfos habian enriquecido aquella antigua ciudad.

Mientras que las armas de los árabes destruian las fronteras del imperio, su interior estaba destrozado con guerras civiles. Heraclio y Tiberio, hermanos del emperador y condecorados por él con el título de augustos, poco satisfechos de un vano nombre, se quejaban de no tener parte en el gobierno: muchos cuerpos de milicias que ganaron, se sublevaron en su favor; y por una mezcla sacrílega del crímen con la relijion, decian que «así como en el cielo reinaba la Trinidad, la tierra debia ser gobernada por tres emperadores.

Constantino, oponiendo la disimulacion á la ipocresía, escucha con serenidad sus atrevidas reclamaciones, y les dice que para un negocio tan importante era fuerza consultar al senado: escorta á todos los jefes de la rebelion á que dejen sus banderas y se presenten con él

en la junta de senadores que vá á convocar. Apenas pasaron el estrecho, cae sobre ellos al frente de su guardia y manda acercarlos á todos en la playa.

La ignorancia, la barbárie y la supersticion que reinaban en Oriente, parecian no concordar con las luces del cristianismo; y desde luego se nota con admiracion, que esta relijion que despues civilizó tantas naciones salvajes, no hubiese podido, desde Teodosio, impedir que los romanos y griegos cayesen en las tinieblas de la barbárie. Casi se podia decir que tenia la culpa de su decadencia; pero para garantirse de este error basta observar que si Roma y la Grecia habian conservado sus nombres, ya no ecsistian ni griegos ni romanos; las armas, los empleos, las dignidades, el mando, hacia mucho tiempo habian caido en manos de los vencedores de estos pueblos debelados.

La corte, el ejército, y la iglesia, estaban poblados de godos, de vándalos, sármatas, lombardos, francos, armenios y persas; la barbárie habia filtrado en todos los puntos del imperio, y ninguna fuerza bastaba á resistir á aquel torrente que por do quiera apagaba la luz y trastornaba las costumbres.

Durante esta prolongada borrasca, los príncipes, ocupados en sostener débilmente su vacilante corona, acumulaban vanamente las leyes contra aquel desbordamiento de vicios. Gobernando hombres que ya no respetaban la justicia, no veian otros medios para conservar su poder y su vida que la atrocidad de los suplicios, la bajeza de las traiciones y de los manejos villanos, ó la cobardiá de las mas vergonzosas y peligrosas concesiones.

Conquista del Africa por los sarracenos.—(670) Mientras el imperio romano ofrecia á la tierra el triste espectáculo de su decrepitud, el de los musulmanes gozaba de todo el esplendor juvenil: su fuerza crecia por momentos y amenazaba invadirlo todo. Moavia, pontífice y rey, desde la mezquita de Damasco gobernaba el Asia, dominaba en Ejipto, cubria el Archipiélago con sus escuadras, talaba la Sicilia, amedrentaba á Constantinopla, y se preparaba á conquistar toda el Africa.

El famoso Oacba, á quien envió con diez mil jinetes para tan grande empresa, llega con la rapidez del rayo teniendo en su mano la muerte y el Coran: se apodera de toda la Cirenaica

(la Birene), envía ochenta mil prisioneros á Ejipto, y funda y fortifica á cuarenta leguas de Cartago, cerca de un bosque en la pendiente de una montaña fértil, la célebre ciudad de Cairvan, que fué por muchos años la nueva capital del Africa, y la residencia de los lugartenientes que enviaban á esta provincia los califas fatimitas.

No se siguieron entonces las mácsimas de Omar. Esta ciudad fué el asilo de las ciencias y las letras, desterradas del resto del mundo. Hubo en ella una academia célebre; y lo que jamás se hubiera creido, cuando las tinieblas se espesaban en el universo cristiano, solo los árabes conservaron entonces y estendieron el depósito de las luces, que despues apagaron en Oriente sus vencedores los turcos. La gloria de Oucha escitó la envidia, y cayó en desgracia del califa; pero las derrotas de Dinar, su sucesor, obligaron á Moavia á devolverle el mando.

Llevó sus armas hasta la Numidia, destrozó dos ejércitos romanos, atravesó la Mauritania, atacó á Tánjer, cuyo gobernador se sometió vergonzosamente, forzó los desfiladeros del monte Atlas, llegó triunfante hasta los últimos confines del reino de Marruecos, adonde nunca penetraron los romanos, aterró con su intrepidez á los selváticos abitantes de aquellos paises, y no se detuvo hasta que visitó las playas del Océano.

Al ver aquel inmenso mar, el ardiente guerrero, espoleando su caballo entre las olas, vibrando la cimitarra, y alzando los ojos al cielo, esclamó: «¡Oh Dios omnipotente! á no ser por la barrera que tú me opones, iria á las naciones que no te conocen, y las obligaria á adorar á tí solo ó á morir.»

Oucha esperimentó la suerte de todos los conquistadores: este torrente, rápido como el rayo, tuvo su corta duracion. Sus victorias le hicieron despreciar á los vencidos. Diseminó sus tropas en aquel vasto pais, y conservó á su lado solo cinco mil hombres. Los romanos, temerosos, no se atrevian a salir de las fortalezas en que se habian encerrado. Kucilé, príncipe moro de la nacion de los berberiscos, emprendió libertar el Africa.

Batalla del campo de Oucba. —(671) Las lejiones no tenian jefe: él se ofrece á mandarlas, despierta su valor, las reune, y al frente de cien mil hombres

marcha rápidamente á Cairvan.

El mahometano Dinar, esclavo primero y despues jeneral, y últimamente destituido y preso por Oucba, supo desde su prision los proyectos y la marcha de Kucilé, é informó de uno y otro al jeneral. Oucba le hizo venir á su presencia y le dijo: «Jeneroso esclavo, tu aviso bastaría para salvar á los musulmanes, á no ser por la imprudencia con que he dispersado mis tropas. Ya eres libre: ve á Arabia á buscar nuevas fuerzas que vuelvan á levantar el imperio del islamismo, mientras que yo voy á morir, porque no es lícito á un jeneral musulman uir delante de los cristianos.»

—«Yo soy digno, le respondió Dinar, de la libertad que me das. Yo te aborrezco, pero amo la relijion y la gloria: incapaz de uir, moriré á tu lado, á pesar de mi odio.»

Estos dos guerreros fanáticos, al frente de cinco mil árabes, tan intrépidos como ellos, salen al encuentro á los cien mil romanos y moros que mandaba Kucilé. A la vista del enemigo rompen y tiran las vainas de sus sables: los soldados imitan su ejemplo: se arrojan con el furor de la desesperacion sobre el ejército inumerable que los rodea, los estrecha y los oprime: todos procuran dar la muerte, ninguno evitarla: ilustran su fin glorioso con la mas espantosa carnicería: ninguno se rinde; perecen rodeados de víctimas, y no se acaba la batalla hasta el último suspiro del último musulman.

El jeneral sarraceno murió sobre un monton de cadáveres inmolados por su cimitarra. El campo que fué su sepulcro, conserva la memoria de su eróico valor; y si los sectarios de Mahoma hubieran tenido historiadores comparables á los griegos, la gloria del campo de Oucba se hubiera igualado con la de las Termópilas.

Sin embargo, la justicia, grabada en el corazon de los hombres, habria dado siempre mayor interés á la suerte de aquellos griegos jenerosos, inmolados por defender su partria y su independencia, que á la de unos guerreros feroces, muertos por estender entre mares de sangre el azote atroz del fanatismo y el poder de un déspota.

En esta época fué Lombardía teatro de una nueva revolucion: Pertárito, su antiguo rey, volvió al trono con el ausilio de los franceses, derribando al débil

Garibaldo, que no tenia ni los vicios ni las grandes cualidades de Grimoaldo, su padre. Romualdo, duque de Benevento, no defendió á su hermano; antes bien envió al vencedor su mujer Rodelinda y su hijo Cuniberto. Pertárito reinó dieziseis años, siempre en paz con el emperador y con el esarca. Al mismo tiempo el arzobispo de Ravena y su clero solicitaron hacerse independientes de la iglesia de Roma; pero el emperador Constantino los obligó á someterse.

SITIO DE CONSTANTINOPLA POR MOAVIA. — (674) El califa habia resuelto la destruccion total del imperio. Este terrible enemigo de los cristianos equipó una grande armada y juntó un ejército formidable. Despues de conquistar la isla de Creta y muchas ciudades marítimas del Asia menor, cercó á Constantinopla. El imperio estaba perdido, si el valor de Constantino no lo hubiese salvado.

El terror precedia á los musulmanes; pero la intrepidez del emperador infundió en los abitantes de la capital ánimo y esperanza. A su ejemplo todos los ciudadanos se convierten en soldados: el jenio de un sirio, llamado Calinico, favoreció el valor de Constantino y salvó la ciudad. Este inventó el fuego griego ó greguisco, que no podia ser apagado con el agua: arrojábase al enemigo, ya en polvos por medio de cerbatanas, ya en líquido en globos que se lanzaban con las catapultas. Despues se perdió el secreto de esta invencion tan destructora, y se volvió á descubrir en Francia en tiempo de Luis XVI. Este monarca, tan umano como desgraciado, proibió á sus ministros hacer uso de él, y quiso sepultarlo en eterno silencio.

La ignorancia de los sarracenos en el arte de la guerra contribuyó tambien á la salvacion de Constantinopla. Fieles á su costumbre, mas fuerte entre ellos que las leyes, solo peleaban en el estío, y retirándose por el invierno perdian el fruto de sus sacrificios anteriores. Este cerco fué memorable por la furia de los sitiadores y la ostinacion de los sitiados. Todos los dias se derramaba mucha sangre en terribles combates por tierra y mar. Tres antiguos compañeros de Mahoma escitaban con su ejemplo el valor de los musulmanes. Abú-Ajub, uno de ellos, el que dió asilo al profeta cuando se refujió en Medina, murió durante el sitio. Aun se conserva

su sepulcro, sagrado para los mahometanos, y cerca de este monumento se ciñen los sultanes el alfanje con toda solemnidad cuando ascienden al trono de los otomanos. Yezid, hijo de Moavia, indignado de la resistencia de los cristianos, vino á tomar el mando del ejército. Redobláronse los esfuerzos: los asaltos fueron mas frecuentes, pero sin mejor suceso: Constantinopla, cercada y separada del resto del mundo durante cinco años, ignoraba lo que pasaba en él; y así los historiadores griegos casi no cuentan ningun suceso de esta época.

DERROTA DE LOS ARABES Y PAZ CON MOAVIA.—(679) En fin los árabes, cansados de pelear, exaustos por la fatiga y desalentados por la resistencia del emperador, levantaron el sitio. Una tempestad dispersó sus bajeles. Su ejército de tierra estaba muy disminuido por tantos asaltos inútiles. Floro, Pecionas y Cipriano, jenerales de Constantino, lo persiguieron en su retirada, lo alcanzaron y derrotaron. El califa, consternado por estos reveses, concluyó la paz y se sometió á pagar un tributo anual de tres mil libras de oro, cincuenta esclavos y cincuenta caballos de raza árabe; ¡asociacion estravagante que pinta las costumbres de la nacion, colocando en una misma línea los hombres y los animales!

Este desenlace imprevisto de una guerra tan peligrosa, dió mucha gloria á Constantino. El kan de los ábaros, el rey de los lombardos y el duque de Benevento solicitaron su amistad. A este príncipe se dió el nombre de Pogonato ó *barbudo*, porque habiendo salido de Constantinopla jóven imberbe, volvió al año siguiente con la barba muy espesa. Su gloria era justa; pero en ella como en la de todos los éroes, tuvo alguna parte la fortuna. Un nuevo enemigo, que amenazaba entonces á los sarracenos, no contribuyó menos á salvar el imperio que el valor de Constantino.

INVASION DE LOS MARONITAS.— Enmedio de los bosques casi inaccesibles que cubren las montañas del Líbano, se habian hecho independientes los maronitas, pueblo fiero y belicoso. Estos selváticos guerreros hicieron entonces frecuentes invasiones en Persia, Siria y Arabia, llevando á todas partes el estrago y la muerte, y volvieron con usura á los sarracenos todos los males que habian hecho en los años anteriores á los romanos.

En nuestros dias hay en aquel pais un corto número de maronitas protejidos por el príncipe de los drusos. El temor de sus armas y la necesidad de rechazarlos obligó al califa á hacer la paz con el imperio. Este, rodeado de enemigos, nunca gozaba largo descanso. Sus fronteras fueron invadidas por los búlgaros. Teodorico los habia vencido en otro tiempo junto al Borístenes y pasádolos al Danubio. Estos bárbaros, siempre errantes, se estendieron por la Dacia, las dos Pannonias y las playas del Ponto Euxino.

Aliados al principio con los esclavones y ábaros, riñeron con ellos, fueron vencidos y echados del pais, y pidieron asilo á Dagoberto, rey de Francia. Este príncipe los engañó, y les puso una emboscada en que perecieron nueve mil de ellos. Los demás volvieron al Oriente: Justiniano reprimió sus correrías, y se sometieron al kan de los ábaros. Al fin del reinado de Heraclio, Cuprato, su rey, se hizo independiente, arrojó á los ábaros del pais, y obtuvo en el imperio la dignidad de patricio. Sus hijos repartieron sus conquistas: el mayor se estableció junto al Volga, el segundo en las orillas del Tanais, el cuarto en Pannonia y el quinto en Italia con los lombardos. El tercero, llamado Asparuch, fué el mas célebre, y fundó el nuevo reino de los búlgaros, que durante tres siglos asolaron el imperio con guerras perpétuas. Este príncipe fijó su residencia cerca de las bocas del Danubio. Los búlgaros fueron acusados por los griegos de las mas feroces crueldades y de los vicios mas infames; y así su nombre, alterándose, ha llegado á ser injuria grosera, y tan obscena que no es permitido citarla.

El emperador dirijió su ejército contra ellos; mas habiéndole obligado un ataque de gota á alejarse de su campamento, sus soldados creyeron que uia, y el terror pánico se infundió en las lejiones. En vano sus jefes solicitan reunirlas: se desbandan y dispersan. Los búlgaros asustados al principio de verlas tan prócsimas, cobran ánimo, las persiguen, matan mucha jente, se apoderan de la plaza de Varna, inundan y asolan los paises vecinos, y se establecen en fin en una posicion casi inespugnable, defendida al mediodia y al occidente por el monte Hemus, al norte por el Danubio, y al oriente por el Ponto Euxino.

Desde allí hicieron incursiones en Francia; aumentaron sus fuerzas incorporándose con los esclavones, y obligaron al emperador, que ya no tenia ejército, á pagarles un tributo anual para comprar la paz.

DISPUTAS ECLESIASTICAS.— El estruendo de las armas y los peligros del imperio no suspendian las disputas relijiosas. Tanto era el odio que se tenian los sectarios, que se aborrecian de muerte. El Oriente estaba siempre dividido por la erejía de los monotelitas: los patriarcas de Constantinopla y de Antioquía la sostenian: todo el Occidente la desechaba, y reconocia dos voluntades y dos naturalezas en Jesucristo. El emperador quiso aprovecharse del intervalo de paz para restablecer la concordia en la Iglesia. El papa Agaton, con el designio de favorecer su intento, le envió legados, y le escribió una carta que prueba la rapidez con que á la sazon se estendian por el Occidente las tinieblas de la ignorancia. «No esperes, le decia, hallar en nuestros legados la elocuencia de los seglares, ni aun la ciencia perfecta de las Escrituras: ¿cómo hubieran podido adquirir y conservar algunas luces en medio de los errores del saqueo, de los destrozos, de las invasiones y del ruido perpétuo de las armas, mucho mas viéndose nuestros prelados obligados á ganar su alimento con el trabajo de sus manos? Los bárbaros invaden el patrimonio de las iglesias: nuestros obispos no han podido conservar otra cosa sino el tesoro de la fe: la guardan en la sencillez de su corazon, tal como nos la han trasmitido nuestros padres, sin añadir ni quitar nada (1).» El emperador convocó á su palacio el sesto concilio jeneral, en que ciento sesenta y cinco obispos condenaron en su presencia el monotelismo y la memoria del papa Honorio.

Este mismo año 680 murió el califa Moavia, jefe de la dinastía de los Omniades. Habiendo adquirido el trono por la perfidia, se mantuvo en él por la justicia, se hizo célebre por su abilidad y conquistas, y amable por su clemencia. Siendo jóven todavia, Mahoma adivinó su jenio, y le predijo su alta fortuna. Hizo hereditario el trono de los califas, que antes era electivo.

YEZID, CALIFA.—Sucedióle su hijo Yezid, incapaz y poco digno

(1) LABBE, tom. 7 de la Colec. de Conc. edic. de Venecia, páj. 655 y 707.

del cetro; pero se hizo estremadamente despreciable á los mahometanos, porque violando sus leyes y costumbres, se entregó á la embriaguez, amaba la música y vestia de seda. Sus espediciones se limitaron á la conquista de la Bucaria. Siguiendo las pisadas de los tiranos, desonró á su propia hermana, y condenó al suplicio muchos jenerales ilustres. Un rebelde, llamado Moctar, le quitó la Persia: Medina se sublevó contra él; y aunque Mahoma habia amenazado con la venganza celestial al que llevase sus armas sacrílegas contra la ciudad que fué su asilo, Yezid despreció el precepto, y la sitió, tomó y saqueó. La Mecca se habia declarado á favor de los rebeldes. Yezid la sitió y no pudo tomarla; pero antes de retirarse arrojó fuego á la célebre mezquita de Mahoma y la dejó abrasada.

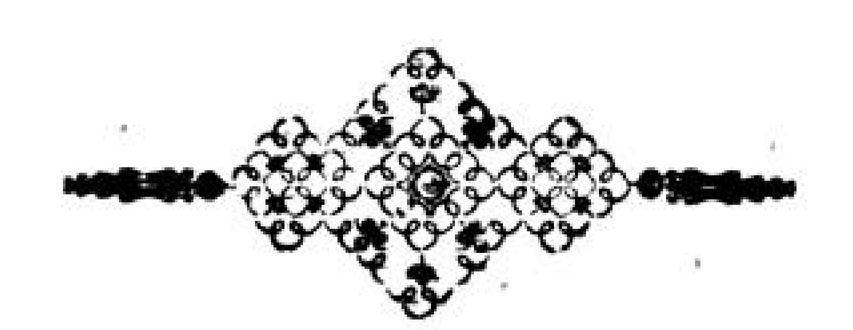
Moavia II, califa.—(683) Este príncipe cruel é irrelijioso murió despues de tres años de reinado. Su hijo Moavia II, devoto musulman, que debia sucederle, llegó á dudar por escrúpulos si eredaria una dignidad que miraba como injustamente poseida por su padre, y despues la renunció á los cincuenta dias, sin querer nombrar sucesor, para lo cual convocó al pueblo y le dijo: «Mi abuelo Moavia usurpó el trono: mi padre Yezid no se ha mostrado digno de él: yo no quiero responder de vosotros cuando aparezca en la presencia de Dios. Dad el califado á quien querais.»

Los príncipes de la familia de los Omniades, querian obligar á Moavia á que reinase; pero la peste terminó esta contienda y su vida un mes despues.

Dos concurrentes disputaron el trono: Mervan, de la familia de los Omniades, se apoderó de Damasco y del Ejipto: Abdalá, de otra familia, quedó dueño de Arabia, Irak y Siria. Mervan fué vencido por Abdalá, y poco despues murió de la peste: su hijo Abdelmelic sostuvo sus derechos, y recobró la Mecca; pero Abdalá, favorecido por Moctar, le disputó siete años la corona.

Muerte de Constantino.—Estas discordias, que entretenian y debilitaban á los árabes, dieron algunos años de tranquilidad al imperio. Constantino, cuya salud era cada dia peor, creyó que debia afirmar el poder de Justiniano y Heraclio, sus hijos, poniéndolos bajo la proteccion de la Iglesia. Hízoles cortar los cabellos, que envió al papa Benedicto II, como prenda

de su sumision á su padre espiritual. En el año 685 murió Constantino de disenteria. Su reinado duró diezisiete años, y no careció de gloria, pues impidió la ruina del imperio. Este príncipe hizo una nueva division de sus estados en veintinueve *temas* ó porciones: el Oriente tenia diezisiete, y el Occidente doce.



CAPITULO X.

JUSTINIANO II, LEONCIO, TIBERIO III, JUSTINIANO II RESTITUIDO AL TRONO; FILÍPICO, ANASTASIO II, TEODOSIO III, LEON III, LLAMADO EL ISAURICO.

Triunfos de Leoncio. — Justiniano vencido por los búlgaros. — Ultima invasion de los sarracenos en Africa. — Primera moneda musulmana. — Justiniano vencido por los árabes. — Su orrible venganza. — Conquista de la Armenia por los árabes. — Odio público á Justiniano. — Usurpacion de Leoncio. — Caida y mutilacion de Justiniano. — Primer dogo en Venecia. — Usurpacion de Tiberio Absimaro. — Mutilacion de Leoncio. — Conjuracion de Bardanes: Justiniano II restituido al trono. — Su venganza. — Su cobarde sumision á un impuesto. — Orden sanguinaria de Justiniano. — Filípico, emperador. — Disensiones relijiosas. — Reinado vergonzoso de Filípico. — Anastasio II, emperador. — Conquista de España y de la Sogdiana, por los árabes. — Teodosio III, emperador. — Su retrato. — Leon III, emperador. — Acontecimientos en Roma. — Reinado de su hijo Luitprando. — Habilidad del papa Gregorio II. — Sitio de Constantinopla por el califa Soliman. — Muerte de Soliman — Levantamiento del cerco de Constantinopla. — Revolucion de los judios. — Conquista de Cerdeña por los sarracenos. — Aparicion de la isla de Santorin. — Edicto de Leon contra el culto de las imájenes. — Conspiracion de Leon contra el papa. — Conspiracion de Cosme. — Victoria de los venecianos contra los lombardos. — Fanatismo de Leon. — Muerte de Gregorio II. — Pontificado de Gregorio III. — Su decreto en favor del culto de las imájenes. — Division primera de la iglesia griega y latina. — Conspiracion de un impostor. — Muerte de Gregorio III y de Leon.

JUSTINIANO II, EMPERADOR. — (685) Al subir al trono Justiniano, pudo dar esperanzas de un reinado tranquilo y glorioso. Todas las circunstancias le eran favorables. Los maronitas peleaban con los sarracenos: el rey de los lombardos, fatigado de las pasadas tempestades, solo pensaba en gozar de la paz; y así se podian emplear todas las fuerzas del imperio en alejar

de las fronteras á los búlgaros y ábaros; pero el nuevo príncipe tenia dieziseis años de edad, mucha presuncion, pocos talentos y ningunas virtudes.

TRIUNFOS DE LEONCIO. — (687) Declaró la guerra á los árabes: el patricio Leoncio, jefe de sus ejércitos, consiguió algunos triunfos, que podrian asegurar la posesion de la Siria, á haberse sabido aprovechar de ellos; mas se contentó con el saqueo de la Armenia y de la Media, y con la paz que el emperador concedió al califa.

Poco despues cometió un crímen, cuyas consecuencias fueron muy funestas para los romanos. Habia finjido aprocsimarse á los maronitas para defenderlos; pero envidioso de las azañas de Juan, su príncipe, le convida á un banquete, le asesina, y con esta maldad libra á los musulmanes de su mas cruel enemigo.

En este mismo año, la eleccion de un papa escitó en Roma sediciones y tumultos, y la santa sede fué puesta casi en almoneda pública como lo habia sido en otro tiempo el trono imperial. Bien hubiera querido Justiniano anular la dejacion que su padre habia hecho al papa Benito, pero el temor le detenia; para mantener una sombra de ratificacion imperial en la eleccion de los pontífices, espidió un decreto mandando que ninguno pudiese ser nombrado sin el consentimiento de su lugar-teniente titular. A consecuencia de esto comenzó el esarca á disponer de las elecciones por el ejército que lo tenia á su devocion. De aquí nacieron las discordias y disensiones que eran consiguientes entre él y el clero.

Conon ocupaba la silla del apóstol; pero llegó á morir y nuevos cismas se encendieron. Durante su enfermedad, que fué larga, Pascual, archidiácono, habia escrito á Juan, esarca de Ravena, que si conseguia elejirle papa le daria una gran suma de dinero, cual era la que Conon al morir habia legado á los monasterios y al clero, y que se habia apoderado de ella. Juan, tan avaro como pródigo Pascual de un dinero que no le pertenecia, habia enviado á Roma emisarios para predisponer á los oficiales del ejército. Apenas Conon cierra los ojos, cuando toda la ciudad arde en odios, discordia y furor. Los unos disputan por Teodoro, arcipreste, otros por Pascual, y unos y otros corren á atacar y defender

la entrada de la iglesia de San Juan de Letran. La confusion y la rabia llegan á su colmo, é iba á correr la sangre cuando una diputacion de los principales del ejército, del clero y del pueblo adoptaron el medio de desechar á entrambos contendientes, y echar mano de un sacerdote cualquiera. Elijieron á Serjio I.

Al saber el esarca la eleccion, corre y no se avergüenza de pedir á Pascual el dinero que le habia prometido; pero para colmo de ignominia, lo obtiene del electo Serjio, quien temiendo perder su silla, le da algunos vasos y coronas de oro que estaban colgadas delante del altar de San Pedro.

Justiniano, vencido por los búlgaros. — (688) Justiniano, siempre deseoso de emprender guerras, que no sabia concluir, marcha al frente de sus tropas contra los búlgaros, les gana una batalla, y se vuelve á su capital para gozar en ella de su efímera gloria; pero su ejército que marchaba descuidado, fué sorprendido y cercado por otro cuerpo de búlgaros, que esterminaron la mayor parte de las tropas romanas. El emperador habia anunciado que entraria como triunfador en Constantinopla, y entró como fujitivo.

Ultima invasion de los sarracenos en Africa. — (691) Libres los sarracenos de la guerra con los maronitas, y no temiendo ser atacados por el emperador, á quien los búlgaros acababan de vencer, invadieron el Africa por la cuarta vez. Zobeir, su jeneral, ataca al intrépido Kucilé, le vence y mata, entra en Cairvan, y marcha contra Cartago. Pero cuando creia terminar su conquista con la toma de esta capital, desembarca un ejército numeroso, enviado por Justiniano, pelea con los árabes, y despues de un largo combate logra la victoria. Zobeir no sobrevivió á su derrota, y pereció en el campo de batalla. Los romanos, que habian comprado su triunfo á costa de mucha sangre, menos orgullosos por su victoria, que atemorizados del valor sarraceno, no saben aprovecharse de sus buenos sucesos: se embarcan y retiran vergonzosamente, como si fuesen ellos los vencidos.

Primera moneda musulmana. — Entonces acabó en Arabia la larga guerra civil que la destruia: Abdalá y Moctar murieron peleando el uno contra el otro, y Abdelmelic (1) quedó

(1) Abdelmelic ó Abdalmalec tuvo

único dueño del imperio de Mahoma. El emperador le abandonó la isla de Chipre. En el reinado de este califa se acuñó la primer moneda musulmana: su inscripcion era: *Dios es el Señor*: porque hasta entonces no se habian servido los árabes sino de la moneda romana; y esta costumbre lisonjeaba la vanidad de los emperadores, que afectaban ver en ella una señal de dependencia, y un vestijio de sumision.

Justiniano vencido por los arabes. —(692) Apenas supo Justiniano que el califa tenia moneda diferente de la suya, erido en su orgullo, rompió la paz. Habia cedido á Chipre sin resistencia, y declaró la guerra por un motivo frívolo. Marcha á Cilicia al frente de su ejército: encuentra á los sarracenos, y les da batalla. Los árabes empezaban á cejar, cuando Mahomet, su jeneral, halló medios para regalar una aljaba llena de oro á Nébula, que comandaba veinte mil esclavones ausiliares del ejército imperial. Nébula, sobornado, se pasa á las filas de los árabes: esta desercion aterra á los romanos y se desbandan: el emperador les da el ejemplo de la fuga, y llega enfurecido á Nicomedia.

Los príncipes débiles son tan ardientes para la venganza, como desmayados en el combate. Justiniano reune los padres, mujeres é hijos de los esclavones, y los manda arrojar al mar.

La victoria de Mahomet libertó al califa del tributo que pagaba al imperio. Abdelmelic hizo poco despues el censo de sus vasallos, y les impuso un tributo umillante llamado *caraet*, que gravitaba principalmente sobre los cristianos, y que lo han pagado en Oriente por mucho tiempo.

Conquista de la Armenia por los arabes.—(693) El emperador renunció al mando de los ejércitos, y convocó un concilio en Constantinopla. Establecióse en él que los sacerdotes casados conservasen sus mujeres. El papa Serjio se negó á confirmar esta decision, y el emperador justamente irritado dió órden á su escudero Zacarías de prender al pontífice. El ejército de Ravena le defendió, y Zacarías, perseguido por las tropas y el pueblo, no halló asilo sino debajo de la cama del

par apodo el nombre de Abu'lzebab, á causa de su aliento que era tan fétido que hacia morir á las moscas que se paraban en sus labios. (D' Herbelot.)

papa, que quiso salvarle la vida para atraerse la amistad del emperador.

No encontrando ya ostáculos los sarracenos, para sus conquistas, se apoderaron de la Armenia. El emperador edificaba palacios, y viéndolos se consolaba de la ruina del imperio. La insolencia y crueldad de sus ministros era superior á todo encarecimiento. Estevan, jefe de sus eunucos, amenazó con azotes á Anastasia, emperatriz madre: diariamente perecian los hombres mas virtuosos en los suplicios: en todas partes se manifestaba el odio y el desprecio que se tenia á Justiniano.

USURPACION DE LEONCIO.—(695) Este príncipe, tan cruel é insensato como Neron, formó el proyecto de matar á todo el pueblo de Constantinopla, y encargó á Ruscio, comandante de la guardia, la ejecucion de esta órden atroz; pero el patricio Leoncio, que iba á salir á Grecia, cuyo gobierno tenia avisado de que en esta provincia le esperaba el puñal de un asesino, resolvió dar fin á la tiranía.

Dos frailes astrólogos le animan para este designio, y le prometen la corona. Arma á sus criados, va por la noche al pretorio, dice que detrás viene el emperador, prende al prefecto, abre los calabozos, libra los presos, llama al pueblo á las armas, y manda al patriarca que hable en su favor á la muchedumbre. Toda la ciudad resuena con el grito unánime de *muera Justiniano!* Todos uyen de él: su palacio se convierte en una soledad: su guardia le abandona: es preso, encadenado y conducido al Hipodromo. El pueblo pedia su muerte; pero Leoncio, que debia su fortuna al padre del emperador, le salvó la vida. Se le cortaron las narices, y se le desterró á Querson: tenia entonces veinticinco años, y habia reinado nueve.

Leoncio fué proclamado: á pesar de cuanto hizo para reprimir los furores de la plebe, todos los ministros de Justiniano fueron arrojados á las llamas. Esta revolucion no escitó turbulencias en el imperio: el gobierno era propiedad, no de los ciudadanos, sino de los palaciegos, y la mudanza de tirano era muy indiferente para las provincias siempre esclavizadas.

En estos dias fué Ravena teatro de un espectáculo espantoso. Segun una antigua costumbre la juventud de esta ciudad, dividida en dos tribus, peleaba los domingos tirándose piedras

con hondas; porque siempre las diversiones de los romanos fueron imájenes de la guerra. La tribu vencida dió un convite á sus adversarios, segun el uso, y durante la comida los asesinó infamemente. La plebe enfurecida vengó este delito con no menos crueldad, y degolló á todos los culpables.

PRIMER DOGO EN VENECIA.—(697) Mientras que estas matanzas, las sediciones de Roma, las devastaciones de los lombardos y las conquistas de los árabes alejaban del imperio todo descanso y felicidad, las islas de Venecia eran un asilo adonde se acojian los hombres uyendo de los bárbaros del Norte y del Mediodia, y de los comandantes imperiales, no menos feroces.

Estas pequeñas repúblicas fueron gobernadas muchos años por tribunos; pero en 697 la necesidad de reunirse para resistir á las invasiones estranjeras, las decidió á formar un solo estado, y á elejir un duque, al cual dieron el nombre de dogo. El primero que ascendió á esta dignidad fué Paulo Lucas Anafesto, llamado por el pueblo Paoluccio: el emperador aprobó esta eleccion. Para sostener y reconocer en apariencia la soberanía imperial, obtuvieron por mucho tiempo los dogos grandes empleos en el palacio de Constantinopla.

USURPACION DE TIBERIO ABSIMARO.—(698) La guerra contra los musulmanes continuaba siempre. Alid, jeneral sarraceno, taló el Asia menor. Hassan, gobernador de Ejipto, entró en Africa, y tomó á Cartago escalándola. Los berberiscos y romanos juntaron un numeroso ejército; pero Hassan los venció, y se hizo dueño de todas las ciudades de la provincia, escepto Hipona, á la cual dieron los árabes el nombre de *Bona*.

El emperador encargó al patricio Juan la reparacion y venganza de estas pérdidas. Este jeneral desembarcó en Africa y recobró á Cartago; pero los sarracenos volvieron con nuevas fuerzas, arrojaron del pais á los romanos, dispersaron su escuadra, entraron por última vez en aquella ciudad, redujeron todos los abitantes á esclavitud, se llevaron todas las riquezas, y arrasaron todos los edificios. Así desapareció bajo la espada de un árabe la antigua competidora de Roma.

El ejército romano despues de su derrota desembarcó en Grecia; y temiendo que el emperador castigase su cobardía,

cobró atrevimiento con este miedo, se rebeló, degolló al patricio Juan, su jeneral, y proclamó emperador á un oficial llamado Absimaro, que tomó el nombre de Tiberio III. El usurpador, sin perder tiempo, condujo sus buques á Constantinopla, desolada entonces por una peste.

MUTILACION DE LEONCIO. — Los abitantes de la capital, que amaban á Leoncio, resisten al principio á Tiberio; pero los jefes de la guardia estranjera le abren las puertas. El emperador, llevado delante de su rival, fué encerrado en un monasterio de Dalmacia, mutilado y cortadas las narices. En nuestros dias se reprenden estos actos feroces, estas mutilaciones frecuentes en los príncipes otomanos. Acusamos de ello al islamismo, olvidándonos que los sultanes no han hecho mas que seguir los usos bárbaros practicados por los emperadores cristianos, que no hacian entonces mas que imitar á los reyes judios y á los antiguos reyes de persia y Siria. Tres vicios han infestado casi siempre á los pueblos orientales, la molicie, la superstícion y la crueldad.

Tiberio III envió contra los sarracenos á su hermano Heraclio, que hizo la guerra con felicidad, pero con barbárie. Desoló la Siria en lugar de libertarla: no perdonó ni á secso, ni á edad, é hizo morir en la esclavitud ó en los combates mas de doscientos mil árabes.

CONJURACION DE BARDANES. — (702) La frecuencia de las revoluciones inspiraba á los ambiciosos el deseo y la esperanza de reinar. Bardanes, hijo del patricio Nicéforo, vió á un águila volar sobre su cabeza, y creyó que este presajio le prometia el imperio: conspiró, fué descubierto, y el emperador le mandó cortar el pelo, azotar con varas é ir desterrado á la isla de Nacsos.

El trono de los lombardos no estaba mas tranquilo que el de Constantinopla. Luitperto, nieto de Pertárito, fué destronado por su primo Lamberto y degollado con toda su familia, escepto Luitprando, príncipe jóven, á quien se perdonó por su falta de salud, y que despues reinó con gloria. Roma sufria la autoridad de los emperadores sin ser protejida por ellos. Los esarcas eran tan temidos en aquella ciudad como los lombardos. Teofilacto, uno de estos esarcas, escitado por sola la devocion, queria ir á Roma

á visitar el sepulcro de los apóstoles: el pueblo, creyendo que su intento era prender al pontífice, se subleva: todas las tropas, hasta las del esarca, se unen á la plebe: prorrumpen en amenazas contra el emperador: llenan de ultrajes á su lugarteniente: —este majistrado se justificó, mas no pudo lograr que se castigase á los calumniadores.

ORIJEN DEL PODER TEMPORAL DE LA SANTA SEDE. — Poco tiempo despues el duque de Benevento devastó la Campania, sin que las tropas imperiales se atreviesen á impedírselo. Solo el pontífice pudo desarmarle con su firmeza, abilidad y sacrificios pecuniarios. Desde entonces los romanos miraron á los pontífices como sus únicos jefes y protectores; y este fué el orijen del poder temporal de la santa sede.

En Asia continuaba Heraclio haciendo la guerra á los árabes con vario suceso. Una nueva revolucion que sobrevino en el imperio, cambió su suerte y agravó sus infortunios.

JUSTINIANO II RESTITUIDO AL TRONO. — (706) Justiniano, desterrado en Querson, solo respiraba venganzas. Lejos de abatirse por su desgracia, hablaba como amo á los abitantes de aquel pueblo: estos, irritados de su orgullo y de sus amenazas, habian resuelto matarle. Justiniano lo sabe y uye á la corte del kan de los cósaros, que abitaban las playas de la laguna Meótides. El kan le recibió con onor, y le dió en casamiento á su hermana Teodora. Sabiendo Tiberio la fuga de Justiniano, prometió al kan una gran suma de dinero, si se le entregaba aquel príncipe destronado: el bárbaro consintió en el trato, y encargó á dos oficiales que llevasen su cuñado á Constantinopla; pero Teodora descubre la alevosía, y la revela á su marido. Justiniano aoga á los dos traidores que iban á prenderle, se embarca, naufraga cerca de la embocadura del Danubio, halla un asilo en la corte de Terbelo, rey de los búlgaros, y le promete su hija con la mitad de los tesoros del imperio, si le socorre en su adversidad.

Terbelo le da quince mil hombres: Justiniano marcha con ellos á grandes jornadas, llega á la vista de Constantinopla, y sorprende á Tiberio, á quien habian engañado con la falsa noticia de la muerte de su rival. Justiniano habla á los

ciudadanos que estaban en las murallas: promete reinar con justicia y olvidar lo pasado, y le responden con insultos é injurias. Pero enmedio de la noche le introduce un traidor por un acueducto que habian descuidado guardar: penetra en la ciudad: el pueblo inconstante y la guardia infiel abandonan á Tiberio, y le prenden cuando intentaba uir: Justiniano se presenta en el circo: hace venir á los emperadores Leoncio y Tiberio cargados de cadenas, y les pone los pies sobre las gargantas por todo el tiempo que duraron los juegos.

El pueblo, digno de semejante espectáculo, aplaudia su ferocidad, cantando este versículo de un salmo: *Caminarás sobre el áspid y el basilisco, y ollarás al leon y al dragon*. Despues de haberse gozado en la umillacion de sus víctimas, les mandó cortar la cabeza, como tambien al hijo de Tiberio. Heraclio, que habia peleado con gloria contra los árabes, fué aoreado de la almena de un castillo.

Nada podia ser mas terrible y calamitoso para el imperio que el restablecimiento de un príncipe destronado, enviado al destierro y mutilado, porque era entregar el cetro á la venganza. En casos semejantes, solamente los hombres de jenio saben vencerse á sí mismos y domar sus resentimientos. La crueldad de Justiniano escedió á la de Neron: la sangre de sus enemigos inundó las plazas públicas: mandó sacar los ojos al patriarca Calínico: añadia el insulto á la crueldad; y como en otro tiempo se adornaban las víctimas para los sacrificios, él colmaba á las suyas de onores el dia antes de su condenacion, les daba las primeras dignidades del estado, recibia sus hacimientos de gracias, y las enviaba al suplicio. A muchos hizo arrojar al mar, metidos en costales.

Terbelo, rey de los búlgaros, preguntaba entonces con mucha razon, cómo los romanos sometidos á semejante mónstruo, se atrevian á llamar bárbaros á los otros pueblos. Para probar á su vil protejido el justo menosprecio que le inspiraba, despues de haber hecho que le cediese una parte de la Tracia, le llama á una conferencia, pone sobre la tierra un escudo grande, lo rodea con su látigo y manda al emperador que llene de oro aquel círculo insultante; en fin ecsije que Justiniano llene la mano derecha de cada soldado búlgaro con monedas de

oro y la izquierda de plata.

Al ver el grado de abatimienro á que el despotismo y la esclavitud hicieron descender á los romanos ¿quién se atreve á hablar de los inconvenientes y peligros de la libertad? ¿Quién sino los apóstoles de la degradante tiranía y los que especulan con la sangre y el sufrimiento de los pueblos, puede santificar el gobierno de uno solo? La libertad tiene sus borrascas, pero vale mas correrlas que dejarse conducir como rebaños (1).

El emperador pidió y obtuvo de los cósaros á su mujer Teodora. Como era ingrato y cobarde, declaró la guerra á los búlgaros, y uyó apenas se acercaron. El califa Abdelmelic habia muerto: sus cuatro hijos reinaron sucesivamente despues de él. Los sarracenos continuaron sus devastaciones y se apoderaron de Tiana.

La Italia, aunque lejana, no estuvo libre de los furores de Justiniano. Como los patricios de Ravena habian celebrado su caida del trono, dió orden al esarca Teodoro para que los reuniese en su casa bajo diferentes pretestos, y se los enviase á Constantinopla, donde perecieron en los mas orribles suplicios. El papa recibió tambien órden para pasar á la capital de Oriente y llegó á ella á tiempo que el feroz Justiniano daba órden á sus lugartenientes para pasar á cuchillo á todos los abitantes de Querson.

En vano el animoso pontífice empleó sus ruegos para impedir esta matanza: ni la umanidad ni la relijion tenian poder sobre el corazon endurecido de aquel príncipe feroz; pero en el momento en que comenzaba la ejecucion sanguinaria, Bardánes, enviado á Querson para morir con los demás, se subleva, da de puñaladas á los comisarios del emperador, reune los abitantes del pais, los cósaros abrazan su partido, y es proclamado emperador con el nombre de Filípico.

Informado Justiniano de esta rebelion, envia á Querson una armada bajo el mando del patricio Mauro, con órden de arrasar la ciudad y arar su recinto; pero los cósaros le obligan á retirarse. El emperador se pone al frente de los soldados que le quedaban, y de tres mil jinetes que le envió el rey de los búlgaros; se acampa entre Calcedonia y Nicomedia, y se adelanta hasta

(1) *Malo libertatem periculosam quam quietum servitium.*

las playas del Ponto Euxino para observar los movimientos del ejército de Querson. Allí supo que su armada se habia sublevado, y que Filípico, ocultándole su marcha rápida, era dueño de Constantinopla, donde habia hecho morir á Tiberio, hijo de Justiniano, al pie de los altares, que no le sirvieron de asilo.

El furor del tirano se ecsala en inútiles quejas: sus mismos soldados proclaman á su rival. El quiere uir: le prenden, le cortan la cabeza, y la llevan á Filípico, que envió á Roma este vergonzoso trofeo, digno de yacer junto á los huesos de Neron. Este orrible reinado, que no puede escribirse sino con letras de sangre, habia durado seis años.

FILIPICO, EMPERADOR: DISENSIONES RELIJIOSAS. — (711) Apenas Filípico ascendió al trono, se mostró indigno de él por su incapacidad. La paz se habia restablecido en la Iglesia, y la turbó de nuevo, declarándose á favor de la erejía de los monotelitas.

Los emperadores confiaban hacia algun tiempo el gobierno de Roma á un duque nombrado por el esarca. El que obtenia entonces esta dignidad, fué destituido; pero el pueblo le sostuvo, y no quiso recibir á su sucesor. Los dos partidos se dieron en Roma una sangrienta batalla. El papa y los sacerdotes, con la cruz y el evanjelio en la mano, se arrojaron entre los combatientes, los separaron, y por su influjo pusieron fin á la sedicion que no hubiera reprimido por sí sola la autoridad imperial.

La tiara principiaba á sobreponerse á la corona, y es menester confesar que con muy justa razon lo merecia entonces.

El emperador se veia amenazado á un mismo tiempo por los árabes que asolaban el Asia, y por el rey de los búlgaros que se habia puesto en campaña con el pretesto de vengar á Justiniano. En ninguna parte se oponia á los enemigos una resistencia onorífica. El buen príncipe, insensible á los reveses del imperio, se entregaba en su palacio á las mas vergonzosas liviandades, robaba las mujeres á los maridos, y las monjas á los conventos.

Los ejércitos carecian de todo: el tesoro público se agotaba en pagar espectáculos y fiestas. Un reinado tan débil y despreciado no podia ser de larga duracion. El patricio Jorje, que mandaba el ejército de Tracia, forma una conjuracion: Rufo,

oficial determinado, se encargo de ejecutarla él solo. Entra en la capital el dia que se celebraba el nacimiento del emperador. Despues de los juegos del circo, el príncipe dió un gran banquete á su corte: todos se entregaron á la alegría, y se bebió con esceso. El atrevido Rufo aguarda al momento de la completa embriaguez, se apodera del emperador que estaba dormido, lo cubre con su manto, lo lleva al Hipodromo, le saca los ojos y lo encierra en un monasterio; —habia reinado diezisiete meses.

La historia no vuelve á hablar de él, y sepulta en el profundo olvido de que nunca debió salir á este débil monarca.

Despues de esta pacífica y corta revolucion se juntó el pueblo, y elijió emperador á Antenio, primer secretario de estado apreciado por su virtud. Cuando ascendió al trono, tomó el nombre de Anastasio II. El primer acto de su poder fué rigoroso y dictado por la justicia y la política. Aprovechándose de la traicion, castigó á los traidores, y condenó al patricio Jorje y á sus cómplices á la misma pena que habian impuesto á Filípico.

ANASTASIO II, EMPERADOR.—(713) El reinado de Anastasio fué corto: no dió mas que esperanzas, y dejó grande sentimiento. Como todos los príncipes sabios, separó lo espiritual de lo temporal, y en materias de fe no reconoció mas autoridad que la de los concilios. Constantinopla se sometió al papa: Roma recibió sin murmurar el duque que le envió el emperador. Anastasio escojió para ministros hombres justos, y para jenerales guerreros ábiles y esperimentados. Entre estos se distinguia Leon, cuyo nombre fué célebre despues, y que ya se abria un camino para el trono con sus azañas y talentos.

Habia nacido de una familia pobre de Isauria. En su infancia se le llamaba Conon. Sus padres vinieron á Tracia á hacer el tráfico de ganado. Conon se alistó por soldado y tomó el nombre de Leon. Justiniano estaba á la sazon en guerra con los búlgaros y carecia de víveres: Leon consiguió de su padre quinientos carneros, y los condujo él mismo al emperador. El príncipe agradecido á este servicio, y admirado de la nobleza que se notaba en las facciones del jóven soldado, le alistó en su guardia y le hizo ascender rápidamente. En la corte de Justiniano la desgracia seguia pronto al favor.

El emperador, envidioso del valor de Leon, le envió al pais de los alanos para moverlos á hacer la guerra á los ábaros: le encargó que les prometiese cuantiosos subsidios, y le negó los medios de cumplir la promesa. Leon evitó el lazo, y sin comprometer su palabra, logró el objeto de su mision.

Al volver supo que el ejército romano estaba en uida: éntrase con cincuenta alanos por las montañas, reune cuatrocientos fujitivos, se pone á su frente, desbarata una division enemiga, toma una fortaleza, se apodera de algunos bajeles, se embarca para Trebisonda, y cuando llegó á Constantinopla, encontró reinando á Anastasio.

Conquista de España y de la Sogdiana por los arabes.—(715) Los sarracenos reunian entonces todas sus fuerzas contra el imperio, y Anastasio las suyas para resistirles. En esta época murió el califa Valid, célebre por la conquista de España, y la de Samarcanda y otros paises orientales del Asia, donde habia llegado hasta India. Su hermano y sucesor Soliman echó abajo los inmensos bosques del Líbano para construir una escuadra formibable. Anastasio envió á las costas de Fenicia muchos buques lijeros con el fin de apoderarse de aquella madera de construccion ó destruirla. Juan, jefe de la espedicion, era á un mismo tiempo diácono y tesorero jeneral del imperio. Cuando la escuadra se reunió en el puerto de Rodas, las tripulaciones se rebelaron contra el jeneral y lo asesinaron. La sedicion se estendió á las tropas de tierra, cuyo comandante sufrió la misma suerte. Los rebeldes, no esperando perdon despues de tales crímenes, proclamaron emperador á un oficial llamado Teodosio. Este se escapó á las montañas, uyendo del grave peso con que querian gravarle; pero fué perseguido, preso y obligado á aceptar el cetro sopena de la vida.

Conducido ó mas bien arrastrado por los rebeldes, sobre los cuales reinaba á su pesar, se acerca á Constantinopla. Anastasio se retira á Nicea y convoca á las tropas del Asia; pero abandonado de su escuadra, los enemigos le sitian en aquella plaza. El emperador hace una salida, da batalla, la pierde y deja en el campo siete mil de sus mas valientes soldados, al mismo tiempo que otra division del ejército rebelde entra en Constantinopla. Sabedor Anastasio, de este

suceso, capitula á condicion de que se respete su vida, la del patriarca y las de sus amigos. Se desnuda de la púrpura, toma el hábito de fraile, y se presenta á Teodosio, el cual cumplió fielmente la capitulacion, ecsijiendo solo que el príncipe depuesto recibiese las órdenes sacras. Anastasio reinó dos años y medio: valeroso, clemente, sabio y virtuoso, era digno del imperio; mas el imperio no lo era de él.

Teodosio III, emperador. — (716) Las cualidades que se estimaban en Teodosio, eran la piedad, la modestia y la bondad, que habrian hecho perfecto á cualquier otro, pero que no bastan á un príncipe. Le faltaban las que son mas necesarias para reinar, el talento y el vigor. Su primer acto fué un tratado vergonzoso con los búlgaros. Bajo este débil monarca se completó la ruina de la disciplina y la corrupcion de las costumbres. Leon, que mandaba entonces las tropas de Oriente, no quiso reconocer al emperador. Con el pretesto aparente de vengar á Anastasio, y con la intencion verdadera de sucederle, ofreció la mano de su hija y un gran destino á Artabazo, jeneral de las tropas de Armenia, el cual prometió favorecerle en su empresa. Musélima, hermano del califa Soliman, ocupaba la Galacia con un ejército sarraceno, y juzgando la ocasion oportuna para debilitar el imperio, sembrando en él la discordia, escribió así á Leon: «Sé que eres digno del trono: ven á conferenciar conmigo: te ayudaré á subir á él, y despues ajustaremos una paz útil á entrambas naciones.»

Leon le respondió que no creria ni en sus promesas ni en sus intenciones pacíficas, si el califa Soliman, que sitiaba á Amório, no consentia en suspender sus ataques contra aquella plaza. Soliman le prometió levantar el sitio apenas llegase, y le dió su palabra en prenda de su seguridad.

Animado Leon de aquella osadía que es madre de la fortuna, parte intrépidamente con trescientos caballeros para presentarse al califa: los sarracenos le salen al encuentro formados en batalla hasta una milla de sus reales, y le saludan augusto: los abitantes de Amório desde lo alto de sus murallas prorrumpen en las mas alegres aclamaciones por la prosperidad del nuevo emperador.

Sin embargo de apariencias tan favorables y en desprecio de la fe jurada, el califa

estrecha á los sitiados. Leon rompe las conferencias y quiere partir; pero tres mil jinetes árabes le cortan la retirada, y sabe al mismo tiempo que Musélima se acerca con su ejército. Disimulando, pues, su designio, pide al califa permiso para conferenciar con aquel jeneral. Soliman consiente en ello; pero le da una escolta cuatro veces mas numerosa que el destacamento romano de su guardia. Leon se pone en marcha como un prisionero; pero cuando hubo perdido de vista el campamento árabe, grita á los suyos: «Compañeros, es fuerza acometer á los enemigos y no contarlos. Ataquemos á estos infieles: Dios peleará por nosotros.» A estas palabras se arroja con la rapidez del relámpago sobre la escolta sarracena, la sorprende, desbarata y dispersa, se reune á su ejército, da una parte de él á Nicetas, el cual ataca á Musélima, hace levantar el sitio de Amório, y obliga á los árabes á retirarse á Capadocia.

Pónese Leon al frente de las demás tropas y marcha á Nicomedia, encuentra al hijo de Teodosio que mandaba la guardia imperial, le vence en una sangrienta batalla y le hace prisionero. Teodosio no era capaz de luchar con un competidor tan terrible. El senado le suplicó que aorrase al imperio una guerra civil renunciando el cetro; y como reinaba á su pesar, cedió fácilmente á los votos de los senadores, y dejó sin sentimiento un trono en que no podia sostenerse.

El patriarca le prometió en nombre de Leon, que se le perdonaría la vida; pero se le ecsijió que él y sus hijos se hiciesen sacerdotes como era la comezon de la época. Este príncipe, mas bien libertado que privado del cetro, vivió tranquilo en Efeso, entretenido en copiar con letras de oro los Evanjelios y rezos de la Iglesia. Su epitafio es mas notable que su reinado: mirando la muerte como el remedio de todos los males, mandó que se grabase en su sepulcro esta palabra sola: *Sanidad*.

Leon, despues de un triunfo tan fácil, entró pacíficamente en Constantinopla por la puerta Dorada. Los abitantes le recibieron con los trasportes de alegría y de esperanza que escita casi siempre un nuevo reinado. Al dia siguiente fué coronado por el patriarca, en cuyas manos le hizo jurar man-

tendria los decretos de los concilios y las decisiones de la Iglesia.

LEON III, EMPERADOR.—(717) El Oriente se veia en fin, despues de tantos reinados miserables, bajo la autoridad de un guerrero capaz de defenderle contra sus enemigos, de retardar su caida y de levantarle de entre sus ruinas: tal era á lo menos la esperanza pública; pero si Leon no desmintió en el trono la idea que habia dado de su valor en los campos de batalla, no correspondió en otros puntos á la espectacion jeneral.

Sus grandes cualidades fueron manchadas con grandes defectos: su pertinacia en materias de relijion fué causa de un cisma funesto: embriagóse con la copa del poder: quiso gobernar las conciencias como mandaba las tropas, y con los yerros capitales que cometió, dio oríjen y fué la causa principal del aumento del poder de la tiara, entremetiéndose esta en negocios ajenos á su dignidad, y preparó, aunque de lejos, el nuevo imperio de Occidente.

Mientras Constantinopla era toda fiestas por el advenimiento de Leon, gozaba Roma de una tregua con que aliviaba pasajeramente los males de tantos años: Ariperto II, que ascendió al trono de Milan por medio de un asesinato, gobernó sus pueblos con justicia, y dio á la Iglesia de Roma las tierras usurpadas por los lombardos.

Algunos escritores eclesiásticos han querido sostener que mucho tiempo antes de esta época, el territorio romano era patrimonio de san Pedro, y que Ariperto le agregó una parte del Piamonte. Esta opinion está desnuda de fundamento.

Las iglesias poseian en diferentes paises tierras propias, procedentes de donaciones, á las cuales daban el nombre de los santos titulares; pero poseian estos bienes como simples particulares bajo la soberanía del príncipe, y destinaban una parte de sus rentas á los pobres, y lo demás á la fábrica del templo. Pipino, rey de Francia, fué el primero que dió á los sumos pontífices una soberanía temporal; esto es lo histórico, lo demás es fabuloso; y se prueba en que el papa san Gregorio el Grande escomulgó á los administradores del patrimonio de san Pedro, porque afectaban ser independientes, y no querian reconocer la autoridad del emperador ni de sus majistrados.

Ariperto murió aogado en el Tesino. Ausprando, que le hacia guerra, pretendió sucederle; pero los pueblos, amantes de su memoria, elijieron á Luitprando, su hijo, que fué el mejor rey de los lombardos. Era justo, virtuoso, clemente, y aunque sin estudios, no menos ábil en las negociaciones que en la guerra. Sus leyes mantuvieron la abundancia y la paz en el reino, y sus armas estendieron sus límites. Gregorio II, su émulo en talentos, brillaba entonces en la silla pontifical. Este diestro papa quitó con su audacia la ciudad de Cúmas de los estados del duque de Benevento, y logró momentáneamente conservar al emperador Leon adicto á la ortodocsia.

Sitio de Constantinopla por el califa Soliman. — (718) Al mismo tiempo descargaba sobre este príncipe una terrible tempestad. El califa, rabioso de haber contribuido á su grandeza sin sacar de ella ninguna utilidad para los sarracenos, vino á sitiar á Constantinopla con inumerable ejército. Leon, para alejarle, recurrió á las negociaciones, y el orgulloso árabe le respondió: «No se transije con los cautivos, ni se trata con los vencidos. Ya he señalado la guarnicion que ha de quedar en la plaza. No te queda otro arbitrio que el de someterte á mi poder.» Leon respondió á esta insolencia con la victoria.

La escuadra sarracena que estaba á la vela, fué dispersada por un uracan. El emperador aprovecha este momento favorable: sale con buques lijeros y brulotes, atraviesa audaz por medio de la escuadra enemiga, y arrojando sobre ella el fuego griego, la reduce á cenizas. Este buen suceso anima á los sitiados: el valor del príncipe se comunica á todos los abitantes: rechazaban porfiadamente los asaltos redoblados de los árabes, y los obligan á encerrarse en su campamento

Estos reveses apresuraron la muerte del califa Soliman. Sucedióle su sobrino Omar. El invierno de 718, el mas rigoroso que se habia conocido en aquellos paises, cubrió la tierra de nieve por el espacio de ciento y diez dias. La fuerza del frio reprimió el ardor de los ataques.

Levantamiento del cerco de Constantinopla. — (719) Por la primavera llegaron dos nuevas escuadras, una de Ejipto y otra de Africa, para reforzar á los musulmanes; pero los marineros, oficiales y soldados de aquellos

paises, cuya conquista y conversion era reciente, se desalentaron apenas vieron la miserable situacion del ejército del califa. Los ejipcios dieron el ejemplo de la defeccion, separándose de los árabes y entrando en el puerto de Constantinopla. Leon hace una nueva salida con su escuadra, y coje, quema ó echa á pique el resto de los buques enemigos. Musélima, que no tenia víveres, envió á talar el Asia numerosos destacamentos. Leon envió tropas, que les pusieron emboscadas y acabaron con ellos.

La abundancia reinaba en Constantinopla, y el ambre en el ejército sitiador. En fin, Musélima, vencido de la escasez y del valor de Leon, levantó el sitio y se retiró. Un ejército de búlgaros le persiguió en su retirada, y le venció matándole veintidos mil hombres; y una tempestad destruyó los restos de la marina mahometana. La capital de Oriente celebró este triunfo con el mayor júbilo, y comparó su libertador á los éroes mas ilustres de la antigua Roma.

El califa, en el primer movimiento de su cólera, mandó matar á todos los cristianos que no abrazasen la ley de Mahoma: sus ministros, menos bárbaros que él, desarmaron su enojo, y revocó tan sanguinario edicto; pero desde esta época los sectarios del Evanjelio estuvieron sometidos en el imperio musulman á leyes tan injustas como umillantes, que ecsisten todavía; entre ellas una, que proibe á los tribunales admitir el testimonio de un cristiano contra un mahometano.

El califa, que no habia podido vencer á Leon, solicitó convertirle, y le escribió una larga carta para mostrarle la verdad del Coran, y moverle á que abrazase un culto, segun decia, mas puro y racional que el de Jesucristo. Sus predicaciones, como debia esperar, produjeron tan buen efecto como sus armas.

El sitio de Constantinopla habia esparcido el terror en Grecia y en Italia; y creyendo cierta la ruina del imperio de Oriente, se esperaba á cada instante ver el Occidente invadido por los sarracenos. Serjio, que mandaba en Sicilia, formó el proyecto de hacerse independiente, y para sondear los ánimos, hizo primero que algunos descontentos proclamasen emperador á Tiberio, uno de sus lugartenientes.

Las miradas vijilantes de Leon

se estendian hasta las partes mas lejanas del imperio: informado de la conspiracion, envió á Sicilia un oficial llamado Paulo, el cual desacreditó las falsas noticias, alentó á los tímidos, desconcertó á los conjurados, los prendió, y envió sus cabezas al emperador. Solo Serjio, autor de la trama, tuvo la abilidad de justificarse.

Otra conjuracion amenazó la vida del príncipe. Fastidiado Anastasio de vivir en el destierro, formó el designio de recobrar el trono, para lo cual le prestó el rey de los búlgaros cinco mil libras de oro. Algunos de sus antiguos cortesanos que habian conservado sus destinos, prometieron favorecerle: el patricio Sisinio, que era uno de ellos, reunia ya buques y tropas búlgaras para ejecutar la empresa. Leon se anticipó, envió al suplicio á los oficiales que le hacian traicion, y ganó á fuerza de dinero al rey de los búlgaros. Este puso en su poder á Sisinio, á Anastasio y al arzobispo de Tesalónica, que fueron degollados en el Hipodromo.

Todas estas conspiraciones, que se sucedian unas á otras, hicieron recelar al emperador de la suerte de sus hijos; y con la esperanza de que Constantino, el mayor de ellos, fuese mas respetable á los ojos de los pueblos y asegurase la erencia del trono, le asoció al imperio, despues de haberle bautizado, siendo sus padrinos los senadores y empleados de mas dignidad.

Revolucion de los judios.—Los judios, firmes siempre en su culto y en sus esperanzas, á pesar de su ruina, proclamaron un mesías, y levantaron el estandarte de la rebelion. El emperador reprimió esta rebelion, cosa justa y fácil; pero despues les mandó, sopena de muerte, recibir el bautismo; órden tan inicua como insensata. Los desgraciados aparentaron obedecer, y no hicieron mas que profanar un sacramento que detestaban.

Leon, acostumbrado á vencer, no queria que nadie le resistiese. Persiguió á los montanistas, y aumentó con la violencia la ostinacion de estos sectarios.

Conquista de Cerdeña por los sarracenos.—(723) La guerra contra los musulmanes continuaba siempre ensangrentando el imperio: los árabes se apoderaron de Cerdeña. Yezid, sucesor de Omar, reinó cuatro años, y dejó el cetro á su hermano Hescham: este peleó con los romanos en las llanuras de Siria, fué vencido, y se encerró en

Damasco. Musélima reparó este revés con algunas victorias parciales.

El Oriente hizo sin batalla una conquista estraordinaria y nueva: un volcan subterráneo estalló en el Archipiélago, á veintisiete leguas al norte de la isla de Creta, y sacó del seno del mar la isla de Santorin, hoy famosa por sus vinos esquisitos.

Edicto de Leon contra el culto de las imajenes. — (726) Hasta esta época mereció Leon la admiracion pública como príncipe y como guerrero; pero manchó ambas glorias, queriendo añadir á ellas la de teólogo. El culto de las imájenes le parecia supersticioso y contrario á la pureza de la fé evanjélica, y resuelto á proscribirlo, convocó el senado. «Para mostrar, dijo, mi gratitud al Señor por los beneficios que le debo, quiero abolir la idolatría introducida en la Iglesia por el culto de las imájenes. El pueblo fanático las confunde con la divinidad, y no son mas que verdaderos ídolos. Como jefe de la relijion y del imperio, debo reformar tan vergonzoso abuso.»

Despues leyó un edicto dirijido á destruir lo que él llamaba supersticion sacrílega; y en desprecio de las antiguas costumbres, mandó al senado que lo archivase sin deliberar.

Esta medida temeraria escitó grandes turbulencias en el imperio. Los que por adesion, convencimiento ó interés seguian la doctrina del emperador, atacaron con furia, é insultaron y destruyeron sin respeto los pretendidos ídolos. Llamóseles iconoclastas *ó rompedores de imájenes.* Solo respetaron la cruz. Los adversarios defendieron con el mismo encarnizamiento los objetos de su antigua veneracion. Leon conoció muy pronto que es mas peligroso atacar la superticion que la fé.

El patriarca Jermano y el papa Gregorio, indignados de una innovacion tan atrevida y de aquella usurpacion de poderes, resisten al emperador, y se empeñan en demostrarle que los cristianos veneran las imájenes y no las adoran. Leon responde á sus manifestaciones con rigores y venganzas: todo el Occidente se subleva contra el edicto imperial: Gregorio escribe con vigor al monarca, y le advierte que los príncipes no tienen derecho para decidir en materias de fé;—pero es bien cierto que en el momento en que el papa queria que el poder

temporal no se traslimitase, él se salia de sus límites culpablemente, sosteniendo con tenacidad la causa de los pueblos de Calabria y de Sicilia, relativamente á una nueva capitacion que el emperador queria imponerles.

Fatigado Leon de esta resistencia, quiere deponer al papa, y hace tramar en Roma una conspiracion contra él. El populacho se adiere al partido del pontífice, y degüella á los conjurados. El duque Paulo llama en su socorro las tropas de Ravena; pero los romanos, toscanos y lombardos toman las armas, é inutilizan sus esfuerzos. Gregorio, no queriendo por entonces llevar mas adelante su triunfo, apaciguó la sedicion: su dependencia fué mas aparente que verdadera, y desde entonces la santa sede fué el ídolo de los italianos, y aborrecido el trono imperial. — Los tiempos han corrido; pregúntese á la moderna Italia si se encuentra con el amor de sus antepasados del siglo VIII.

Conspiracion de Cosme. — (727) El descontento que escitaba en todas partes la tiranía del emperador, obligó á los griegos á salir de su inercia abitual: subleváronse y elijieron por emperador á un oficial llamado Cosme, que no tardó en presentarse con una escuadra delante de Constantinopla. El valor de Leon y el fuego griego destruyeron las armadas y la esperanza de los rebeldes. Cosme y su lugarteniente Estevan fueron presos y degollados. Una amnistía completa aseguró y desarmó á sus partidarios.

Los musulmanes, al favor de estas turbulencias, cercaron á Nicéa; pero el valor de los abitantes los obligó á levantar el sitio. El emperador insistia siempre en el proyecto de forzar las conciencias. En vano procuró que los venecianos abrazasen su partido: estos lo reusaron. Las ciudades de Rímini, Fano, Pésaro y Ancona se sublevaron contra el esarca, y cada una de ellas elijió un duque. El papa finjia públicamente calmar su ardor, y en secreto lo atizaba.

Solo el duque de Nápoles se mostró dócil á las órdenes de Leon. Púsose al frente del ejército con su hijo, y marchó contra Roma. La noticia de su llegada produce una revolucion: el valor, desterrado por tanto tiempo de la antigua capital del mundo, parece renacer; los romanos, que habian entregado sin resistirse á los bárbaros mas

despreciables sus riquezas, su sangre, su gloria y su libertad, se arman aora con furor para defender una disputa teolójica: salen de la ciudad, dan batalla á los napolitanos, y los derrotan con muerte del duque y de su hijo.

VICTORIA DE LOS VENECIANOS CONTRA LOS LOMBARDOS. — (729) El rey de los lombardos, aprovechándose de esta ocasion favorable á sus designios ambiciosos, afectó un zelo ardiente por la causa del papa, se apoderó de Ravena, tomó á Narni en el ducado de Roma, entregó esta ciudad á la iglesia romana, y fué aceptada.

El esarca, retirado en Como, promovió en Roma una nueva conspiracion contra el pontífice por medio de sus ajentes; pero el pueblo le salvó segunda vez del furor de los conjurados. La amistad del rey lombardo inspiraba á Gregorio mas temores que esperanzas: el diestro pontífice penetraba su secreta intencion, y miraba la conquista de Ravena como preludio de la de Roma. En esta situacion crítica imploró el socorro de los venecianos: el dogo Orso, accediendo á su ruego, armó una escuadra, desembarcó las tropas, y cayendo de improviso sobre el ejército del rey Luitprando, lo venció, hizo prisionero á su sobrino, echó á los lombardos de Ravena, y no atreviéndose á ofender al emperador, entregó la ciudad al esarca Eutiquio.

Indignado el rey lombardo, de su derrota, hizo alianza con el esarca, y se acercó á Roma. Este nuevo peligro obligó al papa á implorar el ausilio del famoso Cárlos Martel, que bajo el nombre del rey Tierry IV gobernaba entonces la Francia. Así los yerros de Leon fueron causa de que Roma volviese sus miradas ácia el Norte, y tomase la costumbre de llamar á Italia los franceses, menos peligrosos para ella por su lejanía, que los imperiales y los lombardos.

No ostante, la mediacion de Cárlos fué entonces inútil por una circunstancia imprevista. Cuando ya el ejército coligado ocupaba las praderas de Neron, y Roma se creia perdida sin remedio, el astuto Gregorio, al frente de su clero, se presenta en el campamento del rey de Lombardía. El espectáculo de la cruz, la pompa de la comitiva, el aspecto del pontífice, revestido como su clero de los ornamentos sacerdotales, sorprende y desarma á Luitpran-

do. En vano el esarca procura irritarle: el príncipe, rendido y arrebatado por la elocuencia del papa, se arroja á sus pies, le sigue al Vaticano, se despoja de sus ornamentos reales, los pone junto al sepulcro de los apóstoles, y suplica al papa que le perdone, le alce la escomunion fulminada contra él, y le conceda su amistad.

El pontífice le levanta y abraza: los temores cesan, el odio se estingue, la paz se firma, y Gregorio queda vencedor de los dos ejércitos, de los cuales el uno se retiró á Pavía, y el otro á Ravena. Demasiado ábil para no conocer que su gloria podia escitar la envidia, y que solo la moderacion consolidaria su triunfo, persuadió él mismo á los romanos que reconociesen la autoridad del esarca; pero solo cedió la sombra de ella, y se reservó la realidad.

Poco tiempo despues los toscanos elijieron por emperador á un hombre desconocido, llamado Tiberio, el cual al frente de los sublevados marchó contra Roma. El esarca, que habia licenciado sus tropas, se consternó: Gregorio le anima, sube al púlpito, llama á los ciudadanos, como los antiguos cónsules, á la defensa de la patria: toman las armas á su voz: el esarca se pone á su frente, ataca al usurpador, le derrota y persigue, le coje prisionero y envia su cabeza al emperador.

Fanatismo de Leon.—Los ostáculos que se oponian á las órdenes de Leon, le hicieron fanático en su erejía. El patriarca Jermano, prócsimo ya á la edad de cien años, se atrevió á reprenderle su injusticia: el emperador le dió una bofetada, y mandó al senado que le depusiese. Entonces el patriarca, despojándose del palio, dijo al tirano: *Mi persona está sometida á las órdenes absolutas del príncipe; pero mi conciencia no se rinde sino á un concilio jeneral.*

Los soldados, siempre dispuestos á servir los caprichos del despotismo, rompian en todas partes las imájenes é insultaban á los sacerdotes. Leon hizo quemar la biblioteca pública, porque sus administradores no eran de su opinion. En todas partes la tiranía escitaba rebeliones: quiso quitar un crucifijo de bronce que habia en una puerta de la ciudad: el pueblo le defendió; pero fué rechazado por la guardia imperial. La persecucion de los apóstoles acaso hizo menos mártires que la rotura de las imájenes.

GREGORIO III, PAPA.—(731) Los romanos perdieron un grande hombre en Gregorio II. Sucedióle Gregorio III, y en su pontificado se irritó mas la disputa entre la santa Sede y el imperio.

Nuevos ataques de los árabes multiplicaron las desgracias del reinado de Leon; y como las turbulencias relijiosas ocupaban entonces su atencion mas que las políticas, dejó á sus lugartenientes el cuidado de rechazarlos. Los sarracenos penetraron en Paflagonia y derrotaron un ejército romano. Los turcos forzaron las puertas Caspias; pero Musélima los arrojó al otro lado del Cáucaso.

DIVISION PRIMERA DE LA IGLESIA GRIEGA Y LATINA. — (732) El papa reunió un concilio en Roma, y en presencia de la nobleza y del pueblo declaró separado de la comunion de los fieles á todo el que faltase al respeto debido á las imájenes.

Esta decision pareció al príncipe una injuria intolerable; y así encargó al duque de Sibira que saquease á Ravena, tomase á Roma, destruyese todas las imájenes y trajese encadenado al pontífice á Constantinopla.

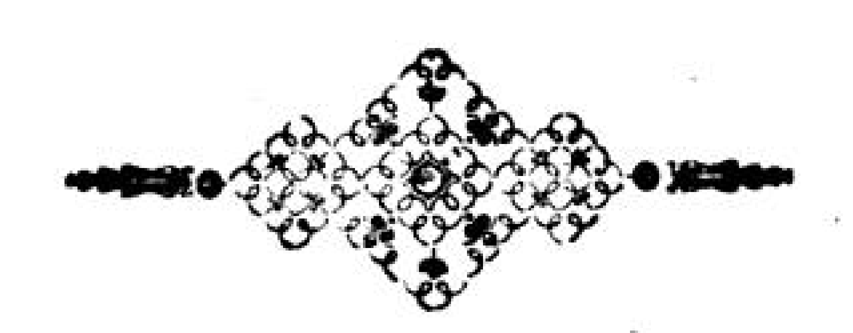
El jeneral desembarca en Italia al frente de un poderoso ejército. Las mujeres, viejos y niños se cubren de sacos y cilicios: resuenan sus jemidos en todos los templos; mas luego sucede el furor á la consternacion: los ciudadanos toman las armas, finjen huir á la vista del enemigo, ponen una celada á los imperiales, caen sobre ellos, los destrozan y echan á pique sus navíos.

Esta derrota llevó al estremo la rabia de Leon. Quitó á la jurisdiccion de la iglesia de Roma las de Grecia, Macedonia é Iliria, y las sometió al patriarcado de Constantinopla. Así comenzó la division funesta entre la iglesia griega y latina.

CONSPIRACION DE UN IMPOSTOR. — (739) Desde esta época ningun suceso brillante consoló á Leon de sus infortunios. Durante seis años continuaron impunemente los sarracenos sus correrías en Asia. Protejiendo Soliman á un impostor, que se decia hijo de Justiniano II, le coronó en Jerusalen y le socorrió con tropas; pero el ejército imperial le derrotó y dió muerte. Leon dió por mujer á su hijo Constantino la hija del kan de los cósaros. Esta princesa, admirable por su talento y ermosura, recibió en el bautismo el nombre de Irene.

Los vínculos que unian á Roma con el imperio, se relajaban

cada dia. En 741 hizo el papa un acto de soberanía, sin ejemplo hasta entonces; y fué enviar una solemne embajada á Cárlos Martel para obtener su apoyo, enviándole en regalo las llaves del sepulcro de san Pedro, y una parte de las prisiones del apóstol. Baronio, hablando de los temores y jemidos de Gregorio III, dice «que este pontífice sembró en lágrimas, y sus sucesores segaron en alegría.» Al mismo tiempo recibió Cárlos las diputaciones del senado y pueblo romano, que le confirieron el título de cónsul y patricio. Cárlos envió al papa el abad de Corbie y un monje de san Dionisio con ricos presentes; pero reusó el ausilio que se le pedia, por no desguarnecer la Francia ni descontentar al rey de los lombardos, que le habia ayudado á vencer á los sarracenos. Aquel mismo año murieron tres hombres célebres, Gregorio III, Carlos Martel y Leon. Este emperador murió de idropesía, despues de un reinado de veinticuatro años: su fanatismo mancilló su gloria y las estravagancias de teólogo borraron la memoria de las azañas de guerrero.



CAPITULO XI.

CONSTANTINO V, COPRONIMO, LEON IV, CONSTANTINO VI, PORFIROJENITO. IRENE, EMPERATRIZ.

Estado del imperio al advenimiento de Constantino V. — Retrato de este emperador. — Rebelion de Artabazo y batalla de Sárdes. — Ruina de la dinastía de los Omniades. — Cuadro de aquella época desastrosa. — Abilidad y poder del papa Zacarias. — Ruina de la dinastía de los Merobinjios en Francia y reinado de Pipino. — Abolicion del esarcado. — Victoria de Pipino contra los lombardos. — Primera donacion á la iglesia. — Desiderio, rey de los lombardos — Muerte del papa Estevan, remplazado por su hermano Paulo. — Crueldad de Constantino. — Embajada de Constantino á Pipino. — Revolucion eclesiástica en Roma. — Estevan III es electo papa. — Orijen del colejio de cardenales. — Adriano I, papa. — Guerra de Adriano con Desiderio. — Ruina de la monarquía de los lombardos. — Leon IV, emperador. — Muerte de Othman, hijo del califa. — Muerte de Leon. — Constantino VI, Porfirojénito, emperador. — Disputas relijiosas; sétimo concilio jeneral. — Prision de Irene. — Conjuracion de Irene. — Irene, emperatriz. — Establecimiento del nuevo imperio de Occidente.

Constantino V, Copronimo, emperador. — (741) El trono á que ascendió Constantino solo brillaba por la memoria de su antigua grandeza, y estaba rodeado de estragos y ruinas. Los sarracenos, dueños de Siria, Persia, Palestina, Ejipto y Africa, despues de conquistada la España se habian adelantado hasta el centro de Francia, y hubieran subyugado este reino, si el valor eróico de Carlos Martel, y la gran batalla que les ganó, no hubiese opuesto al torrente un dique invencible. Sin este grande hombre la Europa jemiria hoy, como el Oriente, bajo el despotismo y la cimitarra musulmana.

La Italia no estaba ligada al imperio sino por los recuerdos y un resto de temor. Gregorio II aparentando oponerse á una revolucion, habia acostumbrado al mundo á ver la tiara resistir á la corona. Gregorio III hizo mas:

ofreció á Cárlos Martel la ciudad de Roma; y el no haberla admitido fué solo la causa de que los emperadores conservasen por algun tiempo una aparente soberanía sobre aquella capital.

Leon, rompiendo las imájenes, quebrantando las antiguas costumbres y desmembrando la jurisdicion de la santa sede, se habia hecho odioso á los pueblos de Italia, nunca defendidos y siempre vejados por los emperadores de Oriente, despreciados como débiles, temidos como tiranos y aborrecidos como erejes. Zacarías, sucesor de Gregorio III, miraba como enemigos suyos tanto á los griegos como á los lombardos. Para defenderse contra unos y otros se adirió á los franceses y preparó, de acuerdo con la opinion pública, la grande revolucion que fundó poco tiempo despues el nuevo imperio de Occidente.

Ningun príncipe era menos capaz que Constantino de sostener la autoridad imperial en tan críticas circunstancias. Este monarca orgulloso, violento é impío, burlándose de las costumbres de un siglo relijioso, despreciaba todos los cultos, se burlaba de los santos, proibia onrar sus reliquias, y ultrajaba con espresiones sacrílegas á la Vírjen María, comparándola á una bolsa, de que no se hacia caso cuando habia salido de ella el oro que tenia. Al escándalo de sus discursos se añadia el de las mas bajas desonestidades. Estravagante y sucio en sus aficiones, se perfumaba con estiercol y orines de caballo, é incitaba á sus cortesanos á que le imitasen. Este estraño capricho hizo que se le diese el sobrenombre de *Coprónimo*. Otros dicen que se le puso el patriarca, porque al recibir el bautismo cuando niño emporcó con sus escrementos el agua bendita. La historia, para ser verídica, debe descender á estos vergonzozos detalles, cuando tiene que describir los tronos y los pueblos degradados y envilecidos por la servidumbre.

REBELION DE ARTABAZO Y BATALLA DE SARDES. —(743) Los escesos de Constantino, su odio contra Dios, su pasion á la májia, y sus violencias contra los sacerdotes, le granjearon muchos enemigos. Artabazo el curopalato, que estaba casado con Ana, hermana del emperador, creyó que podria destronar facilmente á un monarca tan despraciable. Sospechando el emperador sus designios, le pidió sus hijos por reenes. Artabazo, no reparando ya en nada, sublevó el

ejército que mandaba, y marchó contra su cuñado. Constantino asustado uyó á la Frijia; pero por desgracia del imperio, Lonjino y Sisinio, jenerales valientes, determinaron conservarle el cetro que abandonaba y que era indigno de llevar.

Entretanto el patriarca, convocando el pueblo de Constantinopla, declara públicamente que ha oido á Constantino renegar de Jesucristo. La peble indignada pronuncia la sentencia de deposicion, y proclama emperador á Artabazo, el cual se apoderó de palacio y restableció en la ciudad el culto de las imájenes.

Lonjino y Sisinio, habiendo reunido nuevas tropas, restituyen á Constantino el valor y la esperanza, y vuelve á presentarse al frente de un ejército. Los dos rivales, igualmente indignos del imperio, imploran con bajeza el ausilio del estranjero y los socorros de Valid II, hijo de Heschan. El árabe orgulloso, que los despreciaba, desecha ambas solicitudes, se aprovecha de la discordia y devasta el Asia.

Poco tiempo despues Constantino encontró á Artabazo cerca de Sardes y le dió batalla. La abilidad de Sisinio decidió la victoria, y Artabazo fué derrotado. Nicétas, su hijo, tuvo igual suerte en Bitinia. Entonces se renovaron todos los orrores de las antiguas guerras civiles: la discordia reinaba en las familias, y ni aun la oscuridad aseguraba el sosiego. El imperio, destrozado por la discordia y saqueado por los sarracenos, nada en sangre: los dos partidos despreciaban igualmente la umanidad, la justicia, la relijion, y de ambas partes se combatia con furor por dos príncipes que desonraban el trono, el uno por sus vicios y el otro por su incapacidad. En fin, despues de muchos combates con vario suceso, Constantino sitió la capital, destruyó la armada enemiga, hizo prisionero á Nicétas, le mandó degollar al pie de las murallas, y tomó por asalto la plaza. Artabazo se hizo fuerte en un castillo, se rindió por capitulacion, y se le sacaron los ojos. El emperador no tuvo la menor induljencia con los partidarios de su enemigo: unos fueron muertos, otros mutilados. Sisinio habia logrado que se conservasen al patriarca su vida y dignidad; pero á pesar de esta promesa, fué paseado en un asno, espuesto á los insultos de la soldadesca y privado de la vista.

No faltaba al feroz Constantino, para ser el mas vil de los mónstruos, sino la ingratitud; y dos meses despues de haberle Sisinio restituido al trono, le arrancó los ojos. Esta guerra cruel acabó con la flor del ejército romano, y el triunfo del emperador fué bajo todos aspectos un largo duelo para el imperio.

Ruina de la dinastia de los omniades. — (750) El destino, que aun no habia señalado la ora de la caida del imperio griego, lo salvó en el momento mismo que parecia inevitable su perdicion. La discordia dividió nuevamente á los árabes. Los descendientes de Abbas, tio de Mahoma, se habian rebelado contra los Omniades algunos años antes. Despues de una lid larga y sangrienta Abul-Abbas, habiendo vencido y muerto á Mervan, hijo de Valid, subió al trono. Su dinastía, que es la de los Abbasidas, reinó quinientos veintitres años. Abul-Abbas dejó á Damasco, y puso su corte en Caldea. Su hermano Almanzor, que le sucedió, edificó junto al Tigris la famosa ciudad de Bagdad, residencia en lo sucesivo de los califas Abbasidas.

Como la guerra prolongada que destruyó la estirpe de los Omniades habia debilitado á los sarracenos, Constantino, aprovechándose de esta circunstancia, venció á los árabes, recobró una parte de la Comajene, y los arrojó de Chipre. Pero el Asia parecia entonces condenada á no gozar de ningun sosiego. El azote de la peste se unió á la avaricia y á las concusiones de los majistrados del emperador, para asolarla y despoblarla.

Jamás hubo en los anales del mundo una época mas cruel para las naciones, ni mas tempestuosa para las testas coronadas. El alfanje mahometano destruia las ciudades, devastaba los campos, arruinaba los tronos, violentaba las conciencias, y derramaba en todas partes el terror y la servidumbre.

Los guerreros del Norte destruian las últimas reliquias del imperio romano, reducian á esclavitud á los antiguos señores del mundo, destrozaban sus monumentos, arrojaban de Europa las artes y las ciencias, y las sumerjian en la mas profunda ignorancia: solo brillaban la antorcha del ignorante fanatismo y las espadas de un gran número de príncipes y señores, siempre divididos entre sí; pero siempre armados contra los tronos y los pueblos.

En este siglo de barbárie la ambicion debia temer el poder supremo mas bien que desearlo, porque no era grande la distancia del palacio á la cárcel, y del trono al cadalso.

Casi todos los monarcas perecian violentamente: los califas, por la cimitarra ó el puñal: en Constantinopla, por el puñal ó por la pérdida de la vista. En Occidente se cortaba el cabello á los príncipes que sobrevivian á su caida, se les encerraba en monasterios, y muchas veces se les sacaban los ojos. El mundo estaba trastornado con frecuentes revoluciones, y bajo Constantino y su hijo se consumó la que habian preparado en Italia los yerros de Leon.

El papa Zacarías conservó diestramente su autoridad, aparentando una finjida sumision á Constantino, y amenazando con las venganzas del cielo á Hildebrando, rey de los lombardos y débil sucesor de Luitprando. Ratchis, que sucedió á Hildebrando, se mostró al principio mas formidable: amenazó á Roma y sitió á Perusa; pero Zacarías vino á su presencia, y le habló con tanta uncion y enerjía, que el rey lombardo, pasando súbitamente del furor al arrepentimiento, y del orgullo á la umildad, puso su corona á los pies del pontífice, recibió de él el hábito de fraile, y se retiró al monasterio de Monte Casino.

Aquellos guerreros, feroces y supersticiosos á un mismo tiempo, mostraban á los papas, ya la áspera altivez de un déspota y de un conquistador, ya la débil sumision de un catecúmeno.

Astolfo, que ciñó entonces la corona de Lombardía, pareció menos devoto y mas ambicioso, y como su intencion era someter la ciudad de Roma á su dominio, el pontífice se vió obligado á implorar contra él la proteccion de Francia.

Reinado de Pipino. — (752) En aquel tiempo los franceses, siempre amantes ó de la libertad ó de la gloria, estaban cansados del poder arbitrario que ejercian los gobernadores de palacio con el nombre de los reyes llamados *olgazanes*. Destronaron, pues, esta raza dejenerada. Pipino, gobernador de palacio, eredando el respeto que las azañas de su padre Cárlos Martel habian inspirado á la nacion, encerró á su soberano en un convento y se apoderó del trono.

Para hacer mas sagrada su

nueva autoridad añadiendo al voto del consentimiento nacional el de la relijion, quiso hacerse reconocer y coronar por el papa. Zacarías tenia tambien necesidad de su socorro para asegurar su independencia; este pontífice ambicioso, separando los ojos del cielo y fijándolos en la tierra, declaró que era justo que Pipino tuviese el título de rey, pues ejercia el poder como tal, y decidió que el gobierno de hecho debia sobreponerse al de derecho. De modo que por un cambio político, Childerico III, el descendiente de Clodoveo, recibió la tonsura, Pipino la corona, y Zacarías y la Iglesia una soberania temporal.

Entretanto Astolfo, conociendo que esta nueva alianza se dirijia contra él, rompió la paz, y declaró su designio de conquistar y destruir á Roma. Apoderóse primero de Ravena y abolió el esarcado que habia durado ciento ochenta y cinco años, desapareciendo aquella última y débil imájen del antiguo imperio de Roma. Entretanto murió Zacarías y tuvo por sucesor á Estevan II, el cual logró por su finjida sumision y destreza concluir una paz, que debia durar cuarenta años, y que fué rota cuatro meses despues.

VICTORIA DE PIPINO CONTRA LOS LOMBARDOS. — (754) El rey lombardo pidió sin rodeos que Roma le reconociese por soberano suyo: el papa procuró en vano apaciguarle. El emperador Constantino, orgulloso por algunos triunfos conseguidos contra los sarracenos, creyó que su nombre solo era bastante para detener al rey de Lombardía: sus fuerzas eran muy cortas para defender con un ejército la Italia. Envió pues á Juan, silenciario de su palacio, para que intimase á Astolfo que le restituyese la ciudad de Ravena. El lombardo continuó su marcha, y solo dió al embajador respuestas insignificantes.

El terror dominaba en Roma: en otro tiempo todo el pueblo hubiera corrido á las armas; entonces el clero hizo procesiones, y los ciudadanos le seguian con los pies descalzos, llevando pendiente de una cruz el tratado de paz violado por Astolfo.

Estevan, que buscaba otros recursos que los del cielo, escribió á Pipino y á los magnates de Francia implorando su socorro. Pipino solo le prometió un asilo: el papa fué á Pavía, no pudo convencer al rey lombardo, y solo consiguió el permiso de pasar á Francia.

Cárlos, hijo del rey de los franceses, tan conocido despues con el nombre de Carlomagno, salió á recibirle; entonces fué cuando Pipino usurpando los derechos del emperador, prometió dar á los sucesores de san Pedro el esarcado y la Pentápolis. En premio de este servicio Estevan le relevó de sus juramentos, le absolvió y consagró, como tambien á la reina y á sus dos hijos: escomulgó de antemano á todos los señores que pretendiesen destronar la dinastía reinante: concedió á Pipino y á sus hijos el título de patricio de Roma, y por este primer concordato, el pontífice y el rey lejitimaban recíprocamente su usurpacion, y se daban mútuamente lo que no les pertenecia.

El rey juntó un parlamento en Quercy sobre el Oisa, y á pesar de la oposicion de muchos señores, hizo que se resolviese la guerra contra Astolfo en el caso de que este príncipe se opusiese á la ejecucion del último tratado con Roma. Pipino intimó al rey de los lombardos que restituyese las tierras conquistadas; y habiéndose negado á hacerlo, los franceses pasaron los Alpes, derrotaron completamente el ejército de los lombardos, persiguieron á Astolfo, le sitiaron en Pavía, y le obligaron á capitular y á entregar al papa el esarcado y la Pentápolis, á pagar un tributo anual y á dar cuarenta reenes.

Mientras que la Italia se perdia, Constantino se entregaba pacíficamente al cuidado de nombrar un patriarca y convocar un concilio en que trescientos obispos proscribieron el culto de las imájenes.

Apenas el rey de Francia volvió á sus estados, Astolfo, no respetando su juramento forzado, volvió á tomar las armas y á sitiar á Roma. Desde que la iglesia habia olvidado aquella mácsima del evanjelio: *Mi reino no es de este mundo*, la ambicion permitia y dictaba á su política fraudes piadosos. Estevan supuso una carta escrita por san Pedro al rey de Francia y la envió á Pipino para avivar su zelo. Este la creyó auténtica ó finjió creerla, y pasó de nuevo los Alpes. Astolfo amedrentado no se atrevió á pelear, levantó el sitio de Roma, se encerró en Pavía y pidió la paz. El abad Fulrade, comisario francés, acompañado de los comisarios lombardos, tomó solemnemente, en presencia de Astolfo y del papa, posesion del esarcado. Despues de

esta ceremonia fué á Roma, y depositó el acta de donacion y las llaves de las ciudades sobre el sepulcro del apóstol. Así fué como el sucesor de Pedro el pescador adquirió el dominio de tres provincias y de veintidos ciudades. Este ejemplo tuvo imitadores; otras iglesias se hicieron dar principados; algunos monasterios, señoríos; los papas juntaron el poder temporal al espiritual: está mezcla de lo sagrado con lo profano hizo á la iglesia mas fuerte pero mas bastarda y menos santa; los intereses umanos ocuparon el lugar de los del cielo; y en esta grande revolucion es donde debe buscarse la primera causa de las querellas contínuas y de las largas desgracias que ensangrentaron á la Europa. Debieron su nacimiento á la confusion de dos poderes entre los cuales no ha sido posible despues trazar los límites verdaderos.

Muchos autores dicen que Pipino en esta primera donacion concedió solamente la propiedad de las tierras, reservándose la soberanía: otros, que esta soberanía ilusoria se conservó por algun tiempo al emperador de Oriente, y se fundan en que hasta la coronacion de Carlomagno los pontífices fechaban sus cartas por los años de reinado de los emperadores de Constantinopla; y en que el senado y pueblo romano, escribiendo á Pipino, llamaban al papa su pastor y no su señor.

Desiderio, rey de los lombardos. — (756) Poco tiempo despues pereció Astolfo, muerto por un javalí: Ratchis, el rey anterior, fastidiado del claustro, quiso subir al trono; pero Desiderio, duque de Istria, apoyado por las tropas y favorecido por el papa, fué quien obtuvo el cetro de los lombardos.

Muerte del papa Estevan. — (757) Casi al mismo tiempo murió el papa y le sucedió su hermano Paulo. Entonces no poseian los emperadores en Italia mas que las ciudades de Nápoles y Gaeta, y las provincias de Pulla y Calabria.

El poder de Pipino inspiraba tanto respeto, que el emperador, el papa y el rey de los lombardos, en lugar de atreverse contra él, solicitaban á porfía su amistad.

Abandonando Constantino toda esperanza de reparar sus pérdidas en Italia, reunió contra los sarracenos todas las fuerzas del imperio, y consiguió sobre ellos algunos triunfos. Venció tambien á los eslavones; pero

fué derrotado por los búlgaros: bien que algunos años despues (76.) vengó su derrota en una gran batalla que duró todo el dia, y los venció completamente; mas desonró su victoria haciendo degollar en el circo á los prisioneros.

Este tirano desconfiado y cruel mandó prender por solo sospechas á diezinueve oficiales de palacio: se les llevó encadenados al Hipodromo; y antes de degollarlos, el mismo Constantino incitaba al pueblo á que los insultase. Entre estas víctimas habia dos patricios y un comandante de la guardia.

Embajada de Constantino a Pipino. — (767) El emperador, con la esperanza de sembrar la discordia entre franceses y lombardos, envió seis patricios á Pipino como embajadores, á pedirle la mano de su hija Jizela para Leon, hijo de Constantino, y asociado al imperio: pretendia por dote el esarcado. En esta embajada iban muchos sacerdotes iconoclastas, diplomáticos poco diestros y teólogos ostinados, que en vez de conciliar los ánimos, suscitaron una nueva cuestion, y con ella el cisma de la iglesia griega que aun continua. Acusaron á los latinos de erejía porque confesaban la procedencia del Espíritu Santo, del Hijo y del Padre. Los legados del papa sostuvieron con calor su opinion en presencia de Pipino, y la disputa jiró á un mismo tiempo sobre los intereses terrenos y los relijiosos.

La embajada, pues, no surtió efecto alguno: el clero de Francia condenó la erejía de los griegos, y Pipino desechó las propuestas del emperador.

La nueva grandeza de Roma era todavía dudosa y vacilante. Muerto Paulo, Toton, duque de Toscana, entró con armas en la ciudad, y obligó al pueblo á elejir por papa á su hermano Constantino que era seglar. El usurpador de la tiara escribió á Pipino; mas este no quiso reconocerle. Desiderio, por su parte, envió á Roma un cuerpo de tropas para hacer que fuese proclamado papa un sacerdote llamado Felipe, que le era adicto. Aquella infeliz ciudad fué campo de batalla para los toscanos y lombardos, que despues de haberse casi destruido unos á otros, cedieron á las amenazas y á la indignacion del clero, nobleza y pueblo. Estos tres órdenes, cansados de sufrir la violencia estranjera, se reunieron y elijieron papa á Estevan III. El otro papa fué encerrado en un con-

vento, y los romanos, imitando la barbárie de los orientales, le sacaron los ojos á él y al tribuno Gracilis, su protector.

Estevan III envió una embajada á Francia. Pipino habia fallecido. Cárlos y Carloman, sus hijos (1), entrambos patricios de Roma, recibieron favorablemente á los embajadores, y encargaron á doce obispos que pasasen á la capital del mundo cristiano, y restableciesen en ella el órden y la tranquilidad.

Convocaron un concilio que confirmó la deposicion del papa Constantino, y decidió que ninguno podria ser papa sin haber sido sacerdote ó diácono *cardinal*, es decir, sin estar agregado á una de las iglesias de Roma. Este es el oríjen del famoso colejio de los cardenales, que despues obtuvo la púrpura y pretendió renovar el esplendor del senado romano.

El mismo concilio anatematizó al de Constantinopla, que habia proscrito el culto de las imájenes.

Desiderio, eludiendo sus promesas, reusaba siempre restituir completamente á la santa sede *su patrimonio*. Acercóse á Roma con pretesto de devocion: este peregrino sospechoso, que llevaba un ejército por escolta, ocultó sus proyectos ostiles con el velo de respeto y amistad, y con sus artificios logró que el papa viniese á su campamento. El primer dia le recibió con el respeto de hijo, y el segundo le trató como á un vasallo, le habló con altanería, le mandó prender, hizo degollar á sus principales ministros, y le obligó á firmar una carta para el rey de Francia, en que el temor dictó á la debilidad mentidas alabanzas.

En lugar de aprovecharse Constantino de esta ocasion para recobrar su gloria y poder, salvar á Roma y libertar al papa, encerrado en su palacio solo

(1) Para evitar equivocaciones sobre estos dos nombres necesitamos decir lo siguiente. A la muerte de Pipino ó Pepino el Pequeño (PEPIN-LE-BREF), quedaron dos hijos suyos llamados en francés, uno *Charles* y otro *Carloman*. Este, que algunos indebidamente traducen con el nombre de Carlomagno, murió como veremos en 771. Su hermano *Charles*, Carlos en español, quedó dueño de la parte de dominacion que aquel tenia, y por sus azañas llegó á adquirirse el renombre de grande ó *magno*, segun la costumbre de la época de latinizar las palabras. De las dos reunidas resultó el decirse Carlomagno, que nunca debe equivocarse con Carloman su hermano.

se ocupaba en la disputa de los iconoclastas. Debió buscar para su hijo Leon una esposa que le trajese algun aliado útil; pero en este matrimonio se guió por su capricho mas bien que por la política, y le dió por mujer una doncella de Atenas, llamada Irene, célebre despues por su abilidad, su disimulacion, su talento y sus crímenes.

Desiderio no le imitó; antes bien pidió en casamiento á Jizela, ermana de Carlomagno. El papa, que temia esta union, escribió al rey de Francia una carta en que el espíritu de odio remplazaba al de la caridad, y pintaba á los lombardos como un pueblo abominable que esparcia en Europa la lepra y la corrupcion. *Unirlos*, decia, *á la sangre noble de los franceses, seria mezclar la luz con las tinieblas.*

Berta, viuda de Pipino, favorecia el partido de los lombardos. A pesar de su influjo, Desiderio no consiguió la mano de Jizela; pero su hija Desiderata, llamada tambien Hermengarda, casó con Carlomagno. Esta princesa, que debia ser un lazo de amistad, fué causa de un odio eterno. Cárlos la repudió al cabo de un año: los franceses desaprobaron este divorcio, y se opusieron por algun tiempo al segundo matrimonio del rey con Hildegarda. Carloman murió á la sazon: su hermano Cárlos se apoderó de sus estados; y Desiderio, enfurecido por el agravio de su hija, dió asilo á la viuda é hijos de Carloman, se declaró su defensor, y comenzó la lid, que decidió con prontitud la suerte del Occidente.

Adriano, papa. — (772) El papa Estevan III terminaba entonces su borrascosa carrera. Su sucesor Adriano, siguiendo los vestijios de los papas anteriores, sacudió del todo el yugo de los emperadores de Oriente. Resuelto á valerse del jenio de Carlomagno para destruir á los lombardos y afirmar la autoridad de la santa sede, desechó la alianza que Desiderio le ofrecia. El lombardo se apodera del ducado de Ferrara, bloquea á Ravena, ecsije que el papa venga á Pavía y que corone á los hijos de Carloman como reyes de Austrasia.

Guerra de Adriano con Desiderio. — (773) Adriano se niega á salir de Roma; Desiderio marcha con su ejército contra esta ciudad: el papa obra como soberano, y le opone tropas levantadas en Toscana, Campania y Pentápolis.

Carlomagno dudaba si pasaria los Alpes, como en otro tiempo vaciló César en el paso del Rubicon; y así abrió negociaciones, y ofreció á Desiderio gran suma de oro y plata, si dejaba libre al pontífice y le restituia sus dominios. Desiderio con aquella ceguedad que precede siempre á la caida de los príncipes, no quiso oir sus proposiciones. Entonces Cárlos, rápido y espantoso como el rayo, baja del monte Cénis, derrota á Adaljiso, hijo del rey lombardo, y despues al mismo Desiderio, le persigue, le arroja de Turin y le encierra y sitia en Pavía.

Ruina de la monarquia de los lombardos. — (774) Espoleto y Ancona se entregan al papa: toda Italia tiembla de la espada de Cárlos: aparece á las puertas de Roma, y el sábado santo entra triunfando en la ciudad, se postra al pie de los altares, y confirma la donacion de Pipino con un nuevo acto firmado por todos los obispos y nobles; y aun dicen que añadió los territorios de Espoleto y Benevento y alguna parte de Toscana y Campania.

El nuevo Brenno, en lugar de destruir á Roma, venia á librarla. Volvió á Pavía, obligó á Desiderio á rendirse á discrecion, y lo llevó prisionero á Francia con su mujer y su hija. Así pereció la monarquía de los lombardos, á los dos siglos de su fundacion.

El historiador Pablo Warnefrid, canciller del rey Desiderio, conspiró tres veces para restablecer la independencia de su nacion. Denunciado al vencedor y conducido ante los tribunales, no vaciló en afirmar que las desgracias de su patria no habian mudado sus sentimientos. Los jueces le condenaron á que le sacaran los ojos y le cortaran las manos; pero Cárlos lo indultó, diciendo con emocion: «¿Dónde encontraríamos una mano como esta que escribiese la historia?»

A pesar de lo espuesto en la pájina 14 de este tomo, digamos algo mas sobre las leyes lombardas. El rey Rótaris, yerno de Ajilulfo, publicó un código compuesto primero de trescientas noventa ordenànzas, y aumentado despues con ciento noventa y tres artículos (643). Cuando Carlomagno destronó al rey Desiderio en 774, dejó á los lombardos sus leyes, y se limitó á dar á los capitulares de los francos, en toda la estension de su nueva conquista, una autoridad igual á la de las leyes

lombardas. En el esarcado y en Roma, se seguia entonces el código de Justiniano; y de aquí nace esa variedad de costumbres que aun se nota en Italia.

La ley lombarda castigaba de muerte el robo y el adulterio, pero no el asesinato. El señor que con sus acciones ó consejos habia contribuido á quitar la vida á un hombre de condicion libre, no podia ser citado en justicia, si lo habia hecho por órden del rey: — tan grande era la confianza que la nacion concedia al príncipe. Pero el que llamaba ó atraia el enemigo al pais, el que abandonaba su patria ó el que proporcionaba á uno de sus compatriotas los medios para abandonarla, incurria en la pena capital. La ley no condenaba espresamente al último suplicio al señor que conspiraba contra su rey; únicamente decia que su atentado *lo esponia* á perder la vida. La gravedad de las penas variaba segun el sitio en que se cometian los crímenes. Un mismo delito estaba sujeto á una multa de cuarenta sueldos, ó á una de novecientos, ó aun á la pena de muerte, segun que se habia cometido en una Iglesia, en la reunion del pueblo, ó en el palacio del rey. La ley militar condenaba con el último suplicio á todo el que hacia armas contra su jefe, inducia á sus compañeros á descuidar su deber, ó los abandonaba en la pelea. El jeneral electo por la nacion, dirijia las operaciones militares; el Gastaldo nombrado por el rey, administraba la justicia y la policía del ejército (1); y entrambos se vijilaban y se contenian recíprocamente.

Las leyes daban á los lombardos una preferencia marcada sobre los romanos que vivian entre ellos, y establecian entre estos dos pueblos distinciones umillantes para los romanos: así, el que sobornaba á una esclava lombarda, pagaba una multa tres veces mayor que el que lo verificaba con una esclava romana. Cada mujer debia estar bajo la tutela especial (2) de un ciudadano, ó bajo la del príncipe. El hombre libre que se casaba con una esclava era castigado de muerte, ó por lo menos no podia contraer un matrimonio tan desproporcionado, antes de haber hecho pu-

(1) *Si dux exercitatum molestaverit injuste, Castaldus eum solatiet usque ad præsentiam regis, aut apud judicem ad justitiam perducat.*

(2) *Mundiburdium.*

rificar á la esclava con formalidades que suponian rejenerarla. Los siervos estaban al nivel de los criados: por pegar á una borrica preñada se pagaba la misma multa que por hacerlo á una esclava embarazada: pagábase el doble por haber arrancado la cola á un caballo. Todo hombre libre era ó baron, ó de condicion mediana, ó liberto. Los libertos (*aldiones*) se subdividian en *fulfreal*, que solo podian disponer de su persona, y en *amond*, que podian disponer de sus personas y de sus bienes. — La ley concedia grandes ventajas á los hijos nacidos de un matrimonio lejítimo y justo (*fulbornet*); sin embargo, cuando un padre no habia tenido mas que un hijo lejítimo, sus hijos naturales eredaban la tercera parte de sus bienes. En la clase de los siervos, se distinguian los *domésticos* (ministeriales) que recibian una especie de educacion, los *guardas de las posesiones de campo* (massarii); y los *labradores* (rusticani). Estos últimos se ocupaban parte en el cultivo de las tierras, parte en los ganados; los bueyes, las ovejas, las cabras y los cerdos tenian sus guardas particulares, entre los cuales unos eran maestros, otros aprendices (*discipuli*). Los siervos domésticos cuidaban de los cisnes, los alcones, las grullas y los gamos que se criaban en casa.

La palabra *virtus* significaba entre los lombardos, fuerza, lo mismo que entre los antiguos; y la palabra *solatium*, ausilio de armas (1).

El código de los lombardos, al cual se añadieron despues las costumbres feudales y las decretales de los papas, cayó en desuso ácia el fin del siglo XI. En esta época las ciudades italianas obtuvieron estatutos particulares, y el derecho romano introducido en toda la Italia por los esfuerzos de los jurisconsultos de Bolonia, sirvió para suplir á las costumbres locales. Solo en algunos puntos de Sicilia, en que las leyes lombardas habian sido adoptadas por el libre consentimiento del pueblo, se mantuvieron despues por algun tiempo.

Los lejisladores lombardos no arreglaron la constitucion política de su pais, queriendo sin duda evitar por este medio que leyes destinadas á garantir la

(1) *Si quis homini libero insidiatur cum virtute et solatio, et subito batliderit.*

seguridad de las personas y la de las fortunas, dependiesen de la forma del gobierno. La corona era electiva; razon por la cual, Ajilulfo, doce años antes de morir (604) hizo que los señores lombardos coronasen á su hijo Aldewaldo (616). Este príncipe estuvo sujeto á repetidos accesos de locura; enfermedad de que hace mencion frecuentemente la historia de los lombardos, así como de los filtros á cuya causa se atribuia.

Las diferentes naciones que despues vinieron á establecerse sucesivamente en Italia, conservaron todas alguna cosa de su lenguaje; y de ahí viene esa diversidad de dialectos que en ella se notan. La Italia, lo mismo que la Suiza, ofrece, por decirlo así, retazos de todos los siglos, de todas las naciones, de todas las formas de gobierno y de todos los periodos de la civilizacion.

Mientras el nuevo astro brillaba en el Occidente, el Asia era á un mismo tiempo devastada por los sarracenos y oprimida por el emperador. Lacanodrácon, vil cortesano y digno ministro de Constantino Coprónimo, abrumaba los pueblos con impuestos, vendia los conventos, obligaba á los frailes á casarse y enviaba al suplicio á los sacerdotes ortodocsos.

El hijo de Desiderio, que se habia escapado de Verona, se refujió á Constantinopla, donde recibió el título de patricio y tomó el nombre de Teodoro. El emperador, despues de haber peleado sin ventaja alguna con los sarracenos, marchó contra los búlgaros al frente de ochenta mil hombres, atravesó todo su pais sin conquistarlo y volvió á la capital mas cargado de botin que de gloria. Al año siguiente (775) cuando se disponia para una nueva espedicion, una fiebre ardiente y pestilencial terminó su vergonzoso reinado, que duró treinta y cuatro años, estando á los cincuenta y seis de edad.

Los iconoclastas onraron su memoria; los iconólatras por el contrario le llenaron de ultrajes olvidando la caridad del Evanjelio, y pretendieron hacer creer que al espirar, devorado por los remordimientos, creia ya sentir las llamas del infierno. Sin escuchar estos panejíricos y sátiras dictadas por el espíritu de partido, la historia, de acuerdo con la justicia y la verdad, colocará á Constantino Coprónimo en el número de los Calígulas, de los Nerones, y de otros mónstruos

de nuestros tiempos, cuyos vicios y maldades han desonrado el cetro, maldecido muchas veces con justicia.

De Irene no dejó mas que un hijo, y cinco de la emperatriz Eudosia, su segunda mujer.

LEON IV, EMPERADOR. — (775) Nótase con sorpresa que los romanos habiendo renunciado despues de tantos siglos á la libertad, no hubiesen nunca concebido el pensamiento de asegurar la única y débil recompensa que podia ofrecerles el despotismo ó el poder absoluto, cual es el sosiego. Las tempestades habian pasado desde la tribuna y el foro al palacio, teatro sangriento de tramas, asesinatos y revoluciones: de aquí resultaba una mudanza perpétua en los empleos, clases, caudales y aun en las mismas leyes. El favorito de un dia estaba al siguiente preso, mutilado ó desterrado. Nada era estable sino la servidumbre y la miseria.

El único remedio de tantos males hubiera sido establecer instituciones para fijar los límites de la autoridad con un órden de sucesion al trono reglado, hereditario é invariable, que comprimiendo la ambicion individual, hubiera sido en vez de un escollo el apoyo de la tranquilidad pública. Pero las ideas mas sencillas son las que ocurren mas tarde. El universo, jimiendo largo tiempo bajo el yugo del despotismo, prefirió la tiranía electiva á la monarquía libre y hereditaria, y por mas que hicieron los emperadores para conservar el trono en sus familias, siempre se opusieron los grandes; y el pueblo, sacrificando gustoso todos los demás derechos, solo se mostraba zeloso por conservar el de elejir á sus señores.

Apenas recibió Leon la corona, receloso de la ambicion de sus hermanos, buscó los medios de asegurar la suerte de su hijo Constantino, que á la sazon tenia solo cinco años. Este débil príncipe no se atrevia á usar de su autoridad para asociar su hijo al trono, y quiso aparentar que se veia forzado á hacerlo. Algunos senadores que le eran afectos, le suplicaron públicamente que concediese el título de augusto á su hijo Constantino. Al principio se negó á ello; pero como los senadores gritaron que no reconocian mas emperador que á su hijo, finjiéndose vencido por sus instancias, á las cuales los príncipes añadieron ipócritamente las suyas: «Hermanos mios, les dijo, ya

veis, que cedo á los votos públicos y al vuestro: no olvideis que Dios, que Jesucristo mismo es el que confia mi hijo á vuestras manos.»

Sus recelos no tardaron en verificarse. Nicéforo, su hermano, conspiró contra él, y descubierta la conjuracion, los cortesanos instaban al emperador que le enviase al suplicio, y aun pedian la muerte de otro hermano suyo llamado Cristóval, que amaba mucho á Nicéforo. «Yo pienso al contrario, respondió el jeneroso Leon, y perdono al criminal Nicéforo en favor del inocente Cristóval.»

Leon era justo y clemente. Telerico, rey de los búlgaros, que habia hecho al imperio una guerra ostinada, fué destronado por los suyos y buscó un asilo en Constantinopla. El emperador, olvidando las anteriores ofensas, no hizo caso sino de su desgracia; le recibió onrosamente y le dió el título de patricio. El ejército imperial, mandado por Lacanodrácon, consiguió en 780 una gran victoria de los sarracenos y de Othman, hijo del califa, que los mandaba. El jeneral romano, mejor guerrero que ministro, dió muerte con su misma espada á Othman.

Leon no gozó de este triunfo: murió de edad de 30 años, habiendo reinado cinco. No se sabe si hubiera justificado las esperanzas que dió en su juventud; porque su carácter era débil é inconstante. A los principios de su reinado toleró el culto de las imájenes, y en sus últimos dias se declaró por iconoclasta, y aun se indispuso con la emperatriz porque conservó en su aposento algunos de estos signos proscritos.

Constantino VI porfirojenito, emperador. — (780) Constantino, llamado *Porfirojénito,* porque habia nacido en el palacio, tenia solo diez años cuando subió al trono, sin mas ausilio contra la turbulencia del pueblo y la ambicion de sus tios, que su madre Irene. Esta mujer altanera le protejió mientras fué obediente, y lo sacrificó cuando quiso reinar.

Su tio Nicéforo conspiró de nuevo; pero sus cómplices le hicieron traicion: todos los conjurados fueron presos, heridos con varas y forzados á recibir el sacerdocio, que era para ellos un castigo el mas atroz, y que fácil es concebir cuán bien desempeñarian sus funciones. Irene supo mantener la tranquilidad en el imperio, contemplando á los iconoclastas y toleran-

do á los ortodocsos. Envió ajentes suyos á Calabria con el designio de restablecer el poder de los emperadores en Italia. El papa, desembarazado ya de los lombardos, quiso librarse de los griegos, y á sus súplicas volvió á Roma el invencible Cárlos. Irene no atreviéndose á pelear contra él, intentó seducirle y le envió embajadores pidiéndole su hija Rotrúdis, entonces de ocho años de edad, para esposa del jóven emperador. Carlomagno recibió favorablemente esta embajada, se hicieron los esponsales, y el eunuco Eliséo pasó á la corte de Francia para enseñarle á la princesa el idioma griego. El imperio romano estaba gobernado entonces por una mujer, un niño y eunucos, y sin embargo este reinado no careció de gloria.

El eunuco Juan dió batalla á los sarracenos cerca del castillo de Milo, los venció y los obligó á retirarse á Siria. Otro eunuco llamado Teodoro desembarcó en Sicilia con un cuerpo de ejército y arrojó de la isla al gobernador Elipides que se habia rebelado. Los esclavones invadieron y conquistaron la Grecia, y el eunuco Estoracio, patricio y valido de Irene, destruyó el ejército de aquellos bárbaros, y recibió en Constantinopla los onores del triunfo.

Irene, para gozar de su victoria, llevó su hijo á Atenas, y visitó con él la Grecia. Entonces emprendia su carrera victoriosa un formidable enemigo de los cristianos. Harun, hijo del califa, al frente de cien mil sarracenos atravesó la Bitinia, encontró cerca del Bósforo á Lacanodrácon, le dió batalla, y lo derrotó tan completamente que llenó de terror á Constantinopla. A este desastre se siguió una paz vergonzosa para el imperio, pues se sometió para obtenerla á un tributo anual de setenta mil monedas de oro.

Disputas relijiosas: setimo concilio jeneral. — (787) Ilustraron este siglo tres personajes célebres: Carlomagno, Irene y Harun-al-Raschid. Por mas cuidado que pusiese la emperatriz en sosegar las disputas relijiosas, no pudo evitarlas enteramente. Tarasio, á quien nombró patriarca, no aceptó esta dignidad sino á condicion de que reuniese un concilio. Los obispos iconoclastas emplearon la violencia para oponerse á la reunion del sínodo, y la guardia imperial los favoreció en esta rebelion. Irene, disimulando su enojo, finjió enviar esta tropa

contra los sarracenos, la lincenció apenas hubo pasado el Bósforo, y el sétimo concilio jeneral se reunió en Nicea (1). El triunfo de los católicos fué completo: se restableció el culto de las imájenes, y se fulminó anatema contra los iconoclastas. Los iconólatras, trasportados de alegría, dieron al emperador el nombre de nuevo Constantino, y á su madre el de segunda Elena.

La buena armonía que reinaba entre la Francia y el imperio, no fué de larga duracion. Las pretensiones de la corte de Constantinopla sobre Italia importunaban á Carlomagno. Volvió á Roma por la tercera vez, aumentó el patrimonio del papa, se apoderó de Cápua y de otras muchas ciudades, rompió los tratos de casamiento entre Rotrudis y Constantino, y sin guardar ningun miramiento nombró rey de Italia á su hijo Pipino. Un ejército imperial desembarcó junto á Ravena, mandado por Adaljiso, hijo del último rey de los lombardos. Los franceses vencieron y mataron á este príncipe. Continuando Carlomagno sus victorias, quitó á los griegos las provincias de Istria y Liburnia, y desterró de sus estados á los mercaderes de Venecia, porque esta república, constante en su política, reconocia siempre la soberanía de los emperadores de Oriente.

Prision de Irene. — (790) Cárlos reinaba en Roma como en París, y el papa reconoció, quizá demasiado tarde, que llamando un libertador tan poderoso, se habia dado un señor. Constantino, no teniendo ya esperanza de casarse con Rotrudis, tomó por esposa á una armenia llamada María. Sus tropas fueron vencidas en muchos reencuentros por los sarracenos y búlgaros. El príncipe habia lle-

(1) El segundo concilio de Nicea, en 787, decidió que se debia tributar á las imájenes la *adoracion* de onor, y no la verdadera *latria* que solo es debida á la naturaleza divina. Documentos falsos y hechos aprócrifos, citados en las actas de este concilio, prueban demasiado la ignorancia de los griegos; pero segun la observacion de grandes teólogos no invalidan el juicio apoyado en documentos verdaderos. Por desgracia la traduccion de las actas que el papa Adriano envió á Francia, era tan defetuosa, que en ella se leia: *Recibo y onro á las imájenes segun la adoracion que tributo á la Trinidad.* No se necesitaba tanto, dice Millot, para ecsasperar á los franceses, prevenidos ya contra los griegos y su culto, porque en la monarquía no se daba ninguno á las imájenes.

gado á la edad de veinte años. Los patricios Teodoro y Damiano, favorecidos por Pedro, gran maestre de palacio, le aconsejaron que sacudiese el yugo de su madre y tomase las riendas del gobierno. Irene descubre los conjurados, apalea y azota á los conspiradores, encierra á su hijo en el palacio y ecsije de la tropa el juramento de no obedecer mas que á ella. La guardia armenia no quiere prestar este juramento: los demás soldados la imitan: las tropas de Francia llegan y se reunen á las demás. Constantino, restituido á la libertad, declara á su madre privada de todo poder, condena á azotes al eunuco Estoracio, valido de ella, arroja á Irene de su palacio, y le da por prision el de Eleutero, donde habia encerrado, sin saberlo él, inmensas riquezas. El emperador, comenzando á reinar, quiso combatir, y marchó contra Cárdano, rey de los búlgaros. Esta guerra fué igualmente vergonzosa á entrambos príncipes; porque los dos ejércitos, apenas se avistaron, eridos de un mismo terror pánico, echaron á uir: el que se detuvo primero se proclamó victorioso, y la palma fué, no para el mas valiente, sino para el menos medroso. Constantino, que la logró, consiguió algunos triunfos contra los búlgaros, y despues contra los sarracenos.

Conjuracion de Irene. — (792) Entretanto Irene, arrojada del trono, meditaba la venganza. La lejanía de la guardia armenia que estaba en el ejército, favorecia su designio. Fecunda en intrigas, seduce á los grandes, corrompe á los soldados, y gana los votos de la muchedumbre. El imprudente Constantino, despreciando los sabios consejos de Lacanodrácon, y engañado por las predicciones de un astrólogo, atacá á los búlgaros en una fuerte posicion, y pierde la batalla. Lacanodrácon pereció en este combate: la guardia imperial quedó destrozada: los búlgaros se apoderaron del tesoro militar y del equipaje del emperador, y las reliquias del ejército uyeron hasta Constantinopla.

De las grandes derrotas y de los desórdenes grandes se orijinan las sediciones: los soldados vencidos se rebelan é intentan coronar á Nicéforo. Irene, para recobrar su antiguo favor, descubre este trama á su hijo, el cual manda sacar los ojos y cortar la lengua á sus cuatro hermanos y á Alexis, coman-



dante de las tropas de Armenia. Nicéforo se escapó.

Estos suplicios atroces sublevan á los armenios, y atacan y vencen á las tropas imperiales; pero despues son derrotados por Nicétas, que envió al suplicio los jefes, perdonó á los demás y puso fin á esta rebelion. Constantino creia que la elevacion del trono le hacia superior á todas las leyes. Enamorado de Teodota, dama de onor de la emperatriz, repudió á su mujer, y á pesar de la oposicion del patriarca, se casó con su manceba. Despues de una breve espedicion á Cilicia, en la cual venció una pequeña division de sarracenos, disgustado de su nueva mujer, se entregó á las mayores torpezas.

Su ambiciosa madre se alegraba interiormente del menosprecio á que le esponia su conducta: lisonjeaba sus pasiones para perderle: habíale aconsejado el divorcio con la emperatriz María, que sacase los ojos á tres tios suyos que le eran sospechosos, y al mismo tiempo escitaba contra él la indignacion pública. En fin, cuando vió todas las cosas dispuestas para el logro de su intento, una tropa de conjurados acometió al emperador á su vuelta del circo: él se defiende y uye á Pilos; pero le persiguen, le prenden y le traen en una barca á la capital. La bárbara Irene hizo que le sacasen los ojos mientras dormia, muriendo algunos dias despues entre los mas atroces dolores. Habia reinado diezisiete años ya solo, ya con su madre, y nadie volvió á acordarse de él.

Irene, emperatriz. — (797) Irene, madre desnaturalizada, ascendiendo otra vez al trono entre las aclamaciones de un vil populacho y los jemidos de su desgraciado hijo, procuró cubrir la fealdad de sus crímenes con el esplendor de su reinado, y de hacer olvidar su usurpacion por su justicia. Por la primera vez se veia á una mujer ocupar el trono de Constantinopla.

Nicéforo tramó una nueva conspiracion, que fué descubierta y castigada. Irene reprimió una sedicion que escitaron en Macedonia sus enemigos. El eunuco Estoracio, que habia impelido con sus consejos á la emperatriz para cometer el crímen, no gozó mucho de su favor. Sospechado de traicion y acusado ante los senadores, antes de oir su sentencia murió de cólera y furia vomitando sangre.

Establecimiento del nuevo

IMPERIO DE OCCIDENTE. — (800) Este año fué la época de una grande revolucion en el mundo, concebida por el jenio de Carlomaguo, preparada por los yerros de los monarcas bizantinos, anunciada por la destruccion del trono lombardo, y decidida por la muerte de Adriano. Cárlos, patricio de Roma y soberano de Italia, obligaba ya á los pontífices á fechar los años desde la época de su patriciado. Sin embargo, los romanos, sometidos al imperio de una larga costumbre, no se atrevian aun á negarse del todo á las pretensiones de los emperadores de Constantinopla. Hubo en Roma un tumulto que los sobrinos de Adriano I habian escitado contra su sucesor el papa Leon III. Este, ultrajado por el populacho y alborotado por los grandes ambiciosos, imploró en vano la proteccion de Irene. Cárlos acojió mejor sus ruegos. Aprovechándose de esta circunstancia favorable y decisiva, vino á Roma, se presentó como señor, se constituyó juez entre el papa y sus acusadores, y pronunció en favor del pontífice que se habia justificado con juramento de los delitos que se le imputaban.

Era ya imposible no recibir como dueño al conquistador que se habia recibido como juez. El dia de Navidad del año de 800, el papa en presencia de los obispos, sacerdotes y nobles de Roma puso en la cabeza de Cárlos una corona de oro, y se prosternó (1) delante de él; todo el pueblo esclamó: «Salud y victoria á Cárlos, nuestro augusto y pacífico emperador, que ha recibido su corona de la mano de Dios;» — pobre pueblo!

De esta manera hizo Cárlos

(1) Los autores de aquel tiempo dicen que el papa prosternándose delante de Cárlos, le *adoró*. Este príncipe, si hemos de creer á Eginhard, su secretario, no esperaba cosa semejante: á un mismo tiempo manifestó su sorpresa y su dolor. Pero á poco que se reflecsione sobre la ambicion de Carlomagno, sobre su política y la del papa, sobre sus secretas intelijencias y sobre las circunstancias del acontecimiento, se desconfiará mucho de semejantes demostraciones. Además ¿qué derecho tenian los romanos y el papa en particular para proclamar á un emperador? Este título así conferido ¿qué derecho podia dar al príncipe francés? Tal vez ninguno, á juzgar por el estado de Roma y del Occidente; pero las palabras bien ó mal entendidas fijan las opiniones. Creyóse que el imperio, de que ya no ecsistian huellas quedaba restablecido; y Carlomagno obró en calidad de sucesor de los augustos.

revivir la dignidad imperial, trescientos veinticuatro años despues que Rómulo Momilo renunciára á ella. Su imperio entonces abrazaba la Italia, la Francia, la Cataluña, las islas Baleares, la Frisia, la Westfalia, la Sajonia, la Turinjia, la Babiera, la Suabia y una parte del Austria; estendíase desde el golfo de Vizcaya hasta el mar Báltico, y desde el Ebro hasta las montañas de la Croacia.

Cárlos juró protejer la Iglesia: al mismo tiempo se consagró á Pipino por rey de Italia. El ciego pueblo, siempre amante de la gloria aun cuando pese sobre él, confirmó con aclamaciones de entusiasmo esta mudanza de señor. Así comenzó el nuevo imperio de Occidente.

Desde esta época no daremos al de Oriente mas nombre que el de IMPERIO GRIEGO.

No pudiendo Irene pelear con el éroe del Occidente, solo opuso á su engrandecimiento quejas inútiles. Fiando mas de su destreza política que de la fuerza de sus armas, propuso á Cárlos, segun cuentan algunos historiadores, que la recibiese por esposa y reuniese de este modo bajo su poderío ambos imperios: añádese que Cárlos acojió la proposicion, pero que el eunuco Aecio, privado de Irene, impidió la union por no perder su influencia. Otros tienen por fabulosa esta negociacion, y solo dicen que Irene envió embajadores á Carlomagno y asentó paces con él.

La gloria de este grande hombre escitaba el terror, y le grangeaba los omenajes de los monarcas mas poderosos. Harun-al-Raschid, el éroe de Oriente y digno rival de Carlomagno, cultivó su amistad, á pesar de la oposicion de sus cultos.

La emperatriz Irene, no pudiendo aspirar al renombre de conquistadora, procuraba recobrar el amor del pueblo con beneficios, y prodigaba sus tesoros para aliviar á los pobres. Pero los vicios del eunuco Aecio, su favorito, umillaban é indignaban á todos los demás ambiciosos. Otros siete eunucos conspiraron contra la emperatriz para derribarla: sedujeron con sus intrigas á las tropas, y estas proclamaron emperador á Nicéforo. Irene fué presa. Nicéforo vino á ablarla, y le prometió concederle cuanto quisiese, si le descubria sus tesoros. Engañada con esta promesa, consintió en ello: «Yo era uérfana, le dijo: Dios me ha dado un trono, del cual me he hecho indigna. Me

advirtieron tu conjuracion, no la creí. Mis delitos sin duda han sido causa de mi ceguedad y de mi caida. Dios puede disponer de mi vida como de mi cetro. Solo te pido el palacio de Eleutero para vivir en él retirada y llorando mis culpas.»

El emperador, quebrantando su juramento, la desterró á Mitilene, donde se vió reducida á ilar para ganar su sustento: el pesar mas que los remordimientos terminó su vida á la edad de cincuenta años en 803; reinó cinco despues de destronado su hijo. En ella acabó el imperio romano. La opinion pública colocó á esta mujer ambiciosa y criminal en el número de los mónstruos que degradaron el imperio y aceleraron su ruina. El fanatismo de los iconólatras y de los sacerdotes ortodoesos, ciego como todo espíritu de partido, puso su nombre en las leyendas de los santos de la Grecia. La Iglesia latina la ha desechado del mismo modo que á otros muchos del calendario griego, cuyos méritos y virtudes principales han sido protejer y apoyar los estravios de sus partidarios, encabezando revoluciones, llevando por todas partes la anarquía, y siendo un funesto azote mas bien que el consuelo de los pueblos que tuvieron la desgracia de sufrirlos.

Terminaremos este libro manifestando que en el siglo VIII las grandes ciudades de Italia estaban gobernadas por duques que presidian los tribunales, compuestos de obispos, abades, condes, caballeros y señores. Las causas personales se juzgaban segun la ley de la nacion á que pertenecia el acusado: las que tenian por objeto bienes inmuebles, se verificaban segun la ley de la provincia en que radicaban. Así es que el abad de Farfa, en un pleito concerniente á unas aguas termales cuya propiedad disputaba, recusó á los tribunales romanos, sopretesto de que el pais sabino en que las aguas se hallaban, estaba sujeto al derecho lombardo. Probó su asercion, y el negocio se juzgó en efecto por las leyes lombardas.

El papa no era soberano, pero nadie le mandaba. Su eleccion se hacia por el clero y el pueblo; el emperador lo confirmaba y le confiaba la administracion del dominio imperial, en estos términos: «En virtud de »la presente acta conferimos á »san Pedro, y á vos su represen»tante, así como á todos vues»tros sucesores, la ciudad y el »ducado de Roma, con su terri-

»torio, tanto en las montañas como en la llanura, con las mismas condiciones con que le habeis poseido anteriormente. Solamente nos reservamos nuestro derecho de soberanía; por lo demás no intentamos con esto atacar la constitucion espiritual y temporal de esta provincia, y nos obligamos á no sustraer ningun romano de las decisiones de las leyes del pais » — El papa gozaba en Roma de los mismos derechos que los duques en las otras ciudades de Italia, pero ya hemos visto cómo logró hacerse independiente antes que ellos.

Ya hemos visto como amparando y protejiendo á los pueblos, logró hacer amable su dominacion, prefiriéndola aquellos á la de los emperadores que, ó cobardes ó demasiado tiranos, no tenia para los vasallos mas que oprobio, vilipendio y un cúmulo de vejaciones, bastantes por sí solas para enajenar las voluntades. La tiara, en efecto, separándose de la doctrina evanjélica que manda á sus ministros alejarse del reino de este mundo, se mezcló en él; pero hay que ser justos y decir que el báculo y la triple corona no eran entonces tan odiosos como el cetro de hierro que tan indignamente empuñaban los emperadores.

FIN DE LA HISTORIA DEL IMPERIO DE ORIENTE.

LIBRO DECIMOQUINTO.

CONTINUA EL BAJO IMPERIO.

IMPERIO GRIEGO.

CAPITULO PRIMERO.

NICÉFORO, MIGUEL I RANGABÉ, LEON V EL ARMENIO, MIGUEL II EL TARTAMUDO, TEÓFILO, MIGUEL III EL BEODO.

Cuadro del imperio de los árabes. — Nicéforo, emperador. — Muerte del califa Harun-al-Raschid. — Violencias de Nicéforo. — Su derrota y su muerte. — Miguel I, emperador. — Su abdicacion. — Leon V el armenio: su reinado. — Perfidia de Leon. — Invasion de los búlgaros y batalla de Mesembria. — Nueva victoria de Leon y fin de la guerra de Bulgaria. — Persecucion de los ortodocsos — Ambicion de Miguel el tartamudo. — Su conspiracion, arresto, sentencia y suspension de su suplicio. — Muerte de Leon. — Miguel II el tartamudo, emperador. — Su reinado vergonzoso. — Tratado entre Miguel y Ludovico Pio. — Conquista de Creta por los árabes. — Conjuracion de Eufemio. — Conquista de la Sicilia por los árabes. — Teófilo, emperador. — Su orijen. — Victoria de los árabes contra los griegos. — Triunfo del filósofo Leon. — Celebridad de Alexis Muselo. — Derrota de Teófilo por los sarracenos. — Victoria de Teófilo contra los árabes. — Azaña de Manuel. — Vathek Billah, califa. — Miguel III el beodo, emperador. — Magnanimidad del jeneral Manuel. — Decreto para la libertad de los cultos. — Astucia del patriarca Juan. — Guerra con los sarracenos, y su victoria en Creta. -- Batalla del monte Tauro. -- Invasion de los esclavones en Grecia. -- Historia de Basilio. -- Reinado tiránico de Miguel III. -- Batalla de Damasco. -- Primera invasion de los rusos. -- Intrigas de Basilio, asociado al imperio.

CUADRO DEL IMPERIO DE LOS ARABES. — Parece increible que unos hombres como los árabes, que con el alfanje en una mano y el Coran en otra recorrian y avasallaban reinos é imperios

antes tan ilustrados y poderosos, é imponian su yugo y su dominio, llegarian hasta hacerse amar muchas veces; y que desechando su código relijioso toda ciencia y toda ilustracion, fuesen los que la protejieran é impulsaran, al paso que los cristianos dejenerados caian en la ignorancia mas profunda. Fenómeno es este que necesitaria tratarse con suma detencion, y cuyas fecundas consecuencias probarian demasiado que no siempre el cristianismo ha sido tan progresista y civilizador como han afirmado los enemigos de toda otra cualquiera secta relijiosa.

Los árabes, lejos de reducir á la esclavitud á los pueblos vencidos, los trataban como hermanos luego que consentian en abrazar el islamismo, y les concedian todos los privilejios que gozaba la nacion dominante. Eran justos, benéficos, jenerosos, llenos de ardor por las empresas difíciles, y sumisos á las órdenes de sus califas como si fuesen las de su profeta.

El amor de las letras principió á manifestarse entre ellos en tiempo del califa Almanzor; tomó un vuelo grande bajo el reinado de su nieto Harun-al-Raschid, que duró veintitres años, y bajo el de Al-Mamun, hijo de Harun. Durante el periodo brillante de la literatura árabe, el Oriente, el Africa, y España mudaron de aspecto; estas vastas comarcas se cubrieron de palacios magníficos, de jardines, de escuelas sabias y de manufacturas; y la poblacion aumentó rápidamente. A este tiempo se refieren la mayor parte de los cuentos árabes; Harun-al-Raschid es mas conodido por LAS MIL Y UNA NOCHES que por sus azañas militares que le condujeron hasta las murallas de Constantinopla. Las mácsimas de los sabios que vivieron en aquella época, transmitidas de jeneracion en jeneracion, adquirieron tal autoridad, que en la batalla que san Luis perdió en Ejipto, un francés vencido, desarmó el furor de un guerrero árabe dispuesto ya á matarle, recordándole una de dichas mácsimas.

Los califas encargaron á muchos sabios la traduccion en árabe de los escritos griegos sobre medicina, astronomía y filosofia, y fundaron escuelas en Bagdad, en Bassora, Kufa, Kesch y Nishabur. Una noble emulacion se escitó entre los árabes y los griegos; y estos últimos hubieran tenido una gran ventaja sobre sus

rivales, si hubiesen sabido aprovecharse de los tesoros que se hallaban en las bibliotecas de Constantinopla.

Carlomagno era el único príncipe de Occidente que protejía las ciencias; al lado de su palacio erijió una escuela y un ospital. Amigo de la instruccion, trataba con jenerosidad á los sabios y les dispensaba su confianza; pero los establecimientos útiles que formó no le sobrevivieron mucho tiempo. La noche de la ignorancia estendia su espeso manto sobre el Occidente, y en vano era alumbrarla con una débil antorcha; los partidarios de la cruz habian aogado su ilustracion, y la media luna arrojaba algunos destellos de luz.

Los árabes no poseian los conocimientos preliminares que hubieran necesitado para estender las obras de los autores griegos que traducian; y por lo mismo se ciñeron á imitarlos sin ir mas lejos que sus modelos. Miraban la diseccion de los cadáveres como una profanacion, y la cirujía era para ellos una profesion innoble; preocupacion dañosa que entorpeció el progreso y perfeccionamiento de la medicina. Además, el placer que los inclinaba á lo maravilloso, placer que dió nacimiento á la astrolojía, á la interpretacion de los sueños y á la quiromancia, retardó los progresos de las ciencias en jeneral. Hipócrates, que sin cesar consultaba la esperiencia, era menos estimado de los árabes que el sutil Galeno. Los médicos Avicena y Averroes gozaban entre sus compatriotas de una gran reputacion; y en verdad que los trabajos de estos sabios hubieran sido mas útiles á la ciencia, si hubiesen observado mas á la naturaleza. En jeneral debemos estar mas reconocidos á los árabes por el cuidado que han tomado en conservarnos las obras de los antiguos, que por los descubrimientos que han hecho ellos mismos.

Sus metafísicos admiraban á Aristóteles y no veian nada superior á sus categorías, á sus divisiones y á sus fórmulas; pero en vez de distinguir las cosas como él, distinguian solo las palabras. Durante muchos siglos los escritos del filósofo de Stajira fueron estudiados y comentados sin que se les comprendiese; y solo en nuestros tiempos se ha principiado á penetrar su sentido y á apreciarlos.

Los árabes enriquecieron la jeografia con una multitud de observaciones importantes, cuyo resúmen se encuentra en la o-

bra sábia del príncipe Ismael Abu'l-feda, sin cuyo recurso no podia conocerse bien el Asia. Las lenguas modernas han tomado de los árabes una multitud de palabras; pero la influencia de la literatura árabe sobre el renacimiento de las letras en Occidente, fué mas dañosa que útil. Al comunicar á los europeos su servil admiracion por Aristóteles, impusieron los árabes un yugo mas al espíritu umano, á quien la falsa interpretacion de la Biblia habia quitado ya mucha parte de su vuelo. Así es que las ciencias permanecieron en un estado de estancacion que duró hasta el momento en que Lutero, Descartes, Locke y Bayle las hicieron bajar de las cátedras académicas, las estendieron á todas las clases de la sociedad, y rasgaron el velo con que las habia cubierto la bárbara ignorancia de los siglos precedentes.

Mucho tiempo antes de Carlomagno, habian los árabes enseñado á los francos la fabricacion de los paños. Ellos perfeccionaron las artes de la industria, y trasladaron á Europa muchas plantas y árboles de Oriente.

Los árabes son los inventores de ese jénero de arquitectura que llamamos gótico; nombre que se le ha dado porque nuestros padres han aprendido á conocerle en los parajes de nuestra península que estaban bajo la dominacion de los visigodos. Esta arquitectura tiene un carácter de osadía y ecsajeracion que parece pertenecer á los orientales; la naturaleza jamás es bastante grande para ellos; su imajinacion encuentra demasiado débil el bello ideal de los griegos: quieren lo jigantesco, y se complacen con emigmas y símbolos.

Los árabes no daban á sus alcázares ó palacios las formas usadas entre los antiguos. El cuerpo principal del edificio encerraba largas filas de abitaciones; estaba rodeado de aislados pabellones y comunicaban con grandes alamedas de árboles tiradas á cordel. En el interior de las abitaciones, y aun en los cuartos de dormir, se colocaban estanques y saltadores de agua, que servian para las frecuentes abluciones prescritas por la ley de Mahoma, y que mantenian la frescura. En la disposicion de sus casas de campo, imitaban á los alrededores de Damasco, en donde tres rios, que bajan del monte Líbano, serpentean en la llanura á la

sombra de soberbios árboles frutales, y se reunen cerca de la ciudad, atravesando sus calles, yendo á formar mas allá un lago delicioso.

El palacio del califa de Bagdad, construido en forma de media luna sobre las orillas del Tigris, sobrepujaba en magnificencia al palacio del emperador de Constantinopla. Bassora y Schiras, vastas ciudades, ricas y populosas, hacian un gran comercio; otras ciudades árabes servian de mercados, de depósito, ó de refujio á las tribus del desierto. Las montañas del Yemen estaban cubiertas de terrados construidos sobre enormes murallas, y sostenian fértiles jardines. En una sola provincia de Arabia contaba mil ciudades el jeógrafo Abu'l-feda.

Moavia, primer califa de la casa de los Omniades, estableció el correo (662—681), y aumentó su marina para facilitar la comunicacion entre las diferentes provincias de su vasto imperio. Atribúyese á los árabes la invencion de los torneos, que de ellos pasaron sucesivamente á España, Italia, Francia y Alemania.

El imperio de los árabes debió su ecsistencia y aumento á la fé ciega ó intrépida de los primeros discípulos de Mahoma, y su larga prosperidad al carácter de la nacion y á la autoridad paternal que los califas ejercian sobre sus vasallos. Comparar las costumbres sencillas de Carlomagno con la magnificencia de Harun-al-Raschid, la firmeza de los guerreros francos con el valor ecsaltado de los musulmanes, y los débiles esfuerzos que hicieron nuestros abuelos para salir de la barbárie, con los progresos rápidos de la civilizacion de los árabes, sería poner en paralelo la razon con la imajinacion. Aquí se ve un pueblo, electrizado por una idea única, salir de repente de la oscuridad y ejecutar cosas que parecian imposibles; despues calmarse y enfriarse insensiblemente, y volver á caer en su primitiva indolencia; allí se ve á la razon desarrollarse con lentitud, pero con perseverancia, adquirir fuerzas por sus mismos estravíos, y hacer á las naciones capaces de combinar sus empresas y de ejecutarlas con enerjía.

NICEFORO, EMPERADOR.—(803) Los contínuos peligros á que estaban espuestos los príncipes de la familia imperial, escitaban en su alma á un tiempo el terror y la ambicion, y los hacian á casi todos pérfidos, bajos, artificio-

sos, vengativos y crueles. Nicéforo, alabado por los eclesiásticos á quienes protejia, y despreciado por los seglares que oprimiera, no carecia de talento y valor; pero era injusto, avaro é ipócrita: vendia gracias, empleos y sentencias. Un tribunal que formó con el fin aparente de castigar á los concusionarios, y obligarlos á restituir lo que habian robado, no persiguió mas delito que la riqueza, y despojó de sus bienes á la mayor parte de los propietarios.

Constantino, hijo de Irene, vivia aun, y se decia que conservaba tesoros escondidos: el emperador engañó á este príncipe desgraciado, le hizo venir á su palacio, prometió hacerle partícipe del trono, y cuando con finjidas caricias le hubo obligado á entregarle sus riquezas, le desterró y le dejó morir en la miseria.

Un monarca tan pérfido inspiraba el deseo y la esperanza de destronarle. Bardanes, por sobrenombre el Turco, gobernaba entonces cinco provincias de Oriente: su ejército le proclamó emperador. Este jeneral supersticioso consultó su suerte á un fraile que decia ser májico, y que no le pronosticó mas que desgracias; y si se cree á los historiadores de aquel tiempo, añadió que Leon el armenio y Miguel el tartamudo, escuderos de Bardanes, conseguirian la corona.

La ambicion de Bardanes triunfó de su temor: ciñó la diadema, pasó á Nicomedía y perdió en Crisópolis un tiempo precioso. Cuando la rebelion se propaga con lentitud, se apaga muy luego: las tropas de Capadocia y Armenia, conmovidas al principio, renovaron el juramento de fidelidad á Nicéforo. Leon y Miguel, mirando la incertidumbre de su señor, como presajio seguro de su ruina, le abandonaron y se pasaron al emperador, que dió al primero el mando del ejército, y al segundo un destino principal en su palacio.

Bardanes habia fundado su esperanza no en la suerte de los combates, sino en la defeccion jeneral. Cuando vió al emperador en campaña y en estado de resistirle, se amedrentó, uyó hasta el pie del monte Olimpo, y envió á decir á Nicéforo que consentia en abdicar y meterse fraile si se aseguraban con una perfecta amnistía la vida y bienes suyos y de sus amigos.

Los juramentos no cuestan nada á los reyes: Nicéforo envió el acto de amnistía, firmado

por él, por el patriarca y por los patricios, añadiendo, en señal de amistad, una crucecita de madera que siempre llevaba al cuello. Bardanes se metió fraile y tomó el nombre de Sabbas. Apenas se licenció su ejército, se confiscaron sus bienes, y una tropa de licaonios entró en su convento y le sacó los ojos.

El ipócrita Nicéforo mostró grande pesar de este suceso, y juró llorando en presencia de los senadores, que los autores del crímen serian castigados. En efecto, fueron presos, y el emperador hizo que se les diese oportunidad para escaparse.

Carlomagno envió embajadores á la corte de Constantinopla: Nicéforo, incapaz de disputar la Italia á este éroe, le reconoció por emperador de Occidente, y arregló con él el repartimiento del imperio. Cárlos añadió á la Italia, Francia y Alemania, que ya poseia, la Istria, Liburnia, Pannonia, Croacia, Bosnia y casi toda la Dalmacia. De este último pais conservó el emperador de Oriente solo las islas y ciudades marítimas, como Zara y Spalatro. La república de Venecia quedó bajo la proteccion del imperio griego, pero aspirando á una entera libertad que merecia y que se la procuró muy luego.

Carlomagno y Harun al-Raschid, éroes de la novela y de la historia, ilustraban entonces con su reinado glorioso, sus azañas, umanidad y justicia, el uno la Europa, el otro el Asia.

El cobarde Nicéforo, colocado y oprimido entre dos hombres tan ilustres, estaba siempre pronto á hacer la paz con ellos cuando temia sus armas, y á violarla cuando los veia ocupados en espediciones lejanas. Irritado de la aficion que mostraban los venecianos á los franceses, envió tropas que atacaron á Comaquio; pero fueron vencidas por las de Cárlos, y Venecia pagó tributo al rey de Italia.

La presuncion es inseparable de la incapacidad: el emperador mandó al califa un haz de espadas, emblema de la guerra, y escribió una carta en estos términos: «Nicéforo, emperador de los romanos, á Harun, rey de los árabes. Irene te ha pagado un tributo que debia ecsijir de ti; pero á una mujer se le puede perdonar esa debilidad. Restitúyeme lo que has recibido, ó mi espada te obligará á hacerlo.» Harun respondió: «yo mismo voy á llevarte la respuesta.»

El efecto se siguió á la amenaza. El califa sacó la espada, y dando un tajo sobre las que le mandó el emperador las hizo pedazos; despues se puso en marcha enmedio del invierno al frente de un ejército: Nicéforo amedrentado finjió someterse y prometió pagar el tributo, con el designio de ganar tiempo para reunir sus fuerzas. Cuando las tuvo juntas entró en campaña con ciento treinta mil hombres, y dió batalla á los árabes. La victoria, disputada por muchas horas, fué del califa: los griegos perdieron cuarenta mil soldados: Nicéforo recibió tres heridas, fué vencido segunda vez, perdió á Heráclea y otras muchas ciudades, pidió la paz y continuó pagando el tributo.

De vuelta á su capital, asoció al imperio á Estoracio su hijo, arregló los negocios eclesiásticos, quebrantó la paz hecha con Harun, fué vencido segunda vez, y treinta mil sarracenos se acercaron á la murallas de Ancira.

Tan umilde despues de la derrota como orgulloso antes de la pelea, representó al califa, que «los príncipes no debian prodigar la sangre de sus vasallos, y que eran culpables ante Dios de tantos omicidios como soldados perecian en una guerra injusta.» Apoyó con grandes regalos sus ipócritas observaciones. Harun, concediéndole la paz, lo sometió á un tributo anual de treinta mil monedas de oro; y para probarle cuánto lo despreciaba, ecsijió tres monedas por la capitacion del emperador, y tres por la de su hijo.

Muerte del califa Harun-al-Raschid. — (809) Nicéforo volvió á quebrantar el tratado; y el califa lo castigó, asolando las islas de Chipre y de Rodas. Habria tomado probablemente á Constantinopla, á no habérselo impedido la muerte. Sus hijos disputaron la corona y dejaron respirar á Nicéforo.

Como la ecsistencia de este célebre personaje dió tanto esplendor al imperio de los árabes en su tiempo, conveniente es estendernos algo sobre su historia, ya que frecuentemente lo hacemos con la de tantos príncipes y reyes dignos de pública ecsecracion y cuya memoria recuerda inumerables ultrajes hechos á la umanidad por los que debieran ser sus protectores. Harun-al-Raschid, en español Harun-el-Justo, hijo de Mahadi, fué el quinto califa de la casa de los Abasidas, y el vijésimoquinto de todos los de-

más. Principió á reinar el año 170 de la Ejira, despues de la muerte de su hermano, en virtud de la sustitucion que habia hecho su padre. Para manifestar el justo renombre que adquirió aun viviendo, basta decir que fué el amigo de Carlomagno á quien en distintas veces envió regalos curiosos, entre los cuales celebran los historiadores un reloj de agua, construido de manera que unas bolas marcaban las oras al caer en un receptáculo de bronce.

Sentado en el trono, su justicia y su acierto, su umanidad y su valor, inspiraban amor á sus vasallos y miedo á sus enemigos. Ganó en persona á la cabeza de sus tropas ocho grandes batallas: su devocion le hacia respetable á los ojos de los musulmanes: hizo nueve veces la peregrinacion de la Mecca, con la particularidad de ser el último de los califas que la emprendió, y despues todos los años enviaba á su costa á aquella ciudad trescientos peregrinos. Fué bendecido de los pobres por su beneficencia, y celebrado de los poetas por su amor á la literatura. Habia grabado sobre su yelmo estas palabras: *El peregrino de la Mecca no puede carecer de valor*.

Tuvo Harun tres hijos en cuya educacion empleó un cuidado sumo. Queriendo que un célebre maestro de aquel tiempo fuese á palacio á instruirles, este le contestó que la ciencia á nadie debe hacer la corte, sino que todos deben hacérsela á ella. Teneis razon, dijo Harun; mis hijos irán adonde van los demás; y diariamente los enviaba á casa del maestro. La educacion que en ella recibieron los hizo dignos de que su padre les repartiese viviendo el gobierno de sus grandes estados. Por esta distribucion se ve cuál era entonces la estension del imperio mahometano, porque dió á Amin, que era el mayor, la Siria, el Irak, las tres Arabias, la Mesopotamia, la Siria, la Media, la Palestina, el Ejipto y todo cuanto en Africa habian conquistado sus antecesores, desde las fronteras de Ejipto y Etiopia hasta el estrecho de Jibraltar, con la dignidad de califa. A Al-Mamun, que era el segundo hijo, le entregó la Persia, el Kerman, la Judea, el Korasan, el Tabarestan, el Zabul y el Cabul, con el Mavaralnahar, ó el pais mas allá del rio Jihon ú Oxus. A Motassem, su hijo tercero, tocó la Armenia, la Natolia, Jeorjia, la Circasia,

y todas las posesiones musulmanes ácia el Ponto Euxino. En esta enumeracion no se habla de la España, porque esta estaba en manos de la familia de los Omniades, cuyos principales califas llevaron el nombre de Abdalrahman, que despues en español se ha dicho Abderramen.

En tiempo de Harun sucedió la desgracia de los Barmecidas, á los cuales unos historiadores pintan como ilustres desgraciados, y otros como delincuentes conspiradores. Eran estos de una de las mas ilustres familias del Oriente, cuyo nombre venia de una soberbia mezquita llamada Neubahar, que habian edificado en Balk, y eran por derecho de erencia los superintendentes. Dió Muza por gobernador á Yahia, cabeza de esta familia, cuya mujer habia criado al jóven príncipe. Tenian cuatro hijos, y el segundo, llamado Jiafar, parece fué la causa, bien culpable ó bien inocente, de las desgracias de su familia. Amábale Harun como hermano, no podia vivir sin él y le habia dado la mayor confianza. Dícese que para tenerle siempre consigo le casó con Abbasah su hermana, pero con la condicion onerosa de que no habian de dormir juntos ni tener comercio maridable. La hermana del califa no pudo mantener mucho tiempo la conversacion con Jiafar, que era muy bello, sin enamorarse de él ardientemente; y Jiafar, olvidando por su parte lo que habia prometido á su señor, satisfizo los deseos de la princesa y los suyos, de cuyo comercio resultó un embarazo que nunca se hubiera sabido á no ser por la traicion de una esclava.

Plenamente informado Harun del asunto, dicen que resolvió perder á Jiafar y á toda su familia que era numerosa. Mandó ir á Bagdad á un confidente suyo para que prendiese á los Barmecidas que allí habia, como eran Yahia, padre de Jiafar, y á otros tres hijos suyos. Despues se añade que mandó cortar la cabeza á Jiafar y ponerla en el puente del Tigris; pero ¿cómo Harun, llamado con mucha razon el Justo, habia de imponer un castigo tan atroz y por semejante causa? Porque es hasta ridículo que críticos historiadores hayan podido dar crédito á semejante saudez, como la condicion del mencionado casamiento.

Lo mas probable es que Jiafar y dos hermanos suyos abusaron de la confianza del califa;

y que llegando á serle peligrosos, pagaron con la vida lo mismo que su familia los conatos de conspiracion que procuraron abortar. Harun perdonó á Mahomet, uno de los cuatro que sin duda no habria tenido parte en los designios ambiciosos de los conspiradores. El califa escribió á los gobernadores de las provincias que estuviesen alerta contra sus partidarios, parientes y amigos, y se desiciesen de ellos; lo que es otra prueba de que fué la conspiracion muy estensa y temible.

Este califa amaba mucho á los literatos, y él mismo cultivaba las ciencias: hacíase esplicar el famoso libro intitulado *Mautha*, por Malek mismo que era su autor; y como quisiese el califa cerrar la puerta del cuarto para que sus hijos no oyesen la esplicacion, el doctor le dijo con osadía que la ciencia no aprovechaba á los grandes como no se comunicase á los pequeños.

Entre las palabras notables de este califa se cita la siguiente. Su hijo Amin le pedia el castigo de un hombre que habia hablado mal de Zebeidah su madre; y despues de haber consultado á sus jueces sobre el castigo que merecia, aconsejó á su hijo le perdonase diciéndole que con aquella accion haria el deber de un gran príncipe; pero que si absolutamente no podia reprimir su deseo de venganza ni vencerse á sí mismo en una ocasion tan bella, que dijese de la madre del culpable tanto mal como aquel habia dicho de la suya.

El autor del Rabi-Alabrar cuenta que marchando Harun á la cabeza de su ejército, se le acercó una mujer quejándose que sus soldados habian saqueado su casa. El al momento le respondió: «¿No sabes lo que está escrito en el Coran? Siempre que los príncipes pasen armados por un lugar cualquiera, destrúyanlo.» La mujer en seguida le contestó: «Pero tambien dice el Coran que las casas de estos príncipes serán asoladas por causa de las injusticias que cometan.» Esta sábia y atrevida respuesta fué causa de que el califa diese al momento órden de reparar los daños hechos por la tropa.

La leccion que dió Harun á un sabio que habia tomado por consejero secreto, debieran meditarla todos aquellos que elijen los príncipes para darles el peso de su confianza. En su primera conferencia, que el doctor queria que fuese digna de su fama, sobre la grandeza de los objetos

y sobre la majestad del discípulo, le interrumpió el califa y le dijo: «Oye las condiciones que deben ser la base de nuestra buena intelijencia. Jamás pretendas enseñarme en público; nunca te apresures á darme consejos en particular; espera siempre á que yo te pregunte; respóndeme en términos precisos, dejando los supérfluos; guárdate de querer preocuparme en favor de tus pensamientos, y de ecsijir demasiada deferencia mia á tu capacidad; no seas largo en tus historias, ni en las tradiciones que juzgues á propósito contarme; si ves que me aparto de la justicia, vuélveme al camino con suavidad, y sin valerte de espresiones duras; ayúdame en los discursos que tenga que hacer en público, en la mezquita ó en otras partes; y por último, nunca me hables en terminos misteriosos.» Esto queria decir que Harun amaba la verdad cubierta con decencia, pero no disfrazada; por lo cual admiraban á un soberano que tanto se habia estudiado á sí mismo.

Reinó cuarenta y siete años; y á pesar de su ardiente zelo por el islamismo, siempre protejió jenerosamente á los cristianos.

El imperio griego, libre por algun tiempo de los árabes, se vió despues amenazado por otro enemigo no menos temible. Crum, rey de los búlgaros, era á un mismo tiempo valiente, jeneroso, ábil guerrero y sabio lejislador. Atacado por los ábaros, conquistó en pocos dias su pais; y admirado de su poca resistencia, convocó á los principales jefes de la nacion vencida, y les preguntó la causa de dejarse subyugar tan fácilmente. «El motivo, le respondieron, de nuestra pronta caida es el mismo que ha hecho perecer sucesivamente los mas poderosos imperios. La intriga y la delacion han alejado del poder á los hombres ábiles y onrados: la injusticia y la corrupcion han penetrado en los tribunales: los empleos, dignidades y favores son venales: la desonestidad, el vino y los deleites han debilitado nuestros cuerpos y embrutecido nuestras almas; en fin, nos habíamos dejado vencer por nuestros vicios antes de serlo por vuestras armas.»

Movido Crum de esta respuesta, reune su pueblo, promulga una ley contra los delatores, manda á sus vasallos que arranquen sus viñas, amenaza con

los mas severos castigos á todo juez prevaricador, y castiga la ociosidad con penas rigorosas. Estas leyes eran duras; pero su austeridad infundió en los búlgaros por muchos años un vigor funesto á sus enemigos.

Nicéforo hizo la primer prueba: Crum le venció y le quitó la caja militar, cuya pérdida aflijió mas á aquel príncipe avaro que la de su gloria.

VIOLENCIAS DE NICEFORO. — Abituado el emperador á mentir, escribió al senado que habia vencido á los búlgaros, y que hubiera recobrado á Sárdica, á haberse igualado con el suyo el valor de sus tropas indisciplinadas. El ejército, al saber esta impostura, se rebeló: Nicéforo lo sosegó con viles súplicas y promesas engañadoras. Apenas llegó á la capital, mandó prender á sus jefes y los envió al suplicio. Multitud de ciudadanos, arrancados por su órden de las casas en todas las provincias, se vieron obligados á vender sus bienes, trasportar sus familias á las fronteras de Esclavonia, y establecerse allí para defenderlas. La opresion fué tal, que todos deseaban la dominacion de los bárbaros y de los sarracenos.

ORIJEN DE LOS JITANOS. — Tambien atormentó las conciencias y se declaró protector de la erejía de los antiganos, mezclada de judaismo y maniqueismo: se cree que las tribus errantes de los actuales jitanos ó boemios, como se llaman en otros paises, traen su orijen de esta secta, muy propagada entonces en Pisidia.

El jóven Estoracio, hijo del emperador, era tan disforme de cuerpo como su padre en el ánimo. Nicéforo dió por mujer á este mónstruo la mas bella de las atenienses, llamada Teófana, despues de robarla á su marido. Hecha esta violencia, el emperador y su hijo, tan detestado como él, marcharon contra los búlgaros, y doblaron todas las contribuciones. Teodosio Saliba, uno de sus ministros, le representó en vano, que semejante medida aumentaria el descontento del pueblo, que ya hacia á las claras votos por su ruina: el tirano, insensato y feroz, respondió: «No esperes mudar mis resoluciones con tus advertencias. Dios ha endurecido mi corazon como el de Faraon.»

Su ejército, aunque sin disciplina y mal organizado, era tan numeroso, que logró al principio algunos triunfos. El prudente Crum le ofreció la paz: Nicé-

foro no quiso oirle: todos sus jenerales le aconsejaron que no penetrase sin precauciones en el pais montuoso de los búlgaros: el ostinado príncipe continuó su marcha diciendo: «No sé si me arrastra Dios ó el diablo: lo que sé es que me dejo llevar de un poder al cual no me es dado resistir.»

Marcha rápidamente, incendia ciudades y aldeas y uno de los palacios de Crum, desecha segunda vez sus proposiciones, y en fin, entra locamente con su ejército en un valle angosto, rodeado por todas partes de altísimas montañas. Aprovechándose Crum de este yerro como ábil jeneral, hizo trabajar sus soldados con tanto ardor, que en dos dias cerraron con cortes impenetrables de árboles las gargantas y pasos de la sierra.

Derrota y muerte de Nicéforo. — Los griegos, detenidos en aquel desfiladero como en una prision, esclamaban: «No podemos salir de aquí, si Dios no nos envia alas.» Crum los dejó algun tiempo que se debilitasen con la escasez y agotasen sus fuerzas con jemidos inútiles; y luego, enmedio de una noche sombría prendieron fuego los búlgaros á los árboles cortados, y cayeron por todas partes sobre las lejiones con gran vocerío: casi todo el ejército romano fué destruido, y lo que escapó del hierro pereció entre las llamas. Aquel campo funesto sepultó la flor de las lejiones; y si algo pudo consolar al imperio de tan gran desastre, fué que Nicéforo murió en él.

Crum mandó poner su cabeza en una lanza, y la dió en espectáculo á los búlgaros. La alegría que causó la muerte de este tirano fué la sola que dió al pueblo en los ocho años que reinó. Estoracio su hijo, aunque erido de gravedad, logró escaparse seguido de algunos jinetes, y entrar en Andrinópoli. Los grandes, que le despreciaban, ofrecieron la corona á Miguel Rangabé, gran maestre de palacio y yerno de Nicéforo. Como era digno de ella la reusó: el ejército murmuraba: Estevan, su comandante, lo redujo por un momento á la obediencia; pero Estoracio no tardó en aumentar el desprecio de los soldados á su persona, procurando infamemente agradarlos con invectivas cáusticas é indecentes contra su padre.

Procopia, hija de Nicéforo, que mancillaba las virtudes que tenia con su demasiada ambicion, instaba á su marido á que

consintiese en reinar. Miguel resistia á sus importunidades y seducciones. La emperatriz Teófana, que no podia creer la virtud de Miguel, por ser incapaz de ella, y digna de su esposo por sus vicios y maldades, persuadió á Estoracio que diese muerte á su cuñado á pesar de su fidelidad. Dióse la órden para matarle; pero el mismo Estevan lo impidió. Indignado Miguel de tanta ingratitud y perfidia, convoca por la noche al patriarca, á los senadores y á los oficiales del ejército: reunidos en el Hipodromo, le proclaman emperador. Estoracio, abandonado de sus cortesanos y de su guardia, se escapa á un convento, se mete fraile y tiembla de que lo maten: Miguel y Procopia fueron á ablarle, disiparon su miedo, y le prometieron que no esperimentaria ningun mal tratamiento. Procopia, en el colmo de sus deseos, fué coronada como su esposo, recibió el título de augusta, y se mostró digna de llevarlo, colmando de beneficios á Teófana su enemiga, á la cual permitió fundar y dirijir un monasterio.

Miguel I, emperador. — (811) Cuando Miguel Rangabé entró en el palacio de los emperadores, sucedió la beneficencia á la avaricia, la mansedumbre á la crueldad, la seguridad á los temores, la justicia á la tiranía. Pero sus vasallos no eran dignos de este príncipe, y sus virtudes no eran para su siglo.

Tenia sobre todo una propension á la confianza, que fué la causa de su ruina. Su jenerosidad ni sabia sospechar ni prever la traicion. Llamó del destierro á Leon el armenio, jeneral ábil y valiente, pero artificioso, cuyos talentos é intrepidez estimaba. Le hizo patricio y comandante del ejército de Oriente, depositó toda su confianza en aquel hombre astuto, y le dió armas que el ingrato no tardó en volver contra él.

Leon aspiraba al trono: un fraile iconoclasta preparaba de órden suya la rebelion entre los griegos, siempre supersticiosos: el fraile habia sobornado á una mujer que se finjia endemoniada, y que se ponia con frecuencia por donde pasaba el emperador, para decirle en voz alta: *Miguel, obedece al cielo y deja el trono á tu sucesor*. Algunos sirvientes fieles persuadieron al príncipe que ecsaminase el orijen de aquella farsa despreciable; pero Leon se lo disuadió. El emperador se declaró con firmeza, pero sin intolerancia, pro-

tector de la ortodocsia, y su prudencia restituyó la quietud á la Iglesia.

Hizo paces con Carlomagno, y libre así de una guerra que entretenia sin utilidad una parte de sus ejércitos, marchó contra los búlgaros. Por desgracia la ambiciosa Procopia su mujer tuvo permiso para seguirle: su llegada á los reales indignó á los soldados y empezaron á murmurar: «No sufrirémos, decian, que una mujer nos ponga en órden de batalla, ni que nuestras águilas se umillen á los pies de esta Semíramis.» El emperador no cedió á sus clamores; pero su firmeza aumentó el número de sus enemigos: los adoradores de las imájenes fomentaban en secreto la sedicion, y el espíritu de indisciplina hizo imposibles las operaciones. Al mismo tiempo, Leon, favorecido en Asia por la fortuna, veia crecer su fama y el afecto de sus tropas: ganó una batalla contra los sarracenos, les mató dos mil hombres, y volvió á la capital cargado de gloria y de botin.

El emperador, á pesar de los ostáculos que le oponian los facciosos, inspiró bastante miedo á Crum para obligarle á pedir la paz bajo condiciones onoríficas al imperio: el rey de los búlgaros solo ecsijió que se le entregase un gran número de desertores. El emperador creia útil comprar á este precio una paz ventajosa; pero el consejo, el senado y los sacerdotes se opusieron, porque habiéndose convertido los tránsfugas al cristianismo, no era justo entregarlos á la venganza de los paganos. Crum irritado se apoderó de Mesembria. El emperador, reunidas todas las fuerzas del imperio, marchó contra él. Su ejército estaba lleno de ardor, escepto los capadocios y armenios que tenian á Leon por comandante. Su ademan triste y su silencio parecian la calma espantosa que anuncia y precede á las tempestades. La orgullosa Procopia se presenta de nuevo en el campamento, arenga al ejército y le irrita mas por esta osadía. Crum se acerca y presenta la batalla: Miguel queria evitarla, porque sabia que al enemigo le faltaban víveres; pero el artificioso Leon llamó timidez á la prudencia.

Escitado por él, Aplaces, jeneral de fama que mandaba las tropas de Macedonia, les comunicó su ardor belicoso, y lo demás del ejército, arrebatado por su ejemplo, pide á gritos la pelea (813). El emperador, no pu-

diendo ya resistir, da la señal. El intrépido Aplaces, justificando su atrevimiento con sus azañas, desbarata á los búlgaros: en vano Crum se esfuerza para reunirlos: enajenados de temor uyen: la victoria parece segura, cuando repentinamente se ponen en uida Leon y su cuerpo de ejército. Esta cobardía aparente restituye la esperanza a los búlgaros y desalienta á los griegos: la fortuna se trueca: los vencidos se reaniman y restablecen el combate: los imperiales cejan, se retiran, se desbandan y son en fin completamente derrotados.

La batalla se dió cerca de Andrinópoli. Miguel se retiró á esta ciudad con las reliquias de su ejército: llenó de injurias y reprensiones á los soldados, y los dejó bajo el mando de Leon, cuya perfidia ignoraba todavía: un oficial se atrevió, aunque en vano, á descubrir el autor del desastre. El mismo emperador justificó al traidor, le colmó de elojios, atribuyó la derrota solamente á la cobardía de los soldados, y partió para Constantinopla sin sospechar siquiera el golpe que iban á darle. Apenas salió de Andrinópoli, las lejiones amotinadas y enfurecidas proclaman emperador á Leon: el pérfido se opone algun tiempo á sus deseos; pero despues de una corta y finjida resistencia se deja vencer y marcha con ellas á Constantinopla.

Los grandes, el senado y el pueblo querian defender á Miguel, movidos de la justicia de su causa y del amor que se le tenia. Procopia postrada á sus pies le pedia que mirase por su trono y su gloria. Pero Miguel, fatigado con el peso del cetro, cansado de la corrupcion del siglo y de la ingratitud de los hombres, fué insensible á sus súplicas. «No quiero, les dijo, que se derrame una gota de sangre para conservar un trono que desdeño, y al que subí á mi pesar.» Dichas estas palabras, se desciñe la diadema, deja el manto de púrpura y el calzado de escarlata, y envia estas prendas á Leon, declarándole que podia venir á palacio y ascender sin oposicion al solio. Leon entró en la capital al dia siguiente, y se coronó en santa Sofia. Se observó en esta ceremonia que al dejar la casaca encarnada, que era el traje militar, para ponerse los ornamentos imperiales, la entregó á Miguel el tartamudo, que fué despues emperador.

Una funesta costumbre destinaba los príncipes destronados á

una muerte violenta. Sin embargo, la virtud respetada de Miguel Rangabé enfrenó la audacia criminal de Leon; y no atreviéndose ni á matarle, ni á privarle de la vista, ni á mutilarle, le desterró á un monasterio de la Propóntide, y le asignó una pension que se pagó muy mal. Miguel, tomando el nombre de Atanasio, espió treinta y dos años en aquel claustro su ciega y confiada credulidad. Sus tres hijos fueron hechos eunucos por órden de Leon, y se les permitió vivir con su padre. Procopia se metió monja, y cubierta del velo lamentó mucho tiempo la diadema perpida.

Leon V el armenio, emperador. — (813) Leon se habia elevado al trono por una alevosía: los griegos le llamaron *camaleon*, á causa de sus artificios. Supo mostrarse jeneroso cuando su interés lo ecsijia: recompensó magníficamente á los que le habian servido con zelo: dió el mando de su guardia á Miguel el tartamudo, escudero en otro tiempo de Bardanes, lo mismo que él, y confió un ejército al jeneral Tomás que habia sido su compañero en la infancia.

Manuel, uno de los guerreros mas distinguidos del imperio por su valor y sus virtudes, se habia opuesto constantemente á sus proyectos: fiel al emperador destronado hasta el último instante, debia temer á su sucesor, y en una corte donde abitualmente se miraban como delitos el talento, el mérito y la probidad: Leon le mandó llamar y le dijo: «Has peleado contra mí y preferido al mio el servicio de Procopia.» Manuel respondió: «Defendí á mi príncipe: aora que reinas tú, ¿mirarás la fidelidad como un delito, ó como un deber?» «Ya verás replicó, Leon, como sé vengarme de un enemigo como tú. Te doy el mando en jefe del ejército de Armenia.»

Invasion de los bulgaros y batalla de Mesembria. —(814) El emperador estuvo muy pronto á pique de perder el imperio que acababa de usurpar. El rey de los búlgaros, corriendo la Tracia sin ningun ostáculo, la entregó al saqueo: encargó á su ermano el sitio de Andrinópoli, derrotó un corto número de tropas que se le opuso, y se presentó con un ejército numeroso junto á las murallas de Constantinopla. La consternacion reinaba en la capital: abriéronse negociaciones. Crum prometió la paz, mediante un tributo anual, la entrega de muchas telas ricas, y de un cierto número de

jóvenes griegas, elejidas por él. Los ánimos estaban tan abatidos que habrian aceptado estas condiciones vergonzosas, á no añadir otra, y fué, clavar su lanza en la puerta Dorada, como signo de que estaba en su mano entrar en Constantinopla y destruir el imperio. Leon indignado desechó esta proposicion, y para librarse con la perfidia de un enemigo que no esperaba rechazar con la fuerza, pidió al rey de los búlgaros una conferencia en las playas del golfo. Crum la concedió, y se acordó que concurririan á ella los dos príncipes, sin tener cada uno mas comitiva que seis personas desarmadas. El astuto Leon habia colocado detrás de un edificio tres flecheros diestros encargados de matar al búlgaro apenas les diese una señal. El coloquio empieza: Crum bajó del caballo y se sentó en el suelo confiadamente; pero movido de las miradas feroces del emperador, descubre una señal que le da recelo, monta con prontitud en el caballo, uye con rapidez, y recibió muchas heridas, aunque ninguna mortal.

Teófanes, un historiador de aquel tiempo, disculpa y aun alaba esta traicion: lo que prueba la ignorancia é inmoralidad espantosas que reinaban en el imperio griego, si es cierto que la literatura es imájen de las costumbres. El fanatismo hacia abandonar á los griegos el estudio de las letras, y tal era entonces la ignorancia jeneral, que el monje Jorje Syncello, autor de una compilacion hecha sin gusto y sin crítica, fué mirado por sus contemporáneos como un prodijio de ciencia.

Si el crímen de Leon era atroz, la venganza fué terrible. Crum entregó á las llamas toda la Tracia, las playas del Bósforo y un gran número de ciudades, tomó á Andrinópoli que era muy opulenta, redujo sus abitantes á esclavitud, y se llevó cincuenta mil cautivos al otro lado del Danubio. Leon, oprimido de tantas calamidades, imploró el socorro de Carlomagno, el cual concluyó un tratado con él, y le envió de embajadores á Norberto, obispo de Rejio, y á Ricoin, conde de Poitiers. Entretanto Crum, insaciable de venganza, juntando un poderoso ejército, tomó á Arcadiópolis, se llevó cautivos á todos los abitantes, y marchó rápidamente á Constantinopla con el designio de saquearla y destruirla; pero la suerte no le permitió consumarlo: un vómito de sangre ter-

minó sus dias y libertó al imperio de tan formidable enemigo.

Deucom, su sucesor, mostró el mismo odio, pero no el mismo talento. Leon le salió al encuentro con todas sus fuerzas, y le dió batalla cerca de Mesembria. En el primer choque nada se resistió al furor de los búlgaros: desbarataron á los griegos y los hicieron uir por todas partes; pero Leon, cuya fuerza consistió siempre en la astucia, habiendo previsto este revés, se habia apostado con su reserva en una altura. Desde que ve al enemigo desordenado persiguiendo con ardor á los fujitivos, grita á los suyos: «Compañeros, este es el momento de la victoria: es vuestra si me imitais.» Al punto acomete á los búlgaros por el flanco, los derrota, hace en ellos espantosa carnicería, derriba con su misma lanza á Deucom, á quien sus oficiales salvaron de la muerte con dificultad, y cargado de despojos vuelve triunfante á su capital.

Nueva victoria de Leon y fin de la guerra de Bulgaria. — (815) Al año siguiente se presentó un ejército mas numeroso de búlgaros. Apenas se acercaron, Leon se atrincheró, finjió miedo y desapareció con su guardia. El terror se apodera de su campamento: los búlgaros creyéndose ciertos de tomarlo al dia siguiente sin pelear, se entregan á la alegría, la crápula y la embriaguez, y se quedan dormidos en su funesta seguridad.

Leon estaba oculto en un bosque con un cuerpo escojido de tropas. Enmedio de la noche cae sobre el campo enemigo, y penetra en él: los búlgaros pasan del sueño á la muerte: el emperador llamó á gritos su ejército, que solo halló vencidos que perseguir y fujitivos que degollar. Deucom pereció en esta matanza, de la cual no escapó ni un búlgaro. Leon, despues de la victoria, sin dejar tiempo al enemigo para reacerse, entró en Bulgaria, pasó á cuchillo á todos los hombres capaces de llevar armas, é hizo cautivas á las mujeres. Nada es comparable á la atrocidad de esta venganza. Los soldados griegos, furiosos por los ultrajes que habian recibido, ni oian la relijion ni la umanidad, no respetaban ni á secso ni á edad: arrancaban los hijos de los brazos de sus madres y los aplastaban con sus pies. Cuando se cansaron de esterminar, los pocos búlgaros que quedaban pidieron y obtuvieron una tregua de treinta años. El terror hizo que la observasen sesenta y

cuatro años: sus descendientes temblaban todavia al ver la altura detrás de la cual se habia retirado el emperador, de donde salió para destruirlos, y le dieron el nombre de la *colina de Leon*.

PERSECUCION DE LOS ORTODOCSOS —(816) Este príncipe, embriagado con su gloria, se imajinó que nada podria resistirle. Algunos frailes fanáticos le predijeron un largo reinado si destruía la idolatría de las imájenes. Creyendo que podria vencer á la Iglesia como á los búlgaros, persiguió á los católicos. El patriarca Nicéforo los defendió, y convocó un concilio. Leon, irritado de esta resistencia, arrojó á los obispos del sínodo, desterró á Nicéforo, é hizo nombrar en su lugar á un soldado, llamado Teodoto, célebre por su disolucion. Un concilio de iconoclastas legalizó las persecuciones: los sacerdotes católicos compararon la tiranía de Leon á la de Diocleciano.

Es fuerza sin embargo confesar que en los demás ramos gobernó con justicia y vigor. Abolió la venalidad de los empleos: alejó la intriga de su corte: onró el mérito: restableció la disciplina: reparó las fortificaciones: mitigó los impuestos: reformó los abusos é hizo florecer las leyes. Un senador habia robado la mujer de un ciudadano: lo entregó á los tribunales, y declaró incapaz de empleos al prefecto que dejó semejante crímen sin castigo. Se puede reprender en él con razon haber continuado la atrocidad de las mutilaciones y de los suplicios á que eran condenados los delincuentes; pero la corrupcion del siglo era tanta que obligaba á la justicia á espantar con crueldades á los que la insultaban.

AMBICION DE MIGUEL. —(820) Miguel el tartamudo, natural de Amório, elevado á las primeras dignidades del imperio por el favor de Leon, trabajaba para derribarle, formaba partido contra él y murmuraba de su gobierno sin miramiento. El emperador, que siempre le tuvo cariño, creyó que bastaria separarle de su corte, y le envió á inspeccionar las tropas de Oriente. Miguel buscó medios entre los soldados para sublevar el ejército, y no disimuló su designio de apoderárse del trono. Manuel, tan leal á su segundo juramento como habia sido al primero, descubrió al príncipe esta conjuracion. Miguel fué preso, juzgado, convencido y

condenado á ser quemado vivo en el palacio.

Era la víspera de Natividad, y al dia siguiente debia hacerse la justicia. La emperatriz Teodosia, mas virtuosa que política, mas jenerosa que prudente, se echó á los pies de su marido, y le dijó: «Piensa que mañana has de comulgar. ¿Cómo puede salir la órden para una muerte cruel de una boca que va á recibir al Dios de paz? No profanes tan santo dia con un suplicio espantoso: sé clemente como nuestro Salvador; y si no puedes perdonar, difiere el castigo y no mezcles los gritos de un moribundo con los cánticos relijiojos.»—«Tú lo quieres, respondió Leon, y cedo á tus súplicas; pero esta dilacion será quizá funesta á tí y á tus hijos. Quieres salvar mi alma, y destruyes mi cuerpo.» El emperador, que temia los numerosos partidarios de su enemigo, fué ajitado durante la noche de una violenta inquietud. Se levanta enmedio de las tinieblas, y entrando en la prision de palacio, halla á Miguel libre de sus cadenas y acostado en la cama de su alcaide: otro hombre estaba sentado en una silla cerca de ellos al parecer dormido. Leon se retira con ademan amenazador. Desde que se alejó se levanta Teoctisto, que así se llamaba el desconocido encerrado con Miguel, y que habia finjido dormir: despierta al alcaide, le cuenta la aparicion del emperador, y le amenaza denunciarle si no le ayuda á salir del peligro.

El carcelero corre á advertir y á llamar á los conjurados. Era costumbre que los sacerdotes de la capilla que no tenian cuarto en palacio, viniesen á él á las cuatro de la mañana á cantar maitines. Era una obligacion de los emperadores, aun en los mas indevotos, asistir á ellos, y Leon que tenia vanidad por su bella voz, no faltaba nunca.

Los amigos de Miguel, reunidos por el carcelero, se disfrazan de sacerdotes con puñales y se ocultan en la capilla. Empiezan los maitines: el emperador llega y entona un imno: los conjurados le acometen, pero se equivocan y yeren al dean del clero. Conocido el yerro, persiguen á Leon que se habia refujiado al pie del altar. Este príncipe, valeroso y de muchas fuerzas, coje la cruz, derriba con esta arma á muchos de sus enemigos; pero al fin cae oprimido por el número, y viendo

la cimitarra de un oficial levantada sobre su cabeza, le pide la vida en nombre de la cruz.

MUERTE DE LEON. — «Este no es dia de favores, sino de venganzas,» respondió el feroz conjurado; y del primer golpe le derriba la mano en que tenia la cruz todavía, y del segundo le corta la cabeza. Llenaron de ultrajes la víctima ensangrentada que recibia inciensos el dia anterior, arrastraron su cuerpo al circo, y lo entregaron á los insultos del populacho.

Miguel sale del calabozo, se presenta como dueño en palacio, su cabeza recibe la corona en lugar del cuchillo, su mano aun cargada de esposas empuña el cetro, y todos admiran en silencio las repentinas vicisitudes de la suerte, y el contraste de miseria y prosperidad que servia de justo emblema á los príncipes en aquella época de errores. Toda la ciudad supo al momento, embargada del pasmo, que el juez y soberano habia perecido, y que reinaba el delincuente condenado.

Miguel, sentado en el trono y rodeado de los asesinos que componian su guardia, hizo romper á martillazos los hierros que encadenaban sus manos todavía. Apenas estuvieron libres, tomó la corona que le presentó solícito el patriarca, mandó mutilar á los cuatros hijos de Leon, y embarcarlos en una lancha con su madre y un saco que contenia el cadáver de Leon hecho pedazos. Estos infelices fueron desterrados á la isla de Proto. Cuando el antiguo patriarca Nicéforo supo en su destierro la muerte de Leon, esclamó pronunciando anticipadamente la sentencia de la posteridad: «La Iglesia se ha libertado de un grande enemigo; pero el imperio pierde un gran príncipe.»

MIGUEL II EL TARTAMUDO, EMPERADOR. — (821) Un emperador como Miguel parecia destinado á abatir á los griegos hasta la clase de bárbaros, y hacerles caer de la civilizacion en la selvatiquez. Este guerrero, nacido de una familia oscura entre los atinganes, pueblo ignorante y grosero, solo conocia los campamentos, los caballos y las armas: despreciaba las letras, se burlaba de la relijion, y ninguna virtud redimia sus vicios. Miraba toda desonestidad como permitida, trataba de fábula la resurreccion de Cristo, queria que se observase el sábado como hacen los judios, contaba á Judas entre los santos; y no creyendo sólida la autoridad si no se apo-

ya en la ignorancia, proibia que se enseñase á leer á los niños de la plebe.

Todos los hombres que conservaban algunas ideas de onor y libertad, jemian de verse sometidos á este usurpador. Tomás, el antiguo amigo de Leon, mandaba el ejército de Oriente: furioso por el asesinato de su bienechor, y ardiendo en el deseo de vengarle, levanta el estandarte de la rebelion, y toda la juventud belicosa del imperio corre á alistarse bajo sus banderas. Sus canas, su aspecto venerable, su jenerosidad y su mansedumbre inspiraban respeto y amor: ábil, valeroso y elocuente merecia entonces el trono; pero dejó de ser digno de él al punto que le solicitó. La fortuna le corrompió favoreciéndole.

Los sarracenos atacaron en aquella época el Asia menor. Tomás invadió la Siria, y los asustó con esta diversion: hubo negociaciones; pero en vez de contentarse con ecsijir la paz, estraviado por la ambicion, se unió con ellos, y les prometió un tributo y la cesion de muchas ciudades si le ayudaban á destronar á Miguel. Los árabes aceptaron sus proposiciones, le recibieron en Antioquía, hicieron que le coronase Job, patriarca de aquella ciudad, y aumentaron su ejército con una nube de bárbaros y musulmanes.

El que sacrificando sus deberes al interés, entrega su patria á los estranjeros, carece de virtud: esta falta primera y capital mudó y degradó el carácter de Tomás: se hizo desonesto, cruel, avaro, y entregó al saqueo todas las ciudades que se negaban á abrirle las puertas. Con estas violencias, y sobre todo por su alianza con los enemigos, hizo muchos partidarios á Miguel. Sin embargo, continúa su marcha y sus proyectos, consigue algunos triunfos, se acerca á la capital y la sitia.

Los abitantes de Constantinopla, al ver la media luna que brillaba al lado de las águilas, toman todos las armas y se defienden con intrepidez. Tomás dió inútilmente muchos asaltos: se rechazó con furor al aliado de los estranjeros: su escuadra fué vencida por la imperial. A pesar de estos reveses continuaba el sitio con ostinacion, cuando Martagon, rey de los búlgaros, se presentó con un ejército en defensa de la ciudad.

El emperador reusó en vano este socorro estranjero, este peligroso ausiliar. Martagon, cuyo

objeto verdadero era enriquecerse con el pillaje, dió batalla á Tomás, le derrotó y volvió á su pais con ricos despojos y un gran número de cautivos. Tomás vencido levantó el sitio: perseguido y alcanzado por Miguel, quiso imitar las astucias de Leon, su antiguo príncipe, aparentó temer al enemigo, y mandó á su ejército que se retirase con desórden finjido, esperando aprovecharse de este ardid. Pero sus tropas estaban amedrentadas y lo abandonaron: la fuga en lugar de ser simulada, fué arto verdadera.

Tomás se refujió á Andrinópoli y se defendió en aquella plaza cinco meses; pero al fin los abitantes, estenuados por el ambre y por las fatigas del sitio, le entregaron á Miguel. El emperador le pisoteó, y no le concedió la muerte sino despues de haberlo hecho pasear en un asno y mutilarle. Las venganzas del vencedor fueron espantosas, pues no perdonó á ningun partidario de su rival.

Tratado entre Miguel y Ludovico Pio. — (823) Los emperadores griegos, en lugar de desavenirse con los emperadores de Occidente, les mostraban entonces mucho respeto y deferencia. Miguel informó á Ludovico Pio de la victoria que habia logrado, le pidió la renovacion de la alianza entre los dos imperios, y defendió con ardor ante él la causa de los iconoclastas.

Luis no hizo caso de la apolojía de los erejes, pero firmó el tratado que se le proponia.

Conquista de Creta por los árabes. — (824) En el reinado de Miguel se establecieron los árabes en Creta: despues de vencer á dos ejércitos imperiales, concluyeron la conquista de esta isla, y edificaron en ella la ciudad de Candía. La Armenia, el Asia menor, la Córcega, Cerdeña y las islas Baleares sufrieron sucesivamente el yugo de los árabes.

El imperio jemia, no tanto por la pérdida de esta rica provincia, como por el yugo vergonzoso del tirano. Nada era sagrado para este príncipe: nada contenia sus pasiones. Despues de muerta Tecla su mujer, enamorado de Eufrosina, hija de Constantino Porfirojénito, que era monja, obligó al senado á instarle para que hiciese este matrimonio sacrílego, y al patriarca á bendecirlo.

Conjuracion de Eufemio. — (827) Eufemio, gobernador de Sicilia, quiso imitar su ejemplo, y robó una monja. El empera-

dor, que sin duda consideraba semejante crímen como un privilejio imperial, condenó á Eufemio á la mutilacion; pero se escapó del suplicio y se pasó á los sarracenos.

El califa envió á Eufemio á Sicilia con un cuerpo de diez mil hombres, venció á los griegos y proclamó emperador al refujiado. No gozó largo tiempo de su criminal felicidad: el mismo dia en que se coronaba, se acercaron á él dos oficiales, el uno le tomó la mano con respeto y el otro le cortó la cabeza.

Conquista de Sicilia por los árabes. — (828) La traicion facilitó á los árabes la conquista de Sicilia. El gobernador de esta isla habia robado la querida á un jóven siciliano: el ofendido amante juró vengarse y formó el proyecto de llamar á los árabes á su patria. Dirijióse á Zindat-Allah que mandaba en Tunez; y este guerrero, aprovechando con alegría la ocasion que se le ofrecia de estender su dominacion, pasó á Sicilia, secundado por los árabes españoles. Las ciudades situadas en la llanura sucumbieron al primer choque del enemigo; pero Siracusa, Palermo, Chasuan y todas las plazas fuertes hicieron una tenaz resistencia; cincuenta y un años se pasaron antes de que los árabes pudiesen acabar la conquista de la isla, que despues conservaron dos siglos.

Dueños de los puntos mencionados de Sicilia, talaban los árabes la Calabria, hacian incursiones hasta las puertas de Roma, y se aprovechaban de la discordia entre los príncipes cristianos para hacer conquistas en Italia. El papa Gregorio IV, amenazado contínuamente por ellos, puso freno á sus irrupciones, fortificando el puerto de Ostia.

Cuando se supo en Constantinopla la pérdida de las ciudades sicilianas, Miguel, que hacia tan poco caso de la gloria como de la virtud y de la relijion, dijo á Irenéo, uno de los principales ministros: «Te doy la enorabuena, porque pronto estarás libre del gravámen de gobernar una isla tan lejana.» «Con dos ó tres alivios como este, respondió Irenéo, quedarás tú tambien desembarazado del peso del imperio.» Miguel murió en 829 de un cólico nefrítico. Habia oprimido á los griegos nueve años. El imperio perdió en su reinado las islas de Creta y Sicilia, y la Dalmacia. Sucedióle Teófilo, su hijo.

Teófilo emperador. — (829) Cada pájina de la historia está probando lo absurdo de una paradoja grata á los cortesanos y á los aduladores de los reyes, cual es decir que el órden es incompatible con la libertad, y que no puede ecsistir sino bajo el poder absoluto. Solo el reinado de las leyes puede ofrecer alguna fijeza en la suerte de los hombres; bajo el despotismo nada es estable; todo varía en él perpétuamente á medida del capricho de los déspotas; con él, el destino de los hombres depende de la móvil voluntad de los príncipes, de sus vicios, de sus pasiones, y aun de sus asquerosos caprichos.

Cuando Teófilo subió al trono, dió al imperio una nueva faz. Este príncipe observando el menosprecio que habian inspirado á los pueblos los vicios de su padre, llevó hasta el esceso las virtudes contrarias: su justicia fué dureza, y su valor temeridad. Miguel habia adquirido el trono por el asesinato de Leon: los omicidas esperaban premios, y Teófilo los envió al suplicio. Avergonzado del matrimonio sacrílego de su padre, obligó á Eufrosina á volver á su monasterio. El senado, siempre servil, aprobó el castigo de aquella princesa, como habia aprobado su elevacion.

Algunos historiadores cuentan, que el emperador, deseando casarse, reunió en su palacio un gran número de doncellas griegas, elijió á la mas bella, llamada Teodora, y declaró su preferencia dándole una manzana de oro. Otros creen fabulosa esta narracion; pero no hay duda de que esta costumbre, practicada antiguamente en algunas cortes de Asia, se ha renovado en tiempos mas modernos por muchos soberanos de Rusia.

Teófilo, activo y rijido, era accesible á las quejas de todos sus vasallos, visitaba con frecuencia los mercados y lugares públicos, y mantenia con vigor la justicia. Un oficial le habló una vez con osadía, reclamando el caballo que montaba el emperador. Hecha una informacion esacta, constó que el gobernador del Helesponto lo habia cojido y regalado al emperador con la esperanza de cubrir sus concusiones. El caballo fué devuelto á su dueño, y el gobernador recibió el castigo que merecia. El emperador obligó á algunos jenerales de mucho influjo á restituir las tierras que habian usurpado á algunos conventos. Petrónas, capitan de

su guardia, habia insultado y maltratado á una pobre mujer. Teófilo le mandó azotar con varas; y lo que prueba el envilecimiento de los grandes en aquella época es, que no por este castigo afrentoso perdió Petrónas su destino.

Un hombre habituado á la corrupcion de la corte, con la esperanza de obtener algunos favores, empleos ó esenciones de impuestos, quiso comprar la proteccion de la emperatriz, y le envió una nave cargada de ricos jéneros de Fenicia: el emperador mandó que se los entregasen, y los vendió él mismo, diciendo: «Mi mujer quiere convertir al emperador en mercader.» Su rigor inspiró tanto miedo, que el órden se restableció en todos los ramos, y cesaron de darle quejas. Los alistamientos se hicieron sin ostáculos, y el ejército se sometió á la disciplina sin murmurar. Sus numerosas tropas y su valor le dieron algunas veces la victoria: sin embargo, otras veces ó su temeridad ó la inconstancia de la fortuna le hizo sufrir algunas derrotas que le granjearon por algun tiempo el renombre de *desgraciado*.

Muchos capitanes ábiles ilustraron su reinado: el mas célebre fué Manuel por su valor, y aun mas por su incorruptible fidelidad. Teofobo, descendiente de los reyes de Persia, se hizo igualmente famoso por sus grandes acciones y sus infortunios. El padre de este valiente guerrero, habiéndose librado del alfanje árabe, vivió mucho tiempo desconocido y pobre en Constantinopla, donde se habia casado con el ama de una posada. Despues de su muerte su hijo Teofobo fué descubierto y reconocido por unos nobles persas que habian venido á buscar en la corte de Oriente un asilo contra el odio de los sarracenos. El emperador Leon, sabiendo por ellos el paradero del jóven príncipe de Persia, le dió en su palacio una educacion correspondiente á su nobleza. Despues asistió á los mismos estudios y juegos que Teófilo. Este, al subir al trono, condecoró con el título de patricio al compañero de su infancia, y le dió en casamiento á su hermana Elena.

VICTORIAS DE LOS ARABES CONTRA LOS GRIEGOS. — (833) Algun tiempo despues treinta mil persas se rebelaron contra los sarracenos: Babec, su jefe, murió en un combate: llamaron para sucederle á Teofobo, que justificó la eleccion con numerosas

azañas. En breve fué el terror de los árabes, y concibió la esperanza de restaurar el trono de Artajerjes. Este príncipe era un modelo completo de talento, gracia y virtud. Teófilo le envió en socorro de los abajes contra los sarracenos. La victoria coronó al principio sus armas; pero el emperador, ó débil, ó envidioso, habiéndole dado por colega á Bardas, hermano de la emperatriz, este jeneral ambicioso, ignorante y mal intencionado, inutilizó todas las disposiciones de Teofobo: el enemigo se aprovechó de su impericia, y los griegos fueron vencidos.

Los árabes perdieron entonces al califa Al-Mamun, célebre por su amor á las ciencias y á las letras. La corte de Bagdad parecia en esta época menos bárbara que la de Constantinopla. Leon, matemático y astrónomo ábil, vivia ignorado en una cabaña poco distante de la capital de Oriente. El califa escribió al filósofo: «El mérito es oscuro entre vosotros. Ven á ilustrarnos: los árabes te harán mas rico que los favoritos de tu príncipe.» Leon no creyó que debia acceder á la invitacion de un enemigo de su patria, sin estar autorizado para ello, y pidió al emperador su permiso, al mismo tiempo que el califa le ofrecia la paz y dos mil libras de oro, si le cedia aquel sabio. Deseoso el emperador de conservar un filósofo, cuya fama y valor le descubrian los estranjeros, reusó las proposiciones del califa, encargó á Leon la educacion de la nobleza, y le dió el arzobispado de Tesalónica.

Este mismo Leon, conocido por el sobrenombre de *filósofo*, no hizo mas en sus nuevas é importantes funciones, que protejer ardientemente la opinion de los iconoclastas, y entregarse á la astrolojía. Despues fué arrojado de su silla, echando menos sin duda una gloria que la pobreza le habia dado, y la elevacion le quitó. Se puede juzgar de las tinieblas que cubrian el Oriente en este siglo, cuando un hombre tan mediano como Leon era tenido por una antorcha de saber.

Celebridad de Alexis Muselo. — En la decadencia de los pueblos, el último arte que perece es el militar. Alexis Muselo, enviado por el emperador á Sicilia con un ejército, ganó muchas batallas, tomó muchas plazas, y cobró tanta fama, que Teófilo le creó patricio, procónsul y

maestre de los oficios, le casó con su hija María, y le dió el título de césar.

El emperador era tan inconstante como violento en su cariño y su odio. La desgracia sucedió muy pronto al favor de Muselo, por las calumnias de algunos sicilianos. Teófilo, disfrazando su ira con protestas de amistad, le mandó llamar á su presencia, le hizo apalear con varas, confiscó sus bienes, y le envió á un calabozo. Poco despues, reconocido su yerro, lo sacó de la prision, le restituyó sus riquezas, y quiso devolverle sus dignidades; pero Alexis, disgustado de la fortuna, cuyas vicisitudes habia esperimentado tan rápidamente, se retiró á Crisópolis, y fundó un monasterio en esta ciudad.

La fuerza y opulencia de los grandes crece siempre en proporcion del abatimiento y opresion del pueblo; cuanto mas suntuosas se hacen las cortes, mas se empobrecen las naciones: nada igualaba al lujo de los griegos, despues que la vanidad se sustituyó al amor de la independencia y el valor.

Un embajador de Teófilo asombró con su magnificencia fastuosa al califa Motassem. Un dia, comiendo en casa de este príncipe, mandó á un esclavo suyo que dejase como olvidada en palacio una soberbia fuente de oro, enriquecida de pedrerías. Era fácil de creer que la tomarian, y en efecto desapareció. El califa queria indagar quién la habia robado el embajador dijo que aquel urto era una bagatela. Convidado otra vez á la mesa del califa, llevó una fuente de mas valor que la primera. El califa le ofreció magníficos regalos, y se negó á admitirlos. Entonces le dijo el árabe: «Pues yo te haré un presente que te verás obligado á aceptarlo.» Y le entregó cien cautivos griegos, ricamente vestidos. El embajador los recibió; pero á condicion que el califa recibiese otros cien cautivos sarracenos, á quienes dió libertad.

El esplendor de la corte de Teófilo no tenia comparacion. Hizo construir en Constantinopla un palacio semejante al de los califas de Bagdad, y que le sobrepujaba en magnificencia. El inmenso número de columnas de mármol con relieves de oro, los grandes vasos, revestidos de láminas de plata y llenos de los frutos que se repartian al pueblo, las estátuas y las bóvedas doradas que adornaban este edificio, deslumbraban la vista.

El emperador satisfacia la vanidad de los griegos y su pasion á las diversiones públicas, y nada perdonaba para hacerlas mas numerosas y brillantes. Esta nacion, frívola y corrompida, se consolaba de tantas provincias y ciudades como le habian quitado, admirando los ricos palacios que se levantaban contínuamente en sus principales poblaciones.

Derrota de Teófilo por los sarracenos. — (836) Si Teófilo imitó el lujo de los antiguos persas, no tuvo ni su molicie ni sus desórdenes; y por un contraste notable, gustaba de fiestas, y no de placeres. Su carácter era naturalmente propenso á la jenerosidad, y aun á la mansedumbre; sin embargo, los iconoclastas le hicieron cruel. Ofendido su orgullo por la firmeza de los católicos, aumentó el número de sus mártires, y aun maltrató á la emperatriz, porque favorecia el culto de las imájenes.

Salió á campaña por una invasion formidable de los sarracenos, y despreció el dictámen de sus jenerales que le aconsejaban atacar de noche para ocultar al enemigo el corto número de sus tropas. En vano hizo prodijios de osadía y valor: fué vencido, y casi cercado: su pérdida parecia inevitable, cuando enmedio de la noche manda Teófilo prorrumpir á sus soldados en gritos de alegría, y tocar un gran número de trompetas. Los sarracenos, sorprendidos y asustados, creen que los griegos han recibido socorro. Retíranse, y el emperador, reuniendo todas sus tropas, vuelve libremente á su corte.

Victoria de Teófilo contra los árabes. — (837) La campaña siguiente fué mas dichosa para Teófilo: dió batalla en Capadocia á los sarracenos, ganó la victoria, y seguido de veinticinco mil prisioneros, entró triunfante en Constantinopla.

Azaña de Manuel. — (838) Al año siguiente se presentó mayor número de sarracenos en la misma provincia. El emperador salió contra ellos, y siempre arrebatado por su ardor impetuoso, se arrojó casi solo enmedio de los enemigos. Manuel, que le ve en peligro, se abre paso con algunos compañeros valientes, y le dice al llegar: «Príncipe, este sable te abrirá camino: no dejemos á los infieles la gloria de hacer prisionero á un emperador.» — «Mas vergonzoso seria, respondió Teófilo, que viesen á un emperador uir de ellos.»

A estas palabras vuelve á arro-

jarse al enemigo: Manuel se le reune, y poniéndole la punta del sable al pecho, le dice: «Sígueme; ó si buscas la muerte, recíbela de un griego, y no de un sarraceno.» Teófilo cede á tanta osadía, sigue á su libertador, y se pone al frente de su ejército, intimidando tanto á los árabes, que no se atrevieron á renovar el combate.

Para muchos reyes no es la gratitud un placer sino un gravámen. Teófilo, dando oidos á la envidia y á la delacion, creyó á Manuel, que le habia salvado dos veces la vida, capaz de aspirar al trono, y determinó hacerle sacar los ojos. El jeneral, advertido á tiempo por amigos fieles, uye, toma caballos en todas las postas, y los desjarreta, se salva en la corte del califa, y le ofrece servirle como no sea contra su patria.

Entonces se habia sublevado el Korassan contra los árabes. Manuel no pide mas fuerzas para reprimir aquella rebelion, que una tropa de prisioneros griegos, de cuya obediencia sale por fiador. El califa les da libertad y armas, y se los confia: Manuel somete con ellos á los rebeldes, subyuga los abitantes de las playas del Oxus, y estermina un gran número de leones y tigres, que habian convertido aquellos paises en vastos desiertos.

La gloria de este grande hombre hizo nacer en el alma del emperador pesares y remordimientos, y lo convidó á volver á su corte. Manuel no sabia resistir ni á la voz de su príncipe, ni al amor de su patria; mas para volver á ella era forzoso engañar al califa, que no queria perderlo. Disimulando por la primera vez sus verdaderos sentimientos, finje indignacion contra los griegos, aconseja al musulman que envie á Capadocia con un ejército á su hijo Vathek, y pide ser lugarteniente suyo. Adoptado su parecer, sale con el ejército: el gobernador de Capadocia, secretamente informado de su designio, ocultó un escuadron griego en un bosque. Cuando los árabes llegaron se acamparon cerca de aquel sitio; Manuel sale del campamento con pretesto de cazar, y el hijo del califa le acompaña: habiendo llegado á los lindes del bosque, acuden los griegos al llamamiento de Manuel. Entonces, abrazando al príncipe árabe, le dice: «No temas: vuelve á tu padre; no es mi intento haceros traicion. Si os dejo, es para servir á mi soberano.»

El califa quiso vengarse de esta desercion; mas sus esfuerzos fueron vanos. Durante esta campaña, que no tuvo resultados, los treinta mil persas que servian en el ejército griego, descontentos porque se les pagaba mal, se rebelaron, y quisieron proclamar emperador á Teofobo. Este jóven príncipe, tan leal como valeroso, informó á Teófilo de la conjuracion, y su conducta jenerosa fué pagada con gratitud aparente y odio secreto. Sin embargo, habiéndose reunido todas las fuerzas del imperio, Teófilo invadió la Siria, derrotó á los sarracenos, llevó sus armas hasta el Eufrates, tomó muchas ciudades, y á pesar de las súplicas del califa, saqueó á Sozopetra, donde habia nacido este príncipe.

El califa enfurecido convoca á las armas á todos los mahometanos, hasta á los de Africa, sitia á Amório, patria de Teófilo, la reduce á cenizas, y da batalla á los griegos cerca de Azimeno, ciudad de Frijia. El emperador disputó con valor y por mucho tiempo la victoria; pero al fin se retiró vencido á sus reales. Los persas, rebelados de nuevo, querian entregarle á los sarracenos. Manuel descubrió la conspiracion y salvó por la tercera vez á su monarca.

Vathek billah, califa. — (841) La guerra se hacia con furor entre cristianos y musulmanes. La muerte del califa Motassem dió á los griegos un corto reposo: sucedióle Vathek Billah. Este califa, hijo del anterior y nieto de Harun-al-Raschid, procuró imitar en todo á su tio Al-Mamun; porque se entregó al estudio de las ciencias y particularmente á la astrolojía y protejió mucho á los hombres de letras. Fué tambien muy liberal y caritativo, teniendo gran cuidado que en sus dominios no se viese ningun mendigo. Cuentan algunos historiadores musulmanes que Vathek comia y bebia con esceso, de lo cual parece le sobrevino una idropesía: que á la sazon habia un médico muy sabio en la ciudad de Nisabur, y emprendió su curacion que consiguió metiéndolo en un orno de cal despues de sacada la piedra y dándole alimento escaso; pero que por último reincidió y fué imposible nueva cura.

El emperador gozó poco tiempo de la tregua que le daba la muerte de Motassem: la debilidad de sus fuerzas anunciaba su prócsima muerte. Temiendo que la ambicion del príncipe persa quitase el trono á su hijo, an-

tes de morir dió órden de matarle, é hizo que le trajesen su cabeza. Poco despues espiró, dícese que ajitado por los remordimientos, consecuencias de una venganza tan criminal. Habia reinado doce años. Grande en sus defectos como en sus buenas prendas, dió algun esplendor al imperio, y alguna solidez al trono.

Miguel III el beodo, emperador. — (842) La muerte de Teófilo no dejaba mas jefe al imperio que un niño. El emperador Miguel tenia tres años; pero Teófilo confió al morir la rejencia y la tutela de su hijo á la emperatriz Teodora, asociándole su hermano Bardas, el patricio Teoctisto, y Manuel, cuyo noble carácter no se desmintió en ningun tiempo ni en ninguna circunstancia.

Este hombre intrépido, ábil, virtuoso y fiel, que defendia sus príncipes en la desgracia, y los salvaba en el peligro, era como la sombra de uno de los antiguos éroes de Esparta ó Atenas, que aparecia enmedio de la Grecia corrompida. Apenas murió Teófilo, Manuel convocó el pueblo al circo, y le invitó á prestar el juramento de costumbre. Todos, juzgándole digno del trono, creyeron que iba á subir á él, y que á él debia hacerse el juramento, y prorrumpieron en esta aclamacion unánime: «*Viva Manuel* ! *gloria y* »*larga vida al emperador Manuel*!»—«Deteneos, esclamó el »valiente y modesto jeneral: te»neis otro emperador: vuestra »obligacion y la mia es obede»cerle. Mi ambicion se limita á »defender su infancia, y aspiro »solamente al onor de derra»mar mi sangre para conservar»le el cetro que le han trasmi»tido los deseos de su padre, la »autoridad del senado y vues»tros sufrajios. *Viva Miguel y* »*Teodora*!»

Estas últimas palabras se repitieron débilmente; pero al fin, el pueblo, cediendo á sus instancias prestó el juramento, y se retiró lleno de respeto y admiracion á aquel hombre jeneroso que reusaba el poder, cuando habia tantos que en aquel siglo de desórden lo usurpaban por medio de conjuraciones, y lo compraban con crímenes.

Decreto para la libertad de los cultos. — El emperador Teófilo, apasionado hasta su último suspiro por la causa de los iconoclastas, hizo jurar á Teodora que proscribiria el culto de las imájenes: esta princesa no se detuvo por un juramento

contrario á su creencia, ni por la oposicion de la mayor parte del senado y del pueblo, y desterró de palacio al patriarca Juan, cuya violencia habia sido causa de la anterior persecucion. Libre de este ostáculo, hizo que los dos partidos discutiesen en su presencia aquella cuestion relijiosa, tan pueril hoy á nuestros ojos, pero que entonces dividia las iglesias, las ciudades, los campos y familias, y ensangrentaba la tierra.

Los iconoclastas fueron vencidos en esta conferencia: y se restableció por un decreto el culto católico y la libertad de onrar las imájenes. La emperatriz mandó al patriarca que pusiese el decreto en ejecucion, amenazándole con el destierro si persistia en su error.

Astucia del patriarca Juan. — El ostinado obispo era tan astuto como fanático: pide tiempo para meditar su respuesta, se abre una vena, clama por socorro, y dice que Teodora le ha enviado asesinos para matarle. El pueblo, siempre crédulo y turbulento, se subleva: acude á su casa, quiere ver la erida, y la impostura se descubre: sus mismos sirvientes cojen y muestran la lanceta de que se habia servido: la indignacion sucede á la lástima, y el patriarca sale de la ciudad cargado de la maldicion pública. Su partida fué la señal de la libertad: los suplicios cesaron, las víctimas respiraron, los calabozos se abrieron, y los desterrados volvieron á sus ogares. Sucedióle Metodio, á quien habia perseguido muchos años. Un concilio restableció solemnemente el culto de las imájenes, y puso fin á la oposicion de los iconoclastas, que fué causa, durante ciento veinte años, de tantas querellas, combates, persecuciones y suplicios.

Pocas victorias sobre el espíritu de partido, se convierten, como debieran, en provecho de la razon; y á menudo entre nosotros la caida de un error, no es mas que el triunfo de otro. Libres ya de persecucion los ortodocsos, se hicieron á su vez intolerantes; reusaban hacer preces por el emperador difunto, y la emperatriz solo consiguió inclinarlos á que respetasen su memoria por medio de un fraude piadoso. Metodio declaró que este príncipe al espirar le habia dado á conocer su arrepentimiento y conversion por medio de lágrimas y suspiros.

Guerra con los sarracenos, y su victoria en Creta. — (844)

Los sarracenos creyeron que podian aprovecharse de la debilidad del gobierno de una mujer para consumar la ruina del imperio; pero una armada de cuatrocientos buques que enviaron contra la capital, fué destruida por una tempestad sobre las costas de Licia, sin que escapasen mas de siete navios. Las armas griegas hubieran sido probablemente siempre victoriosas, á haberlas mandado Manuel; pero Teodora, apreciando mas el favor que el mérito, aunque colocado en lugar eminente, prefirió á Teoctisto, creyéndole mas fiel porque era mas sumiso y complaciente. Teoctisto, mejor cortesano que guerrero, fué vencido por los abajes. Al año siguiente desembarcó en Creta con un ejército, y se dejó engañar por la falsa noticia de una rebelion en Constantinopla. Abandonó á sus soldados; y los sarracenos, que habian esparcido diestramente aquella voz, se aprovecharon del desórden causado por la ausencia del jeneral, y destruyeron casi enteramente el ejército griego.

Batalla del monte Tauro. — (845) Teodora volvió á confiar otro ejército al inábil Teoctisto. Dió batalla á los árabes cerca del monte Tauro, fué vencido, perdió cuarenta mil hombres, echó la culpa de esta derrota á su colége Bárdas, y sin embargo conservó el favor de la emperatriz hasta tal punto, que para libertarle del odio público, le concedió una guardia.

Invasion de los esclavones en Grecia. — (846) Hubo treguas y canjes de prisioneros con los árabes; pero los esclavones se apoderaron de Grecia. El primer escudero de Teodora, llamado tambien Teoctisto, fué mas dichoso, y arrojó á los bárbaros de aquel pais. Habiendo muerto el patriarca Metodio, Nicétas, uno de los hijos del emperador Miguel Rangabé, le sucedió, y tomó el nombre de Ignacio. En esta época los cósaros, que abitaban la Táuride, se convirtieron al cristianismo por la predicacion de Cirilo, el cual fué tambien apóstol de los esclavones, y segun los historiadores, inventor de su alfabeto.

Historia de Basilio. — La Providencia, queriendo retardar la caida del imperio de Oriente, presentó entonces un hombre de jenio que debia elevarse desde la servidumbre al trono. Basilio, á quien la adulacion atribuyó despues que descendia por su padre de los Arsácidas y por su madre de Constantino el

Grande, habia nacido en una aldea cercana á Andrinópoli, en el seno de una familia de pobres artesanos. En su niñez fué uno de los cautivos que Crum llevó á Bulgária. Estos esclavos cristianos, maltratados por los sucesores de aquel rey, rompieron sus cadenas, se escaparon, vencieron á los búlgaros que los perseguian, y derrotaron tambien otro pueblo de bárbaros, llamados entonces onoguros, y aora húngaros. Debidos estos triunfos al valor que inspira la desesperacion, se restituyeron á su patria.

Tenia entonces Basilio veinticinco años, y se admiraba en él su intrepidez, estatura, belleza y fuerzas prodijiosas. Obligado á trabajar para vivir, entró de sirviente en casa del gobernador de Macedonia: mas como su sueldo no bastase para la subsistencia suya, de su madre y de su familia, resolvió buscar fortuna en la capital; y el hombre que habia de reinar en Constantinopla, fué á pie hasta ella; entró de noche sin dinero, protector ni asilo, y durmió en las gradas de una iglesia.

El portero del monasterio lo vió, le dió ospitalidad y lo recomendó á un pariente del emperador, que lo recibió por escudero. Basilio siguió á su nuevo amo al Peloponeso, donde se distinguió por su valor. Habiendo caido enfermo en Patrás, inspiró mucho afecto á una viuda llamada Danielida, la cual, movida de sus grandes cualidades, le colmó de regalos, y le dió tierras en Macedonia, sin mas condicion que la de adoptar un hijo, cuya educacion le confió. Basilio volvió á Constantinopla, á casa de su amo, y asistió un dia á un banquete donde se hallaba el embajador de los búlgaros. Este se jactaba de tener un criado de tantas fuerzas que ningun hombre habia podido derribarle: incitado Basilio por su amo á luchar con el búlgaro, le arrojó al suelo: corre por la ciudad la noticia de este triunfo, que lisonjea la vanidad griega: se inflama el entusiasmo del pueblo, y no se habla en todas partes sino de la osadía y fuerza del jóven y hermoso macedonio.

Al mismo tiempo el emperador acababa de comprar un caballo de gran valor, pero tan fogoso, que ninguno de sus escuderos logró domarle. Basilio prometió que él lo domaria, y cumplió su palabra: el empleo de primer escudero fué el premio de su abilidad. Bien pron-

to se distinguió en la corte por su talento y en los campos por su valor. Las guerras contínuas le dieron frecuentes ocasiones de justificar con sus azañas los favores de la fortuna. La rejencia de Teodora fué señalada por victorias. Cansada de las correrías frecuentes de los sarracenos, envió una armada contra Ejipto. Los griegos saquearon aquel pais, tomaron á Damieta, y volvieron á Oriente con un rico botin.

Bógoris, rey de los búlgaros, creia que venceria con facilidad á un imperio gobernado por una mujer. Declaró pues la guerra, y acompañó su declaracion con una carta altiva y amenazadora. Teodora le respondió: «Te saldré al encuentro, y espero vencerte; pero si soy vencida, será tambien vergonzoso para tí haber triunfado solo de una mujer.» Su firmeza sorprendió y agradó al bárbaro: se abrieron negociaciones y se concluyó un tratado. La emperatriz le pidió la libertad de un monje llamado Teodoro, célebre entonces por su virtud, y dió libertad á una hermana de Bógoris, cautiva treinta y ocho años antes por Leon el armenio. Esta princesa, que durante su cautiverio abrazó el cristianismo, convirtió despues á su hermano.

Los búlgaros irritados se rebelan y quieren matar á su rey para vengar sus dioses. Acometen al palacio. Bógoris, llevando una cruz en su pecho, sale con cincuenta hombres leales, cae sobre los rebeldes, los admira, espanta y dispersa. Entonces fué cuando la emperatriz, informada de este suceso, envia á Cirilo al pais de los búlgaros, y el fervor del sacerdote acabó de lograr las conversiones que el denuedo del rey habia comenzado. Luis de Jermania, príncipe francés de la familia de Carlomagno, émulo de esta conquista relijiosa, envió tambien algunos sacerdotes á la misma nacion; y desde entonces la iglesia griega y la latina se disputaban la gloria de haberla convertido.

Reinado tiranico de Miguel III. — (854) El jóven emperador Miguel anunciaba ya en su adolescencia el reinado de los vicios y de la tiranía. Su madre dispuso casarle con Eudosia, hija de un patricio: el príncipe no quiso aceptar su mano sino á condicion de conservar á su dama, que era Injerina, hija del gran tesorero. Teodora debió prever, que perdida la autoridad materna, no podia ya mandar

como emperatriz. El artificio, la ambicion y la lisonja rodeaban al emperador, le incitaban al vicio, acariciaban su amor propio é irritaban su orgullo: Bárdas y el camarero mayor Damiano llenaron el palacio de sus eunucos y de los cómplices de su disolucion.

Teoctisto, acusado de traidor, fué muerto á puñaladas en presencia del emperador que protejió á los omicidas. La virtud desapareció de la corte. Manuel indignado se alejó de ella, resuelto á acabar en el retiro y la devocion su vida eróica. Teodora descendió del trono; pero antes de dejar el cetro, reprendió justamente á Bárdas su hermano, convocó á los senadores, dió cuenta de su administracion, y dijo: «Ya dejo el gobierno, y para que no os engañen con falsas relaciones acerca del caudal público, he hecho venir aquí á los tesoreros: ellos os demostrarán que dejo en el erario ciento noventa mil libras de oro y trescientas mil de plata.»

Estas riquezas no tardaron en disiparse: Miguel se entregó desenfrenadamente á los gastos mas locos y á la disolucion mas vergonzosa. Burlándose de las leyes, de la relijion y de la naturaleza, blasfemaba de Dios, perseguia la Iglesia, y cuando estaba embriagado entregándose al furor de sus caprichos, daba órden de degollar, mutilar ó quemar á los hombres que murmuraban ó se lamentaban de su gobierno. Echó de su iglesia al patriarca Ignacio, y aun quiso sacarle los ojos; pero el papa acojió esta víctima bajo su proteccion. El arzobispo de Tesalónica se atrevió á hacerle observaciones: el tirano insensato mandó que le rompiesen los dientes. El papa Nicolás, justamente irritado, escribió una carta amenazadora al emperador; pero tan poco mesurada en su estilo como lo era el príncipe en su conducta; pues le compara con Goliath, y despues se compara á sí mismo con David. En fin, para seguir completamente las huellas de los tiranos mas odiosos, Miguel, añadiendo la ingratitud á sus demas vicios, insultó á su madre y la mandó poner en prision.

Batalla de Damasco. —(862) Entretanto los jenerales que se habian instruido en los reinados precedentes, mantenian aun la gloria de las armas griegas. Leon, al frente de un ejército imperial, venció en Asia á los sarracenos: Miguel, envidioso de una gloria que no le era dado

adquirir, sale de su palacio acompañado de Bárdas, se presenta en los campamentos, toma el mando de las tropas, sitia á Samosata, da batalla á los árabes, y es completamente derrotado. El resto de la campaña no fué mas que una série de reveses. Miguel, perseguido y ostigado por todas partes, perdió sus tiendas y equipajes. En tanto peligro se acordó que Manuel vivia aun, y le suplicó que viniese á su socorro.

Este ilustre anciano olvida su edad, sus injurias, los vicios de la corte y la ingratitud del príncipe. Deja su retiro, se presenta en los campamentos, y restituye el valor á los soldados, mostrándoles su victoriosa espada y su frente cubierta de nobles cicatrices. Los griegos toman la ofensiva; pero con la esperanza entró la presuncion en el corazon de Miguel, y despreciando los prudentes consejos de su jeneral, ataca imprudentemente á los enemigos que le engañan con una fuga finjida. No tardó en verse acometido por todas partes, envuelto y cercano á perder la vida ó la libertad. Manuel entonces halla en su corazon todas las fuerzas de la juventud: abituado á vencer y á fijar la fortuna, se arroja á los sarracenos al frente de quinientos hombres escojidos, desbarata á los árabes, liberta al emperador y proteje su retirada.

Esta batalla destruyó gran parte del ejército griego. Omar, aprovechándose de la flaqueza del imperio, asoló la Capadocia, el Ponto y la Cilicia. El esceso de los males produjo su remedio: la desesperacion reanimó el valor de los cristianos, no habiéndoles dejado sus enemigos mas bienes que las armas.

Reuniéronse en gran número: mandados por Petrónas, hermano de Bárdas, marcharon contra los sarracenos, les dieron batalla cerca de Damasco, y consiguieron una completa victoria. Omar pereció en el combate: Petrónas llevó á Constantinopla la cabeza de este emir, y recibió en el circo los onores del triunfo.

PRIMERA INVASION DE LOS RUSOS. — (863) En este tiempo se presentó por la primera vez en el Oriente un nuevo pueblo, destinado á dividir algun dia con las naciones occidentales el imperio del mundo.

Los rusos, habiendo salido de las playas heladas del Báltico, conquistaron los vastos paises comprendidos entre el Volga, el Borístenes y el mar del Nor-

te; se presentaron repentinamente en las playas del mar Negro y atravesándole temerariamente en lijeras barcas, entraron en el Bósforo. Su nombre desconocido, su traje selvático y su valor feroz aterraron la Tracia: la recorrieron como un torrente, destruyeron las cercanías de la capital, se volvieron á embarcar con el fruto de sus depredaciones, y se llevaron entre los cautivos á un obispo griego, el cual introdujo en Rusia las luces del cristianismo y el jérmen de la civilizacion. Esta invasion fué como las tempestades, terrible y de corta duracion.

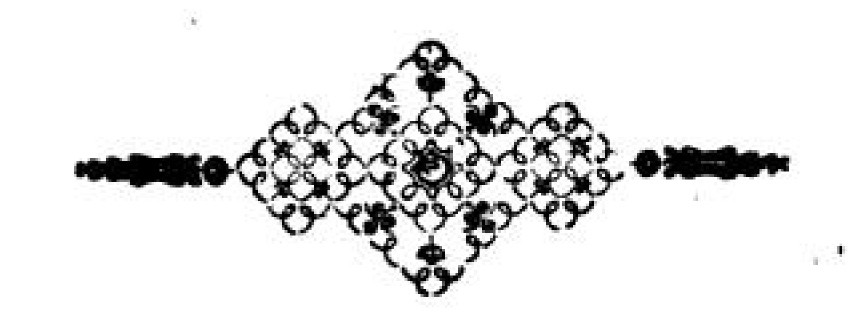
Intrigas de Basilio, asociado al imperio. — (866) La corte de Oriente no tardó en sufrir otras tormentas. El ambicioso Basilio, cuyo favor se aumentaba todos los dias, caminaba para llegar al poder por el sendero tortuoso de la intriga: cometia bajezas para elevarse y comenzaba con oprobio una carrera que despues terminó con gloria. No reparando en los medios de conseguir su objeto, repudió á su mujer María, y casó con Injerina, dama del emperador, fastidiado ya de sus amores; y por un trueque escandaloso le dió por concubina á su hermana Tecla: — estos lazos infames consolidaron y aumentaron su influjo.

Bárdas, zeloso de él, resolvió su perdicion; pero Basilio, mas ábil, se le anticipa, y persuade al emperador que Bárdas quiere destronarlo. Miguel, desconfiado é inumano porque era débil, resuelve dar muerte á su tio; y le invita á venir á su campamento que estaba en Asia. Advirtieron á Bárdas el lazo que se le tendia; pero aquel hombre orgulloso, despreciando un príncipe inepto y disoluto, creyó intimidarle con el número de sus amigos y con el influjo que tenia en el ejército. Preséntase, pues, acompañado de personas muy afectas, en la tienda del emperador. Todos los cortesanós tiemblan: Miguel asustado dice á Basilio: «¿Me dejarás en poder de este traidor?» Basilio grita: «Salvemos al emperador;» y al mismo tiempo saca su espada y la sepulta en el pecho de Bárdas.

Un partido numeroso quiso vengar su muerte. El patriarca Focio, al frente de él, insultando á un tiempo al papa y al emperador, escomulgó al primero acusándole de erejia, y emprendió destronar al segundo. La firmeza de Basilio reprimió

á los facciosos, y Miguel lo asoció al imperio. Basilio, habiendo llegado á la elevacion adquirida por crímenes, arrojó la máscara del vicio, y volvió á las virtudes, de que la ambicion le alejaba; pero apenas mereció la estimacion pública, perdió la gracia de Miguel. Este príncipe inconstante llevó hasta el delirio los caprichos de su despotismo. Entregando su confianza á un despreciable marinero, cómplice de sus liviandades, le nombró emperador, y á pesar de las advertencias de la emperatriz que se oponia á semejante estravagancia, presentó aquel ridículo augusto al senado. Los senadores consternados guardaron silencio; y en un siglo tan corrompido pareció valor. Ya Miguel habia intentado matar á Basilio en la caza; y este, cierto de que se habia jurado su ruina, determinó acabar con el emperador.

Su madre habia convidado á un banquete á su hijo, á Injerina, á Basilicino, al nuevo augusto, y á toda la corte. Miguel, segun su costumbre, se embriaga. Retiráronse los convidados, y el príncipe fué conducido en su lecho á un cuarto remoto. Basilio penetra en él enmedio de la noche, seguido de algunos conjurados: da de puñaladas á Miguel, vuela á apoderarse del palacio imperial, manda venir á él á Injerina, da órden de matar á Basilicino, envia la emperatriz Eudosia á su familia, y hace enterrar sin pompa á Miguel en la iglesia de Crisópolis. Este príncipe fué asesinado á los veintinueve años de edad y veinticinco de reinado.



CAPITULO II.

BASILIO EL MACEDONIO. LEON VI EL FILÓSOFO. CONSTANTINO VII PORFIROJÉNITO. ROMANO LECAPENO, EMPERADOR.

Basilio el Macedonio, emperador. — Su sabio gobierno. — Disputas entre las dos iglesias. — Victorias de Basilio contra los musulmanes. — Batalla de Malatia. — Armamento de Crisoquiro, jefe de los paulicianos. — Peligro de Basilio por la mordedura de una serpiente. — Reconquista de la Capadocia. — Victorias en Cilicia y Bitinia contra los árabes. — Revolucion relijiosa en Constantinopla. — Derrota de los árabes en Cilicia. — Triunfo de los árabes en Sicilia é Italia. — Los sarracenos arrojados de Italia. — Pesares domésticos de Basilio. — Intrigas de un sacerdote contra Leon, hijo del emperador. — Delirio y muerte de Basilio. — Leon VI el Filósofo, emperador. — Conquistas de los húngaros. — Pérdidas del imperio. — Toma de Tesalónica por los árabes. — Desgracia y muerte de Andrónico Ducas. — Rejencia de Alejandro. — Muerte de Leon. — Constantino VII Porfirojénito, emperador. — Elevacion y muerte de Constantino Ducas. — Rejencia de Zoe. — Batalla de Aqueloo. — Conspiraciones de Leon y Romano. — Romano Lecapeno, emperador. — Paz con los búlgaros. — Invasion y derrota de los rusos. — Constantino VII Porfirojénito, restituido al trono. — Retrato de Constantino VII. — Penitencia y muerte de Romano. — Embajada de Luitprando. — Accion notable de un cura. — Muere envenenado Constantino VII.

Basilio el Macedonio, emperador. — (867) Cuando iba el imperio á perecer en una larga agonía, se veia aliviado de tiempo en tiempo por algunos guerreros de gran carácter. Basilio fué uno de ellos. Sacado de la miseria y oscuridad para subir al primer trono de Oriente, supo hacer olvidar por sus grandes prendas las maldades que le condujeron al sólio, y los crímenes que le dieron la corona. ¡Ejemplo raro entre los ambiciosos! Gozó noblemente de una grandeza mal adquirida, y el poder que á tantos corrompe, le purificó: si se notaron todavía en él algunas culpas, fueron de su siglo, y no de su carácter.

En su reinado pareció que el imperio recobraba la antigua juventud y valor: Basilio cerró por algun tiempo sus numerosas llagas. El desórden de la hacienda fué lo primero que ecsaminó y curó. Abrióse el tesoro en presencia del senado, y solo se hallaron trescientas libras de oro. Los documentos mostraron que el caudal público se habia disipado con profusiones estravagantes: el senado queria que se mandasen restituir completamente unos dones tan escandalosos; pero el emperador se opuso á una reaccion tan violenta, y obligó á los que se habian enriquecido con los bienes del imperio á restituir solamente la mitad de lo recibido: esta restitucion parcial ascendió todavía á grandes sumas. Tomó despues otra providencia mas sabia y productiva para el tesoro, que fué disminuir los impuestos y los gastos inútiles. Parece que la suerte quiso favorecer sus designios, porque en varios sitios se descubrieron muchos tesoros que la tiranía y el terror habian hecho sepultar; y como no tenian dueño conocido, el erario público se apoderó de ellos.

La justicia, que habia sido venal por mucho tiempo, dejó de serlo en su reinado, y el aprecio jeneral dictó el nombramiento de los jueces. El emperador les asignó, igualmente que á los abogados, sueldos decentes para que pudiesen defender, sin llevar onorarios, al débil contra el poderoso y al pobre contra el rico. Asignó tambien fondos para la subsistencia del pleiteante pobre hasta que se concluyese el litijio. Accesible Basilio á todas las quejas, no empleaba su autoridad sino en preservar al pueblo de la opresion de los grandes. Obligó á los receptores ó recaudadores á usar de un estilo claro en los edictos, porque con su pérfida oscuridad tendian lazos á los contribuyentes. Este príncipe justo y vijilante llevó la luz al caos de las leyes, las compendió y reformó, quitó las antilójias, las clasificó en un órden metódico, y las hizo traducir en griego. Esta traduccion tomó el nombre de *las Basílicas*.

Su administracion activa, firme y previsora hizo renacer, por medio de la seguridad la abundancia, y la circulacion de las riquezes por medio de la libertad. No tardó en gozar del fruto de sus trabajos. Habiendo ido un dia, segun su costumbre, á la sala de audiencia, nadie se presentó á dar quejas. Parecióle

poco verosímil que los abusos se hubiesen estirpado tan pronto: sospechó que algunos hombres poderosos tenian formado el proyecto de hacerle ignorar la verdad, y para conocerla envió á las provincias comisarios fieles; pero sus informes le probaron que el temor de su justicia habia hecho cesar en todas partes los motivos de queja. Rindió por ello á Dios solemnes acciones de gracias; ¡acto piadoso y raro, y el mas digno indudablemente para onrar á la divinidad y al monarca!

El patriarca Focio fué depuesto, é Ignacio restituido á su silla. Un concilio jeneral condenó á los iconoclastas, anuló los decretos del concilio de Focio, y restableció la paz en la Iglesia, gobernada entonces por el papa Adriano II. El emperador, habiendo dado por este medio bases mas sólidas al trono, se creyó bastante afirmado para atender á los negocios esteriores y rechazar los numerosos enemigos que amenazaban al imperio.

El ejército no era mas que una milicia numerosa; pero envilecida, mal pagada, peor armada, y sin instruccion ni valor. Las liberalidades del príncipe hicieron que los antiguos soldados volviesen á las banderas: restableció la disciplina, arregló el sueldo y renovó el uso de los ejercicios antiguos. Algun tiempo antes los maniqueos, aumentando escesivamente su número, habian formado un cuerpo de nacion y ejército con el nombre de paulicianos. Unidos á los árabes, hacian en Oriente grandes estragos; entretanto los sarracenos devastaban las ciudades de Italia, y aprovechándose de la rebelion de los croatos y esclavones, salieron del puerto de Cartago con una armada, infestaron las playas de Damalcia, y sitiaron á Ragusa. Basilio envió una escuadra de cien bajeles á las órdenes del patricio Orifas, el cual venció á los árabes, libertó á Ragusa, obligó á los musulmanes á volverse al Africa, é infundió tanto miedo á los esclavones que los obligó á reconocerse por amigos del imperio. Esta rápida conquista hizo esperar á los ambiciosos empleos, gobiernos y ganancias ilícitas. Basilio poseia el arte poco conocido de conservar con la justicia lo que adquiria con la fuerza de las armas; y así permitió á sus nuevos vasallos escojer por sí mismos sus prefectos y majistrados, y ganó el afecto de aquellos pueblos belicosos de tal manera,

que estos enemigos antiguos del imperio fueron sus zelosos defensores.

DISPUTAS ENTRE LAS DOS IGLESIAS. — Bógoris, rey de los búlgaros, nuevamente convertido, envió obispos al concilio de Constantinopla. Esta sumision á la Iglesia griega, sin hacer caso de la latina, fué causa de una larga disputa entre el Oriente y el Occidente. El concilio habia decidido que la Bulgaria, como provincia del imperio griego, dependeria tambien de él en materia de relijion; pero el papa sostenia que los búlgaros como cristianos, estaban bajo su jurisdiccion; y al mismo tiempo amenazó con la escomunion al patriarca. Los emperadores franceses sostenian las pretensiones de Roma. Basilio, empleando ya la moderacion ya el vigor, impidió los efectos de esta desavenencia. Los pequeños príncipes de Italia, discordes entre sí, tenian la estupidez de hacer que los sarracenos interviniesen en sus pretensiones; y así venian de Sicilia y Africa enjambres de mahometanos, que se apoderaron de una parte de Calabria, de Tarento y Bari.

VICTORIA DE BASILIO CONTRA LOS MUSULMANES. — (871) Cesario, duque de Nápoles y lugarteniente de Basilio, peleó con ellos y los derrotó, mas no pudo impedir que sitiasen á Gaeta; y la hubieran tomado á no ser por una tempestad que destruyó su armada. Luis, emperador de Occidente, echó á los árabes de Benevento; mas ellos invadieron la Toscana y saquearon la playa del mediterráneo: obligaron á Luis á levantar el sitio de Bari, y asolaron el territorio de Nápoles y el Samnio. El emperador francés, que temia perder toda la Italia, olvidadas las emulaciones en el peligro comun, hizo alianza con Basilio, el cual envió en su socorro una escuadra mandada por Orífas. Los dos ejércitos aliados tomaron á Bari: los árabes fueron echados de la ciudad: el botin fué para los griegos, pero la guarnicion musulmana y su comandante quedaron prisioneros del emperador de Occidente. Esta victoria, que entonces fué muy célebre, dió orijen á la emulacion y á las disputas entre los dos emperadores, porque ambos se atribuyeron el triunfo. Basilio preguntó á Luis, por qué tomaba el título de emperador romano, cuando solo pertenecia á los sucesores de Augusto y Constantino. Luis respondió con justicia y altivez que su título era

mas lejítimo cuanto lo debia á la eleccion libre de los romanos: eesortaba al emperador de Oriente á renunciar á tan inútiles contestaciones, y á arrojar al enemigo comun del mar Adriático, así como él se encargaba de recobrar á Calabria y Sicilia. Desde entonces, temiendo Basilio en el Occidente la ambicion de los franceses mas que la de los árabes, favoreció en secreto los esfuerzos de los príncipes de Italia, que deseaban sustraerse al yugo de Luis, y se indemnizó en Oriente con grandes victorias del poco fruto que habia sacado de su espedicion á Italia.

Hizo con los rusos un tratado de paz, y suavizó las costumbres de estos hijos belicosos del Norte, propagando el Evanjelio en su pais. Tambien entabló negociaciones con los paulicianos; pero la ostinacion de estos sectarios inutilizó sus disposiciones para la paz. Aliados con los sarracenos, llegaron en sus incursiones hasta las murallas de Efeso y Nicomedia. Casbéas y Crisoquiro, sus príncipes, manifestaban brio y abilidad. Cuando Basilio les ofreció la paz para aorrar el oro y la sangre de sus pueblos, le respondieron insolentemente, que si no se contentaba con reinar en las provincias que están al occidente del Bósforo, sus armas le obligarian á ello. El emperador, irritado de este insulto, y de una nueva invasion que hicieron en el Ponto, marchó contra ellos. Al principio no fué dichoso y sufrió algunos reveses, y aun en uno de los combates, impelido de su valor demasiado ardiente, habiéndose arrojado entre las filas de los árabes, estuvo rodeado, oprimido y espuesto ya á ser muerto ó prisionero. Pero de improviso un soldado desconocido, atravesando la multitud de los combatientes, admira al enemigo con prodijios de fuerza y de valor, lo auyenta y da al emperador la vida y la libertad. Basilio, como todos los grandes hombres, se instruyó en las desgracias, luchó contra la suerte, la domó, reunió sus fuerzas, venció á los enemigos, les quitó las conquistas que habian hecho, y volvió á su capital con un gran número de trofeos y prisioneros. La gratitud de Basilio era activa como su valor: hizo buscar en todas partes al soldado, que habia desaparecido modestamente despues de haberle libertado con tanta intrepidez. En fin, á fuerza de indagaciones se le descubrió: era un armenio, llamado Teofilacto. El emperador le pro-

metió brillantes recompensas: «Señor, le dijo el éroe, nací po»bre: la suerte no me ha desti»nado á las dignidades con que »me quieres onrar. No tengo »ambicion, y prefiero á todos »los favores de la fortuna el o»nor de haberte servido: en es»poner mi vida por salvar la tu»ya, no he hecho mas que cum»plir mi juramento y mi obliga»cion. Si á pesar de esto, eres »tan jeneroso que quieres dar »premio á una accion tan natu»ral, solo te pido algunas aran»zadas de tierra para la subsis»tencia de mi familia.» El emperador le dió una de sus posesiones; y despues la suerte como queriendo premiar, á pesar suyo, su valor desinteresado, elevó al trono á su hijo Romano Lecapeno.

Batalla de malatia. — (872) Las azañas de Basilio estendian su fama por el Oriente. Muchos príncipes y ciudades sacudieron el yugo del califa y se sometieron al emperador. Cristóval, pariente de Basilio, que mandaba un cuerpo de ejército, probó que debia su grado mas á su mérito que á su favor. Derrotó á los musulmanes, tomó por asalto á Sozopetra y se apoderó de Samosata. Seguido de una multitud de griegos, á quienes libertó y dió armas, se reunió con el emperador que estaba acampado en las orillas del Eufrates. Basilio, resuelto á llevar al otro lado de este rio las águilas imperiales que por tantos años no se habian atrevido á acercase á él, no se retrajo de su propósito ni por la rapidez de la corriente, ni por el gran número de enemigos que defendian el paso. Emulo de Trajano, de Probo y de Juliano, animaba á los soldados con su ejemplo, llevaba como ellos pesos muy grandes, y arrostraba las fatigas de la marcha y el calor del dia. Nadie se atrevia á quejarse de los trabajos que sufria tambien el príncipe, ni medir los peligros á los cuales se esponia el primero de todos. Inflamando el ejército con su ejemplo y valor, atravesó el rio, venció á los enemigos, tomó por asalto á Tampsaco, se hizo dueño de otras muchas plazas, asoló vastos territorios, y renovó en Mesopotamia aquel antiguo respeto al nombre romano, con que se ensoberbecian ridículamente sus predecesores, y que él solo mereció imponer.

A la noticia de los estragos que hacia este torrente, los sarracenos irritados reunen todas sus fuerzas cerca de Malatia, le

salen al encuentro, le presentan la batalla, y con la violencia de sus gritos anuncian el furor del combate. La impetuosidad de los árabes sorprende á los griegos, y cejan: Basilio se pone al frente de algunos escuadrones y los ostiga en vano á que tomen la ofensiva. Creyendo que seria mas imperioso el ejemplo que el mando, se arroja enmedio de los enemigos: los valientes que le seguian, sucumben al número de los sarracenos. El emperador, asaltado por todas partes, despues de hacer prodijios de valor, va á perecer enmedio de las numerosas víctimas que su sable ha inmolado; pero los griegos, al ver su peligro, avergonzados del miedo anterior, vuelan á libertarlo. El terror desaparece, el valor se despierta: todo el ejército cae furioso sobre los árabes, los desbarata, los dispersa, los persigue, y mata á todos los que no rinden las armas. Despues de esta completa victoria, tanto mas gloriosa cuanto mas disputada, el emperador volvió triunfante á su capital, donde recibió de la mano del patriarca una corona de laurel.

Crisoquiro estaba vencido, mas no subyugado. Este jefe temible de los paulicianos reunia al ardor de un soldado la ostinacion de un sectario. Levantó nuevas tropas, y se volvió á presentar en Capadocia. El emperador le aborrecia y despreciaba, y no veia en él mas que un bandido. En el esceso de su cólera se le escapó un rasgo de ferocidad, incompatible con un carácter tan noble, y que solo se puede esplicar por las costumbres y por la supersticion de aquel siglo á la vez bárbaro y relijioso: pidió solemnemente á Dios, á san Miguel y al profeta Elias que le concediesen vida hasta ver la muerte de Crisoquiro, y clavarle tres flechas en la cabeza. Cristóval, encargado de dirijir la guerra contra los paulicianos, dejó al enemigo que consumiese sus víveres y fuerzas en acciones de puestos, evitando toda batalla decisiva. Esta prudente contemporizacion produjo grandes efectos: Crisoquiro, ya sin víveres ningunos y siempre costeado, se vió obligado á retirarse. Entonces el jeneral griego le persiguió, atacó incesantemente su retaguardia, y despues de haber enviado á sus espaldas un destacamento numeroso, acometió de noche su campamento. Los paulicianos, sorprendidos y derrotados, buscan vanamente su salvacion en la fu-

ga: en todas partes hallan al enemigo y la muerte. Solo Crisoquiro, por la lijereza de su caballo, se abre paso y cree escapar del furor de los griegos; pero una rambla muy profunda le detiene: alcánzale uno de los guerreros que le perseguian, le derriba de una lanzada, le corta la cabeza y la lleva al emperador; el cual viendo cumplido su voto, se apresura á consumarlo, y atraviesa con tres flechas la cabeza sangrienta de un enemigo, cuya muerte debió desarmar su venganza. Basilio, arrastrado por la pasion de su tiempo, le gustaba tanto convertir como vencer, y por lo mismo empleó la fuerza, la seduccion y el atractivo de los onores y premios para convertir los judios al cristianismo. Muchos se bautizaron; mas como la conviccion no habia penetrado en sus almas, la mayor parte de estas conversiones, debidas á intereses terrenos, no duraron mas que el reinado del emperador.

Este príncipe, libertado como por milagro de los mayores peligros de la guerra, se vió, en el seno de la paz, prócsimo á perecer por el accidente mas estraño. Visitaba los trabajos de una iglesia que se construia de órden suya y adonde se trasportaban muchas columnas y estátuas. Una de estas era la de un obispo, cuyo báculo estaba ceñido de una serpiente de bronce. El emperador puso por casualidad el dedo en la cabeza de aquella sierpe, y fué mordido por una verdadera que se habia ocultado allí. El arte de los médicos peleó inutilmente muchos dias contra el veneno de la mordedura, y la curacion fué larga y dificil.

Reconquista de la Capadocia. — (875) Apenas se restableció volvió á tomar las armas, marchó á Capadocia contra los sarracenos acompañado de su hijo Constantino, los derrotó en todos los combates y puso en fuga al emir Apasdel. Este, que hasta entonces habia sido el terror del Asia, penetró en los desfiladeros del monte Tauro, y obligó á otro emir llamado Scemas á rendirse. Los sarracenos, afeminados por la opulencia, no mostraban la misma abilidad ni el mismo vigor que sus mayores: combatian sin regla como los turcos del dia. Su ejército era solamente una milicia desordenada. Despreciando el arte militar y abandonándolo todo al destino, atrevidos en la victoria, abatidos en la derrota, se desanimaban cuando eran vencidos, por-

que lo atribuian á ira de Dios. Semejantes enemigos oponian una resistencia impotente á un príncipe ábil que los atacaba segun los principios de la táctica y con toda la fuerza de la antigua disciplina.

VICTORIAS EN CILICIA Y BITINIA CONTRA LOS ARABES. — (876) La aspereza de los lugares hizo mas larga su resistencia en Cilicia, pero estos ostáculos no pudieron detener al infatigable Basilio. Subió por las rocas, pasó los torrentes, atravesó los precipicios, dando, por decirlo así, alas á su ejército: se apoderó de todos las fortalezas, asoló el pais, sometió al emir que lo gobernaba y volvió á Constantinopla cargado de ricos despojos. Andres el scita, su lugarteniente, venció tambien á los sarracenos en Bitinia: otro cuerpo de ejército derrotó á los curdos, pueblo bárbaro que infestaba las orillas del Eufrates. Un solo revés, consecuencia de una mala eleccion, interrumpió la carrera de sus triunfos. Dejóse engañar por la jactancia de un cortesano llamado Estipioto, el cual dijo que se atrevia á tomar á Tarso: dióle tropas para ello, y el necio jeneral fué derrotado en el primer encuentro, dando él mismo el vergonzoso ejemplo de la fuga. El Occidente ardia entonces mas que nunca en guerras estranjeras y civiles. Los griegos de Nápoles y Salerno se unieron con los musulmanes para robar el territorio de Roma, y se vió al mismo obispo de Nápoles aliado de los sarracenos. El papa, aunque á pesar suyo, hubo de oponer á estos peligros las armas de los franceses, cuya ambicion temia, y pasó á Francia á implorar la proteccion de Luis el tartamudo contra los árabes y los griegos.

REVOLUCION RELIJIOSA EN CONSTANTINOPLA. — Entonces hubo una estraña revolucion en la iglesia de Constantinopla. El patriarca Ignacio acababa de morir. Focio, ereje condenado y depuesto, no perdia la esperanza ni la osadía: devorado de ambicion, no se arredraba por ningun ostáculo. Su carácter, á un tiempo atrevido y flecsible, sabia arrostrar todas las resistencias y tomar todas las máscaras. Aplacó al papa finjiendo grande arrepentimiento de sus errores: afectando un celo ardiente por el príncipe que habia sido su enemigo, engañó al emperador, y entrambos le dieron la dignidad de patriarca. Animado con este buen suceso, se atrevió á presentarse en un concilio donde

debia esperar una acojida amillante; pero la abilidad de sus discursos y su elocucion persuasiva ganaron de tal modo los ánimos, que en lugar de las reprensiones merecidas solo recibió onores y alabanzas.

Derrota de los arabes en Cilicia. — (879) Mientras que sus intrigas robaban á Basilio un tiempo precioso, los sarracenos, creyendo favorable la ocasion, atacaron de nuevo el imperio. Abdalá, lugarteniente del califa, entró en Capadocia y en Cilicia; pero en vez de sorprender á los griegos como esperaba, halló ocupadas todas las posiciones fuertes, y todas las ciudades en estado de defensa. Obligado á retirarse, fué atacado, envuelto y hecho prisionero. Todas sus fuerzas perecieron en el combate, á escepcion de quinientos soldados valerosos que se abrieron paso con la cimitarra en mano.

Triunfo de los arabes en Sicilia e Italia. — (880) Mientras que los tenientes del califa de Bagdad se hacian independientes en las provincias que les estaban confiadas, los árabes acababan la conquista de Sicilia. Siracusa, capital de la isla, detuvo largo tiempo los esfuerzos de sus armas; en fin sucumbió y provocó de su parte un tratamiento rigoroso. El monje Teodosio, testigo ocular del sitio y de la toma de esta ciudad, dió cuenta de ella á su amigo el archidiácono Leon, en estos términos: «Por »espacio de diez meses hemos »resistido al enemigo; hemos »peleado durante la noche, por »el dia, por mar, por tierra y »hasta debajo de tierra: nada »hemos omitido para ofender á »los sitiadores y destruir sus »obras. La yerba que crece en »los tejados y los huesos de los »animales hechos arina, nos han »servido de alimento; hemos »tambien devorado á las criaturas; y enfermedades espantosas se han seguido á nuestra »ambre orrenda. Confiando en »la solidez de nuestras murallas »estábamos resueltos á esperar »el socorro que se nos habia prometido. Despues de haber visto undirse una torre que era »nuestro baluarte principal, aun »nos hemos defendido tres semanas; pero nuestro valor ha »sido inutil. Un dia que nuestros guerreros, agobiados de »cansancio y de calor se habian »entregado por un momento al »sueño, los árabes nos dieron un »asalto jeneral: la ciudad fué »tomada, nos refujiamos á la iglesia de San Salvador y el enemigo nos persiguió hasta aquel

»sitio; sus aceros han degollado »á los majistrados, sacerdotes, »monjes, ancianos, mujeres y »niños. Los vencedores han con»ducido fuera de la ciudad á los »principales ciudadanos, y á pe»dradas y á palos han asesinado »á mil; han desollado vivo al »comandante Nicetas de Tarso, »le han arrancado las entrañas »y aplastado la cabeza; han pe»gado fuego á todas las casas y »han arrasado el palacio. Han »querido entregar á las llamas »al arzobispo y á todos los sa»cerdotes cautivos, el dia en que »los árabes celebran la memo»ria del sacrificio de Abraham »(el Bairam), pero un anciano »que tiene mucho influjo sobre »ellos, nos ha salvado. — Es»cribo esto en Palermo, en un »calabozo á catorce pies debajo »de tierra, enmedio de inume»rables prisioneros judios, afri»canos, lombardos, cristianos, »é infieles.»

La neglijencia del almirante Adriano fué la causa principal de este atroz acontecimiento, y por el cual le destituyeron y desterraron. Orgullosos los musulmanes por este triunfo, dominaron el Archipiélago con una escuadra numerosa, y amenazaron á Constantinopla; pero la escuadra imperial los alcanzó cerca de Candia, los derrotó y les quemó veinte buques: otra escuadra musulmana fué derrotada y destruida cerca de las costas de Calabria. En fin, Procopio desembarcó en Italia y echó á los árabes de casi todas las plazas que poseian. Los sarracenos, para reparar estos reveses, juntaron todas sus fuerzas, y presentan batalla á los griegos. Leon, lugarteniente de Procopio, era ábil y valiente, pero lleno de envidia y ambicion. Mandaba un ala del ejército compuesta de tracios y macedonios; y en el momento en que las disposiciones ábiles y el valor de Procopio iban á decidir la victoria, el pérfido Leon se retira, dejando desguarnecido su flanco: los sarracenos se animan, toman superioridad y desbaratan á los griegos. Procopio es vencido y muerto: los árabes persiguen á los fujitivos; pero Leon revuelve en este momento contra ellos, los ataca, derrota y destruye, toma á Tarento por asalto, y vuelve glorioso á Constantinopla con la esperanza de magníficas recompensas. Basilio, informado de su traicion, le recibe con menosprecio y le destierra. Leon furioso de ver inutilizada su alevosía, se arma igualmente que á sus hijos, asesina á

los oficiales que le habian denunciado, y uye para buscar un asilo en la corte del califa: persíguenle, es alcanzado, se defiende con ostinacion, sus hijos mueren en el combate, cede al fin al número y vuelve preso á Constantinopla. El emperador le perdonó la vida y le hizo pagar sus perfidias con la pérdida de un ojo y de la mano derecha.

Los sarracenos arrojados de italia. — (835) Una nueva espedicion, dirijida por el jeneral Nicéforo, libertó á Italia y arrojó enteramente de ella á los sarracenos, los cuales habian puesto á contribucion á todas las ciudades marítimas y amenazado muchas veces á Roma, llevando el terror hasta el Piamonte y la Provenza, y sus incursiones asta la alta Borgoña y aun al pais de Vaud.

El emperador, victorioso, rejenerador del imperio, temido de los enemigos, y respetado de su pueblo, hubiera gozado de una gloria igual á la de sus mas ilustres predecesores, si la fortuna no hubiese envenenado su felicidad con pesares domésticos, tanto mas amargos, cuanto venian mezclados con remordimientos; porque le recordaban cruelmente los sacrificios que la ambicion habia ecsijido contra la virtud. Su ermana Tecla, que él mismo habia entregado á su predecesor Miguel, escandalizaba la corte con sus liviandades. La emperatriz Injerina, antigua manceba de Miguel, no mostró mas decencia en el trono que en la vida privada. El emperador descubrió sus conecciones criminales con un oficial subalterno de palacio: mas no quiso castigarla atribuyéndose á sí mismo las desgracias que se seguian de un matrimonio tan vergonzoso.

Intriga de un sacerdote contra Leon, hijo del emperador. — La muerte le robó á Constantino, su hijo mayor, á quien habia enseñado con sus lecciones y ejemplo la ciencia del gobierno y de la guerra: se admiraban en él las virtudes y el jenio de su padre, sin los yerros que habian mancillado la juventud de Basilio. El hijo segundo Leon, á la edad de diezinueve años, merecia ya el afecto público. Un sacerdote intrigante y malvado, llamado Santabareno, vil ajente del patriarca Focio, aborrecia al príncipe porque este despreciaba á su protector. El malvado habia ganado con sus artificios la voluntad del emperador; y previendo su desgracia cierta si

Leon reinaba, formó el proyecto de perderlo. Su odio tomó la pérfida máscara de la amistad: sus complacencias, su sumision aparente vencierom poco á poco las repugnancias del príncipe. Afectando un zelo ardiente por su bien, le dijo que el emperador enmedio de una corte corrompida donde el puñal habia hecho tantas revoluciones, traia en riesgo su vida entre los lazos de los ambiciosos y el hierro de los asesinos. «Los bosques, añadió, están llenos de ladrones; »tristes reliquias de las guerras »civiles. Por un uso antiguo y »absurdo no se permite llevar »armas á los que acompañan al »emperador en las monterías, y »aun los mismos príncipes están »sometidos á esta ley. Tiemblo »por la vida de tu padre; es »obligacion tuya defenderle con»tra enemigos secretos y contra »su propia imprudencia: debes »velar por él sin darle recelos, »síguele, no le pierdas de vista »y lleva siempre contigo alguna »arma oculta.

Leon siguió su consejo, y la primera vez que acompañó á su padre á la caza, llevó un puñal oculto en una bota. Desde que el traidor le vió entrar en el bosque, fué al emperador y le dijo, afectando un gran terror: «Oye: tu hijo, deseoso de reinar, se ha armado contra tí.» Basilio, con la impetuosidad que es el defecto ordinario de los grandes ánimos, manda prender á Leon, se le rejistra, se encuentra el puñal; y sin querer oirle, le despoja de los ornamentos imperiales y le arroja en una prision.

Santabareno queria que se le saltasen los ojos; pero las instancias y lágrimas de muchos senadores lograron que se defiriese el suplicio. Los tormentos no arrancaron ni á los sirvientes del príncipe ni á su amigo Nicétas sino testimonios de la inocencia de Leon y de su amor á su padre. La gloria y probidad de Andres el scita no lo libertaron del disfavor en que cayó por la amistad que le tenia el príncipe. El desgraciado Leon escribia á su padre las cartas mas afectuosas; pero Basilio se negaba á leerlas. Todo el palacio lamentaba su rigor: Santabareno le sitiaba, como una muralla puesta entre el monarca y la verdad.

Un dia, queriendo el emperador distraerse de su melancolía, dió un banquete á los grandes de su corte: cuando de repente un papagayo, que estaba enfrente de él, repitiendo lo que habia

oido decir durante tres meses, gritó: ¡*ay*! ¡*ay inocente y desgraciado Leon*! Estos acentos conmueven á todos los convidados: se quedan inmóviles y silenciosos con los ojos clavados en tierra, y no salen de sus labios mas que suspiros. El emperador sorprendido los mira con enternecimiento; hasta que uno de ellos, no pudiendo ya sufrir el peso que le oprimia, prorrumpe en estas palabras: «Señor, la voz de este pájaro nos condena: ¿debemos entregarnos á la alegría de los banquetes, cuando el heredero del trono jime en una prision? Si es delincuente, castíguesele: si inocente, nuestro silencio es un crímen. Escucha á tu hijo y júzgale: no permitas que muera á cada momento, víctima quizá de una orrenda calumnia.»

Esta voz animosa despierta en el alma del emperador el grito de la naturaleza: su hijo, traido á su presencia, le habla con la firmeza de la virtud. Basilio, mejor informado, reconoce la impostura, abraza á Leon, le restituye á su gracia y á sus onores, y restablece á Andres en sus dignidades. El infame Santabareno se escapa con una pronta fuga al enojo del emperador; y lo que parece increible, las intrigas de Focio lograron que se le perdonase poco despues, y no se le impusiese mas pena que el destierro.

Delirio y muerte de Basilio. — El emperador sobrevivió poco á la reconciliacion con su hijo. Un ciervo de muchos años, perseguido con ardor un dia de caza, se arrojó sobre él, le cojió el cinturon con un asta y le sacó de la silla; un montero cortó el cinto de un sablazo y libertó al emperador: pero la violencia del golpe que dió al caer, le causó una fiebre. Enmedio de su delirio dió órden de matar al montero, porque, segun decia, levantó el sable contra él: órden bárbara que se ejecutó por los aduladores, que obedecen hasta los delirios del mismo despotismo. Dícese que el emperador, ya cercano á la muerte, ajitado por la calentura y atormentado por la memoria del crímen á que debió el trono, le parecia ver siempre al emperador Miguel cubierto de sangre, y que le descubria su herida gritando en espantosa voz: «Basilio ¿qué te he hecho para degollarme con tanta crueldad?» Al tiempo de morir recobró su razon, y dijo á los príncipes: «Guardaos de Focio y de Santabareno: sus artificios y calumnias han abierto

un espantoso abismo debajo de mi trono.» Dicho esto, espiró. Habia reinado dieziocho años.

Avaro de la sangre y dinero de sus pueblos, fué Basilio eterno enemigo de ese lujo insultante de las cortes compuestas siempre de torpes y villanos aduladores, los cuales se presentan cubiertos de oro y pedrería, á costa de los infelices que llaman vasallos, y que deben juntarse un dia para vengar sus ultrajes y sus dolorosos sufrimientos. «Un tesoro, decia, adquirido por medio de tributos gravosos, es la paja en la cual prende el fuego facilmente, y que abrasa todo el edificio donde está.» No quiso deber su riqueza sino á su economía, así como su grandeza á sus acciones y su gloria á su carácter. Si no estuvo esento de la supersticion propia de su siglo, por lo menos fué tolerante.

En lugar de ceder á la embriaguez orgullosa que produce en las almas vulgares una grande fortuna y una elevacion imprevista, se complació en perpetuar la memoria de su primera oscuridad. Enmedio del salon mas soberbio de su palacio se veia un cuadro en que habia hecho pintar su triunfo: en él estaba el emperador de rodillas con toda su familia, dando gracias á Dios de haberle sacado de la pobreza, como á David, para colocarle en el trono. Se ha conservado una de sus obras, cuyo título es el siguiente: *Consejo del emperador Basilio á Leon, su querido hijo y su coléga*. Este escrito se estimaba tanto como la obra de Epitecto, por la pureza del estilo, y le era superior en la alteza de los pensamientos. Se descubre en ella sin embargo el mal gusto de los griegos de aquella época, por la frivolidad de las formas que contrasta singularmente con la gravedad del asunto. Cada uno de los sesenta y seis artículos que contiene, comienza por una letra de las palabras del título.

Entre las grandes cualidades de este príncipe se debe contar la gratitud, que las almas vulgares toleran como un peso, y las sublimes miran como el goce mas suave. Basilio, colocado en el primer trono del mundo, no olvidó al umilde portero que le habia recojido, cuando era pobre, de las gradas de la iglesia: le dió la administracion de santa Sofia y enriqueció á su familia. La viuda Danielida, que le habia protejido, recibió en Constantinopla grandes onores: la trató como á madre, y conce-

dió á su hijo una grande dignidad. La historia muchas veces severa, porque es recta, debe merecidas alabanzas á un príncipe que en un siglo de cobardía, decadencia, ignorancia, corrupcion y crímenes, se mostró valiente, ábil, económico, jeneroso, justo, modesto y agradecido.

Leon VI el filosofo, emperador. — (886) Basilio, dejando el trono al mayor de sus hijos, le dió por colega á su hermano Alejandro. No obstante, Leon reinó solo; Alejandro se contentó con que se escribiese su nombre en las leyes y monedas, y con poder entregarse desenfrenadamente á las disoluciones mas vergonzosas.

El patriarca Focio fué depuesto, y le reemplazó Estevan, hijo tercero de Basilio. El emperador encargó á Andres el scita, y á muchos patricios, que interrogasen á Focio y á Santabareno, de los cuales queria vengarse: mas no se pudo hallar prueba alguna contra el patriarca. Santabareno, que le habia denunciado como instigador de la trama hecha contra la vida del príncipe, se retractó. Leon, sin formas judiciales, mandó prender á Focio: Santabareno fué azotado con varas, y se le sacaron los ojos: entrambos eran delincuentes; pero se censuró que su condenacion ilegal diese á la justicia los colores de la venganza. Los cortesanos dieron á Leon el nombre de *Filósofo*. Ganó este título por su aficion mediana á las letras, y sus costumbres le hacian indigno de llevarle.

Despreció á la emperatriz Teófana, á pesar de sus virtudes suaves; y tuvo á presencia de ella un gran número de concubinas: entre las cuales una, llamada Zoe, tan famosa por sus vicios, como por su ermosura, le enamoró perdidamente. Estaba casada con el patricio Teodoro, y le envenenó para entregarse sin ostáculos á los deseos del príncipe. El padre de esta infame mujer ejercia en palacio el empleo de ujier, que los griegos llamaban *zautra*, de donde los turcos han tomado el nombre de *chiaux*. Leon vivia sometido á Zoe, y esta á su padre Estanislao, el cual favoreciendo el criminal comercio de su hija, gobernó el imperio.

Conquistas de los ungaros. — (889) El jefe del estado no dirijia ya los ejércitos. No obstante, algunos jenerales, instruidos en la escuela de Basilio, sostuvieron, aunque con vario suceso, la gloria militar. Nicé-

foro en Asia rechazó á los árabes; pero por su ausencia de Italia hubo turbulencias en esta provincia, y la escuadra griega fué vencida por la musulmana. El ejército de Macedonia sufrió un gran desastre: fué vencido por los búlgaros, y su jeneral muerto: volvieron á la capital un gran número de prisioneros griegos, á los cuales los búlgaros daban libertad por desprecio, despues de cortarles las narices.

Los UNGAROS. — Mientras que los árabes y los normandos devastaban las costas de la Alemania, Francia é Italia, el centro de la Europa estaba inundado de un pueblo bárbaro que salia de las comarcas situadas entre el Don y el Volga. Los uzos, abitantes de la Siberia meridional, forzaron á los patzinaces (*Patzinacitæ)* á abandonar sus guaridas antiguas al pie del monte Ural; los patzinaces pusieron en movimiento á sus vecinos los madschars; estos subieron por los grandes rios de la Rusia hasta Kiow: rechazados por los rusos se dirijieron en seguida al sudoeste, treparon por los montes Crapacs y bajaron en fin á las llanuras de la Pannonia y Mesia, ocupadas entonces por los restos de muchas naciones setentrionales. Algunas tribus de ábaros (ó awaros) se unieron á ellos. Los madschars recibieron de sus vecinos el nombre de ugros ó úngaros, que significa estranjeros.

Apenas Arpad (897), primer jefe conocido de los úngaros, distribuyó á sus vasallos las tierras que acababa de conquistar, cuando Arnulfo, rey de los alemanes, invocó su ausilio contra el rey de Moravia que inquietaba las fronteras orientales de Alemania. Muchos príncipes buscaron la amistad de los úngaros; temibles á todos los pueblos civilizados, forzaron á Luis IV hijo de Arnulfo, á pagarles un tributo.

Divididos los úngaros en ciento ocho tribus de á dos mil hombres cada una, peleaban siempre á caballo: vivian sin relijion ni leyes. Sus madres les rallaban la cara cuando niños, para acostumbrarlos á no hacer caso del dolor. Andaban casi desnudos, y no se alimentaban sino de carne humana, ó de la de los animales cruda. Asperos, sombrios, sediciosos, astutos, mas á propósito para erir que para ablar, atroces despues de la victoria, ostinados en los reveses, infieles á los tratados, estimadores solo de sus compatriotas, y despreciadores de los demás pue-

blos, fueron durante un siglo el terror del imperio y del norte de Italia. Parecia que con ellos volvia la sombra de Attila para destruir la tierra.

PERDIDAS DEL IMPERIO.—(892) Leon, no atreviéndose á pelear con ellos, entabló negociaciones, y dándoles cuantiosos subsidios, logró que invadiesen el pais de los búlgaros al mismo tiempo que entretenia á estos con demostraciones pacíficas; pero sacó poco fruto de sus artificios. Simeon, rey de los búlgaros, sorprendido y derrotado al principio, volvió á tomar la ofensiva, devastó á Ungria, y obligó despues al emperador á firmar una paz vergonzosa. Leon no fué mas dichoso en sus astucias interiores que en su política: con la esperanza de encubrir su concubinaje, solicitó con promesas seductoras al patricio Nicéforo para que casase con Zoe. Este jeneral, digno de los tiempos antiguos, reusó tan infames onores, perdió todos sus empleos, y conservó su onra. Bien pronto los peligros del estado obligaron á llamarle, y repelió en Siria á los sarracenos. El imperio, defendido por este valeroso guerrero durante tantos años, le onró en vida, y lamentó su muerte.

Otro jeneral, llamado Simbático, reconquistó casi toda la Italia meridional. Pero queriendo gobernar los pueblos con la misma arbitrariedad que las tropas, su tiranía causó sublevaciones, y volvió á perder lo que su valor habia conquistado. Hubo otra guerra con los búlgaros, en la cual sufrió el imperio grandes reveses. El jeneral Teodosio fué vencido y muerto, y su ejército destruido.

Apenas el trono careció de gloria, como inspiraba miedo y no afecto, tuvo ambiciosos que aspiraron á él: Estiliano y su hijo, valiéndose del descontento, escitado en el pueblo por la última derrota, forman una conjuracion para matar al emperador de noche en una de sus casas de placer. Zoe, advertida por un pequeño ruido de la llegada de los conjurados, despierta al emperador, que se arroja casi desnudo á una barca, y se escapa á Constantinopla. La vijilancia de Zoe impidió el crímen, y su crédito salvó á los culpables. En este tiempo murió la emperatriz Teófana, (ó Teofano como escriben otros) cuyas virtudes formaban perfecto contraste con los vicios del siglo y la corrupcion de la corte. Leon onró su memoria mas que habia

respetado su persona: hizo construir una iglesia, y le dió el nombre de su esposa. Pero su luto duró poco: al año siguiente casó con Zoe, la cual solo gozó veinte meses de su elevacion. Cuando iban á ponerla en el sepulcro, leyeron en él estas palabras, grabadas por mano descocida: *Aqui yace una hija desgraciada de Babilonia.*

Estiliano, su padre, careciendo ya de protectora, fué convencido de vejaciones, y encerrado en un monasterio. Nuevas conspiraciones amenazaron la vida del emperador. Samonas que las descubrió, fué creado patricio y camarero mayor, y gozó el favor del príncipe. Otros conjurados atacaron á Leon cuando iba á entrar en un templo, y le hirieron levemente en la cabeza: su guardia le salvó y los castigó.

El emperador, despues de haberse casado por tercera vez con una frijia llamada Eudosia, y de haberla perdido, se enamoró de otra Zoe, de la cual tuvo un hijo llamado Constantino. Elevó á su querida á la dignidad de emperatriz, contra las reglas de la iglesia, que proibian, no solo las cuartas, sino tambien las terceras nupcias. El patriarca Estévan, que le hizo advertencias sobre esta infraccion, fué depuesto.

Toma de Tesalonica por los arabes. — (904) Mientras amores tan inconstantes ocupaban enteramente el ánimo del emperador, los sarracenos despues de talar la Sicilia y saquear el Archipiélago, acometieron á Tesalónica. Nicétas la defendió con valor. Leon fué á alentar con su presencia los sitiados; pero llegó en la litera, y la ciudad fué tomada: Basilio aseguraba la victoria marchando á caballo.

El emperador se retiró cuando la plaza se defendia aun. Los sarracenos, despues de muchos asaltos furiosos é inútiles, acercaron á las murallas unos navíos con torres elevadas: Tesalónica fué tomada á viva fuerza y saqueada. Los árabes cometieron orribles escesos, y se retiraron con un enorme botin.

Muerte de Andronico Ducas. — (907) Eustaquio, jeneral griego, y abuelo de Romano Arjiro, que despues ascendió al imperio, reparó este revés, venciendo á los sarracenos por mar y tierra. Andrónico Ducas, otro jeneral, defendió tambien gloriosamente las fronteras del imperio; pero Samonas, valido del príncipe, y enemigo de toda vir-

tud, lo hizo sospechoso al emperador, y este le mandó desterrar. Leon, conociendo, aunque tarde, la injusticia, le escribió que volviese. Un árabe interceptó la carta; y el califa, prevenido por el delator Samónas, envió un destacamento al lugar donde residia Andrónico, y le tuvo prisionero hasta que murió de miseria. Su hijo Constantino Ducas, mas dichoso, logró escaparse, tomó el mando de las tropas en Asia, y vengó á su padre ganando muchas victorias.

Rejencia de Alejandro. — (909) Leon, enflaquecido por los escesos de su disolucion, contrajo una disenteria, triste fruto de su intemperancia. El último suceso de su reinado fué la derrota de su escuadra por los árabes. En el momento de morir suplicó á los senadores y á los grandes no se olvidasen de un príncipe que los habia gobernado con mansedumbre. Encargó la tutela de su hijo á su hermano Alejandro.

Leon murió á los cuarenta y seis años de su edad y veinticinco de su reinado. Ni sus vicios ni sus virtudes fueron grandes; debió sus victorias á sus jenerales, y sus yerros á sus mancebas. El tiempo ha conservado dos obras que escribió, una acerca de la caza y otra sobre la táctica. Este último escrito, poco útil á los progresos de las ciencias, sirve solamente para conocer con alguna particularidad los usos y costumbres de aquel siglo. Revisó por sí mismo las leyes de Justiniano, y se ocupó de algunos tratados teolójicos.

Constantino VII Porfirogenito, emperador. — (911) Nacido Constantino en el famoso aposento de pórfido del palacio imperial, no tenia mas que seis años cuando subió al trono. Su tio Alejandro, que debia gobernar como rejente, era tan incapaz como él, y cargado de un cetro que le pesaba mucho, le dejó caer en el lodo, mudando la administracion en anarquía, y el palacio en burdel. Quiso mutilar al niño Constantino para conservar su corona; pero le dijeron que su endeble constitucion le hacia incapaz de vivir mucho tiempo.

Alejandro, príncipe ignorante y liviano, confió las principales funciones del estado á sacerdotes libertinos y á eunucos, cómplices de sus viles placeres: llenó su consejo de charlatanes y astrólogos, desterró al patriarca Eutimio, y llamó otra vez á Ni-

colás á la silla de Constantinopla.

Simeon, rey de los búlgaros, le pidió su amistad. Alejandro manifestó en su respuesta el orgullo de la ignorancia y la insolencia de la cobardía. La guerra se encendió: el rejente no hubiera podido sostenerla: una emorrajia terminó al fin de un año este reinado vergonzoso, que á durar mas, sería el último del imperio de Oriente. Antes de morir señaló por tutores de su sobrino siete hombres incapaces. Esta eleccion y los preparativos ostiles del rey de los búlgaros derramaron recelos y turbulencias en Constantinopla.

Elevacion y muerte de Constantino Ducas. — (912) El patriarca Nicolás, uno de los tutores del jóven príncipe, tenia mas miedo de la ambicion de Constantino Ducas, gobernador del Asia, que de la invasion de los búlgaros: sus colégas, poseidos del mismo terror, escribieron á Ducas para engañarle, llamarle á la corte y perderle, proponiéndole que salvase el imperio, tomase la púrpura, y viniese á la capital á dividir el trono con el hijo de Leon. Desconfiando Ducas de su sinceridad, respondió al principio con modestia afectada, y reusó las proposiciones de los tutores: estos insisten y disipan sus dudas con un juramento. Ducas, asegurado, llega con un cuerpo de caballería, entra de noche en la capital, y espera en casa de su suegro á los tutores, á quienes invita á reunirse en ella; mas no parecen, y Ducas, cierto de su perfidia, va al circo. Proíbesele entrar en él. Sin embargo, á pesar de todos los ostáculos, el senado y el pueblo le proclaman emperador. Entonces marcha al palacio; pero por una moderacion impolítica, buena despues de la victoria y no antes, al mandar romper las puertas proibe matar á los que las defienden. Esta incertidumbre da ánimo á los sitiados: Juan Eladas, al frente de una multitud de soldados y marineros, le ataca, y rechaza: su caballo cae enmedio de la refriega: Ducas es herido: un soldado le corta la cabeza: tres mil de sus partidarios y otros muchos patricios fueron decapitados, algunos mutilados. Nicétas, cómplice de la rebelion, se salvó. Las playas del mar y las calles que iban á parar al palacio, estaban llenas de orcas, en que perecieron el valiente patricio Ejidas y muchos senadores y oficiales: galería sangrienta, pórtico espantoso, y emblema orrible del nuevo reinado.

blos, fueron durante un siglo el terror del imperio y del norte de Italia. Parecia que con ellos volvia la sombra de Attila para destruir la tierra.

Perdidas del imperio.—(892) Leon, no atreviéndose á pelear con ellos, entabló negociaciones, y dándoles cuantiosos subsidios, logró que invadiesen el pais de los búlgaros al mismo tiempo que entretenia á estos con demostraciones pacíficas; pero sacó poco fruto de sus artificios. Simeon, rey de los búlgaros, sorprendido y derrotado al principio, volvió á tomar la ofensiva, devastó á Ungria, y obligó despues al emperador á firmar una paz vergonzosa. Leon no fué mas dichoso en sus astucias interiores que en su política: con la esperanza de encubrir su concubinaje, solicitó con promesas seductoras al patricio Nicéforo para que casase con Zoe. Este jeneral, digno de los tiempos antiguos, reusó tan infames onores, perdió todos sus empleos, y conservó su onra. Bien pronto los peligros del estado obligaron á llamarle, y repelió en Siria á los sarracenos. El imperio, defendido por este valeroso guerrero durante tantos años, le onró en vida, y lamentó su muerte.

Otro jeneral, llamado Simbático, reconquistó casi toda la Italia meridional. Pero queriendo gobernar los pueblos con la misma arbitrariedad que las tropas, su tiranía causó sublevaciones, y volvió á perder lo que su valor habia conquistado. Hubo otra guerra con los búlgaros, en la cual sufrió el imperio grandes reveses. El jeneral Teodosio fué vencido y muerto, y su ejército destruido.

Apenas el trono careció de gloria, como inspiraba miedo y no afecto, tuvo ambiciosos que aspiraron á él: Estiliano y su hijo, valiéndose del descontento, escitado en el pueblo por la última derrota, forman una conjuracion para matar al emperador de noche en una de sus casas de placer. Zoe, advertida por un pequeño ruido de la llegada de los conjurados, despierta al emperador, que se arroja casi desnudo á una barca, y se escapa á Constantinopla. La vijilancia de Zoe impidió el crímen, y su crédito salvó á los culpables. En este tiempo murió la emperatriz Teófana, (ó Teofano como escriben otros) cuyas virtudes formaban perfecto contraste con los vicios del siglo y la corrupcion de la corte. Leon onró su memoria mas que habia

respetado su persona: hizo construir una iglesia, y le dió el nombre de su esposa. Pero su luto duró poco: al año siguiente casó con Zoe, la cual solo gozó veinte meses de su elevacion. Cuando iban á ponerla en el sepulcro, leyeron en él estas palabras, grabadas por mano descocida: *Aqui yace una hija desgraciada de Babilonia.*

Estiliano, su padre, careciendo ya de protectora, fué convencido de vejaciones, y encerrado en un monasterio. Nuevas conspiraciones amenazaron la vida del emperador. Samonas que las descubrió, fué creado patricio y camarero mayor, y gozó el favor del príncipe. Otros conjurados atacaron á Leon cuando iba á entrar en un templo, y le hirieron levemente en la cabeza: su guardia le salvó y los castigó.

El emperador, despues de haberse casado por tercera vez con una frijia llamada Eudosia, y de haberla perdido, se enamoró de otra Zoe, de la cual tuvo un hijo llamado Constantino. Elevó á su querida á la dignidad de emperatriz, contra las reglas de la iglesia, que proibian, no solo las cuartas, sino tambien las terceras nupcias. El patriarca Estévan, que le hizo advertencias sobre esta infraccion, fué depuesto.

Toma de Tesalonica por los arabes. — (904) Mientras amores tan inconstantes ocupaban enteramente el ánimo del emperador, los sarracenos despues de talar la Sicilia y saquear el Archipiélago, acometieron á Tesalónica. Nicétas la defendió con valor. Leon fué á alentar con su presencia los sitiados; pero llegó en la litera, y la ciudad fué tomada: Basilio aseguraba la victoria marchando á caballo.

El emperador se retiró cuando la plaza se defendia aun. Los sarracenos, despues de muchos asaltos furiosos é inútiles, acercaron á las murallas unos navíos con torres elevadas: Tesalónica fué tomada á viva fuerza y saqueada. Los árabes cometieron orribles escesos, y se retiraron con un enorme botin.

Muerte de Andronico Ducas. — (907) Eustaquio, jeneral griego, y abuelo de Romano Arjiro, que despues ascendió al imperio, reparó este revés, venciendo á los sarracenos por mar y tierra. Andrónico Ducas, otro jeneral, defendió tambien gloriosamente las fronteras del imperio; pero Samonas, valido del príncipe, y enemigo de toda vir-

tud, lo hizo sospechoso al emperador, y este le mandó desterrar. Leon, conociendo, aunque tarde, la injusticia, le escribió que volviese. Un árabe interceptó la carta; y el califa, prevenido por el delator Samónas, envió un destacamento al lugar donde residia Andrónico, y le tuvo prisionero hasta que murió de miseria. Su hijo Constantino Ducas, mas dichoso, logró escaparse, tomó el mando de las tropas en Asia, y vengó á su padre ganando muchas victorias.

Rejencia de Alejandro. — (909) Leon, enflaquecido por los escesos de su disolucion, contrajo una disenteria, triste fruto de su intemperancia. El último suceso de su reinado fué la derrota de su escuadra por los árabes. En el momento de morir suplicó á los senadores y á los grandes no se olvidasen de un príncipe que los habia gobernado con mansedumbre. Encargó la tutela de su hijo á su hermano Alejandro.

Leon murió á los cuarenta y seis años de su edad y veinticinco de su reinado. Ni sus vicios ni sus virtudes fueron grandes; debió sus victorias á sus jenerales, y sus yerros á sus mancebas. El tiempo ha conservado dos obras que escribió, una acerca de la caza y otra sobre la táctica. Este último escrito, poco útil á los progresos de las ciencias, sirve solamente para conocer con alguna particularidad los usos y costumbres de aquel siglo. Revisó por sí mismo las leyes de Justiniano, y se ocupó de algunos tratados teolójicos.

Constantino VII Porfirogenito, emperador. — (911) Nacido Constantino en el famoso aposento de pórfido del palacio imperial, no tenia mas que seis años cuando subió al trono. Su tio Alejandro, que debia gobernar como rejente, era tan incapaz como él, y cargado de un cetro que le pesaba mucho, le dejó caer en el lodo, mudando la administracion en anarquía, y el palacio en burdel. Quiso mutilar al niño Constantino para conservar su corona; pero le dijeron que su endeble constitucion le hacia incapaz de vivir mucho tiempo.

Alejandro, príncipe ignorante y liviano, confió las principales funciones del estado á sacerdotes libertinos y á eunucos, cómplices de sus viles placeres: llenó su consejo de charlatanes y astrólogos, desterró al patriarca Eutimio, y llamó otra vez á Ni-

colás á la silla de Constantinopla.

Simeon, rey de los búlgaros, le pidió su amistad. Alejandro manifestó en su respuesta el orgullo de la ignorancia y la insolencia de la cobardía. La guerra se encendió: el rejente no hubiera podido sostenerla: una emorrajia terminó al fin de un año este reinado vergonzoso, que á durar mas, sería el último del imperio de Oriente. Antes de morir señaló por tutores de su sobrino siete hombres incapaces. Esta eleccion y los preparativos ostiles del rey de los búlgaros derramaron recelos y turbulencias en Constantinopla.

Elevacion y muerte de Constantino Ducas. — (912) El patriarca Nicolás, uno de los tutores del jóven príncipe, tenia mas miedo de la ambicion de Constantino Ducas, gobernador del Asia, que de la invasion de los búlgaros: sus colégas, poseidos del mismo terror, escribieron á Ducas para engañarle, llamarle á la corte y perderle, proponiéndole que salvase el imperio, tomase la púrpura, y viniese á la capital á dividir el trono con el hijo de Leon. Desconfiando Ducas de su sinceridad, respondió al principio con modestia afectada, y reusó las proposiciones de los tutores: estos insisten y disipan sus dudas con un juramento. Ducas, asegurado, llega con un cuerpo de caballería, entra de noche en la capital, y espera en casa de su suegro á los tutores, á quienes invita á reunirse en ella; mas no parecen, y Ducas, cierto de su perfidia, va al circo. Proíbesele entrar en él. Sin embargo, á pesar de todos los ostáculos, el senado y el pueblo le proclaman emperador. Entonces marcha al palacio; pero por una moderacion impolítica, buena despues de la victoria y no antes, al mandar romper las puertas proibe matar á los que las defienden. Esta incertidumbre da ánimo á los sitiados: Juan Eladas, al frente de una multitud de soldados y marineros, le ataca, y rechaza: su caballo cae enmedio de la refriega: Ducas es herido: un soldado le corta la cabeza: tres mil de sus partidarios y otros muchos patricios fueron decapitados, algunos mutilados. Nicétas, cómplice de la rebelion, se salvó. Las playas del mar y las calles que iban á parar al palacio, estaban llenas de orcas, en que perecieron el valiente patricio Ejidas y muchos senadores y oficiales: galería sangrienta, pórtico espantoso, y emblema orrible del nuevo reinado.

Estas discordias intestinas dan poco lugar al cuidado de la guerra estranjera: Simeon cercó á Constantinopla; pero no esperando tomar por asalto una ciudad tan fuerte, entró en negociacion, y el patriarca persuadió con regalos á los bárbaros que se volviesen á Bulgaria. Al mismo tiempo Participacio III, dogo de Venecia, llegó á la capital para que su eleccion fuese confirmada. Volviéndose á su pais, le cautivaron los búlgaros, y el imperio pagó su rescate.

Rejencia de zoe. — (914) El niño Constantino pedia siempre que volviese su madre Zoe, á quien Alejandro habia desterrado: los tutores cedieron imprudentemente á los deseos del príncipe, y la llegada de esta mujer ambiciosa causó una revolucion. Apenas entra en el palacio, se apodera del mando, da órden al patriarca de no entender sino en los asuntos relijiosos; echa á los tutores, y solo conserva á Juan Eladas, su cómplice. Mas no tardó en destruir este miserable instrumento. Eladas no pudo consolarse de su desgracia y murió de pesar. La emperatriz distribuyó los grandes destinos del imperio á su hermano Anastasio y á otros cuatro validos.

La guerra con los búlgaros continuaba. Andrinópoli, demasiado populosa para ser tomada á viva fuerza, se entregó por traicion. Zoe se valió del mismo medio para recobrarla. Habia mucho tiempo que el imperio debilitado se defendia mas bien dividiendo á los bárbaros que venciéndolos. Los patzinaces, pueblo belicoso, ocupaban los paises situados entre el Jaik, el Don y el Borístenes. Pasaron este último rio, y Zoe se valió de ellos contra los úngaros, búlgaros y rusos; mas pagó caro su socorro, porque estos nuevos aliados pedian con atrevimiento lo que no podian negar los griegos tímidos. La emperatriz, rodeada de enemigos, se libertó de los mas temibles firmando un tratado vergonzoso con los árabes de Africa, por el cual se obligó á pagarles un tributo anual de veintidos mil monedas de oro. La paz con el califa de Bagdad fué mas onrosa: se canjearon los prisioneros, y como el número de los musulmanes era mayor, costó su rescate al califa ciento veinte mil monedas de oro.

Batalla de aqueloo. — (917) Las tropas griegas, libres de todo temor por la parte de Oriente, marcharon contra los búlga-

ros. Sus jenerales eran Leon Fócas, hijo del valiente Nicéforo, y Constantino el africano, que ambos se escaparon de la matanza en que perecieron los cómplices de Ducas.

La varonil Zoe pasó revista á las lejiones, y les hizo jurar sobre la verdadera cruz vencer ó morir. Seis dias despues llegaron á presencia del enemigo junto al fuerte de Aqueloo, situado en las orillas del Danubio. Los griegos desbarataron al principio á los búlgaros, y se creian vencedores, cuando un accidente imprevisto les robó el triunfo. El jeneral Leon, acosado de la sed, desmontó junto á una fuentecilla: el caballo uyó á escape, y los griegos, viéndole sin jinete, creyeron muerto á su caudillo. Esparcióse la falsa noticia, y con ella la consternacion y el desórden. Simeon, que ya se retiraba, advirtiendo la turbacion, volvió al combate, halló á los griegos desalentados, los derrotó, é hizo en ellos orrible carnicería. Los mas valientes oficiales, entre ellos Constantino el africano, perecieron en la refriega. Leon se salvó.

Algunos historiadores atribuyen á otra causa el desastre. Dicen que enmedio de la batalla supo Leon que Romano Lecapeno, comandante de los navíos, habia salido del Danubio para ir al Bósforo con el objeto de usurpar el imperio, y que turbado con esta falsa voz dió la señal de la retirada. Lo cierto es que Romano, reñido con Juan Bógas, que traia los patzinaces en su socorro, desamparó descontento las orillas del Danubio. El senado juzgó á Romano, y le condenó por traidor á perder la vista. Su falta comprometia el imperio; mas Zoe le vió, admiró su ermosura, y le salvó. Simeon se aprocsimó á la capital: Zoe hizo salir contra él un ejército que le auyentó, y Romano reabilitó su buen nombre, haciendo prodijios de valor.

Conspiraciones de Leon y Romano. — (919) El imperio, gobernado por una mujer y un niño, parecia presa fácil á los ambiciosos. Leon y Romano aspiraban al poder supremo: uno mandaba la armada, otro el ejército. Leon tenia á favor suyo su nacimiento y grande influjo en el senado y en las tropas: Romano, célebre por sus fuerzas que habia mostrado derribando á un leon, reunia mucha intrepidez y un carácter flecsible y astuto: era dueño por el jefe de los eunucos, del palacio, y por el

amor, de la emperatriz. Teodoro, ayo del príncipe, le aconsejó para librarse de la ambicion de Leon, que se pusiese bajo la proteccion de Romano: este, jurándole una lealtad sin límites, le prometió oponerse á las empresas de su rival. El camarero mayor que hasta entonces habia ejercido las funciones de primer ministro, presumiendo sobradamente de su autoridad, fué á la armada con el designio de desterrar á Romano; pero el almirante le hizo poner en prision.

Admirada Zoe de este atrevimiento, reclamó en vano su ministro: sus enviados fueron recibidos á pedradas: túrbase la corte: el emperador declara que quiere gobernar por sí mismo, y llama al patriarca Nicolás y á Estevan su tutor, los cuales mandan á Zoe salir de palacio.

La emperatriz, en lugar de obedecer se presenta á su hijo, le asusta con su osadía, le enternece con sus ruegos y lágrimas: el jóven la permite quedarse, despoja á Leon de todos sus empleos, y reune así contra su autoridad los dos enemigos mas formidables.

Leon vuela á ver á Romano que le recibe con finjida cordialidad, y que ocultando su ambicion con el velo de la umildad, pide que se le permita justificarse, y al mismo tiempo echa el ancla con su escuadra al pie de los muros de palacio.

El emperador medroso se vió obligado á tratar á Romano con onor: recibe su juramento y le confia el mando de la guardia estranjera. El ambicioso jeneral continúa ganando terreno, hace que el emperador se enamore de su hija Elena, case con ella y le confiera públicamente el título de padre suyo.

Leon Focas, envidioso de su elevacion, reune sus tropas, amenaza y cubre de soldados la playa del Bósforo. Mientras que procura animarlas contra la usurpacion de su rival, un secretario de la corte esparce disfrazado en el campamento una proclama imperial, cuyo tenor era que se engañaba á los guerreros, que se les movia á atacar el trono que creen defender, que deben mirar á Romano, no como enemigo, sino como á padre del emperador; y en fin, que Leon es el único traidor que habia que castigar. El écsito de este artificio fué completo: las tropas se sublevaron, prendieron á Leon y le sacaron los ojos. Tres oficiales de su ejército que habian ido á palacio pa-

ra asesinar á Romano, fueron descubiertos y castigados.

El ingrato Romano habia tiempo que sacrificaba el amor á la ambicion: Zoe enfurecida quiso envenenarlo; pero fué vendida, se le cortó el cabello y se la encerró en un claustro.

Romano destruia todos sus apoyos cuando ya le eran inútiles. Desterró al ayo Teodoro, que habia comenzado á elevarle. Dueño absoluto del ánimo de un emperador de quince años, solo le faltaba el cetro: su jóven y flaco señor se lo dió, y fué coronado por el patriarca. Desde entonces gobernó solo y dejó á Constantino entregarse al estudio en un retiro pacífico, del cual no salió sino para asistir, como un simulacro de emperador, á la coronacion de Teodora mujer de Romano, y á la de Estevan su hijo.

Romano lecapeno, emperador. — (920) Romano hizo los mayores esfuerzos para restablecer la concordia entre la iglesia griega y el papa Juan X. La elevacion de este ambicioso guerrero habia sido arto rápida para no escitar grande descontento, del cual se orijinaron muchas conjuraciones que fueron descubiertas y castigados sus autores.

La fortuna no favoreció las armas del nuevo augusto. Los búlgaros vencieron á los griegos en dos batallas. Una sublevacion separó la Calabria del imperio por algun tiempo: otra turbó el sosiego de Asia; pero el patricio Bárdas Bógas, su jefe, fué vencido y desarmado. El emperador habia dejado de ser feliz desde que ciñó la corona. Su mujer Teodora murió: Simeon sitió y tomó á Andrinópoli. Una victoria naval contra los sarracenos de Africa, conseguida cerca de Lemnos, fué compensacion débil de tantos reveses.

Paz con los bulgaros. — (926) El deseo de terminar una guerra tan desgraciada, movió á Romano á pedir una conferencia al rey de los búlgaros. Los griegos mostraron en ella un lujo orgulloso, y los búlgaros una altivez selvática. Como Simeon se habia convertido al cristianismo, el emperador le suplicó en nombre del Salvador, que no derramase la sangre de los cristianos. Simeon, movido de sus ruegos, prometió firmar la paz, y se retiró.

Creyendo Romano consolidar su trono, tomó por colégas á sus dos hijos Estevan y Constantino. Porfirojénito despojado se resignó á su infortunio, y pare-

cia por la sencillez de sus costumbres nacido mas bien para la vida particular que para ceñir la diadema. Romano, abusando de su mansedumbre, le daba solamente una pension tan mezquina, que el príncipe se veia obligado á subsistir de su abilidad en la pintura, y á vender sus cuadros para tener las cosas necesarias á la vida.

En esta época salió de su larga oscuridad un pueblo famoso, y brilló con algun esplendor. Los descendientes de los espartanos, unidos con los esclavones que se habian establecido en Laconia, se rebelaron. Vencidos algunas veces y nunca sometidos, resistieron á las fuerzas del imperio. Estos pueblos, acantonados en los desfiladeros del Taijeto, con el nombre de *mainotas*, pagaron un tributo al emperador y conservaron su independencia. Viven hasta hoy separados de las demás naciones. Parece que el aire de sus montañas les infunde el espíritu altivo y libre de sus mayores: la potencia otomana, que cerca por todas partes á estos ásperos republicanos, los comprime y no los subyuga.

Romano, despues de pelear con ellos, volvió sus armas contra los búlgaros que le disputaban la Servia: Simeon perdió una batalla en Croacia, y murió de pesar. Su hijo Pedro casó con María, nieta de Romano, que fué la prenda de la paz entre las dos naciones. Los soberanos de Oriente respetaban tan mal las leyes relijiosas como las civiles. Habiendo vacado la dignidad de patriarca, Romano nombró para ella á uno de sus hijos, llamado Teofilacto, aunque á la sazon era niño. Cuando llegó á jóven, introdujo en los divinos oficios coros, bailes é himnos profanos: uso que durante dos siglos degradó á la iglesia griega. Dícese que el lujo indecente de este patriarca era escesivo: tenia en sus establos dos mil caballos, y muchas veces interrumpia el sacrificio divino por ir á verlos.

Invasion y derrota de los rusos. — (941) En este reinado tan poco glorioso solo un jeneral, llamado Cúrcuas, defendió el imperio contra los sarracenos. Una tempestad formidable, venida de los yelos del Norte, amenazó de nuevo á Constantinopla. Los rusos, mandados por los príncipes de Novogorod y de Kiew, bajaron por el Borístenes, pasaron las cataratas de este rio, y arrostrando en sus frájiles barcas las tormentas del Ponto Euxino, se

presentaron en la entrada del Bósforo. Una parte de sus fuerzas castigó á los patzinaces que habian robado á sus mercaderes. Injer, czar de los rusos, desembarcó en Tracia con otro ejército, y renovó las orribles atrocidades de los hunos. Teófanes, comandante de la escuadra griega, la arma con dilijencia, cae de improviso enmedio de las barcas rusas, lanza en ellas el fuego griego, y las destruye enteramente. Al mismo tiempo Cúrcuas llega con las tropas asiáticas, acomete á los rusos que habian desembarcado, y hace en ellos grande carnicería, de modo que muy pocos pudieron llevar á Rusia la noticia de esta ruina.

Cuatro años despues, Elga, viuda de Injer, vino de paz á Constantinopla, recibió el bautismo, y tomó el nombre de Elena. Cúrcuas, vencedor de los sarracenos y de los rusos, continuó sus brillantes azañas, se apoderó de mas de mil fortalezas, estendió las fronteras de los griegos hasta el Tigris, y recibió de sus soldados el título de segundo Belisario.

Su hermano Teófilo imitó su brillante valor, participó de su gloria, y mereció el renombre de Salomon del Asia. Fué abuelo de Juan Zimisces, que reinó despues. Los campamentos eran el vestíbulo del palacio imperial; y así la guerra de Cúrcuas infundió envidia y sospechas en Romano. Privóle de sus empleos, y le dió por sucesor á Panterio, hombre sin mas mérito que su cuna. Los sarracenos hacian guerra á Hugo, rey de Italia, con buen suceso: el emperador le envió socorros, y queriendo envilecer á su antiguo señor, á quien habia despojado, obligó al hijo de Porfirojénito á casarse con una hija natural de Hugo.

Entretanto Romano perdia sus fuerzas, y en su vejez comenzaba á conocer la devocion y los remordimientos. Al mismo tiempo Constantino Porfirojénito, fastidiado de su umillacion, quiso salir de su retiro y recobrar el cetro. Logró por sus intrigas que Estevan, hijo de Romano, conspirase contra su padre. Un fraile, llamado Basilio, que era el alma de la conspiracion, hizo entrar en ella á muchos grandes del imperio. Un velo impenetrable cubre la conjuracion: enmedio de la noche entra Estevan con sus cómplices en el aposento de su padre, le amenaza con la muerte si grita, le envuelve en su capa, le lleva á la isla de Proto, y le obliga á tomar la capucha monástica.

Constantino, hermano de Estevan, no habia querido entrar en la conjuracion; pero apenas supo que se habia logrado, acudió á aprovecharse de ella. Entrambos solicitaban el cetro; mas el pueblo, habiendo corrido la falsa noticia del asesinato de Porfirojénito, se sublevó, se armó para vengarle, y no se aquietó hasta que le vió presentarse en público. El emperador, restablecido en su poder por el voto unánime del imperio, dejó á los hijos de Romano el título de césar, recobrando los suyos sobre ellos la dignidad que el usurpador les habia quitado. Dícese que Romano, resignado, gozó en su retiro del sosiego y felicidad que en vano buscó en el trono durante veinticinco años.

Constantino VII Porfirojénito restituido al trono. — (944) El gobierno de un antiguo príncipe, condecorado treinta y tres años con el título de emperador, sin ejercer la autoridad, ofreció á los hombres un espectáculo nuevo. Habian ocupado el trono oradores y majistrados, rara vez filósofos, algunas mujeres ambiciosas, y casi siempre guerreros atrevidos. Constantino fué un emperador artista. Pintor, poeta, compilador y músico, preferia la lira, la pluma y el pincel á la espada, el estudio á la ambicion, y los libros al gobierno. Fué amado, porque era umano y justo, y merecieron aprobacion pública todas las providencias que dimanaban de su propia voluntad; pero no fueron muchas las que dictó por sí mismo: su espíritu minucioso se abismaba en las cosas pequeñas, y por debilidad de carácter dejó las elecciones de importancia y los negocios considerables á merced de su mujer Elena, que era altiva é imperiosa, y á la de algunos validos poderosos.

Los partidarios de Romano fueron alejados de la corte, y se dió el mando de los ejércitos á Bárdas Focas, cuyo hijo Nicéforo ascendió despues al trono. Estevan y Constantino, hijos de Romano y césares, aspiraban secretamente al imperio. Elena los amaba como hermana, pero los temió como emperatriz, previendo que derribarian á su esposo con menos escrúpulo que á su padre. Infundió sus recelos á Porfirojénito, el cual, dócil á sus consejos, los convidó á un banquete, hizo que los prendiesen y les cortasen el pelo, y los obligó á meterse frailes. Estos dos hijos ingratos

y casi parricidas fueron enviados al mismo convento en que por su ambicion criminal yacia encerrado su padre.

PENITENCIA Y MUERTE DE ROMANO. — (948). Este emperador destronado, mas estimable bajo el cilicio que con la púrpura, vivia tranquilo en su retiro, recibió con bondad á su hijos delicuentes y affijidos, les llamó sonriendo cofrades suyos, y los convidó á dividir con él su agua fresca y sus legumbres, como en otro tiempo el imperio. Despues, hablando con seriedad, les dijo: «En este umilde estado, »sirviendo á Dios y á los pobres, »soy mas rey que cuando me »sentaba en el solio. Entonces »me subyugaban mis pasiones, y »aora las domino yo. Entonces »era esclavo de los cortesanos, »y siervos corrompidos, á quie»nes creia mandar: aora soy li»bre y no obedezco sino á la di»vinidad.»

La mudanza que hicieron en él las vicisitudes del mundo, fué sincéra y completa. Pasó súbitamente de un orgullo estremo á una estrema umildad, y se asegura que habiendo llamado y reunido trescientos monjes de diferentes monasterios del imperio, confesó en presencia de ellos todos sus crímenes para espiarlos, y que hecha esta confesion pública, se sometió á la penitencia mas severa. Murió cuatro años despues de haber caido del trono. Sus hijos, menos resignados que él, tramaron una conspiracion para recobrar el cetro: descubierta á tiempo, fueron azotados y desterrados. Solamente el patriarca Teofilacto halló induljencia en el emperador.

Constantino se entregaba á las letras, estudios y artes: si no hizo guerras gloriosas á los bárbaros, peleó con onor contra el fanatismo y la ignorancia, restituyó su esplendor á las ciencias, ecsortó á la juventud á instruirse, premió á los sabios, los admitió á su mesa, nombró á muchos de ellos senadores, y con su ejemplo y sus decretos devolvió alguna fuerza á la justicia.

Su mansedumbre y jenerosidad compensaban en él la falta de vigor: su caridad atravesaba el espacio que separa al pobre del trono: inspeccionaba los tribunales, oia las quejas y visitaba los ospicios y las cárceles. Sus beneficios, repartidos con discernimiento, repararon los males causados por largas guerras y frecuentes incendios. Si la historia le ha dado un lugar poco distinguido en sus fastos, lo

mereció muy onroso en los corazones de sus súbditos.

La debilidad de este príncipe era su único defecto. Su mujer le hizo preferir muchas veces para los grandes destinos la medianía al mérito; — y no se distinguieron sus armas por ninguna espedicion notable, aunque contuvieron á los sarracenos en Asia y á los búlgaros en Europa.

Embajada de Luitprando. — (950) Beranjer II, rey de Italia, le envió por embajador á Luitprando, el cual en la historia de su embajada, que se ha conservado, descubre el lujo de la corte de Oriente, donde habia sucedido al poder la etiqueta, y la vanidad griega á la grandeza de los romanos. Todo brillaba en el palacio con un esplendor ridículo. En vastos salones, revestidos de mármol, adornados de pórfido, y enriquecidos de oro, los príncipes, jenerales, patricios y senadores, recostados en lechos magníficos, consumian los dias y las noches en banquetes opíparos. Un gran número de vasos preciosos, colgados del techo con cadenas de oro, bajaban suavemente para colocarse con simetría delante de los convidados, sumidos en todo jénero de embriaguez. Una música armoniosa, bailarinas elegantes y pantomimas lascivas variaban y prolongaban los placeres. La pompa de las audiencias era igualmente magnífica, pero no mas séria. En frente del emperador habia un árbol grande de cobre dorado, y en él pájaros de metal que imitaban por medio de un artificio injenioso el canto natural de las aves; y con el mismo arte, dos leones de bronce, obedeciendo á las órdenes del maestro de ceremonias, rujieron cuando se presentó el embajador. Este, colocado sobre las espaldas de dos eunucos, se prosternaba al pie del trono, y al alzar la cabeza veia al mismo trono elevarse hasta el techo; y durante su ascenso caian los vestidos del emperador, y aparecia con otros mas rozagantes como por májia. La historia despreciaria estas particularidades pueriles si no pintasen las costumbres, cuya decadencia está inseparablemente ligada á la de los imperios. La union del orgullo y la bajeza, aunque natural, admiró mucho en Romano, hijo del emperador, que habiendo enviudado de Berta, hija de Hugo, casó con la hija de un tabernero, de la cual estaba perdidamente enamorado. Esta mujer llamada Teófana ó (Teofano) conservó en el trono las costum-

bres y vicios de la juventud.

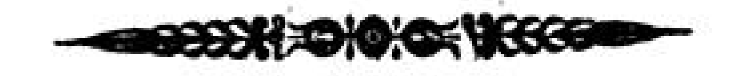
Accion notable de un cura. — En esta misma época, en que la iglesia habia perdido su decencia como la corte su dignidad, un cura de una aldea de Asia, mas animoso que devoto, dió un ejemplo singular, primero de valor y despues de inconstancia y ferocidad. Un destacamento de sarracenos entra en su aldea para saquearla: el cura, que decia entonces misa, deja el altar, coje un martillo pesado que servia de campana, y revestido como estaba de los ornamentos sacerdotales, se arroja á los mahometanos, los sorprende con tan estraña aparicion: hiere y mata á muchos y auyenta á los demás. Su obispo, creyendo que aquel zelo era mas conveniente á un militar que á un sacerdote, le suspendió. El fogoso cura abjura el Evanjelio, se ciñe el turbante, se alista entre los árabes, llega á ser comandante, y con el nombre de Temel tala á Capadocia, y llena el Asia menor de estragos y ruinas.

Guerras con los arabes. — (952) Bárdas Focas marchó contra él, y mancilló su antigua fama con una derrota. Vencido y cubierto de eridas, fué destituido por el emperador; pero Nicéforo y otros dos hijos suyos eredaron sus empleos, su capacidad y su fortuna. Sin embargo Nicéforo comenzó su carrera por un revés. Perdió cerca de Alepo una sangrienta batalla contra Cabdan, jefe de los árabes: despues reparó esta derrota con muchas victorias que logró contra los sarracenos en el Oriente. Tambien fueron vencidos en Italia y Sicilia; y Basilio, almirante de Constantinopla, quemó y echó á pique cerca de la costa de Licia la armada del califa. Con este motivo renovó el emperador en Constantinopla la antigua solemnidad del triunfo, y se presentó trayendo detrás de su carro muchos árabes encadenados. Despues emprendió una espedicion contra la isla de Creta, que se malogró. Nicéforo, mas feliz, se apoderó de Samosata. Los califas de Africa y Asia, quebrantados con tantas derrotas, hicieron la paz.

Muere envenenado Constantino vii. — (959) Constantino gozó poco de ella: Teófana, impaciente de reinar persuadió á su esposo Romano á que terminase la vida de su padre. Un malvado ejecutó el proyecto de estos esposos impíos, y presentó al emperador una copa envenenada, la cual se cayó de las manos á Constantino, pero ya tar-

de, pues habia bebido lo bastante para ser acometido de una tísis, que le llevó al sepulcro al cabo de un año. Antes de morir recibió en el monte Olimpo de Bitinia, adonde sus médicos le habian trasladado, la noticia de una victoria contra el ejército úngaro, que atravesando la Tracia se habia presentado en las puertas de la capital. Arjiro, comandante de la guardia, acometió á estos bárbaros, los desbarató, tomó sus campamentos, y los esterminó casi enteramente.

En esta misma época abrazó aquella nacion el cristianismo. La idolatría fué vencida en casi todos los pueblos bárbaros por los cautivos que caian en sus manos; y de este modo las derrotas del imperio propagaron los triunfos de la Iglesia. Constantino murió á la edad de cincuenta y cinco años en 959: reinó con su tio Alejandro trece meses, siete años bajo el yugo de su madre Zoe, veinticinco bajo el de Romano, y solo, quince años. Dejó muchas obras apreciables, como la descricion jeográfica del imperio, una historia de su tiempo, máximas para instruir á su hijo en el arte del gobierno, y completó *las Basílicas*. Se hizo justicia á sus virtudes, y si no se le tributó la admiracion debida á los grandes monarcas, gozó del amor que inspiran los buenos príncipes. Cuando se celebraron sus ecsequias, el clero, los grandes, los patricios y el senado vinieron segun la costumbre á abrazar sus despojos mortales. Cuando el maestro de ceremonias esclamó: *Sal, emperador: el rey de los reyes y señor de los señores te llama*, todos los asistentes prorrumpieron en sollozos, y los jemidos sinceros del pueblo fueron la oracion fúnebre mas digna de un príncipe modesto, piadoso y querido.



CAPITULO III.

ROMANO II EL MENOR. NICÉFORO II. JUAN ZIMISCES. BASILIO II. CONSTANTINO VIII. ROMANO III ARJIRO. MIGUEL IV EL PAFLAGONIO. MIGUEL CALAFATE.

Romano II el jóven. — Su reinado vergonzoso. — Su muerte. — Nicéforo II. — Victorias contra los sarrarenos.— Tiranía de Nicéforo. —Turbulencias eclesiásticas en Roma, y conquista de Italia por Oton. — Venganza de Oton. — Muerte de Nicéforo. — Zimisces es proclamado emperador. — Victorias contra los árabes y rusos. — Alianza con Oton. — Zimisces muere envenenado. — Principios del reinado de Basilio II y Constantino VIII. — Invasion de los búlgaros en Dalmacia y Macedonia. — Campaña desgraciada contra los búlgaros. — Guerras en Italia. — Derrota y muerte de Oton. -- Conspiracion de Bardas Fócas. -- Conquista de Damasco y Tiro. -- Rebelion de Crescencio en Roma. -- Espulsion de los sarracenos de Italia. -- Conquista y devastacion de Bulgaria. -- Orijen de las cruzadas. -- Conquista de Crimea y adquisicion de Media.--Muerte de Basilio II. -- Reinado vergonzoso de Constantino VIII. -- Romano III Arjiro, emperador. -- Complot contra Romano III. -- Guerra con los sarracenos. -- Amor criminal de Zoe por Miguel IV. — Muerte de Romano. -- Miguel IV el Paflagonio. -- Peregrinacion de cuarenta caballeros normandos. -- Azañas de Guillermo llamado *Fierabrás*. -- Establecimiento de los normandos en Italia. -- Miguel Calafate, emperador.-- Revolucion del pueblo contra Miguel. -- Asesinato de tres mil personas. -- Huida, deposicion y muerte de Miguel.

ROMANO II EL JOVEN, EMPERADOR. — (960) El reinado de Romano fué vergonzoso, y no tuvo para el pueblo mas mérito sino ser corto. Este príncipe, nacido con buenas cualidades é instruido con sábias lecciones, se pervirtió con las intrigas de sus cortesanos y los vicios de su mujer. En su palacio fué la virtud un motivo de disfavor, y la desonestidad un derecho para las dignidades.

Los hombres de peor fama repartieron entre sí los empleos. Un monje eunuco, á quien Constantino habia mandado poner en prision á causa de sus

maldades, y Bringas, camarero mayor, gobernaron el imperio. Romano estaba siempre rodeado de bufones y prostitutas; y se jactaba tanto de la variedad de sus diversiones y de su actividad en los placeres, como César y Trajano del número de sus conquistas y de la rapidez de sus victorias.

Un historiador nos ha conservado el pormenor de uno de sus dias perdidos, que él creia bien empleados. Por la mañana, dice, presidió los juegos del circo: despues dió un banquete á los senadores, distribuyó regalos al pueblo, jugó á la pelota, atravesó el Bósforo, cazó, mató cuatro jabalíes grandes, y volvió por la tarde á su palacio á gozar los placeres del baile y de la música.

Dócil á los consejos de Teófana, su mujer, mandó á su madre y á sus cinco hermanas que se retirasen á un monasterio. Estas obedecieron; mas no la imperiosa Elena, que con sus reprensiones y amenazas aterró á su hijo, tan tímido como ingrato.

Esta época de ignominia para el emperador fué gloriosa al imperio. Nicéforo Fócas, y Leon, su hermano, la ilustraron con sus victorias. Habia treinta y cinco años que los sarracenos eran dueños de Creta. Nicéforo se propuso recobrar esta isla: unió al ejército griego cuerpos mercenarios de rusos y esclavones, desembarcó, atacó y venció á los musulmanes, y cercó á Candia. Este sitio fué memorable; porque era preciso vencer la aspereza de los lugares, el fanatismo de los cercados, el frio de un invierno rigoroso y la falta de víveres. Despues de diez meses de combates sangrientos y repetidos, cuando el ambre y el cansancio hubieron debilitado á los árabes, Nicéforo tomó la ciudad por asalto, sacó de ella un botin inmenso y un gran número de cautivos, y triunfó en el circo, llevando detras de su carro á los emires, Curupas y Anémas. Estos guerreros vencidos, mostraban en el infortunio una altivez indomable que realzaba la gloria del vencedor.

Leon, digno émulo de su hermano, consiguió en Galacia una gran victoria, auyentó á Cabdan y envió á la capital muchos cautivos (961).

El emperador hizo coronar á sus dos hijos Basilio y Constantino: con el objeto de hacer el trono ereditario, los príncipes trasmitian siempre el cetro; pero rara vez la autoridad. La ra-

zon queria que se fijase el trono: la costumbre multiplicaba las revoluciones.

El año siguiente marchó Nicéforo al Asia con un ejército poderoso, destruyó el de Cabdan, tomó muchas ciudades, se apoderó de Alepo, y arrolló á los mahometanos hasta el Eufrates.

Un hecho consignado en la historia de esta campaña prueba hasta qué punto estaban olvidadas las antiguas costumbres militares. En otro tiempo llevaban los romanos en sus largas marchas una armadura pesada y completa, víveres para muchos dias, y los paquetes de las tiendas y erramientas para fortificar los campamentos. En este siglo de decadencia refieren los historiadores como cosa digna de elojio, que de doscientos mil hombres mandados por Nicéforo, habia treinta mil que llevaban peto. La gloria de los guerreros umilla á los cortesanos:— envidioso Bringas de Nicéforo, inspiró á Romano sospechas contra él. El jeneral, para evitar la proscricion que le amenazaba, licenció su ejército y vivió retirado en Asia. El emperador murió al fin del tercer año de su reinado: unos atribuyen su muerte á la intemperancia, otros al veneno que Teófana le dió con la esperanza de mandar el imperio en nombre de sus hijos (1). Romano murió á la edad de veinticuatro años: en sus últimos instantes se acordó por la primera vez del bien público, y devolvió á Nicéforo el mando de los ejércitos.

Dos niños, uno de cinco años y otro de dos, entrambos coronados, ocupaban el trono bajo la tutela de Teófana. Nicéforo, creyendo el poder de Bringas estinguido con la muerte de su amo, volvió á Constantinopla y recibió los onores del triunfo; pero Bringas, que era siempre ministro, quiso condenar al triunfador á perder la vista. Nicéforo, advertido de su designio, engaña al cortesano, gana tiempo, finje fastidio de las grandezas y del mundo, afecta una ardiente devocion, y se hace amable al patriarca Polieucto de tal manera, que este prelado le elijió públicamente en el senado, y persuadió á Teófana que le confiase el ejército de Asia con plenos poderes, bajo la

(1) Acaso traiga orijen de esta mujer el célebre y antiguo veneno usado en Italia en otro tiempo por muchos pontífices, cardenales, y otros personajes, y que se llama *Acqua tofana*.

condicion de jurar fidelidad inviolable á los dos príncipes.

NICEFORO II. —(963) Nicéforo, sin perder tiempo, se reune con sus tropas. Bringas, engañado en sus proyectos, mas no desalentado, escribe á los jenerales Juan Zimisces y Cúrcuas, mandándoles que asesinasen á Nicéforo. Aquellos éroes desprecian semejante órden, muestran la carta del ministro á su jefe, le dan el cetro en vez de erirle con el puñal, y hacen que el ejército le proclame emperador. Nicéforo vuelve á Constantinopla seguido de sus lejiones: como Bringas se habia hecho odioso por sus violencias, la opinion pública se declaró á favor de su enemigo: el pueblo le proclamo, el patriarca le corona, y Nicéforo que tenia sin duda tan poco temor al veneno como á las batallas, se casa con Teófana, nombra curopalato á su ermano Leon, y da á Zimisces el mando del ejército de Oriente. Bringas esperaba el suplicio, mas solo fué condenado al destierro.

Pero el patriarca se oponia al casamiento de Nicéforo, como contrario á las leyes de la Iglesia, porque este jeneral habia sido padrino de un hijo de la emperatriz. Para quitar los escrúpulos, entrambos esposos negaron bajo juramento la ecsistencia de aquel lazo, que constaba públicamente, y el perjurio eludió la ley.

Una gran victoria, seguida de un revés mucho mayor, señaló el principio de este reinado. Manuel, jeneral griego, desembarcó en Sicilia, venció á los musulmanes, tomó á Hímera y otras muchas plazas, y en fin, á Siracusa; pero persiguiendo con demasiado ardor á los árabes, fué cercado en un desfiladero por los enemigos, muerto, y destruido su ejército y armada.

VICTORIAS CONTRA LOS SARRACENOS. — (964) Zimisces, mas dichoso, consiguió en Cilicia una señalada victoria contra las mejores tropas del imperio árabe. Envidiando Nicéforo la gloria de su lugarteniente, y no queriendo permitir que se olvidase la suya, volvió á presentarse al frente del ejército, pasó el monte Amano, taló á Siria, y se apoderó de Tarso, persiguió á los sarracenos desde las costas de Fenicia hasta las orillas del Eufrates, conquistó á Alepo y á Laodicea, hizo canje de prisioneros, y volvió á su capital. Habia dejado el ejército junto á los muros de Antioquía para bloquearla, proibiendo espresa-

mente comprar la conquista de la plaza á costa de la efusion de sangre. Pero apenas se separó del ejército, Zimisces, en desprecio de sus órdenes tomó la ciudad por asalto.

TIRANIA DE NICEFORO. — En vez de recompensar á los jenerales vencedores, Nicéforo los castigó, y destituyó á muchos de ellos. Este acto de severidad, que se hubiera alabado en la antigua Roma, escitó en el ejército griego un descontento jeneral. Nicéforo, por un esceso contrario, acabó de hacerse odioso al pueblo, permitiendo á las tropas la licencia y el robo. Se indispuso tambien con el clero, tomando una parte de sus bienes para pagar los gastos de la guerra.

A su atrevimiento temerario sucedió un terror supersticioso y pueril. Un astrólogo le habia predicho que seria asesinado en su palacio: por eso lo convirtió en una fortaleza, y mandó derribar los edificios cercanos. Enmedio de una noche sombría oyó una voz que gritaba: *Nicéforo, Nicéforo, cíñete de murallas, y levántalas hasta el cielo: tu destino se encierra contigo dentro de ellas y no podrás evitarlo.*

Su hermano Leon, imitando su codicia, oprimia al pueblo con impuestos: las murmuraciones del imperio oprimido eran presajios mas seguros de revolucion que los pronósticos de un astrólogo, ni los prestijios de una aparicion.

TURBULENCIAS ECLESIASTICAS EN ROMA, Y CONQUISTA DE ITALIA POR OTON. — (966) Desde el reinado precedente era grande la irritacion entre los dos imperios. Nicéforo, temiendo la ambicion de Oton, emperador de Occidente, envió un ejército contra él, é hizo alianza con Swiastoslaw, czar de los rusos, el cual entró en Bulgaria, la devastó, y defendió el imperio contra los úngaros.

Roma era por entonces teatro de grandes y escandalosas turbulencias. Volvamos al año 961.

Juan XII habia sido colocado en la santa sede el 19 de enero de 956 á la edad de diezíocho años. Hijo adúltero de la célebre Marozia, concubina de Serjio III, unia á las costumbres corrompidas de su siglo un carácter atrevido y emprendedor. La tiranía de Berenguer (ó Berengario como dicen otros) y de su hijo Aldaberto, escitando por todas partes el espíritu de rebelion, fué causa de

que este pontífice instase á Oton, *por el amor de Dios y de los santos apóstoles, á que viniese á libertar la iglesia romana de las garras de dos mónstruos que la despedazaban*. El rey de Alemania accede á sus deseos. Depónese á Berenguer y á su hijo y se corona en Milan á Oton por rey de Italia (1). Al año siguiente es coronado emperador en Roma, por Juan XII; y confirma las donaciones de los príncipes franceses, tan interesantes para el papado.

Pero muy luego olvida el papa sus empeños. Unido con Adalberto contra el emperador, junta tropas; mas viéndose demasiado débil para resistir, uye. Los romanos prestan un nuevo juramento de fidelidad por el cual se obligan á no elejir ni consagrar ningun papa sin el consentimiento del emperador ó de su hijo. Un concilio forma el proceso de Juan, acusado de crímenes enormes. Cítasele dos veces, y no se recibe otra respuesta que amenazas de escomunion.

El emperador mandó que se hiciese una acusacion en términos claros y precisos. Entonces se levantó Pedro, sacerdote cardenal, quien refirió haberle visto decir misa sin comulgar; otros de haberle visto por irrision conferir las órdenes en una cuadra: Benedicto y los otros diáconos y sacerdotes, que habia ordenado á obispos por dinero, que habia creado uno en la ciudad de Tuderta que tenia dieziseis años de edad; que además de otras faltas, nadie ignoraba su adulterio cometido con la mujer de Rainiero; su incesto con Estefania, concubina de su padre; su fornicacion pública con una viuda y su sobrina: que habia hecho del palacio de los pontífices un serrallo y lugar de prostitucion; que habia hecho sacar los ojos á Benedicto, su padre espiritual, el cual habia muerto de consecuencias de tan cruel operacion: que habia hecho cortar la mano á un cardenal diácono, llamado Juan, por haber escrito cartas al emperador

(1) Wolperto, arzobispo de Milan, colocó sobre la cabeza de Oton la antigua corona de los lombardos, que se conservaba en la iglesia de san Juan Bautista en Monza. — Esta misma corona ciñó Napoleon, despues de haber sido consagrado rey de Italia por el cardenal Caprara, arzobispo de Milan. En esta ocasion prorrumpió el emperador en aquellas palabras notables, que revelan la miseria umana: *Dios me la dado: ay de quien la tocáre!*

instándole á que viniese á vengar tantas crueldades; que habia mandado matar á otro Juan, tambien cardenal, despues de haberle cortado la nariz y los testículos: que con el casco en la cabeza y el puñal en la cintura, habia quemado y asolado las propiedades de un particular; y en fin, que habia bebido en orjías á la salud de Venus, de Júpiter y del diablo, etc.

En consecuencia de todas estas acusaciones, la reunion de los obispos depuso á Juan, y lo reemplazó con Leon VIII simple lego, pero hombre virtuoso, cuya eleccion confirmó el emperador. El papa depuesto consigue formarse un partido considerable, ofreciendo los tesoros de la Iglesia á cuantos quisiesen darle pruebas de fidelidad. Atacó á los alemanes y los obligó á abandonar á Roma. Algunas mujeres animadas de un violento entusiasmo por la libertad, empeñaron á los señores romanos á que arrojasen á Leon, cuyos partidarios sufrieron tratamientos tan crueles como ignominiosos; pero el triunfo de Juan XII fué de corta duracion, porque segun casi todos los historiadores, sorprendido en adulterio fué muerto á puñaladas por un marido desonrado.

Apenas murió, los romanos que ya no pensaban en su juramento, elijieron en rempiazo suyo á Benedicto V, sin hacer caso de Leon VIII. Este pueblo, segun Luitprando, obispo de Cremona, lombardo de orijen y autor contemporáneo, era entonces tan despreciado, aunque siempre altivo, que por el solo nombre de romano se designaba á un hombre pérfido, cobarde é infame.

Tanta audácia contra un gran príncipe tuvo el efecto de las empresas insensatas. Oton, que acababa de prender á Berenguer II en Montefeltro, sitia á Roma y la reduce al último estremo. «Interin esta espada esté en mis manos, ó en la de alguno de los mios, dijo Oton á los romanos, respetareis al papa Leon.» Tal fué el orijen del derecho de patronato que los reyes de los alemanes ejercieron posteriormente sobre la iglesia de Roma.

Los romanos obtienen perdon sometiéndose, pero aorca á la mitad del senado. Benedicto comparece á la presencia de un concilio, se confiesa culpable y se despoja de los hábitos pontificales. Leon VIII, con *todo el clero y todo el pueblo romano*, da un decreto célebre que se

mira como ley fundamental del imperio, que decia «que Oton y sus sucesores al reino de Italia tendrán para siempre el poder de elejir un sucesor, de nombrar el papa, y de dar la investidura á los obispos.» — Asi lo afirma Platina.

Muratori y otros han atacado la autenticidad de este decreto que se encuentra estractado en Graciano; pero se observa que si la forma puede ser falsa, en el fondo es cierto, pues que Luitprando cuenta el hecho conforme al acta misma. «La coleccion de Golbastus, dice M. Pfeffel, está llena de leyes y constituciones semejantes, cuyo tenor es incontestablemente cierto.»

Apenas el emperador habia abandonado á Italia, cuando los romanos, por un nuevo atentado, arrojaron á Juan XIII (1) que habia sido electo en presencia de los comisarios imperiales despues de la muerte de Leon VIII, sucedida al cuarto mes de su pontificado, el 17 de marzo de 964.

Pero Oton con su ejército llegó á Roma á marchas forzadas, se apoderó de los cónsules, del prefecto y de muchos principales de la ciudad; mandó matar á varios, puso á otros en el tormento para saber la verdad, no bastando los dolores para hacer retractar á algunos. El prefecto de Roma que parece era el que mas se oponia á la dominacion del pontífice, fué azotado por toda la ciudad y despues desterrado á Jermania segun Platina; pero otros historiadores dicen que Oton entregó en manos del papa al prefecto para que lo castigase á su placer. Que habiéndole afeitado la barba, fué atado por los cabellos á la cabeza del caballo de bronce de Constantino por espacio de una ora para escarmiento de los atrevidos con los pontífices. Que quitado de aquel sitio, lo pusieron sobre un asno con el rostro ácia el rabo y las manos atadas á las espaldas, azotándole por todas las calles de la ciudad hasta dejarlo espirante.

Oton, receloso de estos proyectos, envió por embajador á Constantinopla al historiador Luitprando, obispo de Cremona, con órden de pedir en casamiento la hija de Teófana (2),

(1) Juan XIII, hijo del cónsul Alberico, segun unos, y segun Platina hijo de un obispo llamado Juan, se denominaba Octaviano, como afirma Guillermo el Bibliotecario, antes de ascender al pontificado.

(2) *Teofania* dice el Platina.

y por dote la Pulla y la Calabria. Nicéforo echó en cara á Oton la usurpacion de Italia y Roma. El emperador de Occidente respondió, que habiendo dejado los griegos, á causa de su debilidad, á aquellos paises sin defensa ni gobierno, Roma le habia elejido libremente: que libertando á Italia de tiranos crueles y disolutos, y restableciendo en ella las leyes y la relijion, no habia hecho mas que seguir los ejemplos laudables de Teodosio, Valentiniano y Justiniano.

La relacion que hizo Luitprando de su embajada, fué dictada por el enojo, y mas satírica que histórica. Los dos emperadores se insultaron recíprocamente: como el uno queria una dote opulenta, y el otro una restitucion, no era fácil avenirlos. El embajador fué tratado sin cortesía: en una ceremonia se le dió un lugar inferior al de los diputados búlgaros; pero apenas se supo que Oton se disponia á entrar en Pulla, la corte de Constantinopla abatió su orgullo, entró en negociacion, y se convino que cesasen las ostilidades por ambas partes.

Oigamos la relacion que Luitprando hace de su embajada, pues contiene detalles curiosos sobre los usos y costumbres de la capital del imperio de Oriente. «Llegamos, dice, á Constantinopla en el mes de julio, y »al punto se nos dió una guardia de onor que nos acompañaba á todas partes. No pudimos beber el vino que nos presentaron, por estar mezclado »de espejuelo (ó piedra de yeso) »y de pez (1). Al siguiente dia »de nuestra llegada fuimos admitidos á la audiencia del emperador. Su estatura era baja »y achaparrada, y su rostro tan »moreno que hubiera causado »miedo á haberle encontrado en»medio de un bosque. — He sabido con desagrado, nos dijo, »que vuestro amo ha tenido el

(1) Lástima da el que haya escritores de mérito, pero tan crédulos ó tan lijeros, que al hablar de nosotros, estampen sin la menor crítica una porcion de necedades que chocan hasta al sentido comun. El uso de beber vino con yeso y pez, dice Müller que es africano, y que se conserva todavia en España. Ignoramos si en el territorio de los mas esquisitos vinos europeos, hay uso semejante; pero desde luego nos atrevemos á decir que dicha asercion será una de las tantas sandeces que propalan los estranjeros, y los franceses en particular, cuando sobre nuestros usos y nuestras costumbres discurren.

»atrevimiento de apropiarse la »ciudad de Roma, de dar muer- »te á hombres de mérito, como »Berengario y Adalberto, y de a- »solar á hierro y fuego las provin- »cias de mi dominio; y sé ade- »más que sois vos quien en tales »empresas le ha metido.— Nos- »otros respondimos: El empe- »rador nuestro amo ha veni- »do desde la estremidad de la »tierra para libertar á Roma de »los tiranos y prostitutas que la »oprimian, mientras que los de- »más príncipes, dormidos en sus »tronos, no han pensado en re- »primir tan escandalosos desór- »denes. Tenemos caballeros va- »lientes, prontos á probar con »las armas en la mano, el buen »derecho y la probidad de nues- »tro amo, si necesario es; pero »venimos aquí con intenciones »pacíficas y con el encargo de »pedir en matrimonio á la prin- »cesa Teofania para el hijo de »nuestro soberano. — Por toda »respuesta dijo el emperador: »Ya es tiempo de ir á la parada. »— Seguímosle y le vimos ves- »tido con un largo manto, atra- »vesar entre las aclamaciones »del pueblo (1) las filas de sus »soldados, que tienen el aire de »simples aldeanos, y que no lle- »van alabardas. En seguida nos »admitió á su mesa, y allí se »puso á criticar nuestro modo »de hacer la guerra, censuró lo »pesado de nuestras armas; qui- »so probar que los alemanes no »eran valientes sino cuando ha- »bian bebido, y aseguró que los »verdaderos romanos se halla- »ban en Constantinopla. Viendo »que iba yo á responderle, me »hizo señas de que callase, y co- »menzó á hablar de teolojía. »Díjele que entre nosotros los »alemanes no ecsistian sectas, »y que las guerras de pluma no »eran negocio nuestro. — El »emperador está rodeado de a- »duladores: Constantinopla está »sumerjida en los deleites; tié- »nense espectáculos asi los dias de »fiesta como los de labor. El po- »der de los griegos ya no descan- »sa en sus propias fuerzas, si- »no en las tropas mercenarias »de Amalfi y de Venecia, y en »los marinos rusos.»

En este tiempo Nicéforo, siempre victorioso, recorrió la Siria y la Armenia, taló la Mesopotamia, y destruyó á Edesa. Enmedio de sus conquistas supo con eno-

(1) *Pollá, pollá, pollá,* era la aclamacion griega usada en la corte de Constantinopla: dicha aclamacion se llamaba tambien en griego *polujronicscin*, durar largo tiempo, prolongar.

jo que el papa en sus actos tomaba el título de *universal*, y daba á Oton el de *emperador de los romanos*. Luitprando, para justificar al pontífice, se valió de un argumento mas propio para irritar al griego que para aplacarle. *El papa ha creido*, le dijo, *que habíais renunciado al nombre de romanos, como á su traje é idioma*. El embajador fué despedido, y se hallaron escritos en las paredes de su cuarto muchos epígramas que habia compuesto contra los griegos. Sin embargo, al momento de partir le dijo Nicéforo que aprobaria el matrimonio proyectado. Pero cuando los grandes alemanes, á quienes encargó Oton ir á recibir á la princesa, llegaron á Calábria, fueron presos ó asesinados por los griegos. Oton indignado entró en la Pulla, derrotó en batalla campal un ejército griego, aunque este habia llamado á los sarracenos en su socorro, taló los campos de Nápoles, se apoderó de Bovino, y volvió á Ravena con un rico botin.

JUAN ZIMISCES, EMPERADOR. — (969) En esta época los rusos, fieles aliados de Nicéforo, consiguieron una nueva victoria del rey de los búlgaros, que murió del pesar de su derrota. El emperador gozó poco de este triunfo: su vida y su poder tenian en el interior de palacio enemigos mas temibles que los bárbaros. Un desconocido, disfrazado de ermitaño, le entregó una carta en que se le avisaba que en el mes de diciembre terminarian sus dias y su reinado: mientras la leia desapareció el misterioso mensajero.

Habia mucho tiempo que Nicéforo despreciaba á Teofana. Esta mujer, que nunca tuvo constancia sino para la disolucion y el crímen, estaba perdidamente enamorada del valiente Zimisces, que jemia á la sazon en un destierro. La emperatriz logró el permiso de que viniese á vivir en Calcedonia: desde allí atravesaba todas las noches el Bósforo para venir á verla. La nueva Mesalina, cansada de amoríos tan misteriosos y contrariados, persuadió á su amante que se apoderase del trono. En tanto avisaron á Nicéforo que á la noche siguiente se le iba á asesinar, y que los omicidas estaban ocultos en el palacio de la emperatriz. Mandó pues á la guardia que rejistrase dicho palacio; y fuese descuido, ó acaso complicidad, todo se ecsaminó, escepto el aposento donde se encubrian los conjurados.

mira como ley fundamental del imperio, que decia «que Oton y sus sucesores al reino de Italia tendrán para siempre el poder de elejir un sucesor, de nombrar el papa, y de dar la investidura á los obispos.» — Asi lo afirma Platina.

Muratori y otros han atacado la autenticidad de este decreto que se encuentra estractado en Graciano; pero se observa que si la forma puede ser falsa, en el fondo es cierto, pues que Luitprando cuenta el hecho conforme al acta misma. «La coleccion de Golbastus, dice M. Pfeffel, está llena de leyes y constituciones semejantes, cuyo tenor es incontestablemente cierto.»

Apenas el emperador habia abandonado á Italia, cuando los romanos, por un nuevo atentado, arrojaron á Juan XIII (1) que habia sido electo en presencia de los comisarios imperiales despues de la muerte de Leon VIII, sucedida al cuarto mes de su pontificado, el 17 de marzo de 964.

Pero Oton con su ejército llegó á Roma á marchas forzadas, se apoderó de los cónsules, del prefecto y de muchos principales de la ciudad; mandó matar á varios, puso á otros en el tormento para saber la verdad, no bastando los dolores para hacer retractar á algunos. El prefecto de Roma que parece era el que mas se oponia á la dominacion del pontífice, fué azotado por toda la ciudad y despues desterrado á Jermania segun Platina; pero otros historiadores dicen que Oton entregó en manos del papa al prefecto para que lo castigase á su placer. Que habiéndole afeitado la barba, fué atado por los cabellos á la cabeza del caballo de bronce de Constantino por espacio de una ora para escarmiento de los atrevidos con los pontífices. Que quitado de aquel sitio, lo pusieron sobre un asno con el rostro ácia el rabo y las manos atadas á las espaldas, azotándole por todas las calles de la ciudad hasta dejarlo espirante.

Oton, receloso de estos proyectos, envió por embajador á Constantinopla al historiador Luitprando, obispo de Cremona, con órden de pedir en casamiento la hija de Teófana (2),

(1) Juan XIII, hijo del cónsul Alberico, segun unos, y segun Platina hijo de un obispo llamado Juan, se denominaba Octaviano, como afirma Guillermo el Bibliotecario, antes de ascender al pontificado.

(2) *Teofania* dice el Platina.

y por dote la Pulla y la Calabria. Nicéforo echó en cara á Oton la usurpacion de Italia y Roma. El emperador de Occidente respondió, que habiendo dejado los griegos, á causa de su debilidad, á aquellos paises sin defensa ni gobierno, Roma le habia elejido libremente: que libertando á Italia de tiranos crueles y disolutos, y restableciendo en ella las leyes y la relijion, no habia hecho mas que seguir los ejemplos laudables de Teodosio, Valentiniano y Justiniano.

La relacion que hizo Luitprando de su embajada, fué dictada por el enojo, y mas satírica que histórica. Los dos emperadores se insultaron recíprocamente: como el uno queria una dote opulenta, y el otro una restitucion, no era fácil avenirlos. El embajador fué tratado sin cortesía: en una ceremonia se le dió un lugar inferior al de los diputados búlgaros; pero apenas se supo que Oton se disponia á entrar en Pulla, la corte de Constantinopla abatió su orgullo, entró en negociacion, y se convino que cesasen las ostilidades por ambas partes.

Oigamos la relacion que Luitprando hace de su embajada, pues contiene detalles curiosos sobre los usos y costumbres de la capital del imperio de Oriente. «Llegamos, dice, á Constantinopla en el mes de julio, y »al punto se nos dió una guar»dia de onor que nos acompa»ñaba á todas partes. No pudi»mos beber el vino que nos pre»sentaron, por estar mezclado »de espejuelo (ó piedra de yeso) »y de pez (1). Al siguiente dia »de nuestra llegada fuimos ad»mitidos á la audiencia del em»perador. Su estatura era baja »y achaparrada, y su rostro tan »moreno que hubiera causado »miedo á haberle encontrado en»medio de un bosque. — He sa»bido con desagrado, nos dijo, »que vuestro amo ha tenido el

(1) Lástima da el que haya escritores de mérito, pero tan crédulos ó tan lijeros, que al hablar de nosotros, estampen sin la menor crítica una porcion de necedades que chocan hasta al sentido comun. El uso de beber vino con yeso y pez, dice Müller que es africano, y que se conserva todavia en España. Ignoramos si en el territorio de los mas esquisitos vinos europeos, hay uso semejante; pero desde luego nos atrevemos á decir que dicha asercion será una de las tantas sandeces que propalan los estranjeros, y los franceses en particular, cuando sobre nuestros usos y nuestras costumbres discurren.

»atrevimiento de apropiarse la »ciudad de Roma, de dar muer»te á hombres de mérito, como »Berengario y Adalberto, y de a»solará hierro y fuego las provin»cias de mi dominio; y sé ade»más que sois vos quien en tales »empresas le ha metido.— Nos»otros respondimos: El empe»rador nuestro amo ha veni»do desde la estremidad de la »tierra para libertar á Roma de »los tiranos y prostitutas que la »oprimian, mientras que los de»más príncipes, dormidos en sus »tronos, no han pensado en re»primir tan escandalosos desór»denes. Tenemos caballeros va»lientes, prontos á probar con »las armas en la mano, el buen »derecho y la probidad de nues»tro amo, si necesario es; pero »venimos aquí con intenciones »pacíficas y con el encargo de »pedir en matrimonio á la prin»cesa Teofania para el hijo de »nuestro soberano. — Por toda »respuesta dijo el emperador: »Ya es tiempo de ir á la parada. »— Seguímosle y le vimos ves»tido con un largo manto, atra»vesar entre las aclamaciones »del pueblo (1) las filas de sus »soldados, que tienen el aire de »simples aldeanos, y que no lle»van alabardas. En seguida nos »admitió á su mesa, y allí se »puso á criticar nuestro modo »de hacer la guerra, censuró lo »pesado de nuestras armas; qui»so probar que los alemanes no »eran valientes sino cuando ha»bian bebido, y aseguró que los »verdaderos romanos se halla»ban en Constantinopla. Viendo »que iba yo á responderle, me »hizo señas de que callase, y co»menzó á hablar de teolojía. »Díjele que entre nosotros los »alemanes no ecsistian sectas, »y que las guerras de pluma no »eran negocio nuestro. — El »emperador está rodeado de a»duladores: Constantinopla está »sumerjida en los deleites; tié»nense espectáculos asi los dias de »fiesta como los de labor. El po»der de los griegos ya no descan»sa en sus propias fuerzas, si»no en las tropas mercenarias »de Amalfi y de Venecia, y en »los marinos rusos.»

En este tiempo Nicéforo, siempre victorioso, recorrió la Siria y la Armenia, taló la Mesopotamia, y destruyó á Edesa. Enmedio de sus conquistas supo con eno-

(1) *Pollá, pollá, pollá*, era la aclamacion griega usada en la corte de Constantinopla: dicha aclamacion se llamaba tambien en griego *polujronicscin*, durar largo tiempo, prolongar.

jo que el papa en sus actos tomaba el título de *universal*, y daba á Oton el de *emperador de los romanos*. Luitprando, para justificar al pontífice, se valió de un argumento mas propio para irritar al griego que para aplacarle. *El papa ha creido*, le dijo, *que habíais renunciado al nombre de romanos, como á su traje é idioma*. El embajador fué despedido, y se hallaron escritos en las paredes de su cuarto muchos epígramas que habia compuesto contra los griegos. Sin embargo, al momento de partir le dijo Nicéforo que aprobaria el matrimonio proyectado. Pero cuando los grandes alemanes, á quienes encargó Oton ir á recibir á la princesa, llegaron á Calábria, fueron presos ó asesinados por los griegos. Oton indignado entró en la Pulla, derrotó en batalla campal un ejército griego, aunque este habia llamado á los sarracenos en su socorro, taló los campos de Nápoles, se apoderó de Bovino, y volvió á Ravena con un rico botin.

JUAN ZIMISCES, EMPERADOR. — (969) En esta época los rusos, fieles aliados de Nicéforo, consiguieron una nueva victoria del rey de los búlgaros, que murió del pesar de su derrota. El emperador gozó poco de este triunfo: su vida y su poder tenian en el interior de palacio enemigos mas temibles que los bárbaros. Un desconocido, disfrazado de ermitaño, le entregó una carta en que se le avisaba que en el mes de diciembre terminarian sus dias y su reinado: mientras la leia desapareció el misterioso mensajero.

Habia mucho tiempo que Nicéforo despreciaba á Teofana. Esta mujer, que nunca tuvo constancia sino para la disolucion y el crímen, estaba perdidamente enamorada del valiente Zimisces, que jemia á la sazon en un destierro. La emperatriz logró el permiso de que viniese á vivir en Calcedonia: desde allí atravesaba todas las noches el Bósforo para venir á verla. La nueva Mesalina, cansada de amoríos tan misteriosos y contrariados, persuadió á su amante que se apoderase del trono. En tanto avisaron á Nicéforo que á la noche siguiente se le iba á asesinar, y que los omicidas estaban ocultos en el palacio de la emperatriz. Mandó pues á la guardia que rejistrase dicho palacio; y fuese descuido, ó acaso complicidad, todo se ecsaminó, escepto el aposento donde se encubrian los conjurados.

MUERTE DE NICEFORO. — (969) Enmedio de la noche Zimisces y algunos oficiales, destituidos por la toma de Antioquía, desembarcaron cerca del palacio: las sirvientas de la emperatriz los introducen por los balcones en canastas tiradas con cuerdas. Se juntan con los conjurados, y penetran en la fortaleza imperial, cuya entrada les habian facilitado los artificios de Teófana. Hallan á Nicéforo acostado en el suelo sobre una piel de oso. Leon, por sobrenombre *valiente*, le hiere la cabeza con un sable, le llevan á la presencia de Zimisces, que le llena de injurias, le rompen los huesos con los puños de las espadas, y en fin, cuando el desgraciado príncipe imploraba el nombre de Dios, un conjurado le atravesó el cuerpo de una lanzada.

Entretanto el pueblo que acudió al ruido para defender al emperador, vió á la luz de las antorchas cuando se abrieron las puertas, la cabeza de Nicéforo. A este espectáculo orroroso uye y se dispersa, y Zimisces, dueño del palacio, lo es del imperio; porque en los gobiernos despóticos la corte es todo, la nacion es nada. Por la muerte de Nicéforo perdió el ejército un gran jeneral, y el imperio un mal príncipe. Teófana, autora de su oprobio y de su grandeza, mancilló su gloria coronándole, le escitó á la maldad y lo castigó.

Este príncipe infeliz habia escrito pocas oras antes á su hermano Leon que trajese á palacio un cuerpo escojido de tropas. Leon, entretenido en el juego, se tardó en abrir la carta, y cuando la leyó, era ya tarde. Queriendo obedecer se llegó al circo con sus soldados, y allí supo el écsito de la conspiracion, la muerte de su hermano y el triunfo de Zimisces: sus tropas le abandonaron, y buscó un asilo al pie de los altares de santa Sofia.

Los conjurados, trayendo consigo á los dos augustos Basilio y Constantino, reunieron el pueblo y le hicieron proclamar á Juan Zimisces. Este guerrero era pequeño de cuerpo, tenia mucho valor y fuerza estraordinaria. Su mérito le hacia digno del trono, si no hubiese ascendido á él por un delito. Quitó los empleos á los partidarios de Nicéforo: solamente el eunuco Basilio conservó el suyo, y aun llegó á ser primer ministro. La causa de su elevacion fué haber abandonado antes que todos á su dueño. Cuando Zi-

misces se presentó al patriarca para ser coronado, Polieucto le declaró que no podia permitir la entrada en la iglesia á un príncipe manchado con la sangre de un emperador y pariente; antes de espiar el omicidio; castigando á los cómplices y echando de palacio á una emperatriz parricida.

Zimisces obedeció, sacrificó por conservar la corona á los traidores que se la habian dado, juró que no habia vertido la sangre de Nicéforo, y declaró que los asesinos era Leon *valiente* y Teodoro el Negro.

Teófana, que esperaba reinar, no cojió otro fruto de su último delito sino el oprobio de haberle cometido, y el odio universal que merecia. Fué encerrada en un monasterio de Armenia. Antes de partir echó en cara al nuevo príncipe su amor, sus crímenes, su elevacion y su ingratitud; y viendo á su lado al jóven Basilio, su propio hijo, se arrojó á aogarle, llamándole scita y bárbaro, y le hubiera muerto á no quitársele la guardia de entre las manos.

El patriarca coronó á Zimisces, el cual anuló los decretos de su predecesor porque eran contrarios á la disciplina y á los intereses de la iglesia: mostróse jeneroso, caritativo, popular, y mitigó con la justicia de su administracion el error que habian inspirado sus crímenes.

Polieucto murió, y fué su sucesor Basilio, monje célebre por sus virtudes. Vacó la silla de Antioquía, y el emperador nombró para ella á un ermitaño llamado Teodoro, que le habia pronosticado su elevacion; pero aconsejándole que la esperase del voto jeneral, y no la acelerase por un delito; y aun se dice que añadió, que si daba oidos á una ambicion culpable, serian abreviados sus dias. Zimisces despreció sus consejos, pero le conservó su aprecio.

Victorias contra los arabes y rusos. — (970) Consternados los mahometanos por la pérdida de Antioquía, se habian reunido para recobrar esta plaza. Su ejército, compuesto de cien mil combatientes, mandados por el africano Zocar, valiente capitan, vino á cercarla. Por otra parte los rusos, vencedores de los búlgaros, amenazaban á los griegos. Zimisces reunió contra sus enemigos todas las tropas del Oriente. Nicolás, jeneral ábil aunque eunuco, marchó contra los árabes, les dió batalla, la ganó, y con sola esta victoria disipó su formidable liga.

El emperador escribió al príncipe ruso, que habiendo recibido la recompensa de sus servicios, debia volverse á su pais. Swiastoslaw replicó que llevaria su respuesta á la capital del imperio. Bárdas Sclero, cuñado de Zimisces, recibió órden de defender á Tracia con diez mil soldados; pero se le anticiparon treinta mil rusos, talaron la provincia, y se acamparon junto Andrinópoli, donde Sclero se habia encerrado. Este jeneral, para tenderles un lazo, finje temor de su número y osadía: ni hace salidas ni responde á sus insultos y amenazas. Los bárbaros confiados descuidan las guardias, corren desordenadamente por el campo, y se entregan de dia al saqueo, y de noche á la intemperancia. Habiendo puesto Sclero una parte de sus tropas en emboscadas, rodea al enemigo con otro cuerpo, y manda á algunas tropas lijeras que le fatiguen y le traigan al lazo. Este ardid se logró perfectamente: los bárbaros caen en la celada: los griegos se arrojan sobre ellos: los caballos espantados desordenan la infantería. Pero un guerrero ruso, notable por su estatura colosal y su denuedo, restablece el combate, se arroja sobre Sclero y le da en la cabeza un golpe terrible; mas el griego le partió el cráneo de un revés. Su hermano Constantino corta de un sablazo la cabeza del caballo de un jeneral. Estos ejemplos de fuerza y de valor inflaman á los imperiales, que desbaratan y dispersan al enemigo matándole mas de veinte mil hombres. Despues de esta victoria marchó Sclero contra Bardas Fócas, un desterrado que se sublevó y tomó á Cesárea. Fócas se defendió valerosamente; pero sus tropas le abandonaron. Perseguido y alcanzado, mató con su clava á un capitan que queria prenderle, se escapó á una fortaleza y capituló. El emperador le perdonó la vida y le obligó á hacerse monje.

El cristianismo establecido en Rusia. — (971) Zimisces, viudo de la hermana de Sclero, casó con Teodora, hija de Constantino Porfirojénito. Marchó despues á Bulgaria y derrotó completamente á los rusos en una batalla. El jóven emperador Basilio vino al campamento á gozar de la victoria, y asistió á la toma de la capital de Bulgaria, donde se halló al antiguo rey Borizes, cautivo de los rusos con su mujer é hijos.

Despues persiguieron los imperiales al ejército ruso, y lo al-

canzaron cerca de Dristra. Constaba de setenta mil hombres: dióse la batalla, y la victoria quedó por los griegos. Despues de otras muchas acciones y salidas de la guarnicion de Dristra, el czar de Rusia se vió precisado á capitular, rendir aquella plaza, hacer la paz y retirarse con solo veinte mil rusos que le quedaron. Swiastoslaw murió en el camino. Su sucesor Wladimiro se casó con la princesa Ana, hermana de Basilio, la cual acabó de establecer el cristianismo en Rusia.

Alianza con Oton. — (972) Zimisces triunfó en el circo. Todos sus deseos se cumplian. Oton, emperador de Occidente, solicitó su amistad, y celebró en Roma el casamiento proyectado con la princesa Teofanía. Al año siguiente un jeneral del imperio, encargado de continuar la guerra contra los sarracenos, los arrojó hasta el Tigris, se adelantó con demasiada imprudencia, fué vencido y perdió sus conquistas. El emperador se puso al frente del ejército, y reparó aquella desgracia con brillantes triunfos. Habiendo sido acusado el patriarca de Constantinopla, no quiso reconocer por juez suyo al príncipe. Zimisces le desterró á las orillas del Scamandro en la Troade, y nombró por sucesor suyo al ermitaño Antonio.

Zimisces muere envenenado.— (975) Zimisces corrió el Asia como un conquistador; y á su vuelta, admirado de un gran número de palacios magníficos, tierras fértiles y rebaños copiosos que habia en el camino, supo con asombro que todos pertenecian á su camarero mayor Basilio. «¡ Qué ! esclamó, ¿para enriquecer tan escesivamente á un vil eunuco pagan los pueblos tanto oro, prodigan tanta sangre, y esponen los emperadores su vida á los peligros de la guerra?» Los cortesanos se sonrieron oyendo esta reflecsion: el eunuco, que se hallaba entre ellos, aparentó una falsa risa; pero el enojo bramaba en su corazon, y aquella misma noche presentó á Zimisces, sirviéndole en la cena, una copa envenenada. Apenas el príncipe pudo llegar á Constantinopla: el arte de los médicos hizo esfuerzos inútiles. Este príncipe murió á los cincuenta y un año de edad y seis de reinado. Retardó la caida del imperio, y mereció ser contado entre los usurpadores felices, los monarcas ábiles y los grandes capitanes.

Principios del reinado de

BASILIO II, Y CONSTANTINO VIII. — (976) Mucho tiempo habia que el cetro era solo una decoracion, y la espada daba la autoridad. Basilio y Constantino habian pasado su primera juventud con el título de emperadores; pero verdaderos súbditos de su colége, no fueron libres hasta la muerte de Zimisces. Solo Bárdas Sclero podia escitar sus temores. Era famoso por sus victorias, y se le acusaba de aspirar al trono: terrible rival para dos emperadores, de los cuales el mayor no tenia veinte años. Teófana, acaso con parte en el envenenamiento del emperador, tuvo permiso de volver á palacio; mas no pudo ó no quiso recobrar su antigua influencia. Se apartó á Sclero de la corte, enviándole contra los sarracenos. El título de duque de Mesopotamia encubrió el desaire, y se dió el mando del ejército de Asia á Pedro Fócas, sobrino de Nicéforo. Sclero prorrumpe en quejas, y son despreciadas. Sale descontento, se pone al frente de sus tropas, se reviste de la púrpura, es proclamado emperador, sacrifica su patria á su ambicion, hace alianza con los árabes, toma á sueldo tres mil soldados de esta nacion, y cierra el oido á todas las proposiciones de paz. Pedro Fócas marchó contra él; pero estraviado por un guia infiel, fué sorprendido y vencido en la frontera de Capadocia: — las tropas imperiales uyeron. Sclero se apoderó de Antioquía, y dió el gobierno de esta plaza al sarraceno Abdalá. Despues ganó otra batalla contra los jenerales Leon y Juan el patricio, y los hizo prisioneros. Sus victorias aumentaron su partido; sin embargo, menos feliz en la guerra naval, su armada fué vencida por la de los emperadores.

En este tiempo habla la historia por la primera vez de los Comnenos, ilustre familia que reinó despues con tanto esplendor. Manuel Comneno, prefecto de Oriente, detuvo los progresos del rebelde, y le ofreció si se sometia, todo lo que pudiera desear, escepto la diadema. Sclero reusó sus proposiciones y le sitió en Nicéa. Despues de una larga resistencia se hallaba Manuel en el mayor apuro por falta de víveres: el valor era inútil, y la astucia le salvó. Habiendo venido un enviado de Sclero á ecsortarle á la rendicion, le enseñó inmensos almazenes llenos de arena, pero cubiertos con una capa de trigo.

Así logró una capitulacion, onrosa para los abitantes, y salió libre con la guarnicion. El emperador Basilio viendo que el peligro crecia sin cesar, juzgó no poder defenderse contra un ambicioso tan temible, sino armando contra él á un rebelde antiguo, no menos famoso: y así sacó del claustro á Bardas Fócas y le dió el mando del ejército de Asia. Fócas da batalla, la pierde, se retira en buen órden, prueba otra vez la suerte de las armas y vuelve á ser vencido; pero levantándose siempre despues de sus caidas, arriesga en fin en las orillas del Halis un combate decisivo. El mismo furor anima á ambos partidos. Enmedio de la batalla Fócas acometió á Sclero; y al estruendo del choque se separan los dos ejércitos, confiando su suerte al écsito de aquella lid. Fócas, habiendo evitado diestramente la terrible cimitarra de Sclero, le derriba con una maza de armas. Los soldados corren á vengar á su jefe, y rodean á Fócas con sus armas amenazadoras; pero el vencedor se abre paso y se vuelve á sus lejiones. En este momento el caballo de Sclero, cubierto de sangre, corre por la llanura. El ejército, viéndole sin jinete, se llena de consternacion: Fócas, aprovechándose de este desórden, derrota al enemigo, y obliga á Sclero á buscar un asilo en la corte del califa de Bagdad. El emperador logró de este califa á fuerza de oro que le tuviese en prision.

Invasion de los bulgaros en Dalmacia y Macedonia. — (977) En todo este tiempo los sarracenos continuaban sus correrías en Italia: y por otra parte un guerrero llamado Samuel, al cual nombraron por rey los búlgaros, se aprovechó de las turbulencias que dividian el imperio, y devastó sin ostáculo las provincias de Tracia, Macedonia, Tesalia y Dalmacia.

Estos bárbaros consumaron la ruina de la patria de Diocleciano, y demolieron su célebre palacio, del cual apenas quedan algunos vestijios. Estas desgracias despertaron á Basilio y le obligaron á salir de su larga infancia. En vano sus ministros y Fócas, que querian gobernar en su nombre, se opusieron á su jeneroso designio. Cansado de vejetar en el trono, quiso mandar los ejércitos y reinar.

Campaña desgraciada contra los bulgaros. — (981) A su voz se reunen nuevas tropas: se pone á su frente, marcha contra los búlgaros, atraviesa el monte

Ródope, deja en la retaguardia á Leon Melisseno con el encargo de defender los desfiladeros, y se acerca á la ciudad de Sárdica, donde estaba acampado Samuel. Los pueblos veian con esperanza y los grandes con temor, á un príncipe ganoso de manejar el cetro y la espada. Uno de estos cortesanos envidiosos se presenta á Basilio, le infunde sospechas y le hace creer que Leon, abandonada la custodia de los desfiladeros, marchaba á Constatinopla con el designio de coronarse.

El emperador, demasiado crédulo, se retira precipitadamente: los búlgaros le persiguen, y pierde su campamento y equipajes. Llegando por entre mil peligros cerca de Filipópolis, encuentra á Leon fiel y sosegado en su puesto. Enfurecido por el engaño, coje al delator por la barba, le llena de improperios y le pisotea. Sin embargo, le perdonó la vida, y se volvió á su palacio despues de una campaña tan poco gloriosa.

Guerras en italia. — (983) Los lazos de la sangre no valen á menudo contra los intereses políticos, y Teofanía, hermana de Basilio y esposa de Oton II, en lugar de afianzar la union de los dos imperios, instó á su marido para que estendiese sus posesiones á costa de los griegos. El emperador de Occidente pasó á Ravena, se apoderó de Salerno, y proyectó conquistar el resto de Italia. Basilio, despues de vanas negociaciones, recurrió á los árabes. Su jefe, el célebre Abulcasen, juntó sus tropas á las de los griegos, salió vencedor en tres batallas, y pereció en la cuarta.

Derrota, uida y muerte de oton. — Oton tomó á Tarento, y ganó despues otra accion; pero los aliados, divididos en dos cuerpos, colocaron uno en las montañas, y el otro finjiendo temor, atrajo al enemigo ácia la ribera: allí fueron envueltos los alemanes; y su ejército, acometido por todas partes, quedó destruido despues de una larga resistencia. La muerte consumió en aquel campo funesto, no solo gran parte de la nobleza jermánica é italiana, sino tambien muchos obispos y abades, que en aquellos tiempos bárbaros, á la vez supersticiosos y caballerescos, llevaban alternativamente el yelmo y la mitra, la cruz y la espada.

Oton uyó casi solo: perseguido con ardor por los sarracenos, y queriendo evitar el cautiverio, se arrojó con el caballo al mar, y

llegó nadando á una galera griega, donde se le hizo prisionero. Ya escribia á su mujer Teofanía para que pagase su rescate, cuando Tierri, obispo de Metz, se acerca á la galera socolor de entrar en negociacion con los griegos, seguido de muchas barcas llenas de soldados alemanes, que venian disfrazados de marineros. Oton, que los ve y reconoce, se arroja al mar: mata á un griego que se habia lanzado para cojerle y que ya le iba á los alcances, y protejido por las barcas llega nadando á la ribera.

Retirado á Roma, este príncipe aventurero se proponia conquistar á Sicilia en la primavera siguiente. La muerte puso fin á sus designios, y los griegos por fruto de la victoria recobraron la Pulla, la Calabria y los demás paises que habian perdido durante un siglo.

Los mismos príncipes lombardos reconocieron la soberanía del emperador de Oriente, el cual sometió la Italia á la autoridad absoluta de un majistrado llamado *Catapan*, es decir, revestido de poderes ilimitados. Entonces la fortuna se declaraba en todas partes favorable á Basilio. Bardas Fócas, su lugarteniente, ensalzó en Asia la gloria de las armas griegas, venció á los sarracenos, obligó al emir de Alepo á pagar el tributo acostumbrado, y al califa á concluir la paz. Hasta entonces un ministro llamado Basilio habia gobernado el imperio: el emperador, informado de sus malversaciones, le retiró su gracia, y el ambicioso cortesano murió de pesar. El príncipe, despues de sacudido el yugo, pareció otro hombre: se mostró activo, laborioso, templado; pero tambien orgulloso, melancólico, suspicaz é inflecsible. Solo dejaba á su hermano Constantino los onores y los placeres del trono; y este jóven príncipe, en lugar de quejarse, tenia lástima de Basilio, porque le miraba, decia, oprimido con el peso del imperio.

CONSPIRACION DE BARDAS FOCAS. — (989) Bardas Fócas, vencedor de los rebeldes, lo fué tambien, é hizo que su ejército, que estaba en Capadocia, le coronase. Leon Melisseno le ausilió en su rebelion. Al mismo tiempo Inargo, noble persa, cansado del yugo árabe, sublevó á sus compatriotas, tomó á su sueldo veinte mil turcos y venció á los sarracenos en muchos reencuentros. El califa, amedrentado, se acordó del talento de Sclero, le

hizo salir de la prision, y le propuso pelear en su defensa. Sclero consintió en ello, con tal de que solo se le diesen soldados griegos. Juntáronse tres mil cautivos de esta nacion, los armó, y seguido de ellos derrotó á los persas en batalla campal, y mató á su jefe Inargo; pero en lugar de volver á Bagdad, entra en las tierras del imperio con su ejército victorioso, derrotados los sarracenos que le perseguian. Vuelto á su patria y temiendo igualmente al emperador y á Fócas, procura engñarlos á entrambos, resuelto en su corazon á declararse por quien venciese. Escribió, pues, á Fócas ofreciéndose á favorecerle, y envió al emperador su hijo Romano, como reen y prenda de su sumision.

Basilio recibió benignamente á Romano, y aun le hizo su primer ministro. Fócas, prometiendo á Sclero una parte del imperio, le llama á una conferencia lo manda arrestar, le puso en prision, y marchó á Constantinopla. Caloeiro, que mandaba la mitad del ejército de Fócas, fué sorprendido, derrotado, hecho prisionero y aorcado. Fócas sitiaba entonces á Abido: Basilio le sale al encuentro; y en momentos tan decisivos, hasta el indolente Constantino deja las diversiones, y se presenta en la armada. Puestos los ejércitos uno en frente de otro, esperaban la señal, cuando de improviso Fócas viendo á Basilio ecsortando á sus soldados, le acomete con la lanza baja; pero enmedio dé la carrera se detiene, vuelve la brida, sube á una alturilla, desmonta, se echa en el suelo, y muere. Unos dijeron que de apoplejía; segun otros, de veneno. Constantino se jactó de haberle disparado una flecha; mas no se halló en el cadáver señal de semejante erida. Esta jornada que iba á ser tan sangrienta, solo costó la vida á Fócas: su ejército se desbandó, y un gran número de prisioneros fueron paseados sobre asnos en el circo. Los antiguos servicios de Leon le salvaron de esta ignominia. La viuda de Fócas, con la esperanza de vengar á su esposo, dió libertad á Sclero, que no tardó en reunir las reliquias de la rebelion; pero habiéndole ofrecido Basilio la dignidad de curopalato, aceptó y se sometió. Oprimido por la vejez, los trabajos, los pesares y las muchas eridas, estaba casi ciego, y se presentó al emperador apoyado sobre los hombros de dos escuderos. «¿Este es, pues, dijo Basilio, el objeto de tantos temo-

res? ¡Qué cosas tan vanas son la ambicion y la gloria! Ayer creia este hombre gobernar el imperio, y hoy no puede andar sin guia ni sostenerse sin apoyo.» Sclero, al despojarse del manto y diadema imperial, se habia olvidado de quitarse los borceguíes de púrpura. El emperador se lo advirtió sin enojo, le hizo sentar á su mesa, y perdonó jenerosamente á todos sus cómplices.

Conquista de Damasco y Tiro. — (995) Restablecida la paz en el Oriente, se dedicó Basilio á defender el Norte contra los bárbaros. En esta época adquirió sin pelear nuevos dominios: David, rey de Iberia, le dejó su reino en el testamento. Pedro Orseolo, dogo de Venecia, obtuvo un decreto que concedia en el imperio á los venecianos esenciones y privilejios verdaderos en cambio de una sumision aparente.

Los musulmanes de Asia y Ejipto tuvieron guerra entre sí. Basilio, aprovechándose de sus disensiones para castigarlos por el ausilio que habian dado á los rebeldes, se apoderó de Emesa, Damasco y Tiro. — La fortuna de Basilio le granjeó los omenajes de muchos soberanos.

Rebelion de Crescencio en Roma. — (998) Siete meses hacia que ocupaba la silla pontificia Francone, llamado por sus parciales Bonifacio VII, á cuyo puesto subiera, como dice el Platina, con malas artes y torpes manejos, cuando cayó de tan alto puesto por la indignacion pública. Los magnates de Roma conspiraron contra él; pero viéndose en peligro, robó secretamente los tesoros de la iglesia de san Pedro y uyó á Constantinopla. Allí permaneció ocho meses, en cuyo tiempo todo lo convirtió en dinero y volvió á Roma. Los romanos en ausencia suya elijieron á un tal Pedro, obispo de Pavía, que fué Juan XV, segun el referido Platina; pero apenas se sentó en el trono cuando el ecsecrable Bonifacio VII, ayudado de las riquezas robadas, compró á una porcion de jente baja del pueblo, los cuales se apoderaron de Juan, se lo entregaron, le mandó sacar los ojos y lo metió en un calabozo del castillo de san Anjelo, en donde le hizo morir de hambre ó de veneno; pero este sacerdote cruel no gozó largo tiempo de su orroroso triunfo, porque murió de repente. Los romanos, despues de haber ecsecrado su memoria, le ataron una cuerda á los pies, le arras-

traron por las calles de Roma, y quisieron gozar del atroz placer de lanzear su orrible cadáver. — Venganza tardía!

La silla de san Pedro fué ocupada despues por otros pontífices que á la verdad no fueron tan odiosos; pero un hecho notable de aquel tiempo merece narrarse con toda la posible imparcialidad. Crescencio Nomentano, cónsul romano de la familia de los condes de Tusculo, digno de desempeñar su encargo, habia concebido el proyecto grande y atrevido de arrancar á Roma del poder de los estranjeros y del papa, de devolverla una parte de sus antiguos derechos, casi destruidos, pero que eran innenajenables, imprescriptibles y sagrados. Persuadió al pueblo romano que recobrase su imperio; fué secundado, y el papa, que lo era Juan XVII, se vió obligado á uir, y á escaparse de Roma. Anduvo errante por algun tiempo en Toscana; pero devorado del deseo de reinar, escribió á Oton III, quien levantando un ejército, amenazó á los romanos con que iria á saquear y á arruinar la ciudad si no llamaban al papa, y le recibian con todos los onores debidos á su dignidad episcopal. Crescencio, de gran corazon, pero que conocia no poder hacer frente al emperador, no quiso esponer al pueblo de Roma, y consintió por el momento en la vuelta del papa. Este Juan XVII, que era hijo de un sacerdote, habia prometido á Oton coronarle emperador si acudia á su socorro; pero Juan murió antes de llegar á Roma. El emperador, al saber su muerte en Ravena, le dió por sucesor á Bruno, pariente suyo, que tomó el nombre de Gregorio V y lo envió á Roma bien escoltado. En seguida llegó Oton con la emperatriz María su mujer, se hizo consagrar por el nuevo pontífice, y creyéndole firme en la silla se marcha de Roma.

Mientras que Oton III estaba ocupado contra los bárbaros del Norte, el cónsul Crescencio, arroja de Roma á Gregorio V, quien va á escomulgarlo á Pavía. El clero y el pueblo le dieron por sucesor á un cierto griego, obispo de Plasencia, en Italia, llamado Juan XVIII, el cual solo gobernó diez meses. Su degraciado fin y su historia está ligada con la de su odioso perseguidor.

Oton vuelve á Italia y sitia á Roma. Crescencio defiende la ciudad por algunos dias, despues la abandona y se retira al mau-

soleo de Adriano, llamado entonces el muelle de Crescencio, y despues castillo de san Anjelo, con dicho Juan XVIII, que no debia ser mas que un fantasma de papa, y que hubiera devuelto á los romanos su muerta libertad, de la cual aun se acordaban Crescencio y algunos amigos enérjicos suyos. Pero agobiados por las fuerzas del emperador y prócsimos á sucumbir, se les propuso por parte de este y de Gregorio, la rendicion sin sufrir un asalto que debia costar mucha sangre. Los sitiados escucharon estas proposiciones y accedieron con la cláusula de que se les dejaria salir de la ciudad. Asi quedó convenido; pero traidoramente. Se apoderaron de ellos sin respetar la prometida fé, y por una barbárie digna del tirano mas feroz mandó Gregorio á la prensencia del pueblo, arrancar los ojos y la lengua al desgraciado Juan XVIII y mutilar orriblemente su cuerpo: cortáronsele las manos, la nariz y las orejas, y se hizo otro tanto con el jeneroso Crescencio. Despues de haberlos paseado así por las calles de Roma y de haber escitado el orror y la compasion de todos, fueron ambos degollados. — ¡La pluma se cae de la mano al trazar tamañas atrocidades mandadas ejecutar por hombres que se llaman ministros de un Dios de paz!

Sigamos pues los sucesos del imperio. El nuevo emperador Oton III pidió en casamiento á una princesa griega. Este emperador dió á toda la tierra un memorable ejemplo de severidad: convencida Maria de Aragon, su mujer, de haber solicitado á un jóven conde, y de haberle acusado en seguida del crímen que él no habia querido cometer, la hizo quemar viva. Cuéntase que Ugo Capeto, que acababa de subir al trono de Francia, habia casado á su hijo Roberto con Berta, comadre de este; pero Gregorio no solo rompió los lazos que unian á los esposos, sino que escomulgó á Berta.

Espulsion de los sarracenos de Italia. — (1003) Basilio continuaba victoriosamente la guerra contra los búlgaros. Les quitó muchas plazas: Dirraquio se le entregó por traicion. Todas estas guerras, aunque felices, empobrecian al pueblo, y solo enriquecian á los jenerales. Obligado el emperador á agravar los impuestos, fué odioso á sus vasallos; porque aumentó el erario secando las fuentes de la riqueza pública. Cuando murió, estaba agotado el imperio y ha-

bia en el erario tres mil seiscientos millones. La conquista de Bulgaria le costó doce años de combates. Su catapan Gregorio, favorecido por los venecianos, venció á los sarracenos y los echó de Italia.

Este reinado fué la época de una gran mudanza: los mahometanos, que eran en otro tiempo el terror de los príncipes europeos, no inspiraban ya tanto miedo, pero sí el mismo aborrecimiento; y el deseo de vengar las antiguas invasiones, sucedió á la necesidad de defenderse. El fanatismo y la gloria caballeresca formaron en todas partes coligaciones contra la media luna. El califa de Bagdad, informado de estos proyectos, persiguió cruelmente á los cristianos sometidos á su autoridad, destruyó sus iglesias, envió al suplicio un patriarca, aunque tenia por sobrina la mujer del califa de Ejipto: llamó á sus estados los judíos para que ultrajasen á los discípulos del Evanjelio; y en fin, destruyó en Jerusalen el templo y el santo sepulcro.

Orijen de las cruzadas. — Los gritos y jemidos de los cristianos perseguidos resonaron en Occidente y produjeron el atroz fanatismo de las cruzadas.

Conquista y devastacion de Bulgaria. — (1014) Basilio, tan belicoso en su edad madura como indolente habia sido en su juventud, logró una victoria señalada contra Samuel, rey de Bulgaria; pero la mancilló con su crueldad. No sabiendo qué hacer de quince mil prisioneros, les hizo sacar los ojos á todos, y los repartió en compañias de cien hombres, siendo la guia de cada una otro á quien solo habian quitado un ojo, y así los envió al rey de los búlgaros: el cual no pudiendo resistir á la dolorosa impresion de tan orrible espectáculo, se desmayó y murió á los dos dias. La umanidad hará siempre el elojio de Samuel vencido, y detestará á Basilio vencedor. Este emperador tan infame como supersticioso, para cumplir el voto que habia hecho de meterse fraile si conseguia aquella victoria, llevó todo el resto de su vida el grosero sayal sobre los vestidos imperiales, y se privó del uso de comer carne.

A esta maldad orrenda sucedió una derrota. Teofilacto, jeneral griego, fué sorprendido y muerto en un combate, y destruido el ejército que mandaba. Basilio implacable se vengó incendiando las ciudades,

aldeas y palacios de Bulgaria.

CONQUISTA DE CRIMEA Y ADQUISICION DE MEDIA. —(1017) Ducas, uno de sus lugartenientes, conquistó la Crimea, llamada entonces Cazaria. Cansado el rey de Media, de las contínuas invasiones de los sarracenos, entregó sus estados al emperador, prefiriendo á un trono vacilante la dignidad pacífica de patricio y gobernador de Capadocia. Ladislao, sucesor de Samuel, pereció en una batalla despues de haber combatido valerosamente. Los búlgaros, fatigados de una guerra de veinte años, se sometieron, y entregaron al emperador sus fortalezas.

Basilio triunfó en el circo, y tomó el sobrenombre de *Bulgaróctono*. Despues fué á visitar los campos de batalla de los antiguos griegos; y llegando junto al templo de Minerva en Atenas, ya derruido, dió gracias á Dios por sus victorias en la iglesia de la Vírjen, á la cual hizo muchas ofrendas.

De vuelta á la capital, la enriqueció con monumentos, y reparó el acueducto de Valentiniano. Dos rebeldes turbaron todavia su sosiego; pero sembró la division entre ellos: el uno llamado Fócas, pereció asesinado, y el otro fué preso, y acabó sus dias en un convento de frailes.

La paz que habia entre rusos y griegos cesó entonces por la muerte de la czarina Ana. Un ejército ruso fué vencido y capituló, y á pesar del convenio se le pasó á cuchillo.

MUERTE DE BASILIO II. — (1025) El emperador, no satisfecho con sus triunfos militares, quiso sustraerse á la autoridad de Roma, y persuadió al papa Juan XIX (que murió envenenado), que concediese al patriarca griego el título de *patriarca ecuménico de todo el Oriente*; pero la iglesia latina descubrió esta intriga y obligó al papa á revocar la bula. El ambicioso Basilio pensaba en conquistar á Sicilia, y ya sus tropas se embarcaban para la espedicion, cuando le sorprendió la muerte á los sesenta y ocho años de edad. Habia reinado doce años bajo Nicéforo Fócas y Zimisces, y cincuenta con su hermano Constantino. Indolente y olgazan en la infancia, disoluto en la juventud, belicoso en la edad madura, avariento y duro en la vejez, estendió las fronteras del imperio, afirmó el trono, sometió á sus enemigos, oprimió á sus pueblos; y sin embargo dió fuerzas por algun tiempo al estado.

REINADO VERGONZOSO DE CONSTANTINO VIII. — El hermano de Basilio, que habia ocupado cincuenta años el trono sin reinar, no conocia mas negocios ni obligaciones que sus placeres; y así escojió para jenerales, gobernadores de provincia y ministros los compañeros de sus liviandades. Estos hombres codiciosos fundaron rápidamente su fortuna en la ruina del tesoro, é hicieron cruel á su dueño para perseguir á los que los miraban con desprecio; es decir, á los personajes mas ilustres del imperio. Renacieron los tiempos de las delaciones y suplicios: la maldad dominaba y proscribia á la virtud: la injusticia produjo sediciones, y un reinado tan vergonzoso restituyó á los bárbaros la esperanza que les quitára el vigor de Basilio.

Los patzinaces pasaron el Danubio: los sarracenos insultaron las Cicladas. El peligro hizo que se nombrasen algunos jenerales, discípulos de Nicéforo, Basilio y Zimisces, y estos rechazaron á los bárbaros. Constantino, debilitado por sus disoluciones, cayó enfermo. Los médicos anunciaron que su muerte era inevitable y prócsima. Como este príncipe no tenia hijos varones, formó el designio de dar una de sus dos hijas y su corona á Constantino Dalaseno; pero sus ministros y favoritos, que temian perder su poder si un príncipe ábil y vigoroso subia al trono, se opusieron á la eleccion, y en lugar de Dalaseno fué llamado á palacio Romano Arjiro. El emperador moribundo le propuso la mano de su hija y el título de césar: Romano era casado, y dudaba aceptar: Constantino siempre cruel, aun en el trance de la muerte, le dijo: «Elije, ó el cetro con mi hija, ó te mando sacar los ojos: dóite por término este dia.» Romano amaba á su mujer, y hubiera sacrificado su vida á su afecto. Elena, que así se llamaba la virtuosa consorte, sabiendo su resistencia, acude, se arroja á sus pies le suplica que obedezca; se hace cortar el cabello en su presencia, toma el velo monástico, y esclama: «Mas feliz soy salvando la vista y quizá la vida de mi esposo, que si dividiese el imperio con él.» La princesa Teodora no quiso robar su marido á una mujer tan digna; pero Zoe, su hermana segunda, mas ambiciosa, aceptó su mano y el título de augusta. Diez lustros no habian estinguido en el corazon de esta mujer atrevida ni su amor á la dominacion, ni

su delirio por los placeres. El patriarca, á pesar de algunos ostáculos de parentesco, los coronó y casó. Tres dias despues murió Constantino, habiendo añadido á cincuenta años de indolencia tres de tiranía.

Por este tiempo fué cuando el monje Guido Aretino, dió á las seis primeras notas de la música los nombres que sacó de la primera estrofa del imno de san Juan, y que aun conservan hoy dia.

ROMANO III ARJIRO, EMPERADOR. — (1028) El nuevo emperador atraia las miradas é inspiraba respeto por su alta estatura, ademán majestuoso y elocuentes discursos; pero mas altivo que bueno, mas vano que ábil, no correspondió á las esperanzas públicas. Sin embargo, al principio alivió á sus vasallos del peso enorme de los impuestos: nombró para los obispados vacantes prelados virtuosos, y dió la dignidad de curopalato al anciano Sclero, á quien el infame, cobarde y cruel Constantino habia privado de la vista.

En aquel siglo corrompido la bondad parecia flaqueza: la umanidad del príncipe escitó la audácia de muchos ambiciosos, y conspiraron. La primer trama fué descubierta. Romano castigó con severidad á sus autores. Otra conspiracion mas peligrosa estaba á punto de estallar: dirijíala Constantino Diójenes, marido de Pulquéria, hermana del emperador: se le encerró en un convento, y sus cómplices fueron azotados y desterrados. El odio de Zoe á su hermana implicó á Teodora en la causa, y se echó de palacio á esta virtuosa princesa.

GUERRA CON LOS SARRACENOS. — (1030) El patricio Orestes, á quien el emperador Basilio habia enviado á Sicilia, volvia á la capital con sus tropas, cuando supo la muerte de aquel príncipe. Tuvo por sucesor á Andrónico, que se encargó de la espedicion proyectada contra los sarracenos. Este jeneral tomó por asalto la ciudad de Rejio; pero habiendo desembarcado en Sicilia, dejó que se relajase la disciplina: el ejército se entregó á la disolucion, y la disenteria castigó la intemperancia. Los sarracenos atacaron sus tropas debilitadas, hicieron gran destrozo en ellas, y Andrónico solo pudo salvar algunas reliquias del ejército.

En Oriente no eran mas felices las armas griegas. Esposidilo, gobernador de Asia, engañado por un árabe, cayó en una

emboscada, fué vencido, y perdió una fortaleza que abria á los musulmanes las puertas de Siria. Las prendas esteriores de que la naturaleza habia dotado á Romano y las adulaciones de los cortesanos, le hacian creer que era ó que debia ser un éroe. Envidioso de la gloria adquirida por Nicéforo y Zimisces, quiso imitarlos, se presentó en el ejército, despreció los prudentes consejos de Leon y de Dalaseno, escojió una mala posicion, fué sorprendido, y perdió sus reales: atacado de nuevo en su fuga y envuelto, hubiera perecido á no ser por la intrepidez de su guardia que le salvó y llevó á Antioquía.

Cuando el emperador volvió á Capadocia, recompensó con una gran dignidad la presencia de ánimo y la habilidad de Jorje Maniacés, guerrero hasta entonces desconocido, y que despues fué célebre. Este oficial, conservando su valor enmedio de los reveses que consternaban el ejército, habiéndosele intimado la rendicion de una plaza que defendia, finjió capitular, envió víveres y vino á los sitiadores, y apenas supo que estaban embriagados, se arrojó sobre ellos y los degolló. Romano, escarmentado en sus yerros, confió un grande ejército á Teoctisto, comandante de la guardia estranjera. Este jeneral ábil dividió al enemigo con sabios movimientos, lo venció separadamente, y auyentó al jeneral de los árabes, que pereció en la retirada.

Este brillante triunfo de Teoctisto aumentó el pesar y la umillacion de Arjiro, pareciéndole que la gloria de su jeneral doblaba su oprobio. Disgustado de las vanidades terrenas, se entregó á la piedad y á la fundacion de iglesias, para lo cual agobió al pueblo con impuestos. Sus derrotas habian estinguido la enerjía de su carácter; y la ambiciosa Zoe, dueña del poder, acusó de conspiracion á Constantino Diójenes, aunque estaba encerrado en una prision, y á su hermana Teodora. Diójenes por evitar el tormento, se mató á sí mismo; y Zoe completó su venganza, obligando á su hermana á tomar el velo de monja.

En el Norte y en el Mediodia, los griegos abandonados por su emperador, y no bien dirijidos por los favoritos de la emperatriz, fueron vencidos por los bárbaros. La derrota de una escuadra sarracena fué la sola y mezquina compensacion de tantos desastres, á los cuales se

añadió el azote de una terrible escasez producida por la langosta. Arjiro, ya de edad de sesenta años y sin eredero, empleaba para tener hijos los recursos pueriles y funestos del charlatanismo y la superstición. Engañado en sus esperanzas, se separó de la emperatriz.

AMOR CRIMINAL DE ZOE POR MIGUEL IV. — Zoe, delirante por los placeres enmedio del yelo de la edad, se enamoró del ermano de un eunuco que era camarero mayor. Este jóven, llamado Miguel Paflagonio, nacido en una clase oscura, habia entrado con un ermano suyo en una compañía de monederos falsos. El influjo del camarero mayor los sacó de la cárcel, los libertó del cadalso, y les granjeó empleos en la corte. La ermosura de Miguel enamoró á la emperatriz, y el príncipe era la única persona que ignoraba en palacio tan escandalosos amoríos. Al fin, Pulquéria, su ermana, se los descubrió. Romano llamó á Miguel, y creyó ó finjió creer que todo era calumnia. No tardó en castigar su induljencia ó su credulidad un veneno lento; y como la muerte no viniese tan pronta como deseaba su malvada esposa, una noche que estaba en el baño, le metieron la cabeza en el agua dos esclavos de Zoe, y le trajeron muerto á su cama. Antes de su elevacion vivia con Elena dichoso y estimado: su nuevo matrimonio y la corona destruyeron su felicidad y reputacion. Reinó cinco años. Zoe no esperó á que se supiese la muerte de su esposo: esta mujer atrevida vistió á Miguel los ornamentos imperiales, le puso en el trono, é hizo que los esclavos de la corte le proclamasen emperador. Envian á decir al patriarca Alexis que el soberano le llama: acude, creyendo que era Romano: ve á Miguel en el trono: Zoe le manda reconocerle y casar á entrambos. Alexis duda; pero los escrúpulos del sacerdote ceden á la presencia de cincuenta libras de oro que le presenta el camarero mayor; y antes de enterrar á Arjiro, se celebra el matrimonio de Miguel. Cuando el sol siguiente iluminó el teatro de tantos crímenes, el senado y el pueblo vieron las esequias de Romano, y supieron á un mismo tiempo la muerte de este emperador, el casamiento de Zoe, y que los griegos pertenecian á un nuevo señor.

Como es de costumbre en las cortes, Miguel recibió entonces

Reinado vergonzoso de Constantino VIII. — El hermano de Basilio, que habia ocupado cincuenta años el trono sin reinar, no conocia mas negocios ni obligaciones que sus placeres; y así escojió para jenerales, gobernadores de provincia y ministros los compañeros de sus liviandades. Estos hombres codiciosos fundaron rápidamente su fortuna en la ruina del tesoro, é hicieron cruel á su dueño para perseguir á los que los miraban con desprecio; es decir, á los personajes mas ilustres del imperio. Renacieron los tiempos de las delaciones y suplicios: la maldad dominaba y proscribia á la virtud: la injusticia produjo sediciones, y un reinado tan vergonzoso restituyó á los bárbaros la esperanza que les quitára el vigor de Basilio.

Los patzinaces pasaron el Danubio: los sarracenos insultaron las Cicladas. El peligro hizo que se nombrasen algunos jenerales, discípulos de Nicéforo, Basilio y Zimisces, y estos rechazaron á los bárbaros. Constantino, debilitado por sus disoluciones, cayó enfermo. Los médicos anunciaron que su muerte era inevitable y prócsima. Como este príncipe no tenia hijos varones, formó el designio de dar una de sus dos hijas y su corona á Constantino Dalaseno; pero sus ministros y favoritos, que temian perder su poder si un príncipe ábil y vigoroso subia al trono, se opusieron á la eleccion, y en lugar de Dalaseno fué llamado á palacio Romano Arjiro. El emperador moribundo le propuso la mano de su hija y el título de césar: Romano era casado, y dudaba aceptar: Constantino siempre cruel, aun en el trance de la muerte, le dijo: «Elije, ó el cetro con mi hija, ó te mando sacar los ojos: dóite por término este dia.» Romano amaba á su mujer, y hubiera sacrificado su vida á su afecto. Elena, que así se llamaba la virtuosa consorte, sabiendo su resistencia, acude, se arroja á sus pies le suplica que obedezca; se hace cortar el cabello en su presencia, toma el velo monástico, y esclama: «Mas feliz soy salvando la vista y quizá la vida de mi esposo, que si dividiese el imperio con él.» La princesa Teodora no quiso robar su marido á una mujer tan digna; pero Zoe, su hermana segunda, mas ambiciosa, aceptó su mano y el título de augusta. Diez lustros no habian estinguido en el corazon de esta mujer atrevida ni su amor á la dominacion, ni

su delirio por los placeres. El patriarca, á pesar de algunos obstáculos de parentesco, los coronó y casó. Tres dias despues murió Constantino, habiendo añadido á cincuenta años de indolencia tres de tiranía.

Por este tiempo fué cuando el monje Guido Aretino, dió á las seis primeras notas de la música los nombres que sacó de la primera estrofa del imno de san Juan, y que aun conservan hoy dia.

ROMANO III ARJIRO, EMPERADOR. — (1028) El nuevo emperador atraia las miradas é inspiraba respeto por su alta estatura, ademán majestuoso y elocuentes discursos; pero mas altivo que bueno, mas vano que ábil, no correspondió á las esperanzas públicas. Sin embargo, al principio alivió á sus vasallos del peso enorme de los impuestos: nombró para los obispados vacantes prelados virtuosos, y dió la dignidad de curopalato al anciano Sclero, á quien el infame, cobarde y cruel Constantino habia privado de la vista.

En aquel siglo corrompido la bondad parecia flaqueza: la umanidad del príncipe escitó la audácia de muchos ambiciosos, y conspiraron. La primer trama fué descubierta. Romano castigó con severidad á sus autores. Otra conspiracion mas peligrosa estaba á punto de estallar: dirijíala Constantino Diójenes, marido de Pulquéria, hermana del emperador: se le encerró en un convento, y sus cómplices fueron azotados y desterrados. El odio de Zoe á su hermana implicó á Teodora en la causa, y se echó de palacio á esta virtuosa princesa.

GUERRA CON LOS SARRACENOS. — (1030) El patricio Orestes, á quien el emperador Basilio habia enviado á Sicilia, volvia á la capital con sus tropas, cuando supo la muerte de aquel príncipe. Tuvo por sucesor á Andrónico, que se encargó de la espedicion proyectada contra los sarracenos. Este jeneral tomó por asalto la ciudad de Rejio; pero habiendo desembarcado en Sicilia, dejó que se relajase la disciplina: el ejército se entregó á la disolucion, y la disenteria castigó la intemperancia. Los sarracenos atacaron sus tropas debilitadas, hicieron gran destrozo en ellas, y Andrónico solo pudo salvar algunas reliquias del ejército.

En Oriente no eran mas felices las armas griegas. Esposidilo, gobernador de Asia, engañado por un árabe, cayó en una

emboscada, fué vencido, y perdió una fortaleza que abria á los musulmanes las puertas de Siria. Las prendas esteriores de que la naturaleza habia dotado á Romano y las adulaciones de los cortesanos, le hacian creer que era ó que debia ser un éroe. Envidioso de la gloria adquirida por Nicéforo y Zimisces, quiso imitarlos, se presentó en el ejército, despreció los prudentes consejos de Leon y de Dalaseno, escojió una mala posicion, fué sorprendido, y perdió sus reales: atacado de nuevo en su fuga y envuelto, hubiera perecido á no ser por la intrepidez de su guardia que le salvó y llevó á Antioquía.

Cuando el emperador volvió á Capadocia, recompensó con una gran dignidad la presencia de ánimo y la habilidad de Jorje Maniacés, guerrero hasta entonces desconocido, y que despues fué célebre. Este oficial, conservando su valor enmedio de los reveses que consternaban el ejército, habiéndosele intimado la rendicion de una plaza que defendia, finjió capitular, envió víveres y vino á los sitiadores, y apenas supo que estaban embriagados, se arrojó sobre ellos y los degolló. Romano, escarmentado en sus yerros, confió un grande ejército á Teoctisto, comandante de la guardia estranjera. Este jeneral ábil dividió al enemigo con sabios movimientos, lo venció separadamente, y auyentó al jeneral de los árabes, que pereció en la retirada.

Este brillante triunfo de Teoctisto aumentó el pesar y la umillacion de Arjiro, pareciéndole que la gloria de su jeneral doblaba su oprobio. Disgustado de las vanidades terrenas, se entregó á la piedad y á la fundacion de iglesias, para lo cual agobió al pueblo con impuestos. Sus derrotas habian estinguido la enerjía de su carácter; y la ambiciosa Zoe, dueña del poder, acusó de conspiracion á Constantino Diójenes, aunque estaba encerrado en una prision, y á su hermana Teodora. Diójenes por evitar el tormento, se mató á sí mismo; y Zoe completó su venganza, obligando á su hermana á tomar el velo de monja.

En el Norte y en el Mediodia, los griegos abandonados por su emperador, y no bien dirijidos por los favoritos de la emperatriz, fueron vencidos por los bárbaros. La derrota de una escuadra sarracena fué la sola y mezquina compensacion de tantos desastres, á los cuales se

añadió el azote de una terrible escasez producida por la langosta. Arjiro, ya de edad de sesenta años y sin eredero, empleaba para tener hijos los recursos pueriles y funestos del charlatanismo y la supersticion. Engañado en sus esperanzas, se separó de la emperatriz.

AMOR CRIMINAL DE ZOE POR MIGUEL IV. — Zoe, delirante por los placeres enmedio del yelo de la edad, se enamoró del ermano de un eunuco que era camarero mayor. Este jóven, llamado Miguel Paflagonio, nacido en una clase oscura, habia entrado con un ermano suyo en una compañía de monederos falsos. El influjo del camarero mayor los sacó de la cárcel, los libertó del cadalso, y les granjeó empleos en la corte. La ermosura de Miguel enamoró á la emperatriz, y el príncipe era la única persona que ignoraba en palacio tan escandalosos amorios. Al fin, Pulquéria, su ermana, se los descubrió. Romano llamó á Miguel, y creyó ó finjió creer que todo era calumnia. No tardó en castigar su induljencia ó su credulidad un veneno lento; y como la muerte no viniese tan pronta como deseaba su malvada esposa, una noche que estaba en el baño, le metieron la cabeza en el agua dos esclavos de Zoe, y le trajeron muerto á su cama. Antes de su elevacion vivia con Elena dichoso y estimado: su nuevo matrimonio y la corona destruyeron su felicidad y reputacion. Reinó cinco años. Zoe no esperó á que se supiese la muerte de su esposo: esta mujer atrevida vistió á Miguel los ornamentos imperiales, le puso en el trono, é hizo que los esclavos de la corte le proclamasen emperador. Envian á decir al patriarca Alexis que el soberano le llama: acude, creyendo que era Romano: ve á Miguel en el trono: Zoe le manda reconocerlo y casar á entrambos. Alexis duda; pero los escrúpulos del sacerdote ceden á la presencia de cincuenta libras de oro que le presenta el camarero mayor; y antes de enterrar á Arjiro, se celebra el matrimonio de Miguel. Cuando el sol siguiente iluminó el teatro de tantos crímenes, el senado y el pueblo vieron las cesequias de Romano, y supieron á un mismo tiempo la muerte de este emperador, el casamiento de Zoe, y que los griegos pertenecian á un nuevo señor.

Como es de costumbre en las cortes, Miguel recibió entonces

las enorabuenas de una multitud de grandes envilecidos, de cortesanos impudentes, de aduladores sin vergüenza, que le prodigaban demostraciones de afecto, aunque ni conocian al nuevo ídolo, ni sabian el oríjen de su elevacion. Romano murió sin hijos; pero las demás ramas de su familia sostuvieron su nombre con esplendor hasta la caida del imperio.

Por este tiempo la iglesia sufrió un nuevo escándalo con la intrusion de Benedicto IX en la cátedra de san Pedro (1). Des pues de la muerte de Juan XX (hijo de Gregorio, obispo de Port) Teofilacto, su sobrino, hijo de Alberico conde de Toscanella, que se hizo llamar Benedicto IX, le sucedió á la edad de doce años por medio del oro que derramó su padre para obtener los votos. El escándalo que causó su nombramiento venal para la cátedra de los apóstoles, no lo destruyó con la pureza de sus costumbres, pues al contrario, luego que se lo permitió la edad se encenagó en la crápula mas escandalosa y soez, y en toda suerte de depravacion. La iglesia se vió obligada por mucho tiempo á sufrir sus liviandades, su corrupcion y su impudente ambicion. Imposible es reprimir la indignacion cuando en las santorales se ve llamar *su santidad* á este galancete disoluto, cuando se ve á las iglesias de Polonia, de Jermania y de Boemia, reclamar su sacrílega intervencion, para sujetar con sus censuras á un bribon que se habia puesto de acuerdo con un indigno obispo para saquearlos y robarlos, y cuando se ven á estos depredadores bajar su frente ante este fantasma creado por el dinero.

No se da un paso en la historia que no se encuentren pruebas de la pobre estupidez umana. La Polonia estaba en la anarquía: los partidos de tiranos se disputaban sus pedazos; todos querian reinar, y no sabian mas que oprimir, saquear y degollar. Los polacos envian una diputacion á este Benedicto tan escandaloso, á fin de que anulase los votos que habia hecho Casimiro, principe de Polonia, en la abadía de Cluny, y en la cual habia recibido tambien el órden del diaconado. Los oprimidos y los opresores no sabian aun que solo se necesitan leyes, cuya única base sea la moral, para gobernar á los pueblos. El

(1) Suite de l'Histoire universelle de M. L'evêque de Meaux.

tarado mozalvete permite á Casimiro que se case y posea el reino de Polonia, so pretesto de pacificar las turbulencias de este reino, causadas por la muerte de su tio Boleslao.

Pero una circunstancia mas escandalosa, dice Lonjino, contribuye á realzar la disolucion de Benedicto. Este en reconocimiento de *semejante beneficio*, ecsije que todo el reino de Polonia pagase á san Pedro y á sus sucesores una moneda anual por cada cabeza, inclusos los nobles: que los polacos tuviesen las orejas descubiertas, el cabello cortado como los frailes de la comunion latina, y que en las principales fiestas de la Virjen se pusiesen al cuello un pedazo de tela blanca en forma de estola. ¿No es esto, dice un historiador, jugar con la divinidad, y la credulidad de los hombres? Pero en fin, este cobarde tirano recibe una parte del salario debido á sus crímenes. Los romanos cansados de sus escándalos y de sus atentados, lo arrojaron de la silla pontificia que con mil infamias desonraba. En su lugar elijieron á Juan, obispo de Sabina, y lo llamaron Silvestre III; pero apenas habia ocupado la silla cuarenta dias, cuando el infame Benedicto, favorecido por los condes de Toscanella, le hace descender, fulmina un anatema contra él, y se sienta en lugar suyo. Silvestre por esto no salió de Roma. Poco tiempo despues, viéndose Benedicto detestado y presajiando que seria terrible su caida, vendió el pontificado á Juan, arcipreste de san Juan *ante porta Latina* (1), mediante una considerable suma, despues de lo cual se entregó á toda clase de depravacion. Pero faltaba poner el colmo á la medida de sus infamias. Poco despues de haber hecho este tráfico odioso, el deseo de mando volvió á su alma, y por tercera vez lo lanzó en la desonra. El solo contra los ro-

(1) Oigamos lo que dice el Platina: «Por este acto todos acusaron á Benedicto, y la justicia divina le castigó. Pues se tiene por cosa muy cierta que despues de su muerte su monstruosa imájen se apareció á no sé quién, y preguntado la razon de que, por qué habiendo sido pontífice, se presentaba en tan orrorosa y espantable figura, le respondió: Porque he vivido sin ley y sin razon, quiere el Señor Dios, y Pedro cuya silla he contaminado con tantas infamias, que mi rostro tenga mas de fiera que de umano. —Y habiendo tenido el pontificado diez años, cuatro meses y nueve dias, aunque con interrupcion, murió finalmente.»

manos á quienes orrorizaba, y contra los otros dos papas, operando un triple cisma, hace entender á sus competidores que era necesario repartir entre sí las rentas de la iglesia. Lo propuesto, se ejecutó al punto; y con atroz escándalo se vió á estos tres antipapas dividir en tres porciones el patrimonio de los pobres, é ir á abitar con la mayor desvergüenza, el uno á san Pedro, el otro á santa María la Mayor, y el tercero, al palacio de Letran. ¿Hubo nunca triunvirato mas abominable? Un sacerdote nombrado Graciano compró á los tres sus infames títulos al papado, y les sucedió bajo el nombre de Gregorio VI.

Miguel iv el paflagonio, emperador. — (1034) Zoe habia coronado á su vil amante con la esperanza de reinar sobre un esclavo dócil y gobernar el imperio; pero el eunuco Juan hizo temer á su ermano el emperador, que esta mujer sin pudor ni freno le trataria un dia como á su primer esposo: el ingrato Miguel, rompiendo el instrumento pérfido de que se valió para elevarse, quitó á Zoe todo el poder, y convirtió el palacio en prision de la emperatriz.

Todos se sometieron en el imperio al usurpador: solamente Constantino Dalaseno, sufria con indignacion y enojo un yugo tan odioso. Enviósele órden de venir á la corte: el emperador juró sobre el evanjelio y las santas reliquias respetar su vida y libertad; y apenas, fiado en este juramento, llegó á palacio, fué puesto en la prision.

Nicetas, hermano del emperador y nombrado duque de Antioquía, no fué recibido en esta plaza sino despues de haber prometido una amnistía jeneral: apenas llegó, hizo decapitar á ciento de los principales abitantes. Una tiranía tan cobarde y cruel era odiosa en el imperio, y despreciada en las naciones estranjeras. Los sarracenos y los bárbaros del Norte devastaron sin dificultad las fronteras del Oriente y del Danubio.

Mientras que la bajeza y el crímen reinaban en Constantinopla, algunos aventureros, saliendo de las orillas del Sena, llevaron consigo á Italia la gloria de las armas. Cuarenta caballeros normandos, tan relijiosos como valientes, partieron de Francia para ir en peregrinacion al monte Gárgano. La bella y opulenta Italia escitó siempre la ambicion y codicia de los hijos del Norte; pero los normandos, mas jenerosos que los galos, lom-

bardos y godos, buscaron la fama antes que la fortuna; y aun no pensaban en fundar estados en aquellos ermosos paises, cuando se armaron para libertarlos del yugo de los griegos y de la opresion de los sarracenos. Guiados por el onor, nueva divinidad de los siglos modernos, protectores del flaco, de la viuda y del huérfano, pelearon como éroes contra todos los enemigos de la relijion y de la libertad.

Un italiano elocuente, que buscaba en todas partes guerreros para salvar su patria de la ferocidad de los árabes y de la perfidia griega, electrizó el valor de aquellos peregrinos. El papa, que acababa de pelear con los sarracenos en Toscana, les dió armas y soldados. El intrépido Mel les sirve de guia: acometen al catapan (1) Andrónico, y á pesar de la superioridad del número, le vencen en dos batallas; mas perdieron la tercera que se dió junto á Cannas: la fortuna les abandonó en aquel campo infausto, donde habia abandonado en otro tiempo á los antiguos éroes de Roma.

Esta derrota hizo conocer á los normandos que á pesar de su osadía, no les era posible luchar solos contra tantos enemigos. Ofrecieron pues sus brazos y espadas á los príncipes de Capua y Benevento. Enrique, emperador de Occidente, los empleó tambien en sus ejércitos contra los griegos. Los célebres hijos de Tancredo de Hauteville aumentaron el número y la gloria de los caballeros franceses. Despues de azañas prodijiosas, cuya narracion da á la historia el colorido de la novela, estos famosos normandos, unas veces peleando contra los griegos, otras unidos con ellos contra los árabes, llegaron en fin á hacerse dueños de Sicilia, y el imperio de Constantinopla perdió para siempre aquella isla. Con el ausilio de los hijos de Tancredo y trescientos normandos, tomaron por asalto los jenerales del emperador Miguel las ciudades de Mesina y Siracusa. Guillermo, uno de los príncipes franceses, se hizo tan célebre en estos combates por la fuerza de sus golpes, que así sus enemigos como sus camaradas le dieron el sobrenombre de *Fierabrás* ó brazo de hierro.

Enfurecidos los sarracenos al verse arrojados de la mas rica de sus conquistas, volvieron á

(1) Este era el título del majistrado que enviaba la corte de Constantinopla.

Sicilia en número de cincuenta mil hombres para restaurar sus pérdidas, y dieron una batalla sangrienta á los cristianos. El valor eróico de los normandos triunfó completamente en esta jornada: el ejército musulman fué vencido y aniquilado, y trece plazas fuertes abrieron sus puertas al vencedor. Los griegos, siempre pérfidos, en lugar de premiar debidamente á los valerosos caballeros que les habian dado la victoria, les reusaron con bajeza lo que les debian. Estos guerreros, ofendidos, volvieron á Italia y se vengaron de esta injuria derrotando á los griegos en varios reencuentros, y tomando muchas ciudades de que se hacian soberanos.

Establecimiento de los normandos en Italia. — (1040) Los normandos se apoderaron de casi todo lo que el imperio griego poseia en Italia; y solo conservó por algun tiempo las ciudades de Brindis, Bari, Tarento, y Otranto. Al mismo tiempo un soldado bárbaro llamado Aluciano, sublevó á los búlgaros; y la noticia de una nueva invasion de este pueblo selvático llenó de consternacion al imperio. Miguel, enfermo entonces de idropesía, quiso marchar contra los búlgaros: en vano los senadores, afectando interesarse por su vida, pero temiendo realmente su incapacidad, quisieron apartarle de esta resolucion. «Yo no he aumentado el imperio, les dijo; no quiero que pierda nada por mí causa.» Despues de estas palabras, dignas de un gran príncipe, salió á tomar el mando del ejército. La fortuna le favoreció: forzó los pasos de las montañas, penetró en Bulgaria, la sometió y volvió á la capital con un gran número de prisioneros. Esta primera y única accion vigorosa de su vida fué su último esfuerzo.

Al acercarse la muerte sintió el remordimiento de sus maldades, y empleó el aliento que le quedaba en espiarlas con limosnas y fundaciones de iglesias y ospitales. Dócil á los consejos de su ermano el eunuco Juan, que temia la venganza de Zoe si reinaba sola, obligó á esta princesa á adoptar á su sobrino Miguel, llamado por el pueblo el *calafate*. Recibió la púrpura y el título de césar. Instalado el nuevo príncipe, el emperador se hizo cortar el cabello, se encerró en un monasterio, no quiso despedirse de Zoe, y murió el 10 de noviembre de 1041 al salir de los oficios divinos. Monedero falso en su juventud, ele-

vado por el adulterio y el asesinato á un trono que manchó siete años con sus vicios y su tiranía, la historia se avergüenza de contarle en el número de los muchos malos monarcas.

MIGUEL CALAFATE, EMPERADOR. — (1041) Miguel calafate, despreciado por sus tios, odioso á Zoe, no estaba sostenido por el príncipe que le habia dado la púrpura: temblando en su trono solitario, se arrojó á los pies de la emperatriz, le prometió ser un esclavo decorado con el cetro, y á esta condicion obtuvo de aquella princesa entregada á los placeres, el permiso de coronarse. El nuevo monarca agotó el tesoro para hacer regalos al senado y al pueblo, como si hubiese querido comprar la corona. Su elevacion no sirvió mas que para manifestar sus vicios: la ingratitud, el mas bajo de todos, fué el que primero mostró: despues de haber engañado con caricias y hecho sentar á su lado en el trono á su tio Juan, autor de su fortuna, le alejó de la corte; y luego envidioso de verle rodeado en la desgracia de omenajes y amigos, le hizo encerrar en un monasterio de Asia.

No conservando ya mas validos ni ministros que á Constantino, el mas perverso de sus tios, desterró á los demás y los hizo eunucos. Aunque carecia de todo talento y mérito, las aclamaciones vulgares del pueblo le persuadieron que era amado, creyéndose motivo de la alegría que todos manifestaban en las ceremonias públicas, no siendo mas que la ocasion. Desvanecido por este afecto aparente, é importunado por el nombre, la clase y la autoridad de Zoe, resolvió cortarle el cabello, desterrarla á la isla de Prota y encerrar al patriarca Alexis en un monasterio.

REVOLUCION DEL PUEBLO CONTRA MIGUEL. — Cuando Anastasio, prefecto de la ciudad, leyó estos decretos al pueblo, un hombre gritó: «No queremos á Calafate: solo obedeceremos á Zoe, nuestra madre: el imperio es su patrimonio.» La muchedumbre aplaudió estas palabras; se anima, forma corrillos y se enardece. Por todas partes resuenan estas voces terribles: *muera Calafate*. Los hombres se arman con picas, piedras, palos y pedazos de bancos, y las mujeres con sus usos. Anastasio busca su salvacion en la fuga: todos le persiguen: unos se arrojaron al palacio, otros sacaron de los monasterios á Teodora y Zoe, y las proclamaron

manos á quienes orrorizaba, y contra los otros dos papas, operando un triple cisma, hace entender á sus competidores que era necesario repartir entre sí las rentas de la iglesia. Lo propuesto, se ejecutó al punto; y con atroz escándalo se vió á estos tres antipapas dividir en tres porciones el patrimonio de los pobres, é ir á abitar con la mayor desvergüenza, el uno á san Pedro, el otro á santa María la Mayor, y el tercero, al palacio de Letran. ¿Hubo nunca triunvirato mas abominable? Un sacerdote nombrado Graciano compró á los tres sus infames títulos al papado, y les sucedió bajo el nombre de Gregorio VI.

Miguel IV el paflagonio, emperador. — (1034) Zoe habia coronado á su vil amante con la esperanza de reinar sobre un esclavo dócil y gobernar el imperio; pero el eunuco Juan hizo temer á su ermano el emperador, que esta mujer sin pudor ni freno le trataria un dia como á su primer esposo: el ingrato Miguel, rompiendo el instrumento pérfido de que se valió para elevarse, quitó á Zoe todo el poder, y convirtió el palacio en prision de la emperatriz.

Todos se sometieron en el imperio al usurpador: solamente Constantino Dalaseno, sufria con indignacion y enojo un yugo tan odioso. Enviósele órden de venir á la corte: el emperador juró sobre el evanjelio y las santas reliquias respetar su vida y libertad; y apenas, fiado en este juramento, llegó á palacio, fué puesto en la prision.

Nicetas, hermano del emperador y nombrado duque de Antioquía, no fué recibido en esta plaza sino despues de haber prometido una amnistía jeneral: apenas llegó, hizo decapitar á ciento de los principales abitantes. Una tiranía tan cobarde y cruel era odiosa en el imperio, y despreciada en las naciones estranjeras. Los sarracenos y los bárbaros del Norte devastaron sin dificultad las fronteras del Oriente y del Danubio.

Mientras que la bajeza y el crímen reinaban en Constantinopla, algunos aventureros, saliendo de las orillas del Sena, llevaron consigo á Italia la gloria de las armas. Cuarenta caballeros normandos, tan relijiosos como valientes, partieron de Francia para ir en peregrinacion al monte Gárgano. La bella y opulenta Italia escitó siempre la ambicion y codicia de los hijos del Norte; pero los normandos, mas jenerosos que los galos, lom-

bardos y godos, buscaron la fama antes que la fortuna; y aun no pensaban en fundar estados en aquellos ermosos paises, cuando se armaron para libertarlos del yugo de los griegos y de la opresion de los sarracenos. Guiados por el onor, nueva divinidad de los siglos modernos, protectores del flaco, de la viuda y del huérfano, pelearon como éroes contra todos los enemigos de la relijion y de la libertad.

Un italiano elocuente, que buscaba en todas partes guerreros para salvar su patria de la ferocidad de los árabes y de la perfidia griega, electrizó el valor de aquellos peregrinos. El papa, que acababa de pelear con los sarracenos en Toscana, les dió armas y soldados. El intrépido Mel les sirve de guia: acometen al catapan (1) Andrónico, y á pesar de la superioridad del número, le vencen en dos batallas; mas perdieron la tercera que se dió junto á Cannas: la fortuna les abandonó en aquel campo infausto, donde habia abandonado en otro tiempo á los antiguos éroes de Roma.

Esta derrota hizo conocer á los normandos que á pesar de su osadía, no les era posible luchar solos contra tantos enemigos. Ofrecieron pues sus brazos y espadas á los príncipes de Capua y Benevento. Enrique, emperador de Occidente, los empleó tambien en sus ejércitos contra los griegos. Los célebres hijos de Tancredo de Hauteville aumentaron el número y la gloria de los caballeros franceses. Despues de azañas prodijiosas, cuya narracion da á la historia el colorido de la novela, estos famosos normandos, unas veces peleando contra los griegos, otras unidos con ellos contra los árabes, llegaron en fin á hacerse dueños de Sicilia, y el imperio de Constantinopla perdió para siempre aquella isla. Con el ausilio de los hijos de Tancredo y trescientos normandos, tomaron por asalto los jenerales del emperador Miguel las ciudades de Mesina y Siracusa. Guillermo, uno de los príncipes franceses, se hizo tan célebre en estos combates por la fuerza de sus golpes, que así sus enemigos como sus camaradas le dieron el sobrenombre de *Fierabrás* ó brazo de hierro.

Enfurecidos los sarracenos al verse arrojados de la mas rica de sus conquistas, volvieron á

(1) Este era el título del majistrado que enviaba la corte de Constantinopla.

Sicilia en número de cincuenta mil hombres para restaurar sus pérdidas, y dieron una batalla sangrienta á los cristianos. El valor eróico de los normandos triunfó completamente en esta jornada: el ejército musulman fué vencido y aniquilado, y trece plazas fuertes abrieron sus puertas al vencedor. Los griegos, siempre pérfidos, en lugar de premiar debidamente á los valerosos caballeros que les habian dado la victoria, les reusaron con bajeza lo que les debian. Estos guerreros, ofendidos, volvieron á Italia y se vengaron de esta injuria derrotando á los griegos en varios reencuentros, y tomando muchas ciudades de que se hacian soberanos.

Establecimiento de los normandos en Italia. — (1040) Los normandos se apoderaron de casi todo lo que el imperio griego poseia en Italia; y solo conservó por algun tiempo las ciudades de Brindis, Bari, Tarento, y Otranto. Al mismo tiempo un soldado bárbaro llamado Aluciano, sublevó á los búlgaros; y la noticia de una nueva invasion de este pueblo selvático llenó de consternacion al imperio. Miguel, enfermo entonces de idropesía, quiso marchar contra los búlgaros: en vano los senadores, afectando interesarse por su vida, pero temiendo realmente su incapacidad, quisieron apartarle de esta resolucion. «Yo no he aumentado el imperio, les dijo; no quiero que pierda nada por mí causa.» Despues de estas palabras, dignas de un gran príncipe, salió á tomar el mando del ejército. La fortuna le favoreció: forzó los pasos de las montañas, penetró en Bulgaria, la sometió y volvió á la capital con un gran número de prisioneros. Esta primera y única accion vigorosa de su vida fué su último esfuerzo.

Al acercarse la muerte sintió el remordimiento de sus maldades, y empleó el aliento que le quedaba en espiarlas con limosnas y fundaciones de iglesias y ospitales. Dócil á los consejos de su ermano el eunuco Juan, que temia la venganza de Zoe si reinaba sola, obligó á esta princesa á adoptar á su sobrino Miguel, llamado por el pueblo el *calafate*. Recibió la púrpura y el título de césar. Instalado el nuevo príncipe, el emperador se hizo cortar el cabello, se encerró en un monasterio, no quiso despedirse de Zoe, y murió el 10 de noviembre de 1041 al salir de los oficios divinos. Monedero falso en su juventud, ele-

vado por el adulterio y el asesinato á un trono que manchó siete años con sus vicios y su tiranía, la historia se avergüenza de contarle en el número de los muchos malos monarcas.

Miguel calafate, emperador. — (1041) Miguel calafate, despreciado por sus tios, odioso á Zoe, no estaba sostenido por el príncipe que le habia dado la púrpura: temblando en su trono solitario, se arrojó á los pies de la emperatriz, le prometió ser un esclavo decorado con el cetro, y á esta condicion obtuvo de aquella princesa entregada á los placeres, el permiso de coronarse. El nuevo monarca agotó el tesoro para hacer regalos al senado y al pueblo, como si hubiese querido comprar la corona. Su elevacion no sirvió mas que para manifestar sus vicios: la ingratitud, el mas bajo de todos, fué el que primero mostró: despues de haber engañado con caricias y hecho sentar á su lado en el trono á su tio Juan, autor de su fortuna, le alejó de la corte; y luego envidioso de verle rodeado en la desgracia de omenajes y amigos, le hizo encerrar en un monasterio de Asia.

No conservando ya mas validos ni ministros que á Constantino, el mas perverso de sus tios, desterró á los demás y los hizo eunucos. Aunque carecia de todo talento y mérito, las aclamaciones vulgares del pueblo le persuadieron que era amado, creyéndose motivo de la alegría que todos manifestaban en las ceremonias públicas, no siendo mas que la ocasion. Desvanecido por este afecto aparente, é importunado por el nombre, la clase y la autoridad de Zoe, resolvió cortarle el cabello, desterrarla á la isla de Prota y encerrar al patriarca Alexis en un monasterio.

Revolucion del pueblo contra Miguel. — Cuando Anastasio, prefecto de la ciudad, leyó estos decretos al pueblo, un hombre gritó: «No queremos á Calafate: solo obedeceremos á Zoe, nuestra madre: el imperio es su patrimonio.» La muchedumbre aplaudió estas palabras; se anima, forma corrillos y se enardece. Por todas partes resuenan estas voces terribles: *muera Calafate*. Los hombres se arman con picas, piedras, palos y pedazos de bancos, y las mujeres con sus usos. Anastasio busca su salvacion en la fuga: todos le persiguen: unos se arrojaron al palacio, otros sacaron de los monasterios á Teodora y Zoe, y las proclamaron

emperatrices. Tambien se puso en libertad al patriarca.

Sitiado el emperador por la furiosa plebe, hace entrar en palacio á Zoe, la reviste de la púrpura, la muestra al pueblo desde un balcon, y le arenga para mitigarlo. Se le responde con injurias y amenazas: se le arrojan piedras y flechas. Ya el cobarde prometia descender del trono; pero su tio Constantino reanimó su valor; da órdenes, la guardia imperial sale, pelea con el pueblo, le rechaza, y da muerte á tres mil habitantes. Una multitud inmensa, animada por el deseo de la venganza, vuelve á acometer, se arroja sobre los soldados, los oprime con su mismo peso, fuerza las puertas de palacio y busca en vano á Calafate, que se entró en una barca con Constantino, para refujiarse al monasterio de Estudio, donde uno y otro tomaron el hábito.

Miguel fué depuesto: Zoe, á pesar de su odio á Teodora, se vió obligada, por las instancias del senado y las aclamaciones del pueblo, á admitirla por coléga. Deliberóse despues acerca de la suerte de Miguel y su tio. Zoe queria que se les perdonase. Teodora se inclinaba á la venganza: la muchedumbre pedia que muriesen; resolvióse pues que se les saltasen los ojos: suplicio que Constantino sufrió con ánimo, y Miguel con infame cobardía. Emtrambos murieron en el claustro. Miguel reinó catorce meses, y entró para siempre en la oscuridad, de la cual no habia salido sino para adquirir una fama ignominiosa.

FIN DEL TOMO DÉCIMOSETIMO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOCUARTO.

LIBRO DECIMOQUINTO.

CONTINUA EL BAJO IMPERIO. — IMPERIO GRIEGO.



ERRATAS ESENCIALES.

Páj. 166, col. 1.ª, lín. 36, donde dice *me la dado*, léase, me la ha dado.
Paj. id., col. 2.ª, lin. 33, donde dice *muerto de consecuencias*, léase, muerto á consecuencia.
Páj. 168, col. 2.ª, lín. 30, donde dice *receloso de estos proyectos*, léase, receloso de los proyectos de Niceforo.

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XVIII.

Stat sua cuique dies.

VIRG.

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1843.

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOQUINTO.

CAPITULO IV.

ZOE Y TEODORA, CONSTANTINO IX MONOMACO. TEODORA, SEGUNDA VEZ EMPERATRIZ. MIGUEL VI STRATONICO. ISAAC COMNENO. CONSTANTINO X DUCAS. EUDOSIA Y ROMANO DIÓJENES. MIGUEL VII PARANIPACIO.

Zoe y Teodora emperatrices. — Cisma de la iglesia griega. — Togrul, primer sultan de los Seljiucidas. — Guerra entre el papa y los normandos. — Derrota del papa. — Muerte de Zoe. — Muerte de Constantino. — Teodora, segunda vez emperatriz. — Miguel VI Stratónico, emperador. — Abdicacion y retirada de Miguel. — Isaac Comneno, emperador. — Deposicion y muerte del patriarca. — Retirada de Isaac Comneno. — Constantino X Ducas, emperador. — Su débil reinado. — Nuevo cisma en la iglesia. — Ildebrando ó el papa Gregorio VII. — Querella de las investiduras. — Guelfos y Jibelinos. — Atroz comportamiento de Gregorio VII con Enrique IV de Alemania. — Muerte de Gregorio VII. — Eudosia y Romano Diójenes. — Azañas de Romano Diójenes. — Su casamiento con Eudosia. — Sublevacion de los varangas. — Obras de Eudosia. — Espedicion de Diójenes contra los turcos. — Perfidia de Andrónico. — Magnanimidad del Sultan. — Paz con los turcos. — Miguel VII Paranipacio, emperador. — Su retrato. — Elevacion y caida de Nicéforo Brienne.

TEODORA Y ZOE, EMPERATRICES. — (1042) Dos mujeres, discordes por un antiguo odio, de las cuales la una era célebre solamente por sus vicios y crímenes, ocupaban el sólio de Constanti-

no, Teodosio, Justiniano y Heraclio. La necesidad las hizo amigas por algun tiempo. Era un espectáculo singular para los griegos ver á dos princesas ambiciosas presidir juntas los tribunales, recibir juntas los embajadores, y dictar juntas al senado sus voluntades soberanas.

Su corta administracion fué prudente: mostraron vigor sin crueldad, y mansedumbre sin flaqueza. El órden volvió á aparecer en la hacienda: se desterró la venalidad de los destinos: los impuestos disminuyeron, y el pueblo gozó bajo su autoridad de un sosiego por largo tiempo desconocido. El eunuco Nicolás, siempre fiel á la familia de las emperatrices, mantuvo la disciplina en el ejército de Oriente, y el patricio Constantino Cabasilas en el del Occidente. Maniacés, jeneral, fué á Italia con plenos poderes. Lo que acaso se esperaba menos fué que estas dos princesas orgullosas comprendieron, antes que el infortunio las obligase á ello, que no podian llevar solas un cetro tan pesado, y que aun las victorias de sus jenerales eran peligrosas para ellas, si no elejian un emperador. Resolvióse, pues, que una de ellas se casara: Zoe, para conservar la corona, afectó renunciar á la libertad y someterse á un esposo.

El talento de Constantino Daleseno le inspiró al principio la idea de elevarle al trono. Disimulando su designio, le sacó de la prision y le envió á llamar con el pretesto de consultarle sobre los asuntos de Italia; y habiendo conocido por la conversacion que si le tomaba por marido se daría un dueño, renunció á él, y se fijó en uno de los muchos amantes, cuyo carácter dócil satisfacia sus inclinaciones y su ambicion, y ofreció el cetro al camarero Constantino Artoclines. Este era casado; pero la esperanza de reinar hizo que se divorciase: su mujer, enfurecida y zelosa, le envenenó, queriendo mejor su muerte que cederle á una competidora.

Zoe, que conservaba á los sesenta y dos años todos los vicios de su juventud, revistió con la púrpura á otro cómplice de sus estravíos, que se llamaba Constantino Monómaco. Apasionado como ella á los placeres, se habian perdonado mútuamente sus numerosas infidelidades. Monómaco habitaba, siete años hacia, en Mitilene, donde se le habia desterrado. Hijo de padres ilustres, desarreglado en sus costumbres, y esento hasta

entonces de ambicion, parecia á propósito para llenar las intenciones de Zoe. Un sacerdote de palacio solemnizó su casamiento, porque el patriarca oponia á él las leyes de la iglesia, que proibian entonces las terceras nupcias.

Teodora, la única de las dos ermanas que no era indigna de reinar, renunció al poder, y vivió en el retiro, conservando no ostante el título de augusta. Zoe se abandonó sin freno á la disolucion, disponiendo á su capricho de las dignidades del estado y de la hacienda pública. Constantino, insultando como ella la relijion, las leyes y la decencia, hizo venir á su lado á Sclerena, hija de Sclero, á la cual habia seducido: le dió guardia y aposento en palacio, y se atrevió á condecorarla con el título de augusta. La vil y complaciente Zoe hizo con su condescendencia mas infame el escándalo. Así, por una depravacion sin ejemplo, se legalizó en cierto modo la crápula, el adulterio fué una dignidad de la corte, y la misma púrpura cubrió á la mujer infiel del emperador, y á su desvergonzada manceba.

Monómaco se presentaba entre las dos en las ceremonias, juegos y banquetes. El pueblo insultó al principio á aquella prostituta condecorada; mas no tardó en abituarse á su yugo, y fué oprimido con impuestos de todas clases para satisfacer la codicia de dos mujeres sin onor.

Esta necesidad de tener siempre dinero en el tesoro para contentar deseos insaciables, hizo cometer un grave yerro. Hasta entonces las provincias fronterizas, encargadas de la defensa del imperio, habian estado esentas de contribuciones: se las obligó á pagar, y las invasiones de los bárbaros fueron mas frecuentes, y sus triunfos mas fáciles. Monómaco habia deseado el trono como un asilo para descansar y gozar; mas no pudo dormir en él. Su reinado fué una perpétua ajitacion de sediciones y guerras. Teofiacto fué el primero que levantó el estandarte de la rebelion. Vencido y preso se le paseó en el circo en traje de mujer. En aquellos tiempos serviles se ultrajaba al rebelde si era derrotado y se le coronaba si vencia. La fuerza ocupaba el lugar de la justicia, y las acciones eran virtudes ó delitos, segun el resultado. — Hoy sucede lo mismo entre nosotros.

Un ejército griego, habiéndo-

se entregado á los mayores desórdenes en Servia, fué sorprendido al retirarse en un desfiladero, donde los servios le rodearon y destruyeron. El imperio perdió allí cuarenta mil hombres.

Tres grandes sucesos, el establecimiento de los normandos en Italia, la traslacion del poder de los califas á los turcos seljiucidas, y el principio del gran cisma entre la iglesia griega y latina, hicieron el reinado de Monómaco una época memorable de la historia.

Zoe, enviando á Maniacés á Italia, se habia onrado á sí misma con una eleccion ábil. Este jeneral, vencedor muchas veces de los éroes normandos que habian puesto á su frente al griego Arjiro, comenzaba á someter al imperio de Oriente casi todas las provincias de Italia; pero una intriga de palacio desvaneció estas esperanzas. El padre de Sclerena habia sido enemigo de Maniacés, y Monómaco, dominado por su manceba, destituyó á aquel feliz defensor del imperio. Maniacés, irritado de esta injuria, despues de haber triunfado otra vez de Arjiro y de los normandos, se embarcó con su ejército, resuelto á acometer á Constantinopla. Enviaron contra él al eunuco Estevan, que debia su grado al favor y á la intriga: los dos ejércitos se dieron batalla: en el primer choque dió á sus soldados el jeneral Estevan el ejemplo de la fuga. El imperio iba á mudar de señor; pero por una casualidad Maniacés, persiguiendo á los fujitivos, fué erido mortalmente de una flecha. Este accidente muda la fortuna del combate: los vencidos vuelven á las armas, los vencedores rinden las suyas: Estevan entra en Constantinopla con la cabeza del rebelde, y el emperador preside la ceremonia de su triunfo, sentado vergonzosamente entre Sclerena y Zoe.

Arjiro, traidor al imperio, recibió en premio de su alevosía el principado de Bari. Los normandos se indisponen con él. Guiscard es nombrado príncipe de Salerno y Capua, y duque de Calabria: sus compañeros reparten las ciudades conquistadas de los griegos, y forman una asociacion feudal, cuyo jefe era Guillermo Fierabrás, conde de la Pulla. Segun la práctica de aquel tiempo, el soberano de todos estos guerreros, tan indisciplinados como valientes, no era mas que el primero entre sus iguales. Esta a-

narquía feudal se estableció tambien en Alemania, y solo la abilidad de los reyes de Francia, Inglaterra y España (1) impidió á sus grandes completar y consolidar esta organizacion monstruosa; mas sin embargo, adquirió bastante fuerza para prolongar por mucho tiempo la servidumbre de los pueblos, y la dependencia de los monarcas. Eustasio, nuevo catapan de Italia, fué completamente derrotado por los normandos. Guillermo Fierabrás sobrevivió poco á este triunfo, y su ermano Drogon eredó sus posesiones y su gloria.

Cisma de la iglesia griega.—(1043) La pérdida total de Occidente preparó el cisma de los griegos. Miguel Cerulario, que lo proclamó, acababa de suceder al patriarca Alexis. Desde algunos siglos antes se creia entre los cortesanos que la capital del imperio debia serlo de la relijion; pero esta disputa no produjo grandes disensiones mientras Roma y Bizancio estuvieron sometidas á un mismo príncipe. Conforme se fué debilitando la autoridad de los sucesores de Constantino en Italia, los patriarcas de Constantinopla aumentaron sus pretensiones, y quisieron transferir á su silla la primacía de que gozaba el sumo pontífice. Este deseo fué mayor cuando Roma reconoció á Carlomagno por emperador de Occidente. Desde entonces los patriarcas reclamaron en vano el título de jefes ecuménicos de la iglesia de Oriente. El patriarca Miguel Cerulario, mas atrevido, viendo que los latinos atribuian el primado de la silla de Roma á un derecho venido por sucesion de San Pedro, mientras que los griegos no le habian concedido esta primacía sino por respeto á la capital del imperio, resolvió romper abiertamente con el papa, y para apoyar su causa, cubrió con un pretesto relijioso esta querella que realmente no era mas que política.

Agarrándose de prácticas minuciosas, hizo un crímen de todo. Comer carnes aogadas y animales inmundos, carne en miércoles, huevos y queso el viernes, ayunar el sábado, servirse de pan ácimo ó sin levadu-

(1) Nunca llegó en España el gobierno feudal á adquirir el vigor que en los demás paises, porque para pelear continuamente contra los mahometanos, era necesario un pueblo libre, y un monarca independiente. Los mismos señores daban privilejios á sus vasallos para que defendiesen sus estados contra los moros. (Lista).

ra para la misa y no cantar *alleluia* en cuaresma, eran segun él cosas abominables. En una respuesta que envió á Roma, dijo que los latinos imponian una dura penitencia á cualquiera que comiese sangre y carnes aogadas, fuera del peligro de morir de ambre. Esta conformidad de opinion es notable sobre un objeto semejante. La pasion mas bien que la preocupacion, animaba á Cerulario, y solo buscaba pretestos para coonestar su empresa.

Una carta muy fuerte de Leon IX irritó el odio del patriarca. Leon echaba en cara á los griegos mas de noventa erejías, condenadas por la iglesia romana; probaba el poder temporal de los papas por la quimérica donacion de Constantino. Sus razones á la verdad valian tanto como las de Cerulario. Este reusó ver á los legados enviados á Constantinopla. Entonces pusieron estos sobre el altar de santa Sofía en 1054, un acta de escomunion, que decia que *Miguel y sus sectarios sean escomulgados con los simoniacos, los erejes, y con el diablo y sus ánjeles si no se convierten.*

Acúsase á los griegos de que por este acto castraron á sus huéspedes y en seguida los hicieron obispos; de decir que la ley de Moisés es maldita; de que observaban purificaciones judáicas; de quitar del símbolo la procedencia del Espíritu Santo; de permitir el casamiento á los sacerdotes y de ecsijir que llevasen la barba y los cabellos largos; en una palabra de renovar todas las antiguas erejías.

Cerulario por su parte respondió á los legados con un decreto injurioso: *Hombres impios, salidos de las tinieblas del Occidente, han venido á esta piadosa ciudad, desde donde la fé católica se ha esparcido por todo el mundo, y han intentado corromperla con la diversidad de sus dogmas.* Esta salida hace ver cuánto se acaloran los ánimos en la disputa, cuando se alejan de los límites de la moderacion. Los griegos despreciaban soberanamente á los romanos. Mirábanlos como bárbaros é ignorantes; estaban justamente indignados del imperio que querian tomar los papas sobre todo el universo; y devolvian anatemas por anatemas. El cisma se consumó en dicho año 1054.

Cuanto mas indignos del trono eran Zoe y Monómaco, tanto mas favorecidos fueron de la fortuna. Habian descontentado con insultos y confiscaciones injus-

tas á los mercaderes rusos. El czar Jaroslaw, vencedor de los lituanios y patzinaces, dió órden á su hijo Wladimiro que marchase á Constantinopla con cien mil hombres. Monómaco se pone al frente de su ejército; pero cuando llegó á la vista del enemigo, no atreviéndose á arriesgar la batalla, entró cobardemente en negociaciones, y encargó á Basilio, uno de sus oficiales, que reconociese la escuadra rusa. Este, traspasando sus instrucciones con dichosa temeridad, empeña el combate, se arroja enmedio de los buques enemigos, incendia los unos, desordena los otros, y esparce en todas partes el terror y el espanto. Entonces el emperador, aprovechándose de este primer triunfo, se adelanta, acomete al ejército ruso, le desbarata y hace gran carnicería en los fujitivos. Wladimiro uyó á su pais con las reliquias del estrago. El triunfo de Monómaco no impidió que el pueblo murmurase; porque los impuestos le vejaban demasiado para deslumbrarse con el brillo de la victoria; y así en presencia del emperador lenó de insultos á Sclerena, á la cual atribuia todos sus males. La guerra continuaba con los sarracenos. Nicolás, jeneral de Monómaco, fué sorprendido y derrotado por ellos; pero Catacalon y Constantino, jefes mas ábiles, repararon este revés.

Al mismo tiempo el emperador, por una simple sospecha envió á un monasterio á Tornicio, pariente suyo, y gobernador de Iberia. Los macedonios, que amaban á este gobernador por su rectitud y benignidad, le esperan en el camino, le libertan, se sublevan, y unidos á las tropas de Andrinópoli, le proclaman emperador. Tornicio se acerca con ellas á los muros de la capital, y despues de un sangriento asalto penetra por sus puertas. Era dueño del trono, si no se hubiese detenido; pero temiendo que sus tropas se entregasen por la noche al saqueo y á la disolucion, dejó para el dia siguiente su entrada triunfante en la ciudad. Este yerro lo arruinó. Disipóse el terror de los sitiados: recobraron valor, corrieron á las murallas y las guarnecieron con máquinas que al rayar el dia hicieron mucho estrago en los sitiadores. Tornicio, al retirarse, fué acometido por las lejiones asiáticas: abandonado de los suyos, cayó en poder del emperador, y se le sacaron los ojos.

Togrul, primer sultan de

LOS SELJIUCIDAS. — (1048) Los turcos seljiucidas, descendientes de los hunos, adquirian entonces mucha gloria, bajo las órdenes de Togrul su príncipe, cuyo predecesor Arslan habia pasado ya el Tigris y asolado la Mesopotamia. Togrul, despues de sangrientas disensiones civiles, habiendo adquirido un poder absoluto sobre su pueblo belicoso, tomó el título de sultan. El califa de Bagdad, atacado siempre por emires rebeldes, solicitó inprudentemente contra ellos el socorro de Togrul, el cual pasó de ausiliar á dueño; y desde entonces los sultanes gobernaron como soberanos las provincias árabes, despojaron á los califas del poder temporal, y solo les dejaron la supremacía relijiosa.

Estevan, jeneral del emperador, habia retardado el engrandecimiento de los turcos, reusándoles el paso por el territorio del imperio. Mas no tardaron en vengarse: su ejército, inundando las provincias imperiales, venció á los griegos: y Estevan fué hecho prisionero y vendido por esclavo. Catacalon, gobernador de Iberia, con el ausilio de Acron, príncipe búlgaro, reunió tropas contra ellos, hizo movimientos ábiles y mató un gran número de turcos. El sultan furioso volvió con mayores fuerzas á atacar la ciudad de Arce, hoy Erzerun. Liparito, rey de una parte de la Iberia, que habia quedado dependiente, reunió sus banderas á las de Catacalon y Acron. Los dos ejércitos se dieron batalla cerca de Capetra. Los griegos desbarataron al principio las dos alas de ios turcos; pero Liparito, demasiado ardiente en perseguirlos, cayó prisionero, sus tropas uyeron, y los dos ejércitos, eridos de un mismo terror, se retiraron. Monómaco ofreció á Togrul pagar el rescate de Liparito. El sultan respondió: «Yo soy rey de reyes y no mercader. El emperador quiere rescatar este cautivo: yo lo doy y no lo vendo. Acuérdese de esto y consulte en su prudencia si quiere ser mi amigo ó mi enemigo.» Togrul al dar la libertad á Liparito, envió un jerife á Constantinopla para tratar de paz; pero ecsijia un tributo, y el emperador lo reusó.

Al mismo tiempo un ejército de patzinaces, que la ecsajeracion griega hizo ascender á ochocientos mil hombres, pasó el Danubio. Cejénes, comandante de las tropas búlgaras y macedonias, usando de una prudente contemporizacion, dejó pasar y

debilitarse aquel torrente. Cuando vió á los bárbaros enflaquecidos por el ambre y muy disminuidos por el contajio, marchó contra ellos. Consternados al verle y vencidos sin resistencia, rindieron las armas. Cejénes queria que se les diese ó libertad ó muerte; pero prevaleció el dictámen de desarmarlos, distribuirlos en los territorios de Sárdica y Neissa, y obligarlos á trabajar como esclavos. Al año siguiente sucedió lo que habia previsto Cejénes: se rebelaron, talaron la Tracia y derrotaron á los griegos, no mandados ya por aquel jeneral, porque una calumnia habia triunfado de su mérito. Nicéforo, su sucesor, despreciando los consejos de su lugar-teniente Catacalon, peleó temerariamente contra fuerzas superiores, uyó con ignominia, y dejó en el peligro á Catacalon, que cayó atravesado de eridas. Un patzinace, admirando el denuedo de este valeroso enemigo, le llevó á su casa, le curó y le dió libertad.

Los bárbaros consiguieron otra victoria cerca de Andrinópoli, mataron á Cejénes, á pesar del salvoconducto con que le allaron, y se retiraron despues á Macedonia, donde los jenerales del emperador consiguieron al fin sujetarlos y reprimir sus incursiones.

Monómaco esperando, aunque en vano, reparar sus yerros y sus reveses en Italia, envió á Arjiro á aquel pais; y este jeneral mancillando con una perfidia su gloria pasada, hizo asesinar á Drogon. Unfredo, su ermano, le vengó derrotando completamente á Arjiro, y el partido griego no volvió á levantarse en Italia. Enrique, emperador de Occidente, protejió á los normandos y los reconoció por vasallos y feudatarios suyos.

Guerra entre el papa y los normandos. — Los papas, aspirando siempre á la independencia de Italia, y siempre engañados en su esperanza, habian sido oprimidos sucesivamente por los godos, lombardos, sarracenos y griegos: libres de estos pueblos, fueron los normandos el objeto de su terror.

El sumo pontífice Leon IX, viendo las tierras de la iglesia espuestas como las profanas á la invasion de los normandos, pide tropas al emperador. Forma un ejército de alemanes é italianos y las conduce en persona contra aquellos guerreros despues de haberlos escomulgado. Los normandos, cuyo número ascenderia á unos tres mil

hombres, le envian una diputacion respetuosa, ofreciendo hacerle omenaje de sus feudos. A la repulsa del papa, Unfredo y Roberto Guiscard pelean con él cerca de Civitella, destrozan á su ejército, lo hacen prisionero, se arrojan á sus pies, le piden la absolucion, y al mismo tiempo le retienen un poco de tiempo en prision como jeneral enemigo. Al año siguiente se terminaron estos debates con un tratado no menos estraordinario. Recobrada el papa su libertad, reconoció á los príncipes normandos como vasallos de la santa sede, y les concedió en feudo, no solo lo que poseian en la Pulla, sino lo que pudiesen adquirir en la Calabria y Sicilia contra los sarracenos.

Igualmente concedió el papa á Ricardo, conde de Aversa, la investidura del principado de Capua que no poseia. La política romana se andaba procuranco entonces un apoyo contra el emperador. Daba á los normandos lo que no podia dar, sino lo que ellos debian conquistar. De este modo se adquiria vasallos poderosos, derechos preciosos á la soberanía y nuevos medios de engrandecimiento. — El autor de esta política ambiciosa era el famoso Ildebrando, fraile italiano (despues Gregorio VII) de quien ya nos ocuparemos.

Los últimos años del reinado de Monómaco solo fueron notables por la declaracion del cisma entre las dos iglesias, y por una tregua de treinta años concluida con los patzinaces. La guerra contra los turcos continuaba con vario suceso.

Zoe y Sclerena murieron llevando consigo el odio y el desprecio de los pueblos. El emperador, para quien el escándalo era un ábito y una necesidad, trajo á palacio una nueva querida, hija de un príncipe alano, le dió el nombre de augusta, pero no se atrevió á coronarla. Un ataque de gota terminó el reinado y la vida de este príncipe, del cual solo tendria la historia que contar vicios, si Constantino Licúdes, su prudente ministro, sirviendo de dique á su tiranía, sosteniendo su incapacidad y reparando sus injusticias, no hubiera opuesto muchas veces su razon firme y animosa á los infames consejos de la mujer, de las mancebas y de los favoritos del emperador. Cuando vió á Monómaco cercano á su fin, le aconsejó que designase su sucesor; y aun ya se habia dado órden para buscar á Nicéforo, gobernador

de Bulgaría, cuando Teodora, informada de este designio, siente de improviso renacer su ambicion, sale de su retiro, vuelve á tomar la púrpura, se rodea de la guardia, convoca los senadores y se hace proclamar emperatriz. Esta noticia imprevista hizo caer á Monómaco en delirio y apresuró su muerte. Reinó doce años. Su liberalidad con los sabios y literatos le granjeó sus elojios. Comprólos, no pudiendo merecerlos.

TEODORA, SEGUNDA VEZ EMPERATRIZ. — (1054) Bajo los gobiernos absolutos, puede decirse que los pueblos desaparecen de la escena del mundo; algunos ministros, algunos jenerales y algunos validos los ocupan únicamente. Panejíricos ó sátiras de los tiranos, suplicios y jemidos de sus víctimas, silencio en las naciones, esto es todo cuanto la historia nos ofrece; otra cosa no es sino una galería de retratos, y el interés se aleja con la libertad.

De cuando en cuando, al pasar esta triste revista, algunos gobiernos sabios y justos vienen á consolar al alma y á atraerse sus miradas: el de Teodora fué uno de ellos. A los setenta años de edad se mantuvo dignamente en un trono que habia renunciado por modestia veintiseis años antes. Su carácter no se habia debilitado, y aunque tenia por ministros cuatro eunucos célebres por su perversidad, los contuvo el temor de la emperatriz, ocultaron sus vicios y no mostraron mas que sus talentos.

Su carácter firme evitó las turbulencias con que la amenazaba la ambicion de Nicéforo, designado emperador por Monómaco. Otro Nicéforo, por sobrenombre Brienne, se atrevió á acercarse á la capital con el ejército de Macedonia sin haber recibido órden para ello. La emperatriz hizo volver estas tropas á sus reales, y confiscó los bienes del jeneral. Su rectitud hizo dominar en el imperio la concordia y seguridad. Preparada siempre á defenderse contra sus vecinos, y no atacándolos jamás, inspiró justo respeto á los estranjeros. Enrique, emperador de Occidente, solicitó su amistad: solo los normandos continuaron haciéndole ventajosamente la guerra, y se apoderaron de Otranto. No se puede reprender en el reinado de Teodora sino su corta duracion: esta princesa murió en 1056. En sus últimos momentos le persuadieron sus ministros que elijiese por sucesor á Miguel Es-

tratónico, estimado universalmente como hombre onrado y valiente jeneral, pero que por su carácter débil les daba esperanzas de que se dejaria gobernar por ellos. La emperatriz le hizo coronar en su presencia, y este fué el último acto de su autoridad. Teodora reinó un año y nueve meses.

MIGUEL VI ESTRATÓNICO, EMPERADOR. —(1056) Miguel, criado en los campamentos, debia su nombre á la aficion que mostró siempre á las cosas de la milicia; sabia mandar á los soldados, mas era poco á propósito para gobernar un imperio. Sus ministros fueron sus señores, y mientras dirijian los negocios y disponian de todos los empleos, el emperador, entretenido esclusivamente en delinear planes y redactar reglamentos minuciosos, disponia los ánimos á burlarse de él mas bien que á respetarle.

Teodosio, pariente de Monómaco, despreció al nuevo soberano, reclamó el trono y marchó al palacio seguido de muchos partidarios: la guardia imperial le rechazó, el pueblo le abandonó, y este fué su único castigo. Miguel, distribuyendo sin eleccion los empleos y los grados, descontentó á los jenerales, ofendidos ya por la altanería de sus ministros. Hervey y otros aventureros franceses, que habian entrado al servicio del imperio, se pasaron á las banderas de los turcos; pero estos desconfiando de los desertores, los degollaron y pusieron á su jefe en prision.

La mano flaca de Miguel sostenia flojamente las riendas del gobierno. El espíritu de rebelion se manifestó en el ejército. Muchos jenerales, indignados de obedecer á cuatro eunucos, se reunieron, sublevaron las tropas y ofrecieron el cetro á Catacalon. «Yo lo reuso, dijo »este guerrro modesto y valero»so: si la nobleza sin mérito es »indigna del trono, no por eso »deja de ser necesario que la »virtud para ceñirse la corona »esté realzada por un nacimien»to ilustre. Rara vez los pueblos »veneran al príncipe que no »presenta á su memoria una »larga série de abuelos. Isaac »Comneno es tan noble como »hábil y valiente: yo le doy mi »voto.»

Este dictámen ganó todos los sufrajios. Brienne, empeñado en la conjuracion, fué al ejército de Macedonia, y para atraerle á su partido le dió un sueldo mayor que el fijado por las or-

denanzas: por este indicio descubrieron los ministros su designio. Prendiéronle y sacáronle los ojos. Tanta severidad, en vez de sofocar la conspiracion, aceleró el rompimiento. El ejército de Oriente proclamó emperador á Comneno; pero Catacalon y sus tropas no parecian: los conjurados, inquietos por su ausencia, no tardaron en saber el motivo de ella.

Catacalon no se fiaba de dos cuerpos de rusos y franceses ausiliares que tenia á sus órdenes: disimulándoles su proyecto, llamó á sus comandantes, los hizo rodear de soldados, y les dijo que elijiesen entre la muerte y la rebelion. Intimidados á la vista de las cuchillas levantadas sobre sus cabezas, prestan el juramento: Catacalon se declara, se reune á Comneno y se apoderan de Nicéa (1057).

Sabedor Miguel de este suceso, marchó al frente de sus tropas para pelear contra los rebeldes, y los encontró cerca de Ades. Teodoro mandaba bajo sus órdenes: al principio procuraron corromperse y engañarse unos á otros. Despues de inútiles téntativas se vino á las manos. Harun, jeneral del emperador, atacó el ala derecha de los rebeldes y la desbarató: Comneno rodeado empezaba ya á retirarse, cuando supo que Catacalon, derribando todo lo que se le oponia, habia entrado en el campamento imperial. Comneno, animado por este suceso, reune sus tropas, restablece el combate y derrota completamente al enemigo. El fruto de esta victoria fué la toma de Nicomedia. Miguel ofreció á su rival adoptarle por hijo y darle el título de cesar.

Isaac, propenso á este convenio que terminaba la guerra, queria aceptarlo, ecsijiendo solamente que se le asegurase una parte del poder soberano, que no se nombrasen otros césares, que no se privase de sus empleos á ninguno de sus partidarios, y que se desterrase de la corte al primero y mas insolente de los ministros de Miguel.

El emperador suscribió á todo; pero Catacalon no estaba contento. «La cobardía, dijo, »es casi siempre anuncio de la »traicion. Es forzoso que ese »fantasma de emperador, que »solo inspira menosprecio, se »despoje de la diadema, pues »no merece llevarla.»

La prudencia de Catacalon fué justificada por avisos secretos y seguros. Súpose que Miguel, prodigando sus tesoros, habia

convocado por la noche los senadores en su palacio, y les habia hecho jurar que jamás reconocerian á Comneno. Rompiéronse, pues, las negociaciones: el ejército rebelde se aprocsima á la capital: el atrevido patriarca Cerulario arenga al pueblo, lo subleva, absuelve á los senadores de su juramento, y envia dos obispos á Miguel, mandándole que deje la púrpura y salga de palacio. Este príncipe les preguntó, qué le dejaba el patriarca en cambio del cetro; y ellos respondieron: *El reino del cielo.*

Miguel, poco respetado en su fortuna, se vió abandonado en la desgracia por su guardia y cortesanos. Dejó la corona, se retiró á la casa que abitaba cuando era simple particular, y vivió oscurecido dos años. Tuvo tan poco esplendor en su retiro como reinando. Ocupó el trono trece meses: al dia siguiente de su renuncia se apoderó Catacalon del palacio, y Comneno fué á santa Sofía á recibir la corona imperial.

Isaac Comneno, emperador.—(1057) La casa de Comneno daba á su ilustracion un orijen antiguo: se creia descendiente de uno de los patricios que habian seguido á Constantino el Grande cuando transfirió á Bizancio la silla del imperio. El nuevo emperador repartió entre sus ermanos las grandes dignidades, y dió el título de augusta á Catalina su esposa, hija de Samuel, rey de los búlgaros. Tomó por base de la fuerza pública y de la seguridad del estado y la suya una economía severa, y así llenó de descontentos el palacio. No los produjo menos en las provincias, revocando las donaciones infundadas de sus predecesores, y mas que todo suprimiendo las escandalosas y escesivas liberalidades hechas á las iglesias, para las cuales se avasallaba y despojaba á los pueblos.

Al principio mostró un justo agradecimiento á los servicios del patriarca; pero el orgulloso prelado abusó hasta el estremo de usar calzado de púrpura; y como el emperador le reprendiese por ello, le dijo el tonsurado: «Yo te dí la corona, y sabré quitártela.» El emperador le depuso y envió á un destierro: el altanero sacerdote se resistió; mas su muerte concluyó la disputa. Isaac nombró en su lugar á Constantino Licudes, el único de los ministros de Monómaco que supo merecer y conservar la estimacion pública en un reinado tan odioso.

Las turbaciones escitadas por la competencia de Miguel y Comneno, no permitieron á los griegos enviar tropas á Italia. Los normandos se aprovecharon de la ocasion, y mandados por Roberto Guiscard de Hauteville, estendieron sus conquistas y aumentaron su gloria. Al mismo tiempo el califa de Ejipto, que dominaba en Siria desde que Bagdad habia caido en poder de los turcos, proibió á los peregrinos la entrada en la iglesia del santo sepulcro de Jerusalen. Trescientos cristianos que escaparon de sus furores, llevaron á Occidente sus quejas y resentimientos, y propagaron en toda la cristiandad el ódio á los musulmanes. Isaac Comneno marchó contra los úngaros que habian acometido el imperio. Las avenidas de los rios le detuvieron, y le obligaron á volver á su capital, donde enfermó de pleuresía. Cuando se creyó cerca de espirar, ofreció el cetro á su ermano Juan, estimado por su actividad valerosa, por su sábia firmeza, y querido por su afabilidad y beneficencia; pero reusó la suprema autoridad.—Su siglo no le merecia. Comneno, mas cuidadoso del bien público que de la clevacion de su familia, prefirió sobre sus propios parientes á Constantino Ducas, á quien apreciaba, y le elijió por su sucesor. Isaac en el corto reinado de dos años y tres meses, se distinguió por su valor y abilidad: las otras virtudes se hallaban en él oscurecidas por cierta dosis de altanería y avaricia.

Despues que hubo asistido á la coronacion de Ducas, hizo que le llevasen al monasterio de Studium, tomó el ábito de fraile, recobró la salud, y vivió todavia dos años sin echar menos el cetro. Constantino Ducas le visitaba con frecuencia. Su mujer Catalina, que tambien se metió monja, vino á verle un dia, é Isaac le dijo: «Te hice esclava »dándote la corona, y quitándo»tela te restituí la libertad.»

CONSTANTINO X DUCAS, EMPERADOR. —(1059) En un solemne discurso que el emperador hizo al pueblo, demostró y esplicó largamente las mácsimas y reglas de conducta que debe seguir un buen príncipe. Así aumentó las esperanzas que su carácter inspiraba; pero este engaño duró poco, y no pareció sino que al subir al trono habia perdido todas las virtudes que le habian granjeado, mientras fué particular, la estimacion pública. No porque dejase de tener el mismo zelo por la justicia;

pero nada veia desde un punto elevado: las minucias absorvian su atencion. Ocupábase solamente en juzgar causas: descuidaba los negocios públicos: dejaba consumirse el ejército: disminuia el número de las tropas para aumentar el tesoro: creyó dar fuerza y majestad á la relijion, protejiendo y alentando la vagancia, llamada piedad por los imbéciles, aumentó y multiplicó el número de conventos y de frailes, ya entonces escesivo y ruinoso, y para ser popular distribuia los destinos sin discernimiento.

Los griegos perdian sucesivamente todos sus dominios en Italia. Arjiro, no recibiendo ya ni dinero ni soldados, vino á la capital á pedir socorro, y se castigaron en él los yerros del gobierno. Este jeneral, que habia sido unas veces terror, otras esperanza de los sarracenos y normandos, y llenado el Occidente con la gloria de su nombre, pasó en Constantinopla los diez últimos años de su vida oscurecido y miserable. Todo se apaga, aun la misma gloria, en la sombra espesa que rodea á los tronos despóticos.

Roberto Guiscard, vencedor de los griegos, eclipsaba con sus azañas á los demás príncipes de Italia. El funestamente célebre cardenal Ildebrando, que meditaba desde entonces el designio ambicioso de colocar la santa sede sobre todos los sólios del mundo, demostró al papa Nicolás II, que pues no era posible echar á los normandos de Italia, poderosos salteadores que todo lo asolaban, la corte de Roma debia elejirlos por defensores. El astuto Nicolás siguió este consejo, y animó á Guiscard para que acabase de conquistar la Pulla, Calabria y Sicilia, que se erijieron en ducados feudatarios de Roma.

En el reinado de Ducas, los turcos talaron el Asia, y vencieron fácilmente á jenerales sin capacidad. En Jerusalen continuaban los ultrajes á los cristianos. El emperador, no pudiendo protejerlos con la fuerza, compró á los sarracenos un cuartel de aquella ciudad, para que los sectarios del evanjelio estuviesen en él libres de todo insulto.

El imperio estaba acometido por todas partes: los úngaros vencieron un ejército griego y tomaron á Belgrado: los uros, tribu compuesta de hunos, turcos y tártaros, destrozaron las tropas imperiales, hicieron prisioneros á los jenerales Basilio y Nicéforo, atravesaron la Macedonia, llegaron cerca de Tesa-

tónica, y causaron gran terror en Constantinopla.

Enmedio de esta populosa ciudad todos temian, y nadie se armaba. En tan grande peligro el emperador tomó una resolucion mas estravagante que eróica. Sale con solos ciento cincuenta caballeros para pelear con los bárbaros: llega cerca de su campamento, y no los encuentra. Interin se dispersaban y entregaban al pillaje, los búlgaros y patzinaces cayeron sobre ellos, y los esterminaron enteramente. Nicéforo y Basilio, libres de cautiverio, noticiaron al emperador la destruccion de sus enemigos. Los griegos supersticiosos atribuyeron el triunfo á las oraciones de Ducas.

Este príncipe cayó enfermo, y viendo su muerte cercana, designó por sucesor suyo al menor de sus hijos, prefiriéndole á los demás, porque habia nacido despues de su advenimiento á la corona, por cuya causa se llamó Porfirojénito. Sin embargo, Miguel y Andrónico, ermanos del nuevo emperador, fueron asociados al trono, y Ducas confió la tutela de sus tres hijos á Eudosia, su esposa. El mismo testamento asoció en la rejencia al patriarca Jifilino, y proibió espresamente á Eudosia casarse segunda vez. Ella juró conformarse con esta disposicion, y todos los senadores firmaron el acta.

El emperador murió despues de siete meses de enfermedad: habia reinado sin gloria siete años. En la época de su muerte se apoderaron los normandos de Bari, despues de muchos y sangrientos combates. De allí á poco, dueños de Capua, Salerno, Nápoles, Calabria y Sicilia, formaron un estado poderoso, al cual dieron el nombre de reino de Nápoles, que conserva en el dia.

Nuevo cisma en la iglesia. — (1061) A mediados del siglo undécimo, sobrevino en la Iglesia uno de los veintisiete cismas con que se ha escandalizado la cristiandad. Muerto el 3 de julio de 1061 Nicolás II, sucesor de Estevan y de Benedicto X (que unos miran como papa, y otros como antipapa) el clero romano, sin consultar á la corte imperial, elijió el último de setiembre al milanés Anselmo Badajio, obispo de Luca, que se llamó Alejandro II, conformándose para esta eleccion al reglamento hecho por Nicolás II en el sínodo lateranense, concebido en estos términos: «Nos los obis»pos, abades, sacerdotes y diá-

»conos de las iglesias de Roma y »de su territorio, llamados carde»nales, considerando que los le»gos han hecho mas de una vez un »tráfico escandaloso de la prime»ra dignidad eclesiástica, y que »han violado los mas sagrados »derechos de nuestra santa ma»dre la Iglesia, ordenamos que »los cardenales se reunan sin »perder tiempo siempre que va»que la santa sede, y que proce»dan á nueva eleccion con el »concurso del canciller de Lom»bardía, sin perjuicio de los de»rechos del rey Enrique de Ale»mania ó de otro cualquier prín»cipe que el papa haya corona»do emperador. Verificada la e»leccion, se dará á conocer al »pueblo reunido, sirviéndose de »la siguiente fórmula: — ¿Os a»grada el papa electo? — El pue»blo responderá: Nos agrada.— »¿Le quereis?—Le queremos.— »¿Le aprobais?—Le aprobamos.»

Empero los condes y señores romanos cuyos castillos y territorios habian arruinado y devastado los normandos, por mandato del papa Nicolás II, indignados contra los cardenales y contra él, enviaron la corona imperial al rey Enrique, y le suplicaron elijiese un soberano pontífice. Entre los embajadores que le dirijieron, el mi mo que habia consagrado á Alejandro, se espresa de esta manera: *Sin vuestro consentimiento y contra la ley de los mayores, ha usurpado el santo sacerdocio; ha comprado el papado á los normandos y lo retiene por la fuerza; es un salteador y no un obispo. Hemo aquí: yo le he consagrado forzado por los normandos. Socórrenos, y que esta peste no vaya mas adelante.*

Entonces Enrique, convocando á todos los obispos de Italia, reunió un concilio jeneral en Basilea y se elijió á Cádolo, obispo de Parma, que tomó el nombre de Honorio II, á quien reconocieron todos los príncipes de Lombardía menos la insolente condesa Matilde. Este nuevo papa ó antipapa, va derecho á Roma, escoltado de un ejército de lombardos y alemanes. Alejandro II estaba acompañado de un ejército de romanos. Trábase una batalla bárbara y encarnizada entre ambos partidos en los prados de Neron, junto á la colina que llaman Montorio. La carnicería y la matanza fué casi igual, pero herido Cádolo, se vió obligado á dejar el campo á su rival.

Esta cruel trajedia y este cisma escandaloso no habian llegado á su término. Cádolo no desalienta, vuelve, entra en Roma,

y por medio de Cincio, hijo del prefecto, se apodera del castillo de san Anjelo que domina la ciudad, en donde le sitian sus enemigos. Despues de una guerra de casi dos años, en donde se cometieron todos los errores que el mas atroz fanatismo puede inspirar, salió Cádolo del castillo, y no cesó mientras vivió de tomar la cualidad de sumo pontífice, llamando á Alejandro antipapa y adúltero de la Iglesia. Por mas de cinco años estuvo confiriendo órdenes sacras, enviando epístolas y decretos á diferentes iglesias, como sede apostólica y llamándose y titulándose hasta su muerte Honorio II.

Ildebrando ó el papa Gregorio VII. — A poco Enrique IV y Alejandro II se reconciliaron, y este último murió despues de doce años de su combatida silla pontificia. El colejio de cardenales, llamado sacro, le dió por sucesor al cardenal Ildebrando, que gozaba de un gran crédito en la corte romana. Ya hemos llegado á la época de este hombre inquieto y ambicioso cuya vida entera estaba llena de devorantes deseos. Ya hemos llegado á ese Gregorio VII, nacido en Soano, lugar de Toscana, de padres desconocidos, como quieren unos, ó de un carpintero llamado Bonizone segun otros. Dícese que despues de haber estudiado en Francia, en la abadía de Cluny, habia entrado de corista en la órden de los benedictinos. Era aplicado, ábil, de un jenio atrevido y de un carácter indomable. Zeloso por la reforma de la Iglesia y aun mucho mas por las pretensiones de la corte romana, era capaz de llevarlas al último esceso, y de sostenerlas con la última violencia. Sus estúpidos panejiristas, comparándolo á Elías, se imajinaban que un papa debia hacer bajar fuego del cielo para destruir cuanto se opusiese á su voluntad. Jesucristo habia enseñado ciertamente otras mácsimas; pero ya no se pensaba en ellas, si es que acaso el clero las puso en práctica alguna vez.

Retrocedamos algunos años para hacernos cargo de todos los acontecimientos de la vida del soberbio cuanto ambicioso Ildebrando. Antes de ser pontífice con mucho, habia este gobernado la iglesia de Roma. A la muerte de Leon IX en 1055, le enviaron los romanos á Alemania para escojer un sucesor. Fijó su eleccion en Victor II, quien al momento le hizo su legado en Francia, en donde principió

por deponer á seis obispos simoniacos. Habiendo sucedido á Víctor, Estevan IX, abad del Monte Casino, Ildebrando fué creado cardenal archidiácono. Despues de la muerte de Estevan, tuvo el crédito de hacer deponer á un antipapa, Benedicto X, y de colocar á Nicolás II.

En el concilio lateranense de que hemos hablado, y en el que Nicolás II hizo un reglamento para la eleccion de los pontífices, Berengario, perseguido incesantemente por Lanfranc, se vió obligado á firmar un formulario, manifestando que el pan y el vino despues de consagrados son el verdadero cuerpo y sangre de Cristo, *tocados y rotos por las manos de los sacerdotes, y quebrantados por los dientes de los fieles*. Creyóse haber triunfado del ereje; pero su profesion de fé, retractada con ostentacion, se hizo materia de nuevo escándalo. El zelo inquieto del fraile Lanfranc, semejante al de Ildebrando, caminaba á pasos precipitados ácia la fortuna.

Truénase de nuevo contra el concubinaje de los sacerdotes y la simonía; y es bastante chocante que al atacar con fuerza los abusos, conservase el papa su arzobispado de Florencia. Leon IX habia conservado igualmente el arzobispado de Tul, y este ejemplo se habia seguido por otros. ¿Qué derechos no se daban al título de soberano pontífice, ó de *obispo universal*, cuando este último título se habia introducido sin duda para oponerlo al de *patriarca ecuménico*, del cual se hacia un crímen á los patriarcas de Constantinopla?

Despues de la muerte de Nicolás II, Ildebrando, que acababa de hacer á los príncipes normandos feudatarios de la iglesia romana, hizo que se elijiese á Alejandro II sin dignarse consultar á la corte. La emperatriz Inés, viuda de Enrique III, rejenta en la minoridad de su hijo, quiere reprimir esta empresa y ya dejamos dicho lo que aconteció.

El jenio de Ildebrando animaba al pontificado de Alejandro II. Pedro Damiano, su amigo, ardiente promotor de las nuevas devociones monásticas, se señaló en muchas legaciones. Sacado de su ermita por Estevan X, le hizo cardenal obispo de Ostia. Trabajó particularmente en Francia para cimentar los privilejios de Cluny, que se estendian hasta proibir, sopena de escomunion, á los obispos, aun al diocesano, escomulgar á un

fraile. Estendió el estúpido gusto de las flajelaciones voluntarias, que muy luego se vió dejenerar en un fanatismo despreciable. Este piadoso cardenal, escesivamente austero para sí, tenia mácsimas acomodaticias para los pecadores. Suponia que podia hacerse cargo de la penitencia de otro. Léese con sorpresa en una de sus cartas á un prelado: «Bien sabeis que cuando los penitentes nos dan la propiedad de algunas tierras, disminuimos su penitencia á proporcion de su donativo.» Sus obras, como dice Fleury, son uno de los monumentos mas singulares de las falsas ideas y de la credulidad de su siglo.

Como los negocios políticos ocupaban incesantemente á la corte romana, las órdenes, los decretos, las amenazas y los rayos de Roma van á producir acontecimientos que parecerán increibles, si la opinion no pudiese todo á favor de la ignorancia. La misma conquista de Inglaterra por los normandos vino en parte de esta fuente de revoluciones, y es uno de los acontecimientos mas memorables del siglo undécimo.

Eduardo, llamado el confesor, y el último de los de aquella isla que la iglesia canonizó, príncipe de la familia real de los anglo-sajones, sucedió á los dinamarqueses que habian ascendido al trono. Proibiéndole su devocion el comercio conyugal, se encontraba sin sucesion. Habia pasado su vida en Normandía; y teniendo aficion al duque Guillermo, pariente suyo, quiso declararlo su sucesor. Pero los normandos que habia llevado consigo, se habian hecho odiosos por su ascendiente. Zelosos los ingleses hasta la rebelion, le habian obligado á arrojarlos del reino. Despues de su muerte la nacion elijió á Haroldo, poderoso y ambicioso señor, cuya política se facilitaba desde mucho tiempo el camino del trono.

Haroldo tuvo por contrincante á otro éroe no menos ábil que valiente. El famoso Guillermo, duque de Normandía, bastardo del duque Roberto, se habia mantenido contra los esfuerzos del rey de Francia Enrique I, y contra sus propios vasallos que querian despojarlo. Dueño de él se atrevió á emprender la conquista de la Inglaterra. Un testamento verdadero ó falso de Eduardo fué su único título. Su representacion, y la de sus normandos, atrajeron á sus banderas multitud de

guerreros. Adquirióse el voto de la corte de Alemania, y aun la de Francia, en donde el rey Felipe I, todavia de menor edad, no manifestaba cualidad alguna digna del trono. Pero uno de los principales secretos de su política fué procurarse la aprobacion del papa Alejandro, que le envió el estandarte de san Pedro, como prenda de una victoria justa é infalible, despues de haber escomulgado á Haroldo como un tirano.

El duque desembarcó en Inglaterra con sesenta mil hombres. Hizo voto de edificar un monasterio sobre el campo de batalla: consiguió una victoria decisiva en Hastings, en donde murió Haroldo; obligó á los ingleses á sufrir su yugo, y reinó por el derecho de las armas. Los anatemas del papa de tal manera trastornaban los ánimos, que el ermano del rey habia empleado este recurso para disuadirlo de combatir. Si Haroldo hubiera seguido su consejo, el invierno, el cansancio y el ambre, probablemente hubieran agotado las fuerzas del enemigo. — Los conquistadores, deben muchos de sus triunfos á las faltas de aquellos á quienes atacan.

Alejandro II, ó Ildebrando que gobernaba, se aprovechó de una conquista emprendida con el sello de la autoridad pontificia. La Inglaterra recibió por primera vez un legado. Por medio de las legaciones el pontífice estaba como presente, y ejercia su absoluto poder en todos los paises. Lanfranc, aquel monjo italiano, atraido á Francia por el deseo de la fortuna, colocado en la silla de Cantorbery, primado del reino, trabajó eficazmente para arraigar en él los principios ultramontanos.

Pero Guillermo, devoto como parecia, no lo era tanto para someter los derechos de la corona á la Iglesia. Quiso que los cánones de los sínodos y aun las bulas del papa no tuviesen efecto sino con el sello de la autoridad real. El clero no alteró su reinado.

En fin, Ildebrando es electo papa; y sea por ocultar su ambicion, ó porque en efecto quisiese mas bien reinar bajo el nombre de otro, que ocupar él mismo la silla del apóstol, reusó la tiara y suplicó al rey de Alemania, Enrique IV, anulase su nombramiento, mucho mas cuando se habia hecho sin consentimiento suyo; pero este príncipe sin prever las desgracias que le iba á ocasionar semejante pontífice, y conociendo la destreza, espe-

riencia, y luces de Ildebrando, se resistió á sus solicitudes, é hizo partir para Roma al obispo Jorje de Verceil, canciller de Lombardía, á fin de que confirmase su eleccion; — el nuevo papa tomó el nombre de Gregorio VII.

Apenas se habia sentado en el trono pontificio, cuando se manifestó enemigo encarnizado de todas las coronas. Emprendedor y hombre inflecsible, sus preocupaciones y su carácter le hacian capaz de trastornar los estados.

Dificilmente se creerá que un fraile, hecho jefe de la Iglesia, haya pretendido la monarquia universal; que haya mirado á todos los reyes cristianos como vasallos suyos, y que en cualidad de tales emprendiese someterlos á su imperio. Pero sus mismas cartas lo demuestran. Quien compare además el antiguo estado de los pontífices con el poder á que habian llegado, concibe muy bien, que un jenio audaz podia abortar este proyecto y quizá adelantar mucho en su ejecucion, si hubiese tenido tanta destreza como vigor.

Viendo que la disposicion jeneral de los ánimos era favorable á sus pretensiones ambiciosas, y que los frailes esperaban aumentaria su influencia, y que los príncipes del imperio se lisonjeaban de que los ayudaria á rebajar la autoridad imperial, quiso luego llegar á su objeto é hizo predicar en todos los púlpitos: «Que el mundo cristiano tenia por jefe á J. C., sentado en el cielo á la derecha de Dios Padre y representado sobre la tierra por el sucesor del primero de los apóstoles; que las leyes políticas y civiles de todas las naciones, emanadas de la sabiduría eterna, debian ser sancionadas é interpretadas por el vicario de J. C., y que, en fin, desde el tiempo en que el Salvador del mundo habia hecho de san Pedro el sosten y la piedra angular de su iglesia, este apóstol y los que su lugar ocupasen, poseian solos un poder independiente, tan inmutable como el del Padre Todopoderoso, y de su Hijo, juez supremo del universo.»

Luego que Gregorio vió que estas ideas producian el efecto que esperaba, se atrevió á mas: declara sus pretensiones sobre España. Manda que se le pague un tributo por las conquistas que en ella se hiciesen á los sarracenos: *Porque indudablemente no ignorais*, escribió á los es-

pañoles, *que el reino de España, en otro tiempo del dominio de san Pedro, no pertenece todavia á ningun mortal, sino solamente á la silla apostólica*. Proíbeles hacer conquistas, si no acceden al pago del tributo: queriendo mas bien ver á este pais en manos de infieles, que ver á la iglesia *tratada por sus hijos como por sus enemigos*. Nada es increible despues de semejante declaracion.

El rey de Francia, Felipe I, príncipe débil y vicioso, detenia la consagracion del obispo de Macon; y además se le acusaba de que vendia los beneficios. Gregorio escribe al obispo de Chalons-sobre-el-Saona, diciéndole que hiciese presente al rey debia mudar de conducta, ó que de lo contrario seria castigado por la autoridad de san Pedro; y que *los franceses, castigados con un anatema jeneral, reusen obedecerle si no quieren mejor abjurar la fé cristiana*. Felipe le envia embajadores, asegurándole su respeto y obediencia.

Nuevas quejas se suscitan muy pronto con motivo de algunos peregrinos maltratados y de algunos mercaderes italianos tiranizados en una feria; esto basta para que el papa escriba á los obispos: *Vuestro rey, que ha pasado toda su vida en el oprobio, es un tirano y no un rey. Si no quiere escucharos, separaos enteramente del servicio y de la comunion de ese príncipe; poned entredicho á toda la Francia. Si el anatema no le corrije, sepa que con el ausilio de Dios, emplearemos toda clase de medios para librar al reino de la opresion*. En otra carta, declama contra el *crímen inaudito, y detestable de Felipe, rey de Francia, ó mas bien lobo carnicero y tirano inicuo*. Este crímen atroz fué haber ecsijido una cantidad á los mercaderes italianos.

Sea que Felipe se sometiese ó que los asuntos de Alemania impidiesen á Gregorio perseguirlo, el *tirano* permaneció sobre el trono; pero la Francia fué entregada á un legado terrible, á Francisco, obispo de Die, que llegó á ser el azote de la nacion, mandó como déspota, tuvo concilios á pesar de las proibiciones del rey, depuso á multitud de obispos sin forma de proceso, ecsijió tropas y dinero para el pontífice, y en una palabra, holló todos los derechos del episcopado y la corona. Gregorio pretendia que la Francia debia pagarle como la Inglaterra, al menos el tributo de un escudo por casa; y si no pudo hacerlo

tributario, consiguió por lo menos establecer sólidamente la primacía de Lyon, única que triunfára de las antiguas mácsimas del clero nacional.

Siempre armado de escomuniones contra la simonía y contra los casamientos de los clérigos, vió que los vicios eran mas dificiles de subyugar que los soberanos. Proibíase oir la misa de los sacerdotes concubinarios; proibíase á estos toda funcion eclesiástica, y queríase que el celibato fuese estrictamente observado. Estas *leyes*, publicadas en un concilio de Roma, parecieron intolerables y escitaron sediciones. Gregorio fué tratado de ereje, que alteraba la doctrina de Jesucristo y de san Pablo: *Si insiste, mejor queremos renunciar al sacerdocio que á nuestras mujeres, y podrá buscar á ánjeles para dirijir las iglesias.* Este, segun los historiadores de aquel tiempo, era un lenguaje muy comun. El mismo Lanfranc no pudo poner la ley en vigor. En un concilio de Winchester, proibió á los canónigos tener mujeres, pero permitió á los sacerdotes del campo conservasen las suyas, mandando únicamente que en adelante ninguno podria ser diácono ó sacerdote sin obligarse á la continencia. Casi jeneralmente, una gran parte del clero y del pueblo no miraban entonces el celibato eclesiástico como un deber, á pesar de los antiguos decretos de los concilios (1). Gritábase, pues, en Occidente, como hubiera sucedido en Oriente si un patriarca de Constantinopla hubiese emprendido someter el clero griego al celibato.

QUERELLA DE LAS INVESTIDURAS.—En ninguna otra cosa tenia el pontífice mas empeño como en hacer al sacerdocio independiente de los príncipes, y por esto mas dependiente de Roma. Pretender que haya echado mano del celibato como un medio de conseguir su objeto, porque hombres sin familia tienen pocos lazos que los unan á la sociedad política, es una suposicion arriesgada por escritores sospechosos; pero casi no puede dudarse del motivo que suscitó la querella de las investiduras. Teniendo los obispos y abades sus feudos de los soberanos, debian recibir de ellos la investi-

(1) Un capitular de Cárlo Magno del año 769, manda privar del sacerdocio á los que hayan tenido muchas mujeres. Parece que el matrimonio no les era entonces absolutamente proibido.

dura, así como los otros señores. Esta ceremonia los ponia en posesion de la parte temporal de las iglesias; y su dependencia respecto á este punto, parecia tanto mas justa, cuanto que en calidad de señores eran mas ricos y mas poderosos.

Desde el siglo IX se via en Alemania la costumbre establecida de la investidura, que consistia en un báculo y un anillo que el príncipe les entregaba. A nadie ciertamente se le habia ocurrido la idea de conferir de este modo la autoridad espiritual del ministerio. Gregorio VII para tener un pretesto especioso de destruir el derecho de las coronas, trató la investidura de simonia, y en un concilio en Roma, proibió bajo pena de escomunion el recibirla de los legos. Para justificar esta proibicion, confundió astutamente dos cosas muy diferentes: el acto que autoriza á los ministros de la relijion para ejercer sus funciones pastorales, y el acto que les confiere los derechos temporales que la devocion ó la política han fijado á las dignidades de la Iglesia.

Los obispos alemanes, despues de haber instado al papa aunque en vano á una reconciliacion, se declararon por su rey; pero el populacho, seducido por los frailes (1) que cautivaban todos los ánimos con la austeridad de su vida, con los ayunos y con su esterior umilde, abrazó con calor los intereses de la corte romana. Tal fué el orijen de las guerras del sacerdocio y del imperio, guerras tanto mas orrorosas cuanto que enseñaron á prodigar la sangre umana á pretesto de relijion.

Guelfos y jibelinos. — Cada partido tomó un nombre distinto en tan sangrientas luchas, sostenidas principalmente por el estado eclesiástico; y antes de pasar á narrar otros hechos, creemos conveniente dar algunas noticias sobre tales denominaciones. Habia en Alemania dos casas poderosas, llamada la una *Sálica* ó de *Weiblingen*, del nombre de *Weibling*, castillo de la diócesis de Augsburgo, en las montañas de Hertfeld, de donde acaso era oriunda aquella familia: de aquí es que los parciales de esta casa, de la cual habian salido varios emperadores, se apellidaban los *Weiblinges*: la otra casa, oriunda de Altdorf, poseia en aquella época la Baviera, y habia contado, como jefes de la familia, varios prín-

(1) Muller.

cipes que llevaban el nombre de *Welf*. Los papas habian batallado contínuamente con los Weiblinges, al paso que los *Welfes* se habian declarado protectores de la santa sede.

La desventurada Italia, dice Artaud (1), no contenta con sus propias desdichas, las enconaba aun mas tomando parte en los rencores ajenos. Vióse pues en la precision de distinguir á sus amigos de sus enemigos, y como tales nombres sonaban arto revesados para los italianos, cada partido los acomodó á la pronunciacion nacional. Los partidarios del papa en Italia llamaron á sus amigos *Welfos*, *Guelfi*, *Guelfos*; y los adversarios del pontificado apellidaron á sus amigos *Weiblinges*, *Ghibellini*, Jibelinos.

Como la simonía verdadera era comun en Europa, el falso zelo hallaba razones para coonestar sus atentados. Unos reyes casi sin autoridad, sin dominios y sin dinero, sacaban con gusto, partido de los beneficios. Algunas veces no escrupulizaban venderlos, y no faltaban compradores, siendo la causa las costumbres y las circunstancias. Tambien hemos visto el papado entregado á un número de compradores, por el clero que elejia los papas. ¿En dónde no reinaba el desórden? ¿Es nulo un derecho porque de él se haga materia de abuso?

Enrique IV, á quien Gregorio queria sobre todo oprimir, príncipe jóven lleno de valor, pero entregado á las pasiones de la juventud, y traficando con los beneficios, combatía á los sajones rebeldes, que le acusaban haber violado sus privilejios: su insolencia llegó hasta proponerle un duelo para decidir si habia de permanecer siendo emperador ó no. Durante esta guerra civil, Roma le habia ya dado bastante inquietud, y habia tenido la prudencia de usar con ella de ciertos miramientos. Aun habia suplicado á Gregorio escomulgase á los sajones como sacrílegos. Estos, dirijiéndose al mismo tribunal, le acusaron de simonía y otros crímenes. Pronto se vieron obligados á someterse; pero el pontífice preparaba rayos contra el emperador.

Una dieta acababa de arreglar las condiciones de la reconciliacion, cuando de repente llegan dos legados que intiman á Enrique comparezca ante el papa en dia determinado para que responda á las acusaciones de sus

(2) Histoire d' Italie.

vasallos. El respondió á este insulto haciendo deponer al papa en un sinodo nacional convocado en Worms. En seguida le dice que un soberano no tiene por juez sino á Dios, y no puede ser depuesto por crímen alguno, á menos de no abandonar la fé. Restriccion notable y arriesgada; porque fácilmente podia suponerse el crímen de ereja, contra un príncipe que parecia atacar la Iglesia en la persona de su jefe.

A la primera noticia de esta condenacion, todos los abitantes de Roma ofrecieron al papa pelear por su causa: él les respondió que no queria servirse sino de las armas espirituales. En un concilio compuesto de ciento diez obispos, en nombre de san Pedro, escomulga á los prelados alemanes que habian aprobado el decreto de la dieta de Worms, y lanza contra el rey igual anatema: «porque, decia, »el que se atreve á atacar el o»nor de la Iglesia, merece per»der el suyo.» Quita á Enrique el reino teutónico con el de Italia, desata á todos sus vasallos del juramento de fidelidad, y les proibe reconocerle por rey. Véase aquí por la primera vez á la tiara deponiendo á un soberano; y cuéntese que esta sentencia servirá de modelo á otros muchos ambiciosos, que ellos mismos se llaman siervos de los siervos de Dios.

Habiéndole hecho presente algunos cardenales que trataba á su adversario con demasiado rigor, respondió: «que al confiar J. C. á san Pedro, el poder de las llaves, le sometió á todos los hombres sin esceptuar á los reyes; que Enrique se reconciliase con Dios, y que entonces le concederia la paz.»

Gregorio se permitia un lenguaje tan atrevido é insultante porque contaba con el apoyo de los normandos establecidos en Nápoles y con el de la condesa Matilde de Toscana. Y cosa bastante estraña y chocante es á la verdad, y á la cual no sabemos qué deban responder los tonsurados, el que en el concilio celebrado en Roma con los ciento diez obispos, cuyas decisiones seguramente se principiarian con el *veni Sancti Spiritus*, estuviesen presentes la condesa Matilde, y su madre Beatriz. Soberanas de una gran parte de Italia, afectas ciegamente á Gregorio, tanto que se dice que la condesa Matilde tenia relaciones carnales con él, le animaban y le prometian todas sus fuerzas contra Enrique, que era su

pariente cercano, y contra el que querian vengarse por las injurias que su familia habia recibido en otro tiempo de parte del emperador Enrique III. Estas eran las causas de la confianza y de la osadia papal, añadiéndose á ellas el estar Gregorio instruido de la disposicion de los alemanes á la rebelion.

El papa tuvo cuidado de justificar con sofismas y á su modo una empresa tan escandalosa. *Si la santa sede* (escribia al obispo de Metz) *ha recibido de Dios el derecho de juzgar las cosas espirituales, ¿por qué no las temporales? Si los hombres espirituales son juzgados cuando hay necesidad, ¿por qué los seculares no serán castigados de sus crímenes? Acaso se imajinan que la autoridad real es superior á la episcopal; pero pueden conocer la diferencia por el orijen de entrambas. La una ha sido inventada por el orgullo humano* (1); *la otra instituida por la bondad divina: aquella corre tras la gloria vana; esta no aspira sino á la vida celestial, etc., etc.* De este razonamiento se puede deducir que convenia abolir la dignidad real, y reconocer al pontífice por único dueño del mundo.

Las cartas de Gregorio á sus legados, y algunos devotos tan bribones como fanáticos enviados á Alemania, hicieron valer su sentencia como si la hubiese dictado el mismo Dios. Varios alemanes poderosos, y aun aquellos mismos que habian depuesto al papa en el sínodo de Worms, no tardaron en declararse contra el emperador. Los duques de Baviera, de Zæhringen y de Suabia le ofrecieron empeñar al papa á que fuese á Alemania para trabajar en persona en el restablecimiento de la paz; pero una asamblea de Tibur deliberaba con medios mas violentos. Enrique se umilló hasta ofrecer

(1) Véase aquí cómo opina la sotana, y cuán inconsecuente se presenta muchas veces. Cuando se unen por desgracia el altar y el trono para dominar á los pueblos infelices, no opinan los ministros del primero como Gregorio, porque esto les perjudicaria; sino que dicen que los reyes vienen de Dios, y citan para ello muy ufanos el cacareado latin *per me reges regnant* de aquel célebre arpista rey. Nosotros que no tenemos mas ídolo que el pueblo, decimos que toda tiranía es detestable, ora venga de una corona de oro y diamantes, ora de una rasurada; y aunque para algunos parezca un principio disolvente, añadimos que no reconocemos mas fuente de autoridad que la justicia, y que la insurreccion es santa, cuando es *ultima ratio libertatis.*

entregar el gobierno á los señores, conservando únicamente el título y las insignias de rey. Decidióse que se invitase al papa á ir á Augsburgo para ventilar el negocio: que si el rey no quedaba absuelto de la escomunion en el espacio de un año, perderia la corona sin poderla volver á recobrar; que entretanto viviese en Spira como un escomulgado escluido de la Iglesia, y no ejerciese ninguna funcion pública. Entonces algunos creyeron que un año entero de escomunion traeria consigo, *por medio del derecho teutónico*, la pérdida de los feudos y de todos los bienes. — Los alemanes corrian á la esclavitud mientras encadenaban á su soberano.

ATROZ COMPORTAMIENTO DE GREGORIO VII CON ENRIQUE IV DE ALEMANIA. — Aterrado Enrique por la desgracia, forzado á sufrir la ley de los rebeldes, y temiendo las consecuencias del juicio que no podia evitar, toma la resolucion de ir él mismo á pedir misericordia al pontífice su opresor.

El marques de Esthe y el abad de Cluny fueron á suplicar al papa le levantase la escomunion, y le concediese su gracia. La primer respuesta despues de varias instancias fué la siguiente: *Si es verdadero penitente, que me entregue la corona y los hazes del imperio, y se declare para en adelante indigno del nombre de rey*. Hizose presente á este sacerdote inecsorable, á este juez implacable, que semejante decreto era demasiado rigoroso: *pues bien*, dijo, *que venga, y obedeciendo al decreto, borre el crímen que ha cometido habiéndose atrevido á desobedecerme*.

Pónese en camino al momento, y atravesó la Borgoña *transjurana*, acompañado del obispo de Lausana, Burcardo d' Oltingen, prelado casado. En Vevay encontró á Hermanfriedo, canciller de Borgoña, y obispo de Sion, y á la condesa Adelaida de Saboya, quienes le facilitaron el paso de los Alpes. Acompañado de una comitiva poco numerosa, llegó en el mes de enero á Canossa, plaza fuerte perteneciente á la condesa Matilde, en donde Gregorio estaba encerrado con ella...... Un triple recinto de murallas rodeaba aquella fortaleza. El altivo eredero del pescador, reusó desde luego admitir á Enrique en su presencia: mándasele quedar en el segundo recinto, y hácesele esperar en él tres dias, en lo mas rigoroso del invierno, con los pies

descalzos, en ayunas, con unas tijeras y una escoba en las manos, hasta que al tigre Gregorio le pluguiese darle despues audiencia. Despues de una prueba tan dura y degradante consigue que le oiga. Recibe la absolucion, pero obligándose á comparecer ante la dieta de Alemania, á someterse al juicio del papa, á perder la corona si el papa lo ordenaba, y en el interin á no ejecutar ningun acto de su dignidad real. —¡No puede concebirse tal esceso de envilecimiento, de insulto y de audacia, ni seria creible si la historia no conservase tan vergonzoso recuerdo!

Entonces Gregorio dijo misa; consumió la mitad de la ostia para probar su inocencia, y presentó á Enrique la otra mitad, invitándolo á que se justificase del mismo modo. El príncipe ya por sentimiento de relijion, ya por otro cualquier motivo, se escusa bajo pretesto de que los ausentes no se contentarian con semejante prueba.

Entretanto los lombardos, descontentos entonces de Gregorio, claman y gritan por la debilidad y el desonor de Enrique, y amenazan destronarle y poner á su hijo en su lugar. La circunstancia lo reanima. Viola sus estúpidos juramentos, y recobra el afecto de los lombardos. Pero los alemanes, vengaron el pontífice deponiendo al rey. Los confederados reunidos con los legados en Forcheim en 1077, elijen de comun acuerdo á Rodolfo, duque de Suabia y de Borgoña, cuñado de Enrique.

No atreviéndose Gregorio al principio á declararse por uno ni por otro, dió á entender que se decidiria por aquel que fuese mas sumiso á la santa sede. En fin, quiso que los legados juzgasen el negocio, y amenazó con la escomunion á quien se les opusiera. *Nos le ligamos,* dice en su decreto, *no solo en cuanto al alma sino en cuanto al cuerpo, y le quitamos toda prosperidad en esta vida y la victoria á sus armas.* Hubiérase dicho que el buen pontífice disponia de los elementos y de la fortuna.

Despues de varias espediciones desgraciadas, alcanza Rodolfo una victoria que hace inclinar la balanza á su favor. Al punto el fiero Gregorio le reconoce, le envía una corona de oro y este verso de muy mal gusto:

Petra dedit Petro, Petrus diadema Rodolpho.

En seguida reune un concilio

en Roma, y priva de nuevo á Enrique IV del reino de Jermania y de Italia, le despoja de todo poder y dignidad real, proibe á todo cristiano le obedezca como rey, le condena á no tener ninguna fuerza en los combates y á no ser nunca victorioso. Estas son las espresiones propias del decreto, en donde apostrofando á san Pedro y á san Pablo, concluye de esta manera: *Manifestad á todo el mundo que si podeis atar y desatar en el cielo, podeis tambien sobre la tierra quitar ó dar á cada uno, segun sus méritos, los imperios, los reinos, los principados, los ducados, los marquesados, los condados y los bienes de todos los hombres.... Conozcan al presente otro poder los reyes y los príncipes del siglo. ¡Tiemblen si desprecian las órdenes de vuestra Iglesia! ¡Ejérzase vuestra justicia sobre Enrique tan prontamente, que no le quepa duda es por vuestro poder y no por el acaso!*

Tenemos una segunda carta á Heriman, obispo de Metz, que acaba de descubrir las opiniones de Gregorio y los principios de un despotismo sin ejemplo. Dice que el simple ecsorcista tiene mas poder que todo señor lego; porque el ecsorcista manda á los demonios, de quienes son esclavos los malos príncipes: que los sacerdotes son evidentemente superiores á los reyes; porque juzgan á los reyes y pueden absolverlos de sus pecados: que los buenos cristianos, aun los de la clase mas ínfima, deben ser mirados como reyes mejor que los príncipes viciosos; porque los unos son miembros de J. C., y los otros del diablo: que con mayor razon los papas son superiores á todo; porque el papazgo hace impecable, y desde san Pedro se cuentan mas de cien papas en el número de los mayores santos. ¿Cómo despues de los infinitos escándalos de los siglos X y XI, habia quien se atreviese á hacer de la santidad una especie de privilejio inerente al pontificado? La opinion tiene á menudo el poder de hacer cambiar los mayores absurdos en principios. En fin, hay canonistas que han escrito que *el papa no es ni un Dios ni un hombre, sino un ser intermedio.*

Acordándose por último Enrique que es hombre, reanima á los suyos: casi toda Alemania se hace la guerra, y la sangre se derrama por ambos partidos. Reune en Brixen treinta obispos y algunos señores alemanes y lombardos, y depone á Ildebrando por segunda vez: encuentra

á Rodolfo, le da una batalla y destroza á su ejército: muchos obispos quedan en el campo de batalla, y otros hechos prisioneros, y casi á punto de ser colgados por sus jentes de armas, les liberta Enrique la vida, no queriendo que despues del combate pereciese nadie. Para otro que no hubiera sido Gregorio, este golpe seria un rayo; pero no era hombre que retrocedia tan fácilmente, y continuó lanzando anatemas sobre anatemas; y como en aquellos dias de sangre, de tinieblas y de bárbara demencia, pasaba por májico ó profeta, alentó á Rodolfo y á su partido, prometiéndoles que Enrique moriria aquel mismo año y diciéndoles: *no sea yo nunca papa si no muere antes del dia de san Pedro*. Engreido Rodolfo con esta profecía, vuelve al combate y lo vencen otra vez; y tal era su confianza y la de sus soldados en este oráculo, que vuelven seis veces á la carga, hasta que al fin herido de muerte por Godofredo de Buillon, pierde la batalla y la vida.

No por esto se abate el inflecsible Gregorio; despues de la derrota de su partido escribe á sus mas fieles adictos, que no se den prisa á nombrar sucesor sin estar seguros de su obediencia *á san Pedro y á Gregorio su vicario que está al presente en la silla*. Pero si el esceso de la desgracia habia devuelto á Enrique la enerjia, los triunfos acabaron de despertar su alma: continua sus planes, pasa á Italia llevando consigo á Jilberto de Corrigia, arzobispo de Ravena, que tomó el nombre de Clemente III, á quien habia hecho elejir papa; se hace absolver por él de todos los anatemas del implacable Gregorio y sitia á Roma. Vuelve Gregorio á intimarle se acerque á pedirle nuevo perdon, pero habia pasado ya el tiempo de las indignas umillaciones y ultrajes que recibiera en la fortaleza de Canossa. Toma Enrique á la ciudad; Gregorio uye al castillo de san Anjelo y desde allí pide socorro á Roberto Guiscard, y este acude, aunque algunos años antes habia tenido su parte en las escomuniones de Gregorio. Entrase en transaciones y hace prometer al papa que coronaria á Enrique.

Para cumplir su promesa propone aquel que desde lo alto del castillo descenderia la corona con una cuerda sobre la cabeza del emperador y asi se haria la coronacion; pero Enrique no se aviene á tan ridícula ceremonia; coloca en la silla de

san Pedro á su papa Jilberto, y se hace coronar solemnemente por él.

Entretanto el aventurero Roberto Guiscard, cuyos abuelos invadieron y usurparon el imperio á los romanos, robando y talando el teritorio de Italia y de los jermanos, recibe nuevas fuerzas. Entra en Roma por la puerta Flaminia contra la voluntad del pueblo que se le resistia, destroza y arruina cuanto encuentra oponerle resistencia, y hasta el arco triunfal de Domiciano fué echado por tierra. Los romanos habian fortificado el capitolio, y en él se defendian valerosamente de los normandos que habian tomado el palacio de Letran. Por último con muchas sangrientas escaramuzas, fué arruinada aquella parte de la ciudad que está entre el capitolio y san Juan de Letran, y al fin tomado el capitolio á la fuerza y casi destruido al nivel del suelo. Enrique se marcha con Clemente á Siena. Saca Roberto al papa del castillo. Conviértese en protector y en dueño suyo, y no créyendolo seguro en Roma lo lleva á Salerno, en donde permaneció prisionero de sus libertadores, pero escomulgando al antipapa y al emperador, hablando siempre como jefe absoluto de la Iglesia, de los imperios, de los pueblos y de los reyes, designando al fin un sucesor para un trono de donde le arrojaran sus criminales ambiciones.

Muerte de Gregorio VII. — Murió al año siguiente 1085, el 24 de abril, casi de desesperacion por verse separado de Roma. Sus últimas palabras, tomadas de la escritura, hubieran sido dignas del santo mas grande: *He amado la justicia y aborrecido la iniquidad; y por esto muero en el destierro.*

Escusables son en parte, dicen algunos, las empresas de Gregorio VII, por las preocupaciones que habian producido las falsas decretales, y que se habian aumentado sin cesar á favor de la ignorancia. Tan lejos iban respecto á la escomunion, que un escomulgado parecia escluido de la sociedad civil. El que comunicaba con él, de hecho estaba tambien escomulgado; y el que comunicaba con estos nuevos escomulgados lo estaba igualmente, y asi de los demás hasta una progresion infinita. Pero no se trataba solamente de la comunion eclesiástica; tratábase del comercio de la vida, aun de las cosas mas indispensables. Gregorio creyó

usar de gran *misericordia*, esceptuando á las mujeres, á los niños y á los sirvientes de los escomulgados, y permitiendo se diese lo necesario á los que estaban bajo el yugo de la escomunion. Segun tales principios, tan diferentes de las antiguas reglas, un príncipe escomulgado debia ser depuesto.

Véase aquí cómo se ha abusado de la credulidad de los hombres, y cuál es la razon poderosa de haber caido en cierto sensible descrédito la autoridad pontificia, á consecuencia del abuso y estravío del poder espiritual. ¿Y aun hay quien se queje de faltas de reverencia al sucesor de san Pedro? Los puros cristianos no quieren ver en él mas que el jefe visible de la Iglesia, y no un príncipe temporal, mezclándose en los negocios umanos, que tan ajenos deben ser para él si practicase la ley del Evanjelio; — ley mas santa y respetable que todas las argucias y sofismas de los aduladores (1).

Este papa repite frecuentemente en sus cartas las palabras de Jeremías: *Maldito el que no ensangrienta su espada*. Cualquiera que sea la interpretacion que se dé á estas palabras, él las aplicaba muy mal, perdiendo de vista los verdaderos principios de la relijion y del sacerdocio. Pero ¿de dónde habia sacado el buen pontífice que la Francia, la Inglaterra, la España, Dinamarca, Ungría, Dalmacia, la Polonia, la misma Rusia, etc., le debian pagar tributo, ó el omenaje y juramento de fidelidad como lo ecsijia? ¿que la Sajonia habia sido donacion hecha á la Iglesia por Carlo magno? ¿que el rey de Alemania que se elijiese despues de Rodolfo, estaria obligado á á reconocerse vasallo suyo, y á obedecerle en todo? ¿que el imperio por consiguiente ligado á la corona de Alemania, debiese depender de la silla de Roma, mientras que los emperadores tenian el derecho incontestable de confirmar la eleccion de los pontífices? Si tal sistema hubiera

(1) Se i Pontefici si fossero contentati di conservarsi capi della chiesa, cioè capi della santità, non già della maestà, il mondo non haurebbe riceuuto tanti sinistri pensieri contro di loro, ne si sarebbe così facilmente scandalisato, dell' operatione di quelli, che erano adorati nella persona, per la consideratione della santità della lor vita, non già nel piede, per lo rispetto del posesso de' beni temporali, come molti credono. (IL NIPOTISMO DE ROMA, part. I, lib. I.)

podido establecerse por la sola fuerza de la opinion y de las armas espirituales, el nuevo imperio del sacerdocio hubiera borrado las conquistas de aquel imperio romano, otras veces tan temible.

El conquistador de Inglaterra, por el vigor de su política fué el único que se hizo respetar de un papa que con sus pies hollaba las coronas. Intimándole Gregorio que le rindiese omenajes, y le pagase el tributo (que asi llamaba al *escudo de san Pedro*) que la devocion del rey Offa habia establecido como una ofrenda, respondió Guillermo que segun la costumbre le pagaria aquel escudo; pero en vez de rendirle omenaje, proibió á los obispos asistiesen á un concilio que se celebraba en Roma. Por lo tanto Gregorio mandó á su legado le tratase con miramiento y le escribió diciendo que «aunque en »ciertas cosas no se porta tan re»lijiosamente como nosotros que»rríamos, sin embargo como no »vende las iglesias, ni ha queri»do unirse á los enemigos de la »santa sede, y ha jurado tam»bien obligar á los sacerdotes á »abandonar sus mujeres, y á los »legos á desprenderse de los »diezmos, merece mas onor que »los otros reyes.»

Suspendamos por un momento la narracion de los nuevos acontecimientos que van á sucederse entre Enrique IV y sus contrarios sus hijos y los papas, y continuemos hablando de los emperadores griegos despues de la muerte de Constantino X Ducas.

Romano Diojenes, emperador. —(1067) Eudosia tomó las riendas del gobierno. Los turcos, observando que el imperio no tenia mas jefes que una mujer y tres niños, renovaron sus incursiones, vencieron al ejército imperial, y tomaron á Cesárea. Esta derrota no desacreditó al jeneral griego Nicéforo Botoniates, porque se atribuyó á la debilidad y avaricia de la corte. El pueblo descontento pedia á gritos un emperador: Eudosia, queriendo obedecer á un esposo mas bien que á un hijo, resolvió casarse. La voz pública le señalaba á Nicéforo: el amor hizo que elijiese á Romano Diójenes, hijo de un jeneral, proscrito por Ducas. Diójenes, á pesar de la proscricion de su padre, pidió empleo al emperador, el cual le respondió lacónicamente: «Merécelo por tus acciones.» Diójenes marchó á Sárdica, acometió y derrotó á los patzinaces, y

envió á Constantinopla un gran número de cabezas, pruebas sangrientas de su victoria. Ducas le dió el diploma del puesto que deseaba, añadiendo: «Debes tu elevacion, no á mí, sino á tu espada.» El jóven y temerario guerrero, alentado con esta respuesta, y que se creia por su contesto dispensado de la gratitud, se persuadió cuando murió Ducas, que el mismo acero que le habia dado la victoria podria elevarle al imperio: conspiró, fué vencido y preso, juzgado, convencido y condenado. Eudosia quiso verle antes de confirmar la sentencia. El crímen de Diójenes era evidente; pero su juventud, nacimiento y valor escitaron la piedad: la ermosura de su rostro produjo aun mas efecto que su mérito, y enamoró á Eudosia. Templada su ira por el cariño, mandó hacer nueva informacion, y los jueces, adivinando el motivo de aquella escesiva induljencia, declararon inocente al culpable. Diójenes, recobrada la libertad, salió para Capadocia, que era su patria; mas apenas habia atravesado el Bósforo, recibe órden de volver á la corte, donde admitido no como criminal sino como privado, obtuvo de la emperatriz el empleo de maestre de palacio.

Enajenada Eudosia de su pasion, estaba decidida á ofrecerle su mano y el cetro; pero el patriarca tenia en su poder el acta que la condenaba á viudedad, y que todos los senadores habian firmado, como tambien ella. Era necesario ó destruir este documento, ó renunciar á su designio. El amor, que triunfa de casi todos los ostáculos con fuerza ó con astucia, inspiró á la princesa enviar un confidente al patriarca, el cual le habló asi: «Ves el imperio prócsimo á su ruina: los »turcos lo invaden: los ejércitos »están sin jefe: el pueblo mur»mura: Eudosia, tu soberana, »reconoce la necesidad de coro»nar un hombre que salve al »estado. Parece que ha pues»to su atencion en tu ermano »Bardas para darle parte en su »lecho y su sólio. ¿Mas cómo »podrá celebrar este casamiento »contra el acta solemne que lo »proibe, y del cual eres tú solo »el depositario? Me encarga te »consulte sobre el partido que »ha de tomar, porque nada »quiere hacer sin tu consejo.»

El patriarca tenia mucha ambicion y poca virtud, y asi cayó fácilmente en el lazo. Se encargó de allanarlo todo, prodigó sus riquezas para ganar sucesiva-

mente á los senadores, obtuvo su consentimiento individual, puso el acta fatal en manos de la emperatriz que la entregó á las llamas, é hizo él mismo los preparativos de la augusta ceremonia que iba á dar tanto lustre á su familia. Mientras se entregaba á las ilusiones de una esperanza quimérica, la emperatriz llamó á palacio por la noche á Romano Diójenes, hizo que su capellan bendijese sus bodas, y al siguiente dia por la mañana, con grande sorpresa de la corte, del senado y sobre todo del patriarca, declaró públicamente la eleccion que habia hecho de emperador y de esposo.

Sublevacion de los varangas. — (1068) Los hijos de Ducas, consternados de un suceso que los privaba de la corona, prorrumpen en murmuraciones. Un cuerpo de la guardia, que se llamaba los varangas, se subleva y toma las armas. La astuta Eudosia corre á sus hijos, los estrecha en sus brazos, y mezclando las caricias á los consejos y los llantos á las súplicas, les asegura que su intencion solo ha sido dar un protector á su juventud: que Diójenes con el nombre de emperador no será mas que rejente: que ha jurado volverles la corona apenas tengan edad para llevarla, y que una madre sabrá obligarle á cumplir su juramento. Los príncipes, jóvenes, sensibles y confiados, creen á la autora de sus dias, prometen obedecerle, y desarman ellos mismos á los varangas: la corte adula al sol naciente, el senado cede y enmudece, y todo el imperio obedece á Diójenes con aquella indiferencia que manifiestan los esclavos en la mudanza de su dueño.

Los príncipes y grandes, no tan dóciles como el pueblo, conservaban y disimulaban su descontento: además de Constantino, Miguel y Andrónico, hijos de Ducas, el nuevo emperador temia á Juan Ducas, tio de ellos, que habia sido condecorado con el título de césar. La familia de los Comnenos, poderosa en el ejército, se manifestaba tambien dispuesta á hacer una oposicion peligrosa. Acababa de morir el jefe de esta casa, que no habia querido remplazar á su ermano Isaac en el trono; pero dejaba su nombre é influencia á sus cinco hijos Manuel, Isaac, Alexis, Adrian y Nicéforo, erederos de su valor y de sus riquezas. No ostante, Diójenes fué tan feliz, que estos cinco príncipes, en vez de formar pretensiones contra él, fueron los de-

fensores voluntarios de su autoridad.

Es verdad que el nuevo emperador se mostró digno del puesto que ocupaba. El imperio era un edificio ruinoso: él lo levantó. Agradecido á las bondades de Eudosia, pero sin ser débil para con ella, no le permitió mandar sino en palacio. Justo, firme y activo, se dedicó sin intermision á las reformas que ecsijia el pésimo estado de la administracion civil y militar. Amenazado de una invasion por el sultan Alp Arslan, sucesor de Togrul, resolvió anticiparse: hizo alistamientos en las provincias, aumentó la paga de las tropas, escojió ábiles capitanes, restableció la disciplina y aumentó sus fuerzas con cuerpos pagados de franceses, uros y varangas.

Su ejército reunido era al principio una masa no concorde y mal ejercitada: felizmente los turcos le dieron tiempo para organizar sus lejiónes é instruirlas en los movimientos. Púsose en marcha, espantó á los mahometanos con la rapidez de su ataque, mató un gran número de ellos, y en este primer choque aterró á los turcos, que estaban acostumbrados á que los griegos uyesen siempre.

Poco despues consiguió otra victoria, remontó su caballería á costa del enemigo, marchó al Eufrates, dió una gran batalla junto al castillo de Hierapolis, situado en las orillas del rio, la ganó completamente, se apoderó del campamento turco, lo quemó, y volvió cubierto de gloria á la capital. Entonces le dedicó su esposa Eudosia una obra, compuesta por ella, cuyo título era *Jonia*, y que ha llegado hasta nosotros: contiene la historia de los dioses y éroes, sus transformaciones y varias alegorías. Se han perdido otros escritos de esta sábia princesa: su poema sobre el cabello de Ariadna, una instruccion para las mujeres, el elojio de la vida monástica, y el tratado de las obligaciones de las princesas. Resucitó por el ejemplo y aficion de Eudosia el gusto de la literatura en Oriente, aunque no por mucho tiempo. El lujo de la corte, el carácter belicoso de Diójenes y el deseo de pelear con los musulmanes hicieron venir á Constantinopla muchos guerreros normandos: entre ellos se distinguian Hervey, Radulfo, Goselin, Bailleul, y particularmente Roberto Crespin, de la familia de los Grimaldi, que descendia de uno de

podido establecerse por la sola fuerza de la opinion y de las armas espirituales, el nuevo imperio del sacerdocio hubiera borrado las conquistas de aquel imperio romano, otras veces tan temible.

El conquistador de Inglaterra, por el vigor de su política fué el único que se hizo respetar de un papa que con sus pies hollaba las coronas. Intimándole Gregorio que le rindiese omenajes, y le pagase el tributo (que así llamaba al *escudo de san Pedro*) que la devocion del rey Offa habia establecido como una ofrenda, respondió Guillermo que segun la costumbre le pagaria aquel escudo; pero en vez de rendirle omenaje, proibió á los obispos asistiesen á un concilio que se celebraba en Roma. Por lo tanto Gregorio mandó á su legado le tratase con miramiento y le escribió diciendo que «aunque en »ciertas cosas no se porta tan re»lijiosamente como nosotros que»rríamos, sin embargo como no »vende las iglesias, ni ha queri»do unirse á los enemigos de la »santa sede, y ha jurado tam»bien obligar á los sacerdotes á »abandonar sus mujeres, y á los »legos á desprenderse de los »diezmos, merece mas onor que »los otros reyes.»

Suspendamos por un momento la narracion de los nuevos acontecimientos que van á sucederse entre Enrique IV y sus contrarios sus hijos y los papas, y continuemos hablando de los emperadores griegos despues de la muerte de Constantino X Ducas.

Romano Diojenes, emperador. —(1067) Eudosia tomó las riendas del gobierno. Los turcos, observando que el imperio no tenia mas jefes que una mujer y tres niños, renovaron sus incursiones, vencieron al ejército imperial, y tomaron á Cesárea. Esta derrota no desacreditó al jeneral griego Nicéforo Botoniates, porque se atribuyó á la debilidad y avaricia de la corte. El pueblo descontento pedia á gritos un emperador: Eudosia, queriendo obedecer á un esposo mas bien que á un hijo, resolvió casarse. La voz pública le señalaba á Nicéforo: el amor hizo que elijiese á Romano Diójenes, hijo de un jeneral, proscrito por Ducas. Diójenes, á pesar de la proscricion de su padre, pidió empleo al emperador, el cual le respondió lacónicamente: «Merécelo por tus acciones.» Diójenes marchó á Sárdica, acometió y derrotó á los patzinaces, y

envió á Constantinopla un gran número de cabezas, pruebas sangrientas de su victoria. Ducas le dió el diploma del puesto que deseaba, añadiendo: «Debes tu elevacion, no á mí, sino á tu espada.» El jóven y temerario guerrero, alentado con esta respuesta, y que se creia por su contesto dispensado de la gratitud, se persuadió cuando murió Ducas, que el mismo acero que le habia dado la victoria podria elevarle al imperio: conspiró, fué vencido y preso, juzgado, convencido y condenado. Eudosia quiso verle antes de confirmar la sentencia. El crímen de Diójenes era evidente; pero su juventud, nacimiento y valor escitaron la piedad: la ermosura de su rostro produjo aun mas efecto que su mérito, y enamoró á Eudosia. Templada su ira por el cariño, mandó hacer nueva informacion, y los jueces, adivinando el motivo de aquella escesiva induljencia, declararon inocente al culpable. Diójenes, recobrada la libertad, salió para Capadocia, que era su patria; mas apenas habia atravesado el Bósforo, recibe órden de volver á la corte, donde admitido no como criminal sino como privado, obtuvo de la emperatriz el empleo de maestre de palacio.

Enajenada Eudosia de su pasion, estaba decidida á ofrecerle su mano y el cetro; pero el patriarca tenia en su poder el acta que la condenaba á viudedad, y que todos los senadores habian firmado, como tambien ella. Era necesario ó destruir este documento, ó renunciar á su designio. El amor, que triunfa de casi todos los ostáculos con fuerza ó con astucia, inspiró á la princesa enviar un confidente al patriarca, el cual le habló asi: «Ves el imperio prócsimo á su ruina: los turcos lo invaden: los ejércitos están sin jefe: el pueblo murmura: Eudosia, tu soberana, reconoce la necesidad de coronar un hombre que salve al estado. Parece que ha puesto su atencion en tu ermano Bardas para darle parte en su lecho y su sólio. ¿Mas cómo podrá celebrar este casamiento contra el acta solemne que lo proibe, y del cual eres tú solo el depositario? Me encarga te consulte sobre el partido que ha de tomar, porque nada quiere hacer sin tu consejo.»

El patriarca tenia mucha ambicion y poca virtud, y asi cayó fácilmente en el lazo. Se encargó de allanarlo todo, prodigó sus riquezas para ganar sucesiva-

mente á los senadores, obtuvo su consentimiento individual, puso el acta fatal en manos de la emperatriz que la entregó á las llamas, é hizo él mismo los preparativos de la augusta ceremonia que iba á dar tanto lustre á su familia. Mientras se entregaba á las ilusiones de una esperanza quimérica, la emperatriz llamó á palacio por la noche á Romano Diójenes, hizo que su capellan bendijese sus bodas, y al siguiente dia por la mañana, con grande sorpresa de la corte, del senado y sobre todo del patriarca, declaró públicamente la eleccion que habia hecho de emperador y de esposo.

SUBLEVACION DE LOS VARANGAS. — (1068) Los hijos de Ducas, consternados de un suceso que los privaba de la corona, prorrumpen en murmuraciones. Un cuerpo de la guardia, que se llamaba los varangas, se subleva y toma las armas. La astuta Eudosia corre á sus hijos, los estrecha en sus brazos, y mezclando las caricias á los consejos y los llantos á las súplicas, les asegura que su intencion solo ha sido dar un protector á su juventud: que Diójenes con el nombre de emperador no será mas que rejente: que ha jurado volverles la corona apenas tengan edad para llevarla, y que una madre sabrá obligarle á cumplir su juramento. Los príncipes, jóvenes, sensibles y confiados, creen á la autora de sus dias, prometen obedecerle, y desarman ellos mismos á los varangas: la corte adula al sol naciente, el senado cede y enmudece, y todo el imperio obedece á Diójenes con aquella indiferencia que manifiestan los esclavos en la mudanza de su dueño.

Los príncipes y grandes, no tan dóciles como el pueblo, conservaban y disimulaban su descontento: además de Constantino, Miguel y Andrónico, hijos de Ducas, el nuevo emperador temia á Juan Ducas, tio de ellos, que habia sido condecorado con el título de césar. La familia de los Comnenos, poderosa en el ejército, se manifestaba tambien dispuesta á hacer una oposicion peligrosa. Acababa de morir el jefe de esta casa, que no habia querido remplazar á su ermano Isaac en el trono; pero dejaba su nombre é influencia á sus cinco hijos Manuel, Isaac, Alexis, Adrian y Nicéforo, ererederos de su valor y de sus riquezas. No ostante, Diójenes fué tan feliz, que estos cinco príncipes, en vez de formar pretensiones contra él, fueron los de-

fensores voluntarios de su autoridad.

Es verdad que el nuevo emperador se mostró digno del puesto que ocupaba. El imperio era un edificio ruinoso: él lo levantó. Agradecido á las bondades de Eudosia, pero sin ser débil para con ella, no le permitió mandar sino en palacio. Justo, firme y activo, se dedicó sin intermision á las reformas que ecsijia el pésimo estado de la administracion civil y militar. Amenazado de una invasion por el sultan Alp Arslan, sucesor de Togrul, resolvió anticiparse: hizo alistamientos en las provincias, aumentó la paga de las tropas, escojió ábiles capitanes, restableció la disciplina y aumentó sus fuerzas con cuerpos pagados de franceses, uros y varangas.

Su ejército reunido era al principio una masa no concorde y mal ejercitada: felizmente los turcos le dieron tiempo para organizar sus lejiónes é instruirlas en los movimientos. Púsose en marcha, espantó á los mahometanos con la rapidez de su ataque, mató un gran número de ellos, y en este primer choque aterró á los turcos, que estaban acostumbrados á que los griegos uyesen siempre.

Poco despues consiguió otra victoria, remontó su caballería á costa del enemigo, marchó al Eufrates, dió una gran batalla junto al castillo de Hierapolis, situado en las orillas del rio, la ganó completamente, se apoderó del campamento turco, lo quemó, y volvió cubierto de gloria á la capital. Entonces le dedicó su esposa Eudosia una obra, compuesta por ella, cuyo título era *Jonia*, y que ha llegado hasta nosotros: contiene la historia de los dioses y éroes, sus transformaciones y varias alegorías. Se han perdido otros escritos de esta sábia princesa: su poema sobre el cabello de Ariadna, una instruccion para las mujeres, el elojio de la vida monástica, y el tratado de las obligaciones de las princesas. Resucitó por el ejemplo y aficion de Eudosia el gusto de la literatura en Oriente, aunque no por mucho tiempo. El lujo de la corte, el carácter belicoso de Diójenes y el deseo de pelear con los musulmanes hicieron venir á Constantinopla muchos guerreros normandos: entre ellos se distinguian Hervey, Radulfo, Goselin, Bailleul, y particularmente Roberto Crespin, de la familia de los Grimaldi, que descendia de uno de

los principales compañeros de Rolon.

Roberto sirvió en Asia, y hallándose mal pagado echó contribucion sobre las provincias que debia defender. Tratósele como á rebelde, y fué atacado por los griegos y los auyentó. Los turcos, creyendo tenerlo por aliado, se acercaron confiadamente á su ejército. Roberto guió contra ellos sus intrépidos franceses y los hizo pedazos. Diójenes, movido de esta accion eróica, le llamó á su corte y le dió un mando. Algunos delatores, envidiosos del favor que gozaba Roberto, le desacreditaron con el emperador, y consiguieron que le desterrase. Los franceses enfurecidos le vengaron talando la Mesopotamia, y para aplacarlos fué preciso restituirles su capitan.

Espedicion de Diójenes contra los turcos. — (1070) Todo el reinado de Diójenes se empleó en la guerra: abitaba este príncipe en los campamentos mas que en su palacio. Los turcos, derrotados muchas veces, vencieron á su vez á Filareto, que se dejó sorprender por ellos. El emperador le dió por sucesor á Manuel Comneno, que valiente y ábil contuvo á los turcos, y les impidió hacer progresos. Diójenes amaba la gloria con demasiada pasion para no envidiar á los que la adquirian, y por eso quitó fuerzas al ejército de Manuel. Los turcos, aprovechándose de la ocasion, le acometen, penetran en los reales del mismo Manuel que acababa de vencerlos, le hacen prisionero, atraviesan la Capadocia, entran en Frijia, y saquean á Colosas.

Irritado el emperador, reune sus tropas, y quiere atacar al enemigo; pero el césar Juan Ducas le apartó de esta resolucion, mostrándole el peligro á que se espondria, acometiendo con un ejército vencido á contrarios tan numerosos. Este consejo era dictado por el odio: Ducas esperaba que el emperador, dejando á los turcos aprocsimarse á la capital, se haria aborrecible al pueblo. Entretanto Manuel, que estaba cautivo, advirtió que su vencedor Crisósculo, de la familia de los sultanes, llevaba con impaciencia el yugo de Alp Arslan, y que estaba formando el designio de quitarle el cetro. Lisonjeó su ambicion, le prometió el ausilio del emperador para subir al trono, dividió así á sus enemigos, hizo caer á Crisósculo en el lazo, y le persuadió que fue-

se á Constantinopla. Aquel musulman victorioso, llevado en triunfo por su cautivo, pasó á la capital con todos los prisioneros que habia hecho, ya libres.

El emperador recibió con benignidad al príncipe ambicioso, lo deslumbró con esperanzas que no realizó, y marchó al año siguiente contra los turcos al frente de un ejército poderoso. Llegando á la llanura de Crñas, cerca de Cesárea, famosa por la salubridad de sus aguas, la fertilidad de su suelo y la abundancia de sus frutos, no pudo contener la destemplanza de las tropas, y hubo de licenciar su guardia, que despreciaba sus reglamentos. Como las enfermedades debilitaban el ejército, los jenerales mas espertos le aconsejaron que se atrincherase y aguardase al enemigo en una fuerte posicion. Diójenes, ardiente, altivo, impetuoso, y mas soldado que capitan, se resolvió á pesar de la dificultad de los caminos, á buscar á los turcos en el centro de la Media. Renovando los yerros de Craso, Antonio y Heraclio, engañado por noticias falsas, llevado de la impaciencia valerosa de los franceses, vuela mas bien que marcha, creyendo cobarde fuga la retirada sagaz del enemigo.

En vano le advierte Bailleul el peligro á que se espone: continua marchando ácia Bagdad. Su caballería, comprometida en un choque, es rechazada; pero Basilacio que la mandaba, le asegura que los cuerpos enemigos que veia, no eran mas que destacamentos sacados de algunas guarniciones. La vanguardia, á las órdenes de Nicéforo Brienne, se une á Basilacio, esperimenta gran resistencia; sin embargo penetra en la caballería turca, y la persigue hasta una llanura estensísima. Con suma sorpresa y espanto de los griegos se arroja sobre sus batallones el ejército del sultan, que estaba allí acampado, y hace en ellos gran carnicería. Basilacio queda prisionero: este guerrero audaz, en vez de temblar ante el sultan, mezcla á sus elojios del valor de los turcos, un cuadro aterrador de las fuerzas del emperador. «Dos soberanos, »dijo, como tú y él, dignos de »repartir el imperio del uni»verso, deberian unirse en es»trecha alianza, y no esponer su »brillante destino á la suerte »dudosa de una batalla.»

El sultan, persuadido de este discurso, envia diputados al emperador para proponerle la paz. Mientras estaban en cami-

no, algunos fujitivos anuncian á Diójenes la derrota de su vanguardia: irritado del desastre, sale de su campo; pero la numerosa caballería turca, que perseguia á los griegos, le obliga á entrar en sus atrincheramientos. Llegan entretanto los enviados del sultan: Diójenes declara que no puede dar oidos á ninguna proposicion si no se retiraba la vanguardia enemiga. Los diputados parten; y mientras el sultan deliberaba aun sobre la respuesta que se le habia dado, Diójenes, deslumbrado por sus cortesanos, se resuelve á romper la negociacion.

Suena la trompeta. El sultan, viendo que se le presenta la batalla, ordena su ejército. «Camaradas, dijo, es triste para la »umanidad ver tanta sangre de»rramada por el orgullo de los »príncipes: ofrecí la paz; pero »quieren la guerra: peleemos »pues. Quédense solo los valien»tes, y retírense los temerosos. »Seguid mi ejemplo: atacad al »enemigo cuerpo á cuerpo: des»deñemos las armas arrojadizas. »Yo tiro mi arco y mis flechas, »y solo conservo el sable y la »maza.»

A estas palabras se despoja de sus vestiduras, se cubre del vestido blanco que se les pone á los musulmanes el dia de su sepultura, y grita: «Si este campo de »batalla no es el teatro de vues»tro triunfo, será mi sepulcro.» El ejército griego se adelanta en masa: los turcos, divididos en muchas columnas, finjen uir para atraer al emperador á una emboscada: Diójenes vió el peligro á tiempo, y temiendo que le cortasen, hizo un movimiento retrógado. Andrónico, hijo del césar Juan Ducas, mandaba la reserva y queria robar la victoria al emperador para perderle. Apenas vió la retrogradacion prudente del príncipe, empieza á gritar: «El emperador uye.» Al momento se esparce en todas las tropas un desórden terrible: los turcos se aprovechan de la confusion, acometen impetuosamente á los griegos, y la derrota es pronta y completa.

Diójenes, acompañado de algunos valerosos, queda envuelto: en vano se defiende con eróico valor contra una muchedumbre que se aumenta sin cesar: despues de haber hecho morir bajo su cimitarra un gran número de enemigos, sucumbe, erido el caballo y rotas las armas, traspasado de muchas eridas. Un turco, llamado Cady, que le habia visto en Constantinopla, le reconoce, le salva la

vida, se postra ante él, y le lleva prisionero al campamento del sultan. Al dia siguiente, Diójenes, cubierto de sangre, es presentado á Alp Arslan, el cual por una mezcla estravagante de jenerosidad y barbárie, derriba al monarca cautivo y vencido, siguiendo la costumbre de su nacion, le piso, y despues de esta ceremonia feroz y oriental, le da la mano, le levanta, y le abraza, diciéndole: «No temas. »Soy hombre como tú, espuesto »á los mismos reveses. Te trata»ré como emperador, no como »esclavo. ¡Desgraciado del que »se embriaga con los favores de »la fortuna, y no prevé su in»constancia!»

Dióle una tienda magnífica, le hizo comer á su mesa, le visitó frecuentemente, y le ablaba de las operaciones de la campaña con la misma familiaridad que si hubieran sido aliados. «¿Qué suerte me destina»bas, le preguntó el sultan, si me »hubieras hecho prisionero?»—«Te hubiera mandado azotar »cruelmente, respondió Diójenes, ecsasperado por el infor»tunio.» — «Pues yo, replicó el »turco, te trataré segun los prin»cipios de tu relijion, que man»da amar al prójimo y olvidar »las injurias.»

Paz con los turcos. — (1071) Fiel á su promesa, hizo paz con los griegos, arregló con jenerosidad los límites de ambos imperios, dió libertad á los prisioneros, ecsijió mil quinientas monedas de oro por el rescate, y trescientas sesenta mil por el tributo, le dió diez mil para el viaje, le juró amistad y convino en el matrimonio de su hijo con una hija del emperador: este derramó lágrimas de admiracion al separarse del éroe musulman, vencido mas por su grandeza de ánimo que por sus armas.

Cuando llegó al Ponto, escribió á la emperatriz la narracion de su derrota, cautiverio y libertad; pero por desgracia un soldado griego que habia uido durante la batalla, llegó á la capital antes que el pliego de Diójenes, y esparció en ella la noticia de su muerte, que otros fujitivos confirmaron despues. Eudosia, consternada, convoca los grandes y el senado para deliberar sobre lo que habia de hacerse. Juan Ducas dijo que era menester emplearse en el bien del imperio, y no en vanos pesares por un emperador que ya no ecsistia. Propuso que se proclamase en el momento á Miguel, el mayor de los hijos de Ducas. Todavia se deliberabà,

cuando llegó el pliego del emperador: en vano la triste Eudosia defiende los derechos de su marido: el césar Juan y sus hijos Andrónico y Constantino sublevan las tropas: sus gritos y el estruendo de sus armas espantan á la emperatriz: cree que quieren matarla, se deja conducir á un monasterio, y toma el velo por fuerza. Sobrevivió veinticinco años á este suceso.

El césar Juan coloca á Miguel en el trono, hace que le reconozcan en todas las provincias, que el senado decrete la destitucion de Diójenes de la suprema autoridad que habia usurpado. Este infeliz monarca que halló tanta ingratitud en su corte como jenerosidad en sus enemigos, se sorprendió, mas no se amedrentó por su nuevo infortunio. Levantó con prontitud un ejército y se apoderó de Amasia.

Constantino, hijo del césar Juan, le dió una batalla larga y sangrienta; pero la fortuna habia ya abandonado á Diójenes: derrotado y perseguido, se refujió á una fortaleza, donde logró salvarle la fidelidad de Cataturo, uno de sus oficiales. De allí escapó á Cilicia, donde tuvo medios de juntar otro ejército numeroso. El mismo emperador Miguel, intimidado por la intrepidez de su rival, le propuso repartir el imperio. Diójenes, cuya altivez era mas intratable en los reveses que en la prosperidad, se negó á esta proposicion, y no quiso conceder mas que una amnistía. Los Comnenos no tomaron partido en estas discordias civiles: Miguel los castigó enviándolos al destierro, igualmente que á su madre. Andrónico Ducas marchó á Cilicia para pelear con el ejército de Diójenes, que estaba á las órdenes de Cataturo, atrincherado en una fuerte posicion. Como vacilaba acerca del instante y de los medios de atacar, Roberto Crespin el normando, se le presentó atrevidamente, y le dijo: «Encarga á los franceses y á mí »el onor de esta jornada, y te »juro que vencerás sin combatir.» Se admiró su osadía, y se dejó campo libre á su valor. Roberto, al frente de aquellos guerreros escojidos, cae sobre la caballería enemiga, la desbarata, derrota la infantería, y vuelve á la tienda de Andrónico á anunciarle que ha vencido, y que Cataturo es su prisionero.

Perseguido Diójenes, por la suerte, reunió las tristes reliquias de su ejército en Adana, y se defendió en este punto muchos dias; pero consumidos los

víveres, tuvo que capitular. Prometió tomar el ábito monástico con tal que se respetase su vida y no se le maltratase. Andrónico envió estas proposiciones á Miguel, fueron aceptadas, y tres arzobispos que firmaron con él el tratado, lo llevaron á Adana y salieron fiadores de la promesa. La eróica jenerosidad de Diójenes no se desmintió en el colmo del infortunio. Reuniendo el poco dinero que le quedaba, lo envió al sultan y le escribió en estos términos: «Cuando era emperador te »prometí mil quinientas mone»das de oro por mi rescate: hoy, »despojado de mi corona, te en»vio doscientas mil y ese dia»mante, como prenda de mi »gratitud. Esto es cuanto poseo »en este mundo. Un vencedor »como tú tiene mas derecho á »eredarme que mis ingratos súb»ditos.» Despues de este acto último de libertad, salió de la fortaleza, caminó ácia la capital en ábito de monje y montado sobre un mulo. En el viaje le envenenó un emisario del césar Juan; pero sanó por la abilidad de los médicos. Cuando estuvo cerca de Constantinopla, la corte envió la órden bárbara de sacarle los ojos. En vano protestó Andrónico contra la violacion del tratado: en vano los tres arzobispos amenazaron á los perjuros con la cólera del cielo: el despiadado Juan persistió y aun proibió que se vendasen las eridas de su víctima, y la órden orrible se ejecutó, á pesar de los gritos de Diójenes, que invocó inútilmente el socorro de Dios y de los hombres.

Se le sacaron los ojos y se le llevó á la isla de Prota, donde murió poco despues, sufriendo como éroe su desgracia, y perdonando como cristiano á sus enemigos. Constantino y Leon, dos hijos suyos, perecieron combatiendo contra los turcos. Nicéforo, que era el tercero, vivió largo tiempo muy estimado. El reinado, ó por mejor decir, la triste novela de Diójenes, duró tres años y diez meses.

MIGUEL VII PARAPINACIO, EMPERADOR. — La naturaleza no habia concedido vigor al carácter de Miguel, y la educacion aumentó esta debilidad. Separado por Diójenes durante su juventud de los campamentos y de los negocios públicos, escitado al estudio por Eudosia, instruido por Psaldo, maestro que tenia mas memoria que juicio, y que sin embargo se llamaba entonces el primero de los filó-

sofos, cuando llegó al imperio se entretuvo en cuestiones de gramática y etimolojía, y en investigaciones minuciosas, y pareció mas propio para la escuela que para el trono.

El césar Juan, fortificado con el apoyo de los Comnenos, el mayor de los cuales habia casado con una parienta suya, mantuvo cuidadosamente la aversion que tenia Miguel á la guerra y á la política, con la esperanza de reinar por él; pero un eunuco trastornó sus proyectos. Este era Niceforiso, natural de Galacia, ambicioso, pérfido, ardiente, disimulado, político profundo y ábil cortesano: fué ministro de Constantino Ducas. Eudosia habia hecho que le desterrasen; pero Diójenes, habiendo encontrado por la industria de este eunuco el dinero necesario para su ejército, le dió el gobierno del Peloponeso.

El césar Juan, mas amigo de los placeres que del trabajo, llamó á Niceforiso y le confió la administracion. El ingrato gálata, habiendo ganado el afecto de Miguel, se sirvió de él para arruinar el influjo de su bienhechor. El emperador le entregó las riendas del gobierno, y el vil eunuco llegó á ser dueño del imperio, cuyas riquezas agotó con su avaricia. La corte se llenó de delatores: todos los ricos parecieron culpables: las confiscaciones se multiplicaron, las familias fueron arruinadas, y Niceforiso aumentó rápidamente su caudal monopolizando los granos en nombre del emperador. Este tráfico, que oprimió al pueblo, adquirió á Miguel el sobrenombre de Parapinacio. Es mas fácil escarnecer que sublevarse; y en todos los siglos los orientales encorvados bajo el despotismo, no supieron vengarse de sus tiranos sino con burlas y epígramas:—cuando el odio está comprimido, solo se muestra el desprecio.

Alp Arslan, el jeneroso vencedor de Diójenes, indignado del cruel tratamiento que se dió á este desgraciado príncipe, le vengó, no robando, sino conquistando. Isaac y Alexis Comneno marcharon á Capadocia contra él seguidos de una multitud de aventureros franceses, difíciles de vencer, é incapaces de disciplina. Dieron al ejército griego el ejemplo del valor y el desórden: su ardiente valentía comprometió las tropas: los turcos vencieron, Isaac fué prisionero, y Alexis enfurecido vengó á su ermano, dando muerte con su sable á un gran

número de maometanos. Su denuedo favoreció al principio la retirada; pero los griegos se desmandaron, Alexis se escapó casi solo y fué á buscar dinero para rescatar á su ermano. Hallólo en sus amigos: los dos Comnenos volvieron á la capital acompañados de los intrépidos franceses. En el camino fueron asaltados y rodeados por un ejército numeroso de turcos: lo desbarataron, y debieron su salvacion á los prodijios de valor que hicieron. El siglo de estos denodados caballeros no era el de los capitanes ábiles: el valor individual era semejante al eroismo de los tiempos fabulosos; pero el arte de la guerra estaba decaido: los caballeros brillaban en los torneos, y los ejércitos perdian batallas. Ursel, jefe de los aventureros franceses, se rebeló y devastó el Asia. Miguel envió contra él al césar Juan, acompañado de su hijo Andrónico y de Nicéforo Botoniates: los franceses ganaron la victoria; Juan, despues de una resistencia ostinada, quedó erido y prisionero: Andrónico se arrojó enmedio de los enemigos para libertarle; pero oprimido por el número y cubierto de eridas, cae, é iban ó cortarle la cabeza. Su padre, testigo de tan orrible espectáculo, rompe sus cadenas, se arroja á él, le defiende con su cuerpo y esclama: «Deteneos, bárbaros, ese es mi hijo Andrónico.»

Los franceses bajan sus sables; y admirando la ternura animosa de un padre que salvaba al hijo de la muerte arrostrada por libertarle, levantan á los dos cautivos, los tratan con bondad, y les prometen la libertad si dejan por reenes dos hijos de Andrónico. En las costumbres se notaba entonces una mezcla estravagante de vicios y devocion, de onor y mala fé, de valor y vileza, de eroismo y perfidia. Concluido el tratado, se violó por ambas partes. No se dió libertad á Juan. Andrónico envió sus hijos á los reales franceses; pero un eunuco, emisario suyo, logró robarlos de noche y volverlos á Constantinopla.

Niceforiso, en vez de rescatar á Juan Ducas, solo sentia que no hubiese perecido como su hijo. Ursel, para debilitar la familia imperial dividiéndola, hizo que el ejército proclamase emperador á su prisionero el césar Juan: marchó con él al Bósforo y quemó á Crisópolis, cuyas llamas derramaron el terror en Constantinopla.

Cien mil turcos, mandados por un valeroso capitan llamado Tulac, se hallaban entonces en Capadocia. Niceforiso trató secretamente con ellos para que peleasen contra los franceses. Ursel, apenas ve la vanguardia de los musulmanes, despreciando los prudentes consejos de Juan, da la señal de acometer, desbarata los primeros escuadrones, los persigue con temeridad, y se ve rodeado por el inmenso ejército de los turcos. El césar Juan y él pelean con el valor de la desesperacion; pero al fin ceden al número y caen prisioneros. El emperador Miguel, contra la voluntad de su ministro, pagó el rescate del césar Juan su tio, el cual para desarmar su venganza se le presentó en ábito de fraile.

Ursel, rescatado por su esposa, continuó haciendo estragos: venció á seis mil alanos que se enviaron contra él. En fin, la corte encargó esta guerra á Alexis Comneno: este jóven príncipe, de edad de veinticinco años, era entonces el único jeneral que por su carácter y azañas poseyese el afecto y estimacion pública y una fama bien merecida. Desde que tomó el mando abandonaron los griegos á Ursel. El normando, reducido por esta defeccion á solo sus compatriotas, hizo un tratado con los turcos; pero Tulac, ganado por Alexis, hizo traicion á Ursel, le prendió en una conferencia, le retuvo prisionero y le encerró en Amasía.

El pueblo de esta ciudad iba á sublevarse en favor del normando; pero la abilidad de Alexis calmó la sedicion. Dijo á los alborotados que habia sacado los ojos á Ursel, y presentó este guerrero á su vista con una venda en la frente: la plebe se compadeció de él, le olvidó y le dejó partir para Constantinopla. El emperador despues de mandarlo azotar con varas, le arrojó en una cárcel, donde se mantenia de la caridad de Alexis.

Isaac Comneno, menos dichoso que su hermano, fué vencido por los turcos. Su derrota habria podido tener consecuencias funestas; pero las disensiones intestinas que hubo entre los musulmanes, dieron algun descanso al imperio. Una sedicion que se movió entonces en Bulgaria, entretuvo las fuerzas de los griegos. Bodino, elejido rey por los búlgaros, venció á Damian Dalaseno, jeneral del emperador, y se apoderó de sus reales. Saroneto, otro jefe mas ábil, atrajo á Bodino á una em-

boscada y le hizo prisionero. Los búlgaros se armaron en masa para vengar á su rey.

Miguel fatigado de las guerras que le distraian de sus estudios, y descontento de un ministro que no aseguraba su sosiego, quiso nombrar un césar, separando del trono á sus propios ermanos que habrian podido abusar de esta dignidad.

Elevacion y caida de Nicéforo Brienne. — (1077) Se decidió, pues, por Nicéforo Brienne, y le mandó á llamar; pero los cortesanos, asustados de la eleccion de un hombre firme y de esperiencia, lograron comunicar sus temores á Miguel; y cuando Nicéforo llegó, solo se le dió el título de duque de Bulgaria y el mando del ejército. Brienne se puso al frente de las tropas, venció á los búlgaros, rechazó á los servios, y embarcándose en la escuadra, reprimió las piraterías de los normandos, que infestaban entonces las costas del Archipiélago.

Mientras restablecia la tranquilidad marítima, el ejército que habia quedado en Bulgaria, y que se componia de macedonios, alemanes, franceses y patzinaces, se sublevó para libertarse del yugo de la disciplina, se entregó al pillaje y marchó contra Constantinopla. Niceforiso, en vez de encargar á Nicéforo Brienne que reprimiese la sedicion, se aprovecha de las circunstancias para arruinar á este jeneral temible, y prepara su condenacion. Brienne, informado de su designio, se pone al frente de los rebeldes: Basilacio, enviado contra él, se pasa á sus banderas. El ejército proclama emperador á Brienne: Andrinópoli le reconoce, y su ermano, con una parte de las tropas, se presenta al pie de las murallas de Constantinopla.

Todo el pueblo estaba dispuesto á recibirle; pero habiendo quemado un arrabal algunos de los suyos, la muchedumbre enfurecida toma las armas: Miguel, sin dejar sus libros favoritos encarga á su ermano Constantino y á Alexis Comneno la defensa de la ciudad. En este peligro se acordaron de las azañas de Ursel, le sacaron de la cárcel y juró pelear fielmente en defensa del emperador. Salen todos de las murallas y obligan á Brienne á retirarse. Constantino no se distinguió por ninguna azaña. Ursel destrozó la retaguardia de los rebeldes: Alexis Comneno eclipsó con su valor el de sus compañeros, y Miguel agradecido le dió por es-

posa á Irene su prima, hija del césar Juan Ducas.

La tiranía de Niceforiso hacia inútiles todos los triunfos, porque á cada instante disponia los ánimos á la sedicion. Mientras las provincias del norte daban el imperio á Brienne, los ejércitos de Asia proclamaron emperador á Nicéforo Botoniates, que descendia de Fócas, y se jactaba de tener su ilustre orijen en la antigua familia romana de los Fábios. Este jeneral reunió bajo sus estandartes todos los comandantes de las tropas asiáticas, ganó un partido poderoso en el senado y halló medio de asegurarse el apoyo del clero. Niceforiso, que no sabia gobernar sino con cadal sos, ni pelear sino con intrigas, dió grandes subsidios á los turcos para que se armasen contra Botoniates. Este marchó contra ellos, derrotó la caballería del sultan Soliman, hizo paces con él, y llegó delante de Nicea escoltado por los mismos maometanos que el ministro pagó para destruirlo.

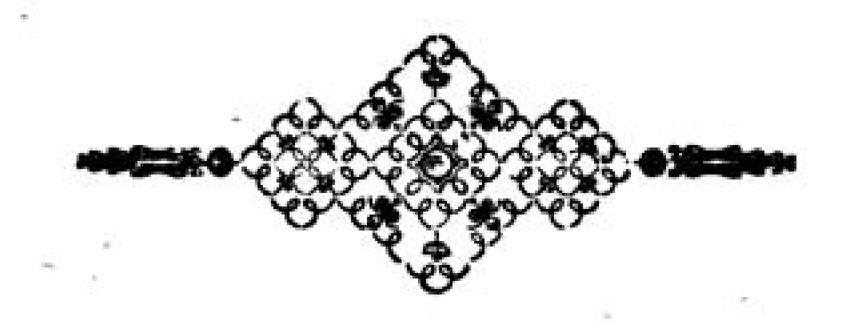
Acercándose á la ciudad, descubre inumerable multitud de hombres armados, y se prepara con recelo á pelear contra tantos enemigos; pero sus acciones y gritos le manifiestan en breve que se habian reunido para recibirle en triunfo.

Al mismo tiempo sus numerosos partidarios forman una conspiracion en la capital: en vano el cauto Alexis insta al emperador para que la sofoque. La rebelion se manifiesta, los conjurados rompen las cárceles y arman á los presos y esclavos. Solo é intrépido enmedio del tumulto, aconseja Alexis Comneno al emperador que salga con él de palacio y acometa á los rebeldes al frente de su guardia. El tímido Miguel se niega á seguir esta determinacion animosa. «No quiero, dijo, ser cruel y sanguinario por »conservar una corona que me »es gravosa: hace mucho tiem»po que estoy cansado de soste»nerla. Llévala con tus conse»jos y tu espada á mi ermano »Constantino.» Este, incapaz de arrostrar peligros tan grandes, reusó el cetro como un regalo nocivo, y seguido de Alexis atravesó el Bósforo para someterse á Botoniates.

Nicéforo recibió al príncipe con alguna frialdad; pero Alexis le dijo: «Constantino merece »que le des otro acojimiento, »pues ha vivido en la oscuridad »cerca del trono, prisionero y »casi esclavo de un ministro in-

»solente. Tu elevacion, privándole de una grandeza aparente, »le libra de una verdadera tiranía. En cuanto á mí, sabes con »qué zelo he servido al emperador Miguel. A pesar de los votos de todo el imperio, declarados en tu favor, aun queria »yo en estos momentos defender al príncipe y pelear contra »tí: de todos sus soldados y vasallos soy el último que le he »abandonado. Mi fidelidad á Miguel sea la única y la mejor »fianza de la que hoy te juro.»

Nicéforo lo abrazó y entró con él en Constantinopla, donde fué recibido con el entusiasmo que escita siempre la fortuna. Miguel pasó al monasterio de *Studium*, donde tomó el ábito, recibió las órdenes sacras, y llegó á ser obispo de Efeso. Niceforiso se escapó á un ejército que habia formado Ursel en las cercanías de Selimbria. El patriarca coronó á Nicéforo: el reinado de Miguel, ó mas bien el de su eunuco, habia durado seis años y medio.



CAPITULO V.

NICÉFORO III, BOTONIATES. ALEXIS Ó ALEJO COMNENO.

(Año 1078. — 1084.)

Reinado despreciado de Nicéforo III. — Envenenamiento de Ursel. — Tortura y muerte de Niceforiso. — Orden sanguinaria del emperador. — Abdicacion y retirada de Nicéforo. — Alejo Comneno, emperador. — Situacion del imperio á su advenimiento. — Rejencia de la madre de Comneno. — Penitencia de Alexis. — Batalla entre Alexis y Roberto Guiscard. — Valentía de Alexis. — Batallas de Janica, Artay y Larisa. — Segunda espedicion de Roberto Guiscard á Grecia. — Muerte de Roberto Guiscard. — Nacimiento de Juan Comneno. — Invasion y esterminio de los scitas. — Combate de Alexis con un jigante. — Observaciones jenerales.

Reinado despreciado de Nicéforo III. — (1078) La fortuna habia coronado al mas débil de los dos rivales que se disputaban el cetro de Miguel. Brienne, que era el mas jóven, valiente y activo, reinaba en Iliria y en Macedonia. Nicéforo el Botoniates, dueño de la capital, abrumado por la edad y los trabajos, no manifestó ya sobre el trono el vigor que en otros tiempos le hiciera brillar en los campamentos. Gobernado por dos libertos suyos, Borilo y Jermano, se arruinó por hacerse popular; envileció los empleos prodigándolos; destruyó el crédito público alterando la moneda, y no inspiró mas que desprecio á la plebe, cuyo amor solicitaba sin discrecion.

El eunuco Niceforiso no pudo persuadir al valiente Ursel que se declarase en favor de Brienne; y para vengarse de su indocilidad, le dió un veneno. Este fué el crímen último de aquel ministro tiránico: los amigos de Ursel le entregaron al emperador, que le mandó dar tormento con la esperanza de descubrir

los tesoros que su avaricia daba á creer que tenia encubiertos. Este nuevo Seyano, mas amante del oro que de la vida, guardó secreto, y murió en los suplicios mas espantosos.

Brienne, al frente de las lejiones belicosas de Macedonia, marchaba con fuerzas muy grandes contra Constantinopla. El emperador, que ya era viejo, queriendo mejor repartir la corona que disputarla, le escribió en estos términos: «Fuí amigo y compañero de tu padre: tú eredas sus virtudes. La Providencia me ha puesto en el trono: te adoptaré por mi hijo, y te daré, con el título de césar, el segundo lugar del imperio: mi edad no te dejará esperar el primero por mucho tiempo.»

Brienne aceptó esta proposicion, con tal que sus oficiales conservasen sus destinos, que no se les obligase á ir á la corte, y que el patriarca le coronase en Tracia. Nicéforo le preguntó qué podia temer en la capital. «A nadie temo, sino á Dios, respondió Brienne; pero no me fio de los cortesanos.»

Los ministros, juzgando por esta respuesta, que el nuevo césar seria su enemigo, rompieron la negociacion. Dióse á Alexis el encargo de pelear contra Brienne; pero como la mayor parte de las fuerzas del imperio estaban en Asia ocupadas con los turcos, no se pudieron poner á las órdenes del valiente Comneno mas tropas que la guardia imperial, un cuerpo ausiliar de franceses, y la caballería escojida, que tenia, como en Persia, el nombre de *inmortal*.

Los dos ejércitos se encontraron, y se dieron batalla en Tracia, cerca de Calabrita. El impetuoso Alexis desbarata y auyenta la primer línea de los enemigos. El intrépido Brienne reune sus tropas atemorizadas, las trae al combate, y muda la fortuna. Los franceses, inconstantes como ella, abandonan á Alexis, y pasan á las banderas de Brienne. Los patzinaces, en lugar de combatir, roban el campamento: en vano Comneno hace prodijios de valor, disputando encarnizadamente la victoria: alrededor de él perecen los suyos, escepto seis oficiales: su ejército está completamente derrotado, y los macedonios lo persiguen.

En este momento Alexis divisa enmedio de la llanura uno de los caballos de Brienne, suelto, y magnificamente enjaezado. Le coje de la brida, y grita: «Amigos, Brienne ha muerto: ved

aquí su caballo.» A estas palabras, los fujitivos se reunen, los vencedores se desaniman, vuelve á comenzar la pelea: un refuerzo de turcos, que Soliman envió á Alexis, llega y rodea á Brienne.

Este príncipe, asaltado por los musulmanes, mata á muchos; pero oprimido por el número, y atacado por dos árabes, mientras cortaba el brazo á uno, el otro lo sacó de la silla y lo lleva á su rival. Alexis, tan jeneroso vencedor como esforzado combatiente, trató á Brienne con la cortesía caballeresca que en aquel siglo semi-bárbaro empezaba á sustituirse á las demás virtudes. Cuéntase que la noche misma de tan sangrienta batalla, habiéndose acostado los dos guerreros sobre la yerba en un bosque sin guardias ni criados, Alexis se durmió profundamente, y que Brienne, admirando su confianza, no quiso deber su libertad al asesinato de tan noble enemigo. Llegado á Constantinopla perdió el desgraciado Brienne la proteccion de Alexis, se le entregó á ministros crueles, porque eran cobardes, y se le sacaron los ojos, siendo la corte mas peligrosa que los campamentos para el vencido. Juan Brienne, su ermano, capituló, y en desprecio de la fé jurada se le dió muerte.

El emperador no ofreció al valiente Comneno mas recompensa que nuevas fatigas y peligros. Envióle contra Basilacio, que acababa de sublevarse. El feliz Comneno le venció é hizo prisionero, y le entregó, no sin pesar, á los ministros, que le privaron de la vista. Reprimió tambien otras dos sediciones, y consiguió una victoria señalada de los patzinaces.

Desde que la fuerza daba el cetro, cada uno aspiraba á él. Nicéforo Meliseno se sublevó en Nicea. Alexis, que era pariente suyo, no quiso marchar contra él por no escitar la desconfianza de una corte suspicaz. El eunuco Juan acometió á Nicea, fué vencido y dió el ejemplo de la fuga.

La gloria de Alexis, y la gratitud que le mostraba el emperador, escitaron el odio de los ministros contra él. Un nuevo motivo lo acrecentó: Botoniates habia casado con María, hija de Eudosia, y mujer de Miguel Parapinacio. La emperatriz tenia un hijo llamado Constantino, y deseaba elevarle al trono: mas el emperador pensaba en nombrar por eredero á su sobrino Sinadino. María, para dar á

Constantino por protector el éroe del imperio, adoptó á Alexis Comneno por hijo. Los ministros juran entonces su ruina. Alexis por sus órdenes secretas reunió cerca de la capital una gran parte de las fuerzas del imperio, y los traidores hacen creer á Nicéforo que el jeneral habia juntado las lejiones para destronarle. El viejo, crédulo y atemorizado, manda que á la noche siguiente se dé muerte á todos los Comnenos. Alexis, informado de esta perfidia por un francés llamado Humbel, ermano del célebre Roberto Guiscard, se escapa precipitadamente con su familia. Para asegurar su fuga desjarreta los caballos de la guardia imperial, abre á la fuerza un portillo de Constantinopla, y va al campamento de Jierula, donde convida al césar Juan Ducas á que se reuna con él.

Este, encontrando un cuerpo de úngaros en su camino, lo llevó consigo, y se apoderó de una conducta cuantiosa que iba al tesoro imperial.

Todas las provincias y ciudades, escepto Andrinópoli, se sublevaron contra la tiranía de los ministros de Nicéforo. Los jenerales y oficiales de todos los ejércitos reunidos, deliberaron sobre la eleccion de un emperador. Juan Ducas y Constantino renunciaron á toda pretension al trono: este, porque aun era demasiado jóven para circunstancias tan críticas: aquel, porque habia tomado el ábito de monje. Isaac Comneno, dos veces prisionero de los turcos, vendido muchas veces, algunas vencido, y últimamente proscrito, estaba disgustado de la inconstancia de la fortuna, y no quiso aceptar el poder supremo.

Juan Ducas, presentando á Alexis á la asamblea, espuso las numerosas azañas de este príncipe. «Sabeis, dice, que este jóven guerrero apenas salió de la cuna, voló á los combates: le habeis visto atravesar á vuestra frente los rios, salvar las montañas, arrostrar todos los riesgos. Era vuestro adalid en la victoria, vuestro protector en los reveses. El imperio ha estado cien veces en la márjen del precipicio, y cien veces lo ha vuelto á levantar. Donde quiera que Alexis ha llevado sus armas, la victoria y la fortuna han seguido sus pasos. Hoy víctima de la ingratitud de un príncipe cobarde, y de dos infames ministros, á quienes ha favorecido, y que quieren asesinarle, se arro-

ja confiadamente en vuestros brazos. No abandonemos á este éroe: librémonos con él de un yugo vergonzoso: tomemos por jefe al que la gloria nos señala: marchemos bajo sus banderas, y demos al imperio, con una eleccion tan noble, el poder y la libertad.»

Todo el ejército aplaudió este discurso, y proclamó emperador á Alexis Comneno. Este, ó por política ó por modestia, resistia al voto jeneral. Su ermano Isaac y el césar Ducas repitieron la proclamacion, vencieron su resistencia y le revistieron ellos mismos de la púrpura. Meliseno, que mandaba otro ejército cerca de Nicea, propuso á su cuñado Comneno el repartimiento del trono. Alexis no le prometió mas que el título de césar y la posesion de Tesalónica. Marchando despues rápidamente á Constantinopla, se presentó junto á las murallas de esta capital.

Su ejército era demasiado pequeño para tomar por asalto una ciudad tan fortificada. El césar Juan ganó al comandante de la guardia jermánica que le entregó la torre que guarnecia. Entretanto el viejo emperador, amenazado por los ejércitos de Europa y Asia, temblaba en su palacio, sin decidirse ni á defender su trono, ni á abandonarlo. En fin, se resolvió á enviar la diadema á Nicéforo Meliseno; pero Jorje Paleólogo intercepta sus pliegos, se presenta intrépidamente enmedio de la escuadra, y la subleva en favor de Alexis. Al mismo tiempo penetra Comneno en la ciudad enmedio de las tinieblas de la noche por la torre que se le habia entregado: sus tropas recorren las calles y se diseminan por todas las plazas. No se derramó la sangre de los abitantes, obedeciendo la órden de Alexis; pero el tesoro público, los de los templos y las riquezas de los particulares fueron presa de los soldados.

Advertido Nicéforo por este tumulto de que se hallaba en el último dia de su reinado, sale de su letargo, se acuerda de su antiguo vigor, vuelve á tomar las armas, junta á su guardia, y se resuelve á pelear. El patriarca acude entonces á palacio, se arroja á los pies del emperador, y le conjura que aorre la sangre de tantos cristianos. El viejo cede por flaqueza mas bien que por umanidad, y se retira á un monasterio situado en la playa de la Propóntide, en el cual vivió poco tiempo.

La corona, cubriendo sus an-

tiguos laureles, los marchitó: su reinado terminó, con tres años de debilidad y vergüenza, una vida larga y gloriosa. Cuéntase que sometido en el convento á un réjimen austero, solo echaba menos de los gozes del poder supremo una mesa suntuosa. Parecia que el alma de este guerrero se habia quedado en los campos de batalla, y que solo su cuerpo subió al trono, donde se durmió.

Alexis ó Alejo Comneno, emperador. — (1081) La debilidad de Botoniates, y el valor de Alexis dieron principio á la dinastía de los Comnenos, que ocupó el trono de Oriente cerca de un siglo. El advenimiento de este príncipe fué una gran revolucion. Parecia nacido para su época: á un brillante valor añadia un carácter firme, un alma jenerosa, un injenio flecsible, delicado y astuto. Ni se embriagaba con la felicidad, ni se abatia con el infortunio: jamás sus enemigos le hallaron flaco ni cruel. Ningun ostáculo le desanimaba: vencido con frecuencia, se levantaba mas fuerte despues de sus derrotas. Fértil en recursos, debió algunas veces á la astucia el triunfo que la cobardía de sus tropas negaba á su valor. Amigo de las letras, las artes y las leyes, déspota sin tiranía, filósofo sin orgullo, y devoto sin fanatismo, hubiera quizá, como Carlomagno, fundado, ilustrado ó ensalzado otro imperio. Pero hizo un prodijio retardando la caida del suyo.

Para apreciar bien sus grandes cualidades y talentos, basta atender á la situacion del Oriente cuando subió al trono. Los sarracenos, dueños de Africa, Ejipto, Palestina y Fenicia, privaban á los emperadores griegos de la mayor parte de sus fuerzas y riquezas. Los turcos, dueños de la Persia, habian restituido el vigor á esta antigua enemiga del imperio y conquistado las ciudades mas opulentas de Siria y del Asia menor. Habia sultanes en Antioquía, en Alepo y hasta en Nicea: otros se apoderaron de Bitinia y de Smirna: los escuadrones musulmanes llegaban hasta las riberas del Bósforo; y desde las murallas de Constantinopla se veian brillar sus yelmos, se oian los relinchos de sus caballos. Por la parte del Norte los dálmatas, úngaros, patzinaces, comanos y tauroscitas, mal contenidos por la débil barrera del Danubio, atravesaban anualmente este rio, talaban la Macedonia y la Tracia, y esparcian el terror

hasta las puertas de la capital.

Al mismo tiempo el ambicioso Roberto Guiscard al frente de los aventureros normandos, despues de haberle quitado al imperio lo que poseia en Italia, cubria la mar con sus bajeles, y las playas de Grecia con sus audaces guerreros, codiciosos de gloria, conquista y botin, é insaciables de sangre. Al mismo tiempo toda Europa, conmovida á la voz de un ermitaño fanático, escitada por el papa y arrebatada de un santo delirio, se levantó en masa y se desplomó sobre el Oriente para entrar á la parte con los turcos.

Alexis Comneno, al frente de un pueblo arruinado y corrompido, con un tesoro esausto, lejiones indisciplinadas, aliados infieles y magnates rebeldes y envidiosos, logrando resistir á tantas tempestades, sobrevivir á tantos peligros, dividir ó vencer enemigos tan fuertes, y dar alguna gloria y fuerza á un trono tan vacilante y acometido por tantos adversarios, es quizá mas digno de elojios que muchos grandes hombres, á quienes abrió la fortuna el sendero de la victoria.

Antes de ecsaminar los peligros esteriores, fué preciso que Alexis reparase las calamidades de la guerra civil, calmase las ambiciones descontentas y vanidades ofendidas, y satisficiese el grito de la justicia violada por una usurpacion que acababa de entregar la capital al saqueo mas espantoso y á los escesos mas deplorables.

La emperatriz, mujer de Botoniates, habia protejido y salvado á los Comnenos, y adoptado á Alexis para conservar el trono á su hijo Constantino. Alexis onró á su bienechora, tomó por coléga al jóven príncipe, y le concedió la púrpura. Nicéforo Meliseno era á un mismo tiempo rival y cuñado del nuevo emperador: Comneno le dió á Tesalónica con el título de césar. Colmó de onores á Isaac, su ermano mayor, que le habia cedido el cetro, le condecoró con el título de augusto, y le dió grande ascendiente en su consejo.

Los Ducas, Paleólogos, Dalasenos y Opus, poderosos por sus riquezas, temibles por sus talentos militares, fueron el alma del gobierno, los compañeros de los trabajos y los instrumentos de la gloria de Alexis. En fin, la madre de los Comnenos, respetable por su talento, virtudes y piedad, dominó al emperador y á su familia, y asociada al poder

supremo gobernó el imperio con prudencia, al mismo tiempo que su hijo le defendia con valor.

En estos tiempos miserables los sucesores dejenerados de los romanos, habian sustituido una vanidad pueril á la antigua altiveza. Aquellos hombres, todavía esforzados, no sabian ser libres, y preferian una dignidad en la corte á un triunfo en el senado. Alexis, que los conocia, inventó para ellos los títulos magníficos y ridículos de *sebasto, sebastocrator, protosebasto, protovestiario, panhypersebasto;* les prodigó estas vanas dignidades, y doró las cadenas que les echaba.

Lo que prueba el espíritu servil de aquel tiempo, espíritu que aun domina en las monarquías modernas, es que la dignidad mas solicitada era la de *doméstico mayor*. El mismo Alexis la habia servido. Al principio la dió á Pacuriano, guerrero ábil, uno de los cómplices de su conjuracion, y por muerte de este jeneral, condecoró con este empleo á Adriano, ermano suyo.

Alexis anuló ó por sí ó por medio del senado la mayor parte de los decretos de Botoniates. Como eran obra de los scitas Borilo y Jermano, ministros concusionarios y tiránicos del emperador destronado, la abolicion de estas leyes fué universalmente aplaudida.

Constantinopla jemia por el saqueo orrible y los crímenes que cometieron las tropas bárbaras del ejército de Alexis cuando entraron en la ciudad. Deseando el emperador espiar las maldades que no pudo impedir, y lavar su púrpura de las manchas que la cubrian, se confesó públicamente al patriarca, y sufrió con sus amigos la penitencia de ayunar, dormir en el suelo con una piedra por almoada, y llevar cilicio durante cuarenta dias. En este intervalo quedó su madre encargada del gobierno. Este arrepentimiento solemne produjo buen efecto; porque la publicidad de la contricion hizo olvidar las injurias. Una nueva Elena, nombre fatal para el Oriente, amenazaba entonces á este pais con una nueva invasion. No el Asia, sino la Grecia fué el pais espuesto á los furores de un nuevo Aquiles. Roberto Guiscard habia enviado su hija Elena á Constantinopla para que casase con el hijo de Miguel Parapinacio. Nicéforo Botoniates, destronando á Miguel, privó de la púrpura al novio, y encerró á Elena en un

claustro. Esta injuria sirvió de pretesto á la ambicion del normando, que juró vengar á su hija, y concibió esperanzas de conquistar á Bizancio y al imperio.

Este guerrero, tan astuto como valiente, procuró enflaquecer á sus enemigos dividiéndolos. Sus diestros emisarios descubrieron entonces en Grecia un monje, llamado Rector, que se asemejaba á Parapinacio, y consintió en hacer su papel. Roberto hizo venir á su corte este impostor, le puso la púrpura, le dió séquito y equipaje magnífico, abrazó públicamente su causa, y declaró que se armaba para restituirle el imperio de Oriente. El papa, enemigo del patriarca, fué engañado por este ardid; y casi todos los duques y condes de Italia y algunos aventureros franceses acudieron á los estandartes de Roberto, llevados del amor del botin y de la pelea.

En el ejército de los vengadores de Elena brillaba la belicosa Sijilgaeta, mujer del príncipe normando: llevaba, como su marido, yelmo y corona, y sostenia en su mano la espada con tanto valor y dignidad como el cetro.

Mientras Roberto hacia sus preparativos, encargó á un oficial, llamado Radulfo, llevar sus quejas á Botoniates, anunciarle su venganza, é irritar contra él, si podia, á Alexis, ya célebre por sus azañas, y entonces doméstico mayor de Oriente. El enviado de Roberto, mas franco que su amo, le escribió que el monje era un impostor, que él mismo acababa de ver en un convento al verdadero Parapinacio: que Botoniates no reinaba ya, que su sucesor Alexis habia dado la púrpura al jóven Constantino, y verificaria el matrimonio de Elena; y que por tanto la guerra proyectada seria tan injusta como inútil.

Roberto, á quien no agradaban estas verdades, amenazó á Radulfo, y este, para librarse de su enojo, se refujió en Constantinopla. El príncipe normando, resuelto á pelear, se hizo al mar, y vió al principio su escuadra dispersada por una tempestad; pero burlándose de los elementos como de la justicia, reparó este desastre, reunió los buques, y desembarcó no lejos de Dirraquio con un ejército numeroso.

Alexis, amenazado por este torrente, no sabia qué dique oponerle. No tenia dinero ni tropas: las pocas fuerzas de que podia disponer, peleaban con los sarracenos en Asia y con los sci-

tas en las riberas del Danubio. En los primeros momentos concibió la esperanza de disipar la tempestad con una diversion, empeñando á Enrique, rey de Alemania, á pasar á Italia con un ejército; pero este monarca se mostró mas enemigo del papa Gregorio que de Roberto; y despues de una invasion corta é infructuosa, volvió á pasar los Alpes. Entretanto el gobernador de Iliria y muchos comandantes de las tropas de Macedonia, infieles desde la primer apariencia de riesgo, hicieron traicion al emperador y reconocieron al finjido Miguel. Alexis, temiendo que esta defeccion se hiciese jeneral, envió á Dirraquio á Jorje Paleólogo, cuya constancia é intrepidez tenia esperimentadas.

El emperador, con una actividad proporcionada á sus peligros, dirijió sus primeros esfuerzos contra los turcos, que sin poseer el Asia menor, la atravesaban en todos sentidos. Los venció por tierra y mar, los arrojó de Bitinia, y concluyó la paz con Soliman, sultan de Nicea, el cual prometió no pasar el rio Dracon, y aun se obligó á dar un cuerpo de tropas ausiliares al imperio contra sus enemigos del Norte y Occidente.

Asegurado por la parte del Asia, Alexis retiró sus fuerzas de aquel pais, y reunió cerca de Tesalónica un ejército compuesto de griegos, bárbaros y nuevas levas, que por falta de union y disciplina daban mas temor que esperanzas á su jefe.

Una república, que crecia entonces en fuerza y en celebridad, siguió el partido de Alexis: los venecianos tomaron las armas contra Roberto, consiguieron una victoria señalada de su escuadra, y destruyendo los buques normandos, salvaron el Archipiélago.

El emperador los premió, libertando su comercio de todo impuesto en sus estados, concediéndole grandes privilejios en su capital, y dando al dogo el título de césar. El falso Miguel se atrevió á presentarse junto á los muros de Dirraquio y á arengar á sus abitantes; pero fué recibido con desprecio, y silbado su discurso. Roberto enfurecido asaltó la ciudad. Jorje Paleólogo la defendió con valor, y en sus salidas vigorosas destruyó muchas veces los trabajos de los sitiadores.

Alexis se presentó en breve con su ejército: los jenerales mas esperimentados le aconsejan rodear y ostigar al enemigo sin dar batalla, y esperar de la escasez

un triunfo mas cierto que el de las armas. Alexis era tambien de esta opinion; pero el ardor y la presuncion de una juventud indócil y guerrera impidió que se siguiese. Temiendo por otra parte los progresos de la defeccion que aumentaban las intrigas y el oro de Roberto, dió la señal de la batalla. Su impetuosidad, favorecida por la de Meliseno y Pacuriano, desbarató al principio y auyentó á los normandos. Pero la intrépida Sijilgaeta los reprende, los trae al campo de batalla, y el combate empezó de nuevo. Las tropas de Alexis que se creian victoriosas, estaban saqueando los reales de los enemigos. Sijilgaeta, aprovechándose de este desórden, desbarató á los varangas. El terrible Roberto, llevando el estandarte de san Pedro que habia recibido del papa, grita á los suyos: «Destruyamos »á estos erejes: Dios es vuestro »adalid.» Dicho esto, seguido de sus condes y de la flor de sus guerreros, ya tan famosos por sus azañas en Sicilia y Calabria, se arroja sobre los escuadrones enemigos, los espanta y dispersa, mata seis mil griegos y á todos los turcos ausiliares, y derrota completamente el resto del ejército.

Alexis, casi solo, peleaba todavía, aunque erido en la frente. Constantino Ducas y los jenerales mas valientes mueren á su lado. Su aliado Bodino, rey de Servia, le abandonó cobardemente. No teniendo ya mas recurso, despues de esta defeccion, que la velocidad de su caballo, procuró escaparse uyendo rápidamente. Nueve jinetes normandos le persiguen y alcanzan en la orilla de un rio velocísimo. El emperador, teniendo á su espalda un peñasco escarpado, se defiende como un leon: una lanzada le hizo caer de un lado y otra le levantó. A pesar de la fuerza de su brazo iba á perecer, cuando su caballo, que era el mismo que en otro tiempo habia quitado á Brienne, parece animado por el espíritu de su señor, da un salto prodijioso, salva la roca, y deja á los enemigos asombrados con una desaparicion que atribuyeron á milagro.

Alexis, libre de este trance, cae en otro del cual le libra tambien su invencible valor. Viéndose cortado por un numeroso escuadron de enemigos, carga sobre ellos, derriba al jefe de una lanzado, se abre paso, y llega en fin á la ciudad de Acrida cubierto de eridas, y lleno de gloria, aunque vencido.

La supersticion tenia entonces tanta fuerza en el imperio, que enmedio del luto causado por esta sangrienta derrota, la pérdida que consternó mas á los griegos, fué la de una cruz de bronce que antes de combatir á Macsencio, habia hecho construir Constantino el Grande para imitar á la que él decia habérsele aparecido en el cielo.

Las consecuencias de esta batalla fueron terribles. Roberto se apoderó de Dirraquio, y muchas ciudades abrieron sus puertas al vencedor. Los soldados griegos, que ya no recibian paga, querian desertar: todo el imperio consternado se creia sin recursos. Alexis los encontró en su valor. Vuelto á su capital, restituyó á todos el denuedo con su ejemplo, y escitó el zelo con su autoridad. Los príncipes, grandes y ricos le ofrecieron sus caudales, los pobres sus brazos. El emperador tomó los vasos de oro y plata de las iglesias, sin que reclamase nadie mas que un obispo. En pocos dias creó y reunió Alexis un nuevo ejército. El vencedor se disponia entonces á entrar en Bulgaria; pero Enrique volvió con los alemanes á Italia y sitió al papa. Roberto se vió obligado á volar en su socorro, y dejó el mando de sus tropas á su hijo Boemundo.

Batallas de Janina, Arta y Larisa. — (1083) El emperador marchó contra el jóven príncipe y le dió dos batallas, una en Janina y otra en Arta. En ambas fué vencido: la elocuente Ana Comneno, su hija, historiadora y panejirista, decia *que su padre uia siempre como un éroe.* Boemundo continua el curso de sus victorias, entra en Tesalia y sitia á Larisa. Alexis vuelve á pelear con él, y da órden á Jorje Pirro para que al frente de los flecheros mas diestros atrajese á los normandos á una celada y matase sus caballos á flechazos. Nada era tan temible, dice Ana Comneno, como la caballería francesa: ningun guerrero podia resistir á su furia impetuosa. Pero aquellos jinetes, en siendo desmontados, no ofrecian peligro alguno. El peso de sus armas ofrecia al enemigo un triunfo fácil. Alexis, atacándolos por el flanco con todas sus tropas, hizo en ellos una gran carniceria y los obligó á uir. Su victoria fué completa. La nobleza de Occidente, belicosa, turbulenta y altanera, solo permitia á sus jefes un poder incierto y limitado. Esta anarquía feudal impedia á los

soberanos concluir grandes empresas, y hacia casi irreparables los reveses.

Apenas fué vencido Boemundo, los condes que tenian tanta autoridad como él en el campamento, se rebelaron y le obligaron á volver á Italia. De este modo se disipó la tormenta que habia amenazado al imperio su prócsima y total ruina.

Alexis triunfante fué recibido en la capital con murmuraciones en lugar de vivas, por haberse valido de los bienes de la iglesia para hacer la guerra. El clero, indiferente á la libertad del imperio, echaba de menos y con amargura, su lujo y sus riquezas, y abusando de su crédito sobre el pueblo, le hizo partícipe de su descontento. Demasiado ábil para indisponerse con adversarios tan temibles como los sacerdotes, creyó necesario responder á sus acusaciones, manifestar el poco fundamento que para ellas habia, y justificarse de los manejos que le imputaban. A este fin convocó á su palacio el senado, los sacerdotes, los principales oficiales del ejército, y colocado en el trono, hizo traer dos libros de asiento: el uno contenia los dones inmensos hechos á la iglesia, y el otro la corta cantidad que valian las alajas, tomadas á préstamo mas bien que quitadas. «Sabeis, dijo, que cuando subí al imperio, le hallé sin fuerzas y rodeado de enemigos: sabeis cuántos peligros he arrostrado, cuántas veces he estado para perecer á manos de los bárbaros. No ignorais ni las incursiones de los scitas y persas, ni la agresion formidable de los normandos. El estado, ceñido por todas partes, casi no ha sido, por decirlo así, mas que en un punto. Sin embargo, en este trance hemos levantado, mantenido y disciplinado ejércitos. Era preciso buscar dinero para gastos tan indispensables. No me estraño que disminuyendo el lujo del clero me acusen algunos de haber procedido contra los cánones. David, rey y profeta, se apoderó en iguales circunstancias de los panes sagrados, á los cuales no era lícito tocar sino á los sacerdotes. Por otra parte, los cánones permiten vender los vasos sagrados para rescatar á los cautivos, y el imperio lo estaba. No creo que sea delito haber tomado para libertarle de la servidumbre y salvar la capital, no los ornamentos necesarios á la celebracion de los misterios, sino solamente de adorno y eran de

menos precio. Si la envidia y el odio censuran mi conducta, responderé lo que Pericles en igual caso: «Lo que he tomado de los templos, lo he gastado en la gloria y salvacion de la patria.»

Despues de estas firmes palabras que impusieron silencio á los mas audaces, manifestó, sin duda por deferencia al espíritu supersticioso del siglo, un gran pesar por la medida que se habia visto obligado á tomar, y mandó al tesoro pagase anualmente á las iglesias una suma considerable, en recompensa de lo que habian perdido. Los sacerdotes no se avergonzaron de aceptar esta restitucion. En el Oriente mas bien que en otro cualquier pais prefirieron á menudo la iglesia al estado; — razon por la cual conservó ella sus riquezas por mucho tiempo enmedio de las ruinas del imperio.

Segunda espedicion de Roberto Guiscard á Grecia. — (1084) La vida de Alexis fué una lucha contínua. Roberto, desembarazado en Italia de los alemanes, volvió á presentarse en Iliria, dió batalla á la armada imperial y consiguió la victoria con muerte de trece mil griegos.

Muerte de Roberto Guiscard. — (1085) Continuaba sus proyectos de ambicion, cuando una fiebre ardiente puso fin á su carrera tempestuosa. Alexis debió alegrarse de la muerte de un rival tan temible; pero como guerrero, se dice que onró su memoria con nobles lágrimas. Cuando Roberto hubo dejado de ecsistir, los abitantes de Dirraquio tomaron las armas y recobraron su libertad. Muchos oficiales normandos, infieles á su jefe Boemundo, ausiliaron á los griegos. Uno de ellos, Pedro de Aulps, natural de Provenza, se estableció en Constantinopla, y fué el tronco de la ilustre familia de los Petralifos. Agradecido el emperador á los venecianos que tambien le dieron socorro en esta última campaña, estendió sus privilejios, les dió la posesion del golfo Adriático y concedió al dogo el título de rey de Dalmacia.

Guerra contra los turcos. — (1086) Despues llevó segunda vez sus ejércitos contra los turcos, que mas osados y terribles que los árabes, hubieran destruido mucho antes el imperio griego, á no ser por sus divisiones intestinas. Los califas de Bagdad y del Cairo se escomulgaban recíprocamente. Sin embargo, á pesar de sus sangrien-

tas disputas, los turcos poseian ya, además de la Persia, el Ponto, la Paflagonia y la Bitinia: al mediodia de Nicea, la Frijia, la Capadocia y muchas ciudades de Jonia. En fin, aprovechándose de la guerra de los normandos, se habian hecho dueños de Licaonia é Isauria, de una parte de la Cilicia, y de las costas de Panfilia.

La traicion de un griego, llamado Filaretes, puso á Antioquía en poder de Soliman; pero este príncipe fué vencido por Malec Shah, y una multitud de tiranuelos se hicieron soberanos independientes en las ciudades de Asia.

Despues de la muerte de Soliman, reinó Abulcasen en Nicéa, y Alexis hizo guerra contra él. Venciólo en muchos reencuentros, debiendo la mayor parte de sus victorias al valor impetuoso de un cuerpo ausiliar de franceses que servian bajo sus banderas. Taticio, su lugarteniente, ganó tambien una gran batalla contra los maometanos. Abulcasen, obligado á desear la paz, vino él mismo á Constantinopla para tratarla. Alexis, que usaba de ardides en la política como en la guerra, recibió con onor á su enemigo y le engañó, entreteniéndole con magníficos espectáculos, y con promesas vagas, mientras el ejército griego se apoderaba de Nicomedia.

Nacimiento de Juan Comneno. — En esta época nació Juan Comneno, hijo y sucesor de Alexis. La célebre Ana Comneno, su ermana, habia nacido en 1083. El emperador tuvo además otros dos hijos, llamados Andrónico é Isaac. Ana casó con Nicéforo Brienne, hijo del famoso Brienne, á quien venció Alexis.

Invasion y esterminio de los scitas. — (1091) La paz efímera del imperio fué turbada por una invasion jeneral de los scitas y patzinaces, que pasaron en gran multitud el Danubio y talaron las provincias vecinas. Alexis envió contra ellos á Pacuriano, su doméstico mayor y á Branas. Los bárbaros cercaron el ejército griego, lo dispersaron é hicieron en él gran carnicería. Los dos jenerales del emperador murieron. Taticio reparó esta desgracia, venciendo á los patzinaces y tomando á Filipópolis.

Pero el norte parecia entonces un semillero inagotable de soldados. Cuatrocientos mil scitas invaden de nuevo á Tracia: el emperador marcha contra ellos: á pesar de la inferioridad del número les da una gran ba-

talla. El furor desordenado de los bárbaros triunfa de la táctica griega. Alexis, despues de hacer prodijios de valor es vencido. Reune sus jenerales, recibe los socorros que le habia prometido Roberto, conde de Flandes, al volver de la peregrinacion de Jerusalen, y sale otra vez á campaña para defender su capital amenazada. Sus esfuerzos y el valor de los franceses no pueden triunfar de los bárbaros, y estos consiguen tercera victoria. El emperador sin desalentarse, aunque ya no tenia soldados, reune un gran número de paisanos, les da armas, los ejercita, ostiga al contrario, usa de la astucia en lugar de la fuerza, recibe nuevas tropas, tiende un lazo á los scitas, los engaña finjiendo miedo, y mientras que se entregan al saqueo, los acomete de improviso.

Da órden de rodearlos á diversas columnas; atácalos por todas partes y córtales la retirada. En este combate se terminó una guerra de seis años. La victoria de los griegos fué completa, y la carnicería espantosa, pues no se perdonó á ninguno de los vencidos. El emperador volvió triunfante á su capital; y como esta batalla decisiva se dió el 29 de abril, el pueblo cantaba en las calles un estrivillo, cuyo sentido era este: «Solo faltó un dia para que la nacion de los scitas llegase á ver el mes de mayo.» La alegría jeneral, muy viva al principio, se mezcló despues con tristeza por el aumento necesario de los impuestos, consecuencia infausta de las guerras por felices que sean.

Estos gravámenes causaban descontento, y un armenio y un francés quisieron aprovechar la ocasion para conspirar contra la vida del príncipe. Alexis descubrió la trama y perdonó á los delincuentes. Despues visitó la frontera del Norte para fortificarla contra las correrías de los dálmatas. Otros peligros le hicieron ir á Oriente. Entre los tiranos árabes que disputaban entre sí las conquistas hechas á los cristianos, se distinguia un musulman llamado Zacas. Este guerrero ambicioso y valiente dominó á sus rivales, y tomó el título de rey de Asia. Alexis empleó todas sus fuerzas contra él; y despues de varios sucesos, Juan Ducas y Constantino Dalaseno le derrotaron en tierra y mar. Los griegos recobraron á Samos, y sometieron á los cretenses y cipriotas que se habian rebelado.

Sin embargo, Zacas conservaba todavia fuerzas respetables: Alexis, no pudiendo arruinarle con las armas, se valió del artificio. Era suegro de Zacas uno de los sultanes llamado Soliman, y el emperador logró persuadirle que su yerno queria destronarle. Soliman convidó á Zacas á un banquete, le embriagó y le dió de puñaladas.

Otra tempestad amenazaba al imperio: los dálmatas se habian rebelado y elejido un rey. Alexis marchó contra ellos y los venció; con cuyo motivo dice Ana Comneno que su padre añadia victorias á victorias hasta formar una corona. Durante esta campaña una conjuracion puso en gran peligro la vida del príncipe. Nicéforo, hijo del célebre emperador Romano Diójenes, aunque muy favorecido por Alexis, no podia consolarse de la pérdida del trono quitado á su familia. Este jóven príncipe, notable por su belleza, valor y talento, habia ganado muchos partidarios en el pueblo y en el ejército. Primero pagó un asesino para que matase al emperador: el facineroso, disfrazado de mendigo, se acercó á Alexis; mas no pudiendo sacar el puñal le cree encadenado por un poder divino, se turba, se arrepiente, declara su crímen y es perdonado.

Algun tiempo despues Diójenes entra con una espada en la tienda de Alexis, con la esperanza de matarle mientras dormia: una dama de la emperatriz que estaba en vela, se levanta y lo asusta. El emperador le amaba y le perdonó segunda vez con jenerosidad que rayaba en imprudencia.

El implacable Diójenes continuó su proyecto: su conjuracion se estiende y amenaza: es descubierta y preso el culpable. Los tormentos le arrancan la confesion del crímen. El emperador convoca todos los oficiales del ejército. La mayor parte de ellos, cómplices de la maldad, temblaban á su vista. El les recuerda sus afanes, sus beneficios, su clemencia con Nicéforo: «El ingrato, añadió, abusando de mi paciencia, se ha valido de ella para seducir un gran número de mis compañeros de armas: queria subir al trono haciéndoos cómplices de un parricidio. Le castigaria con suavidad si solo hubiese atentado contra mi vida: su mayor delito para mí es haberos hecho dilinquir. Sin embargo, á todos perdono: no temais mi resentimiento: todo lo he sabido, todo lo he olvidado.»

A estas palabras los circunstantes prorrumpen en lágrimas: su jenerosidad y clemencia escitan la admiracion, despiertan los remordimientos, inspiran el amor, resuenan los vivas y los elojios; y aquel dia que habia de ser tan funesto para Alexis, fué por su magnanimidad uno de los mas gloriosos de su reinado.

Casi en la misma época, un impostor que se finjia el hijo mayor de Romano Diójenes, se retiró al pais de los comanos, sublevó estos bárbaros y los escitó á tomar las armas para colocarle en el trono de Oriente. Su numeroso y temible ejército venció primero á los griegos y sitió despues á Andrinópoli. El emperador, siempre atacado y siempre infatigable, marchó con su ejército contra ellos; pero desalentó sus tropas el ver la multitud inumerable de los bárbaros. Los dos ejércitos estaban en presencia uno de otro; cuando un guerrero de estatura colosal se acercó al campamento de los imperiales, y desafió al mas valiente de ellos á singular batalla. Su altura jigantesca, su ademan feroz, sus pesadas armas amedrentan á todos y nadie se atreve á salir contra él. Alexis, indignado de esta cobardía, se presenta á combatir con el bárbaro y le mata. Esta azaña caballeresca despierta el valor y la esperanza de los suyos: se aprovecha de aquel momento de entusiasmo, acomete á los enemigos y los obliga á retirarse.

Un griego leal se desfigura el rostro, finje haber sido maltratado por él, va á los reales del falso Diójenes, gana su confianza, y lo lleva engañado á una ciudad, donde le prenden y encadenan. El castigo del impostor consternó á los comanos y se volvieron á su pais.

El emperador no tenia mas adversarios que los turcos que le ostigaban sin cesar. Habia pedido imprudentemente socorro contra ellos á los príncipes de Occidente; pero no tardó en arrepentirse; y la masa espantosa de aliados que el entusiasmo relijioso y militar del siglo le procuró, fué para el imperio un peso mas intolerable y no menos temible que las armas de los infieles.

OBSERVACIONES JENERALES.

Antes de pasar á la narracion de los hechos notables que van á tener lugar en los capítulos siguientes, conceptuamos muy necesario estendernos á varias observaciones sobre el estado de

la sociedad ya mas que á mediados del siglo XI, porque no de otro modo nos parece podrá sacarse el conveniente provecho de la historia; que reducida á un mero relato, es casi un esqueleto descarnado, molesto y fatigante. Cumple á nuestro propósito fijar ciertas ideas que esclarezcan varios acontecimientos que contribuyeron á cambiar el espíritu de las naciones, produciendo gobiernos nuevos, nuevas y desconocidas teorias, y á derramar por la sobrehaz de la tierra muchos conocimientos útiles y beneficiosos, entre lagos de sangre de sectarios tan fanáticos unos, como bárbaros y estúpidos otros, y todos devorados de la gangrena fatal de las naciones, cual es la supersticion y el fanatismo.

Para conocer el precio y la necesidad de las luces que la razon debe adquirir por el estudio, importa, dice un profundo escritor, reflecsionar sobre los estravíos de nuestros antepasados. Para sentir las ventajas de un buen gobierno, en que la autoridad está revestida de la fuerza conveniente, y en que la sumision está fundada sobre el bien público, importa considerar los desórdenes de un gobierno absurdo y odioso. Esto ecsije un número de observaciones, y vamos á esponerlas, curándonos poco de que se nos diga no pertenecen á la narracion de la historia.

La ignorancia y la anarquía concurren á la estrema desgracia de las naciones. La una destruye los principios, la otra los derechos. La primera, no solamente embrutece á los hombres, sino que los hace esclavos de una infinidad de errores y de preocupaciones dañosas, de que está esenta la especie bruta: la segunda hace de la sociedad una monstruosa reunion de piratas, salteadores, y ladrones encarnizados que mútuamente se destruyen, de feroces tiranos y de esclavos estúpidos ó furiosos. Tal es el cuadro que caracteriza á los siglos últimos que llevamos descritos, y esto pide como hemos dicho algunas nuevas observaciones que son aplicables á todos los paises.

Era tan profunda en Occidente la ignorancia, escepto entre los moros, que muy pocas personas sabian leer, y menos escribir. Los clérigos y los frailes ó los monjes, siendo los únicos que estaban en posesion de este importante secreto, llegaron á ser necesariamente los árbitros y jueces de los negocios. Inclu-

yeron en su jurisdicion los matrimonios, los contratos, y los testamentos que tuvieron gran cuidado de considerar bajo alguna mística relacion. Así se abrieron nuevas fuentes de autoridad y riquezas, para desquitarse de los bienes que les habian arrebatado los señores. Todo tomó un color de relijion; lo civil se halló confundido con lo espiritual; y de esta mezcla contraria á la naturaleza de las cosas, nacieron una infinidad de abusos.

No citemos otra prueba que el matrimonio, sin duda el mas esencial de todos los lazos de la sociedad, y por consiguiente aquel sobre quien deben tener mas inspeccion las leyes civiles. Los emperadores cristianos respecto á este punto, habian seguido el ejemplo de los antiguos lejisladores sin que nadie hiciese reclamacion alguna. Pero convertido el clero en casi soberano, no vió en el matrimonio sino un sacramento. Produjo nuevos impedimentos de parentesco, de afinidad, y aun de afinidad espiritual; y los llevó tan lejos, que casi no se sabia dónde hallar una mujer que pudiera ser esposa lejítima; porque no las habia hasta el sétimo grado. Abrogáronse los papas un derecho especial sobre este grande objeto, del cual dependian tantos otros. Un rey de Francia, Roberto, se vió obligado á abandonar á su mujer porque era parienta suya en cuarto grado, á pesar de que varios prelados franceses habian autorizado su casta y tierna union; y Enrique, hijo de este mismo Roberto, para evitar violencias semejantes, creyó que no habia mejor cosa que hacer venir una esposa de Moscovia.

Puesto que solo la relijion podia ejercer algun imperio sobre bárbaros sin freno, el poder de sus ministros hubiera sido mucho mas saludable, si en jeneral hubiesen sabido emplearlo con sabiduría; pero bárbaros ellos tambien é ignorantes ¿cómo hubieran podido ser buenos guias y buenos pastores? Acumuláronse las preocupaciones, la relijion se desconoció; y los motivos relijiosos que todo lo arreglaban, apartándose del objeto á que debian tender, se hicieron á menudo principios de estravios y locura.

En vez de los deberes esenciales del cristianismo, tan propios para establecer el órden é inspirar la justicia, atribuyóse la virtud á prácticas arbitrarias que facilmente se maridaban

con el crímen. La moral se vió aogada bajo un cúmulo de devociones. Con reliquias, peregrinaciones, ofrendas y mandas piadosas, la puerta del cielo se presentó abierta á los hombres mas infames. En otro tiempo la severidad de la penitencia contenia á unos y correjia á otros. Creyóse suplir á ella por signos equívocos de piedad, con que muchas veces se escudan los corazones corrompidos para ser impunemente viciosos. Persuadiéronse en efecto que Dios nada mas ecsijia de ellos, y en cierto modo compraron el derecho de seguir sin remordimientos la inclinacion de sus pasiones.

Si los prelados, en jeneral, ignoraban el espíritu del cristianismo, desconocian mucho mas los límites de su autoridad. En lugar de consagrar al bien de las almas las censuras eclesiásticas, las consagraron á la defensa de sus privilejios y á sostener sus pretensiones. El sacerdocio, destinado principalmente á bendecir, se ejercitó mas en maldecir. A menudo se escomulgó para condenar, no para salvar; escomulgóse á merced de la política y de la venganza; escomulgóse á los grandes y aun á los mismos reyes, á quienes se queria despojar ó reducir á esclavitud; y este arma invisible se hizo un instrumento de guerras y revoluciones sangrientas como acabamos de ver, y veremos todavia.

En fin, no hay linaje de escesos ni de ilusiones que no consagrase la ignorancia. La historia de estos siglos es el oprobio de la razon umana. La relijion se desonraria ella misma si se le pudiese achacar lo que condena en sus propios ministros. Siempre produjo ejemplos de virtud confundidos por desgracia en el turbion de los vicios, pero propios para confundir á los viciosos.

Un clero tan codicioso como ignorante, que se erijia en tribunal universal; que miraba como una infamia prestar el juramento de fidelidad al soberano; que pretendia disponer de las coronas; que en España, en Francia y en otras partes dispuso de ellas realmente muchas veces; que queriendo juzgarlo todo, no reconocia juez alguno; que veia sus absurdas pretensiones consagradas por las falsas decretales, por los escritos de prelados virtuosos y sabios; un clero que ordenaba la paz ó la guerra; que sin embargo de estar siempre espuesto á las violencias de los se-

ñores se servia tan frecuentemente de la espada como de las censuras, ¿cómo habia de tener las costumbres de su estado? Apenas se conocia el decoro. El escándalo reinaba, como acabamos de ver, en la santa sede. Veíanse obispos casados públicamente con desprecio de los cánones severos de la Iglesia romana. La mayor parte de los sacerdotes y de los antiguos monjes, tenian sus mujeres ó sus concubinas, sin vergüenza y sin escrúpulo. Los bienes de la Iglesia servian de patrimonio á los bastardos de los beneficiados. Con mucha frecuencia se vendian al mayor postor; y la simonía, en Roma particularmente, era negocio público, en que la violencia se mezclaba bastante con los manejos torcidos. Los monumentos, aun eclesiásticos, no dejan ninguna duda sobre hechos tan deplorables. ¿Qué hay que admirarse se pierdan las costumbres, cuando los vicios están autorizados por la ignorancia?

Como es imposible que el desórden estremo no escite sentimientos de zelo y de virtud; como además las calamidades públicas de que estaba abrumada la Europa inspirasen un fervor relijioso; la reforma monástica de Cluny tomó nacimiento al principio del siglo X, y sus progresos fueron prodijiosamente rápidos. Un nuevo espectáculo de santidad llamó la atencion de los pueblos. Varios monjes austeros se tuvieron por ánjeles venidos del cielo para salvar al jénero umano. Cuanto mas despreciaban las riquezas, mas se apresuraba el vulgo estúpido en enriquecerlos. Contribuyendo á persuadir todo jénero de desgracias, que se acercaba el fin del mundo, se cuidaban poco de las necesidades de la familia. Creíase asegurar á sí y á sus hijos la felicidad de la otra vida, dando á los hombres de la cogulla todos los bienes, á quienes el mismo fin del mundo que se acercaba impidiera recibir, siquiera pretendiesen merecer el título que les daba la multitud, de zelosos servidores de Dios. Túvose mas ambicion, se quiso ser agregado á aquellas reuniones de olgazanes; todos quisieron ser de Cluny. Desprecióse á los obispos, á los sacerdotes y á los monjes cuya conducta era realmente despreciable, y los reformadores adquirieron tanto crédito y autoridad que se les tenia veneracion y confianza. De esto nacieron rivalidades y disputas entre el clero secular y regular, entre los an-

tiguos y los nuevos monjes. Estos consiguieron por fin dominar, y hubo una fuente viva de desórdenes; porque esta dominacion, contraria al órden por su naturaleza, era para ellos mismos escollo de las virtudes que tanto poder les procuraba y que tan respetables los hacia.

Entonces fué cuando la relijion, muy decaida ya de su antigua sencillez, se vió sobrecargada con las sombrías prácticas del cláustro. Entonces fué cuando las preces vocales se alargaron al infinito; cuando las jenuflecsiones y otras ceremonias adquirieron un mérito superior; cuando las devociones particulares fueron mucho mas respetadas que los deberes; cuando se inventaron medios estraños de aliviar á los muertos, y de espiar los crímenes de los vivos; cuando se pretendió, por ejemplo, satisfacer á la justicia divina, no solo por sí mismo, sino por otro, dándose cierto número de azotazos, los cuales debian rescatar cierto número de años de purgatorio. Entonces fué cuando se llenaron las vidas de los santos de infinidad de fábulas, con el fin de poder acreditar cuanto se trataba de inocular al pueblo. Metafrasto esparció estas fábulas entre los griegos; los latinos, mas ignorantes, debian ser todavía mas crédulos. En una palabra, los escritos de aquel tiempo ormiguean de estravagancias que si se fueran á recopilar, formarian el cuadro mas completo de todos los delirios umanos. Entonces la ciega ó interesada supersticion tenia la pluma, y tanto los unos se complacian en engañar, como gustaban los otros ser engañados. Los ilustrados eclesiásticos de hoy conocen todos estos abusos: y á despecho de algunos esclaustrados que desde el púlpito quieren sostener todavia las preocupaciones, el siglo camina despojándose de los andrajos de la supersticion.

Acia fines del siglo IX todo era vago razonamiento, despues de haber perdido las reglas del sentido comun. Suscitáronse en Francia algunas controversias teolójicas. El monje Gothescalc creyó aclarar el misterio de la predestinacion siguiendo la doctrina de san Agustin; pero encontró en el famoso Tincmar de Reims, un adversario terrible, que no pudiendo reducirle por los argumentos, le hizo azotar en presencia del rey Cárlos el Calvo. El monje Ratbert esplicó el dogma de la presencia real en términos tan duros y tan nuevos,

que otros dos monjes Raban y Ratranz al atacar sus espresiones, pareció atacaron el dogma. Entonces la curiosidad llegó hasta ocuparse de la dijestion de la eucaristía, del parto de la Vírjen, y de materias que los mismos teólogos no podrian tocar sin riesgo de profanar los misterios. Felizmente todas estas disputas se desvanecieron en el caos del siglo X. ¿Qué hubiera sucedido á la doctrina de la Iglesia, si la ignorancia mas profunda no hubiese impedido dogmatizar todavía?

Renuévanse los estudios en el siglo XI; pero ¡qué estudios! Una famosa dialéctica sutiliza sobre las palabras, y no da ninguna idea de las cosas. Queriéndolo todo analizar, todo lo confunde; forma una jerga científica, capaz de aogar toda ciencia; abre un campo de batalla á los espíritus ardientes, que á ejemplo de los griegos, van á atizar con sus sofismas el fuego de las controversias y de las erejías. Como los nuevos doctores no la echan mas que de teólogos, claro es que las materias teolójicas son el principal objeto de su trabajo; y como no conocen ni la historia, ni la antigüedad, ni la crítica, su trabajo solo puede producir controversias peligrosas. Así es que Berengario, canónigo de Tours, queriendo esplicar la presencia real, produjo la disputa sobre la *transsubstanciacion;* y el monje Lanfranc, su rival, al hacerle condenar por muchos concilios, y moviendo contra él á los obispos y á los papas, espuso la tal *transsubstanciacion,* sobre la cual solo se disputaba en una sola escuela, á ser atacada por lejiones de sectarios. Con los malos estudios debia aumentarse el número de los absurdos. Ejemplos sobrados presenta la historia; pero el mas chocante de todos es el poder enorme que la opinion dió á los papas: obra fué esta de los tales piadosos monjes, mirados en toda la Europa como oráculos. La corte de Roma les prodigaba privilejios inauditos, los esceptuaba de otra jurisdicion que la suya, y se los ligaba por todos los lazos imajinables. Acostumbrados además desde la juventud á recibir las órdenes absolutas de un superior, como órdenes de la divinidad, supusieron fácilmente que el jefe de la Iglesia, el vicario de J. C., tenia una autoridad sin límites. La preocupacion y el interés constituyeron sus principios; la ignorancia y el entusiasmo los consagraron. Un primer paso condujo

siempre á otro mas atrevido; un triunfo pareció luego un título suciertо. En vez de demostraciones, se emitieron sofismas y falsedades. Las empresas de varios papas contra algunos reyes, produjeron al fin las de Gregorio VII, ya narradas, las cuales no quedarán sin imitadores.

Así la relijion va á servir mas que nunca de pretesto á los escesos mas escandalosos. Va á entrar en los grandes negocios, y á ser el primer móvil de los acontecimientos. Por lo tanto, es de absoluta necesidad conocer los errores y los abusos que la corrompian. Débeselos mirar tan esenciales á la historia del espíritu umano, como á la historia de la política; porque las ideas relijiosas absorvian entonces toda la intelijencia de los hombres que ciertamente no conocieron nunca ni la política, ni aun la misma relijion.

Otro carácter distintivo de esta época, es la anarquía nacida del gobierno feudal. Los *beneficios ó feudos* que los reyes daban á los grandes para recompensar sus servicios, y ponerlos en estado de servir, siendo amovibles en su crijen, debian sostener la autoridad real, lejos de minar sus fundamentos, si los reyes hubiesen sido todos como Carlomagno. Pero la ambicion y la avaricia de los señores supieron aprovecharse de la debilidad de los príncipes. Arruinaron los bienes de la corona arrancando nuevos feudos. No contentos con ser usufructuarios, quisieron hacerse propietarios; y la erencia fijó en sus familias los despojos del patrimonio real. Desgracia inevitable, luego que los reyes no supieron reinar, que las disensiones civiles y los peligros siempre nuevos los forzaban á comprar socorros, y aun puede decirse la proteccion de sus vasallos; y luego, en fin, que los señores tuvieron la fuerza para usurpar lo que era peligroso reusar á sus deseos. El ejemplo de algunos fué el título y el derecho de los demás: roto una vez el dique, el torrente se derramó por todas partes.

Los duques ó gobernadores de las provincias, los marqueses destinados á la custodia de las fronteras, los mismos condes encargados de la administracion de justicia, antes oficiales del rey, fueron luego los dueños de sus ducados, de sus marquesados y de sus condados. Los obispos y los monjes se apoderaron como ellos, de las ciudades y de las tierras en que se encontra-

ban los mas fuertes. En Alemania fué en donde mas potentes se hicieron, porque la mala política de los Otones, quiso formarse de ellos un partido contra los grandes. Se asegura que estos príncipes dieron á la Iglesia las dos terceras partes de los bienes del reino. ¿No debieron prever que el clero, con las mismas pasiones que los legos, añadirian á ellas el arte de cubrirlas con todo lo que la relijion tiene de imponente y formidable?

En los siglos IX y X el gobierno feudal echó raices profundas; casi todos los estados modernos de Europa adoptaron su constitucion, ligada con las costumbres jermánicas. El rey, como señor feudal, recibia el omenaje y el juramento de fidelidad de sus vasallos, por los feudos que tenian de la corona, y que á falta de erederos, debian volver á la corona. Tenia derecho de convocarlos para la guerra; de juzgarlos en su corte con sus *pares* reunidos; de confiscar sus feudos, en caso de *felonia* ó de sublevacion; pero por lo demás, los grandes vasallos gozaban entre sí derechos de regalía, acuñaban moneda, ejercian soberanamente la justicia, hacian leyes, tenian su corte y sus vasallos; en una palabra, la mayor parte eran sobrado poderosos para hacer temblar al monarca, si tal nombre puede darse á unos príncipes sin autoridad real.

Dejando la anarquía libre curso á las violencias, y siendo la proteccion inmediata de los primeros señores mas útil que la del rey, el número de los vasallos de aquellos aumentó de dia en dia. Cada cual queria participar de las ventajas del cuerpo feudal. Los poseedores de tierras libres, que se llamaban alodiales, las daban á cualquier grande para recibirlas de él en feudo; y al hacerse feudatarios se constituian su defensor. De aquí vino el que los feudos se multiplicasen al infinito; que los molinos y los ornos tomasen sus nombres; que los retrofeudos tuviesen bajo su dominio otros retrofeudos; y que se formase una cadena de derechos respectivos tan complicados y oscuros que todo empeño por aclararlos seria infructuoso.

Del gobierno feudal nacian los desórdenes mas orribles. Todo se decidia por la fuerza. Grandes y pequeños señores, siempre armados, no pensaban mas que en invadir ó defenderse. No pudiendo autoridad alguna castigar el crímen, los asesina-

tos y las rapiñas se perpetuaban sin interrupcion. Las guerras privadas eran una especie de derecho público. La mayor parte de los señores, tiranos entre sí, salteadores con los demás, tenian en nada los principios de la equidad y los sentimientos de la naturaleza. Los hombres se convertian en bestias feroces; y no hay que admirarse que los obispos hayan recurrido á espedientes y recursos estravagantes, é imajinado la *paz de Dios*, la *tregua de Dios*, para poner un freno al furor jeneral. Pero estos malos médicos querian curar males sin remedio, y los remedios eran una nueva fuente de males.

El servicio militar, principal obligacion de los vasallos, aun no tenia reglas fijas, ni para la duracion de la campaña, ni para la distancia de los lugares, ni para el número de soldados, ni la naturaleza de las guerras. Estaba limitado á un espacio de tiempo, sesenta, cuarenta dias, mas ó menos, segun convenciones arbitrarias, que no podian ser sólidas. En ciertos casos, los vasallos, lejos de estar obligados á servir al señor feudal, estaban en derecho para combatirlo. El soberano se encontró muchas veces vasallo de sus vasallos. Todo en fin, dependia de las circunstancias, porque el mas fuerte, ó daba la ley, ó reusaba someterse á ella. Los scitas, errantes con sus rebaños, estaban ciertamente mejor gobernados.

Inútil seria pintar el estado deplorable del pueblo: fácil es imajinárselo. La esclavitud á que por todas partes se hallaba reducido, aflije aun mucho menos á la umanidad, que las violencias y las necesidades de que era víctima. Embrutecido por la opresion y por las calamidades públicas, pero capaz de volver en sí, su débil razon debia poner el colmo á sus males. La única observacion que hay que hacer aquí, es que una gran parte del pueblo se habia hecho esclava voluntariamente, ya del clero y de los frailes, ya de los seglares; unas veces por estúpida devocion, otras por procurarse pan y trabajo, y ya por sustraerse á una tiranía mas cruel. ¿Quién habia de creer que la esclavitud fuese un recurso en aquellos tiempos de errores?

El gusto de la caballería, ya muy comun, útil bajo cierto respecto, se hizo funesto aumentando la pasion de las armas y de las aventuras. Entre los antiguos jermanos, armábase por

la primera vez á los jóvenes con ciertas ceremonias, propias para inspirar el ardor marcial; pero la caballería, considerada como una órden militar y política, era todavia moderna en el siglo XI. Veiase unida á ella de tal manera la relijion ó la devocion, que los entusiastas la transformaban en una especie de sacramento y la comparaban al sacerdocio y al mismo episcopado;—digna idea por cierto de las locuras antiguas. Despues de los ayunos prescritos, la *vela de las armas* pasada en una iglesia, la recepcion de los sacramentos, y muchas ceremonias relijiosas en que tenian parte sacerdotes y padrinos, prestaban su ministerio al novicio que recibia la espada y el abrazo, se consagraba solemnemente á la defensa de la fé, á la de las viudas y á la de los huérfanos y oprimidos.

Los moros entre nosotros habian estendido una galanteria romancesca que llegó á ser uno de los principales caractéres de la caballería. Combatir por el onor de las damas, y particularmente por la gloria de aquella de la cual se habia declarado caballero, fué un deber sagrado é inviolable. Principiaban á nacer sentimientos jenerosos; ¿pero podian depurarse en el seno de los vicics dominantes?

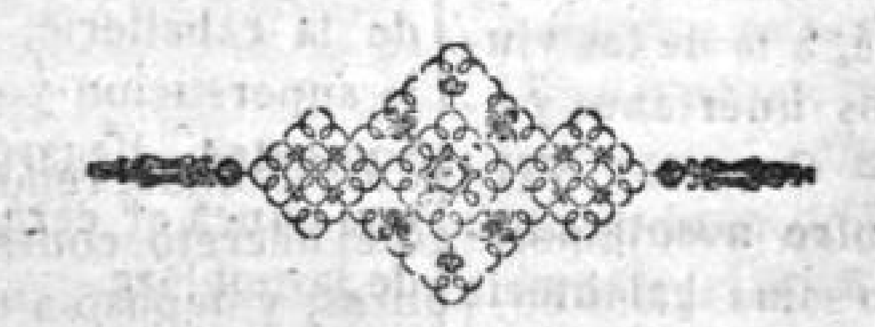
Esta institucion estaba muy acorde con las costumbres guerreras para no inspirar entusiasmo. La jóven nobleza, educada en las casas de los caballeros, aprendió con ellos el ejercicio de las armas, la relijion y el amor. Servíalos en calidad de pajes, en seguida de escuderos, aspirando al rango supremo de la caballería, que no se alcanzaba sino despues de notables pruebas de valor. De aquí resultaban dos ventajas para la nobleza. La que estaba en posesion de los feudos, educaba guerreros valientes adictos á su servicio; la que era pobre encontraba recursos, educacion y medios de adelantar. Pero limitándose toda idea de mérito á los objetos de la caballería, la ignorancia, la supersticion y el furor de los combates, llegaron á ser mas que nunca el carácter distintivo de la nobleza.

A pesar de los elojios que se tributa á la caballería, la verdad obliga á convenir que los siglos en que estuvo mas floreciente, fueron siglos licenciosos, de latrocinios, barbárie y error, y que á menudo se hallaban reunidos todos los crímenes en los mismos caballeros

que entonces se erijian en éroes.

Una relijion toda supersticiosa parecia ser la única regla de su conducta; y no conocian sino prácticas esteriores, recomendadas por sacerdotes, la mayor parte tan ignorantes como aquellos cuyas conciencias dirijian.

Como de la supersticion de nuestros devotos caballeros no habia mas que un paso á la irrelijion, tampoco tenian que dar sino un paso de su fanatismo en amor á los escesos mas grandes del libertinaje, etc. Pruebas demasiado frecuentes se ven en las obras de los trobadores y en las leyendas antiguas de caballerías. Sin detenernos á pintar la andante caballería española ni las justas y torneos que pusieron en uso los moros, observemos únicamente que estos juegos mortales se usaron muy luego en los otros pueblos, y que los caballeros de todos los paises se entregaron á la pasion de las aventuras. Esta pasion dió lugar á las conquistas de los normandos en Italia ya descritas, y fué la principal causa de las cruzadas de que hablaremos. Las empresas de la caballería, mezcladas á las del poder papal, van á dar un rumbo nuevo á la historia.



CAPITULO VI.

Urbano II. — Privilejios concedidos á los frailes. — Decreto en que se trata de crímen el llevar los cabellos largos. — Decretos estravagantes contra la investidura y contra el omenaje debido á las coronas. — El interés de los papas y del alto clero era el principal motivo. — Bula sobre la monarquía de Sicilia. — Pascual II. — Violencias. — El papa hace que se subleven Conrado y Enrique contra su padre Enrique IV. — Enrique IV reducido á pedir una prebenda para vivir. — Su muerte. — La ecsumacion de su cadáver. — Enrique V, emperador: por su parricidio sostiene la investidura. — Enrique I de Inglaterra, usurpador: renuncia á la investidura por política. — Enrique IV vuelto á enterrar. — Fanatismo contra el emperador y las investiduras. — Escomunion y guerras civiles. — Muerte de la condesa Matilde. — Su donacion al papa. — Burdino, antipapa. — Calisto II libra del juramento de fidelidad á los vasallos del emperador. — El emperador en peligro, se aviene á la investidura. — Concilio jeneral lateranense. — Sublévanse en él los obispos contra los frailes. — Cisma entre Inocencio II y Anacleto. — San Bernardo. — Inocencio II da la Córcega y la Cerdeña. — Cánon sobre la autoridad de los príncipes. — Prohíbense los torneos y las ballestas. — Influencia de la relijion en todos los negocios. — La Francia en entredicho. — Arnaldo de Brescia subleva al pueblo contra el clero. — Eujenio III se refujia en Francia.

Urbano II. — Gregorio VII parecia reinar todavia en la persona de sus sucesores. Desiderio, abad del Monte-Casino y cardenal, fué promovido á la dignidad pontificia bajo el nombre de Víctor III, no por la eleccion del clero, y del pueblo romano, sino por la faccion de Matilde y los normandos que entonces dominaban en Roma. Víctor, á quien Benno llama *el lacayo de Ildebrando*, renovó desde luego el decreto contra las investiduras, y depuso á todo emperador, rey, duque, marqués, etc., que fuese refractario á esta órden. Designó espresamente como erejes á los simoníacos, esto es, á los príncipes que daban las investiduras, y á los que la recibian. Esta soñada erejia va á hacer mas atroz la disputa. Víctor murió en 1088, cuando el

concilio publicaba su decreto. Muchos autores dicen que murió de veneno que le fué puesto en su cáliz por un diácono á quien asistia en su misa primera.

Otro fraile de Cluny, natural de Toscana, llamado Oton, cardenal de Ostia, designado tambien por Gregorio VII, como digno del pontificado, lo consiguió y tomó el nombre de Urbano II. Al punto escribió á todos que seguiria fielmente las mácsimas de Gregorio, y pronto vamos á ver los resultados con borrascas nuevas.

Ocupado (1095) con el gran proyecto de las cruzadas, de que ablaremos en el capítulo siguiente, fué á Francia para escitar el entusiasmo de los franceses, ya demasiado dispuestos á tales empresas. Con este objeto reunió el concilio de Clermont; y en él, despues de haber proibido á los príncipes dar la investidura, y á los obispos y sacerdotes que les prestasen omenaje, escomulgó á Felipe I, quien verificó su escandaloso divorcio con la reina Berta, de la cual habia tenido muchos hijos, y se casó con su querida Bertrade, tercera mujer del conde de Anjou. El papa da atrevidamente sus órdenes, forma una liga y levanta tropas sin consentimiento del príncipe. En seguida recorre las provincias predicando ó mandando en nombre de Dios la guerra santa, deponiendo á obispos, y prodigando privilejios á los frailes, porque Gregorio VII y sus sucesores pusieron parte de su política en ensalzar á estos últimos, cuyo zelo era tan útil á la corte de Roma. El concilio de Nimes, tenido por el papa, transformó á los monjes en querubines y achacó á locura á los que no los creyesen destinados al ministerio público y á la administracion de los sacramentos. No es menos cierto que su instituto los consagraba á la soledad; pero hay que confesar que los otros sacerdotes se manifestaban en jeneral indignos de las funciones de su estado.

CRIMEN EN LLEVAR LOS CABELLOS LARGOS. — La influencia de las ideas del monaquismo era tan poderosa, que un concilio de Ruan, del mismo año, hizo este notable cánon: *Todo hombre será pelado, como conviene á un cristiano, sin lo cual se le arrojará de la iglesia, ningun sacerdote le prestará servicio alguno, ni asistirá á su entierro.* ¡ Seguramente que esta idea era digna de las cabezas de donde salió! El monje Anselmo, sucesor de

Lanfranc, en la silla de Cantorbery, célebre por sus encarnizadas disputas con los reyes de Inglaterra, con motivo del omenaje que reusaba, ordenó que todos los seglares estuviesen rapados de modo que quedase la oreja bien descubierta. Demencia es esta que solo se le ocurre á un tonsurado, y no nos estraña menos el que Enrique I por tener paz se los hiciese él mismo cortar tambien.

De notar es y mucho, cuán peligroso es un estravío del espíritu, una idea estravagante, ó el solo abuso de las palabras cuando se obra con la apariencia de la relijion. Todos los concilios tronaban contra las investiduras, y trataban de sacrílega abominacion el omenaje tributado al soberano por la jente de iglesia: *porque*, dijo Urbano II, en un nuevo concilio en Roma, en 1099, *es una cosa ecsecrable que unas manos destinadas á hacer lo que no se ha concedido á ningun ánjel, como es crear al Dios creador, y de ofrecerlo á Dios su padre, por la salvacion de todos los hombres, estén reducidas á bajeza tan indigna de ser esclavas de manos manchadas dia y noche con impurezas, rapiñas y sangre.* Al tributar omenaje, ponia sus manos el sacerdote y cualquiera otro sobre las de su señor natural: y ¡véase aquí el crímen que el sacerdocio cometia! Semejantes razonamientos sostenidos con las escomuniones, no sufrian réplica; ni nunca ha consistido en otra cosa la lójica de las sacristías.

El báculo, decian tambien los obispos y los frailes, es el símbolo de la autoridad pastoral; el anillo designa el casamiento espiritual del prelado con su iglesia; luego los que dan la investidura por el báculo y el anillo, pretenden dar al Espíritu Santo; luego son simoníacos y erejes.

Pero para el que ecsamine el fondo de las cosas, y penetre por entre el velo de estas palabras engañosas, es evidente que el interés del alto clero, y sobre todo de los papas, era el alma de tan odiosa querella. Los obispos querian hacerse independientes de la corona: los papas querian que los obispos dependiesen únicamente de la corte romana. Unos y otros acaso se disimulaban este motivo, y lo cubrian con un velo de relijion. Solamente Ibo de Chartres, prelado ilustrado, que en mas de una ocasion se habia mostrado complaciente con la corte de Roma, se aderia entonces á los verda-

deros principios, escribiendo que los reyes no pretendian dar nada de espiritual por la investidura; que no hacian otra cosa sino consentir en la eleccion, ó conceder al elejido las tierras de que era deudora la Iglesia á la liberalidad de los príncipes; que así, importaba poco la manera con que se hiciese la ceremonia, fuese con la mano, con la boca, con una inclinacion de cabeza ó con un báculo. — Razonamiento demasiado justo.

Una gran prueba del motivo secreto que todo lo animaba, es la conducta del papa con los príncipes normandos, cuyo poder iba creciendo siempre. Roberto Guiscard habia casado su hija con el hijo de Miguel Ducas, emperador de Constantinopla, despues de haber robado al imperio casi todo lo que poseia en Italia. En seguida habia llevado la guerra hasta la Grecia y hecho temblar al emperador Alexis Comneno. Muerto Guiscard, sus talentos y su valor revivian en su hijo Boemundo, uno de los éroes mas célebres de la cruzada. La Sicilia pertenecia ya á los normandos. Habíala conquistado Rojerio, ermano segundo de esta familia trasplantada de un rincon de la Francia para fundar estados en Italia. Los sarracenos y los griegos establecidos en la isla, se habian sometido y conservaban su relijion y sus leyes. Roberto Guiscard, jefe de la espedicion, habia dado la investidura de la isla á Rojerio, con el título de conde.

Aunque los príncipes normandos se reconociesen feudatarios de la santa sede, eran menos que nadie esclavos de la corte romana. Urbano II quiso tener (1098) en Sicilia como en otros puntos, un legado *á latere* que mandase en su nombre. Desde Nicolás I, estos ministros del papa, enviados por todas partes, daban la ley á los soberanos, oprimian al clero, y arruinaban á los pueblos. Ellos juzgaban, mandaban, castigaban arbitrariamente, con un despotismo que la preocupacion habia hecho respetable. Ildebrando habia agravado el yugo, y Roma dominaba realmente por la opinion, como en otro tiempo dominára por las armas. Lo que los reyes de Francia soportaban, no lo quiso sufrir un jentilombre normando. Enviando Urbano á su legado, el conde Rojerio le impidió ejerciese los poderes de la legacion; y tanto fué el vigor que manifestó, que conociendo el pontífice la nece-

sidad de contemplarlo y tenerlo contento, dió al conde mismo y á sus erederos la autoridad de legado en Sicilia, esto es, la jurisdicion eclesiástica.

La bula, monumento célebre conservado por el monje Gofredo de Malaterre, historiador del tiempo, se espresa así: *No estableceremos en otros estados ningun legado de la Iglesia romana sin tu consentimiento*; *y queremos que lo que habíamos de hacer por un legado, se haga por tu ministerio, como si fueses mi legado* A LATERE. Este derecho singular que se llama *la monarquía de Sicilia*, se ha sostenido constantemente, á pesar de los esfuerzos de la corte de Roma para abolirlo. Y en el fondo ¿qué es lo que el papa concedia? El poder que los emperadores romanos y Carlomagno habian gozado, con relacion á la policía eclesiástica. — Lo que admira en un tiempo, era costumbre en otro.

PASCUAL II. — Urbano II, muerto el año siguiente, 1099, tuvo por sucesor á Pascual II, monje de Cluny, á quien Gregorio VII habia hecho cardenal. Era tan fiero y tan emprendedor como Gregorio, cuyo espíritu parecia entonces inerente al papado.

Los legados de Pascual escomulgan nuevamente al rey Felipe en un concilio de Poitiers, á pesar de Guillermo conde de Poitiers, y duque de Aquitania, que en vano se empeñó en detener el golpe. Parte de los circunstantes se sublevan en el concilio: las piedras llueven sobre los legados y los obispos, y un sacerdote sale con la cabeza rota. Semejantes escándalos hubieran debido servir de leccion. Bertrade, burlándose del anatema que sufria con el rey, quiso oir misa en Sens, en donde estaban cerradas todas las iglesias. Hizo echar abajo una puerta, y un sacerdote que le era adicto celebró para ella.

Entretanto Felipe solicitaba ardientemente la absolucion. Arrodillóse en fin ante el papa. Fué con los pies descalzos á un concilio de París á prestar juramento con Bertrade, de renunciar á un comercio que siempre se reusaba lejitimar. Absuelto por un legado, continuaron viviendo juntos, y sus hijos fueron declarados capaces de suceder á la corona. De esto se conjetura que su matrimonio fué aprobado; y tambien podria conjeturarse que Pascual disimuló, porque negocios mas serios le ocupaban.

El emperador Enrique IV,

siempre en lucha con los anatemas de Roma, era un ejemplo espantoso de los males producidos por el abuso del poder eclesiástico. Urbano II y la condesa Matilde, habian inclinado á su hijo Conrado á que se sublevase, y la Italia habia sostenido abiertamente al rebelde. En 1097 hizo el emperador que una dieta privase á Conrado del derecho de sucesion, en favor de Enrique, su hijo segundo, que juró no sublevarse. Este juramento se miró como necesario estando las leyes de la naturaleza tan borradas por la supersticion dominante. Conrado murió á poco. Enrique IV se lisonjeó de remediar los abusos, publicando leyes para someter los grandes negocios eclesiásticos á un tribunal de la nacion, compuesto de obispos y señores, y á fin de impedir que el papa ejerciese los derechos de supremo juez. Estas leyes solo sirvieron para encender el odio de sus enemigos.

Pascual II, que ya le habia escomulgado (1105) segun uso, induce artificiosamente al jóven Enrique á que se arme contra su padre, sopretesto de defender la causa de la Iglesia. Absuélvelo de su juramento, como si solo el juramento debiese impedir un crímen atroz. El padre invita al rebelde á que se arrepienta por medio de una carta muy afectuosa. Aquel responde que no reconoce á un padre ni á un rey escomulgado. Conviénese sin embargo en una entrevista, pero en esta se consuma la traicion. Señálase para ella el castillo de Bingenheim, y reunidos allí, el mónstruo esclavo del pontífice prende á su padre y lo encierra. La dieta de Maguncia se declara por el hijo desnaturalizado contra el padre, y le coronan delante de los ministros del papa; pero las orribles desgracias del padre, unidas á la inflecsible dureza del ipócrita hijo, le procuraron algunos partidarios. El obispo de Lieja, el duque de Limburgo y el duque de la Baja Lorena, protejian al emperador que habia conseguido fugarse y levantar tropas. El conde del Hainaut, que estaba contra él, recibió de Pascual el escrito siguiente: *Persigue con el hierro y con el fuego á Enrique, jefe de los erejes, y á sus fautores; — no puedes ofrecer á Dios sacrificios mas agradables.*

Enrique IV es vencido por fin y queda sin recursos. Reducido á la miseria, pide al obispo de Spira una prebenda para no morir de ambre; y para obtenerla hace presente de que es capaz de

desempeñar el oficio de cantor ó lector. Aun se le reusa esta gracia; y últimamente muere en Lieja en 1106, despues de haber enviado al rebelde su espada y su corona.

Pero aun no bastaba esto al tigre tiarado; porque su odio implacable sobrevivió á tan deplorable fin. Pascual escribe al ciego y bárbaro hijo desentierre el cadáver de su padre escomulgado, pues debia estar cinco años privado de sepultura y lanzado fuera de la Iglesia; el hijo obedeció á la voz infernal del malvado pontífice, quien para colmo de ignominia hizo ecsumar el cadáver de Jilberto, arzobispo de Ravena, que habia sido electo papa por Enrique IV, en tiempo de Ildebrando, seis años despues, y lo mandó arrojar á un muladar. ¡Regocijaos, esclama un escritor, mónstruos que abitais el Tártaro, sombras de los Nerones y Calígulas, porque habeis encontrado quien os supere en crímenes ecsecrables!

Un hecho digno de atencion es que los obispos de Cambrai y de Lieja, habiendo permanecido fieles á Enrique IV, Pascual II escitó al conde de Flandes á que tomase las armas contra ellos, secundado además por las invectivas de los frailes. Pero el clero de Lieja, en una carta *á los hombres de buena voluntad*, justificó la obediencia de los vasallos, haciendo ver la injusticia del papa. «Si el emperador es ereje, dijo sábiamente, »lo sentimos mucho; pero aun »cuando lo fuese, creeríamos »deber obedecerle y orar por su »conversion, en lugar de sublevarnos contra su poder. ¿De »dónde le viene al papa la autoridad para tirar de una espada »matadora? ¿Cómo ha podido »decir al conde de Flandes: *Te »mandamos esta guerra por la »remision de tus pecados?* etc.» Los liejeses estaban escomulgados, y se los entregaba á las calamidades de la guerra.

Despues de haberse aprovechado tan bien Enrique V de la escomunion contra su padre, no temió cuando se vió triunfante por un parricidio, sostener contra el papa el mismo derecho de investidura que se juzgaba digno de los mas orribles anatemas. Previendo Pascual II nuevas borrascas, pasó á Francia: los papas estaban acostumbrados á hacer frente á los reyes, encontrando en ellos recursos. Felipe I, á pesar de tantos motivos de resentimiento, y su hijo Luis, asociado á la corona, le prometieron cuanto quiso. Mandaron

á los obispos le siguiesen á Chalon-sobre-el-Marne para una conferencia con los embajadores de Enrique V.—La nacion francesa era como las demás, esclava del pontificado.

Disputóse mucho en la conferencia (1107), pero inutilmente. Segun la manera comun de razonar sin principios, el papa sostuvo que la Iglesia, rescatada por la sangre de J. C., no debia volver á caer en la servidumbre; que seria esclava de los príncipes, si no podia elejir un prelado sin su asentimiento; que era un atentado contra Dios dar la investidura por el anillo y el báculo que pertenecen al altar; y que las manos consagradas se desonorarian poniéndose entre las manos ensangrentadas de un seglar. Los embajadores alemanes dijeron mejores razones; — no se dignaron responder á tales sofismas. Transportados de cólera, gritaron: *En Roma decidirá la espada la disputa.* Despues de su partida volvió Pascual á anatematizar las investiduras en un concilio de Troyes.

Parece que en Francia se habia renunciado á ellas. Enrique I rey de Inglaterra, hijo tercero de Guillermo el Conquistador, renunció á ellas tambien, porque el pontífice romano consintió en el omenaje de los obispos, omenaje condenado antes del mismo modo que la investidura. Este príncipe contentaba al clero por política. Habíase apoderado de la corona en perjuicio de Roberto, duque de Normandía, su ermano mayor, uno de los éroes de la cruzada; le habia arrebatado la Normandía misma, y le tenia en prision. ¡Cuántas razones para condenarlo al anatema si no habia tenido la prudencia de avenirse con el papa!

Entretanto Enrique V llega con un ejército á Italia (1111) resuelto á hacerse coronar y á mantener sus derechos por la fuerza. Pascual recurre demasiado tarde á los príncipes normandos sus vasallos. No llegando el socorro, entra en negociaciones. Conviénese en Sutri, por una parte, que el rey de Alemania renunciaria á las investiduras, dejaria la libertad de las elecciones, restituiria los dominios de san Pedro, no haria nada contra la vida y la libertad del pontífice, y por otra que el pontífice le haria restituir las tierras, los feudos, todos los derechos de regalía, usurpados á la corona ú obtenidos de la liberalidad de los príncipes; que coronaria á Enrique, y que en

sin le prestaría socorro. La ejecucion de este tratado parece evidentemente imposible. Por ambas partes no habia en él ni buena fé ni confianza.

Enrique es recibido en Roma: Pascual lo declara emperador; pero los obispos estaban muy lejos de consentir en la restitucion de las regalías. No queriendo el emperador renunciar á las investiduras sino al precio convenido; reusando el papa coronarle si á ellas no renunciaba absolutamente, y sosteniendo los prelados y los señores de la comitiva del príncipe la nulidad de las convenciones de Sutri, se descomponen é incomodan, y el papa es reducido á prision en la primera catedral del mundo cristiano. Concede en fin y auténticamente las investiduras; corona á Enrique, y le presenta la mitad de la ostia durante la misa diciéndole: *Asi como esta parte del cuerpo vivificante es separada de la otra, sea separado del reino de J. C. el que de nosotros quebrantáre el tratado.* Pronto veremos á la audacia sacrílega despreciar un juramento tan solemne. Enrique pidió permiso para enterrar á su padre, cuyo cadáver habia ecsumado por órden de Roma. Obtuvo el consentimiento; pero con la condicion de que afirmasen varios obispos que Enrique IV habia muerto penitente.

Apenas se marcha para cumplir este deber (1112), cuando las quejas contra Pascual se levantan por todas partes. El pontífice se arrepentia ya de su convenio y aprovechó con ardor la ocasion de romperlo. Lo declara nulo en un concilio de Roma, y manifiesta su adesion constante á los decretos de Gregorio VII y de Urbano II. El concilio anatematiza las investiduras. Un fanatismo violento se desencadena contra el emperador. Escomúlganlo en Viena del Delfinado, ciudad de su dominio. El legado Conon le escomulga tambien en Jerusalen y va á tener concilios en Grecia, Ungria, Sajonia, Lorena y Francia para fulminar nuevos anatemas. Un monje abad de Vendoma, lleva su zelo hasta echar en cara al papa su prevaricacion; y en la carta que le escribe con este motivo gradua de erejia la investidura, *segun la tradicion de los padres;* sostiene que concediéndola, *se destruye la fé, la castidad y la libertad de la Iglesia.* Joscerain, arzobispo de Lyon, escribiendo con el mismo calor, confiesa, que propiamente hablando, no es erejía la investi-

dura; pero añade que lo es ciertamente, el creer que sea lejítima. ¡A qué no se espone la relijion enlazando con los dogmas las preocupaciones de la ignorancia y del espíritu de partido!

Renuévanse las revoluciones, la guerra civil y la matanza. Los decretos de la Iglesia parece se convierten en leyes de sangre. Pascual temia ser perjuro escomulgando él mismo al emperador. Sus legados y los concilios suplian demasiado por él; los sajones y otros rebeldes servian muy bien á su venganza.

Mientras que tan en combustion estaba la Alemania, murió la célebre condesa Matilde, que desde Gregorio VII era la esclava y el apoyo de la corte romana. Ella poseia la Toscana, Parma, Plasencia, casi toda la Lombardía, Espoleto, etc. Era única eredera del duque y marqués Bonifacio su padre, y de su madre la duquesa Beatriz, de la casa de Carlomagno, viuda de Godofredo el jorobado, duque de Lorena; habíase Matilde casado con Welf, duque de Babiera, y se separó de él por un divorcio. La donacion de sus estados á la santa sede, renovada antes de su muerte, debia acarrear nuevas turbulencias. Siendo la mayor parte feudos del imperio, no tenia derecho para disponer de ellos; pero no debe sorprender el que Gregorio VII los creyese bien adquiridos. Entretanto el emperador vino á tomar posesion de sus estados.

Llega á Roma (1117): Pascual II se habia marchado para arrojarse en brazos de los normandos. Hácese coronar de nuevo por Mauricio Burdino, arzobispo de Braga y legado adicto á sus intereses. Muere Pascual puesto al frente de su ejército é intentando apoderarse de Roma, pero antes escomulga á este legado. Dásele por sucesor á Jelasio II, antiguo monje de Cluny. No pudiendo el emperador hacer aprobar la investidura á Jelasio, le opone un antipapa en la persona de Burdino. Jelasio, aunque sostenido al principio por los normandos de Italia, se ve forzado á refujiarse á Francia, donde muere, y el arzobispo de Viena le remplaza bajo el nombre de Calisto II.

Este, que era pariente de Enrique V, deseaba en gran manera terminar la querella, pero sin renunciar al sistema de sus predecesores. Mientras que tenia un concilio en Reims, vino Enrique á conferenciar á Muzon, mas hubo de romperse por falta de avenencia.—Nueva es-

comunion fulminada contra el príncipe, y nueva sentencia desatando á los vasallos del juramento de fidelidad. La fé de los juramentos no era nada desde que bastó á anularlos una palabra de los pontífices.

Calisto hubiera debido conocer cuán odioso era este abuso, por la respuesta del rey de Inglaterra, Enrique I, á quien instaba porque restableciese á un prelado indispuesto con la corona. Escusándose Enrique porque habia jurado no restablecerlo, le dijo Calisto: *Yo soy papa y os absuelvo de vuestro juramento.* El rey le respondió: *¿Y qué fé hay que dar á los juramentos, si se está viendo, por mi propio ejemplo, que los destruye una absolucion?*

El objeto principal del pontífice era arrojar al antipapa Burdino que reinaba en Italia, y los príncipes normandos le ofrecieron los medios. Sitia á Burdino en Sutri; los abitantes se lo entregan en sus manos, y el desgraciado es insultado y lleno de oprobio. Condúcenlo en triunfo á Roma, montado al revés en un camello; espónenlo á los insultos de un populacho furioso, y despues lo arrojan á una prision por toda su vida. El papa anunció por todas partes su victoria y se hizo pintar teniendo á Burdino debajo de sus pies.—La moderacion le hubiera hecho mas onor; ¿pero quién conocia entonces esta virtud?

En fin, vióse tambien el emperador obligado á ceder (1121). Los sajones, siempre rebeldes, acababan de arrancarle un tratado vergonzoso; el arzobispo de Maguncia tenia sobre las armas un ejército para combatir á las investiduras y al soberano, y las escomuniones iban á derribar el trono. Enrique buscó prudentemente su seguridad en la paz que se concluyó en una dieta de Worms. No solo abandonó la investidura por *el báculo y el anillo*, sino todo nombramiento de beneficios, y aun las mismas *regalías de san Pedro*, es decir, el derecho señorial sobre las tierras de la Iglesia romana.

Convínose entre Calisto y Enrique V (1122), «que las elecciones eclesiásticas se harian »por los cabildos; que el papa »daria á los prelados canónica»mente electos la investidura »espiritual con el báculo y el »anillo, y el emperador la in»vestidura temporal con el ce»tro. El emperador se reservó »el derecho de asistir, ya en »persona, ya por sus delegados,

»á las elecciones y á las consa»graciones, y el de decidir en »las elecciones dudosas.»

De esta manera sustituyendo el cetro al báculo y al anillo, se concluyó una de las contiendas mas crueles que hayan despedazado al jénero umano. Nada prueba mejor cuán atroz y á la vez absurda es la supersticion; porque si era una erejía como se habia dicho muchas veces, dar ó recibir la investidura, ¿qué importaba en el fondo, que fuese con un cetro ó con un báculo?

«No se necesitaba menos, dice »sobre esto Muratori, para des»arraigar un abuso que insensi»blemente se habia introducido »en la Iglesia contra todos los »usos de la antigüedad, los cua»les habian mantenido siempre »la libertad de las elecciones, »atacando con brio la simonía.» ¿Olvidaba este autor respetable que los usos de la antigüedad dejeneraban en abusos desde que las pasiones y la ignorancia habian mudado la faz de la Iglesia? ¿Cómo se hacian las elecciones? ¿cómo se hacen todavía en algunos paises? Además, electos segun las reglas, ó nombrados por el príncipe, los prelados recibian igualmente la investidura; luego la reflecsion de Muratori estriba en falso.

Un concilio jeneral de Letran (1123), en donde se hallaron mas de trescientos obispos, cimentó la paz del sacerdocio y del imperio. En él se pronunció el anatema contra los infractores de la *tregua de Dios*, siempre subsistente por el derecho, y siempre violada por las costumbres. Escomulgóse tambien á cualquiera que invadiese á Benevento; precaucion que prueba que no se perdia de vista lo temporal. Los prelados se levantaron con calor contra el poder de los monjes. «Ya no falta mas, decian, que quitarnos el báculo y »el anillo, y someternos á ellos, »puesto que poseen las iglesias, »las tierras, los castillos, los »diezmos, las oblaciones de los »vivos y de los muertos: los ca»nónigos y los clérigos están en»vilecidos, desde que los mon»jes en lugar de vivir en santa »quietud segun la regla de san »Benito, se procuran nuestros »derechos con una ambicion in»saciable.» En consecuencia, proibióse á los abades y á los monjes administrar la penitencia, visitar los enfermos, y aun cantar misas públicas. Véase aquí una singular contradiccion con los decretos de Urbano II y otros papas. Pero no la sufria el poder de los monjes: su escan-

daloso número, su crédito y sus riquezas, aumentaron de dia en dia: tenian á su favor el espíritu del siglo y la corte de Roma. Toda la historia demuestra que el enorme poder de los pontífices era y es todavía obra suya; que la corte romana debe apoyarse en semejante milicia, porque si esta llega á faltar, corre peligro el papa de quedarse hecho solamente sacerdote *secundum ordinem Melchisedeck* (1) y no príncipe temporal.

Enrique V pensaba en restablecer su autoridad (1124) y en tomar venganza de sus enemigos. No perdonaba al rey de Francia, Luis VI, llamado el Gordo, sucesor de Felipe I, el haber recibido y favorecido al papa; atribuíale en parte el oprobio con que le habia cubierto el concilio de Reims; y queria umillar á la Francia para domeñar en seguida á los príncipes de Alemania que se habian hecho independientes. Habiéndose unido con Enrique I, rey de Inglaterra, su yerno, entonces en guerra con Luis, con motivo de algunas plazas de Normandía, marcha al frente de un numeroso ejército; pero el zelo de la nacion francesa se señaló en esta ocasion. Los vasallos, aunque muy poco sumisos á la corona, se apresuran á tomar las armas contra un enemigo estranjero: Luis tiene doscientos mil hombres. Por otra parte, el emperador, adelantándose ácia la Champaña, recibe la noticia de una sublevacion. Repasa el Rin sin haber hecho nada. ¿Por qué Luis con este grande ejército no fué á caer sobre la Normandía? Porque sus vasallos querian defenderlo, pero no aumentar su poder. Concíbese fácilmente que un duque de Normandía, rey de Inglaterra, era un vasallo formidable para un rey de Francia; que debia haber entre ellos una rivalidad frecuentemente destructora; que los otros vasallos se aprovechaban de ella para mantenerse en la independencia; y que no cuidaban de romper el equilibrio en favor del señor feudal. Tal era el fondo de la política.

Cisma entre Inocencio II y Anacleto. — Muerto el emperador Enrique V en 1125, los duques de Suabia y de Franconia, sus sobrinos, aspiraron á la corona, porque no habia dejado sucesion. Los votos de la mayor

(1) *Partition, of the dominions of Popes*, ó Il papa in camiscia. Escrito orijinal inglés en el año segundo de la república liguriana (1817).

parte de los príncipes estaban por Conrado, duque de Franconia; pero el arzobispo de Maguncia, con sus intrigas, arrastraba á la pequeña nobleza é hizo elejir y proclamar á Lotario, conde de Suplenburgo, á pesar de la oposicion de la mayoría de los príncipes. Conrado pasó á Italia, fué coronado en Monza y en seguida en Milan. Honorio II acababa de suceder á Calisto. Lotario le anunció su eleccion por una embajada; y los papas que sabian aprovecharse de todo, trocaron despues este acto de mera atencion en un deber indispensable.

Poco tardó en encenderse la guerra en Italia, y Honorio no dejó de escomulgar al concurrente de Lotario. Un mal mas grande que incendió á toda la Europa fué el cisma que ocasionó la muerte del pontífice en 1139. La minoría de los cardenales, reunidos clandestinamente, elijieron al cardenal Gregorio, antiguo monje:—este es Inocencio II. Los otros cardenales, reunidos el mismo dia, á la ora ordinaria, elijieron públicamente á Pedro, hijo de Pedro Leon, judio bautizado y poderosísimo ciudadano por sus inmensas riquezas. Pedro, á quien dieron el nombre de Anacleto, habia sido tambien monje de Cluny; pues no parece sino que la tal abadía estaba destinada para semillero papal. Veintisiete cardenales, los obispos sufragáneos de Roma, los arciprestes y muchos abades escribieron al emperador Lotario que la eleccion de Anacleto era la canónica, y que la otra se habia hecho por media docena de simoníacos. El jefe de los cardenales de su partido escribió á los de Inocencio: *¿ Es así como sabeis elejir un papa, en un rincon á urtadillas, sin consultarnos, sin llamarnos, etc. ?* La otra faccion pintaba á Anacleto como un infame que hubiera desonrado á la santa sede. De entrambras partes habia indudablemente parcialidad; si bien los partidarios de Inocencio tenian mas razon, pues el tal Anacleto saqueó las iglesias de Roma, arrebató de ellas á la fuerza los tesoros que contenian, y principalmente de san Pedro, donde robó un crucifijo de oro, muchas coronas, cálices y otros ricos ornamentos, y los hizo fundir acuñando moneda para sobornar á sus secuaces.

Esta disputa anunciaba guerras; y el mas fuerte, segun toda apariencia, debia gozar del pontificado. Embárcase Inocen-

cio con sus cardenales partidarios; llega á Pisa, escomulga desde allí á Anacleto, y envia á Francia legados que espongan á Luis el Gordo sus razones y se esfuerce en hacerlas valer. Anacleto por su parte se aseguró la proteccion de los normandos, tan temibles en Italia. Da el título de rey de Sicilia al conde Rojerio II, eredero de los ladrones normandos, y duque de Pulla y de Calabria, con la soberanía sobre Nápoles y Cápua, mediante el omenaje y el tributo ordinario. Honorio habia escomulgado á este príncipe, que pérfido despoliador de los bienes de su primo, se engrandecia sin su permiso. La conducta de los papas con los normandos, y de estos con los papas, dependia siempre de las circunstancias.

San bernardo.—Inocencio tenia en su favor un hombre capaz de hacerle triunfar de todos sus enemigos. Tal era el famoso san Bernardo, nacido en 1059, primer abad cisterciense del monasterio de Claraval. Este fraile, natural de Borgoña, era de un jénio ardiente, austero é indomable. Su espíritu, su elocuencia y su reputacion en aquel tiempo, subyugaba á todos de tal manera, que se hizo el hombre de la época, el oráculo de los pueblos, y en cierto modo el dueño de los obispos, de los papas y los reyes. Este hombre, notable por su nacimiento, devorado de zelo por todo lo que creia que interesaba á la relijion, pero imbuido sobremanera en las preocupaciones del cláustro, porque todas sus mácsimas y estudios eran referentes á su estado, va á remover la Europa á merced de sus opiniones y de sus piadosos designios. El respeto debido á su santidad, no debe cegarnos sobre los defectos que tenia de su siglo y de la naturaleza.

Vacilábase en Francia entre los dos papas. Luis el Gordo, que se inclinaba á Anacleto, convoca un concilio en Etampes, en donde el asunto va á decidirse. El concilio se inclina al parecer de san Bernardo: este nombra á Inocencio, y al punto es reconocido por aclamacion. Jerardo de Angulema, legado en tiempo de Honorio, esperando conservar este título, habia representado á Anacleto como un usurpador y un disoluto. El santo monje lo creyó sin duda. Pero Jerardo desmintió muy pronto su propio testimonio; porque no habiendo recibido de Inocencio la legacion que ambicionaba, se declaró en favor del otro competidor,

y escitó un cisma en el reino.

Inocencio, arrojado de Roma y refujiado en Pisa, se apresura á marchar á Francia, en donde recibe todos los onores imajinables y encuentra tesoros en la prodigalidad de la nacion. El rey de Inglaterra, que estaba prevenido contra él, miraba su título como muy dudoso. Bernardo va á disipar su escrúpulo. *¿Qué temeis?* dice á Enrique. *Espiad vuestros pecados; yo tomo este sobre mí.* Enrique no titubea y viene á presentar al papa sus respetos.

El emperador Lotario estaba en Lieja. Llega Inocencio á esta ciudad: Lotario le recibe con mucha atencion, llevando de la brida á su caballo, y haciendo el oficio de escudero; pero aprovecha la ocasion para volver á ecsijir las investiduras. Encuéntrase entonces el papa en gran embarazo. Bernardo, que le habia acompañado, combate altamente la pretension del emperador, lo aterra con su atrevida elocuencia, y le obliga á que renuncie la demanda.

Sus cartas, monumento muy curioso con referencia á las costumbres y negocios de aquel tiempo, están llenas del calor que animaba su conducta. *La bestia del Apocalipsis, á la cual es dado blasfemar contra los santos y hacerles la guerra, ha invadido la santa sede, como un leon furioso pronto á devorar su presa. Cerca de vos teneis otra bestia que silba en secreto. Aquella es mas feroz, esta es mas artificiosa.* Estos son los términos de una carta á Godofredo de Lorron, despues arzobispo de Burdeos. Las dos bestias eran el antipapa y el obispo de Angulema, su legado. Estos rasgos son importantes por caracterizar el espíritu del siglo, cuyo sello está marcado así en las virtudes como en los vicios.

Lotario, con un pequeño ejército, habia introducido en Roma á Inocencio II, mientras que el rey de Sicilia reprimia una sedicion en la Pulla. Habia recibido de él la corona imperial (1)

(1) Algunos años despues, se hizo en Roma un cuadro, en que estaba representada la ceremonia de la coronacion, con estos dos malos versos debajo de las figuras:

Rex venit ante fores, jurans priùs urbis honores;
Post homo fit papæ, sumit quo dante coronam.

La corte de Roma ha hecho valer el *homo papæ* (el *hombre del papa*), como una prueba de que el imperio

y el usufruto de los dominios de la condesa Matilde, con condicion de hacer de ellos omenaje á la santa sede. El papa dió al mismo tiempo la Córcega á los jenoveses y la Cerdeña á los pisanos, con la condicion de arrojar de ellas á los sarracenos.—¡Nada mas fácil á los pontífices que dar lo que no les pertenecia! —Pero Inocencio se vió á poco obligado á salir de Roma (1134). Refujiado en Pisa, reunió un concilio para escomulgar de nuevo á Anacleto y á sus fautores. San Bernardo fué el alma del concilio, y el papa le debió la sumision de los milaneses, que pasaron entonces á su partido. Bernardo reusó el arzobispado de Milan y otras sillas. Bajo su cogulla hacia mas papel que el mismo papa, pero despreciaba los onores por umildad.

Este desgraciado cisma hizo todavía derramar mucha sangre. El rey de Sicilia llevaba á Anacleto triunfante á Italia. El emperador fué á restablecer á Inocencio con un ejército: arrebató la Pulla al rey de Sicilia, y quiso investir con ella al conde Rainulfo, no sin oposicion del papa, que pretendia deber dar la investidura. Pusiéronse acordes, poniendo entrambos la mano al estandarte de la Pulla, cuando se ejecutó la ceremonia. Una revolucion en Alemania, suspendió las conquistas de Lotario (1138): el rey Rojerio, no tuvo que hacer mucho para recobrar lo que habia perdido; en fin, la muerte de Anacleto anunció la prócsima estincion del cisma. Gregorio, nuevo antipapa, se rindió despues de dos meses, á las solicitudes de san Bernardo, que lo llevó á los pies de Inocencio II. El santo se felicitó de que el triunfo de la Iglesia fuese su gloria y su corona.

En un concilio jeneral lateranense, reunido al siguiente año, Inocencio, segun un autor contemporáneo, arengó en estos términos: *Ya sabeis que Roma es la capital del mundo, que se reciben las dignidades eclesiásticas con permiso del pontífice romano como por derecho de feudo, y que no se pueden poseer lejitimamente sin su consentimiento*, etc. Véase aquí á lo que conducia el gran negocio de las investiduras.

El cánon XX dice: *No reusa-*

es un feudo de la santa sede. Mejor se probaria que el estado de la santa sede es un feudo del imperio, si en semejante materia decidiesen los títulos antiguos. (MILLON, *continuacion* á l'abbé Millot.)

mos á los reyes y á los príncipes el poder de administrar justicia, consultando á los obispos.

PROIBENSE LOS TORNEOS.--Proibiéronse no solo los torneos, sábia proibicion que se renovó en vano, sino el *arte mortal y odioso* de los ballesteros y arqueros escepto contra los infieles. Tanto valia proibir la guerra entre los cristianos. ¿Y qué se hubiera hecho á ser conocidas y usadas las armas de fuego?

Escomulgado el rey de Sicilia porque no queria someterse sino con condiciones ventajosas, tomó de nuevo las armas. Inocencio marchó contra él puesto á la cabeza de sus tropas. Cayendo el papa en una emboscada, es hecho prisionero. Rojerio se aprovecha de la ocasion, y obtiene la investidura del nuevo reino de Sicilia como la habia obtenido de Anacleto. Concluido el tratado, vá á besar los pies á Inocencio, le pide perdon, y le tributa omenaje. Entonces, de usurpador cargado de anatemas, es á los ojos de la corte romana, un rey respetable y virtuoso. — ¡Qué miseria! San Bernardo que le habia tratado sumamente mal, le escribió cartas afectuosas, y le hizo el magnífico y lindo regalo de una colonia de sus monjes.

No se veia casi ningun negocio interesante en aquella época, en que el poder eclesiástico no luchase con el civil; ó en que por lo menos las preocupaciones de relijion no fuesen el primer móvil de los hombres. ¿Qué bienes no produciria la relijion, este resorte poderoso y universal, si desembarazada de todos los prestijios de la ignorancia, no sirviese sino para imprimir, con las divinas verdades, el sentimiento y el amor de la virtud? Por desgracia la mayor parte de sus ministros muy ambiciosos é ignorantes, turbaban los estados ó estraviaban los pueblos equivocándose en los principios.

Esta fué la causa de una borrasca que estalló en Francia (1142). Luis VII, llamado el jóven, habia sucedido en 1137, á Luis el Gordo, su padre. Era devoto, bueno, dócil, pero vivo, y zeloso de sus derechos y de su onor. Habiendo elejido el cabildo de Brujas á un obispo que desagradaba á la corte, mandó que se elijiese otro, y no escluyó sino á este sujeto. Este, que era protejido por Inocencio II, fué al punto á Roma. El papa *lo* consagró, y habló del rey como de un jóven á quien era necesario instruir y correjir; añadien-

do que escluir á una sola persona, era destruir la libertad de las elecciones. Luis proibió recibir al arzobispo. Al punto el papa y el prelado pusieron al reino en entredicho. Sentencia injusta y odiosa; porque toda funcion eclesiástica cesaba entonces, todo inspiraba terror y conducia al fanatismo. Nada era mas propio para sublevar á un pueblo supersticioso contra su señor.

Teobaldo, conde de Champaña, ipócrita turbulento, entregado á los monjes por ambicion, unido estrechamente con san Bernardo, á quien habia deslumbrando su falsa virtud, se declaró por este arzobispo, intrigó, y abortó la guerra civil. El abad de Claraval estaba en Roma. Mezclóse en el negocio como amigo del conde, y como partidario de la corte romana, y escribió al rey en estos términos: *De tal manera resolveis las ideas de onor y sabiduría, que no queda con vos regla ni principio..... Vuestros escesos me cansan: comienzo á arrepentirme de haber tenido demasiado miramiento á vuestra juventud. Si tengo algun poder lo emplearé todo en adelante en defender la verdad.* A los ministros Josselin, obispo de Soisons, y á Sujero, abad de San Dionisio, escribió lo siguiente: *¿Cómo os atreveis á manejar negocios de esta naturaleza? Lo malo que hace un rey jóven hay razon para achacárselo á los miembros mas ilustrados de su consejo.* Prevencion poco favorable contra el santo es que los dos ministros eran hombres igualmente ábiles y virtuosos; pero aun cuando no lo hubiesen sido, las reconvenciones eran ecsajeradas. El zelo se estravia facilmente en medio de las facciones.

Sin embargo, conviene advertir tambien que el arrebato de Luis el jóven produjo materia á quejas justísimas. Habiéndose apoderado de Vitri, una de las plazas del conde de Champaña, se refujiaron los abitantes en la iglesia; y como tratasen en ella de defenderse, arrebatado de cólera mandó pegarla fuego, y perecieron entre las llamas trescientas personas. Devorado el rey de remordimientos se echó en cara su crueldad y se dió á la penitencia.— La cruzada fué el fruto de ella, como lo vamos á ver muy luego.

Arnaldo de Brescia. — Mientras que la autoridad pontificia se desplegaba con altivez en las monarquías, se debilitaba en el centro mismo del papado. Arnaldo de Brescia, monje vir-

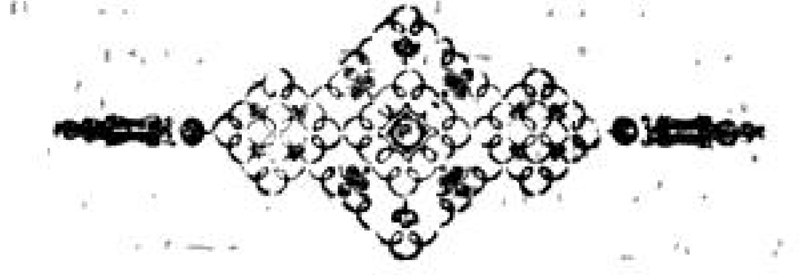
tuoso, habia sublevado los pueblos contra el poder temporal de los ministros de la relijion. El clero, segun su acertada y evanjélica doctrina, no podia poseer ni tierras ni señoríos; debia vivir de las ofrendas voluntarias que le hiciesen; y los príncipes debian despojarle de sus bienes para el servicio del estado. El orgullo y el insultante fausto de los eclesiásticos, la miseria y los sufrimientos de los pueblos, daban sobrado peso á sus evanjélicas declamaciones. Arrojado de Italia como era consiguiente, fué á predicar á Alemania; y como nada es mas contajioso que las doctrinas que favorecen á la multitud, el clero llegó á ser odioso para todos, y encendióse un espíritu de libertad y de reforma, que los papas sintieron sus efectos.

Un odio cruel dividia á los romanos y á los abitantes de Tívoli. Inocencio II, despues de haber escomulgado á los últimos, los sitió en persona y los rindió; pero no permitió á sus tropas desmantelar la ciudad. Esto fué para los romanos un motivo de sedicion. Restablecen el senado y vuelven á principiar la guerra. Inocencio muere de pesar y desesperacion. Su sucesor Celestino II gobernó cinco meses y murió de peste. Despues de él (1144) Lucio II es electo papa. No contento el pueblo con haber restablecido el senado, le da por jefe á un patricio, se apodera de todos los derechos así de la ciudad como del pais, y reduce al papa á las oblaciones y diezmos como los antiguos sacerdotes y pontífices. El primer patricio fué Jordan, hijo del antipapa Pedro de Leon. Sitiado Lucio en el Capitolio por los senadores, es muerto á pedradas á los pies de sus muros.

Eujenio III. — (1145) Eujenio III, antes monje de Claraval y discípulo de san Bernardo, probó como los otros el ardor de los romanos. Arnaldo de Brescia los reanimó con sus discursos, y obligaron á los nobles á jurar obediencia á un patricio. El papa en fin se alejó de Roma, vagó por algunas ciudades de Italia, y tomó en 1146 el camino de Francia, asilo ordinario de los pontífices que habian perdido su dominio.

Volvamos al año 1096 para referir el orijen y principio de esas guerras bautizadas por el fanatismo con el nombre de *santas* á causa de su objeto, inspiradas primero por un motivo de relijion, al cual se mezclaron

motivos menos respetables; y que consideradas en sus consecuencias, fueron ciertamente funestas á la relijion como á los estados de Europa, si bien las artes y las ciencias sacaron de ellas ventajas positivas. — Hablamos de las cruzadas.



CAPITULO VII.

LAS CRUZADAS.

(Año 1096.)

Orijen de las cruzadas. — Mision de Pedro el Ermitaño. — Primera cruzada. — Desórdenes de los primeros cruzados, mandados por Pedro. — Sus rapiñas en Ungría. — Su derrota por los búlgaros. — Venganza de Pedro. — Su derrota y su uida. — Llegada de Pedro á Constantinopla. — Conducta política de Alexis á la aprocsimacion de los cruzados. — Destruccion de los primeros cruzados. — Cruzada de Godofredo de Buillon. — Retrato de este príncipe. — Disputas relijiosas. — Nueva llegada de cruzados — Arrogancia del conde de Tolosa. — Marcha de los cruzados sobre Nicea — Orijen de los escudos de armas y del blason. — Marcha y descalabro de los cruzados en Asia. — Desastre causado por la ambre. — Sitio de Antioquía por los cruzados. — Escesos vergonzosos de los cruzados. — Crueldad de Boemundo. — Liga de los *mendigos*. — Toma de Antioquía por los cruzados. — Desastre entre los cruzados, causado por la ambre. — Toma de Jerusalen. — Eleccion de Godofredo como rey. — Ultima victoria de la primera cruzada. — Dispersion de los cruzados. — Muerte de Godofredo. — Destruccion de nuevos cruzados. — Guerras de Alexis con los príncipes latinos. — Victorias de los griegos y paz con Boemundo.

Orijen de las cruzadas. — Si Roma, despues de haber sido capital del mundo idólatra, lo fué del cristiano, ecsistia aun otra ciudad mas santa á los ojos de los sectarios del cristianismo, y era la antigua Sion, la Jerusalen, tantas veces mencionada por los profetas, y en cuyo recinto se conservaba, dicen, el sepulcro del hijo de la Vírjen María.

En todos tiempos creyeron santificarse los cristianos yendo á visitar aquel monumento; pero desde el reinado de Constantino, el zelo se aumentó, las peregrinaciones fueron mas frecuentes;

y los romanos, vencidos sobre la tierra, ya no se ocuparon sino de conquistar el cielo.

Las pasiones cambiaban de objeto; la Iglesia ocupaba el lugar del estado, la tribuna se convirtió en púlpito, el foro en sacristía, y los santos sucedian á los éroes.

Cuando Jenserico y Alarico entregaron á Roma al pillaje y encadenaron al pueblo rey, muchas familias ilustres de aquella capital fueron á establecerse á la ciudad del profeta. El fanatismo ecsajerado de Elena y el zelo de los primeros sucesores de Constantino, llevaron allí una numerosa poblacion, grandes riquezas, y la embellecieron con monumentos magníficos.

Preténdese asegurar que Juliano quiso, aunque inútilmente, derribar en ella la cruz y reedificar el templo de Salomon. Esto pudiera dar lugar á duda sobre si pudo ó no; pero lo que sí es cierto que mas tarde Cosroes asoló á Jerusalen, profanó los lugares santos, destruyó los edificios, dispersó á los cristianos y entregó á muchos á la venganza de los judios.

Heraclio arrojó á los persas de Palestina, hizo triunfar la cruz en Jerusalen, levantó las murallas, y restituyó á la ciudad la paz y las riquezas. Esta victoria fué brillante; pero de corta duracion. Apareció Mahoma: el fanatismo guerrero de los árabes inundó el orbe desde el Indo hasta Cádiz. En pocos años sometieron á Palestina, á Ejipto y Africa: conquistaron á España, invadieron á Francia, y á no ser por el valor de Cárlos Martel, la Europa hubiera sufrido la ley del Coran.

Los infieles, dueños de Sicilia, llevaron sus armas á Italia, y aterraron á Roma. Los griegos, lombardos y normandos pelearon con ellos cerca de un siglo. Los persas, bajo la bandera de los sucesores de Mahoma, pasaron los débiles ostáculos del Tigris y el Eufrates, é invadieron como un torrente la Siria, talaron el Asia menor: sus bajeles corrian el Archipiélago, sus ejércitos sitiaban á Constantinopla, y esta segunda Roma no debió su libertad sino á la fuerza de su posicion y á la invencion del fuego greguisco ó griego.

Mucho tiempo habia que Jerusalen, aislada y destituida de todo socorro, era presa de los sarracenos. Los cristianos fueron entregados en ella á todos los ultrajes de un odio feroz, á todas las persecuciones de un fanatismo bárbaro; y no gozaron

de alguna tregua ó descanso, sino bajo el reinado del famoso Harun-al-Raschid. Este califa, muy poderoso para ser cruel, y muy sábio para ser intolerante, permitió á los cristianos, mediante un lijero tributo, venir á visitar los lugares santos. Dícese que envió á Carlomagno las llaves del santo sepulcro. Esta prudente política estendió su fama y enriqueció sus estados. Jerusalen llegó á ser el término de los viajes relijiosos y mercantiles de los europeos, así como la Meca lo era de los peregrinos de Africa, Ejipto y Asia.

Las peregrinaciones se multiplicaron tanto mas, cuanto no se habian roto enteramente los vínculos del comercio entre la parte oriental y occidental del mundo antiguo, aun en el tiempo de las mayores persecuciones. El interés mucho mas que la gloria, supo vencer los ostáculos y arrostrar los peligros. En el reinado de Gontran eran buscados y estimados en Francia los vinos de Gaza. Las pedrerías y sedas del Asia brillaron en el tesoro de Dagoberto. Venecia, Jénova y Marsella fundaban sus riquezas y poderío en el comercio que mantenian con el Asia menor, el Ejipto y Fenicia. Sus mercaderes concurrian en gran número á las ferias de Alejandría, Bagdad y al Calvario.

Los árabes, vencedores del mundo, no tardaron en esperimentar la suerte de todos los conquistadores. La fortuna y el poder embriagaron y enmuellecieron á los califas Abasidas y Fatimitas: la ambicion de los emires atenuó la autoridad de estos monarcas, y se aprovechó de su debilidad. La tiranía, dividiéndose, fué mas insoportable: en lugar de un amo tuvieron los pueblos un gran número de déspotas; y como la crueldad es inseparable de la molicie, la sangre de los cristianos corrió á torrentes. Los jemidos de Sion resonaron en el Occidente: Pisa, Jénova, y Bozon, rey de Arlés, deseando vengar á la Europa ultrajada, y á la relijion oprimida, hicieron una espedicion contra las costas de Siria y Palestina. Parecia que los riesgos de la peregrinacion aumentaban el deseo de hacerla. Cuantos mas peligros ofrecian estos viajes, mas meritorios y gloriosos eran. La Iglesia los mandaba entonces á los pecadores como penitencia. Los crímenes cometidos en las orillas del Tajo, del Támesis, del Sena, del Rin y del Tiber, debian lavarse en las aguas del Jordan. En aquella

época los jefes de las naciones europeas eran mas bien reyes de nombre que en la realidad. Una nobleza guerrera, altiva y turbulenta habia usurpado la autoridad: cada uno de estos guerreros era señor, jeneral, juez y tirano en su territorio. Los gobiernos sin fuerza ni freno solo presentaban el triste cuadro de una anarquía feudal y bárbara, como hemos dejado espuesto en uno de nuestros capítulos anteriores. La espada juzgaba las causas: el oro absolvia del omicidio: la ignorancia cubria el Occidente de tinieblas. Casi no se conocian mas virtudes que el valor, y una devocion mas supersticiosa que moral. Solo el clero conservaba en depósito algunos vestijios de las luces de Grecia y Roma, y algunos principios de la antigua caridad cristiana; y por eso los pueblos y los reyes acudian, unos á su proteccion, otros á su influencia. Esto es lo que dió tanto poder á la Iglesia y del cual abusó tantas veces; pero tambien usó de él para reprimir las costumbres feroces de aquella nobleza altiva y belicosa.

En lugar del destierro impuso por castigo á los criminales la peregrinacion á tierra santa; y como la licencia, el orgullo y las pasiones daban lugar á que fuesen contínuos y numerosos los delitos, los mares y caminos de Asia estaban cubiertos de peregrinos. No habia crímenes que no se pudiesen espiar con este viaje, y ninguna gloria igualaba á la que se alcanzaba con esta peligrosa romería.

Los condes de Flandes, Anjú, Verdun y Barcelona, y el duque de Normandía, padre de Guillermo el Conquistador, fueron seguidos de numerosos vasallos, á llorar junto al sepulcro de Cristo los escesos de su ambicion, en los cuales volvian á caer robando y destruyéndolo todo.

En 1054 partió el obispo de Cambrai á Palestina con tres mil peregrinos. Mas tarde fueron siete mil con el arzobispo de Maguncia y otros obispos de las riberas del Rin. Estas caravanas parecian destacamentos de ejército, y sirvieron como de vanguardia á las cruzadas. Hubo en el Oriente una revolucion que aumentó las desgracias de los cristianos, el ardor de las peregrinaciones, el zelo de la fé, el odio contra los musulmanes y el temor de que sus armas volviesen á presentarse y estenderse por el Occidente.

Enflaquecido el valor de los árabes, una multitud de turcos,

scitas y tártaros, saliendo de las orillas del Oxo, fué recibida en el ejército persa y profesó la relijion de Mahoma. Togrul, su jefe, se apoderó del imperio: dueño de la monarquía de Jerjes, derribó la autoridad de los califas, y fundó la dinastía de los Seljiucidas.

Siria y Palestina, conquistadas por sus sucesores, sufrieron el poder anárquico de un gran número de sultanes y emires, que causaron mas calamidades en aquellos fértiles paises, que la oligarquía feudal en Europa. La suerte de los cristianos fué mas dura, y los peregrinos fueron ultrajados y asesinados en Jerusalen. Esta infeliz ciudad no podia esperar su salvacion de los emperadores de Constantinopla, cuya decadencia era visible: los ejércitos de los griegos afeminados tenian mas aparato que valor: habia en ellos mas bárbaros que nacionales: los soldados, enemigos de la fatiga y del trabajo, transportaban sus armas en carros pequeños. Algunos príncipes belicosos levantaban tal vez su gloria momentáneamente; pero la ambicion de los magnates no les permitia reinar largo tiempo, y en pocos años hubo once emperadores asesinados.

Enmedio de esta corrupcion de costumbres, de esta cobardía, de este refinamiento del lujo y de los vicios, «era imposible á los griegos, dice un historiador, sufrir ni buenos príncipes, ni buenas leyes.»

Los sucesores de Constantino, amenazados por los turcos y asaltados por los scitas, lejos de poder libertar á Jerusalen, pedian socorros ellos mismos para sostener su trono vacilante. Pero el socorro no podia venir sino de Occidente, en el cual, aunque habia mas valor, estaba entronizada la anarquía, y era imposible á sus príncipes intentar y continuar con regularidad grandes empresas.

Los vestijios del imperio de Carlomágno se habian borrado. En Europa solo se veian reyes sin dinero y casi sin poder, señores divididos, pueblos esclavizados, guerras sin plan, leyes sin ejecucion, conquistas sin resultado. En este caos jeneral se estimaba en nada la libertad de los hombres, y en muy poco su vida. El terror dominaba en los campos, y las ciudades no servian de asilo: se ignoraban los elementos del derecho natural y de jentes: no habia seguridad sino en los reales y en los castillos: no se estudiaba mas que la gue-

rra, ni se respetaba mas que la fuerza.

El papa, enmedio de este desórden, era el único soberano que gozaba de un poder estenso. Roma volvia á ser la capital del mundo, la Iglesia era mas venerada que la patria, y el monje Ildebrando, armado con la espada de san Pedro, declarando su autoridad universal como la Iglesia, y sosteniendo que todos los reinos formaban parte del patrimonio de la santa sede, parecia resucitar el imperio de los césares.

MISION DE PEDRO EL ERMITAÑO. — Tal era la situacion de Oriente y Occidente, cuando los lamentos de algunos peregrinos, y la predicacion de un ermitaño abortaron enmedio de este caos un volcan que arrancó á la Europa de sus cimientos, y la arrojó sobre el Asia. Ya el emperador Ducas habia implorado el socorro del Occidente contra los maometanos; pero las querellas del papa Gregorio con Alemania y Francia hicieron casi infructuosa esta primer solicitud. Sin embargo, Pisa, Jénova y otras ciudades enviaron tropas al Africa, y derrotaron un ejército de cien mil sarracenos. Víctor, que era á la sazon soberano pontífice, formó el designio de quitar el Asia á los infieles; pero un antipapa, y el emperador de Alemania, le ocuparon demasiado para pensar en llevar á ejecucion tan alto designio. En fin, esta grande empresa, cuyas consecuencias trocaron la faz del mundo, fué la obra de un simple peregrino, ó mas bien pareció serlo, porque las grandes revoluciones, que el vulgo atribuye al jenio de ciertos hombres, son el fruto de los siglos, la obra de las circunstancias; y los hombres, que pasan por ser sus autores, no hacen otra cosa que sonar la ora marcada ya por la Providencia.

Pedro, natural de Amiens, llamado vulgarmente Cucuprietro, fué soldado en su juventud, renunció á las armas, y tomó el ábito de ermitaño. Despues emprendió la peregrinacion de Jerusalen. Allí conmovido al ver las ruinas del santo sepulcro, irritado por los ultrajes que los infieles prodigaban á los cristianos, lleno de respeto al ver el rostro venerable, y las canas del patriarca Simeon, se postró umildemente á sus pies, derramando lágrimas de dolor y de indignacion. «Nuestras iniquidades, le dijo el obispo, hacen que el Señor aparte sus ojos de nosotros: Asia está en poder de los musulmanes: el Oriente es

esclavo. Cuando esté llena la medida de nuestras aflicciones, cuando Dios se apiade de nuestros infortunios, moverá los corazones de los príncipes de Occidente, y los enviará en socorro de la santa ciudad.» Estas palabras infunden en el ermitaño un entusiasmo relijioso: jura declarar á la Europa los deseos de los cristianos de Oriente. «Una noche, postrado delante del santo sepulcro, creyó ver á la Virjen aplacando la ira del Salvador, y que Jesucristo le decia: *Pedro, levántate; anuncia á tus ermanos las tribulaciones de mi pueblo; ya es tiempo de que los santos sean libres, y mis siervos socorridos.*» Pedro no vacila: se cree destinado, como Moisés, á hacer prodijios, y á mudar los corazones de los reyes. Ardiendo en zelo, atraviesa los mares, llega á Italia, se echa á los pies del papa Urbano II, y le anuncia la mision que se le ha confiado. El papa se aprovecha de esta ocasion favorable para llevar á cabo los vastos designios de Gregorio y Víctor, sus predecesores.

El ermitaño Pedro, de una figura repugnante, cubierto de arapos, caminando descalzo, y hablando con tono profético, corre la Europa autorizado por el pontífice, cuenta los infortunios del Asia, los furores de los infieles, la opresion de los cristianos, las ruinas del santo sepulcro: enardece los ánimos, conmueve los corazones, alienta el zelo, inflama la ambicion, promete la gloria del mundo y la celestial. Acostumbrados los guerreros en todos los paises cristianos á detestar, buscar y destruir á los sarracenos en España, Sicilia, Calabria y Africa, se sienten poseidos de un nuevo ardor. Un grito de lástima á los cristianos de Oriente, y de enojo contra sus perseguidores, presajia la venidera tempestad.

El mismo Alexis Comneno, imprudente en sus temores, y sin prevision en su política, escribia al papa representándole el mal estado del imperio de Oriente, y la necesidad de socorrerle. «Los sarracenos, decia, dueños en otro tiempo de Italia, toda España y la mitad de Francia, acaban de conquistar el Asia. Estan á las puertas de Constantinopla, y amenazan segunda vez á Occidente.»

A fin de empeñar á los cristianos en su defensa, se valia de todos los medios oportunos, no solo para despertar la piedad, sino tambien para mover el interés y la ambicion, y aun añaden los

latinos una cosa muy poco verosímil, y es, que para inflamar la nobleza, tan apasionada entonces al amor como á la gloria militar, presentó á su vista el cuadro de las delicias del Asia, de los placeres del Oriente, y de las ermosuras de Grecia. Solo el odio de los emperadores europeos contra Alexis pudo finjir semejante indecencia en una carta escrita por un emperador al jefe del mundo cristiano.

Lo que parece cierto es, que aflijido por los progresos de las armas turcas en Asia, escribió al pontífice que si habia de perder el imperio, le serviria de consuelo ver la Grecia libre de los feroces soldados de Mahoma, y protejida bajo el gobierno de los reyes latinos.

Urbano juntó un concilio en Plasencia (1095), y fué preciso, por el gran número de asistentes, celebrar las sesiones en el campo. La Italia, mas sábia en esta parte que otros paises, mostró en esta primera ocasion mucha lástima á las desgracias de Jerusalen; pero poca disposicion á socorrerla. Las largas y recientes guerras, sostenidas contra los sarracenos en Calabria y Sicilia, hacian conocer allí mas que en otros paises los peligros y dificultades de la empresa. Sin embargo, el ardiente Boemundo, hijo de Roberto Guiscard, y los valerosos normandos, respondian con zelo á los deseos del pontífice, no tanto por piedad como por ambicion. Boemundo, enemigo de Alexis, pensaba mas en conquistar á Bizancio que en libertar á Jerusalen.

El papa, seguro de encontrar en Francia ánimos mas fáciles de inflamar, pasó á este reino, y reunió un concilio en Clermont de Auvernia. El clero, los príncipes, los jefes y los guerreros de esta nacion ardiente, móvil y belicosa, que siempre tuvo la muerte en nada, estimó el onor sobre todo, y ha llevado sus armas á todas las partes de la tierra, se reunieron en inmensa muchedumbre á la voz del pontífice. Urbano mandó á los franceses que vengasen á Dios, que libertasen su sepulcro, que castigasen á los profanadores de la cuna de la fé, y que esterminasen á los destructores de la Iglesia. Prometió en nombre de Dios á los que se armasen para una causa tan santa, el perdon de las penas debidas á sus pecados y una eterna felicidad en el cielo. Proihibió toda guerra entre particulares durante esta sagrada espedicion, amenazó con los anatemas de la Iglesia á los perturba-

dores de la *tregua de Dios*, y puso bajo la salvaguardia de la relijion las viudas, huérfanos, mercaderes, labradores y artesanos. Así, por un estraño capricho de la suerte, la sangrienta y destructora locura de las cruzadas fué la aurora de la paz y justicia en Europa, el dique contra la anarquía feudal, la primer fuerza dada á los reyes contra los magnates, y el primer beneficio concedido al pueblo.

Pedro habló despues del pontífice. Su salvaje elocuencia muy propia de aquella época, trasportó al Asia la imajinacion de los circunstantes; vieron la relijion ultrajada, los monumentos destruidos, el sepulcro del Señor profanado, la Europa despreciada y envilecida, los peregrinos asesinados, sus esposas entregadas á la violencia de los infieles, á Antioquía conquistada, á Efeso saqueada, á Nicéa sometida, á los bárbaros hijos de Mahoma prontos á pasar de Constantinopla y á lanzarse como un torrente sobre Ungría, Alemania y acaso sobre los paises que yacen al Occidente del Rin.

Despertando entonces memorias amadas de los franceses, recuerda la gloria de Poitiers, las azañas de Roncesvalles: las sombras de Cárlos Martel y Carlomagno, evocadas por el ermitaño, parecen estar presentes, y mandar por su voz á los franceses que defiendan la Europa, venguen el Asia y socorran á la santa ciudad. Hablando al mismo tiempo á la ambicion que á la piedad, describe el Asia con los mismos colores que Moisés la tierra de promision, cuando la presentaba como premio del valor israelita.

En fin, para dar á su voz una fuerza divina, concluye su discurso con estas palabras de la Escritura: «El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí. El que abandone por mí su casa, padre, hijo, familia y eredad, será recompensado al céntuplo, y poseerá la vida eterna.»

A estas mal interpretadas palabras es universal el entusiasmo: todos los guerreros sacan la espada: el pueblo todo se levanta y grita: «DIOS LO QUIERE! DIOS LO QUIERE!» — «Sí, dijo entonces el pontífice, esas palabras serán vuestro clamor de batalla. El mismo Jesus sale del sepulcro, y os presenta la cruz por mi mano, signo de reunion para los hijos dispersos de Israel; palma del martirio y prenda de la victoria: ella os recordará sin

cesar que Dios murió por vosotros, y que vosotros debeis morir por él.»

PRIMERA CRUZADA. — Las llanuras, bosques y montañas resuenan con vivas aclamaciones. Destrozan inmensa cantidad de telas encarnadas, forman cruces y se las ponen al pecho llamándose cruzados. La cruz roja dispensó de toda penitencia; pero una vez tomada, obligaba á partir so pena de escomunion. Los franceses se cruzan y se arman: los demás pueblos siguen su ejemplo: toda la Europa jura hacer triunfar el Evanjelio y esterminar á los musulmanes. Desde este momento se repite el grito de guerra en todo Occidente: parece que los cristianos no conocen otra patria que la tierra santa. Conducidos por motivos diversos, todos se dirijen al mismo fin, y en esta multitud inumerable de cruzados, movidos unos por el fanatismo, otros por la ambicion, y la mayor parte por el deseo de la licencia y el pillaje, se notaba el mismo ardor, el mismo denuedo y puede decirse el mismo delirio.

El ejemplo de los cristianos normandos que habian adquirido tanta gloria y fortuna por su osadía, y conquistado con sus espadas provincias, ciudades y tronos, inflamaba el valor y la esperanza de un gran número de aventureros.

Los que nada poseian, que eran los mas, ó se hallaban oprimidos de deudas, corrian á buscar fortuna en Oriente: los hombres manchados de crímenes compraban la impunidad armándose para vengar á la Iglesia, y creian escapar á su conciencia y á las leyes, tomando la cruz que todo, decian, lo espiaba y purificaba.

En fin, los sacerdotes, con cuya funesta influencia se aumentaba este armamento, prodigaban las promesas y multiplicaban las supercherias milagrosas para deslumbrar y arrastrar los ánimos. Los reyes, con la esperanza de lograr mas seguridad, alejando de sí sus potentes vasallos y su turbulenta nobleza, animaron por todos los medios que podian aquella despreciable locura. En este levantamiento de Europa algunos jefes y príncipes virtuosos, como Raimundo, conde de Tolosa, y Godofredo, duque de Bouillon, siguieron en sus vastos designios los impulsos de un fervor sincero, la voz de una piedad jenerosa y los consejos de una prudente política. Pero fueron en

pequeño número. Su objeto verdadero era socorrer á los cristianos oprimidos, librar el imperio de Oriente, y oponer un dique al furor belicoso y fanático de los musulmanes, cuya cimitarra habia amenazado recientemente á la Europa con su total ruina. Solo estos condujeron la empresa con método y sabiduría; y á su prudente valor y á su política leal debió la primer cruzada sus triunfos y su gloria. Los demás corrieron y asolaron las tierras, y pasaron y desaparecieron con la rapidez de un torrente.

Las primeras cuadrillas que se armaron y partieron, eran por decirlo asi, la vanguardia de las cruzadas. Componiánse de lo mas soez del populacho, de asesinos escapados de las cárceles, de jóvenes disolutos y oprimidos de deudas, de aventureros deseosos de botin y pillaje, de frailes fanáticos, de mujeres perdidas, de muchachos sin familia, y de la escoria de todas las naciones. A este tropel indecente y perdido se reducia la cohorte que iba á vengar los ultrajes de los hijos del Coran.

El ermitaño Pedro, con todos los arranques de un energúmeno, se puso al frente de esta chusma de bandidos, llevando por lugarteniente á un aventurero francés, que por ser un verdadero *Sanculote*, le apellidaron *Sans Argent*, sin dinero.

Este ejército andrajoso, mezclando ridículamente la prostitucion á la devocion y la crueldad al fanatismo, atravesó la Alemania y llegó á Ungria. El rey Caloman los recibió; pero como el gobernador de Belgrado les daba con economía las subsistencias necesarias, se derramaron por los campos, robaron las aldeas y destruyeron los rebaños. Entonces cayeron sobre ellos ciento cuarenta mil búlgaros, é hicieron espantosa y merecida carnicería. Las reliquias de este primer cuerpo, que marchaba á las órdenes de Gautier, protejidas y recojidas por Nicetas, gobernador de Bulgaria, llegaron finalmente á Constantinopla. Poco despues llegó el ermitaño Pedro con el resto del ejército á la embocadura del Savo, y vió los cadáveres de algunos cruzados de su vanguardia, puestos en orcas. A este espectáculo se enfurecen los peregrinos guerreros: Burel de Estampes, caballero francés, los escita á la venganza, y toma por asalto una pequeña ciudad cercana á Belgrado. Pedro, olvidando como jeneral la caridad

que habia predicado como ermitaño, mandó saquear la plaza, y fueron muertos cuatro mil úngaros;—el ermitaño los mandó colgar, y siguió su camino.

Los úngaros se arman y maltratan su retaguardia, los desórdenes se renuevan y producen un castigo merecido. Los búlgaros acuden en gran número á pelear con los cruzados, triunfan con facilidad de su indisciplinado valor, los destrozan, se apoderan de sus bienes, y hacen prisioneras sus mujeres.

Pedro puso pies en polvorosa con quinientos hombres, y cuando se le juntaron todos los que habian escapado de la matanza, reconoció que habia perdido cien mil de su jente.

El emperador, informado por Nicetas de estos sucesos, escribió al ermitaño una carta de reprension, le proibió detenerse mas de tres dias en un lugar, y mandó al comandante de sus tropas que vijilase la conducta de los cruzados al mismo tiempo que les diese subsistencias.

Reunióse Pedro con Gautier, y pasó al palacio del emperador. La corta estatura, el asqueroso vestido y la innoble facha del jeneral ermitaño escitaron al príncipio sorpresa y menosprecio en la corte de Oriente; pero apenas le oyeron hablar, el fuego de sus miradas, su ardiente zelo y la veemencia de su discurso hicieron grande impresion en los griegos fanáticos, y trocóse el desden en respeto. El ermitaño dijo al emperador que un gran número de príncipes, obispos, duques, condes y guerreros de Occidente le seguian con el designio de quitar el santo sepulcro á los infieles.

Esta noticia infundió en los griegos mas temor que esperanza; porque no podian ver sin espanto caer sobre el imperio una multitud tan crecida de guerreros ambiciosos y famélicos, «cuyo número, dice Ana Comneno, era tan dificil contar, como las ojas de las selvas, las arenas del mar y las estrellas del firmamento.»

Alexis aconsejó al príncipio al ermitaño que esperase á sus compañeros antes de entrar en campaña; mas no tardó en conocer cuán peligroso era tener en su casa semejantes huéspedes. Ignorantes de toda disciplina, de toda ley, robaban los campos, quemaban las casas de placer en el nombre de la cruz, saqueaban las iglesias y asolaban las cercanías de la capital.

Alexis comenzó entónces á te-

mer el funesto socorro que tan imprudentemente pidiera. Al mismo tiempo el papa le escribió que los príncipes mas valerosos de Europa, marchaban al Oriente con trescientos mil soldados, ya alistados y apercibidos. Esta noticia le hizo temblar: previó que los cristianos le pondrian en mayor peligro que los turcos, y desde entonces resolvió defenderse de los primeros con la astucia, y de los segundos con las armas. De aquí proviene la diferencia de los dos retratos que la historia ha hecho de este príncipe, siendo celebrado en Oriente como guerrero intrépido, ábil capitan, monarca justo y jeneroso, y denostado en Occidente como guerrero tímido, príncipe débil, político falso y pérfido aliado.

Con el designio de estinguir el incendio maometano que consumia algunas de sus ciudades, habia llamado sin prevision un torrente europeo que iba á inundar y destruir el imperio. El único medio que le quedaba para librarse de tan gran peligro, era dividir la masa de los cruzados y enviar sucesivamente al Asia sus diversas columnas conforme llegasen á la capital. Su primer cuidado fué libertarse de la multitud inquieta que estaba á las órdenes del ermitaño. Hízola pasar á Nicomedia, y de allí al puerto de Ciboto, donde habia algunos ingleses que uian de la tiranía de los normandos, conquistadores de su patria.

Apenas llegaron al Asia Pedro y Gautier, cuando sin hacer caso de los griegos esperimentados que les aconsejaban esperar refuerzos antes de combatir, marchando sin órden ni prudencia, llegaron al territorio de Nicea. Su vanguardia fué derrotada por los turcos, y Reinaldo que la mandaba, se hizo musulman para evitar la muerte.

Soliman llegó con su ejército: Gautier le dió batalla, y la perdió con muerte de veinticinco mil hombres que tenia: solo trescientos franceses pudieron abrirse paso, y llegar á una fortaleza que les sirvió de asilo. Pedro uyó á Constantinopla, y Alexis no se aflijió por la ruina de unas tropas que se habian portado mas bien como bandidos que como soldados.

Un ejército de cruzados alemanes habia seguido al de Pedro. Apenas empezaron su camino, se entregaron á todos los escesos mas vergonzosos con las mujeres que llevaban: los bávares los sorprendieron cuando

estaban embriagados, y los desarmaron y degollaron.

Otros cien mil cruzados franceses, ingleses, loreneses y flamencos, comenzaron á manifestar su estúpido fervor matando á todos los judios que abitaban en las ciudades del Rin. Enmedio de esta multitud de furiosos, solo el obispo de Worms mostró umanidad, y libertó de su rabia muchas víctimas.

Caloman, rey de Ungría, indignado de los crímenes que cometian estos miserables, les cerró las puertas de Belgrado. Quisieron romperlas; pero los úngaros se arrojaron sobre ellos, y los dispersaron y destruyeron tan completamente, que el conde Emicon, su comandante, se escapó casi solo. Estos locos furiosos habian tomado por guias para su peregrinacion una cabra y un ánsar, creyendo á estos animales dotados de espíritu divino. Así perecieron las primeras cuadrillas fanáticas, que ascendian casi á trescientos mil hombres. Solo se dieron á conocer por sus estravagancias y delitos, y por la violencia de su irrupcion, que pasó con mas rapidez que una tempestad.

Este primer desagüe de un fanatismo sin relijion, de una licencia sin freno, hizo tan despreciable aquel populacho vagamundo, que ni aun el esceso de sus desgracias escitó la piedad; y, cosa orrible de decir, trescientos mil hombres perecieron sin ser llorados.

La historia misma escluye su desastrosa espedicion del número de las cruzadas, y no empezó á dar este nombre sino al primer ejército arreglado que atravesó la Europa, bajo las órdenes de Godofredo de Bouillon, duque de la baja Lorena, y descendiente por hembras de Carlomagno.

Este ilustre guerrero, sincero en su fervor, puro en su fé, intrépido, prudente, firme, modesto, virtuoso y liberal, causaba respeto por su cordura á la nobleza ardiente que marchaba á sus órdenes, y escitaba el temor al mismo tiempo que la admiracion de los enemigos por la fuerza de su brazo y sus prodijiosas azañas. Godofredo fué un éroe histórico que parece pertenecer á la fábula. Merecia haber sido descrito por Plutarco, pero acaso no hubiera adquirido tanto renombre como le ha dado el poeta laureado de Sorrento, el Tasso, con sus ermosos versos de la GIERUSALEMME LIBERATA.

Animado por el ardiente deseo de vengar á los cristianos o-

primidos, de salvar el imperio de Constantinopla, y de oponer una barrera á las conquistas amenazadoras de los sarracenos, vendió su ducado para pagar las tropas. Su ejemplo escitó la emulacion: de todas partes acudieron á sus banderas nobles caballeros, que se despojaban como él de sus bienes, sacrificaban sus tierras por seguirle, ó vendian á los pueblos una libertad, que en aquel siglo no habia ilustracion para reclamar, ni fuerza para conquistar, ni jenerosidad para dar.

Sus ermanos Eustaquio de Boloña y Balduino, diez mil caballeros y setenta mil infantes aguerridos partieron de Francia, bajo las órdenes de Godofredo, el 10 de agosto de 1095. Llevaban por adalides la flor de la nobleza de Lorena, Alemania y Francia. Este ejército, cuyo designio era conquistar y no destruir, atravesó pacíficamente la Alemania. Caloman, rey de Ungria, concluyó con Godofredo un tratado, que se ejecutó por ambas partes de buena fé, y cuando los cruzados llegaron á Neisa, hallaron víveres en abundancia. Entretanto la marcha de este ejército, mas respetable porque estaba mas arreglado, inspiraba inquietud á Alexis: ya no temia la licencia y el pillaje como en la primera espedicion, sino la ambicion europea. Sobre un trono socavado por el tiempo, asaltado por los bárbaros y conmovido por los turcos, veia caer en sus estados lejiones numerosas y valientes, mandadas por capitanes ganosos de conquistas.

Supo que cuando Godofredo al frente de su ejército estaba ya acampado junto á Filipópolis, se preparaban otras tropas, tambien numerosas, en el mediodia de Francia á las órdenes de Raimundo, conde de Tolosa; y su temor llegó al estremo cuando supo que Hugo, conde de Vermandes y ermano del rey Felipe I; Roberto, conde de Flandes; Estevan, conde de Blois, y un gran número de príncipes, condes y duques, seguidos de sus vasallos, pasaban á Italia para embarcarse en Grecia, y habian de reunir sus armas con las del príncipe de Tarento; de aquel Boemundo, hijo de Roberto Guiscard, su antiguo é implacable enemigo. No ignoraba que este príncipe, ambicioso, altanero, falso, intrépido y elocuente, aspiraba al trono de Constantinopla, y se habia cruzado mas bien contra él que contra los sarracenos.

No pudiendo resistir con la fuerza á esta tempestad, procuró conjurarla con la astucia; y por mas censurado que haya sido por los escritores occidentales, siempre será verdad que ningun monarca se halló en circunstancias mas críticas, ni supo salvarse con mas prudencia y moderacion.

Su primer cuidado fué tomar reenes contra las intenciones ostiles de Boemundo. Proporcionóselo la impaciencia de los franceses. Hugo el Grande, ermano del rey Felipe, demasiado ardiente para esperar á los otros cruzados, é incapaz de recelar ninguna asechanza, se embarcó con un corto número de oficiales. Arribó á Durazo, y se le recibió con respeto; pero fué arrestado y conducido á Constantinopla.

Acampado Godofredo cerca de Andrinópoli, supo este suceso, y reclamó la libertad del conde de Vermandes. Alexis le retuvo como garantía contra la repeticion de los desórdenes cometidos por los primeros cruzados. Declaróse la guerra, y el ejército de Godofredo asoló las cercanías de Selimbria. Despues de varios combates poco decisivos, el emperador prometió la libertad de los reenes; la guerra cesa y los cruzados se acampan á la vista de Constantinopla.

Desde entonces los dos pueblos, divididos como sus Iglesias, vivieron en desconfianza recíproca y casi contínua. Habiendo Alexis convidado á Godofredo á una conferencia, este la reusó temeroso de las perfidias de una corte, en que el ábito de las revoluciones habia hecho el veneno y el puñal familiares á la política.

Las negociaciones fueron largas y difíciles: los cruzados querian dejar en Tracia una parte de sus tropas, mientras otra peleaba en Asia: querian ser dueños de las tierras que conquistasen, y erijirse en soberanos de las ciudades y provincias que tomasen á los sarracenos. Alexis, por el contrario, ecsijia que evacuasen el territorio cercano á su capital, que pasasen todos sucesivamente al Asia, y que sirviesen bajo sus órdenes como ausiliares, con solo el noble objeto de vengar la relijion, libertar el imperio y restituirle las provincias usurpadas por los infieles; en fin, que si en premio de sus servicios les concedia tierras en Oriente, las poseyesen como vasallos del imperio.

Los cruzados fundaban sus pretensiones en el número y fuerza de sus armas. Alexis, para defenderse, les negaba navíos en que pasar al Asia, y víveres para subsistir en ella. Las dificultades se prolongaron, y la guerra volvió á encenderse. Godofredo quemó varios palacios, se apoderó del puente de Blaquernas, y atacó al ejército griego que se defendió con valor. Entonces entraba ya por Macedonia el impetuoso Boemundo, ecsortaba en sus cartas á Godofredo á que no diese oidos á ninguna proposicion de paz, sino que le aguardase y tomasen entre los dos á Constantinopla. El capitan de los cruzados, mas justo que el príncipe de Tarento, le respondió que habiéndose armado solo en defensa de la relijion y para la libertad de Jerusalen, no queria hacer otras conquistas, y que deseaba sinceramente ganar la amistad del emperador para asegurar y concluir mas pronto la santa empresa.

Alexis supo esta respuesta, cuya lealtad disipó sus temores: obligado á reconciliarse con Godofredo, le envió en reenes á su hijo: este allanó todos los ostáculos, y se celebró el tratado. El orgullo francés hizo un sacrificio á la vanidad Oriental. Godofredo, acompañado de los principales de su ejército, entró en Constantinopla y fué á palacio. Tanto él como los señores incaron la rodilla, besaron los pies del emperador y le ofrecieron fé y omenaje. Entonces Alexis, presentando al jefe de los cruzados los ornamentos imperiales, le dijo: «Yo sé que eres »grande en tu pais; y como tam»bien sé que tu rectitud y sin»ceridad igualan á tu poder, »confio á tu prudencia no solo »la defensa de mi imperio con»tra los infieles, sino tambien »contra esta multitud de es»tranjeros que llegan de todas »partes. Recibe estos ornamen»tos: los mereces, y te adopto »por hijo mio.»

Desde este momento quedó restablecida la concordia. El tratado de paz no contenia mas que dos artículos. Alexis prometia á los cruzados darles víveres, protejerlos y unir sus tropas con las europeas, y los príncipes por su parte juraban fidelidad al emperador, darle las ciudades que conquistasen en Asia, y fé y omenaje por las tierras que les permitiese poseer. Como la prudencia y vigor de Godofredo no podia impedir que un ejército tan numeroso y com-

puesto de tantos pueblos diferentes cometiese algunos desórdenes, Alexis instó á que partiesen los cruzados: pasaron pues al Asia, y se acamparon en Calcedonia. Entretanto Boemundo, príncipe de Tarento, justo terror de Alexis, y bastante famoso en Grecia por las batallas de Arta y Janina, en que su padre y él habian vencido al emperador, llegaba con una numerosa infanteria y diez mil jinetes, entre ellos el valiente Tancredo, que segun los historiadores de aquella época valia por un ejército.

El nombre de Boemundo derramaba el espanto en el imperio: sus tropas cometian en la marcha los escesos que solo autoriza la guerra: el ejército griego que le observaba costeando sus flancos, cojió á algunos merodeadores. Tancredo al frente de mil jinetes acomete á los griegos y hace algunos prisioneros: estos declaran que habian ostilizado á los normandos de órden del emperador. Entonces todos los cruzados piden la guerra á gritos: Boemundo mitiga su ira, disimula su propio resentimiento, da libertad á los prisioneros, se acerca á la capital, la amenaza, reusa una conferencia, declara que no hará un juramento tan ofensivo para él, y se dispone á sitiar á Constantinopla.

El virtuoso Godofredo, informado de estos sucesos, y que no deseaba sino mantener paz entre los cristianos para acelerar la guerra contra los infieles, atraviesa el Bósforo, y con la fuerza de su prudencia y de su autoridad doblega la altivez de Boemundo. Este príncipe ambicioso cede, sigue el ejemplo de los demás cruzados, y jura fé y omenaje al emperador.

Alexis le recibió con magnificencia: hubo palabras de amistad, y odio en los corazones. El lujo, las artes y la industria de los orientales sorprendian á los latinos sin admirarlos; porque despreciaban la falsedad, afectacion, vicios y molicie de los griegos. Los príncipes de Italia, Francia y Alemania, casi todos soberanos en sus señoríos, iguales entre sí y émulos de los reyes, miraban con desden el despotismo de los emperadores de Oriente y la servilidad de sus cortesanos. Los griegos por su parte, ofendidos de las costumbres feroces, carácter altanero y grosería de los guerreros de Occidente, los trataban de bárbaros, y no los aborrecian menos que á los turcos.

Enmedio de la ceremonia en que los príncipes hicieron omenaje al emperador, Roberto de París, jóven caballero francés, indignado del fausto orgulloso y de la etiqueta oriental, se arroja al trono de Alexis, y se sienta á su lado. Balduino le obligó á bajar, diciéndole que era preciso acomodarse á los usos del pais en que estaba. «¿Cómo puede sufrirse, dijo Roberto, que un animal esté sentado, cuando están en pie tan grandes capitanes?» El emperador, acostumbrado á finjir, preguntó al francés con serenidad cuál era su nombre y su clase. «Yo soy, respondió el caballero, noble y de antigua familia: hay cerca de mi castillo una iglesia donde deben ir todos los que quieran pelear y hacerse ilustres por alguna azaña: he estado allí mucho tiempo sin que nadie se haya atrevido á combatir contra mí.» Alexis se sonrió de esta arrogancia: advirtió al francés los peligros á que le espondria su imprudencia, y le predijo que todos los que se separasen temerariamente de las columnas cristianas, ya adelante, ya en la retaguardia, caerian sin remedio bajo la cimitarra de los infieles. Tancredo y su amigo Ricardo, menos violentos, pero tan orgullosos como el jóven de París, reusaron como Boemundo someterse al juramento que los umillaba: salieron sin órden de la corte y pasaron al Asia.

Boemundo halló en su alojamiento puestas las mesas y preparado un gran banquete, y además mucha carne sin guisar: el suspicaz normando no comió del banquete, sino de lo que guisaron sus criados; y manifestó grande admiracion cuando supo que las personas de su comitiva habian comido sin inconveniente de los manjares que se les sirvieron. Alexis, previendo tan injusta sospecha, habia dispuesto el desengaño.

Al dia siguiente, cuando el príncipe de Tarento atravesaba por el palacio, se le mostró un gabinete lleno de oro, plata, joyas, diamantes y telas preciosas. El príncipe, sorprendido de esta magnificencia, esclamó: «A ser mias estas riquezas, hubiera yo conquistado un reino.» «Tuyas son,» le dijo un ministro del emperador, y mandó que las llevasen á su alojamiento. Boemundo las reusó al principio; pero despues de una corta lucha entre la avaricia y el orgullo, las aceptó.

Disputas relijiosas. — Los

sacerdotes de las dos naciones, cuyo deber hubiera sido despertar entre ellas el espíritu de paz y caridad que recomienda el Evanjelio, aumentaban las dificultades y embarazos: los patriarcas no querian reconocer la supremacía de los papas; los latinos odiaban á los sacerdotes griegos como erejes; y los orientales, como se ve por la narracion de Ana Comneno, no podian soportar el jenio turbulento y belicoso del clero latino. «Nuestros sacerdotes, dice esta princesa, no se ocupan sino de la oracion, ni miran mas que al cielo, mientras que los monjes, los abades y los obispos de Occidente codician los bienes y las grandezas de la tierra, abandonan las iglesias por las tiendas de campaña, el báculo por la espada, y pelean como soldados feroces.»

Si esta censura era justa, se podian hacer otras tan fundadas á los sacerdotes de Oriente, quienes desonraban la iglesia con sus eternas disputas, con sus pueriles sutilezas, y cada dia espesaban las tinieblas que cubrian la antigua patria de las letras y de las ciencias. «Cuando pienso, dice Montesquieu, en la ignorancia profunda en que el clero griego sumió á los seglares, no puedo menos que compararlos á los scitas, de que habla Herodoto, que sacaban los ojos á sus esclavos para que nada los distrajese de la operacion de batir la leche.»

Dos pueblos tan divididos en conciencias, leyes, costumbres y política no podian vivir largo tiempo en amistad. Alexis se apresuró á disponer que pasasen al Asia sus importunos huéspedes.

El torrente europeo continuaba, y llegaron nuevos enjambres de cruzados: primero el conde de Flandes, antiguo amigo de Alexis, y despues el duque de Normandía con los condes de Blois y Boloña: sus huestes conducidas por jefes ábiles no hicieron daño alguno, y estos príncipes prestaron el juramento sin dificultad. Sin embargo, el emperador, temiendo las grandes reuniones, tan difíciles de contener como de alimentar, los envió al Asia con prontitud. En fin, el mas poderoso de los cruzados y el que primero arboló el estandarte de la cruz, salió de Francia el último al frente de cien mil hombres: este era el famoso Raimundo, conde de Tolosa, tan valiente y virtuoso como Godofredo. Este príncipe relijioso, armándose

por la Iglesia, no previa que aquella Iglesia misma, proscribiria muy pronto á su familia, y que muchos de sus detestables ministros predicarian fanáticos una nueva cruzada contra sus descendientes.

A pesar de las cartas pacíficas de Alexis y la prudencia de Raimundo, el viaje de este príncipe fué una guerra contínua contra los comanos, uros, búlgaros y patzinaces, que estaban cansados de ver tantos estranjeros pasar por sus tierras. Cuando el conde de Tolosa llegó á Constantinopla, y se le habló del omenaje que debia prestar, respondió: «No he venido á Oriente á buscar un señor. Si el emperador junta sus tropas á las de los cruzados, y pelea al frente de ellos, le obedeceré como á jeneral mio; pero nunca como á soberano.»

Esta firmeza que podia arruinar todo el edificio de Alexis, y resucitar las pretensiones de los otros príncipes tan dificilmente acalladas, escitó temor y enojo en el ánimo del emperador. Al dia siguiente por la noche acometió de improviso los reales de Raimundo, que á pesar de su fuerte resistencia perdió mucha jente. Los cruzados, desanimados por este revés, querian partir; pero Alexis les negó víveres y navíos.

Godofredo y Boemundo acudieron para hacer la paz: la entereza fué mas pertinaz que el orgullo, y Raimundo no quiso hacer mas juramento que el de no emprender nada contra la vida ó el onor de Alexis, mientras cumpliese este príncipe lo que prometió á los cruzados.

El emperador griego, obligado á contentarse con este juramento, mostró á Raimundo mas respeto y consideracion que á los otros príncipes; y el conde de Tolosa, que era tan franco como altivo, fué entre todos los príncipes cruzados el que cumplió mejor sus promesas.

Marcha de los cruzados sobre Nicea. — Habiendo llegado en fin al Asia todas las fuerzas de los latinos, se pusieron en marcha para sitiar á Nicea. No creyendo Alexis ni prudente ni decoroso presentarse con un ejército menos considerable que el de sus aliados, se contentó con enviar un cuerpo de tropas á las órdenes de su lugarteniente Taticio. Este jeneral era universalmente estimado en el imperio, por haberle defendido con gloria en el Asia contra los infieles, en Iliria contra los normandos, y en Tracia contra los

bárbaros. Sin embargo, los historiadores europeos de la primer cruzada le tachan de cobarde y traidor.

En vano se busca la verdad en los escritos de los historiadores de esta grande época; su imajinacion ecsaltada por su fanatismo, por el movimiento rápido que precipitaba la Europa sobre el Asia, por la grandeza colosal de una empresa caballeresca y casi fabulosa, ecsajera las azañas de los cruzados, oculta sus faltas, y pinta á sus enemigos con los colores mas odiosos. Pero á pesar de estos panejíricos y sátiras, el candor grosero de las costumbres del tiempo hace que confiesen los vicios de muchos aventureros peregrinos; y varios hechos, imposibles de disimular, prueban que en el ejército de los latinos, justamente famoso por los prodijios de valor que hizo, habia mas licencia, barbárie, disolucion, perfidia y aun crímenes que en los ejércitos griegos, donde se conservaban todavía algunos vestijios de la disciplina romana.

Aquella muchedumbre de guerreros sin regla, sin leyes, sin señores, impelidos por un ciego y estúpido fanatismo, inflamados por un deseo desordenado de aventuras, conquistas y riquezas, presenta el cuadro de una república feudal, militar y anárquica.

Cada cual creyó ver sus vicios borrados y aun santificados por la cruz que le cubria; y esto es lo que hizo que si la empresa tenia algo de justa en su principio y de gloriosa en su objeto, fuese una de las locuras mas desastrosas y uno de los azotes mas espantosos que hasta entonces habian desolado la tierra.

Aunque el ejército de los cruzados constaba entonces de quinientos mil hombres, y tenia á su disposicion, por mandado de Alexis, todas las máquinas de guerra inventadas por la industria de los griegos, el sitio de Nicea fué largo y sangriento, por la fortaleza de la ciudad y el valor de sus defensores. Soliman, previendo la rendicion, salió á buscar socorros, y volvió con un ejército mandado por el sultan Kilidge Arslan.

Los cristianos y musulmanes, en presencia unos de otros, se contemplaron por mucho tiempo con recíproca admiracion. Los turcos que acababan de bajar de las riberas del Oxo, famosos ya por grandes conquistas, y los francos que venian desde la cima del Alpe y del Pirineo, y desde las playas del Océano,

eran los unos para los otros el espectáculo mas nuevo y estraordinario. Los cristianos veian con sorpresa cubierta la llanura de inmenso número de jinetes musulmanes, montados en los rápidos caballos de Persia y Arabia, sus anchas y centelleantes cimitarras, los jaeces de oro y plata, los colores variados de sus trajes de seda, que ondeaban en el aire, y de sus turbantes adornados con garzotas magníficas. Los turcos por su parte admiraban los escuadrones densos de los guerreros franceses, y sus caballos armados de piezas de hierro. Los cuerpos de estos guerreros estaban revestides de lorigas, túnica casi impenetrable, compuesta de anillos de acero, sobre los cuales ondeaban ricas bandas. Yelmos de plata cubrian las cabezas de los jefes, de hierro las de los soldados; unos tenian arcos y ondas: otros largas lanzas, espadas cortas y mazas pesadísimas: su última defensa era un puñal en el cinto.

Orijen del blason y de los escudos de armas.—Todos estos batallones cristianos de paises tan diversos y cubiertos de armas semejantes, habian dibujado en sus estandartes y escudos, para distinguirse y conocerse, mil figuras, signos y emblemas de colores mezclados y de varias formas que designaban el señor, cuya bandera seguia cada uno. Este fué el orijen de las armas y blasones, cuyo arte, inventado por la necesidad, perfeccionado por el orgullo, prodigado despues por la vanidad mas imbécil, y casi destruido por la igualdad, ha quedado solo para alimentar la estupidez de la aristocracia; de esa ralea enferma y altanera que se mantiene en la crápula y en la molicie con el sudor del pobre; que parapetada entre sus roidos pergaminos, aun pretende hacer la guerra al pensamiento y revelarse contra los progresos de la LIBERTAD, de esa libertad que va dando la vuelta al mundo, y que acabará un dia con sus injustas prerogativas y con la posesion de sus mal adquiridas riquezas; porque apenas hay un grande que no lo sea á costa de la sangre del pueblo y de haber ejercido en él la tiranía mas odiosa. El pueblo ha conocido ya que *un título no es sino un apodo, una condecoracion un juguete y los blasones un dibujo.*

Todo formaba en los dos ejércitos el mas singular contraste. Relijion, costumbres, opiniones, táctica, todo era diferente y ca-

si opuesto. La única semejanza que habia entre aquellas dos masas terribles, era el fervor del fanatismo y un odio implacable. La primer batalla que se dió entre los éroes de Oriente y Occidente, fué larga y terrible: duró dos dias. Godofredo, Raimundo, Boemundo y los dos Robertos, inmortalizaron su valor con azañas maravillosas. La victoria quedó por los cristianos: el sultan se vió obligado á uir, y los cruzados enviaron á Alexis mil cabezas de sarracenos, primer tributo digno de aquel siglo.

A pesar de esta derrota, la guarnicion, favorecida por los abitantes de Nicea, continuaba defendiéndose, y en sus frecuentes salidas destrozaba las obras de los cristianos. Despues de muchos asaltos sangrientos, la muralla caida abrió una larga brecha á los cruzados; pero con gran sorpresa suya vieron detrás de ella un nüevo muro que habian levantado los de la plaza. Un gran lago impedia rodear enteramente la ciudad, que por esta causa recibia con frecuencia víveres y refuerzos. El emperador hizo construir una escuadrilla que privó á los sitiados de todo socorro.

Nicea era plaza demasiado importante y vecina á la capital para que Alexis la dejase en poder de sus ambiciosos aliados; y para quitársela, cuando la falta de víveres anunció la época de su rendicion, hizo entrar en ella á Batumeto, que tenia intelijencia con los turcos: el cual, con las promesas que les hizo, los persuadió á rendirse á él; y cuando los latinos marchaban á banderas desplegadas á dar el último asalto, como á un triunfo cierto, vieron con tanto despecho como sorpresa ondear el estandarte del imperio en las murallas de Nicea.

Obligados á renunciar á esta conquista, se dividen en dos columnas y penetran en Asia. Llegando á Frijia, su primer division fué acometida cerca de Dorileo por una nube de sarracenos, y se halló cercada por todas partes. En vano Boemundo se escedió á sí mismo en esta jornada: la superioridad de la caballería turca triunfó del valor de los cristianos. Boemundo fué derribado, é iba á perecer: el valiente Tancredo le salvó la vida poniéndose entre él y los enemigos. Mientras los caballeros, ostigados y debilitados por la gran pérdida, peleaban con el valor de la desesperacion, un destacamento numeroso de tur-

cos penetró en los reales. Alberto de Aix, actor y testigo de esta batalla, dice: «Las señoras, viéndose abandonadas de sus defensores, olvidaron un poco su fé; y reducidas á las armas propias del secso, se adornaron muy cuidadosamente para templar con su ermosura el furor de los musulmanes.»

Entretanto los cristianos, cubiertos de eridas y oprimidos del cansancio, iban no á rendirse, sino á morir, cuando de improviso llegan Godofredo y Raimundo al frente de la segunda columna. Renuévase el combate: los vencidos cobran vigor con la esperanza: los infieles se desalientan: todos los cruzados al grito de *Dios lo quiere*, se arrojan sobre los sarracenos. Godofredo, Raimundo, Hugo y Tancredo desordenan las filas de los maometanos: el obispo Adhemar, á la cabeza de un cuerpo de caballería, rodeó al enemigo: la retirada de los turcos se trueca en derrota, y el combate en matanza. En fin, los infieles uyen dejando en el campo de batalla muchos emires, veinte mil soldados y tres mil oficiales. Los cruzados no perdieron mas de cuatro mil hombres.

Dueños de los reales de los turcos, hallaron en ellos víveres en abundancia é inmensas riquezas. El ejército cristiano hacia resonar los aires con una mezcla estravagante y ridícula de himnos relijiosos, cantos de guerra y gritos de victoria; los unos se entregaban á la fornicacion con la inumerable multitud de mujerzuelas que seguian al santo ejército; otros oraban y robaban; y la mayor parte en su alegría desordenada levantaban en las puntas de sus lanzas los turbantes, y cubrian sus armas con los vestidos de los maometanos.

Los turcos, no esperando despues de su derrota vencer á los cristianos por fuerza de armas, quisieron domarlos con el ambre, y talaron y dejaron desierto todo el pais hasta el monte Tauro. Los cruzados al salir de Frijia tomaron el camino de Antioquía. Ningun ostáculo detuvo su marcha; pero una espantosa escasez, enemigo mas cruel que los turcos, triunfaba de ellos orriblemente: en un solo dia murieron de ambre quinientos hombres. En esta marcha fué Godofredo acometido de un enorme oso: el éroe derribó á la fiera; pero fué llevado á su alojamiento casi espirando. Aquella multitud de príncipes, duques, condes y señores era ar-

to indisciplinada para marchar largo tiempo reunida. La ambicion los dividió: Tancredo y Boemundo se separaron de Godofredo, entraron en Cilicia y tomaron por asalto la ciudad de Tarso. Balduino, que deseaba esta conquista, vino á quitársela con un cuerpo numeroso; de lo que se orijinaron grandes odios y querellas interminables. El ambicioso Balduino, despreciando las órdenes de su ermano y jeneral, jefe de los cruzados, pasó á Armenia seguido de sus vasallos, atravesó el Eufrates, y llegó á Edesa. Esta ciudad, aunque rodeada de estados musulmanes, era cristiana: un griego llamado Teodoro, primero gobernador y despues príncipe de Edesa, la defendia con valor de mucho tiempo antes contra los sarracenos, y tuvo la llegada de los cruzados por socorro enviado del cielo. Al ver la cruz salió sin desconfianza, recibió onoríficamente á los franceses, y aun adoptó á Balduino por hijo y sucesor. Mas este ingrato se valió de sus mismos beneficios para perderle: los abitantes, engañados y sublevados por él, se armaron contra Teodoro y le degollaron. De este modo logró Balduino el principado de Edesa; y la primera soberanía fundada por un cruzado en Oriente, se debió á un asesinato.

Sitio de Antioquía por los cruzados. — (1097) El ejército cristiano, que al entrar en Asia constaba de seiscientos mil hombres, estaba ya reducido á trescientos mil por los combates, el ambre y las enfermedades. Enflaquecido, mas no desalentado, continuó su marcha, se apoderó de Iconio y otras treinta y ocho ciudades, pasó el Orontes, y sitió á Antioquía, que era entonces la plaza mas fuerte, poblada y ermosa de todo el Oriente. Allí tuvieron los cruzados noticias muy tristes: Suenon, príncipe de Dinamarca, despues de haber desembarcado en el Asia menor, fué sorprendido en Frijia por los turcos, y pereció con todas sus tropas. Su ostinada resistencia hizo gloriosa su ruina: vendió cara su vida; y la jóven Florina, su prometida esposa, participando de sus peligros, y peleando á su lado, cayó en el campo de batalla atravesada de siete flechas. El odio de los europeos á Alexis le atribuyó este desastre: dijeron que habia dado á Suenon guias sobornadas que lo llevaron al lazo donde pereció. Esto es inverosímil, porque á ser Alexis capaz de artificio tan vil, lo habria

empleado mas bien contra el temible Boemundo, su antiguo enemigo, que contra el jóven Suenon, de quien nada tenia que recelar.

Escesos vergonzosos de los cruzados. — En todos tiempos las llanuras de Antioquía, las costumbres de sus abitantes, la suavidad del clima, el aire embalsamado de sus praderas y la frescura de sus bosques ofrecieron á todos los pueblos y ejércitos lazos peligrosos contra la virtud. Los soldados de Trajano y de Severo olvidaron en estos lugares deliciosos su antigua disciplina. En vano la austeridad del cristianismo habia desterrado los dioses que presidian al deleite; el culto sobrevivió á los templos, y no parecia sino que Venus y el Amor, ocultos aun en las selvas de Dafne, erian con sus dardos á los hombres que se aventuraban á entrar en ellas. El aire que se respiraba allí parecia veículo de una llama suave, contra la cual nada pueden ni el ánimo indomable, ni los petos mejor templados.

Los cruzados no resistieron al encanto de aquella mansion de placeres. A vista de una ciudad defendida por un ejército, se dejan seducir por las miradas lascivas de las sirias: todo lo olvidan: relijion, disciplina, patria: abandonan la guardia de los reales, y enmedio de la guerra se entregan al deleite, como si gozasen de la paz mas profunda. El campamento cristiano resuena con los cantos de la embriaguez, los gritos de la disolucion y el tumulto de las orjías. Los turcos se aprovechan del desórden, salen de sus murallas, sorprenden y acometen á los cruzados, y los degüellan en los brazos de las prostitutas. El peligro disipa la embriaguez, renace el valor: los cristianos se arman y rechazan á los infieles; mas no sin haber perdido un gran número de guerreros que habian pasado en un momento desde el regazo del placer al de la muerte. Los sacerdotes cristianos, cuya voz habia sido desatendida, y despreciadas sus reprensiones, fulminaron entonces anatemas en nombre del cielo: los cruzados, castigados ya de sus vergonzosos escesos por las armas de los musulmanes, bajaron su frente umillada, escuchando á los pontífices que habian amenazado y amenazaban todavia con los rayos celestes. El esceso de las penitencias igualó al de sus torpezas y bacanales, y solo se oian preces, lágrimas y jemidos en el mismo

campamento, teatro poco antes de la alegría mas tumultuosa y de la licencia mas desenfrenada. Volvieron con ardor á los trabajos militares; pero la altura de los muros, la profundidad de los fosos, la fuerza y valor de la guarnicion, y sus frecuentes salidas, hicieron inútiles por muchos dias los esfuerzos de un brio mas fogoso que ordenado. La caballería turca recorria el campo, robaba los convoyes y cortaba los víveres á los reales de los cristianos.

Despues de cuatro meses de sitio los cruzados, ya sin fuerzas por la fatiga y las privaciones, comenzaban á desanimarse. Taticio, comandante de los griegos, se separó con los suyos de los reales, socolor de salir á recibir á Alexis que se acercaba con su ejército. Los latinos reprenden esta defeccion como una cobardía: Ana Comneno afirma, que la retirada de Taticio procedió solamente de los consejos pérfidos de Boemundo. «El príncipe de Tarento, dice, queria alejar á los griegos con el objeto de tomar á Antioquía para sí y hacerse soberano en ella.» El écsito justificó esta prediccion.

Nuevos desórdenes ocurrieron en el campo cristiano. Para reprimirlos, mandó Godofredo que se encerrase á las mujeres en un campamento separado. Así se evitó el adulterio, pero se dió ocasion á delitos mas infames. La crueldad siguió, como siempre, á la disolucion, y se vió á estos guerreros que habian enarbolado la cruz para vengar á Dios, dar á los infieles ejemplos de una ferocidad desconocida hasta entonces en Oriente. Cuenta Guillermo de Tiro, que Boemundo, habiendo encontrado en el campo algunos espías turcos, los mandó asar, y apaciguó el ambre de sus camaradas con un banquete orrible; y que al mismo tiempo declaró con un escrito público, que segun la determinacion de los jefes, «todos los infieles, cojidos como espías, sufririan igual trato, y servirian de alimento, tanto á los príncipes como á los soldados.»

Al leer esta relacion de un autor muy digno de fé, el orror se une al asombro, y no puede uno menos que dolerse de que el hombre haga una mezcla tan inconcebible de devocion é inumanidad, de eroismo y de barbárie.

Mientras la soberbia Antioquía rechazaba con tanta ostinacion los asaltos de los cruzados, recibieron estos una em-

bajada del califa de Ejipto, que les proponia unirse con él contra el de Bagdad, ofreciéndoles conducirlos á Jerusalen, y darles libertad para que visitasen el sepulcro de Cristo á condicion de que entrasen en la ciudad, no como conquistadores, sino como peregrinos y desarmados. A pesar de la miseria en que se hallaban los latinos, respondieron á esta propuesta de un modo digno de su valor. «Hemos venido, dijo Godofredo, á vengar la relijion ofendida y nuestros ermanos asesinados; y sabremos, no visitar, sino libertar á Jerusalen, de la cual queremos ser señores y custodios. Los ejércitos de Ejipto nos causan tan poco temor como los de Persia.» Rompióse la negociacion. Las palabras altaneras de los cristianos se sostenian con brillantes azañas. El príncipe de Tarento y el conde de Tolosa, sabiendo que los sultanes de Alepo y Damasco llegaban con veinte mil turcos, les salieron al encuentro y los derrotaron completamente: á esta victoria se siguió la derrota de un cuerpo numeroso de maometanos que habian envuelto á las tropas de Jénova y Pisa, recien desembarcadas en Asia. En estos combates, si hemos de creer á los autores latinos, aumentó Godofredo su fama con azañas que parecen mas novelescas que históricas: ningun peto valia contra la fuerza de su brazo, y de un tajo partia un jigante. — ¡Allá va esa bola!

Liga de los mendigos. — Entretanto los pretendidos libertadores de Siria contribuian á arruinarla mucho mas que sus opresores. Todos los hombres de poco valer, toda la jentuza, todos los pordioseros que habian venido de Europa á hacer fortuna, se reunieron, tomaron el nombre de *mendigos*, formaron un ejército, y elijieron un rey, que entregó el Asia al mas espantoso saqueo. Los éroes de las cruzadas eran muy semejantes á los de Homero en la altivez, el valor y las disputas; y en el campo de Antioquía, así como en los reales de Agamenon, sacaron las espadas el jeneral y un caudillo, siendo la causa de la querella una tienda riquísima, enviada por un príncipe de Armenia al mas valiente. Godofredo venció, y el ambicioso Boemundo, obligado á ceder la tienda á su jefe, se consolaba con la esperanza, aun mas atractiva, de lograr la soberanía de Antioquía. Este príncipe tenia intimidad secreta con

un renegado, cuyo nombre era Firux, que sobornado por sus regalos le ofreció entregarle tres torres. En este tiempo Ker-Boga, sultan de Persia, habiendo reunido bajo sus banderas los sultanes y emires de Asia, entraba en Siria con doscientos mil hombres. Su procsimidad infundió espanto á los cruzados: el ábil Boemundo procuraba aumentar su terror para que coadyuvasen á sus designios. «No podeis, les dijo, conquistar á Antioquía por fuerza; un largo bloqueo espondria el ejército, retardaria vuestras operaciones, y os apartaria quizá para siempre del objeto de la cruzada. Valgámonos, pues, de la astucia. Tengo intelijencias en la plaza, y puedo haceros dueños de ella; pero me la habeis de ceder, porque no quieren entregarla mas que á mí.» La necesidad y la inminencia del peligro impusieron silencio á la ambicion y envidia de los otros príncipes, y prometieron á Boemundo dejarle la posesion de su conquista. Mientras el príncipe de Tarento se creia en el colmo de su ventura, faltó poco para que perdiese el fruto de sus artificios; porque Acciano, príncipe de Antioquía, recibió aviso secreto de la traicion del renegado, y le mandó prender; pero la disimulacion y serenidad del reo le salvaron; y la osadía arrogante del crímen pareció al sultan una prueba de inocencia: tanta fué la entereza y tranquilidad de Firux. Apenas llega la noche pone en ejecucion su designio; pero como sus dos ermanos, que eran tambien comandantes, y en los cuales confiaba, no quisieron hacer traicion á su juramento, viendo que no podia vencer sus escrúpulos les dió de puñaladas, abre él mismo las puertas de las torres, y hace á los cristianos la señal en que habia convenido. El príncipe de Tarento llega con los cruzados; pero estos guerreros, tan intrépidos en los combates, no se atreven á fiar sus vidas en la palabra de un traidor: en vano se les manda entrar en las puertas que están abiertas; creen que son las del sepulcro; desobedecen, y se detienen. Boemundo indignado entra solo, y sube á la muralla, avergonzado de que le abandonen: sesenta caballeros se determinan á seguirle; poco á poco se despierta la confianza con el ejemplo: todo el ejército penetra callado en la ciudad; y alzando de improviso el grito de Dios lo quiere, se arrojan sobre los musulmanes, y los degüe-

llan, sin respetar á edad ni á secso. En esta matanza perecieron diez mil abitantes; — segun la fórmula, Dios lo habia querido así.

Dueños los cruzados de Antioquía, no gozaron en paz de su sangriento triunfo: el Korasan, la Media, Babilonia, Persia y todo el Oriente desde Damasco hasta Jerusalen, estaba en armas: todos los príncipes y jefes maometanos acudieron á la voz del sultan de los Seljiucidas, y el terrible Ker-Boga se presentó en breve al frente de un ejército inumerable en las riberas del Orontes. Los cristianos se hallaron sitiados en la plaza que acababan de tomar, cortada la comunicacion con todo lo demás del mundo, y aislados en el centro del Oriente. Los maometanos los rodean por todas partes, y el ambre orrible les amenaza con una muerte mil veces mas espantosa que la de los combates. En esta miseria, el esceso de la calamidad abatió el valor de muchos. Algunos salian de la plaza, y tomaban el turbante para librarse de sus tormentos. El conde de Melun y el de Blois desertaron de las banderas de Godofredo, y buscaron su salvacion en la fuga.

Estevan, conde de Chartres, fué á los reales de Alexis, que llegaba con su ejército para socorrer á Antioquía, y le hizo un cuadro tan espantoso de la fuerza de los turcos y de la situacion deplorable de los cruzados, que el emperador, creyéndolos perdidos sin recurso, se retiró al Bósforo para defender su capital. Esta retirada aumentó y eternizó el odio que le tenian los latinos. Alexis creia cierta la ruina de ellos, y además estaba irritado de que en lugar de restituirle á Antioquía se la habian dado á su enemigo Boemundo.

El Coran iba á triunfar del Evanjelio: los cruzados trataban ya de capitular, cuando un sacerdote cristiano les pidió que se reuniesen, y les declaró que orando de noche en la iglesia habia visto á la Vírjen arrodillada delante de su Hijo, y que el Salvador le dijo: «Levántate, y anuncia á mi pueblo que es llegado el dia de mi misericordia y de su libertad.» Al mismo tiempo otro sacerdote, llamado Bartolomé, recurre á otra estratajema, y anuncia á los cristianos que sabia por revelacion el sitio en que estaba el hierro de la lanza que atravesó el costado de Jesus. «Este hierro, a-

ñadió, será la salvacion del ejército.» Al punto acuden á un lugar que indicó, cavan la tierra, y hallan un hierro;—dicen que era el sagrado. Godofredo lo une al cabo de su lanza: el fervor se enciende, los terrores se olvidan, el valor renace: cada guerrero, sin esperanza antes ni fuerzas, por medio de este fraude piadoso, se cree ya invencible; y todos, á ejemplo del jeneral, de Raimundo, Hugo, Tancredo y Boemundo, repiten el juramento de entregar la vida primero que á Antioquía.

El ermitaño Pedro habia sido enviado al sultan para entablar negociaciones: los sarracenos le arrojaron con desprecio, declarando que los cristianos debian rendirse á discrecion. Unos y otros tomaron las armas.

Esta batalla que decidió la suerte de Asia para un siglo, se dió el dia de san Pedro. Se peleó por ambas partes con aquel furor que solo inspira el fanatismo: largo tiempo fué la victoria incierta, y aun la fortuna estuvo algunos momentos del lado de los infieles; pero cuando los cruzados, oprimidos por el número, iban ya cejando, ven descender de las montañas sobre el flanco de los enemigos un escuadron, precedido de tres caballeros vestidos de blanco. El obispo Adhemar, que ya estaba avisado de esta aparicion, esclama: «Animo, cristianos: los santos mártires, Jorje, Demetrio y Teodoro, vienen en vuestro auxilio.»

A estas palabras cada soldado se convierte en un éroe invencible. Persuadidos á que el rayo celestial va delante de ellos, se arrojan sobre los infieles, los desbaratan y dispersan, los persiguen y destruyen, y hacen en ellos una espantosa carnicería que duró hasta la noche. Cien mil sarracenos quedaron en el campo de batalla: en él feneció la dinastía de los Seljiucidas, y el famoso imperio de Togrul, Alp-Arslan-Schach y Malek.

La abundancia que reinaba en el campamento de los turcos hizo revivir á Antioquía; los cristianos vencedores se batieron entre sí por el repartimiento del botin. Boemundo fué reconocido por príncipe de aquella ciudad: los cruzados se apoderaron de muchas plazas de Siria: Tancredo, Raimundo y el duque de Normandía, incapaces de gozar un descanso que retardaba la libertad del santo Sepulcro, entraron en Palestina, y enviaron embajadores al emperador, instándole á que se unie-

se con ellos para ir á Jerusalen. Godofredo y los demás cruzados esperaron la primavera para ponerse en marcha.

TOMA DE JERUSALEN. —(1099) Cuando todo el ejército cristiano entró en la tierra santa, debió contar con dolor las inmensas pérdidas que le costaba ya aquella empresa temeraria. Las batallas, fatigas y enfermedades habian devorado filas enteras; y de seiscientos mil guerreros que desembarcaron en Asia, solo entraron cincuenta mil en Palestina. En el camino tomaron la ciudad de Trípoli, y demolieron sus murallas. El emir de san Juan de Acre evitó el cerco, declarando á los cristianos que se les rendiria apenas tomasen á Jerusalen. Los cruzados, instruidos por el escarmiento, impidieron que renaciesen las sangrientas discordias, conviniendo en que en lo sucesivo toda ciudad conquistada perteneceria al señor que fijase primero su estandarte en lo alto de las murallas. Así se justificaron los temores demasiado justos de Alexis, y sus ambiciosos aliados resolvieron, como él habia previsto, desmembrar el imperio que la justicia, la relijion y sus juramentos los obligaban á libertar de los infieles.

Despues de marchas largas y penosas, llegaron los cristianos á las alturas de Emaus, y de improviso se presenta á su vista la santa ciudad: detiénense inmóviles por la admiracion y el respeto: de allí á poco se levanta el grito universal, *Jerusalen, Jerusalen, Dios lo quiere, Dios lo quiere*. Todo el ejército se postra y llora sus culpas al ver los lugares donde Dios murió por salvar á los hombres. Aquellos príncipes y soldados, poco antes tan orgullosos y feroces, ya no eran mas que umildes y devotos peregrinos. Dadas algunas oras á la relijion, la trompa los llamó al combate. Levántanse, describen el campamento, lo fortifican, aguzan las armas, establecen los puestos, reconocen la plaza, y construyen con actividad las máquinas y torres que han de derribar las murallas.

Los sitiados eran mas numerosos que los sitiadores: sesenta mil turcos defendian á Jerusalen, cuando los reales cristianos, disminuidos por los destacamentos necesarios para guarnecer lo conquistado y asegurar las subsistencias y las comunicaciones, no contenian, segun se dice, mas que veinte mil hombres.

Los musulmanes salen de la ciudad y acometen á los cruzados; pero el impetuoso Tancredo los rechaza: llevado de su zelo los persigue hasta las puertas, y adelantándose á sus compañeros se detuvo en el monte Olivete. Allí se olvida de la tierra, y el ánimo fijado en el cielo, se arrodilla é invoca á Dios por cuya causa pelea. Cinco turcos le rodean y acometen: aparta con el escudo sus espadas, los traspasa á todos, los deja muertos, y vuelve triunfante á los reales.

Los cruzados, poco numerosos y demasiado ardientes para fundar su esperanza en la lentitud de un sitio regular, emprendieron tomar por asalto la plaza, entonces muy fuerte; pero á pesar de su valor y de la constancia y repeticion de sus ataques, fueron rechazados, y los mas audaces, que habian subido á lo alto de la muralla, cayeron precipitados al foso.

Despues de algunos dias de descanso, interrumpidos con frecuentes salidas, marcharon de nuevo contra la ciudad, precedidos de arietes, catapultas y torres muy altas llenas de soldados: por una parte las máquinas de guerra lanzaban á la plaza flechas, piedras y peñascos enteros; por otra el fuego griego abrasaba las torres, y de las murallas llovia sobre los cristianos un diluvio de dardos inflamados.

Llamando entrambos ejércitos en su ausilio y defensa al fanatismo, á la supersticion, al cielo y los infiernos, veíanse sobre las murallas de la ciudad magas con los cabellos esparcidos al viento, invocando la muerte, y procurando con sus conjuros turbar el órden de los elementos, mientras que los obispos y sacerdotes cristianos gritaban que veian las sombras de Adhemar y de muchos santos obispos, muertos poco tiempo hacia, recorrer las filas y anunciarles la victoria. La táctica estaba en la superchería.

El furor crece con la sangre: ya subian á las murallas un gran número de cruzados; pero acometidos y derribados por la masa enemiga, caen, y aturdidos por el golpe y desanimados se creen perdidos. De improviso aparece sobre el monte Olivete un caballero vestido de armas brillantes: el astuto Raimundo clama: «Es san Jorje, que viene á pelear en defensa de la cruz.» Nadie repara en los peligros: se reaniman y vuelan al combate, sin hacer caso de la muerte, fiju

la atencion en la victoria. Un furor relijioso dobla las fuerzas de los cristianos, y hasta las mujeres y los niños juntan sus débiles brazos á los de los guerreros. La alta torre de Godofredo llega enmedio de una lluvia de piedras y de fuego, y echa su puente levadizo sobre la muralla. Los sitiados habian cubierto los muros de sacos de heno y lana; algunos dardos inflamados les prendieron fuego, y un viento impetuoso, arrojando los torbellinos de umo y llama contra los sarracenos, los obligó á retirarse: en el mismo momento Godofredo, Dubourg, Creton, Saint Vallier y el señor de Albret se lanzan á la ciudad. Tancredo, Montaigu y Bearné penetran por otro lado: los musulmanes consternados uyen por todas partes: Jerusalen resuena con el grito de *Dios lo quiere*, y una multitud de cruzados inunda la plaza. Sin embargo, los sarracenos vuelven al combate por las ecsortaciones del sultan, y acometen á los cristianos, y ya les obligaban á cejar, cuando el señor de Puisaye, al frente de un cuerpo de reserva, reanima el valor, ya agotado de sus compañeros, lleva el terror á las filas de los enemigos, que abandonan la victoria, arrojan las armas y desaparecen.

Orrible matanza de turcos. — La venganza del vencedor fué cruel en proporcion de lo disputado de la victoria. Los cruzados no conocieron la piedad para los infieles, y andaban por las calles sobre montones de cadáveres; — Dios lo queria! Muchos turcos, que buscaron asilo en la mezquita, hallaron allí su sepultura. Raimundo de Agile, testigo ocular, dice «que en el pórtico de aquel edificio subia la sangre hasta los frenos de los caballos.»

Enmedio de este ejército de furiosos inecsorables para sus víctimas, solo Godofredo, perdonando á los vencidos, se abstuvo de manchar su triunfo con la matanza. Despues de la victoria se quitó las armas y el calzado, y asi entró en el santo Sepulcro y se umilló ante el Dios de los reyes, los pueblos y los ejércitos. Al ver este espectáculo cesa el delirio, renace la piedad y se detiene la venganza: todos los guerreros, movidos por el ejemplo de su jeneral, vienen á postrarse ante el altar. A los gritos de furor y de guerra sucede de improviso en la ciudad un profundo silencio, solo interrumpido por las súplicas de los cristianos. Sus manos que

levantaban al cielo, estaban aun teñidas de sangre!!!...

Esta emocion relijiosa no fué de larga duracion: el odio y el fanatismo recobraron su imperio en aquellos soldados, cuyos corazones eran tan duros como sus petos. Al salir del templo, donde acababan de adorar á un Dios de paz, clemencia y amor, condenaron á muerte á todos los prisioneros!... Despues de diez dias de desenfreno, omicidio y saqueo, el conde de Flandes propuso á los cruzados que elijiesen un rey y le confiasen la custodia del santo Sepulcro que acababan de conquistar; y para probar que solo atendia en su dictámen al interés jeneral, y no á la ambicion, declaró que no aceptaria el cetro aunque se le ofreciese.

En eleccion tan importante triunfó de la envidia el respeto debido á la virtud, y todos los votos se reunieron en favor de Godofredo de Bouillon. Como su gloria era sin mancha, su nombramiento pareció dictado por el cielo. «Acepto el cargo »que me imponeis, dijo aquel »noble y modesto príncipe; mas »no los onores y el destino á »que me quereis elevar. No »adornaré mi frente con la co»rona real en estos lugares don»de el Salvador del mundo la »llevó de espinas.»

El écsito de esta grande empresa y la libertad de Jerusalen llenaban á los cristianos de alegría y á los musulmanes de desesperacion. Todos los turcos que se habian librado de la matanza, corrieron á unir sus armas y furor con el califa del Cairo, que se presentó en breve con el ejército de Ejipto junto á los muros de Ascalon. Los cruzados salieron de la ciudad santa á recibirle. Los sarracenos llenaban una gran llanura, inundaban los bosques y cubrian las montañas con sus densos batallones y sus inumerables escuadras. Veinte mil cristianos se atrevieron á desafiar al combate este enjambre de bárbaros; pero las azañas prodijiosas de los caballeros cruzados, ecsajeradas por la fama, y la toma de Jerusalen, habian llenado de terror á los infieles. Espantados desde el primer choque, uyeron; pero en la fuga encontraron la muerte que deseaban evitar. El ejército ejipcio quedó casi todo destruido. La victoria de Ascalon terminó gloriosamente la primera cruzada.

Habria salvado y afirmado el imperio de Oriente, á haberse dirijido por la prudencia y por el zelo de una relijion ilustrada.

La justicia ordenaba que se devolviesen al emperador de Constantinopla las provincias conquistadas á los musulmanes; pero la ambicion hizo callar á la conciencia. Los cruzados quisieron guardar sus conquistas para sí mismos, y no supieron conservarlas. Jefes de una república militar, anárquica y feudal, en que nadie podia gobernar ni queria obedecer, todos los príncipes, todos los señores que no habian podido obtener tierras ni soberanías, abandonaron el estandarte de su jeneral, y se alejaron de Oriente.

En su conducta manifestaron tan poca constancia como buena fé. Boemundo conservó á Antioquía, Balduino á Edesa: Alexis cedió al conde de Tolosa la ciudad de Laodicea: el ermitaño Pedro, disgustado del mundo y desengañado de su locura, se encerró en un monasterio, y solo quedaron para la defensa de Jerusalen, como dice el historiador moderno de las cruzadas, trescientos caballeros, el valor de Godofredo y la espada de Tancredo. Godofredo gozó poco tiempo de la corona, conquistada por su brazo. Murió el año 1100, y le sucedió su ermano Balduino, príncipe de Edesa. Fué tan valiente como su antecesor, pero no tan virtuoso.

La invasion de los cristianos de Occidente, en vez de aliviar las dolencias del imperio, las agravaba. Los turcos, alejados de Palestina, echados de Antioquía y de la Cilicia, entraron en Capadocia, atacaron á Nicea, aumentaron contínuamente sus fuerzas, y salian de Alepo y de Gonié con refuerzos procedentes de Persia, para destruir el Asia; y así los estados del emperador eran desmembrados á un mismo tiempo por los musulmanes, normandos y franceses.

Destruccion de nuevos cruzados. — En Europa el furor de las cruzadas se hacia cada vez mas contajioso: olvidábase la orrible cantidad de hombres segados por la muerte, y solo se deslumbraban con la gloria del pequeñísimo número de guerreros que les habian sobrevivido, de los principados que habian fundado, y de las riquezas conseguidas en la victoria. Se olvidaba el gran número de los que habian perecido en la espedicion. El Occidente derramaba cada dia sobre el Asia enjambres de guerreros. Estevan de Chartres volvió al Oriente con huestes numerosas, seguidas de otros doscientos mil cruzados, que elijieron por jefe al conde de

Tolosa: servíales de guía un griego llamado Zittas. Enardecidos por el deseo de fijar la cruz en la antigua residencia de los califas y hacerse dueños de Bagdad, marcharon sin órden, sin disciplina, sin preparar subsistencias: atravesaron el Hális, robaron sin distincion á cristianos y turcos, y perecieron unos por el ambre y otros por el alfanje de los maometanos, que en solo una batalla mataron cincuenta mil.

Otras bandadas de cruzados á las órdenes del duque de Aquitania y del conde de Nevers, perdieron una parte de su jente peleando con los búlgaros, y lo restante en Asia. Los turcos los destruyeron á millares, y los que escapaban de estos desastres, olvidaban que habian despreciado los consejos de Alexis, y le atribuian sus desgracias. El rey de Jerusalen, engañado por sus informes, envió una embajada al emperador, reprendiéndole haber hecho traicion á los cristianos. Alexis, indignado de una sospecha tan injuriosa, se justificó de esta acusacion mas bien con hechos evidentes que con el juramento. Amenezando de represalias al sultan de Alepo, logró la libertad de trescientos condes italianos, alemanes y franceses que habian caido en su poder. El presuntuoso Boemundo, arrebatado por su valor, cayó en una emboscada, y fué hecho prisionero. Alexis ofreció á los turcos un rescate cuantioso, esperando hacerse dueño por este medio del enemigo implacable que amenazaba siempre su trono; pero el príncipe de Tarento burló su designio, haciendo que le rescatasen los cruzados. Apenas se vió en libertad, juntó sus guerreros, y se apoderó sin pretesto de la ciudad de Laodicea. Batumites, enviado por el emperador á este príncipe ambicioso, le echó en cara su agresion, le recordó su juramento, y le instó á que restituyese á Antioquía. El fogoso normando respondió al emperador: «Si no he»mos satisfecho tu deseo, la cul»pa es tuya. Prometiste seguir»nos con un refuerzo numero»so, y faltaste á tu palabra. El »sitio de Antioquía duró tres »meses, en los cuales hemos pe»leado con un gran número de »enemigos, y sufrido una ambre »cruel que nos ostigó á servir»nos de orribles alimentos, que »jamás sirvieron á hombre algu»no. Mientras resistíamos á estos »sufrimientos y á los peligros »de la guerra, nos abandonó en

»tanta calamidad Taticio, mi»nistro fiel de tus voluntades. »Sin embargo, por una felicidad »superior á nuestas esperanzas, »derrotamos las tropas del sul»tan de Korassan, y conserva»mos á Antioquía. ¿Será justo »restituirte aora una conquista »que tanta sangre, fatigas y su»dores nos ha costado?»

Guerras de Alexis con los principes latinos. — El rey de Jerusalen respondió lo mismo á las cartas que le escribió Alexis. Rota así toda negociacion, estalló la guerra entre los griegos y el príncipe de Tarento. Pisa y Jénova armaron muchos buques para socorrer á Boemundo; pero su escuadra fué completamente vencida por la del emperador cerca de Rodas. En esta batalla se sirvieron los griegos de un nuevo recurso para triunfar del enemigo. Colocaron en las proas de sus navíos cabezas de leon, hechas de bronce, las cuales arrojaban sobre los bajeles italianos un polvo inflamado, compuesto de azufre y de goma. Cantacuzeno, almirante de los griegos, despues de la victoria, sitió y tomó á Laodicea. Boemundo, vencido en tierra y mar, y perdidos ejército y escuadra, temia caer en las manos de Alexis. Resolvió pasar á Italia, y se valió para hacerlo con seguridad, de un estraño artificio. Confiando la defensa de Antioquía á su sobrino Tancredo, hizo esparcir la voz de que habia muerto, y celebrar sus ecsequias. Sus enemigos se alegraron, sus vasallos jimieron. Fué trasportado á un navío en un magnífico ataud, agujereado en muchos sitios para que pudiese respirar. Los griegos respetaron aquel convoy fúnebre. Ana Comneno asegura que «para abusar mas de su credulidad habian ocultado debajo del ataud un gallo muerto, cuya infeccion hacia mas verosimil el engaño.» En fin, desembarcó en Corfú, y hallándose fuera de peligro, mandó llamar al gobernador, y le ordenó que llevase á Alexis estas palabras: «Yo soy Boemundo, hijo de Roberto Guiscard, cuya fuerza y valor has esperimentado ya. No he olvidado ni mis victorias, ni tus falsas promesas, ni las injurias que he recibido de tí, ni las asechanzas que me has puesto, ni los peligros en que me has empeñado. He engañado tu rencor finjiéndome muerto; pero vivo y gozo de la luz en Corfú, de donde te envio esta noticia que te ha de dar tanto miedo como pesadumbre. Vivo para la glo-

ria de los mios y desgracia tuya. Mi sobrino Tancredo defenderá valientemente contra tí los muros de Antioquía. Cuando haya pasado el estrecho, armaré por mi causa las naciones mas belicosas de la tierra, los lombardos, alemanes y franceses: llenaré tus provincias de estragos, tomaré á Constantinopla y la inundaré con la sangre de sus abitantes.»

VICTORIAS DE LOS GRIEGOS Y PAZ CON BOEMUNDO. —(1109) Boemundo apenas llegó á Italia, ardiendo en deseos de venganza, levantó tropas é hizo alianza con el rey de Francia, casando con su hija. Acudieron á sus banderas muchos franceses: la Italia se armó, los jenoveses y pisanos dieron buques: el indigno papa Pascual II, predicó una cruzada contra Alexis, y el príncipe de Tarento se presentó en Iliria al frente de setenta mil hombres.

Amenazado el emperador por esta nueva tempestad, buscó tambien alianzas: casó su hijo Juan Comneno con Pirisca, hija de Ladislao, rey de Ungría, la cual tomó en Constantinopla el nombre de Irene: llamó de Asia todas las tropas y las condujo á Tesalónica.

Tancredo se aprovechó de este movimiento para penetrar en Cilicia. Mientras el infatigable Alexis, acometido en todas las fronteras por los cruzados, musulmanes y bárbaros, se veia tambien obligado á defender su imperio contra los italianos y franceses, descubrió una conspiracion contra su vida, tramada por los Anemades, familia poderosa entonces, á la cual se juntaron Basilacio, Miguel y muchos grandes de la corte. Los conjurados fueron presos y entregados á los ultrajes del pueblo, montados sobre asnos y llevando sobre la cabeza intestinos de toro en forma de diadema. Ya caminaban al sitio donde el verdugo debia sacarles los ojos, cuando Irene, echándose á los pies de su marido, logró que se les perdonase.

Boemundo sitiaba á Durazzo. El emperador, evitando toda batalla decisiva, rodeó al enemigo, ocupó las costas y las alturas, y guardó cuidadosamente las gargantas de las montañas. Cantacuzeno, rechazado al principio por la escuadra italiana cerca de Brindis, la derrotó en otra accion, se hizo dueño del mar, y el insolente Boemundo, encerrado por todas partes, vino á ser sitiado en lugar de sitiador. Carecia de víveres, y el

gran número de sus tropas era para él una calamidad: el diestro Alexis domesticó aquel leon feroz, y le domó por ambre. El príncipe de Tarento, reducido á perecer ó á capitular, pidió en fin la paz; y despues de haber pedido reenes para su seguridad, pasó á verse con el emperador, y firmó un tratado justo, pero umillante para su vanidad. En él confesaba sus pasados yerros, se reconocia por vasallo de Alexis, le restituia la plaza de Laodicea, prometía defender el imperio, y obedecer las órdenes del emperador, y juraba no peiear nunca contra él, poniendo por testigos nada menos que á Dios, á la Vírjen, á los Santos, á los Evanjelios, á los clavos de la cruz de Cristo, y al hierro de la lanza que abrió su costado y que ya sabe el lector cuán maravillosamente fué encontrado en la Siria. Alexis por su parte le concedió la posesion de Antioquía, de otras muchas ciudades, y de una parte de Armenia, reservándose siempre el nombramiento del patriarca de Siria. Concluida la paz, Boemundo pasó á Italia, donde murió dos años despues (1109), cuando se preparaba á hacer guerra al emperador, en desprecio de todo el arsenal de sus juramentos.

El Asia, en otro tiempo tan risueña y fértil, rica en monumentos, y cubierta de ciudades populosas y magníficas, á la sazon robada y destruida sucesivamente por los musulmanes y cruzados, estaba convertida en un desierto. Alexis, aprovechándose del corto reposo que gozaba, prodigó sus tesoros para restituirle la vida. Procuró dar seguridad á los abitantes, y volvieron á los campos: el arado recobró su actividad, las ciudades se levantaron de sus ruinas, y el comercio les volvió la abundacia. Pero poco despues los turcos, insaciables de botin, conquistas y venganzas, volvieron á comenzar sus correrías devastadoras. Presentáronse en Capadocia y Armenia, y amenazaron á Nicomedia y Filadelfia. Filocalo, Cantacuzeno, Camitro y otros muchos jenerales griegos pelearon con valor y buen suceso. Camitro en particular adquirió mucha gloria por una accion eróica semejante á la de Horacio Cócles. Acometido con pocas tropas de una multitud de turcos, envuelto y solo, continuó defendiéndose, y mató á tantos enemigos, que el ejército musulman se detuvo para admirarle; y el sultan Mahomet, bajando del caballo, le tendió

la mano, y le rogó que aceptase la vida. Camitro, insensible á las amenazas, se rindió á la súplica de un enemigo jeneroso, y cobró muy pronto su libertad.

Como las fuerzas de los infieles se aumentaban cada dia, el emperador reunió todas sus tropas, marchó contra ellos, á favor de un movimiento ábil los acorraló junto á unos pantanos, y los derrotó tan completamente, que el sultan, umillado como Boemundo, vino á pedirle la paz, que se hizo á condicion de que los turcos no saliesen de las fronteras señaladas en el tiempo de Romano Diójenes. De vuelta á Constantinopla el emperador se dedicó á otro jénero de combates. El estruendo de las armas no distraia á los griegos de su pasion á las disputas relijiosas. A la sazon muchos eresiarcas presentaban bajo nuevas formas los errores de los maniqueos y paulicianos. Las costumbres del siglo y la influencia del sacerdocio no permitian á la autoridad manifestar por estas querellas el desprecio que hubiera bastado á terminarlas: Alexis las irritó, como sus predecesores, deseando apaciguarlas, y no pudiendo convencer á los erejes con argumentos, los castigó con suplicios; — para el despotismo es mas corto quemar que ilustrar. La justicia dice, que deben atribuirse estos rigores mas bien á la intolerancia eclesiástica, que al carácter del emperador, naturalmente benéfico con los pobres, jeneroso con los hombres de mérito, piadoso con los desgraciados, y amante de la rectitud. A pesar de tantas guerras é invasiones, con los recursos de su economía fundó ospitales, reedificó templos, redimió cautivos, y si no pudo disminuir los impuestos, hizo la percepcion mas fácil y menos arbitraria.

Los comanos hicieron una invasion en el Norte, y se aprocsimaron á Filipópolis. El emperador marchó contra ellos, los auyentó, y los persiguió tres jornadas al otro lado del Danubio. Esto animó á los turcos para tomar las armas. Alexis, impedido de la gota, no pudo al principio desplegar contra ellos su actividad acostumbrada; y ya los infieles se burlaban de su lentitud, y le representaban en sus juegos, llevado en la cama, y rodeado de médicos. Pero la vengaaza se siguió en breve á la injuria. El emperador marchó contra ellos al frente de su ejército: para asegurar su triunfo

no quiso acelerarlo, y procuró, contemporizando sábiamente, llamarlos á los lazos que les tendia. En vano la juventud ardiente de su corte le acusaba de tímido: se reia de los sarcasmos de la inesperiencia y de las murmuraciones del campamento. Cuando llegó el momento oportuno, dió la señal de acometer, y consiguió su última victoria. El césar Brienne, su yerno, y su sobrino Nicéforo se distinguieron en esta accion. Los turcos pidieron y obtuvieron la paz. Alexis, vencedor de sus enemigos, volvió á Constantinopla; pero gozó poco tiempo de las palmas que habia cojido: sus fuerzas, agotadas por tantas fatigas, combates y pesares, disminuian rápidamente. Estando en los juegos del circo, se apoderó de él una calentura ardiente, que le llevó al sepulcro en algunos dias.

Parece que su destino fué ignorar el sosiego, y su lecho de muerte estuvo rodeado de intrigas. La emperatriz Irene, á quien su hija Ana Comneno representó como un modelo de piedad, mansedumbre y virtud, merecia quizá estos elojios; pero sintió dejar el trono, y en la pérdida de su marido solo lamentó la de su poder. Irene temia ver el cetro en manos de Juan Comneno, su hijo mayor, sobre cuyo ánimo no tenia ascendiente, y queria darlo á su yerno Nicéforo Brienne, marido de Ana, y ya césar, esperando reinar con su nombre.

Sin atencion á las congojas de Alexis, sitiaba su lecho y le importunaba con sus ruegos, representándole que Juan era incapaz de sostener el peso del imperio, cuando Nicéforo, estimado de la tropa por sus azañas, del senado por su elocuencia, y célebre en el Oriente por su vastísima erudicion y por la historia de su tiempo, obra estimada entonces, era el solo que merecia sucederle. «¡Ay! le respondió Alexis con voz debilitada, ¿por qué sacrificais el hijo á la hija, y trastornais el órden de la naturaleza? Cometí una injusticia usurpando el trono: no mancharé el fin de mis dias con otra violencia, quitando el cetro á mi sucesor lejítimo para darlo á un macedonio.»

Irene disimuló su pesar; pero al mismo tiempo procuró hacerse señora del palacio: los sentimientos de la naturaleza enmudecieron ante la voz de la ambicion. Juan Comneno, para contraminar los designios de la emperatriz, se arrodilla ante su pa-

dre, lo abraza con finjida ternura, le toma el anillo imperial, y acude á la ciudad, donde favorecido de su ermano Isaac, reune sus numerosos partidarios y una multitud de soldados ábaros. Vuelve á palacio, y se le impide entrar. Irene no pudo persuadir á Brienne, mas prudente que ella, á que tomase las armas: se acerca á Alexis, ya moribundo, y le dice: «Amado esposo, tú vives aun, y tu hijo tiene la osadía de quitarte la corona.» El emperador, cansado de tanta importunidad, levanta los ojos al cielo, único objeto entonces de su esperanza, y responde con risa acerba: «Déjame solo con Dios, á quien pido perdon de mis culpas: nada tengo ya que ver con el mundo y sus grandezas ilusorias.» Irene le replica desesperada: «Conservas hasta el último instante la costumbre de disimular tus verdaderos sentimientos, y mueres como has vivido.» Al mismo tiempo Juan, para asegurar el trono, hace correr la voz de que ha muerto su padre, y el patriarca le proclama emperador en la iglesia de santa Sofía. El clero, el pueblo y muchos senadores le acompañan á palacio. La guardia estranjera queria cerrarle las puertas; mas él le muestra el anillo imperial. A este signo respetado todo se allana; el jentío inunda los pórticos, y la soldadesca se pone á robar. Alexis, ya en los brazos de la muerte, oye los gritos del desórden y la licencia: no murió hasta la noche de aquel dia, y el cadáver de un príncipe tan absoluto y temido quedó abandonado hasta el dia siguiente, en que sin pompa ni ecsequias se le transfirió á un monasterio y se le dió sepultura.

Alexis falleció á los setenta años de edad y treinta y siete de reinado. Fué tan venerado en Oriente, como aborrecido y despreciado, sin razon, de los latinos. Este príncipe ilustre ostentó todas las cualidades de un gran capitan: activo, infatigable, intrépido, jeneroso despues de la victoria, firme en los reveses, fué admirado hasta de los enemigos, y aun cuando era derrotado; lo cual no abatió nunca su grande alma. Sus vasallos amaban su clemencia y respetaban su equidad: inagotable en recursos, restableció la administracion en un tiempo de desórden, llenó el tesoro esausto, reizo ejércitos veinte veces destruidos, y sostuvo con su talento el imperio que se arruinaba por todas partes.

gran número de sus tropas era para él una calamidad: el diestro Alexis domesticó aquel leon feroz, y le domó por ambre. El príncipe de Tarento, reducido á perecer ó á capitular, pidió en fin la paz; y despues de haber pedido reenes para su seguridad, pasó á verse con el emperador, y firmó un tratado justo, pero umillante para su vanidad. En él confesaba sus pasados yerros, se reconocia por vasallo de Alexis, le restituia la plaza de Laodicea, prometía defender el imperio, y obedecer las órdenes del emperador, y juraba no pelear nunca contra él, poniendo por testigos nada menos que á Dios, á la Vírjen, á los Santos, á los Evanjelios, á los clavos de la cruz de Cristo, y al hierro de la lanza que abrió su costado y que ya sabe el lector cuán maravillosamente fué encontrado en la Siria. Alexis por su parte le concedió la posesion de Antioquía, de otras muchas ciudades, y de una parte de Armenia, reservándose siempre el nombramiento del patriarca de Siria. Concluida la paz, Boemundo pasó á Italia, donde murió dos años despues (1109), cuando se preparaba á hacer guerra al emperador, en desprecio de todo el arsenal de sus juramentos.

El Asia, en otro tiempo tan risueña y fértil, rica en monumentos, y cubierta de ciudades populosas y magníficas, á la sazon robada y destruida sucesivamente por los musulmanes y cruzados, estaba convertida en un desierto. Alexis, aprovechándose del corto reposo que gozaba, prodigó sus tesoros para restituirle la vida. Procuró dar seguridad á los abitantes, y volvieron á los campos: el arado recobró su actividad, las ciudades se levantaron de sus ruinas, y el comercio les volvió la abundacia. Pero poco despues los turcos, insaciables de botin, conquistas y venganzas, volvieron á comenzar sus correrías devastadoras. Presentáronse en Capadocia y Armenia, y amenazaron á Nicomedia y Filadelfia. Filocalo, Cantacuzeno, Camitro y otros muchos jenerales griegos pelearon con valor y buen suceso. Camitro en particular adquirió mucha gloria por una accion eróica semejante á la de Horacio Cócles. Acometido con pocas tropas de una multitud de turcos, envuelto y solo, continuó defendiéndose, y mató á tantos enemigos, que el ejército musulman se detuvo para admirarle; y el sultan Mahomet, bajando del caballo, le tendió

la mano, y le rogó que aceptase la vida. Camitro, insensible á las amenazas, se rindió á la súplica de un enemigo jeneroso, y cobró muy pronto su libertad.

Como las fuerzas de los infieles se aumentaban cada dia, el emperador reunió todas sus tropas, marchó contra ellos, á favor de un movimiento ábil los acorraló junto á unos pantanos, y los derrotó tan completamente, que el sultan, umillado como Boemundo, vino á pedirle la paz, que se hizo á condicion de que los turcos no saliesen de las fronteras señaladas en el tiempo de Romano Diójenes. De vuelta á Constantinopla el emperador se dedicó á otro jénero de combates. El estruendo de las armas no distraia á los griegos de su pasion á las disputas relijiosas. A la sazon muchos eresiarcas presentaban bajo nuevas formas los errores de los maniqueos y paulicianos. Las costumbres del siglo y la influencia del sacerdocio no permitian á la autoridad manifestar por estas querellas el desprecio que hubiera bastado á terminarlas: Alexis las irritó, como sus predecesores, deseando apaciguarlas, y no pudiendo convencer á los erejes con argumentos, los castigó con suplicios; — para el despotismo es mas corto quemar que ilustrar. La justicia dice, que deben atribuirse estos rigores mas bien á la intolerancia eclesiástica, que al carácter del emperador, naturalmente benéfico con los pobres, jeneroso con los hombres de mérito, piadoso con los desgraciados, y amante de la rectitud. A pesar de tantas guerras é invasiones, con los recursos de su economía fundó ospitales, reedificó templos, redimió cautivos, y si no pudo disminuir los impuestos, hizo la percepcion mas fácil y menos arbitraria.

Los comanos hicieron una invasion en el Norte, y se aprocsimaron á Filipópolis. El emperador marchó contra ellos, los auyentó, y los persiguió tres jornadas al otro lado del Danubio. Esto animó á los turcos para tomar las armas. Alexis, impedido de la gota, no pudo al principio desplegar contra ellos su actividad acostumbrada; y ya los infieles se burlaban de su lentitud, y le representaban en sus juegos, llevado en la cama, y rodeado de médicos. Pero la venganza se siguió en breve á la injuria. El emperador marchó contra ellos al frente de su ejército: para asegurar su triunfo

no quiso acelerarlo, y procuró, contemporizando sábiamente, llamarlos á los lazos que les tendia. En vano la juventud ardiente de su corte le acusaba de tímido: se reia de los sarcasmos de la inesperiencia y de las murmuraciones del campamento. Cuando llegó el momento oportuno, dió la señal de acometer, y consiguió su última victoria. El césar Brienne, su yerno, y su sobrino Nicéforo se distinguieron en esta accion. Los turcos pidieron y obtuvieron la paz. Alexis, vencedor de sus enemigos, volvió á Constantinopla; pero gozó poco tiempo de las palmas que habia cojido: sus fuerzas, agotadas por tantas fatigas, combates y pesares, disminuian rápidamente. Estando en los juegos del circo, se apoderó de él una calentura ardiente, que le llevó al sepulcro en algunos dias.

Parece que su destino fué ignorar el sosiego, y su lecho de muerte estuvo rodeado de intrigas. La emperatriz Irene, á quien su hija Ana Comneno representa como un modelo de piedad, mansedumbre y virtud, merecia quizá estos elojios; pero sintió dejar el trono, y en la pérdida de su marido solo lamentó la de su poder. Irene temia ver el cetro en manos de Juan Comneno, su hijo mayor, sobre cuyo ánimo no tenia ascendiente, y queria darlo á su yerno Nicéforo Brienne, marido de Ana, y ya césar, esperando reinar con su nombre.

Sin atencion á las congojas de Alexis, sitiaba su lecho y le importunaba con sus ruegos, representándole que Juan era incapaz de sostener el peso del imperio, cuando Nicéforo, estimado de la tropa por sus azañas, del senado por su elocuencia, y célebre en el Oriente por su vastísima erudicion y por la historia de su tiempo, obra estimada entonces, era el solo que merecia sucederle. «¡Ay! le respondió Alexis con voz debilitada, ¿por qué sacrificais el hijo á la hija, y trastornais el órden de la naturaleza? Cometí una injusticia usurpando el trono: no mancharé el fin de mis dias con otra violencia, quitando el cetro á mi sucesor lejítimo para darlo á un macedonio.»

Irene disimuló su pesar; pero al mismo tiempo procuró hacerse señora del palacio: los sentimientos de la naturaleza enmudecieron ante la voz de la ambicion. Juan Comneno, para contraminar los designios de la emperatriz, se arrodilla ante su pa-

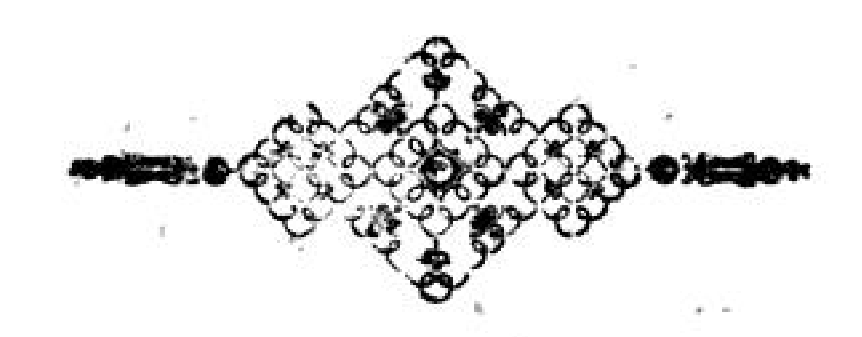
dre, lo abraza con finjida ternura, le toma el anillo imperial, y acude á la ciudad, donde favorecido de su ermano Isaac, reune sus numerosos partidarios y una multitud de soldados ábaros. Vuelve á palacio, y se le impide entrar. Irene no pudo persuadir á Brienne, mas prudente que ella, á que tomase las armas: se acerca á Alexis, ya moribundo, y le dice: «Amado esposo, tú vives aun, y tu hijo tiene la osadía de quitarte la corona.» El emperador, cansado de tanta importunidad, levanta los ojos al cielo, único objeto entonces de su esperanza, y responde con risa acerba: «Déjame solo con Dios, á quien pido perdon de mis culpas: nada tengo ya que ver con el mundo y sus grandezas ilusorias.» Irene le replica desesperada: «Conservas hasta el último instante la costumbre de disimular tus verdaderos sentimientos, y mueres como has vivido.» Al mismo tiempo Juan, para asegurar el trono, hace correr la voz de que ha muerto su padre, y el patriarca le proclama emperador en la iglesia de santa Sofía. El clero, el pueblo y muchos senadores le acompañan á palacio. La guardia estranjera queria cerrarle las puertas; mas él le muestra el anillo imperial. A este signo respetado todo se allana; el jentío inunda los pórticos, y la soldadesca se pone á robar. Alexis, ya en los brazos de la muerte, oye los gritos del desórden y la licencia: no murió hasta la noche de aquel dia, y el cadáver de un príncipe tan absoluto y temido quedó abandonado hasta el dia siguiente, en que sin pompa ni ecsequias se le transfirió á un monasterio y se le dió sepultura.

Alexis falleció á los setenta años de edad y treinta y siete de reinado. Fué tan venerado en Oriente, como aborrecido y despreciado, sin razon, de los latinos. Este príncipe ilustre ostentó todas las cualidades de un gran capitan: activo, infatigable, intrépido, jeneroso despues de la victoria, firme en los reveses, fué admirado hasta de los enemigos, y aun cuando era derrotado; lo cual no abatió nunca su grande alma. Sus vasallos amaban su clemencia y respetaban su equidad: inagotable en recursos, restableció la administracion en un tiempo de desórden, llenó el tesoro esausto, reizo ejércitos veinte veces destruidos, y sostuvo con su talento el imperio que se arruinaba por todas partes.

Los latinos le echaron en cara sus artificios; pero cuando todo el Occidente se desplomaba sobre él, ¿no se veia obligado á oponer el injenio á la fuerza? ¿Era culpa suya abandonar aliados ambiciosos mas temibles para el imperio que sus enemigos?

Peleó con gloria contra muchos sultanes belicosos, rechazó los bárbaros del Norte, y triunfó por su prudencia y abilidad del terrible Guiscard y del ardiente Boemundo.

Su pueblo le perdonó los gravámenes de los impuestos, duros á la verdad, pero necesarios. Le amaba porque siempre le veia templado, dispuesto á pelear, lento en castigar, accesible á las quejas y dócil á los buenos consejos; y á pesar de las estúpidas diatribas de los historiadores occidentales, es justo contar á Alexis Comneno en el número de los grandes príncipes. Todo el imperio cuya decadencia hizo mas lenta, pudo repetir al perderle las tiernas palabras de su hija Ana Comneno: «Mi sol se puso, y mi luz se estinguió.»



CAPITULO VIII.

JUAN COMNENO. MANUEL COMNENO. ALEXIS COMNENO II.

Juan Comneno, emperador.—Conjuracion de Ana Comneno contra su ermano.—Cuadro del imperio.— Victorias de Juan Comneno contra los pueblos del Norte.— Independencia de Venecia.—Bela II, rey de Ungría.—Guerra entre griegos y cruzados.—Espedicion de Juan Comneno á Siria.—Muere de una erida en la caza.—Manuel Comneno, emperador.—SEGUNDA CRUZADA.—Desórdenes de la cruzada alemana.—Gran desastre que sufrió.—Llegada de la cruzada francesa delante de Constantinopla.—Guerra de Rujiero con Manuel.—Batalla del Dravo.—Conspiracion de Andrónico Comneno.— Guerra de Manuel con Guillermo, rey de Sicilia.—Victorias de Guillermo contra los griegos.—Paz entre griegos y sicilianos.—Victorias de Manuel contra los turcos.— Embajada enviada á Constantinopla por el preste Juan.—Los ospitalarios, los templarios y los caballeros teutónicos.—Primeras azañas de Saladino.—Guerra de Manuel con los turcos y batalla de Meriocéfalas.—Nueva guerra con los turcos.— Alexis Comneno II, emperador.—Conspiracion de Andrónico.—Juicio, condenacion y muerte de la emperatriz.

Juan Comneno, emperador.—(1118) El hijo de Alexis se habia visto obligado á apoderarse por las armas del trono á que le llamaban la voluntad de su padre, los derechos de su nacimiento, y la costumbre del imperio. Su madre Irene descendia con sentimiento del puesto supremo, y la ambiciosa Ana Comneno no podia renunciar á la esperanza de dar el cetro á su marido.

La corte estaba llena de intrigas que habrian derribado á un príncipe débil ó injusto; mas el emperador triunfó sin violencia por la serenidad de su valor y sus virtudes suaves. Tuvo una felicidad, rara en todas las cortes, y mucho mas en las de Oriente: su ermano Isaac fué su amigo: nombrado sebastocrátor, dió el ejemplo de la lealtad y sumision. Taronito y Camatero ministros de Juan, eran hom-

bres ábiles y modestos; en fin, el emperador, dando su confianza á un valido, objeto ordinario de la envidia de los cortesanos, y del odio de los pueblos, vió confirmada su eleccion por la voz pública.

Este favorito, llamado Asuch, era turco de orijen: su valor y franqueza, su talento y jenerosidad le granjearon el aprecio comun. Obtuvo el cargo de gran doméstico, que era entonces el principal del imperio. Su mérito justificó su elevacion, y en los reales y en el palacio todos miraban su poder, no como un escollo, sino como un ausilio.

Entretanto Nicéforo Brienne, revestido del título de césar, tenia muchos partidarios adquiridos por su valor, instruccion y su rara ermosura, el favor de Irene y la activa pasion de Ana Comneno. Esta princesa, comparándole al emperador, mal tratado por la naturaleza, pequeño de estatura, contraecho y moreno, queria que Brienne reinára en el imperio, como reinaba en su corazon. No limitándose á estériles deseos, formó una conjuracion para destronar á su ermano y coronar á su esposo. Todos los sábios y filósofos eran del partido de Ana: sus liberalidades ganaron una parte de la guardia. Llegó el caso de que los conjurados fijasen la noche y ora en que habian de dar muerte á su príncipe. El momento fatal se acerca; pero Brienne, jefe de los conspiradores, ó por temor ó por remordimientos no parece. Ana se enfurece y le injuria, diciendo, que «la naturaleza, al formarlos á los dos, equivocó las almas, y dió á la embra la que debia ser del varon.» La conjuracion, malograda por esta causa, fué descubierta en breve, y presos los reos. Esperaban la muerte; pero Juan se contentó con privarlos de sus bienes, y dió al gran doméstico Asuch el magnífico palacio de Ana Comneno. El turco reusó este regalo. «Señor, dijo al príncipe, nunca se debe perdonar á medias: Ana es tu ermana: si olvidas que te ha aborrecido, se acordará de que debe amarte. El mejor medio de desarmar á los conjurados, es la clemencia; sin ella todo triunfo es incompleto.»—El emperador respondió: «Seria yo indigno de reinar, si no sacrificase mi enojo á la virtud, como tú le sacrificas tu interes;» y restituyó á los reos sus bienes y á Ana su cariño. Irene, lejos de ser cómplice de su hija, supo su crímen con o-

rror: «Esos bárbaros, decia, han querido, dando muerte á mi hijo, supultar el puñal en mis entrañas, y causarme mas dolor que el que sentí para darlo á luz.» Renunciando á la ambicion, se retiró á un monasterio fundado por ella.

La clemencia de Juan produjo su efecto ordinario, afirmando su poder; y el pueblo, para consolarle de la fealdad del rostro, atento solo á las cualidades del alma, le llamó *Calo-Joannes*, esto es, Juan el ermoso. Al tomar las riendas del gobierno, vió el emperador que se habian reconquistado de los infieles muchas ciudades y provincias, pero que de nada servian al imperio. Desmembrado antes por los turcos, lo estaba aora por los cruzados, los cuales traian al Oriente las costumbres contajiosas del sistema feudal, orijen funesto de desórden y decadencia.

La monarquía romana y la griega, solo debieron su duracion á la unidad del poder soberano y á la sencillez de sus formas. No habia mas autoridades que el monarca, el senado y el pueblo: es verdad que el ejército tenia mucha influencia, pero debida á la fuerza y á la costumbre, y no al derecho. Los individuos, cualesquiera que fuesen sus dignidades, solo eran ciudadanos y súbditos. De aquí resultaban el órden y la estabilidad, mientras que el Occidente presentaba la imájen de un caos, ó por decirlo así, de un archipiélago de pequeños soberanos, con los títulos de príncipes, señores, duques, condes y barones, sucesores de los régulos de las tribus bárbaras, siempre armados, siempre opresores del pueblo, siempre conservando á los reyes en tutela, y siempre independientes bajo el umilde nombre de vasallos.

Esta era la barbárie organizada. El ejemplo de aquella nobleza orgullosa y turbulenta, relajó muy pronto en Grecia y Asia los vínculos que ligaban á los grandes con el jefe del estado, y aceleró de este modo la caida del imperio.

El nuevo reino de Jerusalen se estendia desde el rio Adonis hasta Ejipto: el principado de Antioquía desde Tarso á Tortosa: el de Edesa desde el Eufrates al Tigris, y el condado de Trípoli desde Maraclea hasta Biblos. Los príncipes latinos, á pesar de sus juramentos, no reconocian mas jefe que al rey de Jerusalen: los emperadores griegos, mirándolos como rebeldes, y pretendiendo siempre la res-

titucion de aquellos paises usurpados, aborrecian en secreto á estos supuestos vasallos con odio tan intenso como el que tenian á los musulmanes.

Por otra parte, las conquistas de los guerreros de Occidente no daban sosiego al imperio; y los turcos, arrojados de Jerusalen, Antioquía, Edesa y Trípoli, se unian con los sultanes de Korassan, Alepo é Iconio, asolaban las provincias imperiales, y llegaban con frecuencia en sus correrías hasta las orillas del Bósforo.

El emperador Juan Comneno estuvo sin cesar en guerra contra ellos durante veinte y cuatro años. El sistema militar estaba mudado, y semejaba al del primer siglo de la república romana. El tesoro agotado no podia sostener muchas tropas regladas, y las pocas fuerzas disponibles habian de hacer frente á veinte pueblos bárbaros en el Norte, á los lombardos y franceses en Iliria, y á los turcos en el Mediodia y el Oriente. La infantería no se estimaba: la caballería era toda la fuerza de los ejércitos: las campañas eran cortas y poco decisivas. Los ejércitos se alistaban con suma prontitud, y con mayor se licenciaban, y dejaban perder en poco tiempo todas las plazas que habian conquistado rápidamente. La decadencia del imperio, hija de la corrupcion de costumbres, se parecia á la barbárie primitiva, tocándose, como sucede en la política, estos dos estremos. En aquel siglo, que recordaba los tiempos fabulosos, se veian mas azañas individuales que movimientos ábiles: los nobles caballeros sucedian á los grandes capitanes: los reyes, príncipes y señores peleaban como soldados mas bien que como jenerales: la fuerza corporal era mas estimada que la pericia; y los guerreros se consolaban de la pérdida de una provincia con el premio del valor, y de una derrota en el campo de batalla con el triunfo en un torneo. Este furor caballeresco dominaba en los campamentos y cortes de los sultanes, como en los palacios y bajo las banderas de los cristianos; en fin, para adquirir gloria, las proezas valian entonces mas que los conocimientos militares.

Victorias de Juan Comneno contra los pueblos del Norte. — (1122) Juan, digno de brillar en aquel siglo por su valor, juntó muchas veces, á imitacion de su padre, el ardid con el atrevimiento. Activo é infatigable,

dirijia á sus ministros en el consejo y á sus jenerales en la guerra. Casi siempre estuvo al frente de sus ejércitos, y abitaba mas tiempo la tienda que el palacio. Su primera azaña fué quitar á los turcos la ciudad de Laodicea en Frijia. Habiendo llegado junto á Sozópolis, mandó á sus tropas que finjiesen uir: así llamó la guarnicion fuera de las puertas, la hizo caer en una celada y entró en la ciudad. Derrotó en batalla campal á los patzinaces, decidió la victoria siendo el primero en acometer, y recibió una lanzada en la pelea. Luego declaró guerra á los servios, los subyugó, y pobló con los prisioneros el territorio de Nicomedia, desierto por los estragos de los turcos.

En Ungria eran preferidos para la sucesion los ermanos del rey á los hijos. El rey Caloman, deseando asegurar el trono á su hijo, hizo sacar los ojos á su ermano Almo: Bela, hijo de este desgraciado príncipe, condenado al mismo suplicio, buscó asilo en Constantinopla. Estevan, hijo de Caloman, subió al trono, muerto su padre; ecsijió del emperador que le entregase á Bela, y habiéndosele negado esto, declaró guerra al imperio. Juan Comneno engañó á los úngaros con la rapidez de sus movimientos, los derrotó y se apoderó de todo el pais situado entre el Savo y el Danubio.

Independencia de Venecia. — (1124) Un yerro político fué causa de una pérdida mas importante que la estéril conquista de la baja Ungría. Hasta entonces habia reconocido Venecia la soberanía del imperio; y los emperadores, en consideracion de unos vasallos tan belicosos, condecoraban á los dogos con las mayores dignidades de su corte. Dominico Miguel, que gobernaba á la sazon la república, venció en muchas ocasiones las escuadras de los maometanos. Envidioso Juan Comneno de sus victorias, le negó una dignidad que solicitaba; y los venecianos, irritados del desaire, tomaron las armas contra los griegos. El emperador los trató de rebeldes y arrojó de sus estados á todos los comerciantes de aquella nacion; mas ellos no tardaron en vengarse de esta injuria. El rey de Jerusalen acababa de morir, y Balduino II, su sucesor, sitiaba á Tiro. La armada veneciana, despues de ayudarle á conquistar la plaza, infestó el Archipiélago, se apoderó de Rodas y Quio, saqueó á Samos, Mitilene y Andros, desembarcó

en el Peloponeso algunas tropas que tomaron á Modon, y volvió á Venecia cargada de botin y de prisioneros. Desde entonces quedó la república separada del imperio y en absoluta independencia. El emperador, con el fin de reparar los daños que causó al comercio esta guerra funesta, formó alianzas útiles con Jénova, Pisa y demás ciudades marítimas de Italia.

Se puso al frente de sus tropas y consiguió muchas victorias contra los turcos: se apoderó de la fuerte ciudad de Castamon, y de casi todas las del Asia menor, y volvió á su capital con gran número de cautivos. Habíasele preparado un magnífico triunfo; pero cuando su carro, tirado de cuatro caballos blancos, apareció en la solemnidad, se vió en él, en lugar del príncipe, una imájen de la Virjen, á la cual este príncipe atribuia su triunfo. La guerra y la devocion eran las dos pasiones de aquel tiempo. En el triunfo de la Virjen el vencedor de los musulmanes iba umildemente con los pies desnudos y una cruz en la mano.

Es sensible que los historiadores griegos de este reinado sólo cuenten los sitios y las batallas, y nada hablen de las leyes y gobierno de este monarca, cuya prudencia celebran tanto ellos como los latinos. Hizo además otras espediciones memorables en Paflagonia, Cilicia y Capadocia.

Bela II, rey de Ungría. — (1131) Rujiero (ó Rojerio), rey de Nápoles y Sicilia, tenia con sus armamentos receloso á Comneno; y así entabló negociaciones con Lotario, emperador de Alemania, para empeñarle en una guerra con aquel príncipe ambicioso. El ciego Bela, protejido por las armas de Juan, logró despues de una guerra feliz ascender al trono de Ungría.

El emperador no perdia de vista la restitucion de Antioquía, solicitada en vano por Alexis: libre de los demás cuidados por las victorias conseguidas, reunió todas sus fuerzas para conquistar aquella plaza.

Guerra entre griegos y cruzados. — (1135) Boemundo II, poseedor del principado de Antioquía, había vencido y hecho prisionero á Leon, rey de la cuarta Armenia, pequeño estado que acababa de fundar en las montañas de Cilicia una tribu de armenios, arrojada por los turcos de su antigua patria. Algun tiempo despues de esta victoria, Boemundo pereció en un

combate contra el famoso Zanguí, sultan de Alepo, á quien los cruzados llamaban Sanguin. Boemundo dejó solo una hija llamada Constanza, y los suyos deseaban que casase con el emperador. Juan, mas ábil en la guerra que en las negociaciones, perdió la ocasion de contraer este matrimonio, que entregaba en sus manos sin combate la capital de Siria.

En este tiempo Raimundo, hijo de lconde de Poitiers, viajaba por Palestina, disfrazado de mendigo, segun la moda aventurera de aquel siglo. Fulques, rey de Jerusalen y tutor de Constanza, se la ofreció con su trono: aceptó Raimundo, casó con la princesa de Antioquía, dió la libertad al rey de Armenia, y se unió con él contra los griegos. El emperador por su parte formó alianza con los turcos contra los cruzados. La ambicion podia mas que la piedad.

Esta guerra fué larga y terrible. El intrépido Juan, á pesar de la aspereza de los sitios y el número de sus enemigos, pasó las montañas, se apoderó de las fortalezas, se hizo dueño de toda Cilicia, y se acampó junto á las murallas de Antioquía. El rey de Jerusalen habia prometido socorros á Raimundo; pero sitiado él mismo en la plaza de Monferrand, imploró la asistencia de los cruzados. El príncipe de Antioquía, y Josselin, príncipe de Edesa, olvidando sus propios peligros, volaron al socorro del rey; pero cuando llegaron á la vista de la plaza, habia ya capitulado.

Volviendo Raimundo á Antioquía, vió sitiada su capital. Hallando recursos en la temeridad, penetra de noche con algunos caballeros en el campamento de los griegos, lo atraviesa, mata los que se le oponen, y entra victorioso en la plaza. El ejército imperial estaba poseido de terror: los soldados eridos por un enemigo que apenas vieron, se entregan á la fuga. El emperador consigue reunirlos, propone una conferencia al príncipe de Antioquía, y le recuerda el juramento que hicieron los cruzados de restituir al imperio las plazas que conquistasen de los infieles. Raimundo decia, que no siendo fiador de las promesas de Boemundo, y habiendo recibido en dote la ciudad con la mano de Constanza, de nadie era vasallo sino del rey de Jerusalen, y que nada podia hacer sin su consentimiento. Consultado Fulques, respondió que los derechos del

emperador eran incontestables. Raimundo, pues, hizo omenaje á Juan, se reconoció por feudatario del imperio, arboló en la ciudadela el pabellon imperial, y estipuló que se abririan al emperador las puertas de la plaza, siempre que quisiese entrar en ella.

Juan, prometiendo por su parte mas de lo que podia cumplir, ofreció estender los dominios del príncipe de Antioquía, añadiendo á ellos las ciudades que pensaba conquistar de los turcos, y eran Berea, Larissa, Epifanía y Emesa, llamadas por los musulmanes Alep, Schizal, Hamar y Hems.

Juan, con su actividad ordinaria, marchando á pie como Trajano, sufriendo el cansancio y el trabajo, y arrostrando las privaciones como el menor soldado, no tardó en entrar en campaña para cumplir su promesa. Los príncipes de Edesa y Antioquía le ayudaron flojamente: tomó algunas ciudades: otras arredraron á los sitiadores por su resistencia. Despues de esta espedicion hizo el emperador su entrada solemne en Antioquía. El patriarca, el clero y el pueblo salieron á recibirle, y los príncipes le llevaban las riendas del caballo.

Recibido en la ciudad, que era el objeto de su ambicion, esperaba hacerse dueño de ella, y declaró á los cruzados, que para asegurar el triunfo contra los infieles era preciso confiarle por algun tiempo la guardia de Antioquía. Los príncipes, sorprendidos de esta demanda, no se atrevian á resistir abiertamente. El conde de Edesa, oponiendo el artificio á la mala fé, pidió tiempo al emperador para disponer el pueblo á la obediencia, y le fué concedido. Sus emisarios sublevan la plebe, los cruzados se arman y atacan á los griegos. El príncipe de Edesa, finjiendo miedo, se echa á los pies de Juan, y le dice que han querido matarle: entretanto el desórden y el peligro crecen: el emperador sale precipitadamente del palacio, y entra en los reales. Los príncipes le suplicaron algunos dias despues que volviese á la ciudad; pero ya era imposible restablecer la confianza, y el emperador, burlado en sus proyectos, volvió á Constantinopla, mancillados sus laureles con una astucia inutil.

Al año siguiente peleó con los turcos en Bitinia y Ponto. Manuel, el mas jóven de sus hijos, de edad á la sazon de diezio-cho años, se arrojó un dia en-

medió de los escuadrones enemigos, y penetró tan adentro, que todo el ejército, acudiendo á socorrerle, pudo dificilmente sacarle del peligro en que le habia puesto su fogosidad. El emperador, renovando el ejemplo de los castigos romanos, dió al jóven príncipe el premio de valor, y le castigó severamente por su insubordinacion. Esta azaña y otras inspiraron á Juan tanto amor á Manuel, que desde entónces le creyó el mas digno de sucederle en el trono. Al mismo tiempo se vió abandonado el emperador por su sobrino, hijo de Isaac. Habia tratado con rigor á este jóven, que irritado uyó de la corte á Iconio, casó con una hija del sultan, recibió en dote muchos castillos, abrazó el maometismo, y tomó el nombre de Zelébis. Mahomet II, que destruyó el imperio de los griegos, descendia, segun se cree, de Soliman Schah, hijo de Zelébis.

Espedicion de Juan Comneno á Siria.—(1142) La fortuna se mostraba siempre favorable al emperador: se apoderó de todas las islas del lago Ascánico. Animado por estos triunfos, resolvió conquistar toda la Siria, echar á los turcos de Palestina, y santificar su corona, poniéndola sobre el sepulcro de Jesucristo. Reuniendo todos sus tesoros y fuerzas, marchó al frente del ejército mas poderoso que se habia visto en Asia en todo aquel siglo. La muerte arrebató á sus dos hijos mayores Isaac, y Andrónico: el tercero, llamado tambien Isaac, quedó en Constantinopla, y el valiente Manuel, el mas jóven de todos, siguió á su padre. Juan, vencedor de los musulmanes, no halló resistencia sino en los cruzados. Antioquía se negó á abrirle sus puertas: el legado del papa Inocencio II le proibió entrar en la ciudad. El emperador irritado mandó entregar á las llamas todo el territorio de Antioquía, sin perdonar, dicen los autores latinos, ni aun á las celdas de los ermitaños.

Como deseaba visitar el santo Sepulcro, el rey de Jerusalen le escribió que tendria á mucha onra recibirle; pero que siendo su tierra muy pobre para mantener un grande ejército, debia venir á ella con solo diez mil hombres. Aceptar esta condicion era entregarse á sus enemigos. Juan disimuló su enojo, y volvió á Cilicia, donde le esperaba la muerte.

Cazando un dia en el monte Tauro, se arrojó sobre él un ja-

balí furioso: el emperador le esperó con intrepidez y le undió su venablo en el cuerpo: mientras el mónstruo derribado luchaba con la muerte, la aljaba del príncipe se volcó y cayó una flecha envenenada que le pasó la mano. El veneno triunfó del arte de los médicos. La inchazon subió al brazo, y como se le propusiese la amputacion, Juan no quiso consentir en ello, y dijo: «No bastan dos manos para llevar las riendas del imperio.»

La enfermedad hizo progresos rápidos, y se le administraron los sacramentos. Resuelto, como Marco Aurelio, á cumplir hasta el último instante las obligaciones de monarca y á morir en pie, no dejó de recibir en su tienda los memoriales de los oficiales, soldados y ciudadanos. Cuando sintió acercarse la muerte, llamó á los jefes de su ejército, y les dijo «Sé muy bien que los principes miran sus estados como patrimonio suyo. Recibí de mi padre el derecho de mandaros; y sin duda creeis que lo transmitiré al mayor de mis hijos. Pero mi amor al pueblo domina de tal modo mis demás afectos, que si ninguno de mi familia mereciese el imperio, buscaria un emperador fuera de ella. Gracias al cielo, mis dos hijos Isaac y Manuel estan dotados de nobles cualidades, y si se tratase de una erencia ordinaria, seguiria el órden de la naturaleza; pero el cetro no es don, sino gravámen, y Dios me manda trasmitirlo al mas capaz de sostenerlo. Vosotros mismos veis si Manuel es digno de mandaros: acordaos de su aplicacion á los negocios, de su bondad activa para con los desgraciados, de la firmeza de su carácter, y lo vasto de su injenio: junto á Neocesaréa debimos la victoria á su valor impetuoso: en circunstancias críticas me ha iluminado su prudencia, y su denuedo me ha salvado de los peligros mas inminentes. Tengo á favor mio grandes ejemplos: Jacob, Moisés y David fueron preferidos á sus ermanos mayores. El bien del imperio es mi último deseo: favoreccdle con vuestros votos.»

Todos los circunstantes respondieron llorando á su príncipe moribundo con esta aclamacion: «Sea Manuel nuestro emperador.» Le revisten la púrpura, le ciñen la diadema, y le proclaman augusto. Manuel con la cabeza baja lloraba en silencio. Dos dias despues murió su padre, á los cincuenta y cinco años de edad y veinticuatro de

reinado. Sus buenas prendas fueron muy superiores á sus defectos, y sus victorias á sus yerros. Piadoso, sóbrio, liberal y clemente, no impuso pena capital á nadie, y en su reinado el mérito y la virtud fueron los únicos títulos para los ascensos.

MANUEL COMNENO, EMPERADOR. — (1143) Si para reinar bien bastase el valor y el talento, seria contado Manuel entre los grandes príncipes; pero no teniendo buena fé, moral ni justicia, no pudo ser ni grande hombre, ni grande rey.

Manuel fué valeroso, ábil y astuto: logró muchas victorias, y sus artificios le libraron de muchos peligros; pero mereció el odio de sus pueblos por su codicia, y el menosprecio del Occidente por sus perfidias. Su ejemplo acabó de corromper la moral pública: las desgracias que hizo sufrir á los cruzados, inspiraron á los latinos el profundo resentimiento que los incitó despues á apoderarse del imperio de Oriente; y fortificando el poder de los infieles, formó y aumentó la tempestad que habia de caer sobre Constantinopla, y someterla al yugo del Coran.

Apenas murió su padre, salió para la capital el gran doméstico Asuch, y se anticipó á los esfuerzos que hubiera podido hacer Isaac Comneno para sostener sus derechos de primojenitura. Este príncipe fué encerrado y custodiado cuidadosamente, y así se proclamó al emperador sin dificultad en Constantinopla. Desde que se supo que se acercaba á la ciudad, salieron á recibirle el senado y el pueblo. La fama de sus azañas le habia precedido, y se le prodigaron los trasportes de alegría, que los pueblos, propensos naturalmente á la esperanza, tributan á sus nuevos señores. Afirmado en el trono que ya no podia disputarle Isaac, se reconcilió con este príncipe, y le volvió la libertad.

Su primer cuidado fué buscar alianzas contra los reyes de Sicilia y Ungría, y con este designio tomó por esposa á Berta, cuñada del emperador Conrado, la cual al recibir la diadema tomó el nombre de Irene. Esta princesa era bella y virtuosa; pero solo el vicio tenia atractivos para Manuel; y así la despreció, y conservó por concubina públicamente á Teodora, hija de su ermano Andrónico.

Como era amigo del dinero y del artificio, elijió ministros avaros é intrigantes. La suerte le condujo bien pronto al único

teatro donde podia brillar. Habiendo los turcos tomado y saqueado á Edesa se volvió á presentar con esplendor en los campos de batalla, y se distinguió como jeneral por los ábiles movimientos, y como valiente por la fuerza de su brazo.

Venció en muchos reencuentros al sultan de Iconio, fué terror de los turcos, los obligó á pedir la paz, y obtuvo de ellos la cesion definitiva de Panfilia y Cilicia, conquistadas por sus armas. Marchó despues contra Raimundo, príncipe de Antioquía, le derrotó, le persiguió hasta las puertas de su capital, y no le concedió la paz hasta que vino al sepulcro de Alexis á pedir perdon de haber faltado á su juramento. El vencedor no se habria reconciliado tan fácilmente ni con Raimundo ni con el sultan, á no ser por el temor que le inspiraban las noticias del Occidente.

SEGUNDA CRUZADA.

(1146.)

Aflijidos el duque de Antioquía, el rey de Jerusalen y el conde de Trípoli de la pérdida de Edesa, que en 1144 el Atabek de Mussul habia quitado á los cristianos, cuarenta años despues de la toma de Jerusalen, y que temian por esta ciudad, imploraron el ausilio de los príncipes católicos, y en particular de Eujenio III, á quien enviaron una diputacion de Oriente á fin de que enviase una segunda cruzada. El papa, lamentando las calamidades de los cruzados y participando de sus terrores, instó al rey de Francia para que acudiese á defender la Palestina. Luis el jóven, echándose en cara el pillaje y saqueo de Vitry, se aprovechó con ardor por consejo de san Bernardo, de este medio de espiarlos. En una asamblea jeneral de sus estados en Vezelay, en Borgoña, el rey y el abad, subidos en un tablado, ecsortaron á la multitud á la guerra santa contra los *adoradores de los ídolos*; porque las preocupaciones de la ignorancia representaban como idólatras á los musulmanes, precisamente enemigos mortales de la idolatría.

No bastando las cruces que se habian preparado para la muchedumbre, que á gritos pedia mas, Bernardo se rompe el sayal de su ábito y permite á cada cual que haga las cruces que quiera de él. Enmedio del entusiasmo que inspiraba en aquellos tiempos la locuela del predicador

Bernardo, se le dió de comun acuerdo el mando de la cruzada; pero demasiado ábil para aceptar tal encargo, se limitó á predicar, y despues de haber sublevado á todo el reino, corrió á desplegar su fulminante zelo en Alemania.

En tanto el abad Sujero, monje de san Dionisio, nacido de una familia oscura, y que por su sabiduría y prudencia se habia elevado al rango de primer ministro de los reyes Luis el Gordo y Luis el Jóven, hizo vanos esfuerzos para impedir que este sacrificase la seguridad de la Francia á una empresa tan peligrosa como temeraria y fanática. Luis, movido no tanto de un zelo ciego como de la ambicion, y de la esperanza de igualar su gloria á la de Godofredo, toma la cruz y se dispone para partir; confia el reino á Sujero y lleva consigo tambien á su mujer Eleonora de Aquitania, tambien cruzada, cuya inconstancia le robó despues tantas provincias como tesoros y soldados le hizo perder la cruzada.

San Bernardo marchó á Alemania. Los historiadores le representan recorriendo las ciudades, haciéndose escuchar en todas partes; aunque no sabemos cómo, pues ignoraba la lengua del pais. Milagreando por la muchedumbre, fué segun él, el *milagro de los milagros*, el persuadir á Conrado III, primer emperador de la casa de Suabia, poco dispuesto á tomar la cruz. En una conversacion particular que con él tuvo Bernardo, insistió sobre las ventajas de una penitencia *tan lijera, tan corta y gloriosa*, sin obtener otra respuesta sino que se deliberaria en el consejo y que al dia siguiente sabria la resolucion. Impaciente por concluir su conquista instó con tanto fuego aquel dia mismo, que el emperador se cruzó al momento. El monje estaba dominado de un entusiasmo verdaderamente grande, pero los resultados no correspondieron á sus esperanzas.

Cada uno de los dos ejércitos tenia, segun se dice, setenta mil hombres de armas. Era la nobleza armada pesadamente, seguida de una caballería lijera mucho mas numerosa; un *hombre de armas* llevaba siempre de comitiva muchos de á caballo. La infantería aunque mucha no se contaba. Tales ejércitos reunidos, obrando de concierto y dirijidos con prudencia, hubieran ejecutado indudablemente grandes cosas; pero van á pere-

cer vergonzosamente. Una especie de delirio parecia conducir á los príncipes al precipicio.

Rujiero, rey de Sicilia, que desconfiaba de los griegos, como los griegos de él, aconsejaba al rey de Francia que siguiese el camino de Italia para ir á Palestina; pero Luis, que confiaba en sus fuerzas, y que no queria que la dificultad de embarcar tan gran número de tropas retardase su marcha, escribió á Manuel Comneno pidiéndole paso libre por el territorio del imperio. Manuel consintió en ello; pero mientras prodigaba al rey de Francia falsas protestas de amistad, dió aviso al sultan de Iconio de la tempestad que contra él se formaba en el Occidente.

Además de Luis el Jóven y Conrado, se componia tambien la cruzada de varios señores brabanzones é ingleses, los cuales se dirijieron por mar á la Palestina, pero antes arribaron á Lisboa y la libertaron del yugo de los sarracenos.

Campaña de los cruzados en el Asia menor.—(1147) El emperador partió antes que Luis al frente de sus tropas. La política deja en el corazon de los príncipes poca fuerza á los lazos de la sangre, y aunque Conrado fuese cuñado de Manuel Comneno, la noticia de la marcha del aleman causó grande terror en Constantinopla.

Sin embargo, Conrado caminó pacíficamente hasta que llegó á Filipópolis; pero cuando pasaron de esta ciudad, los alemanes se entregaron á la liviandad y al pillaje: los griegos en represalias mataron á algunos zagueros, que pasaron del sueño de la embriaguez al de la muerte.

Un pariente de Conrado que quedó en Andrinópoli, fué asesinado: el emperador envió á su sobrino con tropas para vengar aquella muerte, y la ciudad fué asolada por los soldados.

El temor de Manuel crecia á proporcion que los alemanes se acercaban. Procuró inutilmente persuadir á Conrado que siguiese el camino del Quersoneso para ir al Asia: el emperador de Alemania no quiso consentir en ello. Habiendo imprudentemente tomado posicion entre dos rios, una violenta tempestad acrecentó las aguas, y saliendo de madre con impetuosidad, arrebataron tiendas, caballos y soldados, y causaron mas ruina que una batalla perdida en el ejército aleman. Los restos que escaparon del naufrajio, llega-

ron á Constantinopla, y se acamparon cerca de la puerta Dorada.

Los dos monarcas se enviaban recíprocamente embajadores para tener una conferencia; pero su vanidad hizo imposible la entrevista. Entrambos aspiraban al onor de la precedencia, y se jactaban de ser sucesores lejítimos de los emperadores romanos: el uno no queria salir de su ciudad, ni el otro de sus reales. El interés comun cedió al orgullo, y no pudiendo convenirse, renunciaron á verse. Conrado, sin esperar á Luis, atravesó el Bósforo, y entró en Asia con noventa mil quinientos hombres.

Poco despues se puso en marcha el rey de Francia con su corte y ejército. En el camino recibió los embajadores de Manuel, que segun la usanza de su pais le hicieron largos discursos llenos de elojios y lisonjas. Esta locuacidad disgustó á los franceses, y el obispo de Langres dijo: «¿ Para qué sirven todas esas alabanzas? El rey sabe quién es, y nosotros tambien: decid en dos palabras vuestro mandado.» Luis convino con ellos en no tomar ninguna plaza perteneciente al emperador; pero dejó indecisa la cuestion del omenaje por las ciudades que conquistase de los turcos.

Los comanos y patzinaces, escitados secretamente por los griegos, incomodaron la marcha de los franceses y mataron á muchos. Se dió queja al emperador, que prometió castigar á los agresores, y no cumplió su palabra.

Luis se acampó á la vista de Constantinopla: allí supo que Manuel acababa de firmar una tregua de doce años con los turcos. Todo le probaba la mala fé de los griegos; y la relijion y la política hacian imposible la concordia de las dos naciones. Los occidentales miraban como erejes á los cristianos de Oriente, y matándolos creian hacer una obra piadosa. Los griegos por su parte despreciaban á los latinos como idólatras y purificaban el altar donde habia dicho misa uno de sus sacerdotes. A pesar de tantos motivos de desconfianza, Luis, naturalmente sincero, se dejó engañar por las protestaciones de Manuel y por las señales de amistad que la emperatriz prodigaba artificiosamente á la reina.

Entró en la capital recibido como en triunfo por el senado y el pueblo, y fué al palacio del emperador: en las conferencias

hubo cordialidad, finjida de parte de Manuel, y verdadera en Luis.

Los griegos celebraron la llegada del rey de Francia con juegos, fiestas y magníficos banquetes. Como san Donisio es el patron de Francia, el lisonjero Manuel ostentó en la iglesia de santa Sofía, el dia del apóstol de Galia, todo el lujo de su corte, todas las riquezas de Oriente y toda la pompa del clero griego.

Luis, satisfecho de este recibimiento, partió sin desconfianza, y desembarcó en la playa de Asia. Durante el tránsito hubo algunas reyertas entre griegos y franceses, y muchos de estos perecieron por la perfidia de sus aliados. El emperador ecsijió de los barones franceses juramento de fidelidad: el conde de Auvernia y el marqués de Monferrato no quisieron prestarlo; y como se les amenazase con la violencia, tomaron las armas y saquearon las cercanías de la capital. Luis intervino en la disputa, y los obligó á prestar fé y omenaje á Manuel.

Al mismo tiempo advertia Rujiero al rey de Francia que se precaviese contra los artificios de la corte de Oriente, y le aconsejaba que se hiciese dueño de Constantinopla. Manuel por su parte instaba á Luis á que uniese sus armas á los griegos para reprimir la ambicion del rey de Sicilia. Luis, cuyo único objeto era la guerra contra los musulmanes, desechó las propuestas de entrambos príncipes (1147). El pérfido Manuel, de acuerdo con los turcos, habia dado al emperador de Alemania guias infieles que dirijieron su marcha por los caminos montuosos de Capadocia. En este penoso viaje los griegos, puestos en emboscada, unas veces mataban á los alemanes, otras les daban arina mezclada con cal: en todas partes se les negaban los víveres, y se les cerraban las puertas de las ciudades. Cuando hubieron entrado en los desfiladeros del monte Tauro, se vieron abandonados por sus guias, y envueltos por una multitud de maometanos, que coronando las alturas, cerraron los pasos, y atacándolos sin intermision con el hierro y el ambre, destruyeron los nueve décimos del ejército.

No habiendo podido salvar Conrado, de esta ruina mas que diez mil hombres, se abrió paso con ellos haciendo prodijios de valor, y se reunió con Luis en Nicea. Algunos dias

marchó con los franceses; pero avergonzado de verse sin tropas siguiendo á un rey de Francia, le dejó al llegar á Efeso, y se volvió á pasar el invierno en Constantinopla, donde, como ya no inspiraba temor, fué recibido con alegría maligna.

AZAÑAS Y VUELTA DE LOS CRUZADOS. — (1148) El emperador de Oriente habia formado el proyecto y concebido la esperanza de destruir tambien á los franceses; pero Luis, evitando el lazo, tomó guias seguros, atravesó llanuras fértiles, pasó el Meandro, derrotó á los turcos, y llegó á Laodicea donde creia hallar subsistencias; pero la guarnicion griega evacuó la ciudad, se llevó los víveres, y se unió á los musulmanes. Nadie quiso servir de guia á los franceses: cuando llegaron á las montañas de Pisidia, fueron acometidos por los turcos y perdieron mucha jente. Luis, sus caballeros y la flor de su ejército no se salvaron sino haciendo prodijios de valor. El rey, peleando siempre, llegó á Satalia, llamada antiguamente Atalia, y en este puerto se embarcó para Palestina, dejando en él todos los enfermos del ejército y algunas tropas para guardarlos: los sarracenos, avisados por los griegos, vinieron sobre la plaza, y degollaron á aquellos desgraciados indefensos.

Luis mostró su valor en muchos combates delante de Antioquía y de Jerusalen: sitió despues á Damasco; pero la traicion de un griego malogró esta empresa. Conrado, que habia vuelto á reunirse con él se embarcó despues de esta espedicion en San Juan de Acre, y volvió á sus estados sin tropas, sin dinero y sin gloria.

Luis, mas constante, permaneció todavía dos años en la tierra santa; pero habiendo luchado inútilmente contra la fuerza de sus enemigos y la mala fé de sus aliados, volvió á Francia, donde le esperaban otros pesares.

Su navegacion fué peligrosa: en el camino encontró la escuadra de Rujiero, que á la sazon estaba en guerra con Manuel, y se unió á la suya. La escuadra imperial se encontró con la siciliana, y le dió batalla. El rey, segun algunos historiadores, se libró mudando el pabellon, y escapándose de las armas griegas con un ardid griego. Otros dicen que fué hecho prisionero, y que le sacó del cautiverio el almirante de Sicilia. El mal écsito de esta segunda cruzada, debido

á la imprudencia de los latinos y á la perfidia griega, afirmó el poder de los musulmanes. Desde entonces profesaron los príncipes de Occidente odio implacable á los griegos, y juraron la ruina de su imperio.

GUERRA DE RUJIERO CON MANUEL. — (1150) Rujiero, rey de Sicilia, animado por este odio, y por el deseo, ereditario en su familia, de conquistar el trono de Oriente, no tardó en mover sus armas contra los griegos. Habia pedido por esposa á una hija del emperador Juan Comneno. Manuel rompió la negociacion, apenas subió al trono, y aprisionó á los enviados del rey: esta violencia dió orijen á una guerra funesta para el imperio. Rujiero se apoderó casi sin ostáculo de Corfú, taló las playas del Peloponeso, entró á escala vista en Tebas, y saqueó á Corinto, que fué despojada segunda vez de las riquezas que el comercio le daba.

Habiendo reunido Manuel todas sus fuerzas, atravesó la Tracia, derrotó á los patzinaces, entró en Iliria y sitió á Corfú. Venecia le envió una escuadra ausiliar. Isaac Comneno murió peleando contra los sicilianos, y antes de espirar recomendó á su hijo Andrónico que le vengase tanto de los enemigos á cuyas manos perecia, como del mismo Manuel, «que usurpa, le dijo, mi trono.» Andrónico lo prometió; y cruel y ambicioso, cumplió despues con arta fidelidad su juramento.

El sitio de Corfú fué largo, sangriento y ostinado: Manuel tomó por asalto la ciudad, y los sicilianos se retiraron. Los griegos y venecianos disputaron entre sí los despojos de los vencidos, y se dieron una furiosa batalla, en que pereció la flor de ambos ejércitos. Asuch, que habia contribuido poderosamente al buen écsito del cerco, fué menos dichoso por la mar, y cerca de Ancona la escuadra siciliana dió á la suya una rota que la destruyó casi toda. El emperador, aprovechándose de la retirada de Rujiero, se apoderó de gran parte de la Dalmacia y volvió á Constantinopla, donde fué recibido en triunfo. Su victoria se celebró con un torneo, juego militar, cuya aficion y uso introdujeron los latinos en Oriente. En este tiempo nació María, hija de Manuel, célebre despues por su ermosura, sus pasiones y sus infortunios.

BATALLA DEL DRAVO Y SUMISION DE LOS SERVIOS. — (1151)

Rodeado el imperio de enemigos, estaba como Roma naciente, en perpétua guerra. El emperador tuvo que pelear contra los úngaros y servios: dióles batalla junto al Dravo, y en ella, Baquin, jeneral de los úngaros, acometió á Manuel cuerpo á cuerpo, y le rompió el yelmo de un tajo: iba á segundar, cuando el emperador, quitándole el sable, se abrazó con él, lo sacó de la silla y se lo llevó prisionero. Esta proeza decidió la victoria, y los servios se sometieron.

Manuel persiguió á los úngaros, y entregó á las llamas el palacio de su rey Jeisas. Este príncipe, que volvia de las fronteras de Rusia, dió batalla al emperador, fué vencido y se sometió á las condiciones que quiso imponerle Manuel.

Conspiracion de Andrónico Comneno. — (1152) Este nuevo triunfo escitó en el ánimo de Andrónico una violenta envidia. Ningun hombre ocultó bajo un esterior mas agradable un alma mas orrible. Vencia en elocuencia, fuerza y valor á los oradores, atletas y caballeros de su tiempo: pocos tiranos le igualaron en perversidad, crueldad y disolucion. El vicio reinaba entonces con escándalo en la corte de Oriente. Manuel vivia criminal y notoriamente con Teodora su sobrina, y Andrónico con su prima Eudosia, ermana de Teodora. La conformidad de aficion á la guerra y á los placeres, produjo en estos príncipes una amistad bastante sincera de parte de Manuel, pero pérfida de parte de Andrónico. Este, siguiendo en el seno de la liviandad el hilo de sus artificios, aspiraba al trono. Cantacuzeno, su cuñado, descubrió sus proyectos y logró escitar contra él la desconfianza del emperador. Para alejar á este ambicioso, se le envió á Cilicia, donde peleó contra los turcos con valor, pero sin dicha. No ostante Manuel, por un resto de amistad, le dió los ducados de Neisa y Castoria, vestijios del sistema feudal, imitado de los latinos, introducido en el imperio griego y que arruinaba su fuerza dividiéndola.

Mientras mas se elevaba Andrónico, mas odio inspiraba á los grandes. Los principales oficiales del ejército formaron una conjuracion para matarle. En medio de las sombras de la noche rodean su tienda; pero Eudosia, oyendo el ruido de sus pasos y de las armas, le despierta, y quiere vestirle de mujer para que se salve. Andrónico reusa aquellos vestidos, «que ha-

rian, dice, ignominiosa mi fuga ó mi muerte:» salta de la cama con el sable en mano, derriba á los primeros que encuentra, y se libra de sus golpes saltando un vallado.

La corrupcion de costumbres hacia entonces tan comunes los vicios, las astucias y aun los crímenes, que muchas veces se les miraba como culpas lijeras. El emperador se reconcilió con Andrónico, y este ambicioso se aprovechó de su induljencia para conspirar contra él con los reyes de Jerusalen y Ungría, el sultan de Iconio, y el emperador Federico, sucesor de Conrado. Seguro del apoyo de estos príncipes, puso en emboscada, cerca de una selva, algunos bárbaros para que asesinasen al emperador. La trama fué descubierta, y Andrónico puesto en prision.

Guerra de Manuel con Guillermo, rey de Sicilia.—(1154) El rey de Ungría que volvió á tomar las armas, aceptó de nuevo la paz. Rujiero acababa de morir, y Guillermo, su hijo, continuó la guerra. Manuel envió á Italia á Miguel Paleólogo, que se apoderó de Bari y de otras muchas plazas. Su talento y valor, y el gran número de ciudades que se declararon á favor suyo, dieron esperanza á Manuel de recobrar la Italia; pero Miguel Paleólogo murió, y cambió la fortuna de los griegos. Sin embargo, Juan Ducas, que le sucedió por algunos dias, siguió su ejemplo, consiguió una victoria naval, y se apoderó de Brindis: mas desgraciadamente el emperador le quitó el mando para darlo al príncipe Alexis, hijo de la célebre Ana Comneno.

Victorias de Guillermo contra los griegos.—(1156) Este jóven sin esperiencia, educado en palacio, é ignorante en la guerra, se presentó en el ejército, mas bien como cortesano que como jeneral. Los reveses sucedieron á los triunfos, la confianza se perdió, y los italianos ausiliares abandonaron los estandartes del emperador. El rey Guillermo dió batalla á los griegos, y la ganó, quedando prisioneros suyos Alexis y Juan Ducas. Sus tropas, uyendo sin jefes y sin órden, fueron destrozadas: Brindis abrió sus puertas al vencedor: Bari se rindió: los señores italianos rebeldes fueron colgados ó mutilados: la escuadra italiana atacó á la griega en la costa de Eubea, á la vista de Negroponto, penetró en su linea, y quemó la mayor parte de sus buques.

Poco despues los sicilianos, dueños del mar, desembarcaron tropas cerca de Constantinopla, dispararon flechas doradas al palacio, robaron en Blaquernas el jardin del emperador, proclamaron á Guillermo junto á las murallas de la capital del imperio rey de Sicilia, Calabria, Pulla, Aquileya y de las islas del mar Adriático, y habiendo insultado así á Manuel, se volvieron triunfantes á Italia.

PAZ ENTRE GRIEGOS Y SICILIANOS.—(1158) Manuel enfurecido escribió á Guillermo muchas injurias, amenazándole que marcharia á Italia con todas sus fuerzas, si no dejaba las armas. El rey de Sicilia, mas ábil ó mas moderado, opuso á tan vana jactancia una modestia prudente: teniendo consideracion á la vanidad del enemigo vencido, le respondió, que en vez de irritarse por los caprichos de la fortuna, debia jactarse de habér adquirido mas gloria que todos los emperadores posteriores á Justiniano. «Has ganado, le decia, grandes batallas: has conquistado trescientas plazas, é inundado la Italia de sangre. Basta ya de venganzas: dejemos respirar la umanidad. Te conjuro, en nombre de Dios, á que me concedas la paz, como el gran Alexis, tu abuelo, la concedió en otro tiempo á Roberto Guiscard.» Estos ruegos y esta deferencia sosegaron las tempestades que la vanidad ofendida escitaba en el corazon de Manuel, y firmaron paces por treinta años.

VICTÓRIAS DE MANUEL CONTRA LOS TURCOS.—(1160) Su actividad, incapaz de sosiego, le hizo llevar sus armas al Asia. Raimundo, príncipe de Antioquía, habia muerto en una batalla contra Norandino, sultan de Alepo. Reinaldo de Chatillon casó con su viuda, protejió á su hijo, y creyendo aprovecharse de la guerra entre Manuel y los sicilianos, entró en Cilicia, conquistó muchas plazas, y envió sus bajeles á talar la isla de Chipre.

El emperador, libre ya de los sicilianos, disimuló su enojo, finjió marchar contra los turcos, se presentó de improviso en Armenía, cautivó al rey de aquel pais, se apoderó de Cilicia, ocupó á Tarso, y marchó contra Antioquía. Temiendo entonces Reinaldo la venganza del emperador, se presentó á él con los pies descalzos, le prometió fidelidad, obediencia y socorro, y recibió de su mano un patriarca griego.

Balduino III, rey de Jerusalen, cuya esposa era sobrina del emperador, estaba en el ejército griego con la esperanza de obtener los despojos de Reinaldo; mas no halló á Manuel dispuesto á engrandecer su pequeño reino. El emperador entró triunfante en Antioquía: segun la costumbre del tiempo asistió á un torneo, en el cual derribó con su lanza á dos caballeros latinos.

Despues marchó contra Alepo; pero el sultan evitó, sometiéndose, la tempestad que le amenazaba, y obtuvo la paz, dando libertad sin rescate á seis mil cristianos. Durante esta corta campaña, un dia que el emperador y el rey de Jerusalen cazaban en un bosque, descubrieron una celada de veinticuatro turcos que los aguardaban para matarlos. Los príncipes tenian poca guardia, y el terror fué grande. Solo el intrépido Manuel, mirando la uida como un oprobio, acometió con los suyos á los sarracenos, y los hizo pedazos. Cayó Balduino del caballo, y se rompió un brazo: Manuel, sin esperar los cirujanos, se lo curó y vendó. En aquella época los príncipes, como llevaban la vida de caballeros andantes, se instruian en la ciencia mas necesaria á la carrera de las aventuras. El emperador volvió á Constantinopla, donde se detuvo poco, por haber vuelto los turcos á tomar las armas. Acometiólos por todas partes, venciólos en muchos reencuentros, y obligó al sultan Azzedin á restituirle un gran número de plazas.

En esta época (1158) murió la emperatriz Irene. Manuel, que no habia hecho caso de ella durante su vida, conoció su mérito cuando la hubo perdido, y onró su virtud con pesares que ya eran tardíos.

El sultan Azzedin, para conciliarse el ausilio del emperador contra los cruzados, vino á Constantinopla. La magnificencia del palacio, la pompa de la corte, el esplendor del príncipe, sentado en su trono de oro, enriquecido de pedrerías, y rodeado de los grandes y senadores, deslumbraron al príncipe musulman; pero aumentaron quizá en el ánimo de los infieles el deseo de apoderarse de aquella ciudad, que era entonces el centro y el depósito de las riquezas del mundo. Manuel, queriendo pasar á segundas nupcias, aceptó primero la mano de una hija del conde de Trípoli; el padre hizo enormes gastos para el ca-

samiento: mas el emperador, mudando repentinamente de designio, casó con María de Austria (1160), cuya ermosura le habian celebrado. El conde, en venganza de esta injuria, armó las galeras que estaban destinadas á conducir su hija á la corte, hizo orribles estragos en el Archipiélago, y saqueó las playas del Bósforo.

EMBAJADA ENVIADA A CONSTANTINOPLA POR EL PRESTE JUAN. — El emperador tuvo que sostener otra guerra contra los úngaros; y como Federico, emperador de Alemania, invadió á Italia, y hacia temblar á Roma, Manuel sublevó con sus artificios muchos príncipes contra aquel guerrero. Los historiadores hablan de la embajada enviada en 1165 á Constantinopla por el preste Juan, al cual representan como jefe de un pueblo de asesinos, fanatizados por él, y dispuestos á arrostrar la muerte por servirle, y á dar de puñaladas á sus enemigos, cualquiera que fuese su poder y distancia, y aunque fuesen los reyes mas grandes del mundo. Todas las circunstancias de esta narracion parecen fabulosas. Este príncipe, cuyo nombre espantaba entonces á todos, no era mas que el jefe de una pequeña tribu, establecida en las gargantas del Líbano, que ejercia sobre ella la autoridad civil y relijiosa.

Manuel, despues de haber tomado en Ungría cincuenta y siete plazas, ganó una batalla campal, se apoderó de Zeugmina, y obligó á los úngaros á pedirle la paz. La muerte de Guillermo, rey de Sicilia, que sucedió en esta época, libertó al imperio de un enemigo ábil y ostinado. Andrónico, habiéndose escapado dos veces de la prision, se refujió en Rusia. El emperador, conociendo su astucia, y temiendo que llamase sobre el imperio las armas de sus nuevos protectores, le perdonó sus crímenes pasados, y le mandó venir á la capital. Nada podia mover el corazon, reprimir los vicios ni satisfacer la ambicion ardiente de aquel príncipe faccioso. Andrónico tuvo la osadía de robar á Filipa, ermana de la emperatriz, y de llevársela á Cilicia. Burlando el enojo y las órdenes del emperador, pasó á Jerusalen, y sedujo á Teodora, viuda del rey Balduino. Este último escándalo puso el colmo á la ira del emperador: envió á todos sus oficiales órden de prender á Andrónico y sacarle los ojos. Pero este príncipe, seguido de su

nueva manceba, se refujió á Iberia, se alistó en las banderas del sultan de Coronea, y haciendo guerra al imperio, mereció la condenacion y la escomunion que los tribunales y el patriarca fulminaron contra él.

Los úngaros volvieron á las armas, y el ejército imperial les dió una sangrienta batalla junto á Zeugmina. Manuel estaba enfermo á la sazon, y no pudo hallarse en ella. Sus jenerales consiguieron la victoria: mas se peleó tan encarnizadamente de una y otra parte, que los griegos dejaron en el campo de batalla la mitad de sus tropas, y el ejército úngaro quedó casi enteramente destruido.

Los ospitalarios, los templarios y los caballeros teutónicos. — Despues de este último triunfo, Manuel, de acuerdo con Amaury, rey de Jerusalen, quiso invadir el Ejipto, y echar de él á los maometanos. La fuerza de los cruzados variaba entonces sin cesar: á veces se acrecentaba con la llegada de socorros de Europa: á veces se disminuia con la partida de los peregrinos.

Para obiar este inconveniente, la política papal creó una especie de milicia eróica, pero estravagante, digna del siglo en que lo sagrado y lo profano se confundian de tal modo que se creia poder amalgamar las prácticas tranquilas de un fraile, con las cualidades de un guerrero. Estos fueron los caballeros ospitalarios, los templarios y los caballeros teutónicos, los cuales cuidaban al principio de los enfermos en los ospitales, tomaban el incensario en la iglesia, y repartian tajos y reveses en los campos de batalla. Hiciéronse famosos como guerreros, pero fueron malos monjes como era consiguiente. Retardaron la pérdida de la Palestina, y despues de dominado el Oriente por los musulmanes fueron uno de los antemurales mas firmes para defender las rejiones occidentales. Pero por una consecuencia natural los monjes caballeros, colmados de bienes y privilejios por sus azañas, se hicieron á poco guerreros ambiciosos, licenciosos, disolutos, arrogantes, enemigos unos de otros, y sus mútuos odios debilitaron á los cristianos. Tenian la condicion y la funesta influencia de frailes, y fué necesario despues concluir con ellos.

Estos frailes guerrilleros y los soldados que se pudieron reunir, marcharon bajo el man-

do de Amaury, tomaron algunas plazas, y sitiaron á Diameta. Manuel les habia enviado un numeroso cuerpo ausiliar con una escuadra á las órdenes del conde Estéfano. Los árabes y turcos se defendian con valor; pero hubieran sucumbido á no ser por la discordia que se movió entre los sitiadores. Despues de muchos esfuerzos inútiles, Estéfano manda dar el último asalto: ya los griegos salvaban las murallas, y se creian seguros de la victoria, cuando Amaury, que habia tratado en secreto con el sultan, encadena su valor, y les declara inesperadamente que la paz está hecha. Esta ó debilidad ó traicion renovó el odio de los griegos á los latinos: unos volvieron á Palestina y otros al imperio.

PRIMERAS AZAÑAS DE SALADINO. —(1171) Crecia entonces entre los infieles un grande hombre. Este fué Saladino, natural de Curdistan: desde el grado de emir se habia elevado á la dignidad de sultan de Ejipto. Su jenio, valor, justicia y jenerosidad, le hicieron objeto del terror, y al mismo tiempo de la admiracion de los cristianos. Su gloria y poder eclipsaron en breve el de los demás sultanes, y los árabes y turcos acudian de todas partes á alistarse bajo sus banderas.

Habiéndose propuesto Saladino echar de Oriente á los cristianos, entró en Palestina, tomó á Gaza y aterró á Jerusalen. El interés comun acalló por un momento el odio de los latinos y griegos. El mismo Amaury vino á Constantinopla á pedir socorro á Manuel, empeñado entonces en la guerra contra los venecianos, por haber insultado imprudentemente á su embajador Enrique Dandolo: — el peligro que amenazaba á la relijion, puso fin á esta guerra.

GUERRA DE MANUEL CON LOS TURCOS Y BATALLA DE MIRIOCEFALAS. —(1176) El emperador marchó contra los turcos, tomó muchas plazas, y se apoderó de Dorileo. Pero la fortuna, que hasta entonces habia favorecido sus armas, le abandonó; y la llanura de Miriocéfalas fué el sepulcro de su gloria militar. Los sultanes de Alepo é Iconio, y todos los turcos de Persia y Siria se reunieron contra él. Despues de una batalla larga y sangrienta entre los dos ejércitos, animados de igual furor, los griegos cejan, los turcos vencen y hacen espantosa carnicería en sus enemigos, que uyen ó mueren. Solo Manuel, perdida la

victoria, procuró y buscó la muerte. Lánzase enmedio de los turcos: su escudo está erizado de flechas, su cuerpo cubierto de eridas: abandonado y teñido en sangre, aun le temen los enemigos, y la multitud asombrada no le acomete sino con miedo: rodeado de víctimas inmoladas por su acero, resuelve en fin retirarse, y salta en un caballo: le persiguen, tres turcos intrépidos le alcanzan, pero mueren á sus manos: diez jinetes griegos llegan en su socorro, y con ellos desbarata y atraviesa muchos escuadrones sarracenos, y se reune en fin con las reliquias de su ejército.

Parecia que su valor prodijioso no habia hecho mas que retardar algunos instantes su ruina: en breve un ejército innumerable de turcos rodeó su débil campamento, y llenó todas las tiendas de las saetas que lanzaban. Los griegos esperaban la muerte, cuando repentinamente el sultan, ó por admiracion á un enemigo tan valiente, ó por lástima de un monarca tan desgraciado, le propuso jenerosamente la paz.

Manuel consintió en ella, y se obligó á rendir las plazas que habia conquistado y á demoler las ciudades de Sublea y Dorileo.

NUEVA GUERRA CON LOS TURCOS. —(1177) El emperador, en la relacion que escribió de esta fatal jornada, comparó su suerte á la de Romano Diójenes; pero si mostró el mismo valor que él, no la misma virtud; pues en desprecio de las condiciones firmadas conservó las fortificaciones de Dorileo, reunió nuevas tropas, y volvió á comenzar la guerra. Venció dos veces á los turcos junto al Meandro; pero estos triunfos de poca monta no pudieron disipar la melancolía que se habia apoderado de su ánimo desde el desastre de Miriocéfalas.

Los dos últimos sucesos importantes de su reinado fueron el casamiento de su hija con el marqués del Monferrato, al cual dió título de césar, y el de su hijo Alexis, que casó con Inés, hija del rey de Francia. Su muerte se acercaba con celeridad; y sin embargo, engañado por unos astrólogos que le pronosticaban larga vida, no queria creer que su fin estuviese tan prócsimo, hasta que el esceso de su debilidad disipó la ilusion: tomó el ábito de monje; — entonces se esperaba la espiacion de los mayores vicios, cubriéndose con el sayal y renunciando tardíamente á un mundo que se iba á dejar.

Falleció el 24 de setiembre de 1180, á los cincuenta y cinco años de su edad y treinta y siete de reinado. Valiente soldado, mal príncipe y aliado infiel, oprimió sus pueblos, señalando ciudades y provincias para el pago de las lejiones. Con él acabó la gloria de los Comnenos.

Alexis Comneno II, emperador. —(1180) La actividad belicosa de Manuel no dió al imperio mas que un esplendor aparente. Saqueado el territorio por los cruzados y los musulmanes, carcomido el interior por la corrupcion de costumbres, los desórdenes de la administracion, las rapiñas de los guerreros, la avaricia de los ministros y la ambicion de los grandes, y amenazada la frontera por los sicilianos, turcos, búlgaros y úngaros, estaba entregado enmedio de tantas tempestades á la debilidad de un niño, cuya esposa tenia once años como él. Era necesario un hombre de jenio para sostener el trono vacilante, y se confió su custodia á una mujer flaca y liviana. María, viuda de Manuel, habia tomado el ábito de monja pocos dias antes de la muerte de su marido; pero siendo jóven, bella y ambiciosa, no pudo sufrir el cláustro, y salió de él para encargarse de la tutela de su hijo.

María amaba perdidamente á Alexis, sobrino de Manuel, y á la sazon protosebasto: dueño del corazon de la emperatriz lo fué del imperio. Esta pasion estuvo oculta hasta entonces con gran secreto; y asi los cortesanos jóvenes, enamorados de la belleza de María, los intrigantes, escitados por el deseo de enriquecerse, y los grandes, inflamados de ambicion, rindieron sus omenajes á esta princesa, la cual con una coquetería tan diestra como criminal favorecia á los unos, animaba á los otros, y daba esperanzas á todos. Mas cuando se entregó sin reserva al amante que preferia, todos se reunieron contra ella: el protosebasto fué el objeto del odio comun, la emperatriz del desprecio, y el niño emperador de la compasion. Alexis solo se entretenia con juegos y la caza: el protosebasto irritaba el descontento público con su orgullo y sus profusiones; pero la tempestad que habia de derribarle, se formaba fuera de Constantinopla.

Conspiracion de Andrónico. —(1181) Manuel, algun tiempo antes de morir, habia encargado á unos emisarsos diestros que re-

basen y le trajesen á Teodora, reina de Jerusalen, refujiada con Andrónico, como hemos dicho, n los estados del sultan de Coronea. Sus órdenes fueron ejecutadas, y desde que Andrónico supo que aquella princesa estaba en poder del emperador, no pudiendo vivir sin ella, y deseando tenerla en su compañía, imploró la clemencia de Manuel, el cual á pesar de los atentados de aquel príncipe pérfido, le conservaba siempre algun cariño; y apenas vió á su culpable sobrino, tan astuto como ambicioso, postrado al pie del trono, derramando lágrimas finjidas y mostrándole una cadena muy pesada que traia ceñida al cuerpo, en espiacion, segun decia, de sus culpas, le perdonó y le señaló por residencia á Eneo, ciudad del Ponto.

Andrónico le juró inviolable fidelidad, y prometió bajo juramento descubrirle á él y á su hijo todas las conjuraciones tramadas contra ellos, de que tuviese conocimiento. Apenas supo en su retiro la situacion de la capital con el nuevo gobierno, concibió esperanzas de aprovecharse de las turbulencias escitadas por la pasion loca de la emperatriz y el orgullo tiránico de su amante. Socolor de cumplir el juramento que habia hecho de revelar cuanto le pareciese dañoso al imperio, escribió al jóven Alexis, al patriarca Teodosio y á los principales personajes de la corte, que la ambicion del protosebasto y la flaqueza criminal de María, ultrajando la majestad imperial, escitaban las justas murmuraciones de los pueblos y del ejército, animaban la osadía de los enemigos del estado, y ponian el trono en el borde del precipicio. El protosebasto favorecia con su conducta los designios de Andrónico: gobernaba el imperio como dueño absoluto, sacrificaba los grandes á su envidia, el pueblo á su codicia y el tesoro á sus liviandades; y todos estaban dispuestos á conspirar contra él.

La hija de Manuel, llamada tambien María, y cuyo esposo Juan Comneno tenia el título de césar, entró en la conjuracion. Se formó el proyecto de asesinar al favorito en la iglesia; pero al tiempo de ejecutarlo, fué descubierta la traicion y presos la mayor parte de los conjurados: alzáronse los cadalsos é iba á correr la sangre, cuando la princesa María se escapa, corre á santa Sofía, *llama* al pueblo en su socorro, y le dice: «Libertad la hija de vues-

tro emperador del yugo de una madrastra y de su indigno amante.» El patriarca se declara su protector: el pueblo toma las armas. La emperatriz le envió á ofrecer su perdon; pero la altiva princesa respondió: «Yo soy la que tiene que perdonar, y vengo en ello, si el protosebasto sale de la corte.»

Despues de esta respuesta atrevida se aumentaron sus fuerzas con un cuerpo de tropas estranjeras. La multitud furiosa llega, y el palacio del protosebasto es entregado al saqueo. El favorito llama las tropas que estaban acampadas al otro lado del Bósforo: acuden, y arde la guerra civil enmedio de la capital. Peléase en las cercanías del palacio; el césar Juan que mandaba los rebeldes, es rechazado. El patriarca no consiguió restablecer la paz, sino despues de tres dias de combates: la emperatriz concedió una amnistía; pero la tranquilidad duró pocos momentos.

El protosebasto manda al patriarca salir de la ciudad, y al punto vuelve á comenzar el alboroto: todo el pueblo sigue al pontífice y le trae en triunfo. Andrónico, informado de estos sucesos, ve que todas las cosas están preparadas para la ejecucion de sus designios. Alista tropas, declara que solo toma las armas para librar á su jóven príncipe espuesto á la insolencia de un ministro malvado y de un pueblo sedicioso. Este hombre, que por satisfacer sus criminales amoríos se habia burlado siempre de las leyes divinas y umanas, tomó entonces la máscara de la relijion y de la virtud: parecia que solo le animaba la lealtad á su emperador, y que solo aborrecia la ambicion del protosebasto y los vicios de su querida: y no salian de su boca sino palabras sacadas de los libros santos.

Si no hubiera tenido que pelear mas que con el favorito, nadie habria defendido á este hombre soberbio; pero la emperatriz madre con su ermosura y sus flaquezas habia sabido conservar el afecto de muchos amantes que abrazaron su causa. Juan Ducas cerró las puertas de Nicea á las tropas de Andrónico: Juan Comneno, gran doméstico de Oriente y prefecto de Tracia, tomó las armas contra él: Andrónico Anjel, que mandaba un ejército, vino á pelear con los rebeldes, aunque mostró su incapacidad dejándose vencer, y su inconstancia pasándose á las banderas del vence-

dor. Andrónico, fortificado con esta victoria y defeccion, llega á Calcedonia: todo el pueblo de la capital acude á la playa para invitarle á pasar el Bósforo; pero como no tenia bajeles, el almirante Contestéfano le dió los del emperador: la guardia deserta y se le reune: el pueblo y algunos varangas arrestan al protosebasto. Sus amigos uyen de él, sus aduladores le insultan, sus víctimas se vengan: arrástranle á los pies de Andrónico que le mandó sacar los ojos.

El vencedor pasa el Bósforo: los mas orribles desórdenes preceden y acompañan la entrada de este nuevo Neron, que iba muy pronto á superar las mal dades del antiguo.

Como el protosebasto habia favorecido á los latinos, el odio del pueblo contra ellos se trocó en furor: prende á los unos, asesina á los otros, saquea las casas de todos: degüella á un cardenal, enviado del papa, y ata su cabeza á la cola de un perro; y lo que apenas puede creerse, si se olvidase que el fanatismo es mas sanguinario que la impiedad, se vió á una multitud de sacerdotes y de frailes griegos forzar las puertas de un ospital y asesinar á muchos caballeros de san Juan de Jerusalen que lo servian.

Escapáronse los comerciantes latinos que pudieron refujiarse al puerto y á sus buques. Estos numerosos fujitivos, sedientos de venganza, entraron á fuego y sangre en las islas del Archipiélago, las costas de la Propóntide y del Helesponto; arruinaron los monasterios, mutilaron y dieron muerte á los sacerdotes griegos, se apoderaron de todos los buques que encontraron, trajeron á sus paises mas riquezas que se les habian quitado, y esparcieron en el Occidente las semillas de un odio profundo, que veinte años despues arruinó el imperio de los griegos.

Entretanto el pueblo de la capital, instable en sus juicios, olvidaba la vida anterior de Andrónico, sus vicios, conjuraciones y adulterios, y su desercion á los musulmanes: deslumbrado por la pasion del momento, no veia en aquel alevoso mas que un libertador. Pero su ipocresía no engañó al patriarca, y le dijo atrevidamente: «No he abandonado la custodia del jóven emperador hasta aora que le soy inútil: desde que Andrónico se encarga de protejerle, le considero como muerto.»

Andrónico no osó castigarle

porque era amado del pueblo; pero desterró de palacio á todos aquellos cuya virtud temia: rodeó al emperador de sus propias guardias, no dejó á nadie acercarse á él, y no le permitió mas ocupacion que la caza.

Apenas se presenta un tirano, reina la delacion: las plazas y sitios públicos, los tribunales y las casas se llenaron en breve de espías y acusadores. Los parientes se denunciaban unos á otros: la amistad temblaba y reprimia sus efusiones: se temia ecsalar una palabra ó dirijir una mirada: todo era sospechoso: hasta la familiaridad con el vencedor inspiraba miedo; y el que un dia se creia favorecido, al siguiente era enemigo y víctima.

La jóven princesa María se hizo sospechosa por la audácia misma que habia asegurado su triunfo, y la mandó envenenar. Su tiranía gravitaba solamente sobre los grandes y ricos: se mostraba suave y popular con la muchedumbre, devoto y escrupuloso con los sacerdotes; y así temido de los poderosos y amado del populacho, afirmó por algun tiempo su poder.

El sultan de Iconio se habia aprovechado de estas disensiones para conquistar ciudades y provincias enteras. Vatacio, que mandaba los griegos en la frontera de Neocesaréa, en lugar de pelear con los turcos, volvió sus armas contra Andrónico y derrotó su ejército; pero murió de allí á poco, y esta victoria no tuvo consecuencias. El astuto Andrónico mientras mas se adelantaba á apoderarse del supremo poder, mas finjia reusarlo. Dió órden para que se coronase al emperador en santa Sofía, y cubriendo su ambicion con el velo de la lealtad y de la umildad, llevó él mismo sobre sus ombros á la Iglesia al augusto niño, y le ciñó la diadema al pie de los altares, como se adorna á una víctima para inmolarla.

Creyendo menos necesario ocultar su odio contra la emperatriz madre, á quien el pueblo aborrecia, la hizo poner en prisiones y la entregó á los tribunales. Los jueces uian y se ocultaban por no sentenciar á la viuda de su emperador; pero una comision nombrada por Andrónico, la condenó á muerte, y el tirano obligó al joven príncipe á firmar la sentencia de su madre.

Eran tambien necesarios cómplices para la ejecucion de juicio, y Andrónico la encomendó á su hijo mayor y á su cuñado; pero ambos se negaron á la-

ceptar esta parte vergonzosa de la tiranía, y fué preciso encargarla á Tripsico, uno de los comandantes de la guardia estranjera; aorcaron á la emperatriz y arrojaron al mar su cadáver.

Indignado el patriarca Teodosio abandonó su silla. Andrónico por un refinamiento de venganza hizo destruir los retratos que recordaban la belleza de la viuda de Manuel, y solo permitió que se conservase una estátua de ella, despues de haberla hecho afear con las arrugas de la vejez.

El senado, impelido por los emisarios secretos del tirano, suplicó al emperador que tomase por colége á Andrónico para defender el estado de los enemigos interiores y esteriores. Alexis no tenia voluntad: Andrónico recibió el título de augusto, finjió reusarlo, y se dejó llevar á santa Sofía, donde se le dió la corona. Allí juró sobre los Evanjelios, que solo recibia el cetro para ayudar á llevarlo á su primo Alexis. A la noche siguiente tres soldados fuerzan el cuarto del jóven príncipe, le rompen la nuca y traen su cadáver á Andrónico, que ollándolo con sus pies, dijo: «Tu padre fué pérfido, tu madre prostituta, y tú cobarde.»

Condujeron el cuerpo de esta inocente víctima en una barca llena de músicos que cantaban y tocaban, y le dieron sepultura en la mar. Su viuda Ines, hija de un rey de Francia, fué obligada á casar con Andrónico, viejo ya y consumido por la desonestidad, y omicida de su esposo. Los obispos, reunidos en sínodo, le vendieron sus conciencias y la absolucion.—Por estos grados subió al trono de Constantino este mónstruo, mas odioso y despreciable que Calígula.



CAPITULO IX.

ANDRÓNICO COMNENO. ISAAC ANJEL. ALEXIS III. ISAAC, EMPERADOR SEGUNDA VEZ, Y ALEXIS SU HIJO. JUAN DUCAS MURZULFLO.

Andrónico, emperador. — Su tiranía y sus terrores. — Su orrible mutilacion y su muerte. — Isaac Anjel, emperador. — Batalla de Tiberiade y toma de Jerusalen por Saladino. — TERCERA CRUZADA mandada por Federico Barbaroja. — Muerte de Barbaroja y de su hijo — Partida de Ricardo, *corazon de leon*, para la Tierra Santa. — Conspiracion de un impostor contra Isaac. — Rebelion de Alexis. — Alexis III, emperador — CUARTA CRUZADA. — Su ésito — QUINTA CRUZADA. — Alexis el Jóven, reconocido augusto por los cruzados. — Marcha de los cruzados á Constantinopla. — Sitio de esta ciudad. — Valor del dogo Dandolo. — Cobardía y uida de Alexis. — Isaac, emperador segunda vez. — Perfidia de Murzulflo. — Juan Ducas Murzulflo, emperador. — Toma de Constantinopla por los cruzados. — Uida de Murzulflo. — Lascaris, proclamado emperador — Balduino, coronado emperador por los latinos. — Repartimiento del imperio y fin del primer imperio griego.

Andrónico, emperador (1183). — Andrónico procuró algun tiempo distraer al pueblo con juegos y espectáculos, del orror que inspiraban tantos crímenes. Despues marchó contra Nicea. Cantacuzeno, que la defendia valerosamente, hizo una salida, y desbarató al principio á los sitiadores; pero arrojándose con demasiado ardor contra el tirano, fué derribado, preso y enviado al suplicio. Isaac Anjel, que le sucedió, no se atrevió á prolongar la defensa; y capituló: esta cobardía fué su salud. Andrónico le dejó la vida por desprecio.

Teodoro Anjel se habia encerrado en Prusa. El emperador tomó por asalto esta ciudad, pasó á cuchillo á todos los que encontró en ella y se artó de sangre. El valor de Teodoro fué castigado con la pérdida de la vista. En el reinado de Andrónico perdió el imperio la isla de Chipre. Isaac Comneno, uyendo

de la tiranía, buscó en ella un asilo, y encontró una corona: fué proclamado rey por los cipriotas, y supo sostener su independencia.

El emperador volvió á la capital; y como no podia esperar ni el afecto ni la estimacion pública, se redujo á producir el silencio con el temor, y la obediencia con los suplicios. Pero acrecentando el aborrecimiento, acrecentó sus peligros: el terror que inspiraba volvia sobre él; y llegó el caso de no atreverse á presentarse ni en el circo ni en los campamentos. Solo admitia en lo interior de palacio algunos músicos y farsantes, y de noche confiaba solamente la custodia de su persona á la ferocidad de un perro enorme y monstruoso, acostumbrado á pelear con los leones.

Este tirano, oprobio de la naturaleza, parodiando orriblemente la célebre espresion de Tito, decia que *habia perdido el dia* cuando se acostaba sin haber condenado á alguno á la muerte ó á la mutilacion.

Su reinado era el del espanto: los ciudadanos temblaban en sus ogares, y ninguno estaba seguro del dia siguiente. Entretanto se preparaba su ruina, todos los príncipes de Europa, principalmente Guillermo II. rey de Sicilia, deseaban castigar á los griegos por su perfidia, y por la matanza de los latinos. Alexis Comneno, sobrino de Manuel, que se habia escapado del puñal de Andrónico, imploró el socorro, inflamó el resentimiento, y escitó el deseo de la venganza en todas las cortes.

Guillermo tomó las armas, desembarcó en Iliria, se apoderó de Durazzo y Tesalónica, venció al ejército griego, lo encerró en Anfípolis, y se hizo dueño de esta plaza. Andrónico buscó aliados entre los infieles: habia contraido amistad durante sus viajes con Saladino, que ya era sultan de Ejipto, Damasco, Alepo y Mesopotamia, é hizo alianza con este príncipe. En virtud del tratado que justificaba el odio de los latinos contra los griegos, Saladino debia conquistar y poseer á Jerusalen y toda la playa hasta Ascalon, como vasallo del imperio, y ofrecia dar tropas á Andrónico para ayudarle á hacerse dueño de Iconio y Cilicia hasta Antioquía. Pero los mayores enemigos del emperador eran sus vasallos: multiplicando sus víctimas, aumentaba su terror y su ferocidad.

De todas las pasiones, el miedo es el que mas estravía la ra-

zon. Creia ver un ejército amenazador en la multitud de desgraciados de todas clases que poblaban las prisiones, y por un edicto los condenó á todos á muerte. Jamás se vió en los anales sangrientos de los pueblos una lista mayor de proscriciones. Dió órden de firmarla á su hijo Manuel: este presentó la cabeza al mónstruo, y le negó la mano.

Hajiocristoforito, ministro odioso de las crueldades de Andrónico, le instaba á que pusiese á Isaac Anjel en la lista fatal. Andrónico, que no le creia temible, no quiso condenarle; pero el indigno valido, escediendo los furores del tirano, se resolvió por sí y ante sí á prender á Isaac, y fué á su casa con tropas. Isaac, al verle llegar, halló en la desesperacion un valor que jamás habia tenido: de un sablazo partió la cabeza al vil favorito, espantó á los satélites, y embriagado por esta victoria no esperada, voló á santa Sofía, gritando al pueblo: «Conmigo, ciudadanos: que he matado al diablo.» Por una casualidad feliz, estas palabras mal entendidas hicieron creer á la muchedumbre que el tirano habia muerto; y asi el pueblo, los grandes y todos los que temblaban incesantemente por su vida, acuden y rodean la iglesia. Andrónico se divertia á la sazon cazando al otro lado del Bósforo. Informado del suceso, vuelve: en vano solicita apaciguar el tumulto, en vano ofrece paz y amnistía: le escucha la indignacion, y le responde la rabia. Los sediciosos se animan, fuerzan las cárceles, arman á los presos, hieren á los tímidos que querian permanecer neutrales.

Enmedio de este desórden una voz proclama emperador á Isaac; repítese este grito, y en un momento es jeneral. El sacristan toma del altar la corona de oro que depositó en santa Sofía el gran Constantino, y la ciñe á la frente de Isaac. En este momento echa á correr asombrado uno de los caballos de Andrónico, cubierto de púrpura y oro: el pueblo se apodera de él, Isaac le monta, y se dirije al palacio.

Andrónico, sin apoyo ni esperanza, propone umildemente abdicar en favor de su hijo Manuel. La plebe le responde con un grito de furor, y rompe las puertas de palacio. Andrónico se disfraza, se embarca con su mujer y con una ramera para escaparse á la Tauride; pero se le detiene á la entrada del Ponto Euxino, y se le lleva á los

pies de Isaac, que le entrega encadenado á los insultos de la muchedumbre.

ORRIBLE MUTILACION Y MUERTE DE ANDRÓNICO. — Entonces pareció que el alma feroz de aquel mónstruo derramaba su saña en los pechos de todos los ciudadanos. Unos le desgarran las mejillas, otros le arrancan las barbas y los dientes: algunas mujeres, á quienes habia ultrajado, ó privado de sus maridos, acuden con las cabelleras sueltas, le mutilan con barbárie, le cortan la mano derecha; y la cuelgan de una orca enfrente de él.

El cansancio del pueblo verdugo concedió una orrible tregua á su víctima, y le dejó dos dias sin alimento en un calabozo. Al tercero, despues de haberle sacado un ojo, le visten de esclavo, le pasean por las calles en un camello, le llevan al circo, y le atan por los pies á una orca: una mujer pública le arroja en el cuerpo una caldera de agua irviendo. Durante este largo y terrible suplicio no se oyeron á Andrónico mas que estas palabras: *Señor, ¿por qué quebrantas una caña ya cascada?* En fin, un soldado, que fué el solo que mostró entonces alguna umanidad, terminó sus tormentos undiéndole la espada por la garganta hasta las entrañas. El pueblo destrozó sus retratos, rompió sus estátuas, y arrojó su cadáver al subterráneo del circo, que era el sepulcro de las bestias feroces. Todo lo que podia recordar su nombre fué destruido; mas no se borrará de los anales de la historia el odioso recuerdo de su tiranía.

ISAAC ANJEL, EMPERADOR. — (1185) Alexis Comneno fué el que elevó la familia de Anjel, hasta entonces oscura. Isaac tenia treinta años cuando subió al trono. Gustaba del fausto, del bello secso, de la caza, de los espectáculos, y se entregaba á todos los placeres que hacen perder el tiempo y los imperios. Alteró las monedas, aumentó las contribuciones y vendió las majistraturas. Codicioso de dinero, pródigo de sus rentas, y tan fácil de irritar como de desenojar, no se le amó sino porque sucedia á Andrónico. Su tio Teodoro Castamonito gobernó el imperio en su nombre; pero embriagado con la grandeza, llegó al delirio su vanidad: trastornóse su razon con una elevacion tan imprevista, y murió loco. El emperador le dió por sucesor un jóven, apenas salido de la infancia, que los griegos comparaban al tímido

pez, inseparable del tiburon, y que se llama piloto suyo.

Isaac escribió al jeneral Alduino, comandante del ejército siciliano, una carta amenazadora. Alduino le injurió en su respuesta, llamándole príncipe olgazan que nunca habia trenzado arnés, y que la fortuna habia elevado al trono como el viento las polvaredas.

Isaac confió el mando de sus tropas á Branas, ábil capitan, que restableció momentáneamente el onor de las armas griegas: dió batalla á los enemigos cerca de Mosinapo, consiguió la victoria y tomó la ciudad. Los sicilianos pidieron la paz, y mientras estaban en negociacion los plenipotenciaros, Branas cae de improviso sobre el enemigo, lo amedrenta y dispersa, y se apodera de sus reales. Unos perecieron por el hierro, otros se aogaron en el rio, y los demás se embarcaron precipitadamente.

Alduino fué hecho prisionero cuando procuraba reunir sus tropas. Alexis Comneno, que habia escitado á la guerra al rey de Sicilia, y que ya concebia esperanzas del trono, buscó su salud en la fuga; pero le alcanzaron y prendieron, y segun la costumbre bárbara de aquel tiempo, le sacaron los ojos.

Las reliquias del ejército siciliano volvieron á Italia, habiendo dejado en el campo de batalla diez mil hombres muertos y cuatro mil prisioneros. Cuando Alduino se presentó ante el trono del emperador, cautivo y encadenado, Isaac, irritado de su carta insolente, le dijo mil injurias y le amenazó con la muerte; pero Alduino que conocia la estrema vanidad de este príncipe, le desarmó lisonjeándole.

«Augusto emperador, le dijo, confieso mi delito, he merecido la muerte. Pelear contra tí, es pelear contra el cielo. Yo no siento morir, sino haber conocido demasiado tarde que Isaac es el monarca mas poderoso, mas sábio y mas invencible del universo.» El emperador, tanto mas satisfecho de este elojio cuanto menos lo merecia, é incapaz de conocer que estas lisonjas eran, por la ironía que encerraban, un nuevo insulto, pasó súbitamente del enojo á la alegría, y del aborrecimiento á la amistad. Mandó quitar las prisiones á Alduino, le colmó de onores, y en el esceso de su vanidad satisfecha juró solemnemente no dar muerte ni mutilar á ningun delincuente, aunque hubiese cons-

pirado contra su poder y su vida.

El mismo orgullo que le inspiró clemencia para con su enemigo Alduino, le hizo envidioso de su jeneral Branas. Este, creyendo que no habria asilo seguro para él sino el trono, y que los pueblos, atraidos por su gloria, le elevarian sin dificultad, reunió la multitud, y le dijo: «Ciudadanos: el emperador me persigue porque os salvé y le gané tres batallas: destronad á un ingrato, cuya incapacidad será nuestra ruina, y dad el cetro á manos que sean dignas de llevarle.» El silencio jeneral aterra al ambicioso, se retira confundido, y el débil Isaac, temeroso de tanta osadía, aplacó con nuevas dignidades al temerario, cuyos servicios y gloria habia querido antes castigar y abatir.

El sultan de Iconio tomó las armas y se le pagó un tributo, porque no se pudo obligarle á la paz con victorias. La odiosa tiranía que Comneno ejercitaba sobre los abitantes de Chipre, hizo creer al emperador que podria recobrar esta isla. Pero los jenerales Contestéfano y Vatacio dirijieron mal la espedicion, y fueron vencidos y muertos: la armada griega, despues de derrotada por los cipriotas, se destruyó en una tempestad.

Isaac, insaciable de dinero, oprimió con pesadas contribuciones á Valaquia y Bulgaria para aumentar la magnificencia de sus bodas con Margarita, hija de Bela, rey de Ungría. Los válacos y búlgaros, indignados de ver sus casas saqueadas y sus rebaños en poder del fisco, se rebelaron. Pedro y Azan, príncipes de aquellas jentes, á quienes en otro tiempo habia insultado el sebastocrator, tio de Isaac, se ponen al frente de los rebeldes y talan á Tracia. Un ejército imperial marcha contra ellos á las órdenes del mismo Cantacuzeno, á quien Andrónico habia sacado los ojos; porque el despotismo, que se burla de la razon de los hombres, se complace en las elecciones mas estravagantes.

Cantacuzeno, despues de un combate ostinado, ni oye consejos ni quiere creer que la batalla es perdida: en vano le avisan que una de sus alas está rodeada y el centro desbaratado: marcha siempre adelante, llega casi solo al peligro que no podia ver, y completa la derrota con su muerte.

Branas reune las reliquias del ejército, repara el yerro cometido, toma la ofensiva, auyenta

á los contrarios, y orgulloso con este nuevo triunfo, subleva las tropas y es proclamado emperador.

Muchos latinos acuden á sus estandartes, y llega al pie de las murallas de Constantinopla. Isaac temblaba; pero el pueblo que aborrecia á Branas por su orgullo y dureza, tomó por sí las armas para defender la capital. Llénanse los muros de ardientes guerreros que arrojan sobre los sitiadores nubes de piedras y saetas. Acometen á la armada de Branas, y la consumen con el fuego griego. Conrado, marqués de Monferrato y cuñado del emperador, recibe el título de césar y el mando de las tropas. No limitándose á una defensa tímida, sale de la ciudad y da batalla al enemigo. En medio del combate, Branas se arroja sobre el marqués y le hiere en la espalda: Conrado le derriba de una lanzada: el vencido pide cuartel: «No temas, le dice el inflecsible vencedor: esta lid no te costará mas que la cabeza;» y en el momento la separaron de su cuerpo.

El ejército rebelde dejó las armas. El emperador se atribuyó ridículamente la victoria, y pasando de improviso de un cobarde terror á una alegría bárbara, mandó en un convite que le trajesen la cabeza de Branas, y prorumpió en injurias contra ella. Avergonzáronse de verla los valientes guerreros: los cortesanos que no habian peleado, la atravesaron con flechas, y la enviaron asi á la viuda de aquel desgraciado jeneral.

Isaac habia publicado una amnistía en favor de los rebeldes; pero el pueblo de Constantinopla, despreciando sus órdenes, se esparció por el campo y saqueó las posesiones y casas de los que habian seguido el partido de Branas. El emperador, que se creia invencible, porque otro habia vencido por él, se presentó en fin en los reales y marchó contra los búlgaros; pero estos, peleando á la manera de los partos, uyéndole cuando acometia, y dando sobre él cuando se retiraba, le hicieron perder sin fruto alguno sus soldados y su tesoro.

BATALLA DE TIBERIADE Y TOMA DE JERUSALEN POR SALADINO. — (1187) Conrado, no queriendo servir mas á un dueño, siempre severo con los jenerales vencidos, y siempre envidioso de los vencedores, partió á Palestina, y se distinguió por su valor en la batalla de Tiberiade. Despues de esta fatal jornada, que hizo

perder á los cristianos la tierra santa, se encerró en la plaza de Tiro, la salvó, y obligó con su resistencia á Saladino á levantar el sitio que le tenia puesto. Aquí acabó su gloria, porque sus fuerzas eran arto pequeñas para detener en su carrera victoriosa aquel terrible sultan, que en breve se apoderó de Acre, Barut, Sidon y Ascalon, sitió á Jerusalen, y la tomó en diez dias.

Sibila, hija de Amaury, ermana de Balduino IV, y madre de Balduino V, habia trasmitido la corona de Jerusalen á Guido de Lusiñan, que cayó prisionero. Sibila murió dos años despues de la pérdida de la santa ciudad. Su ermana Isabela tomó el título de reina. Estaba casada con el condestable Unfredo de Thoron; pero en desprecio de este lazo sagrado Conrado la robó, casó con ella, y tomó el vano nombre de rey de Jerusalen. En lo sucesivo su hija María llevó en dote sus pretensiones á su esposo Juan de Brienne, conde de la Marca.

Conrado, libre de los peligros de la guerra, murió al puñal de un asesino que le envió el terrible príncipe del Líbano, al cual llamaban los cruzados el *viejo de la montaña*: personaje casi fabuloso, nuevo Polifemo, cuyo poder y celebridad estendian las relaciones de aquella época, dictadas por el terror.

Tercera cruzada.—(1189) La caida de Jerusalen resonó en todo el Occidente. El patriarca Heraclio, el clero, los frailes y muchos particulares, salieron de la ciudad y se dirijieron unos á Europa, otros á las ciudades de Siria, que todavia pertenecian á los cristianos. Guillermo de Tiro, historiador de aquel tiempo, llevó á Roma la noticia de las victorias de Saladino. El papa Urbano III murió de dolor y de miedo al saber esta noticia. Gregorio VIII y Clemente III llamaron á las armas todos los príncipes cristianos. Sus ecsortaciones produjeron un efecto pronto y universal (1): los templarios y los caballeros de san Juan, dispersos en toda la Europa, se reunieron y se embarcaron los primeros para volver á la Palestina; los italianos formaron un ejército bajo el mando de los arzobispos de Ravena y de Pisa; los dinamarqueses y los frisones equiparon cincuenta bajeles, y los flamencos treinta y siete. Felipe Augusto, rey de Francia, Enrique, rey de In-

(1) *Ingens motio per mare et terras.*

glaterra, y su hijo Ricardo, juraron vengar el onor y la relijion ofendidos; pero la guerra que se hacian entonces los dos monarcas, retardó el efecto de sus promesas. Federico Barbaroja, emperador de Alemania, que su siglo comparaba á Carlomagno (1), fué el primero de los jefes de esta tercer cruzada que se puso en marcha para Palestina: pidió á Bela, rey de Ungría, y al emperador Isaac, permiso para pasar por sus estados. Juan Ducas, canciller del imperio, vino á buscarle á Alemania, y le prometió en nombre de Isaac víveres y socorros. Pero la mala fé, inseparable de la debilidad, y las concesiones del emperador de Constantinopla con Saladino, hijas, segun decia él, de la gratitud, y en la realidad del temor, hacian que los griegos estuviesen poco dispuestos á pelear con el sultan. Es verdad que este habia sacado en otro tiempo de la esclavitud á Alexis, ermano de Isaac; pero no tardaremos en ver que este ermano era el enemigo mas peligroso para el emperador.

Barbaroja, manteniendo en su ejército la mas severa disciplina, llegó hasta Belgrado sin que ningun ostáculo detuviese su marcha; pero apenas entró en las tierras del imperio de Oriente, se vió rodeado de enemigos. Cantacuzeno le dejaba muchas veces sin víveres; y tropas de vandidos apostadas por los griegos, asesinaban á todos los alemanes que se separaban de las columnas. Barbaroja dió quejas inútiles, y solo recibió respuestas evasivas y que ofendian su altivez. Isaac, pretendiendo el título de emperador de los romanos, no daba en sus cartas á Federico sino el de rey de Alemania. Esta pretension, la diferencia de cultos y costumbres, la envidia de la gloria y el temor á los cruzados, irritaban incesantemente el antiguo odio de los griegos contra los latinos.

La discordia era mayor cuanto mas se acercaba Barbaroja. Isaac recibió con onor á los embajadores de Saladino, y al mismo tiempo amenazaba á los de Federico, ecsijiendo de ellos que jurasen cederle la mitad de las conquistas que hiciesen. En breve sucedió á las ostilidades solapadas una guerra descubierta.

Federico, siempre costeado por los válacos y otros bárbaros,

(1) *Post Carolum Magnum gestorum magnificentia vix habuit parem.*

y socorrido por los búlgaros, llegó apenas á Filipópolis, cuando vió un ejército griego que marchaba contra él al mando de Camiso, gran doméstico de Oriente. Este jeneral, habiendo recibido la órden de pelear con los alemanes, les presentó la batalla, y fué completamente derrotado (1190).

Federico, vencedor, atravesó por Tracia, despreciando la perfidia de los griegos, que no atreviéndose á pelear con él, y procurando siempre su ruina, envenenaban las fuentes y arroyos del tránsito.

Al acercarse el peligro, se trueca en miedo el orgullo de Isaac: comete bajezas para desarmar el enojo de su enemigo, y le envia por reenes catorce príncipes de su familia. Federico desdeña un adversario tan cobarde, y ni quiere verle ni vengarse de él. Su ejército atraviesa el Helesponto, y en Asia vuelve á encontrar asesinos.

Los griegos retiraban de todos los pueblos del tránsito los granos y rebaños; los alemanes enfurecidos quisieron tomar y saquear á Filadelfia; pero Federico contuvo su enojo diciéndoles: «No os armásteis contra cristianos: nuestras espadas, consagradas al Señor, solo deben erir á los infieles.»

Laodicea fué la única ciudad del imperio que le recibió como aliado y no como enemigo. Azzedin, sultan de Iconio, habia prometido á Barbaroja unirse con él contra Saladino; pero su hijo le destronó, y este nuevo sultan declaró la guerra á los alemanes. Federico le dió batalla en Filomelio, le venció, y se apoderó de Iconio.

Muerte de Barbaroja y de su hijo. — Arrostrando el calor del clima, la falta de víveres, la aspereza de los lugares, el artificio de los aliados y el valor de los enemigos, atravesó Barbaroja el Asia menor con la rapidez de Alejandro; pero la muerte terminó su gloriosa carrera cerca de Seleucia. Las aguas glaciales del rio Salef, en el cual se bañó, le fueron aun mas funestas que las del Cidno para Alejandro el Grande: fué acometido como él de una calentura ardiente, y no halló un Filipo que le curase.

El duque de Suabia, su hijo, entró en Antioquía, tomó á Barut por asalto, unió sus banderas á las de Guido de Lusiñan, que sitiaba entonces á san Juan de Acre, y murió al pie de los muros de esta plaza. Los alemanes, viéndose sin jefes se em-

barcaron: la mitad de este numeroso ejército habia perecido: los demás volvieron á Europa cubiertos de eridas: — ¡gloriosos y tristes monumentos del valor latino, y de la desastrosa locura de las cruzadas!

El mismo año, Ricardo *corazon de leon*, que acababa de suceder á su padre en el trono de Inglaterra, atravesó la Francia, y se embarcó en Marsella para Palestina. Al llegar á las costas de Chipre, fué insultado por el tirano que mandaba en esta isla: Isaac Comneno hizo que sus bajeles cojiesen y saqueasen algunos buques ingleses. La venganza de Ricardo fué pronta y terrible: venció á los cipriotas, tomó su capital, ató al tirano con cadenas de plata, y vendió su reino á Guido de Lusiñan, rey titular de Jerusalen. Esta nueva monarquía latina se sostuvo tres siglos, y contó diezisiete reyes. Cayó despues en poder de los venecianos, á quienes la quitaron los turcos. — El rey de Francia volvió á sus estados y se aprovechó de la ausencia del rey de Inglaterra para invadir la Normandía; Ricardo quiso volver á su reino atravesando la Alemania; pero fué detenido en Erdberg, cerca de Viena, por el duque Leopold de Austria, que le redujo á prision. Enrique VI emperador, le obligó á entregárselo, y lo tuvo preso hasta que se rescató mediante una suma de setenta mil marcos de plata.

Conspiracion de un impostor contra Isaac. — (1192) Mientras que los guerreros de Occidente procuraban en vano reconquistar el sepulcro de Cristo, el emperador de Oriente, arto débil para tomar parte en aquella guerra sangrienta, veia su trono vacilante amenazado por todas partes. Un impostor, que se decia hijo de Manuel, se atrevió á tomar la diadema. Alexis, ermano del emperador, enviado contra el rebelde, triunfó sin combatir; porque el limosnero del usurpador le cortó la cabeza y la envió al jeneral griego.

Isaac marchó al frente de su ejército contra los búlgaros y válacos y les dió batalla; pero habiendo perdido su yelmo enmedio del combate, uyó, y con tan vergonzoso ejemplo incitó sus tropas á la retirada.

Rebelion de Alexis. — (1194) Al año siguiente se atrevió á aparecer de nuevo en los reales. Su ermano Alexis, favorecido por los principales del ejército, determinó arrancar el

cetro de sus débiles manos. El emperador estaba entretenido en la caza, cuando Teodoro Branas, Jorje Paleólogo, Miguel Cantacuzeno y otros jenerales rodean tumultuariamente á Alexis, triunfan de su finjida resistencia, le llevan á la tienda imperial y lo proclaman emperador. Isaac acude, informado del suceso, y halla sus cortesanos, sus ministros y todo el ejército sublevado contra él: vuelve la brida con prontitud, se escapa de su furor, y llega á Estajira, ciudad de Macedonia. Allí, en desprecio de los derechos mas sagrados, fué preso por su huésped y conducido á Constantinopla. Su desapiadado ermano le mandó sacar los ojos y encerrarle en una estrecha prision. Tenia entonces cuarenta años de edad, y diez de reinado. Su hijo, llamado Alexis, niño de doce años, pudo escaparse, y halló un asilo en Italia.

Alexis III Anjel, emperador. —(1195) Álexis Anjel, ascendiendo al trono por un crímen atroz, no podia esperar ni la estimacion ni el afecto público. Incapaz de merecerlo, se decidió á comprarlo: abrió su tesoro, y lo prodigó sin medida. Ninguna peticion era negada por insensata que fuese; pero en lugar de afirmar su corona, sus profusiones desalumbradas la espusieron mas; porque en breve se quedó sin dinero para pagar las tropas, y Tracia fué entregada sin defensa á las correrías de los bárbaros.

El pueblo empezó á murmurar, y acabó por sublevarse abiertamente. «No mas Comnenos, gritaba: familia dejenerada que solo produce tiranos. No mas Anjel: familia estéril, que solo produce abortos.»

En este tumulto, las facciones proclamaron emperador á Contestéfano. Los soldados y el clero estaban indecisos, las autoridades mudas, y el emperador se creia perdido: su mujer Eufrosina le salvó por su valor, le presentó atrevidamente al pueblo al frente de la guardia estranjera, y dió órden de prender á Contestéfano y meterlo en un calabozo. Eufrosina, digna de elojios si hubiese sido casta, unia el injenio á la ermosura y la prudencia á la osadía. Reinó mas que su esposo: sus intrigas dividieron y sedujeron á los grandes, sus liberalidades templaron el disgusto del senado, el descontento del pueblo y aquietaron las conciencias del clero. El patriarca coronó al fratricida Alexis.

CUARTA CRUZADA: SU ECSITO. — (1192) En el mismo año llegó al Asia otro tropel de cruzados alemanes. Alexis les dió buques: desembarcaron cerca de Antioquía, y no pudieron ostentar contra el poder de los musulmanes sino un valor inútil.

Enrique VI, emperador de Alemania, y jeneral de esta cruzada, no pudo concurrir á ella: murió en Mesina despues de haber destronado en Sicilia la dinastía normanda de Tancredo, que habia durado dos siglos. El emperador de Oriente, habiendo conseguido en fin reunir un ejército, lo envió contra los búlgaros, que lo destrozaron. A haberse unido estos bárbaros, hubieran derribado á Constantinopla, como los godos y lombardos á Roma; pero su division salvó el imperio.

Azan, su príncipe, vencedor de los griegos, fué asesinado por uno de sus vasallos. Su ermano Pedro le sucedió, y tuvo la misma suerte. Joannice, el tercero de estos ermanos, no pudo hacer la guerra por atender á los alborotos interiores.

Los griegos llevaron despues sus armas contra los turcos sin resultado alguno. Los alemanes aborrecian mortalmente á los griegos desde la espedicion de Federico; y el nuevo emperador de Alemania ecsijia indemnizaciones y desagravios por tantos ultrajes. Alexis respondió al principio con una altivez que cesó á la procsimidad del peligro, y desarmó cobardemente el enojo de su enemigo pagándole un tributo.

Los príncipes de Oriente, corrompidos y afeminados, brillaban en esta época mas bien por el oro que por el hierro. Alexis, tan vano como débil, recibió con fausto á los embajadores del emperador de Alemania, y creyendo haberlos deslumbrado con su pueril aparato, quiso saber lo que pensaban de su corte. «Nos agrada, le respondieron, como agrada un jardin; pero ¿de qué sirven á los hombres esos adornos y joyas? En nuestro pais los abandonamos á las mujeres, y no hacemos caso sino del hierro; porque este es el que corta el oro y las piedras preciosas, y gana las batallas.»

Los griegos se mostraban indignados de la cobardía de su príncipe, que parecia contajiosa; pues las fuerzas de unos piratas bastaron para derrotar su armada. Eufrosina, despreciando muy á las claras á su tímido esposo, se entregaba sin ninguna

consideracion á amoríos criminales. Algunos grandes, envidiosos de su influencia, avisaron al emperador el desonor de su trono y de su lecho. Irritado Alexis le quitó la púrpura, la echó de palacio, é hizo cortar la cabeza á Vatacio su amante. Pero al fin de algunos meses conocieron los enemigos de Eufrosina que la desgracia de esta princesa no les daba mas libertad, y que solo servia para aumentar el poder de un valido, llamado Constantino de Mesopotamia, á quien aborrecian: recurrieron, pues, á nuevos artificios para reconciliar al emperador con su mujer; y la caida del ministro sirvió de sello á la reconciliacion.

Alexis habia consentido vergonzosamente en pagar un tributo para evitar la guerra; y era tan estravagante, que tomó las armas por un motivo frívolo. Saladino le envió dos caballos árabes: el sultan de Iconio los robó en el camino, y por este motivo lijero se emprendió entre Alexis y el sultan una guerra, en que se vertió inutilmente mucha sangre.

Poco tiempo despues, un guerrero llamado Criso, que era poderoso en Macedonia, sublevó esta provincia, y quiso hacerse independiente en ella. Alexis, tan pronto en sacar la espada como en dejarla, perdió el ánimo despues de algunos débiles esfuerzos para someter á Criso, y no consiguió que se redujese á la obediencia, hasta que le dió por esposa una princesa de su sangre con dos ciudades por dote.

Su hija Ana se empleó mejor casando con Teodoro Láscaris, que despues de la toma de Constantinopla por los latinos salvó las reliquias del imperio de Oriente. Eufrosina, pasando del amor á la supersticion, se entregó á los errores de la májia. El pueblo que la despreciaba y la temia, se entretuvo en enseñar á unos pájaros á repetir injurias contra ella: los soltó despues, y logró el placer maligno de que volasen impunemente por la ciudad sus epígramas. El descontento jeneral del imperio disponia todos los ánimos á la rebelion: el pueblo aun se atrevió á proclamar emperador en la iglesia de santa Sofía á Juan Comneno, por sobrenombre el Gordo; pero la guardia estranjera reprimió esta sedicion, y cortó la cabeza al rebelde. Al mismo tiempo Alexis sufrió una injuria cruel. Estevan, rey de Servia, habia casado con Eudo-

sia, hija del emperador de Oriente, y fastidiado de ella la echó de sus estados, y la envió á Grecia cubierta de andrajos. Alexis le dió acojida; pero no se atrevió á vengarla.

QUINTA CRUZADA. — (1202) Nunca faltan tentaciones de arrojar del trono á un monarca á quien se desprecia: la tempestad que por tanto tiempo amenazaba á la Grecia, no tardó en caer sobre él. Los príncipes de Occidente se reunieron y armaron contra el indigno sucesor de Constantino, y en 1202 se formó la quinta cruzada, que amenazando á los infieles, no fué funesta en la realidad sino á los griegos. Ya no quedaba á los cristianos de sus conquistas mas que las ciudades de Antioquía, Trípoli, Tiro y san Juan de Acre. Jerusalen cayó en poder de Saladino en 1187. El papa Inocencio III, para contener á los infieles, encargó á Foulques, cura de Neuilli, célebre por su fulminante zelo y salvaje elocuencia, siguiese las huellas de Pedro el ermitaño y de san Bernardo.

A la causa de la relijion se añadia un motivo muy poderoso en los caballeros franceses, cual era la venganza de las injurias que habian recibido sus armas. Foulques predicó é inflamó de nuevo todos los ánimos: sin embargo, no pudo conseguir enteramente el restablecimiento de la paz entre Francia é Inglaterra, sino solo una tregua de cinco años. El papa habia ecsortado tambien al emperador Alexis para que reuniese sus fuerzas á las de los cruzados. Este monarca, que temia y aborrecia á los latinos mas que á los turcos, respondió que «no habia llegado aun el momento señalado por el cielo para la libertad de Palestina, y que por otra parte no podia mirar á los latinos como aliados, mientras no le restituyesen la isla de Chipre que le tenian usurpada.»

Eran entonces preludios de las grandes empresas los torneos, imájenes de la guerra: en ellos todos los caballeros, competidores en la gloria, ostentaban su industria, valor y fuerza, y se escitaban mútuamente á los combates. En una de estas fiestas militares, que se celebró en Escry, sobre el Aisne, los condes de Perche, de Coucy, de Champaña, de Blois y de Chartres, Mateo de Motmorency, Ville-Hardouin, Balduino, conde de Flandes y de Henao y sus dos ermanos, el conde de Boloña, los obispos de Troyes, Soissons

y Nevers, y mil caballeros franceses tomaron la cruz. La mitad de Europa se armó, arrastrada por su ejemplo: cuatro mil quinientos caballeros de todas naciones, seguidos cada uno, segun la costumbre, de muchos hombres de armas, juraron vengar la relijion, derribar el trono de Saladino, y reconquistar la santa ciudad. Solo los españoles dejaron de presentarse entre los cruzados, porque la misma causa ocupaba sus armas: combatian entonces contra los musulmanes para arrojarlos de su misma patria.

Teobaldo, conde de Champaña, tenia solo veinticuatro años, pero á pesar de su juventud, su brillante valor le granjeó todos los votos, y fué nombrado jefe de la cruzada. El odio contra los griegos, el asesinato de los latinos, y la desconfianza justificada por tantas traiciones, movieron á los cruzados á tomar el camino de Italia, y embarcarse en el puerto de Venecia.

El célebre Enrique Dandolo gobernaba entonces esta república. A la edad de ochenta años mostraba todavia en los combates el valor fogoso de un guerrero jóven; mas la prudencia y la justicia dirijian su valor; juntaba el ejemplo á las lecciones, y era admirado por su talento, temido por sus armas y respetado por su equidad. En otro tiempo habia querido el emperador Manuel sacarle los ojos: testigo y casi víctima de las violencias cometidas por los griegos contra sus conciudadanos, era el enemigo mas irreconciliable del imperio de Oriente. Este godo, sumamente venerado, persuadió á los venecianos que proveyesen abundantemente á los cruzados de navíos, tropas y víveres. El gran Saladino acababa de terminar su larga y gloriosa carrera. Safadin le sucedió. Los cruzados perdieron tambien su jefe: el conde de Champaña murió, y fué su sucesor Bonifacio, marqués de Monferrato, pariente del rey de Francia, y ermano de Conrado, el que fué yerno del emperador Manuel. El ejército cristiano debia atacar á los musulmanes en el centro de su poder, y una tempestad tan grande iba á descargar sobre Ejipto. Las pasiones de los príncipes le dieron otra direccion.

Alexis el jóven, reconocido augusto por los cruzados. — (1203) Dandolo, en premio de sus socorros, ecsijia que los cruzados tomasen á Zara, plaza que el rey de Ungría habia qui-

tado á los venecianos, y la restituyesen á la república. Cuando deliberaban sobre su peticion, el jóven Alexis, hijo de Isaac Anjel, privado por su ermano del imperio y la vista, vino á implorar en favor de su padre los socorros de los príncipes de Oriente. Su solicitud fué apoyada por Filipo, rey de romanos, cuñado suyo y yerno de Isaac. El dogo, animado por antiguos resentimientos, dió fuerza con sus consejos á las súplicas del príncipe griego, representando á los cruzados que su mayor enemigo era el emperador de Oriente, cuyos estados fueron siempre tumba de los latinos, y que constantemente habia vendido á los cristianos por los infieles; que en vano se esperaba reconquistar la tierra santa ó mantenerse en ella, si se dejaba la Grecia y el Asia en poder de una corte pérfida, cuya alianza era mas funesta y desastrosa que su declarada enemistad.

En vano se opuso el pontífice á un designio que dejaba tranquilos á los infieles y que armaba unos cristianos contra otros. El odio prevaleció, y el rayo que amenazaba al Cairo, cayó sobre Constantinopla. Los cruzados, dóciles á los consejos de Dandolo, reconquistaron á Trieste y Zara. Despues de la toma de esta última ciudad, los venecianos y franceses pelearon por el repartimiento del botin: triste presajio de las disensiones que iban á quitarles el fruto de las mas brillantes victorias. El pontífice no cesó de llenarlos de improperios, y les negó por mucho tiempo la absolucion; pero ellos se contentaron con la de la fortuna.

El jóven Alexis prometió á los cruzados un socorro de diez mil hombres, y al papa la sumision de Oriente, con tal que se echase del trono al usurpador y se restituyese á su padre Isaac. Concluyóse el tratado, y desde entonces Alexis fué reconocido como augusto. El marqués de Monferrato quedó encargado de su custodia. Reunido el ejército, atacó á Corfú y Durazzo que le abrieron sus puertas. La escuadra costeó despues á Cefalonia y Zante; dobló los cabos de Ténaro y Maléa, ancló en Negroponto, puerto de la antigua Eubea, entró de allí á poco en el Helesponto, y acometió á Abidos, que no hizo resistencia alguna. Tal era la debilidad del imperio griego, que los cruzados desembarcaron sin ostáculo en Calcedonia, separada solo de

Constantinopla por un canal de dos leguas.

El emperador Alexis no creyó el peligro hasta que le vió: habia dejado consumirse sus escuadras y ejércitos para multiplicar edificios vanos y costosos; habia arruinado el tesoro para pagar sus disoluciones: riéndose con sus cortesanos de la osadía de los latinos, no salió de su indolencia y flojedad sino cuando las proas de los enemigos tocaban el muelle de Scutari.

Sus embajadores vinieron á preguntar al comandante de los cruzados el motivo de aquellas ostilidades. «¿Por qué, escribia »el emperador, enmedio de la »paz se me trae la guerra? ¿Por »qué volveis contra mí las ar»mas destinadas á los maometa»nos? ¿Quién os ha mudado tan »pronto de aliados en enemigos? »Estoy dispuesto á unir mis »fuerzas á las vuestras para li»bertar el santo Sepulcro; y es»to por zelo y no por temor, »pues tengo en mis manos los »medios de esterminar cuando »quiera un ejército veinte veces »mas numeroso que el vues»tro.»

Conon de Bethune, encargado de responder á los embajadores, les dijo: «Vuestro amo »nos censura porque entramos »sin razon en sus estados. Se »engaña: el imperio no es suyo »sino de su ermano Isaac, á »quien ha despojado, mutilado »y puesto en prision: pertenece »á este jóven príncipe que está »sentado entre nosotros. En lu»gar de preguntar los motivos, »búsquelos en su conciencia, y »le responderá que un traidor »no es aliado, ni un fratricida »cristiano; que un usurpador es »enemigo de todos los príncipes, »y un tirano sin piedad de todo »el jénero umano.»

«Aun cuando la ermana del »emperador Isaacc no estuviese »unida por los vínculos de la »sangre al marqués de Monfe»rrato, nuestro jeneral; aun »cuando Irene, hija del mismo »Isaac, no fuese esposa de Fili»po, rey de romanos, nuestro »aliado, la justicia y la umani»dad bastarian para armar nues»tros brazos. Vuestro amo no »tiene mas de un medio para »sustraerse al castigo, y es en»tregarse á merced de su erma»no y sobrino y restituirles la »corona. Si consiente en ello, »salimos por fiadores de su vida »y de su libertad, y le asignare»mos medios onrosos de subsis»tir; pero si se ostina en con»servar un cetro usurpado, son »inútiles los mensajes, y la es-

»pada decidirá la querella.»

Rotas las negociaciones, los cruzados se determinaron á pasar el Bósforo en presencia del emperador, que estaba acampado en la otra orilla con su yerno Láscaris y setenta mil hombres. Cuando los latinos estuvieron á poca distancia de la playa, se arrojan al agua hasta la cintura, derriban á todos los que encuentran y saltan en tierra espada en mano. El emperador uye, habiendo sostenido mal el primer choque: la cobardia del jefe es contajiosa: todos los griegos se dispersan y corren precipitadamente á buscar un asilo detras de los muros de la capital. Los latinos entran en sus reales, se apoderan de la tienda imperial, ocupan el puerto de Gálata, y rodean á Constantinopla.

Esta ciudad grande, fuerte y populosa, era desde la caida de Roma el centro del lujo, de la civilizacion y de las riquezas del mundo, el refujio de las ciencias, letras y artes, el depósito de los archivos del universo romano: habia eredado ella sola, por decirlo así, la fortuna del imperio de los césares, y era sombra de la antigua Roma. Cuando todos los pueblos del universo, vengando su larga umillacion, habian inundado el imperio como torrentes devastadores, todos los recursos de Roma y la flor de sus abitantes se concentraron en Bizancio.

Los miembros esparcidos de la monarquía estaban mutilados, secos y descarnados; pero su cabeza era fuerte y colosal, y parecia que todo el imperio se reducia entonces á una sola ciudad. Asi que, sitiada muchas veces por numerosos ejércitos, habia inutilizado sus esfuerzos. La posicion entre dos mares parecia inespugnable: las ondas se habian tragado ó el fuego griego habia consumido delante de sus muros los batallones y bajeles de los bárbaros y de los musulmanes.

Cuando los cruzados se presentaron al pie de las murallas, todos los ánimos fueron á un mismo tiempo ajitados por el temor é inflamados por la ira. El príncipe temia por su trono, los ricos por su caudal, los grandes por sus dignidades, los guerreros por su gloria: el pueblo, manchado todavia con el asesinato de los latinos que se verificó al principio del reinado de Andrónico, temia la venganza de los occidentales. En fin, los sacerdotes, para evitar el yugo del papa, despertaban el odio

del pueblo contra lo que llamaban la idolatría de los católicos. Convocaban á todos los ciudadanos á las armas en nombre del cielo, y mudaban su valor en fanatismo.

En vano los valientes jefes de las cruzadas, con su impetuosidad ordinaria, procuraron tomar en el primer asalto los muros de aquella fuerte ciudad: una nube de dardos, una selva de lanzas y un diluvio de piedras, vigas y fuego rechazaron y destruyeron sus soldados. Sin embargo, á pesar de tantos ostáculos, se apoderaron en el segundo ataque de la torre de Gálata: la mucha pérdida que les costó esta débil ventaja, calmó un poco su ardor, y se mostraron dispuestos á entrar en negociacion. Alexis consentia en ello; pero el pueblo se opuso: poseido del miedo, estaba ciego, sordo y furioso. Los latinos dieron un asalto jeneral por tierra y mar. En él se vió al anciano Dandolo superar en denuedo á los guerreros mas jóvenes. Cuando los sitiadores rechazados comenzaban á cejar, aquel capitan octojenario, mostrando en su mano el estandarte de san Marcos, les reprende su cobardía, sostenido por dos soldados valerosos se pone al frente, acerca una escala á la muralla, y sube por ella á pesar de las llamas, las lanzas y los dardos.

Todos los venecianos, avergonzados de abandonar á su jefe, le siguen: su blanco cabello es el penacho y el estandarte de la victoria. Al mismo tiempo se acercan los bajeles: un pequeño puente levadizo, atado á cada mástil, se afianzaba en las murallas y ponia á un mismo nivel á sitiadores y sitiados. De entrambas partes eran iguales la intrepidez, la ostinacion y el furor: el aire ya inflamado con torrentes de fuego, ya oscurecido por las flechas, resonaba con el choque de sus escudos y las espadas, con los gritos de los combatientes y los jemidos de los moribundos. Despues de una lucha larga y sangrienta, que dejó indecisa la victoria durante todo el dia, se vió tremolar sobre una fuerte torre el estandarte victorioso del dogo. A esta señal se redobla la impetuosidad de los latinos, se debilita el vigor de los griegos, y cejan: una parte de la ciudad es ocupada; pero un incendio que devoraba las casas vecinas á las murallas, detiene de improviso la marcha de los vencedores, interponiendo una barrera de

fuego entre ellos y los vencidos. Teodoro Láscaris, cuyo gran valor se manifestó en el mayor peligro, y que conservaba enmedio del abatimiento jeneral su indomable denuedo, aprovechándose del desórden causado por los estragos del fuego, sale con un cuerpo escojido por la puerta Dorada, y ataca con ímpetu á los franceses: el emperador, movido por su ejemplo, le sigue con la guardia. El enemigo, rodeado por todas partes, es desbaratado y se dispersa. El dogo ve el desastre desde lo alto de una torre, y grita á los venecianos: «¿Por qué nos detenemos aquí en esta posicion inútil si perecen los franceses? Volemos en su socorro: Dios y san Marcos nos lo mandan.» Y luego, tan veloz como el rayo, cae sobre el flanco de los griegos, los derriba y los obliga á guarecerse de sus murallas.

Este último revés esparce la consternacion en la ciudad: en vano la intrépida Eufrosina aconseja al emperador que se oponga á la tempestad, y no pierda el trono sino con la vida: el cobarde príncipe solo oye la voz del temor: despójase de la púrpura enmedio de las sombras de la noche, abandona su palacio, su guardia, su esposa y su cetro, sale disfrazado, y corre á encerrarse en la ciudad de Zagora. Su vergonzoso reinado duró ocho años y tres meses. Apenas se estendió por Constantinopla la noticia de su fuga, todo el pueblo esclamó: «Ya no tenemos tirano.» Pero á estos primeros trasportes de alegría suceden la ajitacion, el desórden y el miedo: el imperio carecia de jefe, y nadie mandaba: las murallas estaban abiertas, y todos temian que fuese entregada la ciudad á la venganza y al pillaje.

En este tumulto, Eufrosina, á la cual ningun riesgo amedrentaba, ofrece la corona á todos sus parientes, á todos sus jenerales; pero ninguno se atreve á aceptar un don tan peligroso. El eunuco Constantino, gran tesorero, hizo traicion á la emperatriz apenas la vió desamparada, y sedujo á fuerza de dinero á los varangas. Estos prenden á Eufrosina, rompen las cadenas de Isaac: el desgraciado príncipe ignoraba en su prision que toda la Europa se habia armado á favor suyo. En un instante sube desde un oscuro calabozo á su trono, que encuentra sin fuerzas, pero rodeado ya de aduladores. Restitúyenle tambien su esposa, sacándola del cláustro.

La noticia de esta revolucion llegó con prontitud á los reales de los cruzados: abrazan al jóven Alexis, y se dan la mútua enorabuena de un triunfo tan rápido y completo; bien que se temia aun la inconstancia de los griegos. Mateo Montmorency, Ville-Ardouin y dos patricios venecianos, entran en la ciudad, y se presentan al emperador Isaac, que confirma el tratado, hecho en Venecia con su hijo. Cesa entonces el estruendo de las armas: la tranquilidad de la paz sucede á las tempestades de la guerra. El jóven Alexis, coronado, entra triunfante en la capital, seguido de los príncipes de Occidente; y su padre, que le debia el trono y la libertad, le recibe en sus brazos.

Isaac, emperador segunda vez. — En los primeros momentos que siguieron á la conclusion del tratado, ni en el campo de los cruzados ni en la ciudad se observaba otra cosa que la alegría producida por la paz; pero los vencedores se entregaron en breve al deseo de juntar el dinero necesario para su espedicion, y los vencidos al pesar que resulta siempre de un tratado umillante. Se habia prometido pagar al ejército latino doscientas mil libras de oro, suma enorme en todos tiempos, y casi imposible de juntar en un pueblo arruinado por un gobierno tiránico y por una guerra desastrosa.

La vanidad de los griegos, que afectaban todavia llamarse romanos, no se vió nunca sometida á un yugo mas ignominioso. Habian aborrecido al cruel Andrónico y al fratricida Alexis; pero despreciaban á Isaac y á su hijo, que hacian tributario el imperio, y no los miraban sino como esclavos de los occidentales.

Receloso el emperador de la fermentacion jeneral, invitó á los jefes de los cruzados á alejarse y acampar mas allá del Bósforo, temiendo que su presencia en Constantinopla aumentase el odio que habia entre ambos pueblos, é hiciese renacer las ostilidades. Pedíales tambien que les diese tiempo para pagar los subsidios estipulados. Este término, que se le reusó por mucho tiempo, se le concedió al fin; pero la necesidad de asegurar la paga prolongó por un año la permanencia de las tropas estranjeras en el territorio de la capital; lo que disgustaba mucho al pueblo, mas no desagradaba á los príncipes, que restablecidos por ellas en el trono, temian per-

derlo, si se retiraban antes que se consolidase su poder.

Los sacerdotes católicos, cuyo zelo no podia moderar ninguna consideracion política, irritaron mas los ánimos ecsijiendo imperiosamente la ejecucion del primer artículo del tratado. Los griegos bramaron de furor, cuando á sus ojos se vió obligado el patriarca á declarar en la iglesia de santa Sofía, en presencia del cardenal de Cápua, que reconocia al papa como jefe de la Iglesia, y pasaria á Roma á pedir el pálio. De este modo, erido el onor, perdida la gloria, destruida la independencia, agotada la fortuna pública, el peso de un tributo, la umillacion de obedecer á la insolencia de los soldados estranjeros, todos los motivos que pueden reducir á un pueblo á la desesperacion, inflamaban los odios de los griegos y los disponia á la rebelion.

En vano se procuró desimpresionarlo ocupando en otra parte su rencor y sus armas. El usurpador destronado habia reunido algunas tropas y las aumentaba en su fuga. El jóven Alexis, al frente del ejército imperial, y acompañado de los jefes de los cruzados, que le ausiliaron mas bien como señores que como aliados, persiguió á su tio y le quitó muchas ciudades. Mas no pudo alcanzarle, porque se encerró en la plaza de Mosipópolis; y Joanice ó Joanicius, rey de los búlgaros, vino en su socorro con un ejército numeroso y formidable, que obligó á Alexis á detenerse y retirarse.

Acostumbrados los cruzados á grandes espediciones, volvieron silenciosos á su campamento, no muy contentos de una campaña tan breve y de tan poca gloria: el jóven Alexis por el contrario, envanecido como los príncipes débiles, de una ventaja insignificante, volvió en triunfo á la capital; y esta pompa pueril é inoportuna aumentó el desprecio y la aversion con que se le miraba. Acrecentólos tambien consumiendo su tiempo en banquetes en los reales de los estranjeros, que parecia preferir á los griegos; y los orientales, acostumbrados á venerar á sus emperadores, no podian sufrir la familiaridad indecente de los guerreros franceses con su jóven césar.

Reprendióle su padre por ello; y aquel príncipe liviano, mudando repentinamente de conducta, trató á los latinos con arrogancia, se rodeó esclusivamente de griegos, y por un capricho inesplicable no dió su

confianza sino á los amigos mas ardientes del usurpador. Entre estos se distinguia Juan Ducas, por sobrenombre Murzulflo, guerrero atrevido, pérfido cortesano, dominado por una ambicion sin límites, indiferente en la eleccion de los medios para satisfacerla, ejercitado en el crímen, y sospechoso con razon de haber aconsejado en otro tiempo la mutilacion de Isaac. Este traidor fué el confidente y favorito del príncipe, y poco despues su verdugo.

El anciano Isaac lamentaba los yerros de su hijo, y bajo otras consideraciones era tan poco sensato como él, pues se dejaba engañar por unos astrólogos que le prometian la restitucion de la vista, así como habia conseguido la del imperio.

Entretanto pasaban los dias, y el tributo estipulado no se pagaba: el odio crecia mas cada vez, y los dos pueblos se amenazaban mútuamente. Murzulflo, que engañaba á Alexis, tenia fundadas sus esperanzas, como todos los facciosos, en las turbulencias. Conspirando en secreto con los sediciosos, recuerda al pueblo y á las tropas las violencias, desórdenes y escesos que cometieron los cruzados en la ciudad al fin del sitio; y seguido de algunos soldados ataca á un cuerpo de franceses, de los cuales unos fueron degollados y otros uyeron.

En vano desaprobó Alexis este acto de ostilidad: los latinos irritados ecsijieron una pronta satisfaccion. Sus embajadores fueron admitidos al pie del trono de los príncipes. Conon de Bethune, orador de los latinos, declaró que «ya estaban cansados de la mala fé y de los subterfujios: que era preciso volver á pelear si no se cumplia inmediatamente el tratado y no se pagaba toda la suma del tributo.»

Este soberbio desafio intimidó á los cortesanos: el recinto de palacio, aunque profanado muchas veces con omicidios, nunca habia oido espresiones tan libres y atrevidas. Alexis, indignado, consultó su vanidad mas que sus fuerzas: responde con altanería á los enviados; y perseguidos por los clamores, insultos y amenazas del pueblo enfurecido, se tuvieron por muy felices en escapar con vida.

De ambas partes tomaron las armas. Los griegos convierten en brulotes diez bajeles grandes, y á favor de un viento impetuoso, los dirijen contra la armada latina, con la esperanza de que-

marla; y lo hubieran conseguido, á no ser por el valor de los venecianos, que alejaron de ella los brulotes por medio de unos gárfios.

Mientras que las ostilidades comenzaban, el astuto Murzulflo, que confiaba en sus artificios mas que en sus fuerzas, persuadió al jóven Alexis que se reconciliase con los latinos; y habiendo recibido sus plenos poderes, va al campamento de los cruzados, les promete la paga del tributo ecsijido, y les propone para seguridad de la promesa colocar guarnicion latina en el palacio de Blaquernas, que se les entregaria.

Se acepta su proposicion: el diestro Murzulflo vuelve á la capital, y hace que corra la voz de este convenio. Entonces se subleva la multitud enfurecida; y cuando el marqués de Monferrato se presentó á la entrada de las Blaquernas, se le cierran las puertas, y una carta de Isaac le avisa que los griegos se oponen al cumplimiento del tratado.

Entretanto el delirio crece en la ciudad y se apodera de todos los ánimos: el pueblo, el senado y el clero acuden á santa Sofía: en todas partes se oye este grito: «Alexis es esclavo del estranjero, y le vende la patria: destronemos á este príncipe pérfido: elijamos un dueño que nos vuelva el onor y la libertad.»

Nicetas el historiador, majistrado y hombre respetable, les advierte en vano el peligro que les espera, y la ruina prócsima que les amenaza: el pueblo le responde: «No queremos ya á una familia de tiranos vendidos á nuestros enemigos.»

Proponen el cetro á muchos senadores: todos lo reusan, todos resisten á las súplicas de la plebe, y aun á las espadas levantadas sobre sus cuellos; hasta que en fin un jóven patricio, llamado Nicolás Canabé, acepta aquel onor peligroso. En este tumulto el traidor Murzulflo soborna á los varangas, mandándoles tomar las armas por la noche, y entrando en el aposento de Alexis, le dice: «Príncipe: los varangas se han alborotado, y vienen á degollarte: yo te salvaré, ó moriré contigo.» Dicho esto, coje al jóven emperador, que temblaba de miedo, lo envuelve en su capa, sale de palacio, y lo mete en un calabozo. El estruendo de la sedicion y los gritos de los facciosos llegaron á los oidos de Isaac, que estaba enfermo á la sazon: el susto se apoderó de él, y terminó sus tristes dias.

Murzulflo, desembarazado ya de los príncipes, reune el pueblo, y le anuncia que lo ha salvado de sus enemigos y de sus tiranos. Proclámanle emperador: manda encerrar en una prision á Canabé, acude despues al calabozo donde estaba Alexis, y le aoga con sus propias manos. Este desgraciado príncipe reinó seis meses.

Juan Ducas Murzulflo, emperador: toma de Constantinopla por los cruzados. — (1204) El nuevo emperador, animado por el feliz écsito de sus maldades, inventó una que debia coronarlas á todas. Resuelto á desembarazarse de los cruzados con la mas orrible traicion, invita á los jefes á una conferencia, en la cual habian de perecer á manos de asesinos apostados. Aquellos guerreros, demasiado magnánimos para sospechar crimen tan atroz, prometieron concurrir al lugar indicado; pero el dogo, tan prudente como valeroso, previó las asechanzas, y detuvo á sus compañeros en el márjen del abismo en que iban á caer. Ignoraban aun la muerte de los dos emperadores; mas no tardaron en saber por cuán sangrientos escalones habia subido al trono Murzulflo; y llenos de orror y de indignacion, le declaran la guerra.

Murzulflo les da batalla, y despues de una resistencia ostinada vuelve vencido á la ciudad. Los griegos intimidados temen un nuevo asalto: los latinos, fatigados y disminuidos, no se resuelven á intentarlo: Murzulflo pide una conferencia al dogo, y le es concedida. Dandolo consiente en la paz, con tal que el emperador diese á los latinos cinco mil libras de oro, tropas ausiliares para la conquista de la tierra santa, y obediencia y sumision á la Iglesia romana. Este último artículo, rechazado por el clero y el pueblo, fué causa de que se rompiese la negociacion. Los cruzados juraron no dejar las armas hasta destruir el imperio griego; y resuelven que en caso de vencer, seis electores venecianos y otros seis franceses elijirian un emperador latino.

Sus tropas se acercan de nuevo á las murallas, y dan un asalto furioso; pero á pesar de sus vigorosos esfuerzos, los griegos, animados por la desesperacion, los rechazan. Los caballeros, determinados á vencer ó morir, dan otro asalto mas terrible: su impetuosidad triunfa de las espadas, las lanzas y los fuegos. Andrés de Urboise y

Pedro Alberti fueron los primeros que subieron á las murallas: los griegos consternados uyen al otro estremo de la ciudad, y quedan los cruzados señores de todas las torres.

Murzulflo, seguido de Eufrosina, se libró de los vencedores por la prontitud de su fuga. Entretanto Teodoro Láscaris, en medio de Constantinopla abatida, reanimando la esperanza de los griegos con su valor, se presenta á la multitud asustada y le dice: «Cuanto mas inminente es el peligro, tanto mas glorioso será el triunfo. Nuestras murallas están destruidas, pero no nuestras armas. Sírvannos de muro los escudos. Aun nos queda hierro y fuego para aniquilar al enemigo: no permitamos que un puñado de bárbaros derribe el imperio y eclipse la gloria de veinte siglos.»

Lascaris, proclamado emperador. — El pueblo, electrizado con estas palabras, lo proclama emperador: los soldados le levantan sobre un pavés, trono digno de su valor; pero en breve se oye el sonido de las trompetas, anunciando la llegada de los latinos que descienden de las murallas. A este rumor la muchedumbre tímida se dispersa, los soldados uyen, y hasta los varangas abandonan al intrépido Láscaris, el cual, solo y airado, sale de la capital, meditando venganzas, y esperando restablecer algun dia el imperio de los griegos. Nicetas uyó tambien: el ejército latino se apodera del palacio, y entrega la ciudad al saqueo. Los historiadores de las cruzadas dicen en vano que los príncipes y jenerales latinos reprimieron la licencia de la soldadesca, hicieron respetar las propiedades, y salvaron la vida de los hombres y el onor de las mujeres; esto no es ni cierto ni verosímil. Se castigaron los escesos pero no se los reprimió. El conde de Saint-Paul hizo ciertamente castigar á un soldado, mas en nuestros dias brillaban aun en el tesoro de Venecia los despojos sangrientos de Bizancio.

Cuando se restableció el órden en la ciudad, se juntaron los electores franceses y venecianos, y todos los sufrajios se reunian ya en favor de Dandolo; pero un ciudadano de Venecia se opuso valerosamente á su nombramiento, diciendo: «Si nuestro dogo sube al trono perdemos la libertad, y la república no será mas que una provincia del imperio.»

Balduino, coronado empera-

DOR DE LOS LATINOS. — El virtuoso Dandolo apoyó este dictámen libre y prudente. Despues de vacilar mucho tiempo entre el marqués de Monferrato, y Balduino, conde de Flandes, quedó elejido este último: elevósele sobre un escudo, y recibió la corona en la iglesia de santa Sofía. Su valor, talento, mansedumbre y piedad le hicieron digno del trono. Era casto y severo en sus costumbres, y mandó que un ujier gritase todas las tardes á la puerta de su palacio: «Se proibe á todo desonesto habitar en la misma casa que el príncipe.»

Para mayor ilustracion de aquella jornada, copiamos la relacion que dirijieron sus jefes al papa Inocencio III, queriendo enterarle de ella. «Sabiendo que los abitantes de Constantinopla deseaban entrar bajo la dominacion de su emperador lejítimo, hemos juzgado conveniente restablecer el órden en la capital, y abastecernos al mismo tiempo de los víveres y refuerzos que necesitábamos. Hemos hallado á Constantinopla grandemente fortificada, sus vecinos sobre las armas, y sostenidos por sesenta mil hombres de caballería. El usurpador Alexis III, los habia obligado á hacer una resistencia tenaz, persuadiéndolos que nosotros queríamos subyugar á los griegos y someterlos á la obediencia de vuestra santidad. Durante diez dias seguidos, hemos renovado nuestros ataques; al octavo hemos entrado en la ciudad. Habiéndose fugado el usurpador, hemos sacado de su prision á Isaac Anjel, y hemos colocado sobre el trono á su hijo Alexis IV. El nuevo emperador ha prometido pagarnos doscientos mil marcos de plata, proveernos de víveres para un año, y ayudarnos á libertar el santo sepulcro. Unicamente para contemporizar con el orgullo de sus vasallos, nos ha rogado asentásemos nuestros reales fuera de la ciudad. Los griegos, que temian los efectos de nuestra venganza, se han sublevado y han querido deponer á Alexis IV. Este príncipe, comisionó á su primo Murzulflo, para tratar con los descontentos y procurar apaciguarlos; pero Murzulflo, haciendo traicion á los intereses de su señor, se ha puesto á la cabeza de los rebeldes, ha asesinado á Isaac Anjel y á su hijo, y nos ha cerrado las puertas de la ciudad. Sepa vuestra santidad que el Occidente no posee ninguna capital que pueda compa-

rarse á Constantinopla. Sus murallas estan construidas de piedra labrada y flanqueada de torres de piedra, sobre las cuales hay otras torres de madera que tienen seis cuerpos. Estas torres se comunican entre sí por puentes guarnecidos de máquinas de guerra; un doble foso muy profundo que rodea la ciudad, impedia la aprocsimacion de nuestras máquinas á sus murallas; por la noche los sitiados molestaban á nuestra escuadra con sus brulotes.»

«Determinado Murzulflo á morir antes que rendirse, ha conseguido sobre nosotros muchas ventajas; pero en fin dos de nuestros buques, el Paraiso y el Peregrino, mandados por los obispos de Troyes y de Soissons, han conseguido hacer un desembarco de nuestras tropas. Cuando los griegos nos vieron penetrar en el puerto y en las calles, perdieron su valor. La matanza, ha durado hasta entrada la noche. Nuestra infantería, sin haber recibido órden alguna, se dirijió ácia el palacio imperial, en donde se habia refujiado Murzulflo con sus principales oficiales; y despues de un reñido combate se apoderaron de él; entonces se sometió toda la ciudad. El oro, la plata, las piedras finas, los objetos preciosos que hemos encontrado en Constantinopla, supera y con mucho, á cuanto poseen en este jénero, Roma y toda la cristiandad de Occidente.»

«Al otro dia del asalto, seis nobles venecianos y los obispos de Troyes y de Soissons, de Halberstadt y de Ptolemaida, se han reunido con los legados de vuestra santidad, y despues de haber celebrado una misa mayor, invocado la asistencia del Altísimo, y tomado el parecer del magnífico señor Enrique Dandolo, dogo de Venecia, han elejido al conde Balduino de Flandes, emperador de Constantinopla. Se le ha entregado la cuarta parte del imperio, y nosotros nos hemos apoderado del resto. Procuraremos mantenernos en la posesion de este ermoso pais, que produce en abundancia aceite, trigo, vino, maderas de construccion y forrajes; y contamos dar una parte en feudo á los nobles caballeros, que quieran unirse á nosotros. Si quisiese vuestra santidad trasladarse á Constantinopla, á ejemplo de muchos de sus predecesores, y tener aquí un concilio, serviria este paso indudablemente para consolidar nuestra útil conquista.»

Inocencio III reprendió alta-

mente á los cruzados por haber destronado á un emperador cristiano, en lugar de ir á combatir á los infieles, y aun lanzó contra ellos una sentencia de escomunion; pero la retiró casi al momento, en consideracion de las circunstancias. Además, conocia bastantemente á los latinos, para prever que no conservarian mucho tiempo el imperio de Constantinopla, y no quiso aceptar la invitacion que le hacian de dirijirse á dicha capital.

Repartimiento del imperio. — Apenas la capital de Oriente cayó en poder de los latinos, justificaron, desmembrando el imperio, los justos recelos de Alexis Comneno y sus sucesores. Despojóse á los griegos de sus dignidades y bienes: se vilipendiaron su culto y sus costumbres: se mudaron sus leyes: el sistema feudal se sustituyó á las antiguas instituciones romanas: y los vencedores, en lugar de asegurar sus conquistas con la unidad del mando y el amor de los pueblos, debilitaron su poder dividiéndolo, y prepararon su propia ruina.

El marqués de Monferrato fué nombrado rey de Tesalónica, y de Candía que hubo de ceder despues á los venecianos: se dió á Regnier de Trith, favorito de Balduino, el ducado de Tracia y Filipópolis. Guillermo de Champlita, y despues Ville-Hardouin, logró el principado de Acaya.

Cada varon fué señor de una ciudad. Dióse á los venecianos la Morea, la Frijia, las playas del Helesponto y las islas del Archipiélago. El dogo fué condecorado con el título de *déspota*, que era la principal dignidad despues del emperador.

Balduino nombró gran senescal á Thierry de Losgrand, protovestiario á Bethune, copero á Saint-Menehould, botiller á Bribanne, y gran escudero á Manasés de Lila.

El papa recibió muchos presentes, envióse un gran número de reliquias á Felipe Augusto, rey de Francia, y Tomás Morosini, veneciano, fué elejido patriarca.

Los griegos, arrojados de Constantinopla, fundaron tres nuevos estados: el intrépido Teodoro Láscaris, yerno de Alexis III, tomó los ornamentos imperiales en Nicea, en Bitinia, reinó sobre la parte occidental del Asia menor con el título de emperador, y señaló su reinado con una gran victoria alcanzada sobre los turcos, á cuyo sultan mató con su propia mano. Alexis, príncipe de la casa de los

Comnenos, edificó á Trebisonda (1) sobre el Ponto Euxino, formándose de ella el imperio de Trebisonda, que permaneció separado de Constantinopla hasta la invasion de los turcos. Un descendiente de Isaac Anjel, formó un principado que comprendia la Acarnania y la Etolia; estendíase desde el monte Quimera hasta Prilapo y llevaba el nombre de *Despotado*.

Todo el imperio reconoció á la fuerza la autoridad papal, escepto las ciudades de Asia, de los tres nuevos estados antedichos. Así cayó el imperio de Constantino: terrible ejemplo para los príncipes y pueblos que en sus disensiones civiles ó relijiosas invocan el ausilio de las armas estranjeras.

Hemos concluido la narracion de las cruzadas sobre las cuales tantas cosas se han escrito, así en pro como en contra. Jeneralmente se supone que el efecto inmediato fué el mejoramiento de las costumbres europeas; pero los tiempos que las siguieron no presentan la menor apariencia de haber sucedido así. Dos siglos de tinieblas y barbárie pasaron entre la terminacion de tan insensatas empresas y la ruina total del imperio griego que veremos en 1453, cuando ondeó el estandarte de Mahoma sobre las torres de Constantinopla, y hasta entonces no llegó la era en que revivieron las letras y empezó la civilizacion. Pero no ostante, el espíritu de los pueblos, dice Camus (2), principió á inclinarse ácia la dignidad real, siendo el gobierno central el único objeto donde todos se reunian; porque los dependientes de los grandes señores advirtieron que los súbditos inmediatos de la corona eran menos maltratados que ellos. Los señores ganosos de ostentar un poder mayor que el que tenian, empeñaron sus dominios para sostener su lujo, y enajenaron muchas de sus propiedades por cuyo medio principió á vislumbrarse un rayo de libertad. Mas de vuelta de la cruzada, los señores, agotados por los sacrificios que habian tenido que hacer, eran por lo mismo menos temibles y turbulentos. Desde entonces aumentó el poder real, y este fué el primer paso ácia un órden de cosas mas apacible y llevadero, porque el pueblo logró un poco de reposo y la esperanza de un porvenir de libertad.

(1) Tarabosan.

(2) Compendio de Historia Universal.

La nobleza, cercenada por estas necias emigraciones que se repitieron las veces que hemos visto, empobrecida por sus gastos, vendió sus feudos á los plebeyos que se habian enriquecido con el comercio, nacido á consecuencia de las tales cruzadas; y de este modo se acortó la línea de demarcacion que separaba á los dos órdenes. Mas tarde se aprovecharon los reyes de la mania de los títulos de nobleza, y establecieron los francos-feudos, con los cuales los ennoblecidos quedaron en dependencia directa de la corona.

Las poblaciones sujetas á los nobles por una especie de vasallaje, comenzaron á comprar su inmunidad, adquirieron el derecho de elejir sus majistrados, y se gobernaron por sus leyes municipales. La Iglesia ganó en parte y en parte perdió. Los papas estendieron su jurisdicion: pero el écsito funesto de aquellas espediciones abrió los ojos del mundo á los motivos de egoismo que las habian causado, y debilitó el poder de la supersticion. Muchas de las órdenes monásticas adquirieron escandaloso aumento de riqueza, pero lo compensaron los pechos impuestos al clero. La escasez de numerario alteró la moneda en casi todos los reinos de Europa. Se supuso que los pobres judios lo ocultaban y fueron objetos de una persecucion tan atroz como infame. Los que realmente ganaron en las cruzadas fueron los estados italianos de Jénova, Pisa y Venecia, porque aumentaron su comercio al Levante, para mantener aquellos inmensos ejércitos. Venecia, como dejamos dicho, tomó en ellas parte activa, y obtuvo porcion del territorio conquistado.

Calcúlase que las cruzadas costaron á Europa dos millones y medio de hombres. En ellas se perfeccionó la caballería y nacieron las ficciones novelescas.

Los cruzados, á causa del roce que tuvieron con los venecianos, conocieron el comercio; al paso que por su residencia entre los orientales se despertaron en ellos necesidades nuevas, y el gusto de un lujo mas refinado.

Las ciencias y las letras, como dejamos dicho, necesitaron el trascurso de dos siglos para dar señales de vida, enmedio de la ignorancia jeneral en que estaba sumida toda la tierra.

FIN DEL PRIMER IMPERIO GRIEGO, Y DEL TOMO DECIMOCTAVO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOQUINTO.

